

She's a gorgeous risk,  
but I like my odds.

# LONG SHOT

A HOOPS NOVEL

KENNEDY RYAN

LONG SHOT

SERIE HOOPS, LIBRO #1.

KENNEDY RYAN

Esta es una traducción sin ánimo de lucro, hecha  
únicamente con el objetivo de poder tener en  
nuestro idioma las historias que amamos...

Si tienes la oportunidad de comprar estos  
libros te animamos a hacerlo...

⚠️**NO** vayas ir a las páginas de los autores a preguntar novedades  
de sus libros en español, si las traducciones que lees son de  
**foros o independientes** (*NO OFICIALES*) ⚠️ 🍷

# Sinopsis

¿Crees que sabes lo que es ser la chica de un jugador?

No lo sabes.

Mi cuento de hadas está al revés.

Un feliz nunca jamás.

Besé al príncipe y se convirtió en un fraude.

Yo fui una tonta, y su amor - oro de tontos.

Ahora hay un nuevo jugador en el juego, August West.

Una de las estrellas más brillantes de la NBA.

Bueno. Prohibido.

Él me desea. Yo lo deseo.

Pero mi pasado, mi príncipe fraudulento, no me deja ir.

\*Algunos aspectos de esta historia pueden ser sensibles para algunos lectores.

## Nota de la Autora

Empecé a escribir este libro hace dos años por una justa indignación en nombre de una joven cuyo viaje no entendía. Escribo cuando tengo algo que decir, y sabía que no podía decirlo desde un lugar de juicios e hipótesis. Así que empecé a hablar con mujeres que habían recorrido ese camino. Después de muchas entrevistas, mucha investigación y un poco de búsqueda del alma, espero entender mejor. Espero haber escrito esta historia desde un lugar de gracia y compasión que no habría sido posible sin la generosidad y la vulnerabilidad de las personas con las que hablé.

Dicho esto, hay aspectos de esta historia que pueden ser sensibles para algunos lectores.

# Dedicación

*Para Natalie, Paula y todas las mujeres que han resurgido de sus cenizas para contar su historia.*

# Nota de la Traducción



Hola querido lector, escribo esta nota en la primera cuarta parte del libro. Creo conveniente dar una advertencia de cierto contenido. He leído mucho *dark romance*, *síndrome de Estocolmo*, *bullying* o temas similares y siempre he sentido la ficción en la narrativa. Pero nada te prepara para algunos aspectos de este libro que se sienten demasiado reales, incluso para alguien que nunca ha experimentado una situación similar y espera nunca hacerlo. He tenido que hacer pausas para respirar hondo porque emocionalmente me ha afectado. Quiero que tengas la mente abierta y sepas que esto es **ficción**, aunque se parece mucho a casos de la vida real e incluso en la nota de Kennedy nos dice que se inspiró en casos de la vida real. *Quiero que también nos tomemos un momento para reflexionar sobre la sociedad y situaciones como estás que de una forma u otra vemos.* **Si estas en una situación similar o conoces a alguien por favor busca ayuda.**

Sin más espero que este libro toque tu corazón tanto como a mí.

Una disculpa si encuentras errores en la traducción.

Si quieres apoyar a Kennedy te sugiero dar una calificación de estrellas en goodreads [aquí](#) y por favor, si dejas una reseña que sea en INGLÉS.

# Playlist





# PRIMERA MITAD

*“El corazón habla en susurros”*

Corinne Bailey Rae

# Prólogo

Yo estaba allí cuando se rompieron los diques.

Aunque estaba a salvo en mi barrio cuando el monstruo perdió toda la compostura y desató los estragos del agua en Nueva Orleans, vivía en la ciudad.

Más tarde vi la devastación que dejó la bestial tormenta. Recogimos frenéticamente nuestras cosas y huimos de nuestra casa hacia tierras más altas. Mi familia se fue para sobrevivir.

Hubo quienes se quedaron demasiado tiempo. Se quedaron cuando deberían haber huido.

No vivieron para lamentarlo.

Ahora, estoy cometiendo el mismo error. Me he quedado cuando debería haber huido.

Soy testigo del momento exacto en que este monstruo pierde toda contención. Su furia, su rabia se abalanzan sobre mí como un muro de agua. Como un viento de fuerza descomunal, se abalanza sobre mí.

Soy la devastación que deja a su paso.

Cuando el mundo se vuelve negro, veo estrellas. Un destello de brillo. Una luz que debería haber reconocido hace tiempo. A medida que las estrellas se atenúan y la oscuridad avanza, comprendo que soy como aquellos que se quedaron demasiado tiempo, asumiendo ciegamente su supervivencia.

Temo que, como ellos, no viviré para lamentarlo.

# Capítulo 1

AUGUST

Mañana es el cumpleaños de mi padre.

O lo hubiera sido. Murió hace quince años, cuando yo tenía seis, pero en los momentos más importantes, los que más cuentan, siento que está conmigo. Y en la víspera de la noche más importante de mi vida, espero que pueda verme. Espero que esté orgulloso.

Mañana es el partido más monumental de mi vida. Por derecho, mi culo debería estar a salvo en mi habitación de hotel, no fuera matando el tiempo en algún antro. Tomo un puñado de frutos secos y bebo un sorbo de ginger ale. En la mesa de al lado acaban de pedir otra ronda de cervezas. Dios, lo que daría por algo lo suficientemente fuerte como para relajar estos nervios previos al partido, pero nunca bebo antes de un partido. Y mañana no es un partido cualquiera.

Miro el reloj. ¿Quince minutos de retraso? Así no es el entrenador Kirby. Es el hombre más puntual que conozco. Su nombre aparece en mi pantalla justo cuando pienso en llamarlo. Aparto el cuenco de frutos secos y la sensación de que algo debe ir mal.

“Hola, entrenador”.

“West, hola”. Su voz transmite una calma forzada que no hace más que confirmar que algo no va bien. “Sé que llego tarde. Lo siento”.

“No, está bien. ¿Todo bien?”

“Es Delores”. Su voz se quiebra con el nombre de su esposa. El baloncesto es el segundo amor de mi entrenador del instituto. Desde el día que lo conocí en mi primer año en la Preparatoria St. Joseph, supe que Delores era su primer amor.

“¿Está bien?”

“Ella... bueno, estábamos en el hotel, y empezó a tener dolores en el pecho y problemas para respirar”. El suspiro preocupado del entrenador viene del otro lado. “Estamos en la sala de emergencias. Están haciendo todas estas malditas pruebas, y...”

“¿Qué hospital?” Ya estoy de pie, sacando la billetera para pagar la modesta factura. “Voy de camino”.

“Y una mierda”. El acero que me hizo trabajar toda la pereza durante cuatro años endurece su tono. “Vas a jugar mañana por la noche en el Campeonato Nacional. El último lugar donde necesitas estar es en la sala de espera de un hospital”.

“Pero, Delores...”

“Es mi responsabilidad, y la estoy manejando”.

“Pero, puedo...”

“¿Tus padres ya llegaron a la ciudad?” Pasa por encima de mi protesta para cerrar el tema.

“No, señor”. Hago una pausa, comprobando mi exasperación. “Matt ha tenido que trabajar hoy. Él y mi madre llegarán mañana en avión”.

“¿Y tú hermanastro?”

“Está atrapado en Alemania. Un evento para uno de sus clientes”. Puede que mi hermanastro y yo no compartamos sangre, pero compartimos el amor por los deportes. Yo, en la cancha. Él, fuera, como agente.

“Siento que no esté allí”, dice el entrenador. “Sé lo unidos que son ustedes dos”.

“Está bien”. Disimulo mi decepción. “Tengo a mi madre y a Matt. Y a ti, por supuesto”.

“Siento no poder ir al bar, aunque por qué tu culo quería salir la noche antes del gran baile en primer lugar está más allá de mí”.

“Lo sé, entrenador. Sólo necesitaba...” ¿Qué necesito? Conozco el

libro de jugadas por dentro y por fuera y he visto tantos vídeos que mis ojos empezaron a desviarse.

Estoy inquieto esta noche. Años de sacrificio, mío y de mi familia, me han traído hasta aquí. Y no podría haberlo hecho sin el hombre que está al otro lado de la línea. El entrenador ha invertido mucho en mí durante los últimos ocho años, incluso después de que me graduara en el instituto y pasara a la universidad. Cuando los cazatalentos y los analistas me instaron a hacerme profesional un año antes, me convenció de que me quedara y terminara mi carrera. Para apuntalar mis fundamentos y madurar antes de ir al reclutamiento. Pero el hombre que me transmitió su ADN -su envergadura, sus grandes manos, su cuerpo largo y delgado, y supongo que incluso su amor por el juego- es en quien sigo pensando esta noche.

*Mi padre.*

No estaba seguro de con quién debía compartir este momento, pero sabía que no eran mis compañeros de equipo los que buscaban chicas en algún bar ruidoso. Aunque la noche antes de un partido sólo se pueden poner muy alborotados, eso no me gustaba.

“Lo que necesites, consíguelo y sal de ahí”, dice el entrenador, devolviéndome al momento. “Lleva tu culo de vuelta al hotel. Mannard te *sentará* en el banquillo por romper el toque de queda, incluso antes del Campeonato Nacional. No te pongas demasiado grande para tus calzoncillos”.

“Sí, señor. Lo sé”.

Entre el liderazgo del entrenador, que no se anda con rodeos, y la formación militar de mi padrastro, los señores y las señoras son algo natural. La disciplina y el respeto no eran negociables en los regímenes de ambos.

“Tengo que irme”, dice el entrenador. “Viene el médico”.

“Mantenme informado”.

“Lo haré”. Hace una pausa por un momento antes de continuar. “Sabes que estaré en el partido de mañana si hay alguna forma de que sea humanamente posible. Sólo necesito asegurarme de que Delores

está bien. Ella es la única razón por la que me lo perdería. Estoy orgulloso de ti, West”.

“Lo sé. Gracias, entrenador”. La emoción me abrasa la garganta, y lucho por mantener la calma. El cumpleaños de mi padre, la presión del partido de mañana, y ahora Delores en el hospital... me tambaleo bajo el peso acumulado de este día, de todas estas cosas, pero me aseguro de que nada de eso llegue a mi voz cuando vuelvo a hablar. El entrenador ya tiene suficientes preocupaciones como para pensar que no estoy preparado para mañana. “Haz lo que tengas que hacer. Delores es lo primero”.

“Espero verte mañana”, continúa bruscamente. “Dispara a las malditas luces de ese lugar”.

“Sí, señor. Pienso hacerlo. Llámame cuando sepas algo”.

Ni siquiera me molesto en buscar al camarero ni en pedir la cuenta. En su lugar, dejo un billete de veinte sobre la mesa, más que suficiente para cubrir mi tibia ginger ale. Tengo otras horas para matar antes del toque de queda, pero si el entrenador no viene a aliviar mis nervios, entonces puedo volver al hotel. Intentaré entrar sin encontrarme con mis compañeros de equipo.

Estoy casi en la puerta cuando un estallido desde el otro extremo del bar me detiene.

“¡Mentira!”, retumba una voz ronca y femenina. “Sabes muy bien que es una llamada de mierda”.

Justo antes del umbral, me giro para ver a la mujer que está maldiciendo como un marinero. Las curvas marcan su cuerpo esbelto y ceñido: la hendidura de su cintura en una camiseta ajustada, las caderas redondeadas metidas en sus jeans. Salta del taburete y se inclina hacia delante, con el cuerpo tenso por la indignación, los puños cerrados sobre la barra y los ojos entrecerrados en la pantalla plana. Debe de medir metro setenta y tres. Un tipo de mi altura se acostumbra a sobresalir por encima de los demás, pero me gustan las mujeres con un poco de altura. Su pelo, oscuro y denso como la medianoche, es una aventura, vagando salvaje e indómito alrededor

de su cara en todas direcciones, pasando por encima de sus hombros. Parece enfadada, con la boca amplia y apretada, y la elegante línea de su mandíbula apretada.

Su hermoso rostro junto con toda esa actitud me tiene intrigado. Aunque no vaya a echar un polvo esta noche, al menos puedo distraerme de la presión que me ha estado aplastando todo el día. Demonios, aplastándome durante las últimas semanas, si soy honesto. Quiero sacudirme los pensamientos melancólicos que la muerte de mi padre siempre me envuelve: pensamientos sobre lo que nos perdimos. Lo que perdimos. Verla encendida y maldiciendo a la televisión, insultando a los árbitros, aligera parte de la carga que he estado llevando. Me encuentro caminando directamente hacia la única cosa que ha penetrado el grueso muro de tensión que me rodea desde que avanzamos en el campeonato de la NCAA (Asociación nacional de atletas universitarios) hace unos días.

“Imbécil “, murmura ella, acomodando su culo vestido de mezclilla de nuevo en el taburete de la barra. “De ninguna manera eso fue una falta flagrante”.

Tomo el taburete vacío a su lado y miro la pantalla que reproduce la última secuencia. “En realidad, estoy bastante seguro de que ha sido una falta flagrante”. Cojo un puñado de nueces del bol que hay entre nosotros.

“O eres tan ciego y tonto como el árbitro”, dice, sin dejar de mirar la pantalla, “o estás intentando ligar conmigo. En cualquier caso, no me impresiona”.

Mi puñado de nueces se congela a medio camino de mi boca. Tengo una oportunidad de ser el mejor jugador del año en la universidad, he sido el hombre más importante del campus durante cuatro años y he estado en las jugadas de la semana de ESPN en el décimo grado. Ninguna chica me ha rechazado desde la escuela secundaria, pero nunca rehúyo un desafío.

“Sólo estoy conversando”. Me encojo de hombros y giro las rodillas para mirarla. “Aunque si quieres que te recojan, quizá pueda complacerte”.

Por fin se digna a mirarme. Su rostro, con forma de corazón, es sorprendente, un contraste de fiereza y delicadeza. Tiene los pómulos altos y las cejas oscuras que se recortan sobre la nariz de botón y los ojos color avellana. Avellana es una palabra demasiado plana para describir todos los matices de verde, marrón y dorado. Nunca he visto unos ojos como estos. Varios colores a la vez. Varias cosas a la vez. Me pregunto si la chica que está detrás de ellos es tan multidimensional.

“No quisiera agotarte antes de tu gran partido de mañana”. Las comisuras de sus labios se mueven como si intentara no reírse de mí.

Eso me hace reflexionar. Así que sabe quién soy. Eso normalmente me favorece, pero tengo la sensación de que no es la típica fanática del balón. “¿Eres una fanática?”

Como era de esperar, frunce el ceño y pone los ojos en blanco antes de volver a centrar su atención en el partido. El camarero se acerca, con una botella de licor en la mano.

“¿Qué vas a tomar?” Deja el Grey Goose sobre la barra y lanza una mirada especulativa entre la mujer que me ignora y yo.

“¿Podría pedir un ginger ale, por favor?”

Sonríe y cambia el Goose por un ginger ale que saca de la nevera bajo la barra. Llena un vaso con la bebida efervescente y lo pone delante de mí, inclina la cabeza para mirar por debajo del borde que cubre mi frente.

“¿August West?” Una sonrisa ilumina su rostro.

Asiento con la cabeza, pero me llevo el dedo a los labios, esperando acallarlo para poder coquetear en paz. No me apetece firmar autógrafos ni que me lancen felicitaciones. Todavía no estoy en la NBA, pero desde que nuestro equipo llegó a las semifinales regionales, los medios de comunicación se han centrado en mí por alguna razón, elevando mi perfil y haciendo más difícil permanecer en el anonimato.

“Lo entiendo”. El barman asiente con conocimiento de causa, su voz baja a un susurro conspirador. “Evitando a los locos, ¿eh?”

“Algo así”. Vuelvo a mirar a la súper fanática, cuya atención



sigue clavada en la pantalla. “¿Qué está tomando la dama?”

“Una cerveza que puede pagar ella misma”. Me desliza una sonrisa torcida y da un sorbo a su vaso medio lleno.

“Ooooooh”. La barriga cervecera del barman, un riesgo laboral, se agita con una profunda risa. Me echa una mirada de compasión antes de recorrer la barra hacia sus otros clientes.

“Entonces, ¿vienes aquí a menudo?” *No puedo creer que eso haya salido de mi boca.*

La cara que pone dice que tampoco se lo puede creer.

“Lo próximo que preguntarás es qué hace una buena chica como yo en un lugar como éste”. El humor en sus ojos elimina parte del escozor.

“¿Crees que mi juego es tan débil?”

Me mira de reojo, alargando las dos cejas al máximo. “¿Hablamos en la cancha o fuera de ella?”

“Ouch”. Hago una mueca de dolor e inclino la cabeza para considerarla. “Y yo que pensaba que serías una dulce distracción hasta el toque de queda”.

“No soy la distracción de nadie”, dice. “Especialmente no un jugador que busca soltar testosterona”.

“Suposiciones y juicios”. Sacudo la cabeza en señal de decepción. “¿No te han dicho que no juzgues un libro por su portada? No puedes saber...”

“August West, metro noventa y ocho, base titular de la universidad de Piermont, letal desde detrás del arco, con un coeficiente intelectual de baloncesto fuera de serie y finalista del Naismith. Dos metros y ocho centímetros de envergadura<sup>1</sup> y un metro y dos centímetros de verticalidad<sup>2</sup>”. Sus agudos ojos me recorren desde el ala de mi gorra hasta las Nikes de mis pies, antes de volver al juego en la pantalla.

“Puede que tus saltos sean como los de Jordan, pero tu D podría mejorar”. Se le escapa una risa. “Y eso no es una suposición. Lo sé a

ciencia cierta”.

Tengo que reírme porque el entrenador Mannard lleva toda la temporada insistiendo en que mejore la *defensa*, de hecho, durante los últimos cuatro años. Mis lanzamientos de tres puntos son los más destacados, pero también le preocupan los fundamentos que me convertirán en un mejor jugador. Al parecer, también a ella.

“Eso me dicen”. Le doy la espalda a la barra, apoyando los codos en su borde, y la considero con nuevo respeto. “¿Cómo sabes tanto de baloncesto?”

“¿Te refieres a que soy una chica y debería estar viendo partidos de animación?”. Su mirada es todo indignación.

“Um... ¿te refieres a los torneos? Hasta yo sé que se llaman torneos de animación, no partidos”.

“Pues fíjate”. Ella extiende una gruesa capa de sarcasmo sobre las palabras. “Tú sabes cosas de chicas y yo de chicos. ¿Es el día opuesto?”

Vuelve a centrar su atención en la pantalla como si no pudiera importarle que acaba de impresionarme. Chicos, hablamos de mierda, y nunca más que cuando se trata de deportes. ¿Una mujer que puede hablar de deportes y hablar de mierda? Un puto unicornio brillante. Ella da tan bien como recibe, esta. Demonios, puede dar más de lo que recibe. Hay una chispa en ella, una confianza que quiero ver más.

Muchas chicas sólo reflejan. Averiguan lo que te gusta para poder meterse con un ligón. Esta tiene sus propios puntos de vista, se mantiene firme y le importa un bledo si me agrada.

*Me agrada.*

“Ya que sabes tanto sobre mí”, digo, “es justo que yo aprenda algo sobre ti”.

Gira la cabeza unos lentos centímetros, con los ojos todavía clavados en la pantalla, como si la matara apartar la vista del juego. Su expresión, esos ojos cambiantes, se calientan y se suavizan un poco. “¿Qué te gustaría saber exactamente?”

“Tu nombre sería un buen comienzo”.

Sus labios se tuercen en una sonrisa. “Mi familia me llama Gumbo<sup>3</sup>”.

“¿Gumbo?” Casi me ahogo con mi ginger ale. “¿Porque tienes las orejas grandes?”

Me arriesgo a tocarla, apartando una mata de rizos salvajes. El espiral de su oreja es francamente frágil, y mechones de pelo oscuro se aferran a la curva de su cuello.

“Dumbo no”. Se ríe y se aparta para que su pelo se deslice entre mis dedos. “*Gumbo*, como la sopa”.

“Lo sabía”. Realmente lo sabía, pero tenía que ponerme ingenioso si quería robar un detalle sin sacar un muñón. “Entonces, ¿por qué Gumbo?”

Ella vacila, y por un momento parece que no me estoy abriendo paso como pensaba. Finalmente, se encoge de hombros con un “qué demonios” y continúa.

“Puede que ahora no oigas el acento, porque hace años que no vivo allí, pero soy originaria de Nueva Orleans”.

Ahora que lo dice, detecto algo que recuerda a esa ciudad en su voz. Un prolongado acento aderezado con música y misterio.

“Mi familia se mudó a Atlanta después del Katrina”. Da una bocanada de aire disfrazada de risa. “Pero soy de NOLA hasta la médula. Vengo de una buena estirpe criolla. Como si la criolla no estuviera ya suficientemente mezclada, mi padre es alemán e irlandés”.

Creo que la ambigüedad de su belleza es parte de su atractivo. Algo esquivo e indefinible. Nunca habría imaginado las etnias que se unen para formar un rostro como el suyo: labios anchos y carnosos, piel cobriza y una estructura ósea llamativa. Creo que nunca he visto a nadie como ella. La suya no es una cara que se olvide pronto. Tal vez nunca.

“Soy una mezcla de todo lo que el pantano puede ofrecer”,

continúa, dando un sorbo a su bebida. “Mi prima dice que tengo más ingredientes que...”

“Gumbo”, termino con ella. Compartimos una sonrisa y ella asiente. “Así que eres un chucho como yo”.

“No iba a decir nada”. Sus ojos recorren mi cara y mi pelo, mi mirada es casi tan ambigua como la suya. “Pero ahora que lo mencionas...”

“Déjame mostrarte algo”. Saco mi teléfono, hojeando las fotos hasta que aterrizo en una imagen de mi familia de un viaje de campamento hace unos años. “Toma”.

Coge el teléfono y su sonrisa se desvanece en las esquinas. Sé lo que ve. Mi madre sonríe a la cámara, con su pelo castaño como un halo de fuego alrededor de su pálido rostro bajo el sol de invierno. Mi padrastro y mi hermanastro están a su lado, ambos rubios y altos.

Y luego estoy yo.

Con el pelo cortado al ras para domar los rizos oscuros que nunca se deciden a desarrollarse. Mi piel es del color de la miel oscura envejecida, y mis ojos son grises como la pizarra. No podría parecer menos de la familia si lo intentara.

“Una de estas cosas no es como las otras”. Sonrío por encima del borde de mi vaso, dando un sorbo a mi ginger ale. “Supongo que yo también soy gumbo”.

Me devuelve la sonrisa y el teléfono, pero el humor desaparece lentamente de su expresión. La curiosidad nubla sus ojos cuando vuelve a mirarme, pero sea cual sea la pregunta, no la expresa.

“¿Qué?” Pregunto finalmente.

“¿Cómo que qué?”

“Es que parecía que querías decir algo”.

Por un segundo, su rostro se apaga y creo que no me lo dirá, pero levanta la vista y una sonrisa se asienta en sus labios después de unos segundos.

“¿Alguna vez has sentido que no encajas en ningún sitio?” Sus

palabras son tan suaves que compiten con el jolgorio del bar. Me inclino para escuchar hasta que nuestras cabezas casi se tocan. “Quiero decir, ¿como si siempre estuvieras en medio?”

Su pregunta se hace eco de algo que no he expresado a mucha gente pero que he sentido a menudo. A veces me sentía desplazado en la nueva familia de mi madre. Puede que no me parezca mucho a mi padre afroamericano, pero no me parezco en nada a nadie de la familia que he dejado. La mayoría de los niños eran una cosa u otra y se agrupaban en función de eso. A veces me sentía a la deriva. El baloncesto -esa rueda, esa roca- se convirtió en el elemento al que me aferraba.

“Creo que sé lo que quieres decir”. Me aclaro la garganta antes de continuar. “Mi padre murió cuando yo era muy pequeño, y mi madre se volvió a casar no mucho después. Me llevó un tiempo adaptarme a todo, especialmente a ser diferente cuando lo único que quería era encajar.”

“Lo entiendo”, dice.

Me encojo de hombros y bajo las comisuras de los labios.

“Gracias al baloncesto, empecé a preocuparme menos por encajar y más por destacar”. Hago rodar el vaso entre las palmas de las manos. “Pero incluso entonces, sí, a veces me sentía... No sé. Desplazado”.

“Yo también. Mi piel era más clara que la de casi todo el mundo en mi barrio. Mi pelo era diferente”. Sacude la cabeza, el movimiento agita el aire a nuestro alrededor con el aroma de su champú, una mezcla de cítricos y dulce. “La mayoría de las chicas de allí asumían que yo me creía mejor que ellas, cuando yo habría dado cualquier cosa por parecerme a las demás. Por encajar. Tuve a mi prima Lo durante unos años, pero aparte de ella, me tenía a mí misma”.

¿Cómo fue eso para ella? Una hermosa anomalía en el Noveno Distrito. Tal vez no tenga que preguntármelo. Tal vez lo sé de primera mano.

“Se volvió un poco solitario, ¿eh?” Pregunto.

“Sí, así es”. Rodea el borde de su vaso con un dedo índice. Sus pestañas bajan como si eso pudiera ocultar sus recuerdos de mí, ocultar su dolor, pero está en su voz. Lo reconozco.

“A veces, incluso cuando teníamos la casa llena”, digo, bajando la voz sólo para nuestros oídos, “acababa en el patio trasero lanzando canastas yo solo hasta que oscurecía”.

Como si hubiera un centro magnético, nuestros cuerpos se han vuelto el uno hacia el otro. Nuestras confidencias nos envuelven, bloqueando la conversación socarrona, el karaoke improvisado al otro lado de la habitación, la respuesta salvaje a los juegos en las pantallas planas. Sólo estamos nosotros dos, los inadaptados. Unos minutos con una completa desconocida y de repente me siento comprendido de una manera que siempre ha sido difícil de encontrar.

“Te acostumbras a estar solo”, dice finalmente.

“¿Y tu madre? ¿Son cercanas?”

“¿Cercanas?” Ella entrecierra un ojo y echa la cabeza hacia atrás. “La verdad es que no. Ha hecho muchos sacrificios por mí, y nunca ha sido fácil. Es fuerte, una superviviente, y la respeto, pero no siempre he estado de acuerdo con sus decisiones. No recuerdo que mi madre haya mantenido un trabajo durante más de unas semanas”.

“¿Cómo se las arreglaron?”

“Es una mujer hermosa”. Levanta los ojos con cautela, como si esperara que yo juzgara. “Ella solía decir que siempre hay algún hombre dispuesto a cuidar de una mujer hermosa”.

No sé qué decir a eso. Mi madre también es una mujer hermosa, pero no me la imagino viviendo así -confiando sólo en el físico- porque empezó a dar clases cuando murió mi padre y ha trabajado duro desde entonces.

“Eres una mujer hermosa”. Le doy un ligero empujón a su rodilla con la mía. “Y seguro que sabes cuidarte”.

Una sonrisa se dibuja en sus ojos y finalmente se extiende a sus labios. “Gracias”.

No tengo que preguntarle qué cumplido me está agradeciendo.

“Mi tía es mayor que mi madre por dos años”, continúa. “Es lo que mi madre le vio hacer. Es lo que vieron hacer a su madre. Usaron lo que tenían para conseguir lo que necesitaban”.

Suspira antes de dar un sorbo a su bebida y continuar. “Mi tía se trasladó con nosotros a Atlanta después del Katrina, y puede que hayan cambiado de código postal, pero no han cambiado de táctica. Al parecer, los hombres de todo el mundo se ocupan de las mujeres hermosas”.

“Además de tu prima, ¿Eres cercana a alguien más de tu familia?”

“Sólo con Lotus”. Un ceño fruncido ensombrece su expresión. “Ella se fue a vivir con mi bisabuela al sur de la ciudad y yo me quedé en Nueva Orleans, pero cuando se mudó a Atlanta para ir a la universidad hace unos años, volvimos a acercarnos”.

Sacude la cabeza como si estuviera desalojando pensamientos, recuerdos. “Basta de hablar de mi disfunción familiar. ¿Qué hay de ti? Perry West era tu padre, ¿verdad?”

“¿Sabes lo de mi padre?” Pregunto.

“Sí, claro”. La simpatía llena sus ojos cuando se encuentran con los míos por encima de nuestras bebidas. “Perderlo de esa manera... tuvo que ser duro”.

“Sí”. Me encojo de hombros, con un sube y baja casual que no insinúa lo duro que fue. “Era un gran jugador”.

“Tenía un increíble lanzamiento de larga distancia”. Sonríe con pesar. “¿Cuánto tiempo estuvo en la liga?”

“El accidente de auto ocurrió a mediados de su segunda temporada”. Yo era pequeño, pero aún recuerdo su funeral. Sus compañeros de equipo estaban todos allí, altos como rascacielos para mis ojos de seis años. “Mañana será su cumpleaños”.

“No puede ser”. Sus ojos se abren de par en par. “¿Vas a jugar en el maldito Campeonato Nacional en el cumpleaños de tu padre?”.

Asiento con la cabeza, permitiéndome sonreír por primera vez por este monumental giro del destino. Hace mucho tiempo que mi madre estuvo casada con mi padre, pero probablemente recuerde que mañana es su cumpleaños. Sin embargo, no hemos hablado de ello. Parece que soy el único que lo sabe, y ahora esta hermosa chica gumbo también lo sabe.

“¿Mañana será para él?” Sus ojos no se apartan de mi cara, su mirada atenta me atrae hacia ella.

“Parece que sí. ¿Sabe? Como si hubiera posibilidades. Sigo preguntándome si él sabe lo lejos que he llegado. Si puede verlo”. Dejo escapar una suave carcajada, observando su rostro en busca de señales de que piensa que soy idiota. “¿Suena estúpido?”

“No, en absoluto. No sé qué pasará cuando nos vayamos, pero espero que pueda ver. Estaría orgulloso de ti, no importa cómo vaya el partido mañana”.

“Eso espero”. Me inclino un poco más hacia ella, prestándole la misma atención que me prestó a mí. “¿Y tu padre? ¿El alemán y el irlandés en tu gumbo?”.

Ella sonríe, pero es una curva apretada de sus labios.

“Era alemán e irlandés. Eso es todo lo que sé”. Su risa áspera ondea a través de la piscina de silencio que hemos hecho aquí en nuestro rincón del bar. “Bueno, también sé que tenía esposa e hijos. Mi madre era sólo... una chica de compañía, supongo. Le pagaba el alquiler mientras estaban juntos, pero justo después de que yo naciera él se fue. Y también ella. Nunca vino a preguntar por mí. Nunca dio muchas explicaciones por su ausencia”.

“¿Y ahora? ¿Nada?”

“Dejamos todo en la Novena cuando nos mudamos a Atlanta”. Sus hombros suben y bajan con una despreocupación que no me trago. “Podría estar todavía en Nueva Orleans. Puede haber muerto cuando se rompieron los diques. ¿Quién sabe? Nunca me ha importado mucho”.

Me dedica otra sonrisa tensa, indicando que ha terminado con el



tema.

“¿Cómo nos metimos en *todo* eso?” Me señala con el dedo en señal de acusación fingida. “Usted, señor, es un buen oyente. Una manera furtiva de distraer a una chica del hecho de que su equipo está perdiendo”.

Levanto la vista hacia el juego, agarrando su salida de aguas más profundas como un salvavidas. “¿Eres fan de los Lakers?”

“Soy una fanática de los Lakers”. Ella cruza los brazos sobre la barra y se inclina hacia delante, con los ojos de nuevo en la pantalla. “Nueva Orleans no tenía un equipo cuando yo estaba creciendo”.

“Bueno, esta noche los van a aplastar”, ofrezco innecesariamente, con la esperanza de sacarle las castañas del fuego. Por supuesto, funciona, y ella se lanza a una diatriba defendiendo el legado de los Lakers, a pesar de lo mal que lo han pasado últimamente.

Durante el descanso y los dos últimos cuartos, conversamos mucho entre las jugadas. Quiere trabajar en marketing deportivo y tiene varias oportunidades de prácticas que podrían resultar interesantes después de la graduación. Parece que la mayoría de sus historias giran en torno a su prima Lotus, la ambiciosa estudiante de moda que siempre la apoya. Por mi parte, evito repetir todo lo que ella ya sabe sobre mí: los números de las hojas de estadísticas y las historias que han aparecido en todos los programas deportivos. En su lugar, le hablo de mi madre, del entrenador, de la clase de filosofía que me está pateando el culo. Hablamos de todo, desde las minucias hasta lo monumental, en el tiempo que tardan los Lakers en ser derrotados.

“¿Por qué *te* gusta tanto el baloncesto?” Le pregunto durante una pausa publicitaria del cuarto periodo.

“No sé”. Estudia su cerveza, que probablemente hace tiempo que se ha agotado. “Uno de los chicos de mi madre, Telly, vivió con nosotras durante un tiempo cuando yo tenía unos diez años”. Apoya un codo en la barra y me mira con franqueza. “Fue uno de los pocos buenos que se quedó un tiempo. Le encantaba el baloncesto. Le

encantaban los Lakers y veíamos los partidos juntos". Se ríe, haciendo marcas con las yemas de los dedos en la condensación que cubre su vaso. "En las noches de partido, pedíamos pizza de pepperoni con piña y bebíamos refrescos de cerveza de raíz".

"¿Qué pasó?" Doy un sorbo a mi tercer ginger ale. "¿A Telly, quiero decir?"

Ella responde primero con un pequeño movimiento de cabeza. "Supongo que superó su estancia". Sus ojos se desvían hacia la pantalla, tal vez una excusa para mirar hacia otro lado. O tal vez el juego realmente ha captado su atención. Los Lakers tienen el balón. "Llegó otro con más dinero. Mamá lo cambió por otro".

"¿Lo has visto, has vuelto a hablar con él?"

Sus ojos abandonan la pantalla, y durante unos momentos de silencio, estudia la tapa del bar. "No".

La palabra es baja y ronca. Después de un momento, vuelve a levantar la vista y me muestra una sonrisa medio burlona. "Pero me sigue gustando la pizza y la cerveza de raíz cuando veo a los Lakers".

"¿Aquí no hay pizza en el menú?" murmuro entre un puñado de nueces.

"Los mendigos no pueden elegir". La sonrisa que comparte conmigo se transforma en un ceño fruncido cuando aparece el marcador final en la pantalla. "Otro más para la columna "L". Una mierda de llamadas toda la noche, árbitro".

"¿De verdad? ¿Intervenciones de mierda?" Vuelvo a mirar el partido a su cara con escepticismo. "¿Nada que ver con el hecho de que el equipo está envejecido y plagado de lesiones las últimas temporadas? El fin de una era, en mi opinión".

"Muérdete la lengua", suelta, pero hay un brillo juguetón en sus ojos. "Podrías acabar yendo a los Lakers. ¿Has pensado en eso?"

"¿Quién sabe dónde acabaré?". Le sonrío. "Espero que a los Stingers".

"¿Baltimore?" Un ceño fruncido arruga sus cejas antes de

aclararse. “¡Oh! Tu ciudad natal, ¿eh?”

“Quiero decir, le pasó a LeBron en Cleveland. Jugó donde creció, para los Cavs”.

“Es cierto. ¿Por qué quieres quedarte cerca de casa? ¿Eres un niño de mamá?”

Mi risa retumba por encima de los comentaristas de televisión que analizan la derrota de los Lakers en el fondo. “Mi madre es bastante impresionante, pero eso no me mantendría cerca de casa”. Miro fijamente a mi ginger ale en lugar de a ella, un poco incómodo para expresar mis razones. “Sólo quiero hacer algo por el lugar que hizo tanto por mí. Estuve en el Club Boys & Girls. Tuve profesores increíbles, sobre todo en la escuela secundaria, cuando muchos de mis amigos empezaron a descarrilar. En el centro comunitario es donde me enamoré del baloncesto”.

La timidez me quema la cara y me encojo de hombros. “Toda mi infancia transcurrió allí, y esa comunidad la hizo buena”.

En el compás de silencio que se produce después de que termino, levanto la vista para encontrar una ligera sonrisa en su rostro y unos ojos cálidos que se encuentran con los míos con facilidad.

“Está bien”, me ofrece simplemente, y me alegro de que no le dé importancia, aunque debe ser obvio que es importante para mí. “Entonces, ¿estás listo para el reclutamiento?”

Agradezco el cambio de tema. No es probable que vaya a Baltimore, y no dejo que mucha gente sepa lo mucho que significaría para mí. “Lo estoy, pero todo está sucediendo muy rápido”. Una risa seca retumba en mi garganta. “La NBA era una fantasía lejana cuando estaba en octavo grado. Ahora está aquí, y a menos que algo vaya realmente mal, está sucediendo de verdad. Sólo espero...”

Mis palabras se interrumpen, pero mi incertidumbre permanece. Ni siquiera se trata de mi capacidad para jugar al siguiente nivel. Sé que estoy preparado para ello. Es todo lo que viene con ello para lo que no estoy seguro de estar preparado.

“Lo harás muy bien”. Sus delgados dedos se cierran sobre mi

mano, agarrando el vaso. “Serás un jugador increíble”.

Sólo esa ligera presión, sólo ver su mano con la mía, me hace sentir bien. Algo en la vista nivela el desnivel que he sentido todo el día y desbloquea palabras que no he dicho a nadie.

“Quiero ser algo más que un jugador. Quiero usar mi título. Quiero un negocio. Quiero una familia”. Se siente como una confesión. “Ser un buen esposo. Un buen padre. Este mundo al que voy a entrar en unos meses, he visto cómo devora a los hombres. Trabajamos para conseguirlo toda la vida, y una lesión, la edad, un mal negocio, lo que sea, puede acabar con ello de la noche a la mañana. Si el juego se ha comido tus prioridades, te ha convertido en alguien que nunca quisiste ser, ¿qué sentido tiene?”. Me río de forma cohibida. “Probablemente suene...”

“Suenas demasiado bien para ser verdad”, me interrumpe, con su mano aún apoyada en la mía. “Los chicos en tu posición, la noche antes del gran partido, justo al borde del reclutamiento, no son cosas en las que la mayoría de ellos piensa”.

Apoya su barbilla en la palma de su mano libre, una lenta sonrisa se abre paso en su boca. “Tú eres especial”. Se muerde el labio, retira su mano de mis dedos y deja caer sus ojos sobre la barra marcada por un millón de copas y un millón de momentos antes del nuestro. “Me alegro de haberte conocido”.

Eso suena sospechosamente como el comienzo de una despedida. Como si estuviera lista para cerrar la puerta de este capítulo surrealista.

No puedo dejar que eso ocurra. Una noche como esta, una conexión como esta, es singular. Después del partido de mañana, mi futuro será, literalmente, una bolita rebotando en la lotería del reclutamiento de la NBA. Puede que acabe jugando en un equipo que no me guste, viviendo en un lugar que no podré elegir.

Pero esta noche, tengo el control. Tengo opciones, y la elijo a ella. Para conocerla. Para cortejarla. Para ganar su confianza. Todo lo que necesito es tiempo.

Pero el tiempo parece ser la única cosa que no tenemos.

“Cerrando”. El barman arrastra nuestros vasos vacíos hacia él y limpia la superficie frente a nosotros. “No tienen que irse a casa, pero tienen que salir de aquí”.

No me había dado cuenta de que el bar se estaba vaciando a nuestro alrededor, pero somos casi los últimos que quedan.

“Buena suerte mañana, West”, dice el barman, deslizándose dos cuentas por la barra recién limpiada.

“Gracias”. Me pongo de pie y le arrebató las dos antes de que pueda mirar la suya.

“Dame eso”. Ella se lanza hacia mí, pero yo sostengo la cuenta sobre mi cabeza, completamente fuera de su alcance.

Se tropieza conmigo, con sus suaves pechos presionando mi pecho. Quiero rodear con mis brazos la extensión de líneas y curvas sensuales que conforman su cuerpo. Con su cuenta aún suspendida sobre mi cabeza, deslizo la otra mano por su espalda, investigando su forma bajo el algodón pegajoso. Palmeo la parte baja de su cintura, acercándola unos centímetros hasta que su calor, su limpio aroma, me rodean.

Parpadea, sus ojos brillantes se oscurecen y se ensanchan, el verde y el dorado se pierden en la marta. El deseo hace estallar sus iris. Apenas hemos reconocido la corriente que zumba entre nuestros cuerpos, la electricidad que corre bajo la superficie de nuestra fácil conversación, hasta ahora. Hasta que la atrae hacia mí con un papelito.

“Deja que te invite a una copa”. No recuerdo haber deseado nunca a una mujer de la forma en que la deseo. No sólo quiero enterrar mis manos en todo ese pelo oscuro, o descubrir por mí mismo el dulce sabor de sus labios, o explorar su cuerpo. Quiero más de sus recuerdos, de sus secretos, y aceptar una invitación que ella no ha hecho a nadie más.

Sus pestañas bajan, protegiendo sus ojos de los míos, pero no puede ocultar la respuesta de su cuerpo: la forma en que todos los

lugares en los que es suave parecen buscar los lugares en los que soy duro e inflexible. La forma en que su respiración se entrecorta en sus labios en forma de pequeños jadeos.

“Um, vale”. Retrocede hasta que ya no nos tocamos, y aclara algo de la ronquera de su voz antes de continuar. “Gracias. Podría haber... bueno, gracias”.

Ninguno de los dos habla de camino a la puerta. Me encuentro disminuyendo la velocidad para igualar su paso más corto. Nos miramos con el rabillo del ojo, el silencio entre nosotros palpita de posibilidades. Una vez fuera, nos encontramos escondidos bajo un toldo, con la ciudad aún bulliciosa más allá de nuestro trozo de acera. En el interior, rodeados de gente y ruido y de la acción del juego, la conversación se produce sin esfuerzo. Las confesiones y admisiones que nunca había hecho a nadie más fluyeron de mí. Y ahora, estamos solos y no estoy seguro de qué decir para mantenerla aquí, pero sé que lo que he estado sintiendo, lo que hemos estado haciendo, no puede terminar esta noche.

Hay una parte en *Spanglish*, una de las películas de Adam Sandler. Él y la niñera de sus hijos comparten la cena en su restaurante. Es sólo una comida, de unas horas. El narrador, la hija de la niñera, dice: “Mi madre se ha referido a menudo a esa noche en el restaurante como la conversación de su vida”. Estoy segura de que puse los ojos en blanco cuando lo oí y dije: “Esa fue *una* conversación”.

Pero ahora, con ella, al borde de la despedida, todo lo que puedo pensar es... que fue *una* conversación.

La luz de la calle y la luna iluminan cosas que la penumbra del bar ocultaba: el ámbar de su pelo que yo creía que era sólo negro, la longitud de sus pestañas proyectando sombras sobre sus mejillas mientras estudia el suelo. Parece que los dos buscamos palabras. Es como si hubiéramos metido tantas cosas en las últimas horas que no quedan palabras, al menos para mí. Todo lo que tengo es un sentimiento. Necesidad. Necesito tocarla, besarla... necesito algo físico que me asegure que este encuentro ha ocurrido de verdad. Que esto

no es el final.

Cuando se es medio metro más alto que una chica, es difícil acercarse suavemente a un beso, así que no lo intento con suavidad. Pero tengo cuidado. Levanto su barbilla con un dedo, persuadiendo a sus ojos para que se encuentren con los míos. Le acaricio la mejilla y bajo la cabeza hasta situarme sobre esos labios que parecen tan suaves que tengo que contenerme para no devorarlos; tengo que controlar mi necesidad de saborearlos de inmediato. Mi cuerpo se acelera, exige. Mi corazón se estrella contra mi caja torácica. Mi polla está dura. El deseo chisporrotea en cada célula de mi cuerpo.

“August”. Aparta la barbilla y me pone la mano en el pecho, pero no para explorar. Para empujarme suavemente hacia atrás. Contengo la respiración, esperando a ver qué significa este pequeño espacio que ha puesto entre nosotros.

Su cabeza cae hacia delante hasta que la oscura nube de pelo eclipsa su rostro, oculta su expresión. “Lo siento”. Da un paso atrás y se pasa una mano por el pelo. “Yo-yo no puedo.”

Quiero acercarla de nuevo. “No pasa nada. Lo entiendo, por supuesto. Acabamos de conocernos”.

Enlazo nuestros dedos. Incluso ese breve contacto agita mis sentidos. Compruebo el rugido de mi cuerpo, esperando que mi erección no me traicione.

“Podemos hablar. Podemos ir a tu casa, si no estás lejos”. Levanto su barbilla para poder ver sus ojos. Para que vea que lo digo en serio. A pesar del infierno absoluto que arde bajo mi piel, es suficiente. “Podemos hacer lo que quieras”.

Lo poco, lo mucho... sigamos haciendo algo. No paremos.

“Yo-yo no puedo. No podemos”. Con una vigorosa sacudida de su cabeza, da otro paso atrás, soltando mi mano, insertando espacio entre nosotros de nuevo. “Tengo un novio, August”.

*Mierda.*

No debería sorprenderme que esté tomada. Una chica tan hermosa, tan divertida, tan inteligente y tan auténtica, es todos los

adjetivos que usaría para describir a la chica perfecta para mí. Incluso es lo que no sabía que quería. Pero ahora lo sé, y no puedo tenerla.

Un agujero se abre dentro de mí, más amplio y profundo de lo que debería ser teniendo en cuenta lo poco que sé de ella, pero está ahí. Y al segundo, se llena de decepción y de posibilidades perdidas.

“Entonces... ¿es serio?” Hago una mueca interna. Si hay algo más idiota que intentar besar a la chica de otro hombre, sería preguntarle, con tantas palabras, si está segura de que quiere seguir siéndole fiel.

“Sí”. Ella hunde sus dientes en su labio inferior. “Llevamos saliendo cerca de un año”.

Finalmente, levanta la vista hacia mí, y al menos la batalla en su expresión, la lucha que me reflejan sus ojos, me asegura que no estoy imaginando la atracción que hay entre nosotros.

“Debería habértelo dicho, pero habría sido raro”. Sonríe con pesar. “Habría sonado como si asumiera que querías algo más que...”.

Nos miramos fijamente en un silencio rico en cosas que no debería decir.

“Sí quiero más que”. Consigo sonreír, aunque me siento frustrado y no sólo sexualmente. Estoy totalmente devastado por el hecho de que otro tipo haya llegado antes que yo.

“Lo siento”. Se mete las manos en los bolsillos traseros de los jeans. “Estaba disfrutando mucho de nuestra conversación. No quería... Espero no haberte confundido”.

“No lo hiciste”. Yo también me meto las manos en los bolsillos para no volver a tocarla. “Al menos he hecho una nueva amiga”.

*Amiga.*

Suena hueco comparado con lo que pensé que podríamos ser, pero no puedo exigir más. No puedo *hacer* que me dé más. Estoy en la víspera de algo que la mayoría de los hombres sólo sueñan, y esta chica de ojos brillantes me ha hecho sentir impotente.

“Sí”. Su rostro se relaja un poco en una sonrisa. “Una amiga.”

“Y me has ayudado a olvidarme del partido de mañana”.



En cuanto lo digo, los ojos de ambos se abren de par en par. Compruebo mi reloj, temiendo la hora.

*Joder.*

*El toque de queda.*

¿Estaba tan absorto por esta chica que olvidé el toque de queda antes del partido más importante de mi vida?

*Sí, lo estaba.*

“Oh, Dios mío”. Sus ojos están ansiosos, preocupados. “El partido. Te has saltado el toque de queda”.

El hambre, el calor, lo correcto entre nosotros me había hecho apartar cualquier otro pensamiento, pero todos se entrometen ahora. *El toque de queda. El resto del equipo, dormido y en el hotel. El partido de mañana.*

“¿Te meterás en problemas?”, pregunta, frunciendo el ceño.

“No será la primera vez que tenga que colarme”, le digo con más confianza de la que realmente siento. El mayor partido de mi vida, y he perdido la noción del tiempo con una chica en un bar.

*Pero qué chica.*

Mirándola, repitiendo cada momento, cada broma, cada recuerdo que hemos compartido en las últimas horas, no puedo arrepentirme.

“Déjame al menos acompañarte a casa”. Toque de queda o no, no hay manera de que la deje ir sola.

“No. Estoy muy cerca”.

Esta parte de la ciudad es completamente comercial por lo que veo, no residencial. “¿Tu apartamento está cerca? ¿O te alojas en un hotel?”

¿Vive aquí? ¿Está de visita? ¿Estudiante? ¿Está en la ciudad para el partido? ¿Estará allí mañana? ¿Quiere entradas para venir a verme jugar? Todas las cosas de las que hablamos son de repente menos importantes que todas las cosas que nunca dijimos. Ni siquiera sé su maldito nombre. “Gumbo” no me llevará muy lejos después de esta

noche. El pánico tensa mi cuerpo en un arco dibujado. Aunque no haya más que lo que hemos tenido esta noche -la honestidad, el humor, la facilidad, la empatía-, quiero seguir con ella. Incluso me conformaré con la temida palabra “amistad”.

“Te acompañaré a casa”, insisto.

“Estaré bien”. Ella mira al suelo y luego vuelve a mirarme. El final está en sus ojos. Veo el adiós y quiero detenerlo antes de que llegue a sus labios, pero no lo hago.

“Adiós, August. Buena suerte mañana”. Se da la vuelta y empieza a subir la acera.

Quiero perseguirla. Seguir la y averiguar dónde vive o dónde se aloja. Incluso sabiendo que algún bastardo afortunado la encontró primero, no puedo imaginarme sin tener idea de cómo encontrarla de nuevo.

“Oye, espera”, llamo tras ella, obligando a mis pies a no seguirla. “Al menos deberías decirme tu nombre. ¿De verdad quieres que piense en ti como Gumbo para siempre?”

Se enfrenta a mí pero sigue caminando hacia atrás, poniendo cada vez más espacio entre nosotros. Entre esta noche y el resto de nuestras vidas. La picardía ilumina sus ojos, y la sonrisa socarrona que se dibuja en sus labios me hace pensar por un momento que no me lo dirá.

“Es Iris”, me dice. “Me llamo Iris”.

Me quedo quieto, absorbiendo el sonido de su nombre, absorbiendo la mirada de su cara mientras sale de mi vida con tan poca fanfarria como entró en ella. Su sonrisa se apaga y me mira fijamente como si quisiera recordar mi cara, como si tampoco fuera a olvidar esta noche. Como si tal vez, irracionalmente, innegablemente, esta noche significara tanto para ella como para mí. Si ella también sintió esta conexión, no puede alejarse, pero lo hace. Sólo la conozco desde hace unas horas. No es razonable que la desesperación me agriete el pecho y el pánico me acorte la respiración, como si estuviera corriendo.

Excepto que estoy parado. Y ella sigue caminando.  
Caminando y doblando la esquina, fuera de mi vista.  
Se lleva mi esperanza de más cuando desaparece.

---

1 <sup>1</sup>Es igual al menos a la altura de una persona pero, en ocasiones, puede ser más larga que la altura e incluso más corta, lo que se denomina envergadura negativa.

2 Este es un término que se utiliza para describir la capacidad de salto de un jugador de baloncesto, ya sea en la carrera o desde una posición estacionaria.

3 El gumbo es una sopa que se puede encontrar en algunos restaurantes del golfo de México en los Estados Unidos. Es muy popular en Luisiana entre los criollos, en el sudeste de Texas, el sur de Misisipi y el Lowcountry de Carolina del Sur, Charleston y Brunswick.

## Capítulo 2

### IRIS

La expectación se apodera del estadio y cada respiración hace que mi corazón se acelere. Estoy sentada en los mejores asientos que el dinero ni siquiera tuvo que comprar en el Campeonato de la NCAA, pero el partido de baloncesto es lo último en lo que pienso.

“Estás más enervada que una langosta viva en una olla hirviendo”. Las palabras de Lotus son un chapuzón de agua fría en mi cara. ¿Soy tan obvia? Me siento obvia, como si hubiera un enorme cartel de neón parpadeando sobre mi cabeza. Sigo diciéndome a mí misma que no pasó nada con August anoche. No tengo nada por lo que sentirme culpable, pero la culpa roe mi racionalidad.

“Es un gran partido para Caleb”. Me encojo de hombros, esperando que parezca más casual de lo que siento. “Por supuesto que estoy nerviosa por él”.

“Lo entiendo”, dice Lotus. “Pero estás francamente agitada. Sigue rebotando tu rodilla así y causarás un temblor aquí”.

Incluso después de que ella lo dice, mi rodilla no puede dejar de saltar, mi pie golpeando un ritmo errático en el suelo del estadio.

“Bo, ¿qué demonios?” exige Lotus, acertando Gumbo como sólo ella lo hace. Presiona su mano contra mi rodilla, forzándola a quedarse quieta. “En serio, sé que es una gran noche para Caleb, pero cálmate”.

Miro fijamente a la pista, buscando a mi novio entre los grupos de jugadores que se lanzan y se calientan para el partido más importante de sus vidas. No quería distraerlo antes del partido diciéndole que había conocido a August West, pero ¿qué le voy a

decir después? Una conversación en un bar durante un partido de los Lakers no es gran cosa, pero de alguna manera, sé que Caleb no estará de acuerdo.

“¿Me estás escuchando?” La preocupación en los ojos oscuros de Lotus me saca de mis casillas.

“Sí. Lo siento”. Finalmente le presto toda mi atención. “Intentaré relajarme”.

Ella busca en mi cara, y me obligo a no apartar la mirada. Las trenzas se extienden por sus hombros y brazos. Los pómulos altos y afilados y la barbilla estrecha dan a su rostro un aspecto casi felino. Es delgada y emana fuerza. No estoy segura de si es por su mandíbula, su barbilla obstinada o sus ojos sabios. O tal vez sea algo que está debajo de su piel, integrado en sus huesos.

Venimos de una larga línea de famosas sacerdotisas de Luisiana. Nuestra bisabuela MiMi fue la última de ellas. Su hija, nuestra abuela, no deseaba quedarse en el relativo aislamiento de una pequeña aldea del pantano, sino que quería la emoción de Nueva Orleans. Creció una división entre MiMi y las demás mujeres de nuestra familia, y parece que el poder místico morirá con ella cuando deje esta tierra. Pero a veces juro que veo rastros de ella en Lotus.

Puede que mi piel sea varios tonos más clara que la suave canela de la suya, pero nunca hemos dejado que un poco de melanina y nuestra diferencia de edad de un año se interpongan entre nosotras. Nos hemos necesitado demasiado. Lotus ha sido mi constante, y yo la suya.

Incluso los años en que ella se fue a vivir al pantano con MiMi y yo me quedé en la ciudad, los kilómetros que nos separaban no debilitaron nuestro vínculo. Aunque nunca le oculto nada, no he dicho ni una palabra sobre la conversación de anoche con August.

El rugido del público, las animadoras escasamente vestidas y el enjambre de cámaras y comentaristas en la periferia de la cancha se desvanecen, y yo recuerdo la noche anterior. La gorra de béisbol de August era un disfraz endeble, y lo reconocí en cuanto se sentó a mi

lado. El cuerpo delgado y poderoso, la mandíbula cincelada y los labios esculpidos, la piel bronceada... todo lo delata.

Caleb ya ha hablado de August, por supuesto, y yo sé mucho sobre su juego porque estoy al tanto de los deportes. Los medios de comunicación se fijaron en él durante el March Madness<sup>4</sup> mientras su equipo continuaba su improbable camino hacia el Final a Cuatro<sup>5</sup>. Caleb y August han estado compitiendo entre sí desde la escuela secundaria y no son precisamente amigos.

Nada de eso me preparó para saber quién es realmente August West. Descubrí una profundidad en él que fue sorprendente y refrescante. Su vulnerabilidad fue muy inesperada y contradictoria con la fuerza de su imagen pública. Tal vez sea la vulnerabilidad lo que realza su fuerza.

Una docena de veces, empecé a decirle que soy la novia de Caleb. Tengo que admitir, al menos para mí, que no se lo dije porque pensé que podría irse. Estaba disfrutando mucho de la conversación y eso era lo último que quería que pasara. No importa, ya que probablemente no volveré a verlo.

Me paso una mano por el pelo, planchado y domado como le gusta a Caleb. Me he esforzado más esta noche porque este es un gran acontecimiento para él. Incluso me he puesto el traje que me pidió, el que me regaló por mi cumpleaños, aunque muestra un poco más de mi cuerpo de lo que normalmente haría. Si me hubieran dejado, me habría puesto su jersey, unos jeans y unas Chucks.

*No, Jordans.*

Muevo los dedos de los pies con las botas que he combinado con esta falda tan ajustada. La parte superior se corta justo por debajo de mis pechos, dejando mi abdomen casi completamente desnudo. Lotus dice que me veo bien, pero ese no es el punto. Estoy en un maldito partido de baloncesto, no en un club.

“Oye, ahí está tu chico”, dice, señalando con la cabeza hacia la cancha. “Y parece tan nervioso como tú”.

Lotus tiene razón. Hay una tensión en la expresión de Caleb y en

sus hombros que no presagia nada bueno para su lanzamiento. Mira por toda la pista, buscando algo. No es hasta que me mira a los ojos y sonrío cuando me doy cuenta de que me estaba buscando a mí. Dejo a un lado mi culpa y mi nerviosismo lo suficiente como para dedicarle la sonrisa, la tranquilidad, que sé que necesita esta noche.

“¿No están sus padres alojados en una de esas lujosas habitaciones?” Lotus dirige su mirada a la fila de palcos VIP elevados sobre el resto del estadio.

“Sí, pero a mí me gusta sentarme en las gradas”, le digo. “Y a Caleb le gusta verme aquí”.

Le lanzo un beso, y su sonrisa se amplía, iluminando su apuesto rostro. Caleb mide lo mismo que August, dos metros, y es igual de poderoso. Su pelo rubio, su piel bronceada y sus ojos azul marino lo convierten literalmente en el chico de oro del baloncesto universitario. Nada indica que no vaya a ser igual de popular en la NBA.

Se gira para practicar algunos ejercicios de dribbling<sup>6</sup>. Necesitará toda la práctica posible si quiere superar a August esta noche, aunque sinceramente no sé si podrá hacerlo. Odio dudar de él, pero no hemos visto un lanzador de perímetro como August en mucho tiempo. El equipo de Caleb es el campeón defensor. Consiguió su anillo<sup>7</sup> el año pasado, pero sé que vencer a su viejo rival para ganar otro sería especialmente dulce para él.

“Ese hombre te ama, chica”, dice Lotus. “Y no creía que ningún tipo pudiera sacarte de la biblioteca”.

“Yo tampoco”.

Tenía una beca que mantener y no me iba a distraer con ningún tipo. Estaba trabajando en la caja registradora cuando Caleb entró en la librería necesitando un libro para su clase de psicología. Apareció cada mañana durante semanas con una taza de café para mí hasta que acepté salir con él. Es prácticamente una celebridad en nuestro campus, así que por supuesto me sentí halagada. Sin embargo, no me tomé en serio su interés por mí. Asumí que era exactamente el tipo de chico que debía evitar, pero me llevó y me demostró que estaba

equivocada. Nos reímos juntos. Hablamos de baloncesto. Me trató bien y me hizo sentir especial.

“Pues te has pescado un pez gordo, como dirían nuestras mamás”. La misma amargura sobre los hombres que pasaron por mi vida resuena en la voz de Lotus. “Ahora sólo queda retenerlo”.

“En todo caso, está tratando de *mantenerme*”. Hago una mueca por cómo suena eso. “Lo que quiero decir es que sabes que me importa Caleb”.

“Por supuesto”, dice Lotus, observándome atentamente.

“Es que últimamente parece que pide mucho más”.

Dudo, no quiero pintar a Caleb bajo una mala luz, pero Lo levanta las cejas y asiente con la cabeza para que continúe.

“Ha estado dejando caer insinuaciones sobre matrimonio y que quiere que me mude con él a la ciudad que lo reclute”.

“Pero, ¿qué pasa si tus oportunidades no están en la ciudad que lo seleccione? Lo frunce las cejas. “Él sabe que quieres seguir tu carrera de marketing deportivo, ¿verdad?”

“Por supuesto. Sí, siempre he sido sincera al respecto”, digo. “Pero ahora que se acerca el reclutamiento, él no quiere una relación a distancia, así que sigue saliendo el tema”.

Siempre he trazado mi camino en la dirección opuesta a la de mi madre. La independencia. No depender de un hombre. Hacer mi propio camino. Si hay algo que sé sobre mi curso, es que tengo que permanecer en él.

“Bueno, hablando de eso”. Loto me da un codazo. “Tu futuro suegro se dirige hacia nosotras”. Ella asiente hacia el padre de Caleb y su primo, acercándose a través de las abarrotadas gradas, deteniéndose de vez en cuando para sonreír y charlar.

“¿Quieres dejar de decir eso?” La exasperación pesa en mi suspiro. “Ya es bastante malo que todos los demás supongan que Caleb y yo ya estamos prácticamente comprometidos”.

“Por lo que dice la tía Priscilla, estarás casada y embarazada para



Navidad”.

“¿Embarazada?” Frunzo el ceño. “A mamá le encantaría. Cuanto más alto vaya Caleb en el reclutamiento, más querrá ella un nieto que lo enganche de por vida. Eso es lo último en lo que pienso. Un bebé ahora mismo arruinaría todos mis planes”.

“De todos modos, ¿cuál es la prisa?” Lotus ajusta un mechón de pelo errante hasta que encuentra su lugar en mi hombro. “¿Por qué Caleb está tan ansioso por casarse?”

“Lo sé. ¿Qué hay de malo en una relación a distancia? No estoy preparada para el matrimonio. Es demasiado pronto”.

“¿Lo amas?” Los ojos de Lo escarban en los bordes de mi expresión.

“Claro”. Me encojo de hombros, mirando a mis rodillas. “Quiero decir, nos lo decimos el uno al otro, pero ¿significa eso que él es *el elegido*? No lo sé. Llevamos un año saliendo. Empezamos como amigos, y es guapo, inteligente y considerado. Estaría loca si no lo amara, ¿verdad? Es perfecto”.

Lotus pone su mano sobre la mía. “Oye, mírame”.

Me encuentro con sus ojos, preparada para lo que sea que vaya a decir.

“No importa si él es perfecto, Bo, si no lo es para ti”. Me aprieta los dedos. “Necesitas un tipo que respete tus ambiciones y tus sueños”.

“Creo que Caleb puede ser ese tipo”.

Pero incluso mientras lo digo, me cuestiono si es verdad. Si mis ambiciones me llevaran a un lugar y Caleb a otro, ¿esperaría que lo siguiera? ¿Lo perdería si no lo hiciera? Espero no tener que elegir. Sé lo importante que es el baloncesto para él, pero ¿comprende realmente lo importantes que son mis sueños para mí?

“Sólo asegúrate”, dice Lotus, pegando una sonrisa plástica y apuntando por encima de mi hombro. “Mientras tanto, aquí viene papá”.

“Buenas noches, damas”, dice el padre de Caleb, abriéndose paso hasta situarse frente a nosotras.

La sonrisa de Donald Bradley está siempre tan cuidadosamente coordinada como sus corbatas y trajes a medida. La palabra que me viene a la mente es calcular, como si te hubiera sumado y restado para determinar cuánto tiempo y atención mereces. Todos sus movimientos son suaves, pero hay una dureza en él que me hace preguntarme si realmente hay un corazón latiendo bajo esa camisa de seda. Se parece mucho a Caleb físicamente -el mismo pelo dorado y los mismos ojos azul oscuro-, pero Caleb no tiene esa dura suavidad.

*Aún no.*

Es un susurro que intento ignorar. La idea de que Caleb se convierta en su padre me hace caer una bolsa de piedras en el vientre.

“Hola, señor Bradley”. Levanto la vista hacia el hombre que está a su lado, forzando una sonrisa para el primo de Caleb. “Hola, Andrew”.

“Hola”, responde Andrew amablemente. Neutral es la palabra que siempre asocio con él. Está en la facultad de medicina, así que sé que tiene sus propios talentos, pero al lado de la vitalidad de su primo superestrella, hay algo... soso, superficial en él. Como si se adaptara a lo que hay a su alrededor, absorbiendo lo que sea necesario en cualquier situación. Tal vez eso no sea lo peor, pero hace que sea difícil de leer. Cuando creces con una serie de “tíos” espeluznantes en tu casa como nosotras, aprendes a leer las intenciones de los hombres. Lo que me hace desconfiar de Andrew es que nunca puedo leer las suyas.

“Son bienvenidas a unirse a Bárbara y a mí en el palco”, dice el Señor Bradley. “Tenemos un buen banquete ahí arriba para celebrar después de que mi chico gane esta noche”.

“Estoy bien aquí por ahora”. Intento calentar mi tibia sonrisa. “Me gusta estar cerca de la acción”.

“Y estoy segura de que Caleb quiere verte en las gradas”. Me mira con severidad. “Pero esta noche en el partido, trabaja un poco la

sala. Una hermosa esposa es un gran activo para un hombre como Caleb. Tenemos tanto trabajo que hacer fuera de la cancha como dentro de ella”.

Me rechinan los dientes. Tengo muchas cosas que quiero hacer antes de sentar la cabeza. Y ahora mismo, ninguna de ellas implica ser la esposa trofeo de un jugador.

“Apoyaré a Caleb en todo lo que pueda”, digo. “Al igual que estoy segura de que él apoyará las cosas que yo quiera perseguir”.

El Señor Bradley esboza una sonrisa de satisfacción y me da una palmadita en el hombro. “Hay todo tipo de organizaciones benéficas y comités para las esposas de los jugadores que estoy seguro de que disfrutarás”.

“Ya veremos de cuánto tiempo dispongo”, le digo. “He solicitado varias prácticas, incluida una en el St. Louis”.

No tengo que esperar mucho para su reacción.

“¿St. Louis?” Sus gruesas cejas bajan y se agrupan sobre sus ojos. “¿Mi equipo?”

El Señor Bradley, que ya está en el Salón de la Fama como jugador, es un ejecutivo de la oficina principal del equipo de expansión de St. Louis. Ha construido muchos equipos a partir de la nada hasta convertirlos en escuadrones con calibre de campeonato.

“St. Louis es uno de los equipos con los que me estoy entrevistando, sí”. Reprimo una sonrisa de satisfacción.

“Probablemente deberías esperar a ver dónde se recluta a Caleb antes de comprometerte”, dice, con un tono condescendiente. “Querrás saber dónde aterriza”.

“De hecho, estoy en la ronda final de consideración para algunas prácticas”, digo, manteniendo mi expresión plácida. “Así que también tendremos que ver dónde aterrizo”.

Entrecierra los ojos y ladea la cabeza, considerándome como si fuera un preocupante rompecabezas. Mis piezas no encajan como deberían. La mayoría de las chicas saltarían ante la oportunidad de

asegurarse un futuro con un jugador de la NBA. Entonces, ¿por qué estoy dudando en casarme con su chico de oro?

“Bueno, será mejor que volvamos con nuestros invitados”. Señaló con la cabeza un túnel cercano. “Nos vemos en el palco después del partido. En marcha, Andrew”.

Con una última mirada, Andrew se gira para seguirlo.

“Te vas a casar con una familia jodida”. Lotus se estremece, sacudiéndose.

“No me voy a casar...” Hay burla en sus ojos. “Deja de presionarme”.

“Pero con mi gran carga de trabajo en la universidad, es una de las pocas alegrías que me quedan en la vida”.

“Encuentra nuevas alegrías”.

Compartimos una sonrisa, y ella enlaza su brazo con el mío, apoyando su cabeza en mi hombro mientras vemos las maniobras previas al partido. Las mascotas de ambos equipos corren a lo largo de la pista, utilizando trampolines para lanzar balones. Una cámara de besos se pone en marcha, y Lotus y yo no podemos dejar de reírnos de una pareja de ancianos que se besan como adolescentes empañando la ventanilla del asiento trasero.

Y entonces lo veo. No me he permitido buscar a August desde que los jugadores salieron a la cancha para el rodaje previo al partido. No estoy muy cerca, y en este edificio no cabría ni un mosquito porque hay mucha gente. Aun así, me preocupa que me vea.

Podría estar preocupada por nada. Quiero decir, debe tener chicas persiguiéndolo todo el tiempo. Una chica intrascendente que conoció en un bar es probablemente totalmente olvidable.

Excepto que no me pareció intrascendente. Ni las cosas que compartimos ni la mirada en su cara cuando me fui. Nada de eso se sintió intrascendente. Y aunque sé que debería olvidar, no puedo dejar de recordar.

Mi madre solía decir que hacía falta una palanca para abrirme,

pero con August me sorprendí a mí misma. No me contuve. ¿Cuándo fue la última vez que hablé tan abiertamente con alguien que no fuera Lo?

En la cancha, se enfrenta a un compañero de equipo, driblando dos balones, uno con cada mano, con una postura relajada. Se ríe de algo que dice el otro jugador, con los labios abiertos en un destello de humor y carisma. Una indolente fanfarronería cuelga de él como sus pantalones de baloncesto, fácil y suelta, pero una energía apenas velada crepita a su alrededor. Es un atleta ágil y una potencia latente al borde de la explosión.

En un instante, pasa de la facilidad de su compañero de equipo a la precisión de tiro característica que ha inspirado el asombro de los expertos en baloncesto a lo largo de este torneo. Con los ojos fijos en el aro, encaja seis lanzamientos de tres puntos en rápida sucesión. Desde la muñeca hasta el bíceps, un brazo está enfundado en una manga de tirador, un accesorio de compresión que algunos jugadores utilizan para mantener el brazo caliente y aumentar la circulación. Unos cuantos tatuajes de colores pintan el otro brazo, pero el más prominente está en la parte superior de su hombro, el número treinta y tres. Es el número de su camiseta, pero recuerdo haber oído que también era el de su padre.

Todavía no lleva puesta la camiseta, y cuando lanza el balón de un lado a otro entre sus grandes manos, palmeándolo y levantándolo por encima de la cabeza en un estiramiento, su camiseta se levanta, dejando al descubierto peldaños de abdominales musculosos.

Se me corta la respiración. Mi cuerpo aplastado por el suyo la noche anterior, la cuenta por encima de su cabeza. El pecho y los brazos duros como una roca. Las manos y los ojos suaves. Su fuerza y su calor, su olor... todo en él me hace querer acercarme más. Estar lo más cerca posible. Quería besarlo. La fuente de toda esta culpa no es lo que hice con August. Es lo que quería. Lo que sentí.

Él mira hacia las gradas en nuestra dirección, y mi corazón se detiene por el espacio de un latido. Me tensó, tanto por el recuerdo de esos ojos fijos en mí como por el miedo a que me vea ahora.

Su entrenador grita y hace señas al equipo para que se acerque al banquillo. Debería estar aliviada de que no me haya visto, pero una parte perversa y masoquista de mí desea que sepa que estoy aquí.

Mis ojos buscan a Caleb en la cancha, y espero sentir algo tan visceral como lo que sentí anoche con August. Me alegro de ver a Caleb. Estoy orgullosa de él. Me alegro por él, pero no siento que mi corazón esté clavado en una cometa que se eleva. Mis pies están firmemente plantados en el suelo. Mi cuerpo no se vuelve loco. ¿Cuándo fue la última vez que Caleb me dejó sin aliento con poco más que una mirada, un toque? Es más, ¿cuándo fue la última vez que quise decirle tantas cosas que no hubo tiempo para todo?

Tengo un año invertido con Caleb, y hemos sido felices. Después de conocer a August West una vez, ¿me lo cuestiono?

“Entonces, ¿qué vas a hacer?” Lo pregunta suavemente, irrumpiendo en mis pensamientos. “Sobre esta situación de Caleb, quiero decir. Si él quiere más y tú quieres... ¿qué quieres?”

Giro la cabeza para estudiar la cara de mi prima.

“¿Por qué tengo que saberlo ahora mismo?” Respondo a Lo sin contestar realmente. “Estoy a punto de graduarme en la universidad. Este debería ser un momento en el que es seguro explorar, en el que hay espacio para averiguar qué es la vida por mi cuenta. ¿No podemos simplemente salir? Todavía no estoy segura de lo que sé, y eso debería estar bien”.

Cuanto más nos acercamos al futuro, más siento el peso de las expectativas de Caleb, habladas y no habladas. Sólo espero que no sea tan pesada que nos aplaste, que aplaste lo que tenemos por completo.

“No dejes que te apure, chica”, dice Lo. “Mejor ningún hombre que el hombre equivocado. Lo vimos de primera mano”.

¿Cómo habrían sido nuestras vidas si mi madre se hubiera casado con uno de los asquerosos que pagaban nuestro alquiler? A excepción de Telly, normalmente me alegraba verlos partir. Si se hubiera casado con uno de esos hombres, sé que en lugar de la seguridad que ella imaginaba, habría sido una trampa.

Cuando el partido está en marcha y se acerca el descanso, sé que el equipo de Caleb tiene problemas. No está en el marcador, porque sólo pierden por cinco, todavía fácilmente a distancia de golpe. Y el rendimiento de Caleb no debería hacerme dudar. Ya está casi en un triple-doble<sup>8</sup>. Mis reservas en realidad no tienen nada que ver con Caleb y su equipo, y todo que ver con August y el suyo. Hay un factor X en el deporte, probablemente en la vida, que no aparece en las hojas de estadísticas o en los marcadores. Jordan lo tenía. Kobe lo tenía. Es ese instinto asesino de “no seré detenido”. Cuando un jugador tiene eso, se echará a todo el equipo a la espalda si es necesario para ganar.

Ese instinto asesino brota de cada poro de August West.

Nunca lo he visto jugar en directo, o ya lo habría sabido. Está en sus ojos cada vez que se enfrenta a Caleb uno a uno, la sonrisa torcida que dice que August disfruta jugando con él. Cada vez que se detiene y gira más allá del alcance de Caleb para anotar, se insinúa más en la cabeza de Caleb. Y ahí es donde el partido acabará perdiéndose si algo no cambia en la segunda parte. Si yo fuera el entrenador, asignaría a otro para que custodie a August porque Caleb no puede. Sospecho que Caleb pidió hacerlo, sintiendo que tenía algo que demostrar.

No lo está demostrando.

Si pudiera tener cinco minutos a solas con Caleb, tal vez podría ayudar. Me ha dicho antes que piensa en mí cuando el juego no va a su manera. Incluso si pudiera llegar a él, no estoy segura de poder enfrentarlo ahora. Probablemente me disculparía por todas las cosas que *no hice* anoche con August pero en las que no puedo dejar de pensar.

*No ayudará.*

Como aficionada, me maravilla el talento de August, el espectáculo que nos ofrece esta noche. Como novia, me estremezco cada vez que Caleb falla un lanzamiento. Caleb puede tener un poco de derecho. Con todos los privilegios que ha tenido, ¿cómo no podría ser ocasionalmente? Pero ha trabajado duro toda la temporada, y la mano caliente de August está quemando todo el trabajo de Caleb. Incluso mientras admiro la habilidad de August, el sentimiento de

culpa me asierra por dentro. Debería estar apoyando completamente a Caleb, pero hay un pequeño rincón rebelde de mi corazón que quiere que todo el trabajo duro de August también dé sus frutos. Esta noche, en el cumpleaños de su padre.

La campana suena, y ambos equipos salen de la cancha para el medio tiempo.

“Están en buena forma, ¿verdad?” Lo pregunta.

“Claro”. No respondo mucho porque si sigo hablando, diré lo que veo.

Pasamos la mayor parte del medio tiempo en el puesto de comida. Después de pasar por las gradas y volver a nuestros asientos, Lo saca a relucir la última cosa, la última persona, de la que quiero hablar.

“Caleb debe estar preocupado por ese tal August West”. Ella da un sorbo a su refresco. “Él es algo más.”

“Sí, es un All-American<sup>2</sup>”, respondo de manera uniforme, manteniendo la mirada fija en el espectáculo del descanso mientras mi corazón se desboca. “Seguro que será una selección de primera ronda en el reclutamiento”.

“También está muy bueno”. Lo levanta una ceja escéptica. “No me digas que estabas tan metida en las estadísticas que no te has fijado en el culo de ese tipo”.

*Deberías ver sus ojos. Deberías sentir su pecho.*

*Deberías escuchar su voz.*

Intento inútilmente olvidar cómo el hecho de estar con August me hacía sentir perfectamente a gusto y totalmente estimulante a la vez.

“¿Hace calor aquí?” Me abanico la cara con una mano, tratando de enfriar la piel acalorada. “Y recuerda que tengo novio. Estoy en una relación”.

“En una relación, no muerta”. Ella gruñe su apreciación. “Hmmm. Y tendrías que estar muerta para no fijarte en ese hombre”.



Por un segundo, todos los detalles de la noche anterior se acumulan en la punta de mi lengua. Fueron sólo unas horas, pero entonces se sintió -y aún se siente- importante. Y nunca le he ocultado nada importante a Lo. Como no pasó nada, debería poder contarle todo con el corazón despejado, pero dudo. Sí *pasó* algo. El estómago se me revuelve con la verdad. Por mucho que no quiera afrontarlo, algo cambió en mí anoche. Todavía no lo entiendo del todo, pero se siente sísmico.

No le digo nada de eso a Lo. Fue una conversación. Ella pensaría que estoy loca por sentirme ya tan fascinada por August. *Yo* creo que estoy loca. Así que en lugar de decir nada de eso, redirijo la conversación.

“El juego vuelve a empezar”.

El marcador se mantiene ajustado durante toda la segunda parte, pero al final el otro equipo tiene algo que nosotros no tenemos. Y ese algo es August. A falta de dos minutos, hace lo que hacen todos los grandes. Se hace cargo de los lanzamientos de alto riesgo, haciendo que los imposibles parezcan fáciles. La frustración irradia de Caleb mientras ve cómo se le escapa el partido. El golpe final llega cuando está defendiendo de August en una jugada en los últimos segundos. August se planta en su punto dulce, la esquina extrema derecha, justo después de la línea de tres puntos. Caleb se acerca para bloquear el lanzamiento, y antes de que suene el silbato, sé que es una falta. Su última. Ha cometido una falta que lo deja fuera del juego. Para añadir el insulto a la herida, el lanzamiento de tres puntos de August entra. Esta podría ser una jugada de cuatro puntos que perfora el clavo en el ataúd.

*Mierda.*

Caleb estrella el balón en la cancha, haciéndolo volar por los aires. Le grita al árbitro antes de dirigirse al banquillo. Hay un carácter salvaje en sus ojos, algo que no había visto antes. He crecido con volatilidad y, en ocasiones, he visto violencia. Ver a Caleb perder el control despierta mi instinto de correr. Pero en el momento en que está en el banquillo bebiendo Gatorade, esa fiereza desaparece y

vuelve a ser mi chico de oro.

*Tal vez lo imaginé.*

August destrozó su juego, y Caleb está comprensiblemente frustrado. La mayoría de los chicos tienen esos momentos en los que pierden el control. Si hubiera quedado más tiempo en el reloj, y si Caleb fuera cualquier otra persona, probablemente habría sido expulsado del partido. Pero no es expulsado y tiene que sentarse en el banquillo mirando hasta el final.

August asume su lugar en la línea de tiro libre, su cuerpo relajado como si este momento, por grande que sea, no fuera lo suficientemente grande como para tragarse su confianza. Si hace este lanzamiento, con menos de un segundo en el reloj, no habrá tiempo para recuperarse. Un partido de cuatro puntos estará fuera de alcance.

Con miles de aficionados saludando, gritando y abucheando frente a él, creando una masa humana de distracción, August parece bloquearlo todo. Es sólo él y el aro, y haría falta un acto de Dios para impedir que el balón entre.

Dios no interviene.

Un resoplido de nada más que la red pone este juego en los libros. Un segundo después, suena el timbre, el edificio entra en erupción y el equipo de August se dispersa por toda la cancha en una celebración de golpes de pecho y de cuerpos. August se queda de pie en medio de la cancha, absolutamente inmóvil, con el balón del partido acunado en la definición de sus brazos contra el pecho. Su cabeza cuelga hacia delante, y la emoción emana de él de forma tan intensa que me llega. Me toca.

Inclino la cabeza hacia abajo para ocultar mi rostro, para ocultar mi sonrisa. Me duele por Caleb, por supuesto, pero sé lo que esto significa para August: que mientras está de pie en el centro, con una vena de sobriedad corriendo a través del júbilo, está pensando en su padre. Se pregunta si su padre lo ve. Se pregunta si hoy, en su cumpleaños, está orgulloso. No tengo forma de saberlo, pero de alguna manera, estoy segura de que lo está.

---

4 *March Madness* fue utilizado por primera vez para referirse al baloncesto por un funcionario de la escuela secundaria de Illinois, Henry V. Porter, en 1939, pero el término no llegó al torneo de la NCAA hasta que el locutor de CBS Brent Musburger (que solía ser un periodista deportivo en Chicago) lo usó durante la cobertura del torneo de 1982

5 El sistema de *final a cuatro* (en inglés: final four) es el término que se utiliza para denominar a un sistema de competición, generalmente deportiva, de fases eliminatorias consistente en semifinales y final. Estas pueden disputarse a partido único, o bien mediante un sistema de partidos de ida y vuelta estableciendo el propio estamento organizador del evento el número de encuentros.

6 Se define el *dribbling* como la acción que realiza un jugador cuando, después de tomar posesión del balón, le da impulso tirándolo o palmeándolo con una mano contra el suelo y lo vuelve a tocar antes de que lo haga otro jugador.

7 La tradición en la NBA indica que el equipo campeón recibe su *anillo* en el primer partido de Liga Regular de la temporada siguiente.

8 *Triple-doble* es un término que en baloncesto determina la consecución, por parte de un jugador, de dobles dígitos (un mínimo de 10) en tres de las cinco categorías cuantificables (puntos, rebotes, asistencias, tapones y recuperaciones de balón). Un ejemplo de triple-doble sería anotar 20 puntos, atrapar 10 rebotes y dar 11 asistencias.

9 *All-American* es un equipo deportivo honorario compuesto por los mejores jugadores amateurs de una temporada específica para cada puesto de equipo, quienes a su vez reciben el honorífico “All-America” y generalmente se los denomina “atletas All-American”, o simplemente “All-Americans”.

## Capítulo 3

### AUGUST

En una de las primeras fotos que mi madre tiene de mí, el balón de baloncesto autografiado por mi padre descansa junto a mí en mi cuna. Aunque sombríos, sé que los recuerdos de las tardes de verano detrás de nuestra casa, de él alzándose sobre sus hombros para encestar el balón con mis manos infantiles, son reales. Apenas podía caminar cuando empecé a driblar un balón. Se podría decir que toda mi vida ha conducido a este momento.

La caída del confeti, el estruendo de la multitud, las luces que rebotan en los objetivos de mil cámaras... es un prisma de vista y sonido que no penetra en mi celebración privada. He llegado tan lejos y me he llevado el premio, que quiero disfrutar de esto por un momento. Tal vez más adelante descubra cómo apagar el impulso que gira como una locomotora dentro de mí, pero aún no lo he hecho. Y mañana me exigirá lo que siempre hace: *más*. Me permito un momento para saborear.

Un micrófono en la cara rompe ese nanosegundo de contemplación. Las preguntas me golpean como una lluvia de balas. Aturdido, respondo a cada pregunta, entrecerrando los ojos contra el resplandor de una docena de cámaras conectadas a millones de espectadores en casa. Probablemente el entrenador esté observando desde la habitación del hospital de Delores, exactamente donde debería estar. Pero mi madre y mi padrastro, Matt, están aquí en alguna parte, y me consume la urgencia de compartir esto con las únicas personas que entienden todo lo que ha requerido.

Mientras mis extasiados compañeros y yo terminamos de darnos la mano con el otro equipo, mi madre se acerca a mí, me agarra del

brazo y me da un abrazo que huele y se siente como todo el consuelo y el ánimo que me ha hecho falta para llegar hasta aquí. Me hundo en él, enterrando mi cara en sus gruesos rizos rojos que siempre huelen a fresas. Cuando mi padre murió y mi mundo se trastocó, mi madre fue mi constante. Cuando se casó con Matt y nos trasladó a los suburbios de las afueras de Baltimore, fue mi roca. Cuando conseguí la beca para jugar baloncesto en la Preparatoria St. Joseph y tuve que dejar a mis amigos y todo lo que me era familiar, ella me ancló. En todo momento, cuando las cosas han cambiado o se han desviado, ella ha sido la misma fuente de apoyo.

Se aleja lo suficiente como para mirarme, enmarcando mi cara con sus manos. Si sus ojos azules y acuosos no reflejaran el orgullo que tienen, esta noche no significaría tanto.

“Lo has conseguido”, dice, pasando sus dedos por el sudoroso lío de mi pelo. “Tu padre estaría muy orgulloso”.

Sus palabras, apenas audibles por encima de toda la celebración, se deslizan por debajo de la protección que tengo sobre mi corazón y me pinchan. Antes de darme cuenta, estoy parpadeando para evitar las malditas lágrimas.

“Y en su cumpleaños”, susurra, con la tristeza y la alegría mezcladas en su rostro.

“¿Te has acordado?” Una carcajada se sobrepone al sollozo de mi garganta.

“Por supuesto, me acordé”. Sacude la cabeza y me acaricia la cara. “Te pareces tanto a él, ¿sabes? Pero eres incluso mejor que él a tu edad”.

Antes de que pueda responder, una mano en mi hombro me hace girar. Matt me acerca, con orgullo en sus ojos también. No es mi padre biológico, pero es el hombre que me enseñó mucho sobre la disciplina y el respeto. Este momento también le pertenece a él.

“Hola, West”. El entrenador Mannard se acerca, sonriendo más ampliamente de lo que le he visto en cuatro años jugando para él. “Nos has salvado esta noche más de una vez. Ha sido un honor

entrenarte”.

“Gracias, señor”.

Estrecho la mano que me tiende, y ambos reímos y terminamos con un abrazo. El entrenador Mannard y yo nos hemos enfrentado varias veces. Afortunadamente, la violación del toque de queda de anoche no fue una de ellas: me escabullí sin darme cuenta. Incluso cuando no hemos estado de acuerdo, hemos tenido una cosa en común: ambos queremos ganar. Y esta noche, al terminar nuestro camino juntos, lo hemos hecho.

“Los promotores tienen una recepción de celebración para nosotros en uno de esos lujosos palcos de arriba”. El entrenador Mannard se dirige a mí pero levanta la voz y luego mira a mis compañeros de equipo que se han reunido alrededor. “Estoy seguro de que todos ustedes tienen sus propios planes para celebrar”.

Ese comentario es recibido con silbidos de lobo y risas. Quince universitarios que acaban de convertirse en campeones nacionales pueden meterse en un montón de problemas, y muchos de nosotros planeamos descubrir cuánto de primera mano esta noche.

“Pero”, dice el entrenador Mannard, haciendo una pausa hasta que tiene nuestra atención, “estos son nuestros promotores y quieren verlos. Estrechar sus manos. Este es el primer título de baloncesto de la escuela. Esta noche han hecho historia. Es algo importante. Ustedes son algo grande, y la gente que paga el camino quiere verlos”.

Mira su reloj y luego vuelve a mirarnos.

“Sé que algunos de ustedes tienen entrevistas que hacer”. Sus ojos se desvían hacia mí y luego se alejan. “Y tendremos la ceremonia de entrega de trofeos aquí dentro de un rato. Después de eso, dense una ducha y lleven sus culos al palco. Denme una o dos horas. Canten para la cena, y luego no me importa lo que hagan mientras no lo lea mañana”.

La siguiente hora transcurre rápidamente, con un flujo de gente que reclama mi atención. Pierdo la cuenta de los periodistas con sus grabadoras y micrófonos, todos haciendo las mismas preguntas.

La ceremonia de entrega de trofeos es una mezcla de emociones, pero lo veo todo con un impresionante detalle en tecnicolor. Mi mente toma una instantánea. Nunca olvidaré el momento en el que me pongo el trofeo por encima de la cabeza ante los miles de aficionados que gritan.

Sólo cuando me ducho y me pongo la camisa de vestir y los pantalones, empiezo a asimilarlo todo. Soy un campeón nacional. Puede que gane el premio Naismith, Jugador del Año. Puede que haya conseguido un puesto entre los cinco primeros en el draft de la NBA. Las implicaciones inundan mi mente: el dinero, la fama, las oportunidades.

Volveré a clase en unos días. Pronto llegarán las finales. Además de una próxima visita a la Casa Blanca, la vida volverá a la normalidad. Pero me espera una nueva normalidad después de la graduación, y no estoy seguro de estar preparado.

Me retiro un poco y dejo que el resto del equipo se adelante a la fiesta de promoción. Cuando subo al ascensor que lleva a los palcos de lujo, estoy solo, pensando en las cosas que le dije a Iris anoche sobre que no quería perderme en toda esa locura. Quiero aferrarme a eso.

Salgo del ascensor y mi corazón se detiene. Se detiene. Cae

*Iris.*

Como si mis pensamientos me la hubieran entregado, Iris está allí mismo, metida en un grupo de personas agrupadas a la entrada del palco no muy lejos del nuestro. ¿Es mi imaginación? No, un producto de mi imaginación no cargaría el aire y realzaría cada detalle. Todo es más claro, más nítido, más definido. Para mis sentidos, ella es una lupa. Es un megáfono.

Y ella está ahí de pie.

Su pelo es diferente. Domado. Es largo, liso y le cuelga hasta la mitad de la espalda. El color salpica sus labios, ojos y mejillas, en capas sobre la hermosa desnudez del rostro de anoche. En lugar de la ropa informal del bar, lleva un top corto que se detiene justo debajo de la redondez de sus pechos. La falda se asienta sobre sus caderas,

amoldándose a la longitud de sus piernas y a la curva de su culo, dejando al descubierto un tramo de abdomen tonificado. Anoche me di cuenta de que tenía un gran cuerpo, pero la realidad de su forma, su piel suave y cobriza, avergüenza mi imaginación. Parece diferente, pero sigue siendo ella. Mi chica gumbo. Cada célula de mi cuerpo lo confirma, y mis pies me llevan hacia ella antes de darme cuenta de a dónde voy.

“¿Iris?”

Cuando la llamo por su nombre, busca en el espacio que la rodea, escudriñando entre el nudo de gente hasta que sus ojos se encuentran con los míos, ampliándose con sorpresa. Se abre paso rápidamente entre la pequeña multitud reunida en la entrada del palco, cruzando el espacio hasta llegar a mí. Huele igual, y el efecto que produce en mí es exactamente el mismo. Un relámpago. Una oleada de energía. Nuestras miradas se entrecruzan en el reducido espacio, en el breve silencio. Esos ojos son del color del whisky esta noche, y son igual de embriagadores. Ella va directo a mi cabeza.

“Hola”. Mi voz sale rasposa y trabajosa, como si hubiera tomado las escaleras a toda velocidad en lugar del ascensor para llegar aquí.

“August, hola”.

Ella también suena sin aliento. Debe ser el cable vivo que va de mí a ella porque no se ha esforzado. De hecho, no podría estar más perfecta. “Te ves...”

Me detengo para calmarme. La adrenalina me recorre como si estuviera en el fragor de un partido reñido, en el que hay que morderse las uñas. Como si la pelota estuviera en mis manos para el tiro del último segundo.

“Estás preciosa, Iris”.

“Oh... um, gracias”. Se tira de la parte superior como si estuviera cohibida. Luego sus ojos se abren de nuevo cuando me mira. “Oh, Dios, August. ¡Enhorabuena! Un partido increíble. Seguro que tu padre está orgulloso de ti hoy”.

Sus suaves palabras me conmueven. Todas las piezas de mí



mismo que nunca parecían encajar con esta chica. Lo reconocí anoche, y lo sé ahora. Tal vez sea porque crecimos con algunos de los mismos desafíos, de no sentir nunca que pertenecemos. Tal vez es la química de nitroglicerina hirviendo entre nosotros, sólo esperando el golpe de un fósforo.

“Gracias”. Me aclaro la garganta, sin saber qué decir a continuación, excepto lo obvio. “¿Qué haces aquí? Quiero decir, me alegro. Realmente me alegro, sólo...”

“Iris”.

La voz aguda justo al otro lado de su hombro capta mi atención. Ella se pone rígida, sus pestañas bajan por un segundo antes de volver a mirar hacia arriba.

“August, yo...”

“Hola, nena. Te estaba buscando”. El brazo bronceado que rodea posesivamente su cintura pertenece al tipo al que acabo de derrotar.

“Caleb, hola”. Iris lanza una mirada entre los dos.

*Qué. Carajo.*

¿Caleb Bradley es el novio de Iris? No podía ser peor. Antes odiaba la idea del tipo que tiene la suerte de tener a Iris. Ahora odio al tipo real. El que todo el mundo llama “el chico de oro” es, por mi experiencia, un imbécil. Ciertamente no se merece a la chica que conocí anoche. Nunca he envidiado el dinero de su familia ni toda la atención que los medios de comunicación le dedican. Nunca he envidiado las ventajas que ha tenido, pero ahora la tiene a ella. Eso lo envidia. Me hierve bajo la piel y me revuelve las tripas.

“Buen juego”. Fijo mis ojos en su cara para no tener que mirar a Iris.

“Tú también”. Los pétreos ojos azules chocan con los míos. La amargura tuerce sus labios. “Felicidades”.

Es las felicitaciones más rencorosas que he oído nunca, pero no puedo culparlo. Nadie quiere ver al ganador tan pronto después de perder.

“¿Conoces a mi novia?” Sus ojos conectan puntos entre Iris y yo, la sospecha se entrelaza fuertemente en las palabras.

Cuando por fin la miro, la guardia sobre sus ojos que bajó tan rápido anoche ha vuelto. Casi había olvidado que existía. ¿Ha vuelto por mi culpa? ¿O por él? No tengo ni idea de cómo quiere interpretar esto. Anoche no pasó nada. No porque yo no quisiera, sino porque ella lo impidió.

Por él.

Por un momento, quiero arruinarlo. Arruinar su relación plantando dudas en su mente. Es un pensamiento pasajero que no seguiré. Así no se gana a una chica como Iris.

“Nos conocimos anoche en un bar”. Su voz es uniforme. Sus ojos, cuando se encuentran con los de él, son claros.

“¿En un *bar*?” Un ceño fruncido hace que sus cejas se junten. “¿Qué demonios?”

“Quería ver el partido de los Lakers”, dice con mesurada paciencia, “y en el hotel no lo ponían. Así que fui al bar de la esquina para verlo”.

“Nos encontramos allí”, termino por ella. “Sólo hablamos un rato. Nada del otro mundo”.

“Claro. Nada del otro mundo”. Sus ojos se encuentran con los míos durante un segundo cargado antes de volver a centrarse en Caleb. “No había tenido la oportunidad de decírtelo”.

“Bueno, ganaste el juego, West”. Hay una falsa ligereza en la voz de Caleb, mientras sus ojos siguen siendo acerados. “Lo próximo que sabrás es que estarás tratando de ganar a mi chica también”.

“Oh, no eres tan inseguro, ¿verdad, Bradley?” Relajo deliberadamente mi postura, deslizando las manos en los bolsillos y meciéndome sobre los talones, dedicándole una amplia sonrisa de ganador. “Si ella no quiere ser ganada, no lo será”.

“No quiere serlo”. Quita toda la ligereza de su voz, y si antes sus ojos eran pétreos, ahora toda su cara es de granito. El brazo que rodea

su cintura se endurece hasta convertirse en acero.

“Los dos, por favor, paren”. Iris exhala bruscamente, sus palabras, suaves pero firmes, arbitran la tensión que gruñe entre Caleb y yo. “Caleb, acabamos de hablar”.

Su cara transmite su disgusto. Al ver su mano extendida sobre la cintura de Iris, la mía también podría hacerlo. *Imbécil*.

Lo conozco desde el octavo grado. La mayoría de los chicos no se tropiezan con una carrera en la NBA. La persiguen sin descanso durante años. Empezamos a asistir a los mismos campamentos y torneos de preparación hace años, y aunque todo el mundo lo adula, él y yo nunca hemos congeniado. Las jugadas sucias cuando creía que nadie miraba, las pugnas por las posiciones, los lloriqueos cuando perdía y los alardes cuando ganaba... son cosas que nos han impedido ser amigos. Aunque la prensa nos compara constantemente y nos enfrenta, la hostilidad nunca ha sido abierta... hasta ahora.

Hasta ella.

“Supongo que no volveré a verte hasta el reclutamiento, ¿eh, West?” El tono de Caleb se mantiene suave, pero no puede ocultar la frustración en sus ojos, la rabia que le hace temblar la mandíbula, los puños apretados a los lados.

“Probablemente no”. Mis ojos se desvían hacia Iris. Por muy alta que sea, los dos la empequeñecemos. Me dejo llevar por la tentación y vuelvo a recorrer deliberadamente su cuerpo con la mirada. “Te desearía suerte, pero obviamente eres un hombre muy afortunado”.

Ella respira profundamente y levanta sus pechos bajo el top recortado. Los ojos entrecerrados de Caleb se mueven entre los dos, como si sospechara que hay un mensaje silencioso y secreto que nos pasamos el uno al otro bajo su nariz. Ojalá hubiera una forma de telegrafiarle lo que estoy pensando: preguntarle por qué caería en el acto con el que engaña a todos los demás. ¿Y por qué, conociendo la bien documentada rivalidad entre nosotros, no me dijo quién era anoche? Por primera vez desde que la vi en aquel bar, desearía no haberlo hecho. Habría sido mejor no saber nunca que había una chica

que podía hacerme sentir así después de una sola noche que saber que había elegido a un tipo como él.

“Felicidades, de nuevo, August”. La sonrisa de Iris es almidonada y rígida, pero sé que es sincera. “Caleb, deberíamos volver a la fiesta. Tu padre probablemente te esté buscando”.

Iris le tira del brazo, pero él no se mueve ni un segundo, observándome. Advirtiéndome en silencio. Le sonrío, para que sepa que me importa un carajo y que no me intimida.

Después de otro segundo, asiente a Iris y se dirigen hacia su palco. Son absorbidos por la multitud, y yo me quedo solo. La sensación de pérdida que sentí cuando se marchó la noche anterior no es nada comparada con lo que siento ahora. Ahora no es sólo que no pueda tener a Iris. Es que no puedo tenerla porque él la tiene. Y la chica que conocí anoche, se merece algo mejor que Caleb.

Mis compañeros de equipo, el entrenador Mannard, los promotores... todo el mundo lo está celebrando, y yo estoy decidido a unirme a la fiesta. Esto es todo por lo que he trabajado, y me niego a permitir que Caleb y su novia me lo estropeen. Algunas de las animadoras han lanzado señales claras de que les encantaría encontrarse debajo de un campeón nacional esta noche. O encima. O de rodillas. No soy exigente, y me vendría bien la distracción.

Después de media botella de champán, estoy dispuesto a todo. ¿Quién necesita las sobras de Caleb cuando puedo tener algo caliente y fresco aquí mismo? Estoy en la barra de nuestro palco aun convenciéndome a mí mismo cuando Iris se une a mí.

“¿Qué hace un buen tipo como tú en un lugar como este?” Se queda mirando fijamente las botellas que se alinean en la pared detrás de la barra durante un momento antes de volverse hacia mí.

“¿Dónde está tu novio?” Me llevo la botella de champán medio vacía a los labios. “Me sorprende que haya perdido de vista su premio de consolación”.

“Vaya.” Ella sacude la cabeza, con una sonrisa sin gracia en los labios. “Probablemente me lo merezca, pero... vaya. Para responder a

tu pregunta, Caleb y su padre están hablando con un posible agente”.

“¿Y has decidido venir a hurtadillas para ver cómo estoy?” Le deslizo una mirada tan fría y dura como el cristal. “¿Para asegurarte de que me he recuperado del shock de verte con el chico de oro?”

Iris apoya su codo en la barra, observando mi perfil por un momento antes de hablar. “No. He vuelto para decirte que lo siento, August”. Su voz contiene un genuino remordimiento. “Debería haberte hablado de Caleb”.

“Sí.” Me vuelvo hacia ella, esperando que sienta al menos una réplica de la irritación que retumba en mi interior. “Deberías haberlo hecho”.

Estoy siendo un imbécil. Lo sé, pero parece que no puedo parar ni siquiera cuando veo el dolor que se acumula en sus ojos. Estoy demasiado borracho. Borracho de decepción. De frustración. De ira. La botella medio vacía no es más que mi excusa para demostrarlo.

“Cuando te sentaste por primera vez en el bar anoche, pensé que tal vez eras un idiota”. Sus ojos se burlan de mí por debajo de sus pestañas.

Lanzo una carcajada y doy otro trago a mi botella. “Gracias por eso”.

“Ya sabes lo que quiero decir”, dice, soltando una pequeña sonrisa. “Entonces, una vez que empezamos a hablar, no parecía haber un buen lugar para decir: ‘Oye, soy la novia de Caleb Bradley’”. Traza un patrón en la barra, bajando la cabeza hasta que una caída de cabello oculta gran parte de su rostro. “Después de un tiempo, ya no pareció importar”.

Si hubiera sabido que era la chica de Caleb, no me habría sentado. Habría seguido saliendo por esa puerta y habría llegado al toque de queda con tiempo suficiente. Pero ella tiene razón. Incluso a los pocos minutos de nuestra conversación, saber lo de Caleb no me habría hecho irme. No una vez que empezamos. No una vez que la conocí.

“Entonces... ¿es serio?” Dejé con cuidado mi botella de champán.

“Quiero decir con él. Dijiste que iba en serio. ¿Como si estuvieran hablando de matrimonio o qué?”

Saber que ella iba en serio con “un tipo” era una cosa. Saber que va en serio con él es otra muy distinta. Caleb y yo nos movemos en los mismos círculos, jugamos en la misma liga, asistimos a los mismos eventos. Puede que la vea de vez en cuando, llevando su anillo y criando a sus hijos. Quizá haya bebido demasiado, pero se me revuelve el estómago.

Se encoge de hombros, dejando caer los ojos al suelo y cambiando su peso de un pie a otro. “Quiere casarse conmigo, sí. Algún día”.

“¿Y qué quieres tú?” Pregunto, observándola atentamente.

“Lo mismo que te dije que quería anoche”. Un ceño fruncido arruga su expresión. “Quiero mi carrera. Quiero la oportunidad de demostrar mi valía”.

“Bien”. Recojo mi champán. Lo necesito. “¿Recuerdas que dije que los chicos se pierden en ese mundo? ¿En el que Caleb y yo entraremos dentro de unos meses?”

Espero a que asienta, a que reconozca que lo recuerda. “Las chicas también lo hacen”, digo en voz baja. “No me gustaría que te pasara eso, Iris”.

“Gracias”. Se pasa el pelo por detrás de la oreja y baja las pestañas. “Lo tendré en cuenta”.

Espero que lo haga. Una chica con tanto espíritu no debería ser aplastada. Una chica con tanto carácter no debería dejarse influir. Me temo que un hombre como Caleb podría hacer ambas cosas.

El arrepentimiento tiñe su sonrisa cuando me mira. No sé si es arrepentimiento por no haberme hablado de Caleb anoche o si es arrepentimiento por lo que hemos perdido antes de que haya empezado. Sea lo que sea, lo esconde detrás de sus ojos y se acerca a mí.

“Eres un gran jugador, August”. Se levanta en puntas de pie hasta que sus labios se acercan a mi oreja. “Pero creo que serás un

hombre aún mejor”.

Sus palabras llegan como una flecha al corazón de todo lo que he luchado esta noche, calmando mi incertidumbre sobre cómo manejar el futuro. Mi mano se desliza hacia la parte baja de su espalda, hacia la sedosa piel por encima de su falda. Tengo muchas ganas de acercarla, pero ella retrocede hasta que mi mano se retira. Se aclara la garganta y me dedica una última sonrisa de infarto. “Adiós, August”.

Y con eso, se da la vuelta y sale del bar, volviendo sobre sus pasos desde mi palco hasta el de Caleb. Mis dedos se agarrotan alrededor de la botella de champán dorada con una frustración irracional. Conocí a esta chica anoche. No debería sentirme tan intensamente tan rápido. No debería sentir que Caleb me ha robado algo que nunca fue mío. Esta noche le he superado en lanzamientos. Lo superé en los saltos. Lo superé en el juego. Yo soy el que levantó el trofeo sobre mi cabeza. Yo gané.

Entonces, ¿por qué, en nombre de Dios, me siento como el perdedor?

## Capítulo 4

### IRIS

Cuando anoche me puse en contacto con Lotus para mostrarle mis opciones de vestuario para esta entrevista, coincidimos en que esta falda lápiz era perfecta. Ahora me parece demasiado ajustada, como si resaltara todos los puntos fuertes de mi cuerpo y eclipsara los de mi currículum. ¿Y esta blusa se pegaba así a mis pechos antes? ¿Han crecido de la noche a la mañana? Compruebo las horquillas que sujetan mi pelo en un nudo en la nuca. Una ligera capa de polvos y algunos toques de color son mis únicas concesiones al maquillaje. La ansiedad anuda los músculos de mi estómago.

“Lo tienes”, murmuro en voz baja. Mi nota media es alta. Con varios semestres de formación y experiencia, además de las cartas de recomendación de todos mis profesores, debería sentirme segura. Sin embargo, esta es la única. La oportunidad de mi lista que quiero más que todas las demás.

He hecho mis deberes. Richter Sports está en alza y Jared Foster es uno de sus agentes más hambrientos. Ver su nombre en la lista de entrevistas sólo aumentó mi nerviosismo.

Hago coincidir el número de mi guía de entrevistas con el de la puerta. Hoy es una especie de feria de empleo del mercado deportivo, y todos los que son alguien en el negocio están aquí buscando talento fresco y económico. Así soy yo. Trabajaré por casi nada. Sólo dame una oportunidad y la aprovecharé al máximo.

Llamo a la puerta y me pongo en tensión mientras espero una respuesta.

“Pase”, dice una voz grave al otro lado de la puerta.



En el interior, un hombre de hombros anchos, quizá de unos treinta años, se sienta detrás del escritorio demasiado limpio que ocupa gran parte del espacio prestado. Hay algo en su pelo rubio y en su rostro robusto y atractivo que me recuerda a él, pero no puedo ubicarlo. No se me ocurre dónde nos habríamos conocido.

“Hola”. Sus ojos se deslizan lentamente sobre mí de arriba a abajo, el aprecio masculino rápidamente sustituido por la indiferencia profesional. “El talento televisivo es por el pasillo, creo”. Vuelve a centrar su atención en los papeles que tiene delante y me hace un gesto despectivo con la cabeza. “Cierra la puerta al salir, si no te importa”.

Apretando los dientes, aprieto los dedos alrededor de la carpeta que contiene mi currículum. “Yo...” Me aclaro la garganta y empiezo de nuevo. “No estoy aquí para hacer una prueba de televisión. Estoy aquí por las prácticas de marketing deportivo”.

Levanta la cabeza, evaluándome con nuevos ojos, y espero ver más allá de las cosas a las que los hombres siempre parecen dar importancia.

“¿Es eso cierto?” El asiento cruje cuando lo inclina hacia atrás. “Mis disculpas. Soy Jared Foster, imbécil machista residente”.

Una sonrisa involuntaria dibuja mis labios ante su indirecta disculpa por la presunción.

“¿Y tú eres?”, pregunta, sus labios firmes cediendo a una sonrisa propia.

“Iris DuPree”.

“Bueno, Iris DuPree”. Señala con la cabeza la silla de respaldo recto que tiene enfrente. “Empecemos y veamos qué tienes”.

A cada minuto que pasa y a cada pregunta que plantea, mis nervios se disuelven en la calma que da la competencia, el saber que eres totalmente capaz de afrontar el reto que te espera. No he desperdiciado los últimos cuatro años. Cuando no trabajaba en la librería, estaba estudiando el sector, trabajando gratis cuando era necesario, para aprender los trucos y practicar lo que predicaban los

expertos del mercado deportivo. Su comportamiento va de indulgente pero escéptico, a astuto y especulador. Y finalmente, a impresionado.

“Así que, Iris”, dice, mirándome a los ojos con más respeto que cuando suponía que sólo servía para un primer plano, “siempre termino mis entrevistas con esta pregunta. ¿Cuál es el momento del deporte que te ha inspirado?”

Ni siquiera tengo que pensarlo. He tenido que familiarizarme con la mayoría de los deportes, pero el baloncesto es mi primer amor.

“Las noventa y siete finales de la NBA”, respondo, relajando los hombros y desanudando los dedos. “Utah Jazz y Chicago Bulls”.

“El quinto partido”, decimos juntos, compartiendo una sonrisa porque él sabe exactamente por dónde voy.

“Jordan estaba enfermo como un perro”, digo, “pero de alguna manera, sacó a relucir reservas que la mayoría de la gente ni siquiera tiene y llevó ese partido a la columna de la victoria. Fue hercúleo”.

“Muy bueno”. Jared asiente con aprobación. “¿Y qué te dijo eso?”

“Que nada te retenga o te haga desistir”. La convicción resuena en mi voz porque son lecciones que tuve que aprender al crecer, una niña del Noveno Distrito. Una refugiada del Katrina de una ciudad que tuvo que reencarnarse más de una vez. “Incluso cuando creas que estás derrotado, cava más profundo. Ve con más fuerza. Presiona, porque hay algo que vale la pena al otro lado”.

“Buena lección”. Jared mira mi currículum, levanta las cejas y asiente. “Has estado ocupada. Todo esto tiene buena pinta”.

“Gracias”. Me resisto a esbozar una sonrisa prematura.

“Si te ofrecen la oportunidad”, continúa Jared, “te das cuenta de que no te pagan casi nada, de que se apoderarán de toda tu vida y de que tienes que trasladarte a Chicago”.

El dinero, o la falta de él, no importa. He aprendido a vivir con menos que la mayoría. El trabajo duro nunca me ha asustado.

La cara de Caleb pasa por mi mente, arrugada por la decepción si tomo una decisión antes de saber dónde será reclutado. Y, por alguna

razón, la cara de August le sigue poco después. Y sus palabras, advirtiéndome que no me pierda en el mundo en el que él y Caleb entrarán pronto. Han pasado dos semanas desde el campeonato, pero he pensado en él más de una vez, y su consejo en mi cabeza es exactamente lo que necesito escuchar.

“Estoy dispuesta a hacer lo que haga falta por esta oportunidad”. Infundo las palabras con confianza y me encuentro con sus ojos sin dudar.

“Bien”. Se levanta y camina alrededor del escritorio, lo que me incita a levantarme también. “Tenemos que hacer unas cuantas ferias de empleo más, y no haremos selecciones hasta dentro de un par de meses, pero definitivamente me has impresionado, Iris. Estaré en contacto”.

“Gracias”. Me obligo a respirar de manera uniforme, pero mi corazón se acelera. Un trabajo como éste es exactamente el tipo de oportunidad que necesito para lanzar mi carrera en el negocio del deporte.

Jared me coge la mano para estrecharla con fuerza. “Y, oye. Siento de nuevo haber empezado con el pie izquierdo. Asumiendo que eras un talento televisivo...”

“No hay nada malo con el talento televisivo”, interrumpo con una sonrisa indulgente. “Algunas de las personas más inteligentes que conozco se sientan delante de la cámara. Sólo que yo no soy una de ellas”.

Me suelta la mano y se dirige a la puerta. Lo sigo cuando mi estómago se revuelve como un océano furioso. Las náuseas me invaden, tan fuertes que me quitan el aliento, me hacen la boca agua y me manchan de sudor la piel. Mis ojos se estiran cuando siento que mi desayuno se revierte, abriéndose camino hacia mi garganta. Separo los labios, preparada para dar un rápido adiós y marcharme a toda prisa, pero es demasiado tarde. Es repentino e inevitable. Todo lo que hay en mi estómago sale de mi boca en un chorro putrefacto.

Y salpica a Jared Foster.



# Capítulo 5

## IRIS

“No puede ser”.

Las palabras se me escapan de los labios entumecidos. Miro fijamente el palo manchado de orina, prediciendo que en unos meses seré lo último que quiero ser en esta etapa de mi vida: una madre.

“Sí, bueno, cuatro pruebas de embarazo positivas dicen que lo es”, responde Lotus desde la pantalla girada hacia mí, su preocupación es evidente incluso a través de FaceTime. Vivimos en la misma ciudad, pero estamos en campus diferentes. Con nuestros agitados horarios, nos comunicamos por FaceTime como si viviéramos en países diferentes.

“¿Cómo ha pasado esto, Bo?”

“¿Qué quieres decir?” Con las rodillas temblorosas, me siento en la cama, con cuidado de no alterar el portátil que muestra la cara de Lo, lo único tranquilizador en esta inesperada tormenta de mierda. “Sucedió de la manera habitual”.

“Lo sé, pero la forma habitual para la gente con una pizca de sentido común implica condones o inyecciones o pastillas que evitan que esto ocurra”.

“Las pastillas me hicieron enfermar. Las inyecciones hicieron que se me cayera el pelo, así que Caleb usó condones”.

“Aparentemente no todas las veces”, murmura Lo, con las cejas en alto.

“Sí, todas las veces, Lo”. Me trago otra oleada de náuseas, ésta menos relacionada con mi embarazo y más con las difíciles decisiones

que me esperan. “Siempre tuvimos cuidado. No queríamos poner en peligro nuestros planes de futuro”.

“No querías poner en peligro *tus* planes de futuro”, dice Lotus, con la duda filtrándose en su voz. “Este embarazo significa que podrías tener que depender más de Caleb. Te hace más difícil ser independiente y vivir separada de él. Tal vez fue menos cuidadoso de lo que pensabas”.

“No”. Muevo la cabeza negando rotundamente. “¿Y no crees que me habría dado cuenta si se hubiera saltado el condón? Caleb no haría eso. No quería que viviera en otro lugar y trabajara en otro estado, pero nunca lo haría a propósito”.

“¿Lo envolvió?” Lo levanta una ceja escéptica. “¿Cada vez?”

“Cada vez”, digo con seguridad, porque considerar siquiera lo que ella está sugiriendo convertiría a Caleb en un extraño para mí: una persona manipuladora dispuesta a sacrificar mi futuro, mis sueños por sus deseos. Y no puedo creer que haya intimado con alguien así sin saberlo. No puedo haberme equivocado tanto con él. Simplemente no es posible.

“¿Qué vas a hacer al respecto?” Afirma apoyando la barbilla en la palma de la mano y mirándome fijamente.

“Hablaré con él, por supuesto”, le digo a Lo, mirando mi teléfono sobre la cama para comprobar la hora. “Va a venir. Hablaremos y decidiremos qué hacer juntos. Lo resolveré todo. Este embarazo no me retrasará”.

Las palabras suenan huecas. Cambiará las cosas. Tiene que afectar a mis planes, por supuesto, pero sé que puedo hacer que funcione. Tengo que hacerlo.

Me despido, prometiendo llamar a Lotus una vez que Caleb y yo terminemos de hablar. Los dos siempre hemos tenido miedo de acabar como nuestras madres: dependiendo de un hombre para todo, quedándonos con sus sobras. Esto no es así. Lo sé, y espero que Lotus lo sepa, pero aun así quiere asegurarse. Y cuando me enfrento a Caleb en la puerta de mi casa, yo también.

Cuando se lo digo, su risa retumba en mi pequeña habitación. Una amplia sonrisa arruga sus ojos y arruga sus delgadas mejillas.

“Esto es increíble”. Me agarra por los hombros y me da besos por toda la cara. “Cariño, este es el principio de nuestro futuro juntos”.

O el final del que yo imaginaba para mí, si no tengo cuidado.

Aprieto mis manos contra su pecho, abriendo un pequeño espacio para respirar.

“No es increíble, Caleb”, digo suavemente, con firmeza. “Es un problema. Estoy a punto de empezar mi carrera. He estado haciendo entrevistas para puestos y me siento muy bien con mis perspectivas. Esto es un gran obstáculo”.

“Cariño, ya no tienes que trabajar”. La arrogancia estampa su rostro. “En realidad nunca lo has necesitado. Incluso sin un contrato de la NBA, puedo cuidar de ti. No tienes que preocuparte por nada. Sólo múdate conmigo, y tú y el bebé serán cuidados”.

*Cuidados.*

Eso es algo que me prometí a mí misma que nunca sería. Recuerdo a mi madre saliendo del dormitorio del fondo de nuestro pequeño apartamento, con una bata atada apresuradamente sobre su desnudez. Un casi desconocido salió tras ella, subiendo la cremallera de sus pantalones, metiéndose la camisa, contando billetes para su mano que esperaba.

“Pero ninguno de los puestos a los que opto está en los lugares a los que probablemente irás”, digo con firmeza. “Hay uno en Nueva York, y hoy he tenido una gran entrevista con Richter Sports. Creo que pueden ofrecerme un trabajo en su oficina de Chicago”.

Una nube oscurece su expresión.

“¡Chicago!” Me fulmina con la mirada, el azul de sus ojos se vuelve casi negro. “Las probabilidades de que Chicago me reclute son casi nulas, Iris. ¿Cómo pudiste siquiera considerarlo?”

“Lo consideraré porque es una gran oportunidad”. Me alejo completamente de él, escapando de la ira que vibra en su cuerpo.

“Una que debería aprovechar antes de tener una familia y obligaciones. Este es el momento de arriesgar y explorar, y descubrir cosas”.

“¿Qué hay que descubrir?”, exige. “Yo te amo. Tú me amas”.

Parpadeo. Nos hemos dicho esas palabras, sí, pero esta relación no es el filtro para todas mis decisiones, al igual que no puede ser el filtro para todas las tuyas. ¿Por qué no puede ver que ambas cosas son ciertas? ¿Qué puedo amarlo, pero no estar lista para esto? ¿Que no estoy preparada para ligar todo mi futuro a él? Que no estoy segura, y que no debería estarlo todavía.

“Vamos a tener un bebé. Deberíamos estar juntos”, continúa, aparentemente sin preocuparse por mi silencio. “Y tú y mi hijo irán conmigo a la ciudad que me elija. Es lo único que tiene sentido”.

“¿Y mis sueños?” Observo su rostro en busca de cualquier señal de que le molesten mis ambiciones. De que mis esperanzas significan más para él que salirse con la tuya. “No quiero que los últimos cuatro años de universidad, todo mi trabajo duro, se desperdicie”. Me relamo los labios con nerviosismo. “Vamos a sopesar nuestras opciones, Caleb. Tenemos opciones.

“¿No te refieres al aborto?” Caleb se queda quieto y sus ojos se congelan. “Ni siquiera lo pienses”.

¿Lo haría? El espacio entre lo teórico y lo real te hace considerar cosas que nunca pensaste qué harías.

“No”. Me encojo de hombros. “La verdad es que no. No sé, Caleb. Esto es mucho”.

“Lo sé.” Me acompaña a la cama, se sienta y me sube a su regazo. “Pero esto sólo acelera el plan. Sabes que quiero estar contigo, quiero casarme contigo. Quiero que estés conmigo cuando me recluten, y quiero que tengamos una familia. Lo sé desde hace mucho tiempo”.

*¿Cómo? ¿Cómo lo sabes?*

La pregunta retumba en mi cerebro, mi incertidumbre choca con su confianza. Caleb me importa. No habría sido el primero, no habría superado los muros que utilizaba para protegerme si no me



importara. ¿Pero para siempre? ¿Matrimonio? ¿Hijos? De alguna manera, incluso mientras miro fijamente sus ojos azul oscuro y me inclino hacia el suave trazo de su mano en mi pelo, me cuesta ver el resto de mi vida con él. Y no debería *tener* que verlo ahora.

“Caleb, puedo tener este bebé aunque no estemos casados. Incluso si vivimos en diferentes estados por un tiempo. La gente tiene relaciones a distancia todo el tiempo”.

“¿No eres feliz en nuestra relación?” El dolor arruga su expresión en un ceño. “¿Me estoy perdiendo algo?”

Dejo su regazo para pasearme frente a la cama, fijando mis ojos en la fina y barata alfombra. “No es eso. Yo... somos jóvenes. Tenemos mucha vida por delante. No tenemos que encadenarnos...”

“¿Encadenar?” Expulsa la palabra en un suspiro indignado. “Muchas chicas no verían el casarse conmigo como un castigo o una prisión”.

“Muchas chicas verían este bebé como una oportunidad, Caleb”. Levanto la vista para encontrarme con sus ojos con franqueza. “Yo no. Cuando me case con alguien, y si lo hago, no quiero sentirme atrapada en él”.

“¿Atrapada?” Su risa incrédula llena la habitación. “No es por ser arrogante, pero soy yo el que tiene que preocuparse por estar atrapado por una mujer con un bebé”.

“*Esta* mujer no, tú no”, le respondo. “No te estoy pidiendo que te cases conmigo. Si me escuchas, te digo que no estoy preparada para eso”.

“¿Y nuestro bebé?” Sus labios apretados apenas dejaron salir las palabras. “¿Supongo que tampoco estás preparada para eso?”

Ante su pregunta, las preocupaciones de Lotus resuenan en mis oídos.

“¿Cómo...?” Me trago mi reticencia y me obligo a continuar. “¿Cómo ha ocurrido esto? Siempre fuimos tan cuidadosos”.

Me arriesgo a mirar el atractivo rostro de Caleb. “¿No lo

fuimos?” Pregunto en voz baja.

Algo parpadea en sus ojos tan rápido que no me da tiempo a leerlo. ¿Culpa? ¿Ira?

“Estoy bastante seguro de que tú también estuviste allí, Iris. ¿No lo sabrías tan bien como yo si tuviéramos siempre cuidado?”

*No pongo los condones.*

Grita en mi cabeza, pero no puedo obligarme a decirlo. Cualquier cosa cercana a una acusación sólo empeoraría esta situación ya tensa. Sinceramente, no recuerdo ningún momento en el que no hayamos usado protección. ¿Realmente importa de quién es la “culpa”? Los condones no son a prueba de fallos. Aunque Caleb me ha estado presionando para que deseché mis planes y me ponga en línea con los suyos, no me lo imagino llegando a estos extremos.

Además, es como él ha dicho: los hombres en su posición son los que se preocupan por estar atrapados por una mujer aferrada que se asegura un futuro brillante a través del útero. Aunque me arrastren a esta situación pataleando y gritando, la gente asumirá que eso es lo que he hecho. Que he “atrapado” a Caleb. No tendrán ni idea de que apenas puedo respirar con este bebé creciendo dentro de mí. Que las palmas de mis manos prácticamente gotean sudor cuando pienso en el anillo de Caleb en mi dedo. Que no es satisfacción lo que siento al saber que estoy embarazada de un aspirante a la NBA.

Es claustrofobia.

## Capítulo 6

AUGUST

He estado bajo luces brillantes muchas veces en los últimos años. Ya debería estar acostumbrado a ellas, pero al entrecerrar los ojos frente a los focos cegadores en el escenario de *Twofer*, el programa deportivo que presenta el Especial de la Categoría de Reclutamiento, no estoy tan seguro.

“¿Nervioso?” pregunta Avery Hughes, una de las presentadoras de *Twofer*.

Eh...” Echo un vistazo al set, observando las enormes cámaras, los elegantes muebles y el equipo que se apresura a preparar el programa. “No. ¿Por qué hay que estar nervioso?”

“Por nada”. Los ojos oscuros de Avery y la sonrisa que ladea su boca transmiten diversión. “Gracias por venir”.

“De nada”. Lleno un vaso de poliestireno con el café de tueste oscuro que hay sobre la mesa. “Gracias por invitarme”.

A Lloyd, el agente con el que acabo de firmar, le habría dado un ataque de nervios si me hubiera negado a aparecer en *Twofer*, uno de los programas deportivos más populares del momento. Cree que cuanto más alto sea mi perfil a medida que nos acercamos a la noche del reclutamiento, mejor. Estoy listo para terminar con esto.

“Eras el primero en mi lista de invitados”, dice Avery, atrayendo mi atención de nuevo a nuestra conversación. Es una mujer hermosa, pero es más conocida como una dura periodista. Una inteligente, además. “Tú y Caleb Bradley”.

“Espera”. Mi mano se detiene con el café a medio camino de mi boca. “¿Caleb también estará en el programa de hoy?”

Sólo el sonido del nombre de ese tipo me pone de los nervios. He pensado en Iris más veces de las que quiero admitir en los últimos tres meses. Por desgracia, eso también significa pensar en su novio gamberro. Parece que los medios de comunicación no pueden decir mi nombre sin decir el suyo, y viceversa, pero gracias a Dios Caleb y yo no hemos estado en el mismo lugar al mismo tiempo.

“Sí, Caleb también está en el programa”. Un ceño fruncido arruga la suave piel de Avery. “¿Tu agente no te lo ha dicho?”

Mis ojos se fijan en los de Lloyd mientras entra en el set con MacKenzie Decker, presidente de operaciones de baloncesto de los San Diego Waves, el último equipo de expansión que se acerca a su primera temporada. Mi agente aparta la mirada casi inmediatamente. Sabe que no hay amor perdido entre Caleb y yo, y probablemente ha asumido que habría rechazado esta aparición de haber sabido que Caleb también estaba contratado.

Mi hermanastro, que también es agente, no quería mezclar la sangre con los negocios, o me habría representado. Técnicamente, no es de sangre, pero la mayoría de la liga ni siquiera sabe que estamos conectados. Él recomendó a Lloyd con sólo algunas reservas. Ahora mismo, frente a una hora en cámara fingiendo no odiar a Caleb, tengo aún más reservas sobre mi agente.

“Lloyd tiene mucho que hacer”, respondo, suavizando mi expresión en una pizarra en blanco mientras él y MacKenzie Decker se acercan. “Debe haber olvidado mencionarlo”.

Deck, como le llama todo el mundo, me ignora y se acerca a Avery inmediatamente, acercándola para besarle la mejilla. Ella me mira cohibida, pero una sonrisa se extiende por su rostro y el afecto calienta sus ojos cuando mira al ejecutivo de baloncesto y ex jugador. He oído rumores de que están saliendo. Evidentemente es cierto, porque parece que Deck va a escandalizarnos a todos y a inclinarla sobre el sofá más cercano en cualquier momento.

“Ejem.” Avery pone un poco de espacio entre ella y Deck, pero no se aparta del todo de su brazo. “August, ¿conoces a MacKenzie Decker?”

“Soy una gran fan, señor”. Extiendo mi mano a uno de los mejores bases que jamás se haya atado. “Es un verdadero honor”.

“Puedes dejar el ‘señor’ y llamarme Deck”, dice, aceptando mi apretón de manos. “Tienes un futuro brillante, August. Te he estado observando desde hace tiempo”.

Miro entre Lloyd y Decker. No quiero jugar en un equipo de expansión. Incluso Deck, una de las mentes más brillantes del baloncesto de nuestra generación, no puede saltarse el lento comienzo que inevitablemente experimenta cualquier equipo de expansión. Pasará un tiempo antes de que los Waves empiecen a ganar. Pasar mis años más productivos en una situación totalmente nueva y sin salida no es como me imagino mi carrera como jugador de baloncesto profesional.

Si creía que Lloyd evitaba mis ojos antes, ahora está muy cerca de esconderse. Hay varias cosas en las que no nos hemos puesto de acuerdo, y si esperaba un cachorro con las orejas mojadas que hiciera ciegamente todo lo que él dijera, se ha ganado otra cosa.

“Felicidades por el campeonato”. Deck da un sorbo a su café, con un brazo aún apoyado ligeramente en la cintura de Avery. “Y por el Naismith. Vaya último año que has tenido”.

“Gracias, señor”. La elevación de sus cejas me recuerda que no quiere la formalidad. “Quiero decir, Deck”.

“Te arriesgaste a quedarte los cuatro años”, dice, observándome atentamente.

La mayoría de los jugadores con mis perspectivas dejan la universidad después de su segundo o tercer año. Quieren empezar a ganar lo antes posible, y el riesgo de lesión antes de llegar a la NBA siempre planea sobre cada año que permanecemos en la universidad.

“Quería mi título. Quería una educación completa”. Tiro la taza de café medio llena en una papelería cercana. “Dentro y fuera de la cancha. El programa del entrenador Mannard fue genial para reforzar mis fundamentos”.

“Es cierto. Y, francamente, me gustaría que más jugadores

permanecieran en la universidad más tiempo. La era del “uno y listo” ha debilitado los fundamentos en general”. Decker asiente, con una sonrisa de oreja a oreja. “Sin embargo, no hay educación como jugar contra jugadores de élite. No hay preparación para eso. Sólo tienes que sumergirte, hundirte o nadar”.

“Pienso nadar”. Las palabras aseguradas saltan antes de que las atrape. No quiero parecer arrogante, pero si hay algo que tengo es confianza.

Si hay algo que no tengo es tolerancia para el imbécil que acaba de entrar en el set con su nuevo agente. Me sorprendo a mí mismo mirando a Caleb y hago un esfuerzo consciente para relajar mis músculos faciales.

Puede que Caleb no haya notado la animosidad en mi cara, pero Deck no. Mira por encima del hombro en dirección a mi mirada antes de volver a sonreírme. Probablemente piense que se trata de una simple rivalidad juvenil entre nosotros, pero se ha convertido en algo más que eso. En sólo dos encuentros, Iris lo ha convertido en algo más.

Saludo deliberadamente a Caleb, y me rechinan los dientes cuando me dedica esa sonrisa de cocodrilo, de las que se abren amistosamente, para morderte entre los dientes cuando menos te lo esperas.

“Si me disculpan”, dice Avery, señalando con la cabeza a una asistente de producción que acaba de entregarle un montón de papeles. “Tengo que revisar algunas cosas con mi copresentador antes de que empiece el programa”.

Se marcha y se detiene junto a Caleb y su agente para dedicarles a ambos una sonrisa y unas palabras antes de seguir adelante.

Quiero poner algo de distancia entre Caleb y yo.

“¿Dónde están los baños?” pregunto, mirando de Deck a Lloyd.

Deck señala un pasillo poco iluminado a unos metros de distancia.

“Por allí”. Me da una palmadita en el hombro de forma casi

paternal. “Espero que podamos charlar un poco más antes de que te vayas de Nueva York”.

Le aseguro a Deck que me encantaría cenar y hablar, y que puede organizarlo a través de Lloyd. Estoy muy dispuesto a alejarme de la sonrisa arrogante de Caleb. La puerta del baño se cierra detrás de mí y respiro profundamente. Conozco a Caleb desde la escuela secundaria, pero nunca he sentido celos de él. Pero al saber que tiene a Iris, estoy celoso. Es ridículo, teniendo en cuenta que solo he visto a la chica dos veces. Ciertamente no la conozco lo suficiente como para sentir tan intensamente que Caleb la bese. De que se la folle. Que probablemente se case con ella algún día. Me escuecen las manos bajo el agua caliente mientras me las lavo innecesariamente. Cambio el grifo a frío y me salpico la cara con agua, un intento poco convincente de enfriar el temperamento que se enciende cuanto más pienso en un cretino como Caleb con una chica como Iris.

“Qué casualidad encontrarte aquí”, dice Caleb desde la puerta.

Lo miro a los ojos en el espejo por un momento antes de apartar la mirada, dedicando mi atención a cerrar el agua y secarme las manos.

“No me di cuenta de que estarías aquí hoy”, continúa, aunque no he dicho ni una palabra en respuesta. “Quizá pensaron que no me presentaría si sabía que ibas a venir, pero se equivocaron. Me alegro mucho de que tengamos unos minutos para hablar”.

Sigo sin dignificar nada de lo que dice con una respuesta, pero le sostengo la mirada en el espejo durante unos cuantos latidos más.

“Mi nuevo agente tiene la oreja puesta en el suelo”. Caleb se aleja de la puerta y se adentra en el baño hasta situarse frente a mí. “Parece que los Baltimore Stingers de tu ciudad me quieren”.

La decepción se instala en mi pecho. Puede que sea mentira, pero Lloyd y Decker parecían demasiado cómodos cuando entraron. Apuesto a que estaban hablando de un posible acuerdo con los Waves. Tengo tan poco control sobre esta próxima fase de mi vida, y eso me frustra muchísimo, pero es la naturaleza de la NBA. Los

novatos no pueden elegir.

“¡Oh!” Caleb chasquea los dedos. “Antes de que se me olvide, quería enseñarte algo”.

Saca su teléfono y se desplaza por unas cuantas fotos hasta que encuentra la que quiere. No hay posibilidad de que esto sea benévolo. He visto su cara de inocente “para nada” desde que teníamos doce años en nuestro primer campamento de baloncesto juntos.

Gira el teléfono para mostrarme la pantalla. Al principio, no sé lo que estoy viendo, pero luego, cuando mi cerebro y mis ojos se conectan, lo entiendo.

Y lo que daría por golpear su cara contra el orinal.

Una ecografía.

Esto no está sucediendo. No a mí, y desearía que no le pasara a Iris.

“¿No vas a felicitarme?” Caleb se queda mirando la pequeña imagen nublada antes de volver a deslizar su teléfono en el bolsillo. “Voy a ser padre. Iris y yo estamos eufóricos”.

No puedo hacerlo. La imagen de Iris embarazada de este hombre... engendro... estrangula las palabras en mi garganta. Lo miro fijamente, con náuseas, antes de asentir y dirigirme a la puerta con las manos aún no secas.

“Siento que debería disculparme”, dice Caleb a mi espalda, apurando las palabras porque probablemente se da cuenta de que no me detengo a escucharlo. “Quiero decir, primero los Stingers. Ahora Iris. Sigo tomando las cosas que quieres, ¿no?”.

Me giro entonces, enfrentándome a su burla de frente.

“¿Qué te hace pensar que la quiero?” Pregunto, enarcando una ceja por si acaso.

“Oh, vamos, West”. Caleb se ríe, deslizando el teléfono de nuevo en su bolsillo. “¿Desde cuándo nos conocemos? Nunca te he visto mirar a una chica como has mirado a la mía”.

“Eres un imbécil”.



“Un imbécil que tiene la chica y el equipo que quieres”. Una sonrisa brillante se dibuja en la cara de Caleb antes de que se gire hacia el orinal y oigo cómo se desliza su cremallera. Al oírlo silbar y mear, salgo del cuarto de baño, dispuesto a reventar a Lloyd por ponerme cerca de Caleb y su maldita ecografía. Me duelen los dientes al reprimir las maldiciones. Lo que daría por darle un puñetazo en la cara bonita a este sujeto.

Lo que daría por tener unos momentos con Iris para recordarle nuestra última conversación.

*No te pierdas en él.*

*No olvides tus sueños.*

*No lo sigas.*

Sobre todo...

*No lo elijas.*

No tenía derecho a decir esas cosas antes, y ciertamente no lo tengo ahora que van a tener un bebé juntos. La convencerá de que se case con él. Lo sé en mis huesos como sabes que dos trenes que corren hacia el otro van a chocar. Con este bebé en la foto, es un juego completamente nuevo.

Por primera vez en mi vida, estoy en el banquillo.

# Capítulo 7

## IRIS

La hemorragia no ha cesado. Ha sido fuerte y constante desde anoche. No quería, pero llamé a Caleb, que como era de esperar se asustó. Yo también estoy asustada. ¿Es la ansiedad la que me hace un nudo en el estómago, o estoy abortando? ¿Mi respiración es corta y rápida debido al miedo, o es algo más? ¿Qué me está pasando? ¿Al bebé?

Mi ginecólogo nos ha dicho que nos reunamos con ella en el hospital. Me estoy acercando al final del primer trimestre, cuando es más probable que se produzcan abortos. Que Dios me perdone, pero hay una pequeña parte de mí que se sentiría aliviada si abortara. Como si hubiera esquivado una bala y pudiera seguir con mis planes sin ser molestada.

Sé que hay mujeres, probablemente en este mismo piso, muy alegres y agradecidas de estar embarazadas. Algunas de ellas hicieron sacrificios, perdieron bebés por el camino, se sometieron a tratamientos de fertilidad para tener lo que yo no quiero y nunca pedí, pero no puedo discutir con esa parte renegada de mí que ve esto como una posible vía de escape.

La puerta de mi habitación se abre lentamente y Lotus asoma la cabeza.

“Hola, Gumbo”. Su sonrisa oculta la preocupación en su rostro.

Le hago señas para que entre, con lágrimas en los ojos. Se apresura y se deja caer en la cama a mi lado, rodeándome con sus brazos. Entierro la cara en su hombro e intento contener todas las emociones: la ansiedad, la culpa, la esperanza, la frustración. Todas se

arremolinan dentro de mí, tan mezcladas como la sopa por la que me apodan.

“¿Cómo lo llevas?” pregunta Lotus, apartándose para estudiarme de cerca.

“Estoy bien”. Cuando me dirige una mirada escéptica, dejo de fingir. “Está bien. Estoy perdiendo la cabeza”.

“¿Qué dicen?”

“Están haciendo pruebas”. Respiro y me froto las mejillas mojadas. “Deberían volver pronto”.

“¿Dónde está Caleb?” Mira por la habitación como si estuviera escondido en el armario o debajo de la cama. “Seguro que no está lejos, ya que es su heredero”.

Me río, pero Caleb está ligeramente obsesionado con este embarazo. Puede que yo siga sintiendo ambigüedad por este bebé, pero él desde luego no. Lo único que le he visto desear más es el baloncesto.

“Su agente llamó y necesitaba repasar algunas cosas, así que salió un segundo”.

“Supongo que está emocionado por ir a Baltimore, ¿eh?” Pregunta Lotus.

Los Baltimore Stingers tomaron a Caleb en el reclutamiento. August quería jugar para el equipo de su ciudad natal, pero los San Diego Waves lo reclutaron en su lugar. De alguna manera, aunque sonrió para las cámaras y se puso la gorra del equipo sobre sus rizos oscuros y acaramelados, supe que estaba decepcionado. Él y Caleb siguen intercambiando victorias y derrotas.

*Otro punto para Caleb.*

“Sí”, respondo finalmente a la pregunta de Lotus. “Ahora está buscando un lugar en Baltimore. Se mudará en las próximas semanas”.

“¿Y tú?” Lotus estudia mi cara. “¿Dónde te vas a mudar?”

“Tengo que salir de mi casa en las próximas dos semanas”.

Intento ignorar mi ansiedad. “Como es un apartamento en el campus, y me voy a graduar... bueno, tengo que irme”.

“Si mi beca no requiriera que viviera en el campus...”.

“Lo sé”, interrumpí. “No te lo pienses dos veces. Eso aún no lo solucionaría todo. ¿Tener un bebé sin trabajo? Esperaba tener ya noticias de Richter sobre las prácticas”.

A menos que vomitar sobre Jared arruinara mis posibilidades. No podía culparlo por pensar dos veces antes de contratarme.

“Quizá pueda trabajar en la librería un poco más”, digo.

Suena ridículo incluso para mis oídos. ¿Trabajar en la librería del campus en lugar de vivir a todo lujo con Caleb cuando no hay nada que me retenga en Atlanta? Estoy en una especie de limbo hasta que tenga noticias de Richter, pero un movimiento precipitado podría ser el equivocado. Podría cambiar el curso de mi vida, y por mucho que Caleb me siga presionando, no me voy a precipitar. Sé que si quiero mudarme cuando él lo haga me pagará todos los gastos, pero eso se sentiría como un paso más en la dirección que me prometí a mí misma que nunca daría.

Necesitando algo que hacer, pulso el botón de inicio de mi teléfono. Dos llamadas perdidas.

“Hmmm. He perdido una llamada de mamá”, murmuro. “Y un número que no conozco”.

“¿Cómo está la tía Priscilla?” La voz de Lo es una pregunta educada, pero sé que no le gusta hablar de mi madre, y de la suya aún menos.

“Está bien”. Suspiro, con el corazón tan cansado como mi cuerpo. “Por supuesto, quiere que “aproveche” este embarazo. Quiere que me case con Caleb y que haga todo lo posible para asegurar mi futuro. Al menos, el único futuro que ella imagina para mí”.

“Oye, nuestros futuros no se parecerán a los pasados de nuestras madres”, me asegura. “No te preocupes por eso”. Lotus me agarra la mano, la piedra verde del anillo que lleva brilla bajo las luces fluorescentes del hospital. Enlazo nuestros dedos para que mi anillo,

idéntico al suyo, también nos guiñe.

“¿Recuerdas cuando MiMi nos regaló esto? Pregunto, con una pequeña sonrisa en los labios al recordar una de las pocas veces que nuestra bisabuela nos visitó en Nueva Orleans.

“Claro que sí”. Ella frunce el ceño y se aclara la garganta, dando a entender que está a punto de hacer su famosa imitación de MiMi. “*Mes filles* (Mis hijas), lleven esto siempre y tendrán mi protección”.

Me río de la imitación muy acentuada, pero acertada, de Lo. No he estado muy cerca de MiMi, pero cuando lo hago sólo entiendo la mitad de lo que dice, ya que cambia sin problemas del francés al inglés. Mezcla sus idiomas como mezcla sus creencias, diciendo Avemarías un minuto y rezando a los Grandes Espíritus al siguiente. Lleva rosarios al cuello y esparce sus pócimas y gris-gris por toda la casa.

“Estos anillos no han dejado de protegernos desde que nos los pusimos”, dice Lo, la risa abandonando su rostro. Pone su mano sobre mi abdomen. “Ahora te protegerán a ti”.

Apenas puedo evitar poner los ojos en blanco. Para ser una millennial educada en la universidad y sofisticada, Lo le da más importancia a la palabrería vudú de MiMi de la que debería. Vivió con la mujer durante años, así que algunas de las supersticiones se le pegaron, pero creo que es un montón de basura que se aprovecha de los miedos y la ignorancia de la gente para obtener beneficios económicos. No digo nada de eso porque Lo se pone a la defensiva, y yo me irrito, y ahora mismo necesito la armonía entre nosotras más que nada.

“Tienes razón”. Me froto el pulgar por la banda de oro de mi dedo anular antes de continuar en silencio. “Es que... hay una parte de mí que quiere que este embarazo termine, Lo”.

Sus ojos se dirigen a mi cara. Mi confesión podría ser juzgada por otra persona, pero el rostro de Lotus se suaviza con simpatía. Ella entiende lo mucho que he trabajado.

Este bebé es una vida. Lo sé. Lo respeto, pero mis sueños también

están vivos, y me pregunto si uno debe morir para que el otro prospere.

“Lo entiendo”. Sube una rodilla bajo la cama. “Pronto sabremos qué pasará y partiremos de ahí”.

Asiento con la cabeza, con los músculos del estómago apretados mientras esperamos. ¿Y si el bebé no está bien? ¿Y si el bebé *está* bien? Las dos posibilidades hacen que mi vida tome direcciones radicalmente distintas, y mi miedo se mueve en espiral con ellas. Para distraerme, toco la alerta de número desconocido y veo un mensaje de voz. Abro el buzón de voz y pongo el altavoz.

“Iris, hola”, dice una voz masculina vagamente familiar y profunda desde mi teléfono. “Soy Jared Foster”.

Mis ojos se abren de par en par.

“Las prácticas”, murmuro-susurro a Lotus, que me devuelve los ojos muy abiertos.

“Espero que te sientas mejor desde la última vez que nos vimos”. La voz de Jared contiene un toque de humor. “Sé que te sentiste mal por lo que pasó. No lo hagas. Mi limpieza en seco era deducible de impuestos”.

Aunque no estoy en la misma habitación que Jared, la vergüenza me quema las mejillas. Vómito. ¿En serio?

“Voy a ir al grano”, continúa Jared. “Richter te ofrece una de las plazas de prácticas. Te esperamos en Chicago en el próximo mes, y necesitaríamos que estés lista para viajar casi de inmediato. Hay varios tratos que estamos a punto de cerrar, y tendrías que entrar de inmediato”.

Su risa baja interrumpe la lista de expectativas. “Dijiste que estabas dispuesta a trabajar, a hacer lo que fuera necesario”, dice. “Espero que lo digas en serio. Llámame para que podamos hablar de los detalles. Felicitaciones”.

Me tiemblan los dedos al coger el teléfono y enseguida quiero repetir el mensaje. He estado ansiosa, mordiéndome los labios todo el día, pero ahora se estiran en una amplia sonrisa. En medio de tantas

cosas que van mal, algo va tan bien.

“Oh, Dios mío”. Lotus chilla, sus ojos se iluminan con tanta alegría como la que tendría por su propia buena fortuna. “Esto es increíble, Bo”.

“Lo sé”, le respondo con un chillido. “Me dijo que tardaría un par de meses en decidirse, pero casi me había dado por vencida...”

La puerta se abre en medio de mi frase. El médico entra, seguido de Caleb, que se quita el teléfono de la oreja y se lo mete en el bolsillo, obviamente terminando una llamada.

Todo vuelve a ser como antes. Estoy en el hospital, embarazada de tres meses y sangrando mucho. Lo que parecía el mejor momento de mi vida ahora parece una broma cruel, una zanahoria colgada delante de mí y arrebatada. Lotus me coge la mano de nuevo, alineando nuestros anillos y apretando mis dedos para tranquilizarme.

“Lo hemos examinado todo, Iris”. Los ojos de la Dra. Rimmel son amables y su expresión es seria. “Tienes un hematoma subcoriónico bastante grande”.

“Inglés, Doc”, dice Lotus con una mirada irónica. “No hablo en lenguaje médico”.

Los labios del Dr. Rimmel se crispan, y me alegro mucho de que Lotus esté aquí, o me volvería loca. Caleb viene a sentarse en la cama a mi lado, con su preocupación y frustración en toda su cara.

“Sí, ¿qué significa eso en realidad?”, exige. “Llevamos una eternidad esperando”.

Donde el comentario de Lotus aligeró el ambiente, el de Caleb inyecta mucho peso, la leve sonrisa de la Dra. Rimmel desaparece y sus hombros se cuadran.

“En pocas palabras”, dice la doctora Rimmel, dirigiendo a Caleb una mirada punzante, “la placenta se desprende del útero, lo que provoca coágulos y la hemorragia que estamos viendo”.

“¿El bebé?” Me obligo a preguntar, sin estar segura de lo que

quiero oírle decir. “¿El bebé está bien?

“Sí, el bebé está bien, pero tenemos que ponerte en reposo para asegurarnos de que todo siga bien”.

“¿Reposo en cama?” Mascullo. “¿Yo... como si estuviera metida de lleno en la cama? ¿Por cuánto tiempo?”

“El tiempo que sea necesario, Iris”, interviene Caleb con severidad. “Seguiremos las instrucciones al pie de la letra”.

*Nosotros* no tenemos que estar metidos en la cama durante Dios sabe cuánto tiempo. *Yo* sí. Por supuesto, haré lo que recomiende el médico, pero Caleb no tiene derecho a ser arrogante con *mi* vida, *mi* tiempo, *mi* cuerpo.

Me muerdo la lengua porque no es el momento de imponerme. Tengo que entender lo que se requiere y poner a Caleb en su sitio más tarde.

“¿Por cuánto tiempo?” Vuelvo a preguntar.

“Empezaremos con reposo absoluto en casa”, dice la doctora Rimmel. “Y evaluaremos en unas semanas”.

La palabra en *casa* me golpea con fuerza. Tengo que salir de mi apartamento en el campus. La universidad me ha concedido toda la gracia posible, y tengo algunas perspectivas, pero nada en *piedra*.

*¿Reposo absoluto en casa?*

No tengo una casa, y mucho menos una cama para descansar.

“Yo cuidaré de ella y del bebé”. Caleb me mira. “Llevaremos tus cosas a mi casa de inmediato”.

Una sensación de impotencia me invade. Aprieto la bata del hospital con los puños. Odio sentirme fuera de control en mi propia vida, como una actriz en el escenario de otra persona, con todos mis movimientos dirigidos.

“No es sólo reposo en cama, sino también reposo pélvico”. Le da a Caleb una mirada severa. “Eso significa poca actividad y nada de sexo”.



La cara de Caleb decae, pero para mí es un pequeño resquicio de esperanza. Hace semanas que no quiero tener sexo. Lo achaqué a las hormonas, pero quizá sea la prepotencia de Caleb lo que me ha desanimado. Al menos este bebé y este maldito reposo en cama me dan una buena excusa para abstenerme.

Odio pensar así, pero cuando miro el teléfono y recuerdo el mensaje de voz de Jared sobre Chicago, no tener sexo me parece lo único bueno que sale de esto. El anillo talismán de MiMi me guiña el ojo desde mi regazo. No sé si funciona o no. Por ahora, el bebé está protegido, pero mis planes para el futuro están en peligro.

## Capítulo 8

AUGUST

*Sacar lo mejor de una mala situación.*

Eso no es del todo justo ni exacto. Vivo en San Diego, una ciudad con un clima casi perfecto todo el año. He firmado un contrato de treinta millones de dólares con la NBA. En todos los gimnasios de los institutos y en cualquier patio de recreo del barrio se encuentran innumerables sueños de aro muerto. Soy un afortunado hijo de puta.

Lo entiendo.

Pero empezar en un equipo que probablemente no tendrá una temporada ganadora en años apesta. Ya estoy pensando en el final de mi contrato de novato y en cómo saldré de San Diego. La voz del entrenador Kirby en mi cabeza me llama mimado, desagradecido y marica. Él nunca toleraría este tipo de actitud derrotista. Y hay algunas ventajas aquí.

Por un lado, estoy jugando con un veterano que sabe cómo ganar a este nivel. Kenan Ross es una bestia. He admirado su juego durante años. Lo observo durante nuestra primera reunión de equipo y tengo que admitir que es una gran oportunidad para jugar con él, aunque tampoco estoy seguro de que quiera estar aquí. Dejó un equipo competitivo, que ganó un campeonato hace pocos años, para venir aquí y empezar de cero.

“¿En la nariz o en los dientes?”, pregunta en voz baja mientras nuestro entrenador jefe reitera el privilegio que tenemos de construir un equipo desde abajo.

“¿Eh?” Le lanzo una mirada de perplejidad. “¿De qué estás hablando?”

“De que me estás mirando como a una chica”, dice con una sonrisa torcida, sus dientes asombrosamente blancos contra su piel oscura. “Así que o quieres invitarme a salir...” Me mira de reojo. “Y la respuesta es *infierno* no, por cierto”.

Respiro y miro hacia arriba para asegurarme de que el entrenador no se ha dado cuenta de que *no* estamos prestando atención.

“O tengo un moco en la nariz, algo en los dientes”.

“Eh... ninguna de las dos cosas”, le aseguro. “La nariz y los dientes están limpios, y ten por seguro que eres un poco más peludo de lo habitual”.

“Más grande también, supongo”, dice con una sonrisa fácil.

El tipo es enorme. Con dos metros de altura, es uno de los mejores ala-pívot<sup>10</sup> del juego. Y se desvanece con él. Es duro como el mármol y, a sus treinta años, está en la mejor forma de su vida. En la universidad recibió el apodo de “Glad”, abreviatura de gladiador. Lanza arcos por abajo y es conocido por su agresividad en la cancha. Lucha por cada posesión, va tras cada rebote. Es un excelente jugador bidireccional, en defensa y en ataque, y como alguien que ha sido acusado de necesitar trabajo en el departamento de defensa, tengo mucho que aprender de él.

*Iris me rompió las bolas sobre la defensa.*

Joder. Me prometí que no pensaría en ella. Está embarazada de otro hombre. El bebé de un patán.

“Ahora te pones de morros”, dice Kenan desde el lado de su boca. “Vale. Saldré contigo. Maldita sea”.

Me río y sacudo la cabeza.

“Quédate con tu cita de lástima, hombre”. Mi sonrisa desaparece. “Aunque estaba pensando en esa chica en la que me prometí no pensar más”.

“Sí.” La sonrisa de Kenan se desvanece tan rápido como la mía. “Me identifico”.

Soy un idiota. Kenan pidió un intercambio cuando su esposa lo engañó con uno de sus compañeros en su último equipo. “Mierda, Glad”, digo, dándome una patada interior. “No quería...”

“Está bien”. Su sonrisa es fabricada, nada que ver con la naturalidad de hace unos minutos. “No vale la pena discutir con ella. Tampoco él”.

“¿Pero ella merecía dejar un equipo campeón para venir aquí?” Pregunto.

“¿Qué hay de malo aquí?” Pregunta Kenan, con las cejas levantadas. “Estoy ganando el mismo dinero”.

“Sí, bueno, algunos de nosotros no tenemos anillos todavía”, digo, esperando mantener la amargura fuera de mi voz. “Así que el dinero no lo es todo”.

“¿Para qué piensas ya en los anillos?” Suelta una bocanada de aire de disgusto. “Sólo estamos en octubre. Primera temporada. Acabas de llegar, Novato. Tienes mucho que aprender y ganar. ¿Crees que porque fuiste el hombre de tu campus, vas a venir aquí a tomar nombres y a dejar tu marca y esa mierda?”

“No, no es eso.”

“Es eso”. Los ojos de Kenan se endurecen. “Ya he jugado con imbéciles con derechos. No seas uno”.

Muerdo mi respuesta a la defensiva y le dejo espacio para que diga algo más si quiere. Tiene razón. Me *he* comportado como un imbécil con derecho.

“¿Cuántos chicos de tu instituto juegan al baloncesto profesional?”, pregunta.

“Sólo yo”, respondo en voz baja.

“¿Y de tu equipo universitario? ¿Alguno de ellos está en la NBA?”

“No”, admito sacudiendo la cabeza, recordando a todos los grandes jugadores que simplemente no fueron lo suficientemente grandes para estar aquí. “Ninguno”.

“Claro, así que deja de pensar en lo que no tienes y agradece lo que tienes. Tienes que pagar algunas cuotas”. Se levanta cuando el entrenador nos despide y nos dice que nos presentemos en el gimnasio. “Empezando ahora”. Señala la bolsa del gimnasio a sus pies.

“Ese es tuya”, dice.

“Eh... ¿perdón?” Señalo mi bolsa a unos metros. “No, esa es mi bolsa, la de allí”.

“Lo sé, Novato”. Vuelve a sonreír, y esta vez no sólo es natural, sino a mi costa. “Ya que llevas aquí todo un día, pero ya crees que deberías estar ganando anillos, veamos cómo llevas las bolsas de alguien que realmente *tiene* un anillo”.

“Oh. Quieres que...” Mi voz se interrumpe cuando se aleja, dejando su bolsa para que yo la cargue.

Otro jugador veterano se acerca y me da su bolsa.

“Me alegro de que tengas esto, Novato”. Sonríe y deja la bolsa a mis pies.

“Sí, pero...”

“¿Eres tú?”, pregunta otro veterano, dejando caer su bolsa y caminando hacia el gimnasio.

“Um... no, sólo estaba tratando de decirle a Glad que...”

“Gracias, Novato”, dice y se aleja.

Para cuando llego al gimnasio, estoy luchando con siete bolsas, ninguna de ellas mía. Las dejo caer sin ceremonias junto a los bancos y me saco la sudadera por encima de la cabeza para unirme a mis compañeros de equipo en el entrenamiento.

“Me preguntaba por qué tardabas tanto”, dice Kenan, botando el balón en un ejercicio de dribbling.

“¿Me estás haciendo una novatada o algo así?”. Trato de mantener mi voz ligera, pero tal vez me moleste un poco ese truco.

Kenan deja de regatear para mirarme a los ojos. “Todo el mundo

sabe lo que puedes hacer, Novato. Puede que seamos veteranos, pero Deck está construyendo este equipo en torno a ti. Eres joven, pero eres el jugador estrella. Lo entendemos”, dice en voz baja. “Pero cuando estás en las trincheras con alguien, no sólo necesitas saber lo que puede *hacer*. Necesitas saber quiénes *son*. Quiero saber más sobre tu carácter que sobre tu juego en este momento”.

Su mirada penetrante me evalúa. “Así que sí, cargarás las bolsas para los veteranos de vez en cuando. No hay nada malo en seguir siendo humilde antes de que empiecen a llegar todos los anillos”.

“Es lo menos que puedo hacer”, concedo a regañadientes, ofreciendo la más mínima sonrisa.

“Considérate afortunado”. Hace un lanzamiento que no es más que una red. “Me hicieron limpiar los suspensorios<sup>11</sup>”.

“Mierda”. Tuerzo la cara de asco. “¿Sudor de bolas?”

“Sudor de bolas”.

Dame bolsas cualquier día.

---

<sup>10</sup> Son, por lo general, jugadores altos que juegan cerca del aro, hábiles en el rebote y con buen tiro en posiciones dentro de la zona

<sup>11</sup> Esta prenda deportiva fue creada aproximadamente hace 150 años y originalmente fue diseñada para ciclistas, con la finalidad de brindarles soporte y comodidad a sus partes íntimas al momento de realizar ejercicio.

## Capítulo 9

### AUGUST

La vida no siempre cumple sus promesas, y algunos sueños saben más dulces antes de hacerse realidad.

Así es mi carrera en la NBA hasta ahora. Estamos en febrero, a mitad de mi temporada de novato, y tenemos el año de menos de quinientos que se espera de un equipo de expansión. Es imposible que ganemos la mitad de los partidos al ritmo que llevamos. Kenan no deja de recordarme que estamos empezando y que hay que tener paciencia.

¿Otra cosa que está sobrevalorada? El buffet de coños de todo tipo. Admito que lo he aprovechado. Tuve un trío o seis. Diablos, hace unas semanas estuve con cuatro chicas a la vez. Creo que una chica me chupó el dedo porque las otras tres tenían todas las bases vitales cubiertas. Es un rito de paso para la mayoría de los atletas profesionales, la polla sobrealimentada. Wilt Chamberlain afirmó que se acostó con veinte mil mujeres. Tengo que preguntarme si se hizo viejo tan rápido. ¿Se acostó en la cama algunas noches, con una mujer a cada lado, y se sintió completamente solo? ¿Pensaba en una chica en particular mientras se follaba a todas las demás?

*Porque ese es mi dilema actual.*

Caleb y yo sólo hemos coincidido en la cancha una vez esta temporada. Ha sido mi mejor actuación individual hasta el momento, porque nuestra mutua antipatía hace que salga mi mejor juego. Sin embargo, es un deporte de equipo, y su equipo, los Stingers de mi ciudad, tuvo una mejor noche y es el mejor equipo. Perdimos en el tiempo extra por dos puntos.

Caleb y yo apenas hablamos esa noche. Me obligué a estrecharle la mano antes de salir de la cancha porque el entrenador Kirby me echaría la bronca por mala deportividad si no lo hacía, pero no podía mirarlo a los ojos. Habría perdido la cabeza si hubiera visto su satisfacción. Está en el equipo en el que quería jugar en mi ciudad natal. Tiene a la chica que no puedo quitarme de la cabeza. Las noticias viajan rápido en el circuito de la NBA, y hace unos meses, que el chico de oro tuviera un bebé era lo único de lo que se hablaba.

Cada vez que pienso en ellos teniendo un hijo, construyendo una vida juntos, quiero hacer un agujero en la pared.

O en la cara de Caleb. Lo que esté más cerca.

Es el fin de semana del All-Star<sup>12</sup>, y por algún milagro, me han votado para el partido del All-Star del domingo, aunque de tercero, pero no esperaba ni siquiera eso como novato. Por supuesto, Caleb también fue votado. No puedo escapar de ese tipo. Los medios de comunicación llevan la “rivalidad” desde el instituto y la universidad, perpetuándola cada vez que pueden. Han creado esta narrativa de que estamos en una carrera de dos hombres para el Novato del Año. Ni siquiera quiero que mi nombre aparezca en la misma frase que el suyo, y parece que la gente no puede hablar de mí sin hablar de él. Al menos no está en el concurso de tres puntos de esta noche.

Tengo un par de horas antes de tener que presentarme a mi próximo compromiso con el All-Star, una aparición en un refugio local para personas sin hogar. La liga es grande en los jugadores que dan vuelta. Me encanta la ciudad de San Diego y sin duda haré alguna obra de caridad allí, pero ya he hablado con los coordinadores de caridad de la liga para hacer algunas cosas en la comunidad donde crecí. Puede que Baltimore sea el equipo de Caleb, pero es mi ciudad. Mi infancia transcurrió allí. Mi familia está allí, mi historia y mis amigos. Ese núcleo de personas me nutrió para ayudarme a llegar donde estoy, y quiero contribuir allí y a la ciudad que me reclutó.

Ahora mismo, en la locura del fin de semana del All-Star, sólo necesito un minuto para mí. Esta tarde habrá cámaras en el refugio para indigentes. Llevo todo el día firmando autógrafos y haciéndome



fotos con los aficionados. Habrá entrevistas dentro y fuera de la cancha esta noche en el concurso de tres puntos. En todos los lugares a los que voy, tengo que estar presente y, por un momento, no quiero estarlo. Me apresuro a pasar por un pasillo trasero del estadio donde se celebran las fiestas.

Mirando por encima del hombro para asegurarme de que nadie me ve, pruebo algunas puertas, todas ellas cerradas. El pomo de la última puerta gira con facilidad y la puerta se abre en una habitación oscura, con una lámpara en la esquina que proporciona una luz suave.

Perfecto. Tal vez pueda dormir un poco. Me hundo con gratitud en un sillón reclinable y presiono el botón para elevar los pies.

Un suave suspiro procedente de una silla del rincón me sobresalta. Entrecierro los ojos, buscando entre las sombras y encuentro a la última persona que esperaba ver.

“¿Iris?” pregunto incrédulo.

“¡Shhh!” Se lleva un dedo índice a los labios.

*Dios, sus labios.*

Había olvidado lo llenos que son, lo anchos y exuberantes. Había olvidado que sus ojos tienen una docena de colores como rehenes y que su pelo es una caída de seda muy oscura. Tal vez no olvidé tanto como no me permití recordar: bloqueé el recuerdo de que esta mujer es exactamente lo que yo desearía. Mi imaginación, mi memoria, no le hizo justicia.

Señala un bulto cubierto con una manta en su pecho.

“Lo siento”, susurra. “No quise hacerte callar. Se quedó dormida y no quise despertarla”.

*Ella.*

Durante los últimos meses, he pensado en el bebé como el *engendro* de Caleb. Ahora que estoy en la misma habitación con Iris alimentando a su bebé, sólo puedo pensar en la bebé como... suya.

*Alimentándola.*

“Oh, mierda”, murmuro, bajando el reposapiés. “Lo siento.

Estás...” Hago un gesto hacia la bebé en su pecho. “Y yo estoy aquí sentado como...”

“No pasa nada”, interrumpe ella, sonriendo. “Estoy decente. Por fin está durmiendo y me vendrían bien unos minutos de compañía adulta”. Se lame los labios y luego se muerde la comisura de la boca. “Quédate”.

Aunque me lo pide, sé que debo irme. No para preservar su modestia. Tiene razón. La manta cubre completamente su pecho y al bebé que duerme. Debería irme porque tengo demasiadas ganas de quedarme. Porque después de más de un año sin verla, tengo un millón de cosas que preguntarle y un millón de cosas que quiero compartir. Somos personas diferentes a las que éramos cuando nos conocimos. He firmado un gran contrato. Estoy en una caja de cereales en algún lugar y he sido animado en un videojuego. Mi vida es completamente nueva. E Iris tiene una bebé ahora, por el amor de Dios. Sin embargo, hay una parte de mí que siempre pensará en ella como la chica preciosa que maldecía a la televisión en un antro deportivo, sorbiendo cerveza sin gas y animando a sus Lakers. Somos diferentes, pero me pregunto si la intimidad rápida y profunda que compartimos aquella noche sigue ahí. Si sigue siendo la misma.

“¿Cómo has estado?”, me pregunta.

Me vuelvo a sentar, levantando de nuevo el sillón, y sonrío. “¿Cuánto tiempo tienes?”

Ella mira el bulto cubierto con una manta. “Estará en coma lácteo durante un tiempo, así que probablemente tenga mucho tiempo para escuchar todas tus aventuras de novato”.

“Ha sido un viaje salvaje”, digo, intentando apresuradamente arreglar la mala impresión que probablemente he dado. “Quiero decir... No me refiero a salvaje como las chicas o lo que sea. No de esa manera”.

Una ceja cómplice se eleva.

“Vale”. Me río cohibida. “Quizá un poco así”.

Ella pone los ojos en blanco y tuerce los labios.

“De acuerdo. Me has pillado”. Me permito una sonrisa lobuna. “Mucho de eso”.

“Es de esperar”. Se mueve un poco, inclinando la cabeza hacia atrás contra el cojín del sofá de cuero. “Eres rico, talentoso, apuesto. Soltero. No te creería si me dijeras otra cosa”.

“¿Así que crees que soy apuesto?” Me burlo de ella.

Ella mira hacia otro lado, sacudiendo la cabeza y riendo suavemente en voz baja. “Como si no lo supieras”. Acaricia el culito bajo la manta. “Estoy segura de que no tenías problemas para encontrar... compañía... antes de tu contrato gordo. Y estoy segura de que ahora tienes que luchar contra ellas”.

Mi sonrisa se congela en mis labios. Podemos reírnos un poco aquí, en esta habitación apenas iluminada. Tengo unos minutos con ella en un año, pero se irá a casa con Caleb. Ella estará en su cama esta noche. Incluso ahora, ella está alimentando a su hijo.

Mi buen humor da vueltas hasta que se agota, y todo lo que queda es mi inútil resentimiento.

“Desde luego, no estoy luchando contra ellas”, digo con insistencia, enlazando los dedos sobre mi abdomen.

Ella se pone rígida durante un segundo casi imperceptible, antes de reanudar su sonrisa y mirar directamente a mis ojos. “Me sorprendería que no estuvieras aprovechando todas las ventajas que ofrece la NBA”.

“Sí, bueno, cuando no puedes tener lo que realmente quieres”, digo, fijando nuestros ojos juntos, deseando que no desvíe la mirada, “te conformas con lo que esté disponible”.

Se ríe, pero suena falso antes de apartar la mirada y ajustar la manta alrededor del bebé. “Un hombre como tú nunca debería conformarse, August”.

“Lo mismo ocurre con una mujer como tú, Iris”. Supero mis dudas para hacerle la pregunta que espero que me haga si me ve comprometido con mis ambiciones. “¿Te estás conformando?”

Ella traga, los músculos se mueven en su delgada garganta, y respira profundamente antes de volver a mirarme. “No me estoy conformando. Hago lo mejor que puedo con la mano que me ha tocado”.

No sé todo lo que ha ocurrido en el año transcurrido desde la última vez que la vi, pero no importa. Se quedó embarazada. Sé que tiene que ser responsable, pero poner todos los huevos en la cesta de Caleb es un error. Es uno que no puedo permitir que cometa, al menos sin advertirle de nuevo. Sólo nos hemos visto dos veces, pero se siente como mi amiga. Una amiga a la que probablemente me gustaría besar y follar, pero una amiga al fin y al cabo.

Me levanto y camino rápidamente hacia el sofá, poniéndome en cuclillas y mirándola. Si no te fijas bien, supondrás que está tan serena como cualquier madre amamantando y nutriendo. Pero no es una madre cualquiera. Y cuando miro la turbulencia de sus ojos, ciertamente no está serena.

“Iris, no pierdas de vista lo que quieres”. Me arriesgo a tocarla, agarrando la mano en su regazo. “Te has quedado embarazada, pero ese no es el fin de tus sueños. Eres demasiado joven y talentosa y sorprendente para abandonar tus ambiciones corriendo detrás de Caleb mientras él persigue las suyas”.

“No voy a correr detrás de él”, dice ella con rigidez, apartando la mano. “No sabes las decisiones que tuve, las decisiones difíciles que tuve que tomar”.

“Estoy seguro de que hiciste lo que tenías que hacer porque ese es el tipo de mujer que eres”. Vuelvo a capturar sus ojos pero no intento volver a tomar su mano. “Pero sólo estás demostrando mi punto. Hiciste exactamente lo que tenías que hacer por esta bebé. Ahora haz lo que tengas que hacer por *ti*”.

Me mira, con sus emociones desnudas y extendidas por el rostro, aguando los ojos. Sus labios se separan, pero lo que sea que planee decir se corta cuando el pequeño bulto en su pecho se retuerce, moviéndose, y la manta se cae.

*Y, maldita sea, estoy mirando a Iris. Estoy mirando el pecho de Iris.*

El pezón está levantado y tiene el color de las ciruelas frescas contra el oro oscuro de su piel. Una gota lechosa se aferra a la punta. No puedo tragar ni respirar, pero mi boca se abre automáticamente, mi cuerpo me pide que chupe. Debería apartar la mirada. Probablemente me estoy arrastrando con fuerza, pero no puedo evitarlo. Mis dedos se pliegan en las palmas de las manos, ansiando trazar la red de venas azul-verdosas justo debajo de su piel.

Cuando por fin levanto la vista, Iris está tan paralizada como yo, observando cómo la miro. Se queda con la boca abierta, respirando con fuerza, agitando sus pechos, uno cubierto y otro expuesto a mis ojos codiciosos. El aire se espesa con todos los impulsos que he estado reprimiendo y ahogando en sexo sin sentido con otras mujeres. Esta es la mujer que deseo. Aunque sea una locura, ésta es la que deseo. No podría moverme de este lugar ni aunque se incendiara.

“Eres tan jodidamente hermosa”. Mi voz es ronca y urgente. “Apenas nos conocemos. Lo entiendo, pero no puedo dejar de pensar en ti, Iris”.

Mis palabras rompen el hilo que nos une, y ella se sube apresurada y tardíamente el sujetador, abrochando una solapa y juntando la blusa.

“August, no”. Se pasa una mano por la nuca, por debajo del pelo que le cae por los hombros.

He visto su desnudez, pero soy yo el que está expuesto. No puedo ocultar lo mucho que la deseo. Me he sentido más unido a ella en el poco tiempo que hemos pasado juntos que a cualquiera de las mujeres con las que me he acostado este último año.

“¿Tú también piensas en mí?” La pregunta que me prometí a mí mismo que no haría, fuerza su salida.

“No puedo pensar en ti”. Aprieta los ojos y aprieta los dientes con fuerza sobre el labio inferior. “Estoy con Caleb. Tenemos una hija, un futuro”.

“¿Un futuro?” Rompo a decir. “¿Con él? No te preocupes.

Probablemente ya te esté engañando”.

Un músculo se aprieta a lo largo de la suave línea de su mandíbula. He estado en la carretera lo suficiente como para saber que los jugadores casados tienen tanto culo como los solteros. Conozco a Caleb desde hace mucho tiempo. Ese hombre siempre quiere su pastel y comérselo también. No hay manera de que no esté aprovechando cualquier cosa que pueda sacar cuando está lejos. Si Iris fuera mía, le sería fiel. No hay mujer viva que pueda tentarme si fuera suyo. Quiero confesárselo todo, pero no me creería.

“Tengo que intentar que esto funcione, August”. Ella frota el pelo suave de la cabeza de su hija. “Hay mucho en juego”.

“Está en juego tu futuro”.

“August, nos hemos visto dos veces y...”

“Corrección. Hoy son tres”, digo, añadiendo una sonrisa para demostrar que sé lo ridículo que suena.

Las líneas apretadas alrededor de su boca se aflojan un poco, también. El humor suaviza sus ojos.

“Me corrijo. Hoy ya son tres”, dice ella, poniéndose lentamente sobria. “Pero no puedes esperar que me aleje del hombre con el que llevo dos años. ¿Por qué? ¿Por un sentimiento? ¿Una atracción?”

“¿Así que te *sientes* atraída por mí?”

Me dirige una mirada exasperada, negando con la cabeza. “No importa. Puedo sentirme... atraída por alguien sin actuar en consecuencia. Eso no significa que me aleje de mi relación, del padre de mi hija que cuida de mí y de mi bebé”.

“Yo cuidaría de ti, si eso es lo que quieres”. Me obligo a ponerme en pie, aunque me conformaría con sentarme a sus pies toda la noche. “Pero la chica que conocí en ese bar no quería que la cuidaran. Haría todo lo que estuviera en mi mano para ayudarte a seguir tus sueños y que pudieras cuidar de *ti misma*. Y entonces ambos sabríamos que estabas conmigo porque quisieras, no porque no tuvieras otra opción”.

Hago una pausa, dejando que mis palabras permanezcan en el aire, dejando que ella escuche la verdad detrás de lo que he dicho. “Pregúntate si Caleb haría lo mismo”.

Estoy a punto de insistir un poco más, de aprovechar estos pocos y escasos momentos tanto como pueda, pero la bebé elige ese momento para abrir los ojos.

*Me pierdo de nuevo.*

Su tez oscila entre el bronceado más claro de su padre y el dorado más intenso de la piel de Iris. Sus rizos oscuros enmarcan un rostro diminuto con una nariz de botón y una boca sonrosada. La hija me cautiva de un vistazo, igual que lo hizo su madre, y el corazón se me sale del pecho y cae a los pies de esta bebé.

“Se parece a ti”, susurro, incapaz de apartar la mirada del pequeño ángel de pelo oscuro que tiene en brazos Iris.

Pero los ojos de Caleb me miran fijamente, de un azul tan oscuro que es casi violeta. “Pero tiene los ojos de su padre”, digo, con los dientes apretados y la mandíbula contraída.

“Sí, los tiene”. Iris mira fijamente al bebé. Su expresión no se suaviza ni contiene la adoración maternal que yo esperaba.

Por primera vez, veo más allá de la belleza de Iris y veo algo más. O tal vez noto la ausencia de lo que he visto antes. Una chispa. Vida. Vitalidad.

“¿Estás bien?” Pregunto suavemente. “Quiero decir, ¿realmente bien? ¿Qué te pasa?”

La sorpresa cruza la cara de Iris ante mi pregunta antes de que se le borre la expresión. “Estoy bien”.

“¿No estás rebosante de alegría? ¿Delirantemente feliz?” Le acaricio uno de los rizos a la niña y sonrío cuando gorjea con algo parecido a una carcajada. Caleb puede ser un imbécil, pero su hija es preciosa. Perfecta

“Es que...” Suspira y tuerce los labios en una mueca. “No sé, August”.

“Oye, puedes hablar conmigo”. Sonríó y me encojo de hombros. “Después de todo, esta es nuestra tercera conversación. Seguro que ya no tenemos secretos”.

Una risa ronca es su única respuesta. Durante unos segundos, espero en el silencio, sin saber si me va a decir algo. Aprieta los labios y parpadea rápidamente, pero no antes de que se le escapen unas lágrimas por la mejilla.

“No me *siento* como una madre. Me siento...” Hace una pausa, quizá buscando las palabras adecuadas. Tal vez ya tiene las palabras adecuadas y no quiere decirlas.

“Hablas de esa chica que conociste en el bar”, continúa, rozando con impaciencia sus lágrimas. “Ella se ha ido. Me ofrecieron el trabajo de mis sueños, la oportunidad por la que he estado trabajando durante años, y tuve que rechazarla por culpa de este embarazo.”

“Lo siento”, le digo suavemente. “Sé lo mucho que querías dedicarte al deporte”.

“Todavía lo deseo”. Ella resopla y levanta los ojos líquidos de decepción. “Pero ¿y si nunca...?”

“Lo harás, Iris”, interrumpo.

“Siento que me estoy convirtiendo en todo lo que nunca quise ser, y no estoy segura de cómo detenerlo. No quería este embarazo”. Su voz se inclina hacia abajo, como si, aunque su hija no pudiera entenderlo todavía, Iris no quisiera que lo oyera. “No quería...” No lo dice, pero mira a la bebé acurrucada en su pecho, y las palabras no pronunciadas se escuchan alto y claro.

Ella no la quería. A la bebé. No la quería.

“Soy una persona horrible”, dice, sus palabras torturadas y ahogadas en sollozos. “Pero estoy decidida a cuidar de ella. Quiero que sea suficiente, que ella sea suficiente, pero estoy resentida todo el tiempo. Es lo único que siento. Todo lo demás parece... desvanecerse. Un minuto estoy completamente insensible, y al siguiente siento demasiado, y soy un desastre lloriqueando”.

Una sonrisa irónica dibuja sus labios, incluso cuando las lágrimas



recorren su rostro. “¿Ves lo que quiero decir? Estoy en todas partes”.

“Quizá deberías hablar con alguien”.

“Probablemente tengas razón, pero Lo está tan ocupada con su propia vida, y mi madre... Dios, está demasiado contenta de que me haya “enganchado” a un jugador. Cree que me estoy quejando por nada. ¿Por qué iba a necesitar un trabajo? ¿Por qué querría trabajar cuando esto es el billete de comida por el que la mayoría de las mujeres matarían? No puedo hablar con ella”.

“Estaba pensando más bien en hablar con tu médico”, digo en voz baja. “No soy un experto, obviamente, pero tal vez sea una depresión o algo así. No eres una mala persona, y no creo que seas una mala madre. Tal vez eres alguien que odia haber tenido que poner sus sueños en espera y cuyas hormonas están fuera de control”.

Sus ojos se abren de par en par y mira a su hija, mordiéndose el labio.

“Tal vez”, murmura finalmente. “Nadie lo había sugerido antes. No es que lo haya hablado con nadie”.

“Podría ayudar. Por cierto, ¿cómo se llama?” Mi voz es prácticamente cortés, sin dejar entrever cómo me afecta ver a esta hermosa bebé, cómo me afecta su madre.

“Sarai”, responde Iris, con un pequeño ceño fruncido entre las cejas. “Significa princesa”.

“Parece una”. Frunzo los labios cuando Sarai parece sonreírme. No sé si los bebés sonríen de verdad a estas alturas, pero la calidez me invade igualmente.

“August “. La pausa de Iris está cargada de vacilación y resolución. “Lo que he dicho es en serio. Caleb está cuidando de nosotras. Tiene que hacerlo hasta que yo esté en condiciones de recuperarme. Tengo que intentar que funcione. Lo entiendes, ¿verdad? No puedo... no podemos...”

Sus pestañas caen y sacude la cabeza. No necesita decir nada más. Su hermoso rostro es muy serio.

Es demasiado buena para él. Lo supe de inmediato. No sería la chica en la que no puedo dejar de pensar si fuera desleal. Si fuera una infiel. Aun así, es sólo cuestión de tiempo antes de que Caleb muestre sus verdaderos colores.

Cuando salga por esta puerta, Iris y yo seguiremos viviendo nuestras vidas, ocupándonos de nuestros asuntos como si estos pocos momentos no hicieran temblar mis cimientos, pero un día se alejará de él. Es demasiado inteligente y demasiado buena para no hacerlo.

Y cuando eso ocurra, yo estaré allí.

---

12 El All-Star Game de la NBA es un partido de carácter amistoso que se celebra durante el All-Star Weekend de la NBA, en el que participan solo los mejores jugadores de cada año, divididos en dos equipos que representan a cada conferencia.

# Capítulo 10

## IRIS

Ha habido días en los que he querido hacerme daño. Tal vez incluso herir a mi bebé. Soy una persona horrible, pero honesta. Todo lo que puedo hacer es esperar que estos sentimientos no sean lo que realmente soy. Espero que esta no sea la madre que seré siempre, pero esto es lo que soy hoy.

Leo las líneas que escribí hace semanas. Mi consejero me recomendó que escribiera mis pensamientos sin filtro en un diario. Ese consejo vino acompañado de una receta que hizo que me sintiera mejor sobre la vida en general con relativa rapidez.

El fin de semana de All-Star fue un punto de inflexión en muchos sentidos. Aquel día me sentía mal en la sala destinada a las madres lactantes. Mi conversación con August, su sugerencia sobre la depresión posparto, me abrió a la posibilidad de que quizás había algo más en lo que estaba sintiendo que mi propio egoísmo. Que simplemente resentir mis circunstancias. Eso provocó la conversación con mi médico que me ha sacado de ese lugar oscuro y desolado.

Cierro el diario y lo guardo en la mesita de noche, en mi lado de la cama. Ya no soy esa mujer. Sólo han pasado unas semanas, pero Sarai, mi princesa, ha pasado a ocupar el lugar que le corresponde: el centro de mi mundo.

“Eres la princesa de mamá, ¿verdad?” La arrullo, mientras le cambio el pañal. Acaricio las suaves almohadillas de sus pequeños pies, provocando una pequeña risa de la preciosa bebé en mi cama. Quizá sea una madre parcial, pero creo que es la bebé más bonita que he visto nunca.

*Pero August también lo pensó.*

Cuando August entró, me sorprendió pero también me alegró mucho verlo. Tan contenta que no he podido quitármelo de la cabeza. Esos momentos cargados en los que la manta se cayó de mi pecho y me quedé boquiabierta ante él como una libertina en lugar de cubrirme inmediatamente. Me quedé helada de asombro, y si soy sincera... Dios, odio admitir esto incluso a mí misma. La forma en que me miraba, tan hambrienta y reverente, sólo deseaba más de él.

Cuando vi a August, todavía tenía siete kilos de peso de bebé. Mi pelo no se había acondicionado ni recortado bien en semanas. El mínimo maquillaje que me había obligado a aplicar hacía tiempo que había desaparecido, pero él me había mirado como si fuera una diosa. Como si me fuera a comer entera si se acercaba lo suficiente.

Y yo quería que se acercara lo suficiente. Mucho más cerca. Mis pezones se ponen rígidos bajo la camiseta, recordando el calor que se produjo entre nosotros durante esos segundos eléctricos.

*Esto no es bueno.*

Tengo que controlar estos pensamientos.

He evitado deliberadamente los sitios web de deportes que suelo frecuentar y me he alejado del mundo del baloncesto todo lo que he podido. No quiero saber nada de August, no quiero oír hablar de con quién está saliendo o de lo bien que está jugando o de cómo su vida es perfecta.

Porque la mía no lo es.

Además de mi hija, a la que no creo que pueda amar más de lo que lo hago ahora, mi vida es un caos. Vivo en una ciudad sin amigos ni familia, completamente dependiente del padre de mi bebé, al que no estoy segura de amar.

Ya está. Lo he dicho. Al menos en mi cabeza lo he dicho.

Creo que no amo a Caleb.

¿Cómo puedo sentir lo que sentí con August en esa habitación, cómo puedo pensar en él tan a menudo, y amar a Caleb? Quiero decir,

¿estar realmente enamorada de Caleb? Me niego a creer que mi corazón sea tan voluble.

Tampoco estoy segura de que Caleb me ame. Estoy bastante segura de que me está engañando, pero no puedo obligarme a preocuparme, y mucho menos a preguntar. Aunque mi nuevo ginecólogo ha encontrado un anticonceptivo que funciona con mi cuerpo, no se lo he dicho a Caleb. Si está por ahí engañándome, usará condones. Una prueba más de que no puedo estar enamorada de él.

Un chisme penetró en mi boletín de redes sociales el otro día. Al parecer, August ha sido visto con la estrella del tenis Pippa Kim en más de una ocasión, y todo el mundo especula que están saliendo. No es razonable, pero me molesta. Me pone... *enfadada* es la palabra equivocada. No tengo derecho a enfadarme, pero no me gusta. Sea lo que sea este sentimiento, arde en el fondo de mi vientre todo el día como un carbón ardiente.

Debería estar celosa de los números que encuentro garabateados en trozos de papel en los bolsillos de los pantalones de Caleb, pero no lo estoy.

Mi teléfono suena, interrumpiendo los planes que han pasado por mi cabeza constantemente últimamente.

Miro la pantalla. Lo es la única persona con la que realmente sigo hablando, aparte de mi madre de vez en cuando.

"Hola, Lo", digo, apoyando a Sarai en mi cadera y cruzando el suelo radiante descalza. Desde luego, si dejo a Caleb no tendré suelos térmicos ni una mansión con un estacionamiento lleno de autos, pero recuperaré mi vida y alguna apariencia de control sobre mi existencia.

"Hola, Bo. ¿Qué demonios pasa?" La voz de Lo es medio divertida, medio irritada. "¿Te has olvidado de tu chica o qué?"

"Claro que no". Coloco a Sarai en su sillita y saco los ingredientes para preparar su almuerzo en el robot de cocina. "Sólo estoy ocupada siendo madre, supongo".

"Lo entiendo, y sabes lo mucho que adoro a mi princesa, pero me siento un poco abandonada".

“Estoy bastante segura de que de las dos, tú tienes la vida más exigente. Cada vez que llamo, estás en algún desfile de moda o en un rodaje”.

“Eso es cierto”, dice Lo con una risa de satisfacción descarada. “Esta vida *es* una mosca”.

Pongo los ojos en blanco y una sonrisa se dibuja en mis labios.

“Tú también tienes que resolver tu mierda”, dice Lo con brusquedad. “No puedes quedarte en esta rutina para siempre”.

Me entusiasmaba la idea de hacer que mis planes se basaran en ella, como siempre, pero su comentario ahoga mi entusiasmo.

“¿Rutina?” Pregunto. “¿Llamas rutina a tener un bebé y dedicarme a ella?”.

“No te pongas sensible”, dice burlona, aunque no estoy de humor para que me tomen el pelo. “Nunca sales de esa gran casa. No has hecho ningún amigo allí. No estás recuperando tu carrera”.

“Lo haré”, digo con más confianza de la que siento.

“No dejes que Caleb te sobrepase”, prosigue Lo. “Sólo hay una cosa que acepto sin rechistar, y es la buena polla. Incluso así, probablemente acabe encima”.

Su risa audaz desde el otro lado me hace reír también. Dios, la extraño. Extraño esto.

“He conocido a Caleb”, dice Lo. “Dudo mucho que te toque la polla buena”.

“Dios mío. No acabas de decir eso”.

“Oh, sí lo he dicho, cariño. Consigo la buena polla sin importar lo que esté pasando. Eso es una prioridad. Y no estoy hablando de esa polla de hombre rico”.

“¿Dis... culpa?” La risa desafía mis buenas intenciones y sale de mi boca.

“Sólo digo que no he conocido a un hombre rico que sepa follar de verdad, ¿sabes?”

“Um, no, no lo sé”.

“Bueno, Caleb es el único hombre con el que te has acostado, así que sólo has tenido pollas ricas. No tienes nada con lo que comparar. Dame un poco de esa polla quebrada. Esa polla desempleada, que aún vive con su madre y duerme en su sofá”.

Me estoy riendo incontroladamente, y eso sólo la anima más.

“Esa polla que acaba de apagar el teléfono”, continúa Lo, acercándose a su tema. “Dame un hombre que haya crecido con cupones de comida y que nunca haya sabido de dónde vendrá la próxima comida. Los ricos follan como si tuvieran derecho a su coño. Fóllame como si fuera la supervivencia. Como si tu vida dependiera de mi mierda. Eso es una polla agradecida, justo ahí”.

“Y sin embargo, nunca he sabido que salgas con nadie como lo que describes”, le recuerdo.

“¿Salir con alguien?” pregunta Lo, con voz indignada. “¿Quién ha hablado de salir con alguien? Estoy hablando de follar. Sólo me relaciono con esos sujetos entre las sábanas y durante el tiempo necesario para llevarlo a la tienda de cobro de cheques a la mañana siguiente. No te enamoras de una polla quebrada. Cariño, solo tómala mientras puedas y móntala mientras sea buena”.

“Dios, nunca cambias, ¿verdad?” Pregunto, sintiéndome más alegre que desde la última vez que hablamos.

“Sí que cambio”. Algo del humor abandona la voz de Lo. “En realidad, cambian muchas cosas. Por eso te llamo”.

“¿Ah, sí?” Pregunto distraídamente, volcando camotes al vapor y alubias verdes en el procesador de alimentos. “¿Qué pasa?”

“¡Tengo la oportunidad de mi vida!” La emoción que Lo ha estado conteniendo estalla a través de la línea, dándome una pausa.

“¿Qué tipo de oportunidad?”

“Sabes que me doy prisa, ¿verdad?” Lo se ríe. “Como, ¿aceptar trabajos secundarios para llegar a fin de mes? Bueno, estaba en una sesión de fotos para un amigo que me pagaba con pizza, y Jean Pierre

Louis, ese nuevo diseñador del que todo el mundo habla maravillas... ¿Lo conoces?"

Echo un vistazo a mi jaula dorada, las paredes de la casa de Caleb que básicamente definen mi existencia. Mi camiseta está manchada por los melocotones y arvejas que Sarai desayunó. Hace días que no me lavo el pelo y huelo fuertemente a leche descompuesta.

"No he estado exactamente al día con la última moda", respondo secamente.

"Oh." Lo suena desanimada durante aproximadamente un cuarto de segundo antes de recuperar el entusiasmo. "Bueno, es la bomba, y no me di cuenta de que era su sesión. Le eché un poco de francés de MiMi, seguí las instrucciones como una buena secuaz y lo mantuve desternillándose todo el tiempo. Al final, me ofreció un trabajo en su taller de Nueva York. ¿Te lo puedes creer?"

La información pasa por mi mente a una velocidad de vértigo, con partes que se aferran a los lados de mi cerebro y otras que no se pegan.

"Pero..." Me tambaleo un poco. "Pero te queda un semestre más en Spelman. ¿Es un trabajo de verano?"

"No, empieza enseguida. Puedo terminar los estudios en cualquier momento". La energía de Lo crepita incluso a través del teléfono. "Esta es una oportunidad única en la vida".

"Es un poco arriesgado, ¿no?" Pregunto tímidamente, sin querer molestarla pero sintiendo que debo ofrecer una perspectiva sensata. "Quiero decir, ¿pasas una tarde con este tipo y desarraigas toda tu vida, todos tus planes, por él?"

"¿Te refieres a la forma en que desarraigaste toda tu vida y todos tus planes para seguir a Caleb?" Su voz es aguda y me pincha. Hay silencio por unos momentos mientras encuentro mi camino en esta tierra extranjera donde Lo y yo podemos estar en desacuerdo.

"No es lo mismo", digo en voz baja. "Nuestras situaciones no son las mismas, y lo sabes".



“No, no lo son”, responde Lo. “Porque a diferencia de ti, yo no voy a entregar mi vida a un hombre. Estoy tomando esta oportunidad por los cuernos y siguiendo mis sueños. Nunca me permitiría terminar atrapada en los planes de otra persona para mí”.

“¿Atrapada?” Le respondo con un cañón. “¿Qué estás diciendo? ¿Qué debería haber abortado?”

“Sabes que amo a Sarai”. Ella hace una pausa. “Pero habría tenido más cuidado con lo que pasaba en mis asuntos de mujer y me habría asegurado de que estuviera bien envuelto”.

“No soy la primera mujer a la que le pasa esto, Lo. Sabes que los condones no son cien por cien”.

“Lo sé, pero...” El silencio en el otro extremo se hincha con su vacilación.

“¿Pero qué?”

“No confío en Caleb”.

Abandono por completo las verduras, mis manos caen sin fuerza a los lados. “¿Alguien te ha dicho algo? ¿Has oído algo sobre él?” Pregunto, con el temor acumulándose en mi estómago.

“No, nada de eso”, dice rápidamente. “Vi una sombra”.

Mi cabeza se inclina mientras intento discernir qué demonios significa esto. “¿Una sombra? No lo entiendo”.

“En su... alma”, dice, con la voz rebajada a un susurro. “Creo que he visto una sombra en su alma”.

“¿Qué es lo que tú... tú...?” Ni siquiera puedo tartamudear bien. Esto es tan ridículo. “¿Qué diablos significa eso? ¿Una sombra en su alma? Es el padre de mi hija, Lo. Esto es serio. No es el momento de una mierda de vudú que has cogido de MiMi”.

“Tal vez si te hubieras tomado el tiempo para aprender algo de esa *mierda* de vudú”, dice Lotus, su voz crepitando con desaprobación, “no estarías con él ahora”.

“Mira, guárdate esa basura supersticiosa para ti. Quiero a MiMi igual que tú, pero...”

“Oh, lo dudo”, se burla Lo. “Apenas la conoces. Tus comentarios lo demuestran”.

Mi dolor se hincha y crece hasta hacer que mis ojos se humedezcan y mi mandíbula se apriete. “Que no haya vivido con ella como tú no significa que no la quiera”.

“Lo que sea.” Una puerta se cierra entre nosotras. Rara vez hablamos de las circunstancias que llevaron a Lo a dejar Nueva Orleans y vivir con MiMi. Sé que es un tema delicado. ¿Cómo podría no serlo? Pero de repente, siento que deberíamos haber hablado más de esto. Se siente como si algo que nuestra familia barrió bajo la alfombra durante años estuviera a punto de rompernos.

“Lo, espera. Toda esta conversación se ha salido de control. Vamos a...” *No sé qué.*

“¿Vamos a qué, Bo? ¿Empezar de nuevo?” La amargura agrieta la voz de Lotus. “Algunas cosas no tienen vuelta atrás. No un hombre de cuarenta años que te quita la virginidad antes de que tengas tu primer periodo. Ni tu propia madre eligiéndolo a él en lugar de a ti y enviándote al pantano a vivir con tu bisabuela”.

Ese incidente probablemente nos perseguirá a ambas por el resto de nuestras vidas. Fue lo que alejó a Lo de Nueva Orleans. Ella lucharía hasta su último aliento por mí, y yo haría lo mismo por ella, pero no puedo formar palabras para aliviar sus profundas heridas. No sé qué puedo decir para devolvernos a donde estábamos antes de que ocurriera esta horrible conversación.

“Pero la broma es para mamá -continúa Lo con una risa áspera-, porque alejarme de ella ha sido lo mejor que me ha pasado. Aprendí muchas cosas que nunca habría aprendido si me hubiera quedado en el distrito nueve. Ahora, puedo ver cuando un hombre tiene una sombra en su alma, y te digo que vi una sombra. Haz con eso lo que quieras”.

“Es que no tiene sentido para mí, Lo”, digo, suplicando que lo entienda.

“Algo está fuera de lugar. No sé lo que es, pero lo está, y yo, por

mi parte, no voy a quedarme sentada viendo cómo te haces un trueque como el que hacían nuestras madres”.

Me trago el nudo caliente de dolor que casi me ahoga. “Vaya. ¿Es eso lo que crees que estoy haciendo?” pregunto, con la voz tan baja que apenas me oigo. “¿Lo que hicieron nuestras madres? ¿Crees que ahora soy como ellas?”

“No quería decir eso”. Lo suspira con fuerza. “Sí creo que podrías haber hecho las cosas de otra manera, pero lo entiendo. Es difícil pensar en hacer las cosas por tu cuenta”.

“No estoy aquí por eso, Lo”. Mi voz asume un borde duro. “Caleb es el padre de Sarai”.

“Sí, pero no el tuyo”, arremete Lo. “Entonces, ¿por qué le has permitido que lo dicte todo? ¿Qué te manipule en esta situación?”

“¿Manipular?” Una respiración indignada sale de mi pecho. “No he dejado que me manipule. Tú estabas *allí*. Sabes que estaba en reposo. No podía trabajar. Ni siquiera podía salir de casa. No tenía a dónde ir”.

“No lo ves”. Sus palabras suenan amargas. “Al igual que tu madre nunca lo vio. Al igual que la mía tampoco lo hizo nunca”.

“¿Cómo te atreves a compararme con ellas?” Cada palabra cae en un lugar que no debería. En mi corazón. A través de mi alma.

“¿En qué eres diferente? Viviendo de la riqueza de un hombre para mantener un techo sobre tu cabeza y ropa en tu espalda. Follando con un hombre rico para que te mantenga”.

“Todo lo que he hecho... o dejado de hacer... ha sido por Sarai, y lo sabes. Tenía muy pocas opciones. Hago lo mejor que puedo”.

“Lo sé, Bo. Ojalá...” Su voz se apaga, y puedo sentir cómo se desvanece parte de la enemistad que nos hemos lanzado la una a la otra durante los últimos minutos. “También me gustaría que te hubieras alejado de ellos. Espero que no te hayan influido más de lo que crees”.

“Eso es algo horrible de decir”. El dolor agrieta mi voz.

“Sé que nunca lo elegirías a él antes que a Sarai”, se apresura a decir Lo. “No lo digo en ese sentido. Quiero decir...”

“Creo que deberíamos terminar con esto”, interrumpo. “Esta conversación sólo está empeorando, y puede que no nos hablemos al final. Deja la escuela. Múdate a Nueva York para el atelier o como sea que lo llares”.

El silencio entre nosotras es diferente a cualquier otro que hayamos compartido. Es un muro de ladrillos invisibles, recubierto con la argamasa de nuestras palabras hirientes.

“Está bien”, responde finalmente Lo. “Sólo recuerda que si me necesitas, si necesitas algo, rayuela”.

Se me saltan las lágrimas cuando dice esa palabra. Por alguna razón, cuando éramos niñas, nunca conseguía jugar bien a la rayuela, así que yo la ayudaba. Yo saltaba primero y ella saltaba detrás de mí, imitando mis pasos hasta que lo conseguía ella misma. Aunque pareciera una tontería, funcionó, y mucho después de que ella pudiera volar por los cuadrados marcados con tiza por sí misma, “rayuela” era nuestro código para cuando nos necesitábamos mutuamente.

Nunca olvidaré el grito espeluznante que se oyó en nuestra reunión familiar. No fue mi nombre el que gritó cuando aquel hombre estaba encima de ella. En su pánico, gritó rayuela, y yo corrí. Antes de verlos, oí sus gruñidos. Y escuché a Lo diciendo una palabra una y otra vez.

*Rayuela. Rayuela. Rayuela.*

Juré entonces que nadie volvería a hacer daño a Lo, no si podía evitarlo. MiMi la protegió durante años viviendo en el pantano, pero cuando se mudó a Atlanta para ir a la universidad, asumí el manto protector personalmente. Hace mucho tiempo que no decimos la palabra “rayuela”, así que al oírla de Lo ahora, cuando soy yo la que la hiere y ella es la que me hiere a mí, no tengo ni idea de qué hacer.

Me despido entre dientes y me apresuro a colgar el teléfono. Sabiendo que eso es lo que piensa de mí, después de todos estos años, después de todo lo que le he visto pasar, ahora mismo no puedo decir

ni rayuela. Lo sería la última a la que llamaría para pedir ayuda.

# Capítulo 11

## IRIS

Fingí un orgasmo.

Entre el reposo en cama, el reposo pélvico, la abstinencia obligatoria tras el parto y la agitada agenda de prácticas y viajes de Caleb, hace meses que no tengo sexo con él. Y la primera vez que lo hacemos, finjo un orgasmo.

Cuando le dije a August que tenía que intentar que mi relación funcionara, lo decía en serio. Tenía toda la intención de hacer que esto funcionara, pero ya no puedo ignorar las señales. No amo a Caleb. Ahora lo sé, y tengo que decírselo.

Sería muy conveniente si lo amara. Dejarlo alterará el carro de las manzanas. Diablos, tirará las manzanas a la calle. Las cosas son simples si me quedo con Caleb, si finjo que esto es lo que quiero. Sarai y yo mantendremos un techo multimillonario sobre nuestras cabezas, tendré más dinero del que sé qué hacer, y la custodia sigue siendo sencilla. Tendré un compañero que me ayude a criar a mi hija. Aunque, a pesar de la obsesión inicial de Caleb con mi embarazo, ha sido sorprendentemente permisivo con la crianza. Tal vez sea por todos los viajes y las exigencias de su primera temporada de la NBA. Tal vez este verano, cuando esté libre, se convertirá en un padre completo.

Yo también tuve problemas al principio. Me hizo falta terapia y una receta para estar a gusto, pero ahora lo estoy. Y lo peor que podría hacer por mi hija es convertir una mala relación en un horrible matrimonio. Siempre he estado decidida a no conformarme con toda la mierda que soportó mi madre, y Sarai nunca verá eso en mí. Sólo tengo que averiguar cuándo decírselo a Caleb y cómo.

“Maldita sea, eso ha estado bien, Iris”, murmura Caleb en mi cuello, todavía dentro de mí. “Lo necesitaba tanto, nena”.

Asiento con la cabeza, deseando que se levante para no tener que pedírselo. Caleb nunca ha sido un amante suave, y sé que ha pasado mucho tiempo, pero ha sido brusco, y estoy dolorida.

“El estrés de esta primera temporada ha sido más de lo que pensaba”. Levanta la cabeza y me mira a la cara a la tenue luz de la lámpara que hay junto a la cama. “Puede que sea el novato del año. ¿Tienes idea de cómo se sentiría mi padre? ¿De lo orgulloso que estaría si eso ocurriera? Pero con la pérdida de los últimos partidos, estoy muy nervioso. Malditos comentaristas especulando y criticando”.

Me aparta el pelo de los ojos, su toque es suave.

“Me quitas los nervios como ninguna otra cosa, Iris”.

Frunce el ceño y yo sigo la dirección de su mirada. Ya tengo un leve moretón en el pecho. Probablemente en mis muslos y caderas, donde los agarró con demasiada fuerza. “¿Te he hecho daño?”

Lo hizo. No estaba preparada para él, pero me empujó. Nunca se asegura de que esté satisfecha. Nunca se asegura de que yo esté satisfecha primero, sólo... toma. Siempre toma y nunca busca la manera de darme lo que necesito. Siempre soy yo la que cede, la que se compromete, la que se queda con ganas. ¿Cuándo empecé a notarlo? ¿Por qué no lo noté antes?

“Está bien”. Me retuerzo bajo su peso. “Pero eres un poco pesado”.

Se aparta de mi cuerpo dolorido. He oído decir a las mujeres que les gusta la dureza, que les gustan los polvos duros, pero no veo el atractivo. No entiendo cómo estos moretones y dolores son sexy. Pero como Lotus se apresuró a recordarme, sólo he estado con Caleb. No tengo a nadie más con quien compararlo.

Sólo que me encuentro comparándolo con August todo el tiempo, lo cual es injusto. No he vivido con August. Si pasara más de un día con él, tal vez no sería solícito, y amable, y gentil, y

considerado, y fácil de hablar.

*Y sexy como el infierno.*

No puedo seguir pensando en otro hombre, en el rival de Caleb de esta manera, y seguir viviendo aquí, seguir en esta relación. Tal vez debería esperar hasta que termine su temporada de novato. Acaba de admitir lo estresante que ha sido. Es lo más que Caleb me ha revelado en mucho tiempo. Hemos sido como satélites, en la órbita del otro, pero no tan cerca como para tocarnos. La distancia entre nosotros, ¿no la *siente* él? ¿Acaso le importa?

“Oye, hay algo que quiero preguntarte”, dice Caleb desde su lado de la cama. Está tumbado de lado, con la barbilla apoyada en la mano.

“Vale”. Me lamo los labios con nerviosismo y tiro de la sábana con más fuerza alrededor de mi desnudez. “Lanza”.

La picardía ilumina sus ojos y amplía su sonrisa, y por un momento, es aquel tipo que se presentaba en la librería todos los días, con café, cortejándome para que tuviera una cita con él. Se da la vuelta y busca en su mesita de noche. Cuando vuelve, sus ojos se mueven entre mi cara y el enorme diamante que sostiene. “Iris, ¿quieres casarte conmigo?”

Siempre soñé que cuando me dijeran esas palabras, estaría eufórica. No habría dudas. Me lanzaría a los brazos de ese hombre y lloraría de alegría. Sólo que la parte del llanto está resultando ser cierta. Parpadeo para contener las lágrimas de frustración y arrepentimiento. Es evidente que no estamos ni mucho menos en la misma línea, ya que estaba pensando en cómo dejarlo. Esto será más difícil de lo que pensaba.

“Caleb, no sé qué decir”, murmuro, mordiéndome el labio hasta que coincide con mis otros dolores. “Yo... bueno, ¿estás seguro de esto?”.

“¿Qué demonios quieres decir con que estoy seguro?”. El anillo tiembla entre sus dedos con la ira que veo claramente en su rostro. “Vivimos juntos. Tenemos una bebé juntos. Por supuesto, estoy



segura. ¿Qué clase de pregunta es esa?”

Ojalá estuviera siendo retórico y no tuviera que responder, pero está claro que espera, no con demasiada paciencia, mi respuesta. “Quiero decir que las cosas no han sido iguales, ¿verdad?” Pregunto, buscando en su rostro alguna respuesta de comprensión. “Ha habido esta distancia, y yo...”

“No pudimos tener sexo durante meses, Iris, mientras hacías reposo pélvico o lo que fuera. Y luego tuvimos que esperar otras seis semanas”. Se aleja, arrojando el valioso diamante sobre la mesita de noche como si fuera uno de esos anillos de caramelo. “He estado de viaje. Demonios, estuviste deprimida por aquí durante semanas como si hubieras perdido a tu mejor amiga. Ni siquiera querías a nuestra hija. Por supuesto, ha habido distancia”.

“¿Qué dijiste de Sarai?” Elijo lo más molesto de su lista de agravios. “Por supuesto que fue difícil al principio, y que estaba clasificando muchas cosas, pero...”

“Olvida que lo he mencionado”. Se levanta y entra en el baño, encendiendo la luz e iluminando su bien acondicionado cuerpo. Es un atleta de élite. Con metro noventa y ocho, es tan alto como August. Con su clásico pelo rubio y sus ojos azul marino, es igual de atractivo de una forma completamente diferente. Pero no hay emoción cuando lo miro desnudo. De repente escudriño mi mente, mi corazón, en busca de la última vez que la hubo.

Me pongo el albornoz y lo sigo al cuarto de baño, decidida a resolver esto para poder terminar este capítulo de nuestra relación y pasar al siguiente. Resolver la custodia y la co-paternidad y todos los detalles que conlleva una separación que espero que no sea un desastre.

“Caleb, ¿podemos hablar?” Le pregunto en voz baja.

Se queda callado, con la espalda ancha y bronceada apartada de mí, con una postura rígida. Le toco el hombro. Me quita la mano de encima. Tropiezo con la fuerza y mi cadera choca dolorosamente con el borde afilado del mostrador.

“Ay”. Hago una mueca de dolor, cerrando los ojos contra el breve y cegador dolor. “Caleb, Dios. Me ha dolido”.

Espero una disculpa que no llega. Sus ojos me recorren desapasionadamente, empezando por mis pies descalzos y recorriendo cada centímetro hasta encontrarse con mis ojos. Hay una frígida posesividad, como si fuera una mascota que se porta mal y a la que no tiene mucho cariño. Una mascota de la que tiene que asegurarse de que vuelve a la fila.

Me estremezco bajo esa mirada gélida. Todavía la siento cuando aparta la mirada. El frío se ha instalado.

“Oye, tenemos tiempo”. Me atrae hacia él, aunque debe sentir lo rígida que estoy en sus brazos. “No volvamos a hablar de matrimonio hasta que termine la temporada. ¿Puedes concederme eso? Tengo una serie de partidos difíciles y necesito concentrarme”.

Todo en mí grita que se solucione esto, porque ya se ha alargado demasiado, pero asiento con la cabeza. Puedo concederle eso, pero no va a volver a follar conmigo. Esta noche me he sentido como un objeto, como si estuviera cobrando el alquiler. Ha sido una transacción entre nuestros cuerpos, en la que yo no he recibido nada y él lo ha tomado todo. Cuando miro hacia atrás en nuestra relación, tengo que preguntarme.

¿Ha sido así todo el tiempo?

# Capítulo 12

## IRIS

“Tenemos que programar algún trabajo de caridad para ti, Caleb”.

Sylvia, la coordinadora de alcance comunitario de los Stingers, muerde el beignet que le ofrecí con una taza de café.

“Están increíbles”. Gime y cierra los ojos en lo que parece un arrebató. “¿Los has hecho tú, Iris?”

“Sí.” Me río y agito un dedo delante de mi boca. “Tienes un poco de polvo”.

“Oh.” Ella retira el polvo blanco. “Gracias. No sabía que la gente hiciera esto en casa”.

“Bueno, yo soy de Luisiana”. Sonrío, pensando en la vez que MiMi nos enseñó a Lo y a mí a hacerlas. “Es una de las pocas recetas que sigo bastante bien”.

“Tengo que salir para el partido de esta noche en un rato”, interviene Caleb, con un pequeño ceño fruncido en su expresión. “¿Cuáles son las oportunidades de caridad?”

La sonrisa de Sylvia se atenúa un poco, y la mía también. Caleb ha estado poco cooperativo y hosco todo el día. Esperaba que se quitara el mal humor para esta reunión con Sylvia, pero ha estado distraído y brusco todo el tiempo que ella ha estado aquí.

“Tenemos una muy buena en un centro comunitario del centro”, dice Sylvia. “La epidemia de heroína en Baltimore y los condados circundantes es increíble. El año pasado tuvimos el doble de sobredosis que de asesinatos”.

“Dios mío”. Me inclino hacia delante y aprieto los codos contra las rodillas. “Eso es horrible”.

“¿Y qué tiene que ver exactamente con los Stingers?” pregunta Caleb, dando un sorbo al café que le he servido. “Iris, ¿qué demonios es esto? ¿Desde cuándo tomo azúcar en el café?” Me empuja la taza. Un poco de café se desliza por el lateral y me escuece la mano.

Jadeo, me limpio la humedad en los jeans y me froto el punto sensible.

“Lo siento, cariño”. Parece preocupado durante medio segundo. “Si pudieras traerme un café como el que tomo, te lo agradecería mucho”.

Miro a Sylvia antes de ir a la cocina para traerle una taza fresca. Nuestros ojos se cruzan brevemente, los de ella muy abiertos por la sorpresa, pero enseguida baja la mirada hacia su bolso. Está tan sorprendida como yo por el comportamiento desconsiderado de Caleb. Este ha sido su *modus operandi* desde nuestra discusión sobre el matrimonio hace unas semanas. Grosero. Desconsiderado. Imbécil. Parece que empeora cada día. Su paciencia es más delgada, y la mía está casi agotada. La temporada está a punto de terminar, pero no estoy segura de que vayamos a durar hasta entonces.

“¿En el centro?” pregunta Caleb cuando vuelvo a entrar en el salón. “¿El centro de Baltimore? Vaya. Estoy bastante seguro de que voy a viajar por ahí entonces”.

“Todavía no hemos fijado ninguna fecha, Caleb”, dice Sylvia, apretando los labios y mirando la libreta que tiene en el regazo. “El centro comunitario es una gran oportunidad para interactuar con algunos de los jóvenes locales. Tal vez hacer algunos ejercicios básicos con ellos, tal vez trabajar en un proyecto de embellecimiento del centro. Cosas así”.

“¿Puedo ayudar?” pregunto antes de pensarlo mejor. Sylvia y Caleb me miran sorprendidos. “Quiero decir, si puedo ayudar, estoy dispuesta”.

Caleb frunce el ceño, con los labios ya separados y la negación en

los ojos. Sylvia interviene antes de que pueda expresar su disgusto.

“Creo que es una gran idea”. Su cálida sonrisa alivia parte del arrepentimiento que siento por haber hablado. “Hemos estado tratando de conseguir más visibilidad para las esposas de los jugadores”.

“Oh, Iris no es mi esposa”, interrumpe Caleb, sus ojos caen sobre el anillo que me dio MiMi. “Ni siquiera estamos comprometidos”.

Él y yo nos miramos fijamente, ambos desafiantes. Está decidido a salirse con la suya, y yo estoy decidida a que no lo haga.

Sylvia se aclara la garganta.

“Pero son una familia”, dice, mirándome de forma tranquilizadora. “Tienen una hija juntos. Muchas novias de jugadores están involucradas. Creo que sería genial. Si no te intimida demasiado el centro de Baltimore, Iris”.

“Crecí en el Distrito Nueve Bajo”. Dejo el café de Caleb delante de él con un ruido seco, mirándolo cuando digo mis siguientes palabras. “No me intimidó fácilmente”.

Con los ojos entrecerrados y la boca en una línea dura, da un sorbo y asiente su aprobación a regañadientes. “Centro comunitario, ¿eh?” Muerde un beignet, se detiene a medio masticar y entrecierra los ojos. He visto esa mirada cuando él y su agente evalúan si algo será bueno para su carrera. Eso es lo que está haciendo ahora: sopesando cómo se reflejará en él que yo haga esto.

No sé de dónde viene eso. Estoy siendo mezquina.

“Tiene razón. Será bueno para mi imagen en la comunidad”, le dice finalmente a Sylvia, confirmando mi sospecha. “Para que la gente nos vea activos e involucrados. Buena voluntad para el equipo. Iris puede representarnos”.

*Permiso concedido.*

La irritación me hace chasquear los dientes. Me hace sentir invisible todo el tiempo o como si dirigiera mi vida por delegación, tomando decisiones en mi nombre. ¿Se da cuenta de que esto es lo que

podría haber organizado si mi carrera estuviera en marcha? ¿Que podría hacer el trabajo de Sylvia con los ojos cerrados? ¿En mi sueño?

“Entonces está decidido”. Sylvia se levanta y recoge su bolso y su chaqueta. “Te llamaré con los detalles, Iris. Gracias a los dos”.

“Claro”. Caleb se vuelve hacia las escaleras y lanza un comentario por encima del hombro. “Tengo que irme pronto para el partido de esta noche. Hasta luego, Sylvia”.

“Estoy muy emocionada por esta oportunidad”, le digo en la puerta. “Llevo tiempo queriendo hacer algo significativo”.

“Entonces esto podría ser un gran ajuste. Ah, y hay una guardería en el lugar si crees que tu hija estará bien allí durante una hora o algo así”, dice Sylvia, bajando las cortas escaleras hasta su auto estacionado en la entrada circular. “Me pondré en contacto”.

Una vez que se ha ido y vuelvo a la cocina, me permito el simple placer de la anticipación. Voy a hacer algo fuera de esta casa, al menos durante una hora o así. Algo que no implique glándulas mamarias, pañales o puré de verduras.

Pero hoy no.

Los platos en el fregadero, en su mayoría biberones y cucharas y cuencos de bebé, me recuerdan que, al menos por hoy, esta casa es el ámbito de mi existencia.

Empiezo a poner un poco de orden en la cocina, limpiando el robot de cocina y recogiendo los trozos del desayuno de Sarai que no han llegado a su boca.

Caleb se dirigirá pronto a la arena. No puedo decidir si me gusta más cuando está de viaje o cuando está en casa. Es tan solitario en esta enorme casa cuando está aquí como cuando no está. Seguramente esto no es lo que él quiere en un matrimonio. Sólo estamos coexistiendo. No hay una conexión real, no hay amistad. Al menos solíamos tener eso. Empezamos como amigos, pero incluso eso es difícil de recordar ahora.

“¿Qué es esto?”

Levanto la vista de lavar los biberones de Sarai para ver a Caleb en la entrada arqueada de la cocina sosteniendo unas hojas de papel.

“¿De dónde los has sacado?” Sé exactamente de dónde los ha sacado. Sólo estoy retrasando las preguntas a las que conducen esos papeles.

“De mi oficina “, dice bruscamente. “En la impresora. ¿De qué se trata, Iris?”

*Su oficina.* Todo en esta casa le pertenece. Sus ojos recorren mis pechos, mis caderas y mis piernas, recordándome que yo también le pertenezco. Al menos, a él le gusta pensarlo. Dormimos en la misma cama, pero he conseguido evitar volver a tener sexo. Tampoco ha vuelto a hablar de compromiso. Ambos pasamos de puntillas por temas que nos llevan a encrucijadas. No estoy lista para salir sola, no sin un trabajo, un hogar, recursos. Algo que nos asegure a Sarai y a mí que estaremos bien.

Sé que si me voy ahora, Caleb proveerá a Sarai. Legalmente tiene que hacerlo, pero no quiero entrar en todo eso ahora, no cuando Caleb está bajo tanta presión. Así que estamos en el limbo, pero estoy investigando los siguientes pasos para asegurar nuestro futuro, el mío y el de mi hija. Y eso es lo que tiene en la mano.

“Es sólo información sobre un programa de certificación en línea para lo esencial de la industria del deporte”. Me empujo un mechón de pelo detrás de la oreja antes de encontrarme con los gélidos ojos azules de Caleb. “Estoy pensando en inscribirme”.

“No.” Su palabra dura me congela contra el fregadero. “No va a suceder”.

“Sarai se está haciendo mayor”, digo con cuidado, no queriendo pelear ante el juego de Caleb. “Tengo que pensar en lo que voy a hacer con el resto de mi vida”.

“¿Qué diablos significa eso?” En unas pocas zancadas está a mi lado, imponiéndose sobre mí. Mirándome con desprecio. “¿El resto de tu vida? Te casarás conmigo y criarás a mis hijos, Iris. Nada que pensar”.

“¿Hijos?” El shock acalla mi voz. “No voy a tener más hijos”.

El silencio que sigue a mis palabras se hincha con la furia de sus ojos.

“¿Qué has dicho?”, pregunta, su voz mortalmente silenciosa.

“Quiero decir que no hasta que encauce mi futuro. Caleb, sabes que nunca planeé quedarme embarazada en esta etapa de mi vida. Amo a Sarai, pero sigo teniendo las mismas esperanzas y sueños que tenía antes de que ella llegara. Quiero retomar mi *vida*”.

Sus ojos se suavizan, pero es una falsa suavidad. Una cortina que cubre sus verdaderos sentimientos, pero yo los veo claramente. No sé por qué no había reconocido este truco antes, pero ahora sí.

“Cariño, creo que una vez que estemos casados”, dice, apoyando sus manos en mis caderas, “podemos volver a hablar de esto, pero por ahora, no es algo que debemos hacer”.

“Tienes razón”. Mantengo mi voz suave y uniforme, pero me escabullo entre sus dedos, alejándome. “Tienes un partido esta noche. Discutámoslo más tarde”.

Su expresión se vuelve plana y dura como la cara de un acantilado. Me agarra la mano y me la retuerce, metiéndome el dedo anular en la cara.

“No entiendo lo que quieres”, escupe. “Te ofrezco un diamante de diez quilates, y todavía andas por ahí llevando esta joya de chatarra barata donde debería estar mi anillo”.

“No es una chatarra”. Aparto la mano de un tirón, frotándome el dolor de la muñeca. “Es de mi bisabuela”. Entrecierro los ojos hacia él y expongo mis palabras con cuidado. “Para protegerme de cualquiera que quiera hacerme daño”.

“¿Hacerte daño?” La frustración oscurece su apuesto rostro y me agarra con fuerza los dos brazos. Nunca he sentido tanto la disparidad entre nuestras alturas y peso como ahora. No soy una chica diminuta, pero cuando me sujeta un jugador de baloncesto con más de medio metro sobre mí, cuyo cuerpo está perfeccionado para competir al más alto nivel, estoy prácticamente indefensa.



“Te amo, Iris, pero si no sabes la diferencia entre el amor y el dolor”, me dice. “tal vez debería enseñarte”.

Me sacude, y mi cabeza se echa hacia atrás en el cuello con cada sacudida. Mis brazos palpitan bajo la presión de sus dedos.

“Suéltame”, jadeo, apretando las manos contra su pecho. “Ahora mismo, Caleb”.

Por un momento, el rechazo se enciende en sus ojos. Aprieta su doloroso agarre unos segundos más, haciéndome saber sin palabras que puede seguir haciéndolo si lo desea. Lentamente, sus dedos se aflojan, pero la intensidad de sus ojos no cede.

En cuanto me suelta, atravieso rápidamente la habitación, poniendo tanta distancia entre nosotros como permite la cocina. Casi cojeo de alivio al alejarme de él y me apoyo en el fregadero, obligándome a mirarlo.

“Vuelve a ponerme las manos encima”, digo, con voz plomiza y segura, “y saldré por esa puerta con mi hija, y buena suerte para encontrarnos”.

La tormenta en sus ojos se convierte en algo que se parece al miedo y se disfraza de remordimiento. Sea lo que sea en verdad, nunca lo sabré porque rápidamente cierra esa mirada.

“Lo siento”, dice en voz baja. “No volverá a ocurrir. Es que estoy bajo mucha presión ahora mismo. Estamos cerca de los playoffs<sup>13</sup>. El partido de esta noche es enorme para nosotros. Lo estoy sintiendo, pero eso no justifica que me desquite contigo”.

Quiero creerle. Nunca me había herido así a propósito.

“Entiendo la presión, pero...” Dejo caer los ojos al suelo. “Vi a mi madre y a mi tía aguantar mucha mierda de los hombres cuando crecíamos. No lo tolero”.

“No volverá a ocurrir”. Respira profundamente, como si limpiara el aire. “Ahora que hemos sacado esto adelante, ¿vendrías al partido de esta noche? Significaría mucho tenerte a ti y a Sarai en las gradas por mí”.

“Claro”. Deslizo las manos en los bolsillos traseros de mis jeans.  
“¿Contra quién juegan?”

“Los San Diego Waves”, dice, observando mi cara atentamente como si buscara una reacción, una que me niego a darle, pero por dentro mi corazón tartamudea y late.

Demasiado para evitar a August.

---

13 Los Playoffs de la NBA son 4 rondas de competición entre dieciséis equipos repartidos en la Conferencia Oeste y la Conferencia Este.

## Capítulo 13

AUGUST

“Oye, West. ¿Tienes un segundo?”

Me giro para mirar a Deck. Además de ser el presidente de operaciones de baloncesto de los San Diego Waves, también es miembro del Salón de la Fama. Cuando él llama, tú respondes.

Cuelgo mi abrigo en la taquilla y me encuentro con sus ojos por encima del hombro. Unos cuantos chicos pululan por el vestidor del equipo de invitados de los Baltimore Stingers, pero en su mayor parte, tenemos este rincón para nosotros solos.

“¿Sí?” Hace tiempo que dejé de intentar llamarlo “señor”. “¿Qué pasa?”

“Sé que es un gran partido”.

Ningún partido es un gran partido porque es casi el final de la temporada, y tenemos una esperanza de carámbano en el infierno de llegar a los playoffs. Parece que los últimos partidos no importan porque no habrá postemporada para nosotros. Somos un equipo de expansión, así que es de esperar en nuestro primer año, pero aun así muerde con los dientes.

Nunca he estado en un equipo perdedor en mi vida. El feroz competidor que hay en mí nunca lo ha permitido. Siempre he sido capaz de tirar de cualquier equipo en el que estuviera para cruzar la línea de meta en *primer* lugar. Pero esto es la NBA. Cada hombre es el mejor de su barrio, el mejor de su instituto y de su universidad. Un hombre puede hacer mucho, pero en esta liga, un hombre nunca puede hacerlo todo.

“¿Qué tiene de especial este juego, Deck?” Cierro el casillero y

me doy vuelta para mirarlo.

“Para empezar, juegas en tu ciudad natal”, dice Deck. “Supongo que tu familia estará aquí para verte”.

Me permito una sonrisa genuina, pensando en mi madre y mi padrastro en las gradas esta noche. “Sí, estarán aquí. Mi madre ha invitado al equipo a cenar después del partido, ya que no volamos hasta mañana. Puedes venir”.

“No”. Una sonrisa casi tímida parece fuera de lugar en los fuertes planos de su cara. “Voy a volar a Nueva York para ver a mi chica, pero dale las gracias a tu madre de mi parte”.

Deck y Avery hacen que el amor a distancia parezca fácil, aunque estoy seguro de que tiene sus retos. “Saluda a Avery de mi parte”. Le lanzo una sonrisa de complicidad.

“No la he visto en tres semanas, así que estaré ocupado dándole lo mejor de mí y no pensando en tu culo de rufián”. Su risa pícaro me hace reír en respuesta.

“Hombre afortunado”. Me apoyo en el casillero y espero a que llegue a la razón por la que ha venido, que no tiene nada que ver con mi ciudad natal, mi mamá o su novia, para el caso.

“Así que los medios de comunicación han estado dando bombo a este partido porque están tú y Bradley”, dice Decker, el humor se desvanece de su expresión. “Todo el mundo dice que es una carrera de dos hombres por el Novato del Año”. Decker levanta las dos cejas. “¿O estás tan metido en tu novia estrella de tenis que no te has dado cuenta?”.

Una risa retumba en mi pecho, y le ofrezco un lento movimiento de cabeza. “No te creas todo lo que lees, Deck. Deberías saberlo mejor que nadie”.

“Oh, ¿entonces no te estás follando a Pippa Kim?”

Me paso un dedo por los labios. “Un caballero nunca folla y lo cuenta”.

La verdad es que sí me follé a Pippa hace meses. Estuvo bien,

pero no es algo que quiera repetir. Los dos somos nuevos en el mundo del deporte, yo con el baloncesto y ella con el tenis, así que entendemos retos únicos que la mayoría de la gente no puede ni imaginar. Congeniamos como amigos y hemos asistido juntos a varios actos. Nunca comento cuando la gente me pregunta por Pippa, y ella nunca comenta cuando le preguntan por mí. Al parecer, “no comentar” es un comentario en sí mismo porque ahora todo el mundo asume que estamos juntos.

Pippa estuvo durante mi fase de “en cuántos agujeros puedo meter mi polla”. Probablemente habría hecho un agujero en la pared si hubiera pensado que eso me ayudaría a olvidarme de Iris.

Lo que nos lleva a la verdadera razón por la que Deck debería preocuparse por el juego de esta noche.

“Caleb y yo estamos bien”. La mentira viene suavemente. “Pero si los medios de comunicación se inventan una mierda, ¿por qué debería importarte? Más culos en los asientos si creen que hay drama, ¿verdad?”

Deck es demasiado agudo para mi propio bien. Entrecierra los ojos y cruza los brazos gruesos y musculosos sobre su amplio pecho. Siempre lo veo como un león con su pelo y ojos leonados. El tipo sigue siendo un tipo musculoso a pesar de llevar unos cuantos años fuera de la liga. Mi régimen de alimentación y entrenamiento fueron las primeras cosas que ajustó cuando me uní al equipo. Puede que ahora sea un ejecutivo de la oficina principal, pero primero fue un jugador. Se ocupa de los jugadores, y ahora mismo está tratando de entender la situación de Caleb.

“Si tú lo dices, te creo”, responde finalmente después de unos segundos. “Pero confío en que serás el hombre más grande si empieza a echar mierda en la cancha esta noche”.

Pongo cara de no importarme nada y me encojo de hombros despreocupadamente, fingiendo despreocupación como un hijo de puta. “Al menos te has dado cuenta de que es un imbécil”, digo. “La mayoría se deja engañar por el acto del chico de oro”.

“¿Por qué crees que no lo recluté?” Deck inclina la cabeza y levanta una ceja cínica. “Reconozco una imagen cuidadosamente elaborada cuando la veo, y el padre de Caleb ha estado elaborando cuidadosamente a ese chico desde que estaba en pañales. Ahora está acostumbrado a conseguir todo lo que quiere. No me gustaría verlo cuando no lo tenga”. Me señala con un dedo de advertencia. “Por eso, esta pequeña charla. Los dos siempre se enfrentan con fuerza, y parece que siempre sales ganando”.

“No siempre”.

*Tiene a la chica.*

Y estoy profundamente resentido con él por eso.

Sin embargo, esta noche voy a aguantar con voluntad de hierro y gomas elásticas, no importa cómo me provoque. Requerirá una concentración total. No me he permitido preguntarme si Iris estará en el partido de esta noche. Estará lleno, y probablemente ni siquiera sabré si viene. Supongo que ella asiste a sus partidos en casa.

Ese maldito bastardo con suerte.

Mirar a las gradas y saber que esa mujer te apoya debe ser la mejor sensación del mundo. Quizá algún día lo descubra por mí mismo, aunque sé que no es probable. Están a dos sacudidas de casarse. Viven juntos y tienen una hija. Entiendo que todas las probabilidades están en mi contra, pero algo en mi interior no le importa y sigue manteniendo la esperanza.

“Te conozco, August”, continúa Deck en voz baja. “Sea lo que sea lo que los tiene a ti y a Caleb gruñendo el uno al otro cada vez que se encuentran, mantenlo bajo llave esta noche. No quiero faltas flagrantes, expulsiones, peleas, nada de esa mierda. ¿*Capisce?*”

Me trago la respuesta desafiante que se hincha en mi garganta, un grito rebelde que quiere declarar que voy a limpiar el puto suelo con Caleb. No en una pelea. No jugando sucio. No, quiero humillarlo limpiamente. Quiero superarlo.

*Como siempre hago.*

“*Capisce*”, le aseguro a Decker antes de vestirme.



# Capítulo 14

## IRIS

“Estaré bien por mi cuenta”, le digo a Ramone, el guardaespaldas que Caleb nos ha asignado a Sarai y a mí para el partido de esta noche.

No es raro que atletas profesionales tan populares como Caleb tengan seguridad para ellos y sus familias, pero nunca la habíamos usado antes de esta noche. No lo necesitamos, pero Caleb insistió.

“De verdad, no tienes que sentarte conmigo”, digo, aferrándome a mi paciencia.

La cara de Ramone pasa de impasible a obstinada. “Protegerla es mi trabajo, señorita DuPree”, dice, con la voz tan rígida como el cuello de su camisa fuertemente almidonada.

“¿Su trabajo?” Muevo a Sarai sobre mi cadera y hago malabares con los nachos que compré mientras nos dirigimos a los asientos que Caleb aseguró. “Quieres decir sólo por esta noche, ¿no?”

Parpadea como si le hubiera hecho una pregunta difícil. Lo salva la campana cuando alguien dice mi nombre por detrás.

“¿Iris?”, vuelve a preguntar la voz grave, lo que me hace buscar en el grupo de gente que nos rodea. “¿Eres tú?”

Una enorme sonrisa se apodera de mi cara cuando veo a Jared Foster.

“Dios mío, hola”. Doy unos pasos en su dirección, mirando de reojo a Ramone, que me acompaña en todo momento. “Me alegro de verte”.

“Pensé que eras tú pero no estaba seguro”. Sonríe cálidamente,



mirando de mí a Sarai. “¿Y quién es esta hermosa chica?”

“Mi hija, Sarai”. Le quito los rizos oscuros de la frente y le doy un beso.

“Así que *tú eres* la razón por la que mamá no quiso venir a trabajar para mí”, dice Jared, inclinándose para mirar los ojos azul oscuro de Sarai.

“Más o menos”. El arrepentimiento me atraviesa junto con el orgullo que siento al mirar a mi pequeña. “Ahora mismo no puedo trabajar duro, viajar y hacer todas las cosas que las prácticas habrían requerido”.

“Es cierto”. Jared se mete la mano en el bolsillo y saca la billetera. “Pero tal vez las circunstancias cambien, o el trabajo lo haga”.

Me ofrece una tarjeta de visita, que miro como si fuera el billete dorado de Willy Wonka. No tengo una mano libre para coger la tarjeta, y estoy demasiado sorprendida para hacerlo.

“Ya no estoy con Richter”. Se da cuenta de mi pequeño dilema y desliza la tarjeta en el bolsillo delantero abierto del bolso de bebé que cuelga de mi hombro. “Mi móvil está en la tarjeta. Cuando las cosas se calmen un poco, llámame”.

Miro desde la tarjeta que asoma de la bolsa hasta el apuesto rostro de Jared. “Estoy con el padre de Sarai, Caleb Bradley, y vivimos aquí en Baltimore, así que no estoy segura de cuándo podré... es decir...”. Una pequeña y quebradiza carcajada brota de mis labios. “Es que hay muchos obstáculos”.

“No dejes que nada te frene ni te desanime”, dice, avivando mi memoria. “¿No es eso lo que me dijiste en nuestra entrevista?”

“Sí”. Le devuelvo la sonrisa. “Supongo que sí”.

Sonríe, con ojos curiosos. “Bradley, ¿eh? Nunca lo hubiera imaginado”.

“¿Conoces a Caleb?” *Por supuesto. Todo el mundo lo conoce.* “Quiero decir, ¿personalmente?”

“No, sólo por la reputación”. Jared hace una mueca como si esa

reputación no fuera buena, lo que no tiene sentido. Todo el mundo adora a Caleb. Viviendo con él, he visto los agujeros en la pulida fachada que proyecta al mundo, pero pocos lo hacen.

“Deberíamos ir a sus asientos, señorita DuPree”, dice Ramone con firmeza, dirigiendo una mirada aguda a Jared.

“No dejes que te entretenga”, dice Jared con facilidad, dirigiéndose a mí e ignorando a Ramone. “Tienes una hija preciosa, Iris. Llámame cuando sea un poco mayor si decides aventurarte de nuevo en el mundo laboral”.

“Lo haré”. Dudo un instante antes de formular la pregunta que no deja de dar vueltas en mi cabeza “¿Por qué? ¿Por qué quieres que vaya a trabajar para ti? Tuvimos una entrevista y yo...”

“Me impresionó”, interrumpe. “No fue sólo lo que estaba en el papel. Fuiste tú. Tu pasión por el deporte. Tu amor por el baloncesto y tus aptitudes. Tu inteligencia. Todo se mostró en esa entrevista. A mucha gente le encantaría tenerte en su equipo, y yo soy uno de ellos”.

Mira a Ramone, que cambia impacientemente de un pie a otro.

“Será mejor que te deje ir”, dice Jared, con diversión en sus ojos. “Recuerda. Llámame cuando estés lista”.

Trato de no mirar a Ramone mientras tomamos asiento unas filas detrás del banquillo de los Stingers. Sólo está haciendo su trabajo. Lo entiendo, pero Caleb y yo definitivamente tenemos que hablar de esto.

Ni siquiera la prepotente presencia de Ramone puede apagar mi ánimo. Jared Foster me quiere en su equipo. Puede que esté más cerca de la independencia de lo que pensaba.

# Capítulo 15

## AUGUST

Desde el principio, sé que algo va mal con Caleb. Me he enfrentado a él desde que éramos adolescentes con la cara desnuda y la voz aún no había cambiado. Lo he estudiado y conozco cada uno de sus gestos y todos sus desencadenantes. Algo es diferente. Algo ha cambiado. Está más agresivo que de costumbre, pero no lo esconde en astutos juegos laterales que los árbitros y las cámaras no ven. Es más descarado y menos controlado de lo que nunca lo he visto. Casi desquiciado. Desprolijo. Esta vez, analizar su juego no es ni siquiera un reto, y su frustración sale a la superficie y a los lados más rápido que de costumbre.

Yo estoy teniendo el juego de mi maldita vida.

*Tres. Trois. Triple.*

Como quieras decirlo, me llueven los triples. Hay una zona en la que un tirador entra, en la que el aro se siente más cerca y más amplio, como una mujer que se abre y te facilita la entrada. Oyes el zumbido antes de que el balón salga de tus manos. Se siente como si pudieras cerrar los ojos y hacer todos los tiros: estás muy en sintonía con la red. Esa es la zona en la que estoy esta noche, y por alguna razón, el entrenador de los Stingers deja a Caleb sobre mí cuando *todos sabemos* que no podría custodiarme ni con una espada y un escudo. Nunca ha sido capaz, pero siempre insiste en intentarlo. Su ego no es sólo su perdición, sino también la de su equipo, porque, sorprendentemente, vamos ganando al descanso. Este partido *sí es* importante para ellos. Probablemente lleguen a los playoffs, pero están en la posición de comodín. Necesitan ganar, o que otros equipos pierdan para lograrlo. Y si tengo algo que decir al respecto, no van a ganar una *mierda* esta

noche.

“Los están matando”, dice el entrenador Kemp cuando nos apiñamos después del descanso antes de que empiece el tercer cuarto, con los ojos fijos en mí. “Sigan así”.

Es un buen líder, pero todo el mundo sabe que su entrenador asistente, Ean Jagger, es el cerebro de esta operación. Una lesión en la universidad acabó con las esperanzas profesionales de Jagger, pero es un experto en baloncesto. Con su pelo oscuro y bien recortado y sus gafas de montura negra, tiene un aire a Clark Kent. Alrededor de la edad de Deck, es una de las mentes más respetadas de la liga. Todos los equipos lo cortejaron, y no tengo ni idea de cómo Decker lo engatusó o lo sobornó para que se quedara en un equipo de expansión, pero gracias a Dios lo hizo.

En el descanso, Jagger me hace señas para que me acerque. Me reúno con él en el banquillo y me meto la camiseta en los pantalones.

“¿Qué pasa, Jag?” No tengo que agacharme porque, con sus dos metros de altura, me supera en un centímetro.

“Sé que estás en la zona ahora mismo”. Su profundo timbre retumba bajo el zumbido colectivo de la multitud que espera. “Y cada tiro está cayendo, pero si te enfrías, estamos jodidos”.

“¿Perdón?” Le miro con el ceño fruncido.

“Sí, como estás haciendo todos los lanzamientos, eres el único que está en ritmo”, dice Jagger, con el porte tranquilo que le caracteriza, imperturbable. “Si empiezas a fallar, nadie más está preparado. Todos sabemos que eres un atleta dotado, August. No te limites a presumir. Demuestra que puedes liderar”.

Golpea su portapapeles para enfatizar, clavándome una mirada desde detrás de sus gafas.

“Tú eres el base. El general de la pista. Involucra más a tus compañeros”, dice. “Ralentiza el juego para que puedan ponerse al día. Abre la cancha. ¿Qué ha pasado con los pases que hemos trabajado toda la temporada? Has vuelto a acaparar el balón. ¿Dónde está tu cabeza, hombre?”

Sólo Jag se centraría en estas cuestiones cuando, desde fuera, parece que las cosas no podrían ir mejor y que estoy teniendo un juego estelar.

Todo lo que ha dicho da en el clavo. Estoy jugando bien, pero soy el único que juega bien. Ese no es el tipo de equipo que queremos ser, y ese no es el tipo de jugador que quiero ser. Me prometí a mí mismo que no dejaría que Caleb me sacara de mi juego, y aunque me veo bien, es el juego egoísta el que lo está haciendo. Y ese es su juego, no el mío.

“Bien mirado”. Le doy un puñetazo y asiento con la cabeza. “Gracias, Jag”.

“De nada”. Se sube las gafas a la nariz, vuelve a mirar su portapapeles y empieza a marcar nuestra siguiente jugada.

Me dirijo a la cancha para comenzar el segundo tiempo, cuando por casualidad miro el Jumbotrón<sup>13</sup>. Algún camarógrafo tiene un gran ojo, porque de todas las personas que hay en este estadio, ha encontrado a las dos más hermosas.

<sup>13</sup>Jumbotrón, a veces denominado Jumbovisión, es un televisor de pantalla grande que utiliza la tecnología desarrollada por Sony, típicamente utilizada en estadios deportivos y salas de conciertos para mostrar imágenes de cerca del evento.

Iris no parece darse cuenta de que la cámara la está enfocando. En la parte delantera de su camiseta roja se lee “La mandamás”, y hace rebotar a Sarai sobre sus rodillas, haciendo caras animadas para incitarla a reír. Las manitas de Sarai se agitan y sus dedos se cierran alrededor de la nariz de su madre. No puedo oír la risa de Iris, pero incluso su recuerdo es como una cálida miel que se derrama sobre mí. Su risa es ronca y llena de cuerpo y genuina, algo que su alma cocina y su corazón sirve.

Cuando por fin se da cuenta de que la cámara la está enfocando y que ella y su hija están en la gran pantalla, parece avergonzada por un segundo, pero se recupera. Como la perfecta chica de las bolas, mira a la cámara y agita la mano de Sarai. La sonrisa más angelical ilumina la

cara de la niña, chispas en esos ojos azul violáceo.

A pesar de que mi equipo está en la cima, y de que el partido con mayor puntuación ya se ha disputado en el descanso, la decepción me chirría por dentro. Estoy a punto de darme la vuelta y entrar en la cancha cuando Iris me mira. Está lo suficientemente cerca como para que pueda ver que sus ojos se abren de par en par y que su preciosa boca se abre un poco.

Si yo estoy fuera de juego, también lo está Iris. Ya debería haber mirado hacia otro lado para ocultar esto. La cámara sigue apuntando a ella, y en unos segundos, alguien conectará los puntos entre mi mirada y la de ella hacia mí, pero ninguno de los dos mira hacia otro lado. En noches solitarias, ahogado en el coño en lugar de en la bebida, me he quedado despierto y he intentado convencerme de que imaginaba esta atracción entre nosotros. Pero esto que nos une podría ser un hilo de neón, iluminado para que todos lo vean. Es tan tangible que podrías arrancarlo. Estoy enredado en él y parece que no puedo liberarme.

“¡West!” Kenan llama, finalmente desviando mi atención. “¿Estás jugando o qué?”

*Mierda.*

Nuestra alineación inicial ya está en el suelo, al igual que la de los Stingers. Soy el único que no está ahí. Echo una última mirada a Iris, que ahora mira a su hija y no a mí, antes de salir a la cancha.

Cuando ocupo mi lugar, Caleb tiene los ojos entrecerrados. Mira de mí a las gradas, y no hay duda de que se ha dado cuenta de la larga mirada que he compartido con la mamá de su bebé.

*Qué demonios.*

Dejo atrás el incidente y me aferro a los consejos de Jag. Conseguir que mi equipo se involucre, repartir el suelo y ralentizar el juego me ayuda a sacudirme el momento con Iris que me sacudió por dentro.

Uno de nuestros jugadores está en la línea de tiros libres, y Caleb y yo estamos de pie uno al lado del otro, esperando a que haga sus

dos tiros.

“¿Ves algo que te guste en las gradas, West?”, me pregunta, viendo cómo el balón rodea el aro antes de caer por la red.

No respondo. Creo que es lo mejor. Él sabe lo que ha visto y no me apetece mentirle.

“Me la follé por el culo antes del partido”, dice, tan bajo que sólo yo lo oigo. “Nadie la había follado así antes. Tengo todas sus primeras veces. ¿Sabías que yo fui su primera vez, West? Seré el único y el último”.

La indignación y el asco me suben como la bilis a la garganta. Lo miro, mis ojos arden de odio. Aplaco mi furia y busco al competidor despiadado y de corazón frío que siempre encuentra la manera de arruinar la noche de este hombre.

“¿Hablas así de la madre de tu hija?” Me burlo y sacudo la cabeza como si fuera una vergüenza. “Iba a aflojar contigo, mostrar algo de piedad, pero ahora voy a limpiar el suelo con tu culo de perra”.

*Y lo hago.*

Durante los siguientes veinte minutos, sigo el consejo de Maverick hasta cierto punto, pero sacudo a Caleb, le niego el balón, hago todo lo que está en mi mano para destrozarlo.

A pocos minutos del final, el público local está sorprendido de que vayamos ganando por diez puntos. Caleb intenta un mate. No en mi reloj. Salto para atrapar el balón contra el tablero, y el árbitro dice que es un tiro de bloqueo limpio. Ninguno de los gritos y lloriqueos de Caleb consigue anular la decisión. El edificio está tan silencioso como en toda la noche, y algunos aficionados empiezan a marcharse.

La siguiente vez en la cancha, Caleb intenta devolver el favor, pero mi lanzamiento entra, aunque caigo de espaldas en el acto de tirar. Estoy a punto de levantarme, cuando viene a colocarse encima de mí, con las piernas abiertas y la ingle por encima de mi cara, un mensaje no tan sutil de “chúpame la polla”, una falta de respeto flagrante entre los peloteros.

Estoy de pie y en su cara antes de que mi cerebro pueda alcanzar al resto de mi cuerpo. Estamos cabeza con cabeza sudorosa, pecho con pecho, nariz con nariz, gruñido con gruñido. Dientes desnudos y tensión desatada en el estrecho espacio que nos separa. Un brazo delgado y musculoso me empuja hacia atrás.

“¿Qué demonios?” exige Kenan, con su nariz ahora sobre la mía. “¿Intentas que te suspendan para el próximo partido? Mantén la calma, Novato”.

Caleb mira por encima del hombro de un compañero de equipo, con ojos tormentosos y malévolos. La indignación se me escapa cada segundo que sostengo su mirada. Mi mirada va de él al marcador y viceversa, y mi sonrisa le dice sin palabras que puede irse a casa con Iris, pero como un perdedor al que le han dado por el culo en la cancha. Lo convertí en mi perra del carrito de luces, y ella fue testigo de cada segundo.

*Que te den por el culo, marica hijo de puta.*

Me doy la vuelta, tan disgustado conmigo mismo como con él. Le doy a Kenan un asentimiento cortante, haciéndole saber que tengo mis emociones bajo llave otra vez. A falta de un minuto para que termine el partido, ya casi estamos libres. En el último tiempo muerto, Decker se sitúa detrás del banquillo.

“El juego ha terminado, entrenador”, dice, con sus ojos fijos en mí. “¿Necesitamos a August ahí fuera? Ya está todo arreglado, ¿no?”.

El entrenador Kemp me mira especulativamente. “Es cierto, West. ¿Por qué no te sientas este último...?”

“No”, interrumpo, mirando de él a Decker y viceversa. “Déjame terminar”.

Quiero estar ahí fuera cuando suene el timbre. Quiero que ese imbécil me dé la mano como un buen niño de oro cuando esto termine o me arriesgo a que todo el mundo lo vea como la pequeña perra quejumbrosa que es.

“Depende de ti”, dice Decker, la decepción parpadea en su expresión antes de aclararla. “Pero prefiero que te quedes fuera”.



No espero a que lo reconsideren. Abandono el grupo y me dirijo a la cancha.

Es nuestra última posesión y tengo el balón. Caleb y yo, uno a uno. Finjo a la izquierda. Él se lanza. Giro a la derecha. Me voy. Esquivando a los defensores, en la pintura, penetrando hacia la canasta. Salto y meto el balón. Estoy en lo alto. Caleb está abajo, y nuestros ojos se conectan.

*Un clavo en tu ataúd, hijo de puta.*

Cuando bajo, Caleb sigue de pie. Nuestros cuerpos chocan. Caigo en picado al suelo y mi pierna se retuerce torpemente cuando aterrizo.

Un dolor intenso me atraviesa la pierna y mi visión se vuelve negra.

El entrenador del equipo está inmediatamente a mi lado y me dice que no me mueva. Trato de incorporarme, pero la cabeza me da vueltas por el dolor.

“Mierda”, murmuro, desplomándome de nuevo en la cancha.

“Ha dicho que no te muevas”, ordena Decker desde mi derecha, con las cejas fruncidas y los labios apretados como un mapa de preocupación. “Y no mires”.

*¿Que no mire? ¿Qué hay que ver?*

Echo un vistazo al estrecho círculo de jugadores de rostro sombrío que me rodea. Las emociones que se reflejan en sus rostros van desde el horror hasta el dolor y la compasión.

El corazón me golpea el pecho, no por el dolor, aunque es insoportable, sino por la lástima que hay en sus ojos. Muy pocas personas pueden jugar a este nivel, y nosotros somos una especie de fraternidad de élite. Todos hemos trabajado inimaginablemente duro durante la mayor parte de nuestras vidas para llegar aquí, y todo puede desaparecer en un instante. Una mala caída puede arruinar una carrera.

Necesito ver mi pierna.

Traen una camilla y sacudo la cabeza. De ninguna manera voy a

salir así. Aunque tenga que salir cojeando de la cancha, quiero ir por mis propios medios.

Me incorporo para decírselo y otra oleada de mareos me invade, pero no por el dolor. Por lo que veo.

El hueso grande de mi pierna derecha sobresale a través de la piel. Las náuseas se agolpan en mi estómago ante la espantosa visión. No se trata de una distensión, ni de un desgarró, ni de algo de lo que uno se recupera fácilmente. Es una rotura, y la recuperación requerirá un esfuerzo y un tiempo increíbles, si es que puede lograrse.

A través de una niebla de dolor que adormece la mente, mi primer recuerdo de manejar un balón surge cuando me levantan y me atan a la camilla. Estoy en el patio trasero y apenas puedo sujetar el balón porque mis manos son muy pequeñas. Encaramado a los hombros de mi padre, y con su gran altura, puedo llegar a la canasta y dejar caer el balón por la red. Él y mi madre me aclaman, e incluso a esa edad, la aprobación es un cálido impulso que mantengo cerca y del que inmediatamente quiero más.

*¿Volverá a rugir el público por mí?*

No es nuestro público, pero todo el mundo aplaude mientras me suben a la camilla y me llevan a los vestidores. Todos los rostros que veo muestran simpatía, incluso los de los jugadores de los Stingers. Sin embargo, cuando me cruzo con Caleb, una satisfacción negra oscurece sus ojos azules. Hay retribución en la curvatura de su labio.

Se supone que el jugador que defiende debe dejar espacio al jugador con el balón para que aterrice. Caleb no lo hizo. Fue una jugada sucia. Ninguna persona razonablemente informada que vea lo que acaba de suceder diría lo contrario.

Su desprecio y crueldad me cubren bajo las luces cegadoras y las cámaras parpadeantes, y me pregunto si Iris sigue aquí. Si ha visto la jugada. Caleb hizo esto para advertirme, pero espero que Iris lo tome también como una advertencia.

# Capítulo 16

## IRIS

Oh. Mi. Dios.

*Juego sucio.*

Las dos palabras comienzan como un susurro de especulación e incredulidad, pero crecen más fuerte y más seguro a mi alrededor hasta que parece que todo el mundo está diciendo que lo que Caleb acaba de hacer fue una jugada sucia. Agitada, veo cómo sacan a August del suelo en una camilla. Una vez que se lo ha tragado la oscuridad del túnel del equipo invitado, vuelvo a mirar a la cancha. Caleb me mira fijamente, y la ira, la malevolencia que ha ocultado, se muestra en sus ojos. Me deja sin aliento. Ni siquiera lo reconozco por un momento, y sé que lo que acaba de hacer es sobre mí. Sobre mí y August.

August tuvo una actuación increíble, registrando una marca personal en puntos, pero ¿a qué precio? Su lesión es obviamente grave, pero ¿cómo de grave? ¿Se perderá el resto de la temporada? ¿Podría acabar con su carrera?

*¿Es culpa mía?*

“Estoy lista para partir”, le digo a Ramone.

Su ceño es rápido y severo y no me asusta ni un poco. “Pero el señor Bradley quería que nos reuniéramos con él en el...”.

“Veré al señor Bradley cuando llegue a casa”. Me pongo de pie con Sarai dormida sobre mi hombro. “Puedes acompañarme al auto, o puedo ir por mi cuenta. Esas son las únicas opciones”.

Duda, mirando a la cancha. Sigo sus ojos hacia Caleb que aún me

observa. Empiezo a bajar la fila, sin mirar atrás para asegurarme de que Ramone me sigue. El rápido golpe de sus pasos detrás de mí me confirma que viene.

“Señorita DuPree”. Me agarra del codo y me mira. “La acompaño a su auto y la llevaré a su casa”.

“Mire, no necesito...”

“Insisto”. Sus dedos me aprietan alrededor de los huesos hasta un punto justo de dolor.

“Suéltame”. Miro desde mi codo hasta su implacable expresión. “O llamaré a la policía a gritos”.

Sus dedos caen de inmediato, pero su volumen me sigue abarrotando y me aferro más a Sarai. Lo que se suponía que era una protección ahora se siente como una captura. Me señala la salida, el garaje privado donde está estacionado mi auto.

Sin que me lo pida, dejo que tome el volante del todoterreno Mercedes Clase G que me regaló Caleb, y subo a la parte trasera, abrochando a Sarai en su asiento. No le digo nada a Ramone, y él no me dice nada a mí, pero algo ha cambiado, no sólo entre Ramone y yo, sino entre Caleb y yo. Esa jugada sucia fue un acto de guerra, un disparo que hizo a August, pero que también me golpeó a mí. Me atravesó el corazón, y me duele todo lo que August puede haber perdido esta noche.

Saco mi teléfono y lo busco en Google para ver si hay novedades sobre su lesión. No hay mucho más de lo que ya sé, salvo que lo han llevado al hospital para hacerle exámenes. Quedan pocos partidos para que termine su temporada de novato y ya ha pasado esto.

¿Por mi culpa?

Me ahogo en la culpa, y las brillantes luces del horizonte se difuminan entre mis lágrimas mientras recorremos las calles de la ciudad. En cuanto entramos en el garaje, suelto a Sarai y me dirijo a la puerta. Ramone ya está allí, abriéndome la puerta. Ni siquiera lo miro, sino que me apresuro a entrar y a subir a la habitación de la niña, la acuesto en la cuna y me aseguro de que el monitor esté encendido.

Enciendo la enorme televisión de nuestro dormitorio, empotrada en la pared sobre la chimenea. Avery Hughes, uno de las presentadoras más populares de SportsCo, comparte una pantalla dividida con un reportero en el campo.

“¿Qué puedes decirnos, John?” pregunta Avery. “¿Alguna noticia sobre August West?”

“Está dentro”. John señala con el pulgar por encima del hombro el hospital que tiene detrás. “Todo lo que hemos oído es que están haciendo pruebas para calibrar el alcance de la lesión. Parecía bastante grave, pero no lo sabremos hasta que estén los resultados”.

Una pequeña conmoción fuera de la cámara distrae a John por un segundo, y luego vuelve a centrar su atención en Avery.

“Puede que tengamos algo”. Le hace un gesto al camarógrafo para que lo siga. “Es MacKenzie Decker, presidente de operaciones de baloncesto de los San Diego Waves”.

Los periodistas reunidos en la entrada del hospital ralentizan el avance de Decker, agrupándose a su alrededor con micrófonos de pluma y grabadoras y con curiosidad.

“¿Qué puedes decirnos, Deck?”, grita un reportero. “¿Está August de baja para el resto de la temporada?”

“¿Qué tan grave es la lesión?”, pregunta otro antes de que tenga tiempo de responder.

“¿Se ha roto la pierna?” La pregunta es lanzada a Decker, provocando un rápido fruncimiento del ceño en su apuesto rostro.

“Yo jugaba baloncesto, no béisbol, chicos”, dice Decker, deteniéndose para responder a sus preguntas, con una sonrisa tensa inclinando un lado de su boca. “No dejan de lanzarme esas pelotas rápidas. Denme la oportunidad de responder a una”.

Algunos de los periodistas se ríen, pero nadie se mueve, esperando respuestas a sus preguntas.

“Es demasiado pronto para decir la gravedad de la lesión”, continúa Deck, con los ojos más serios que la sonrisa firmemente

plantada en su rostro. “Como precaución, es seguro decir que August probablemente no volverá para los últimos partidos de la temporada, lo cual es duro. Todo el mundo sabe que es un jugador único. No tengo ninguna duda de que se pondrá bien”. Mira más allá de ellos hacia la entrada del hospital. “Será mejor que entre y vea cómo está nuestro chico”. Saluda con la mano, ignorando las preguntas de seguimiento, y se dirige al interior.

Cuando la cámara vuelve a enfocar a Avery, la capta en un momento de descuido, y una genuina preocupación ensombrece su bonito rostro. Hace meses que se rumorea que ella y MacKenzie Decker están saliendo. Me pregunto si conoce a August personalmente. Su expresión va definitivamente más allá de los límites de la profesionalidad.

Mira a la cámara, se recompone y vuelve a ponerse la máscara de reportera. “Mantennos informados, John. Ahora, creo que tenemos un comentario del otro lado de la cancha. Las especulaciones en torno a la liga sobre un juego sucio de Caleb Bradley comenzaron casi antes de que West saliera a la cancha. Creo que tenemos algo de información desde el vestuario de los Stingers”.

El rostro de Caleb aparece en la pantalla, con una expresión de preocupación y contrariedad mientras se encuentra junto a su casillero, tomando su chaqueta de cuero. Su pelo aún está húmedo por la ducha.

“No puedo decir cuánto lamento que haya sucedido esto”. Traga como si le costara tragar, sus ojos azules, libres y limpios de malicia. “August y yo hemos jugado juntos desde que éramos niños, y por supuesto hay una rivalidad amistosa entre nosotros. Sacamos lo mejor del otro en la pista. Respeto su juego y es un gran tipo. Niego rotundamente que haya sido una jugada sucia. Nunca haría algo así, y creo que mi reputación habla por sí mismo”. Mira al suelo, sacude la cabeza y se pasa una mano por el pelo rubio que se enrosca en su cuello.

“Está en mis oraciones, y espero que se ponga bien”. Se coloca la chaqueta sobre sus poderosos hombros y mira solemnemente a los

periodistas que lo rodean. “Si me disculpan, tengo que ir a casa con mi prometida y mi bebé”.

*¿Prometida?*

No estamos comprometidos, y él nunca lo ha dicho públicamente.

Sí, algo ha cambiado definitivamente. Me siento en el borde de la cama y espero a que vuelva a casa para saber qué significa todo esto.

## Capítulo 17

AUGUST

“Estúpido hijo de puta”.

La ira de Decker duele casi tanto como mi pierna. Me dieron analgésicos incluso antes de que saliéramos del estadio, así que el dolor cegador se ha convertido en un latido persistente. Lucho por concentrarme en las palabras de Decker mientras las drogas minan mi lucidez.

“Te lo dije, West”, dice Decker, respirando profundamente a través de las fosas nasales. “Te advertí sobre esta mierda con Bradley”.

No hablo. La he cagado y tengo que asumirlo.

“Y cuando teníamos el partido ganado y te aconsejé que te sentaras en el último minuto, ¿tú qué?”. exige Decker retóricamente. “¿Necesitabas mear un círculo alrededor de Caleb para demostrar que tienes la polla más grande?”

Mi madre carraspea desde la esquina.

Decker hace una mueca. “Lo siento, señora”.

“No hay problema”, dice mamá. “Pero tal vez puedas guardar las recriminaciones para cuando mi hijo no esté sufriendo un dolor insoportable y esperando a que llegue el cirujano”.

“Sí, señora”. Decker agacha la cabeza en señal de deferencia hacia ella. “Tiene usted razón. Sólo estoy un poco frustrado”.

“Lo entiendo. Todos lo estamos, pero que August se mejore es la prioridad, y lo único que me importa”, dice mi madre en voz baja. “Ahora, los dejaré solos. Mi esposo está en camino. Voy a reunirme



con él”.

La puerta se cierra tras ella y Decker vuelve a mirar hacia mí.

“Tiene razón, y lo siento”. La decepción y la furia se debaten en la mirada que me dirige. “Me siento mal por ti, pero también estoy muy enfadado contigo”.

“No tan enfadada como lo estoy conmigo mismo”. Golpeo la cama con el puño, sacudiendo la cabeza ante mi propia imprudencia.

La puerta se abre y entra el cirujano ortopédico, el Doctor Clive.

“¿Cómo te sientes, August?”, pregunta, mirando la carpeta que tiene en sus manos.

“Muy bien, como una cometa. Me han dado algunos analgésicos”. Suelto un fuerte suspiro y hago una mueca de dolor en la pierna. “Pero sigue doliendo como el demonio”.

“¿Qué estamos viendo, doctor?” Decker se apoya en la pared y se mete las manos en los bolsillos.

El Doctor Clive levanta las cejas por encima de los bordes plateados de sus gafas. Si el hueso que sobresale de mi pierna no me dice que esto no puede ser bueno, el giro de sus labios y la reticencia de sus ojos sí lo hacen.

“Tienes una fractura compuesta, August”. Se acerca a la pared, coloca una placa en el monitor de rayos X montado y señala la imagen. “¿Ves la rotura aquí y aquí en la tibia y el peroné? La buena noticia es que la rotura es clara. No hay daños en los nervios, tendones o ligamentos”.

“¿Por qué siento que también hay malas noticias?” Necesito prestar atención, pero entre los medicamentos y el dolor que persiste a pesar de ellos, es difícil concentrarse.

“Tenemos que empezar a preparar la cirugía de inmediato”, dice el Doctor Clive. “El hueso ha atravesado la piel y ha quedado expuesto al aire. Hay riesgo de infección. Tenemos que hacer inmediatamente una varilla intramedular en la tibia. Colocaremos una varilla de titanio en el centro de la tibia y luego la estabilizaremos con

pequeños tornillos entre la varilla y el hueso por encima y por debajo del lugar de la fractura.”

“¿Una barra?” Inclino la cabeza hacia la almohada. “¿Tendré eso para siempre?”

“Sí, me temo que sí”. La línea sombría de la boca del Dr. Clive se suaviza un poco. “Piensa que es otro hueso, pero uno que nunca se romperá”.

“¿Cómo es la recuperación de esto, Doc?” pregunta Decker. Su ceño se ha vuelto más pesado con cada palabra que dice el Dr. Clive.

“Siendo optimistas, podría tardar entre seis y doce meses en volver a competir plenamente en el baloncesto después de algo así”. Baja las imágenes y las vuelve a meter en el archivo. “Estarás en un aparato ortopédico durante unos dos meses, en agosto. Y, por supuesto, una rehabilitación agresiva a partir de ahí. La mayoría de los atletas pueden volver a los niveles anteriores a la lesión. Sólo se necesita mucho tiempo y trabajo duro”.

“Estaré listo para la rehabilitación, cueste lo que cueste”, le aseguro al médico, pero sobre todo a Decker. Sé que está preocupado por mí, pero el baloncesto es un negocio, y yo soy una mercancía, una en la que el equipo ha invertido mucho dinero.

“Dejemos atrás la operación y luego podemos hablar de la rehabilitación”, dice el Doctor Clive, dirigiéndose a la puerta. “Voy a prepararme. Volveremos a buscarte en unos veinte minutos”.

El pronóstico es mejor de lo que pensaba, pero sigo sintiéndome como un idiota. Si pudiera recuperar ese último minuto, si pudiera reconsiderar el restregarle la victoria en la cara a Caleb, lo haría.

“Mira, Deck, lo siento”. Obligo a bajar mi vergüenza y mi arrepentimiento. “Sé que fue una estupidez. Yo sólo...”

¿Qué puedo decir? ¿Caleb tiene la chica que yo quiero? ¿Puse en peligro un contrato de treinta millones de dólares por una mujer que vive con otro hombre, ha tenido su bebé y ya me ha rechazado? ¿Una mujer que sólo he visto cuatro veces? Si vuelvo a ver a Iris, me iré por otro lado.

¿A quién quiero engañar? En ese momento cargado que Iris y yo compartimos esta noche, ni siquiera pude apartar la mirada. ¿Qué me hace pensar que podría alejarme de ella?

Y eso me convierte en un tonto tantas veces que pierdo la cuenta.

“Preocúpate por superar la operación”. Decker fuerza una sonrisa a medias a través de su evidente preocupación. “Te arrancaré una nueva cuando puedas soportarlo un poco mejor”.

Se abre la puerta y entran mi madre y Matt, acompañados de mi hermanastro. Es alto y rubio, prácticamente la viva imagen de Matt.

“Oye, no puedes estar aquí, Foster”, le dice Deck con severidad. “No necesitamos agentes husmeando. Ni siquiera estoy seguro de cómo has entrado. Sólo el equipo y la familia”.

Hemos sido tan cuidadosos de mantener nuestra conexión discreta, que olvido que ni siquiera Decker lo sabe.

“Está bien, Deck”, le digo. “Él es de la familia. Jared es mi hermanastro”.

# Capítulo 18

## IRIS

Me pongo en pie en cuanto Caleb entra en nuestro dormitorio. Nos observamos en un silencio cauteloso durante unos instantes antes de que se acerque y me dé un beso en la mejilla. Me echo hacia atrás y lo miro fijamente. “No, Caleb”.

Sus cejas se arquean sobre el duro humor de sus ojos antes de encogerse de hombros y caminar hacia el armario, quitándose la chaqueta. Lo sigo de cerca, decidida a sacar esto adelante.

“¿Qué fue eso esta noche?” pregunto, con la voz quebrada.

“¿Qué fue qué?”, pregunta él, con demasiada indiferencia, con demasiada facilidad, pero sus hombros se tensan bajo el fino algodón de su camisa.

“August”.

Al oír su nombre, Caleb se encuentra con mis ojos en el espejo del armario. Hace una mueca y resopla. “Oh, ¿te refieres a su pequeña caída?”

“¿Pequeña caída?” Camino hasta situarme frente a él, mirando fijamente y buscando en su rostro. “Su carrera podría estar acabada, Caleb. ¿Por qué harías eso?”

Sus ojos son de un azul frío y abrasador. “¿Y de qué me acusas exactamente, Iris?”

“Fue una jugada sucia”.

El dorso de su mano se estrella contra mi boca, empujando cualquier otra palabra hacia mi garganta. Me tropiezo. Mi espalda golpea el espejo, enviando picos de dolor a través de mi hombro.

Nunca me han pegado en la cara. Mi madre no se molestó en disciplinarme. Aunque veía a los hombres pegarles a ella y a mi tía de vez en cuando, ningún hombre me ha pegado nunca, así que no lo sabía. No podía saber que el primer golpe, ese bautismo en la violencia, no sólo escuece la carne. Asusta al alma.

Durante el espacio de un latido de corazón roto, lo miro fijamente. Todas las sensaciones y emociones -dolor, rabia, miedo, pánico- confluyen en el dolor de mis dientes y el palpar de mis labios. Me toco la boca, sintiendo la mancha de sangre, pero sin apartar los ojos de él por si vuelve a atacar.

Cuando se me pasa el susto, mis dedos se crispan, cada músculo anhela devolver el golpe, pero tengo la presencia de ánimo para saber que no puedo. Lotus dijo que vio una sombra en el alma de Caleb. Pues bien, yo veo una serpiente, una boa constrictor de músculos delgados que podría aplastarme con un esfuerzo apenas realizado.

“Lo siento, cariño”. Parece arrepentido. “Me molestó mucho que me acusaras de un juego sucio. Fue por instinto. No volverá a ocurrir”.

Se acerca a mí y me pone la mano en la cara.

Mi mano se levanta para evitar otro golpe. Él frunce el ceño y da otro paso, atrapándome entre el espejo y su enorme cuerpo. Me trago el miedo y la sorpresa para poder hablar. “Te dije lo que pasaría si alguna vez hacías eso, Caleb”. Mi voz suena fuerte, pero cada célula de mi cuerpo tiembla. Es un acto que tengo que mantener porque sé que él explotará cualquier debilidad.

En cuanto mis palabras salen al aire, me doy cuenta de que he cometido un error táctico. El falso remordimiento se derrite como una máscara de plástico en un horno. Y del fuego aparece su verdadero rostro, todo pernos y acero.

“Oh, ahora lo recuerdo”. Cruza los brazos a lo ancho de su pecho. “Algo sobre que te irías con mi hija si alguna vez te pego, y buena suerte tratando de encontrarte. ¿Lo tengo claro, Iris?”

“Me voy”. Me alejo del espejo, con la espalda recta y una zancada

segura, aunque la propia sangre de mis venas tiembla. Me dobla en tamaño. La fuerza de su mano contra mis labios... ese golpe todavía duele.

Ignoro el dolor y me concentro en que Sarai y yo salgamos ilesas de esta casa. Cojo una bolsa de viaje y meto algunas prendas de ropa, sin mirarlo mientras meto también un par de Chucks.

“¿Qué crees que estás haciendo?” La risa se entremezcla con sus palabras.

No me molesto en contestar, sino que me dirijo rápidamente al dormitorio, cogiendo el bolso mientras avanzo. Me dirijo silenciosamente a la habitación de la bebé al final del pasillo y, a la tenue luz de los apliques a medio encender en la pared, cojo lo esencial y algunos conjuntos para Sarai. La levanto con cuidado, rezando para que no se despierte.

Cuando salgo al pasillo, Caleb está allí, apoyado en la barandilla de la escalera.

“¿De verdad crees que voy a dejar que me dejes?”. Se ríe, negando con la cabeza.

“Podemos discutir la custodia”, respondo sin emoción. “Pero esto se ha acabado. Se acabó, Caleb”.

La cruel diversión se desvanece hasta que lo único que queda es la crueldad.

“Intenta dejarme”. Sus palabras están envueltas en clavos y pesan con la advertencia. Los centros más oscuros de sus ojos, los iris, son fragmentos de cristal. “Quiero ver cómo lo intentas”.

No me detengo a contemplar lo que eso significa, sino que me apresuro a bajar los escalones. Me quedo paralizada en el vestíbulo, sorprendida al ver que Ramone sigue aquí y que se cierne sobre mí como si esperara una dirección. Mira a Caleb desde el rellano de la escalera. Levanto la vista y veo que Caleb mueve la cabeza una vez. Ramone retrocede. Corro hacia el garaje, con el corazón palpitando como si estuviera en una cacería de zorros con sabuesos pisándome los talones, pero nadie me sigue.

Meto a Sarai en el asiento del auto, sorprendida de que ni siquiera se haya movido, y guardo las maletas en la parte trasera de mi auto, lanzando miradas furtivas a la puerta del garaje todo el tiempo. No hay movimiento.

Arranco el auto y salgo, rodeando el camino de entrada circular y acelerando tan pronto como llego a la carretera. Miro el espejo retrovisor cada pocos segundos, segura de que Caleb debe estar siguiéndome, pero no hay luces que me sigan. La gélida certeza de su voz me persigue. Como si estuviera tan seguro de que no me escaparía. Mis labios doloridos se contraen dolorosamente en una sonrisa torcida y aliviada. Me sacudo una tonelada métrica de los hombros y vuelvo a inclinar la cabeza hacia el cuero blando del reposacabezas. Las cosas no han ido bien entre nosotros desde hace mucho tiempo, pero no tenía ni idea de lo mal que iban a ir.

*Me golpeó.*

Todavía me tambaleo por dentro y me duele el lugar donde me golpeó la boca con toda la fuerza de su cuerpo detrás de su mano. No pensé en esto más allá de salir de la casa, pero es muy tarde. Buscaré una habitación para pasar la noche y empezaré de nuevo mañana.

Entro en el estacionamiento de un Holiday Inn junto a la interestatal. No son los hoteles caros que Caleb siempre nos reserva, pero nunca me había importado y desde luego no me importa esta noche. Mi libertad es el único lujo que tengo en mente.

Estaciono, y me hago cargo de mi bolso y del de Sarai mientras la envuelvo en la manta contra mi pecho. Hago malabares con todo en mis brazos, luchando por abrir la puerta sin despertarla.

“Necesito una habitación para esta noche, por favor”, le susurro a la recepcionista. Me encantaría que Sarai durmiera durante todo este calvario.

“Por supuesto”. Los ojos del joven se entrecierran y una sonrisa se abre paso en su comportamiento profesional. “La conozco”.

“¿Perdón?” Pregunto con cautela, acariciando el culito de Sarai.

“Bueno, no te conozco”. Ofrece una sonrisa casi tímida cuando

coge mi tarjeta de crédito. “La he visto a usted y a su bebé en la televisión esta noche”.

*El jumbotron.*

No puedo pensar en estar en la gran pantalla sin recordar los momentos posteriores, cuando, en un estadio de veinte mil personas, parecía que August y yo estábamos solos en una burbuja eléctrica. Cada momento que he pasado en su compañía ha pasado por mi mente, y he apreciado cada uno de ellos. El hombre amable, divertido y reflexivo debería haber parecido en desacuerdo con el competidor salvaje del piso, pero no lo estaba. Todas las partes dispares encajaban perfectamente para formar este hombre al que desesperadamente quiero conocer mejor.

Y tal vez ahora lo haga.

Es un pensamiento inoportuno, pero mentiría si no admitiera al menos que, una vez terminadas las cosas entre Caleb y yo, habrá algo con August. Incluso si yo no lo persigo, él lo hará. El conocimiento envía una pequeña emoción a través de mí.

“Señora, su tarjeta ha sido rechazada”. La incómoda frase me saca de mis pensamientos.

“Oh. Lo siento”. Miro desde la tarjeta negra extendida entre sus dos dedos hasta el ceño fruncido de su cara. “¿Está seguro? No tiene límite”.

“Sí. Es una tarjeta negra, pero...” Duda, sus ojos especulan. “Esta tarjeta ha sido denunciada como robada”.

“¿Robada?” La palabra emerge fuerte y áspera en el silencioso vestíbulo, captando la atención de dos personas en el otro extremo del mostrador que también se registran.

“Eso es imposible”, digo con voz más suave.

“No podemos usar esta tarjeta”. Su voz se endurece. “¿Tiene otra que podamos probar?”.

“Sí”. Busco en mi billetera y le doy mi tarjeta de débito. “Aquí tienes. Sé que esa está bien. Tendré que llamar por la otra para



averiguarlo”.

Mis palabras se interrumpen cuando sus cejas se fruncen y me mira con desconfianza. “Esta tampoco funciona”.

“No puede ser porque yo...”

Ambas tarjetas, aunque están en mi poder y las he usado cientos de veces, están técnicamente a nombre de Caleb. Las cuentas de Caleb. Puede que no me siga con las luces altas, pero aun así me persigue.

Extiendo mi mano, pidiendo la tarjeta de vuelta. Me la da a regañadientes, como si fuera una elaborada operación de fraude.

“Es un malentendido”, le aseguro. “¿Aceptas dinero en efectivo?”

Asiente con la cabeza, pero aún parece dudoso. Rebusco en los compartimentos de mi billetera, buscando dinero en efectivo.

Maldita sea. Los nachos y el estacionamiento en el juego se llevaron la mayor parte de mi dinero. Sólo veo un solitario billete de diez dólares.

No tengo suficiente dinero para una habitación y no tengo suficiente gasolina para llegar hasta la casa de mamá en Atlanta o a la de Lotus en Nueva York. Si nos habláramos, que no lo hacemos. Ni siquiera sé su nueva dirección allí.

No puedo quedarme aquí mientras el encargado decide si debe llamar a la policía o echarme. Evito sus ojos, cambio a Sarai en mis brazos y vuelvo a salir hacia el auto. El bolso, la bolsa de viaje y la bolsa de pañales de Sarai me pesan, pero no tanto como la realidad de mi situación. Caleb cerró mis tarjetas. Sabiendo que salgo con su hija en mitad de la noche, cerró mis tarjetas. Tal vez debería haber esperado hasta la mañana, pero alejarme de él era urgente. Algo en sus ojos me decía que debía escapar mientras pudiera.

Estoy conduciendo sin rumbo fijo, sin saber adónde ir ni qué puedo hacer, cuando las luces azules parpadeantes y el “pitido “ de una sirena de policía captan mi atención. Por un momento, me pregunto a quién persiguen, pero soy la única en la carretera.

Maldita sea. Esas luces azules son para mí. A la mierda mi vida. ¿Podría empeorar esta noche?

Con el corazón martilleando, me desvío hacia el arcén. Estaba distraída, así que tal vez iba a toda velocidad. Bajo la ventanilla, ya con la sonrisa de autodesprecio practicada y reservada para las paradas de tráfico.

“Agente, lo siento si...”

“Salga del auto, señora”. Sus palabras cortantes me sorprenden.

“¿Qué... iba con exceso de velocidad? ¿Una luz trasera rota? ¿Qué está pasando?”

Todavía estoy tratando de procesar todo cuando se acercan otros dos autos de la policía, con las luces encendidas y los policías bajando cautelosamente como si se tratara de “Los más buscados de Estados Unidos”.

“Este vehículo y la matrícula coinciden con la descripción de un auto denunciado como robado”. El agente echa un vistazo al asiento trasero. “Y denunciado en un secuestro de niños”.

“¿Secuestro?” La palabra sale de mi boca como un cohete. La ira me aprieta las manos hasta convertirlas en pelotas. “¿Qué demonios está pasando? Mi hija está a salvo, durmiendo en el asiento trasero”.

“Señora, por favor, salga del vehículo con las manos levantadas”.

Me quedo mirando unos segundos más, sin saber si esto es legal. Ni siquiera estoy segura de si debo salir de mi auto en una carretera oscura y desierta de noche. Salgo del estupor y me acerco a la guantera.

“Señora”, me dice, deslizando los ojos hacia mi brazo extendido por el asiento del copiloto.

“Sólo estoy sacando la licencia y el registro”, le aseguro. Le entrego el papeleo y veo cómo ilumina los documentos con su linterna.

“El registro dice Caleb Bradley”. Toca la puerta. “Salga del vehículo, por favor”.

Esto es una pesadilla. Los otros dos agentes se acercan, uno de ellos hablando por el intercomunicador que lleva al hombro. Con las piernas de goma, salgo del todoterreno, pisando el suelo con las manos levantadas.

“Ha habido un terrible malentendido”. Hago que mi voz deje de temblar. El miedo me cubre la garganta. Estoy en una carretera oscura con tres hombres. Policías, sí, pero hombres al fin y al cabo. “Como he dicho, es mi hija la que está en el asiento trasero, y este es mi auto”.

“Pero la matrícula...”

“Caleb Bradley es mi novio”, me apresuro a decir. “Me regaló este auto hace meses. El bebé es nuestra hija. Hay una docena de maneras de verificar lo que estoy diciendo”.

“Señora, en los casos de sospecha de secuestro de niños”, dice uno de los otros agentes, “tenemos que proteger al niño. Me temo que tendremos que ponerla bajo custodia”.

“¡Y una mierda!” Doy un paso atrás y mis pantorrillas chocan contra el estribo del auto. “Mi hija...”

“Ya hemos contactado con su padre”, dice el oficial. “Viene de camino”.

“¿De camino?” Gruño. “Puede estar de camino, pero él no se va a llevar a mi hija a ningún sitio”.

El policía me hace girar y mi cuerpo se aplana contra el auto mientras me pone las esposas en las muñecas. El chasquido de las esposas provoca el pánico en mí.

*¿Adónde llevarán a Sarai? ¿Qué le va a pasar?*

Me esfuerzo contra los círculos de hierro, torciendo los hombros y pateando los pies hacia atrás.

“Ouch”. El agente maldice en voz baja. “Mire, señora, está a punto de añadir resistencia a la autoridad y agresión a un agente al hurto y al secuestro”.

“No he hecho nada”. Mi voz tiembla y las lágrimas se derraman por mis mejillas. “Dios mío. Tienes que escucharme. Es mi bebé. No

me la he robado. Es mía. Por favor, no te la lleves. Por favor, escúchame”.

Los sollozos me sacuden los hombros. La frustración, la ira y el miedo encienden una cerilla en mi sangre y aceleran mi corazón. Apoyo la frente contra el frío metal del caro auto que nunca pensé en dejar atrás. Las tarjetas de crédito, el auto, el dinero... cada cosa que me ha dado es simplemente una barra en mi celda, que me aprisiona.

Otra puerta del auto se cierra de golpe, y giro la cabeza. En la oscuridad, los anchos hombros de Caleb atraviesan el pequeño círculo de hombres que me rodea.

“¿Dónde está Sarai?”, exige, con su voz y su cara de pánico. “¿La ha herido?”

Un gruñido retumba en mi vientre y brota de mi garganta. Me abalanzo sobre él, aún con los brazos esposados detrás de mí.

“¡Cabrón!” Con las manos atrapadas en la espalda, le doy un cabezazo en el pecho y una patada en la espinilla. “¿Qué has hecho?”

Mi voz elevada rebota en el cielo nocturno, resonando a nuestro alrededor como un chillido en la selva.

“¿Ves lo que quiero decir?”, le pregunta al oficial más cercano a él. “Lleva semanas así, desde que dejó de tomar la medicación que le recetó el médico”.

“¡Hijo de puta!” La palabra sale raspando de mi pecho y se revuelve en mis labios.

“¿No me crees?”, pregunta el agente. “Es mi auto el que está conduciendo. Voy a buscar dentro algo que demuestre que lo que digo es cierto”.

Se aleja un momento, pero vuelve con mi bolso. El corazón se me paraliza en el pecho cuando sostiene un frasco de pequeñas píldoras.

“¿Ves?” Se las tiende a uno de los agentes. “Su nombre está ahí. Desde que dejó de tomar estas pastillas, ella...”

“¡Te voy a matar!” Las palabras salen disparadas de mí con fuerza propulsora. “Mentiroso hijo de puta”. Me abalanzo de nuevo

hacia delante, pero el policía me atrapa antes de que pueda embestir a Caleb.

“Les prometo, agentes”, dice Caleb, “que no siempre es así. Cuando toma sus medicinas, es una mujer diferente, pero pueden ver por qué me preocupé cuando se fue con mi hija. Está en un estado inestable y temí por la seguridad de nuestra hija”.

“¿Su seguridad?” Una carcajada sollozante sale de mi pecho. “¡Me golpeó!” Levanto la vista por encima del hombro, suplicando al agente más cercano a mí. “Tiene que creerme”, raspo. “Me fui porque me golpeó”.

“Oh, ¿te he golpeado?” interrumpe Caleb. “¿Dónde? No veo ni un rasguño en ti”.

Mis labios, aún doloridos por su golpe, tiemblan. “Me golpeó en la boca”, le digo al oficial, con voz desesperada. “Por favor, no deje que se lleve a mi bebé. Oh, Dios. Por favor, escuche. Se lo ruego”.

Un lamento corta el aire.

“Sarai”. Mi mirada se desplaza entre los oficiales. “Ella tiene hambre. Necesito alimentarla”.

Cuatro pares de ojos se dirigen a mis pechos, tensos contra mi camiseta. Odio a todas las criaturas que caminan por esta tierra con una polla.

Caleb abre la puerta trasera y se acerca para arrullar a mi niña.

“No”. Mi cabeza cuelga, y las lágrimas saladas queman los imperceptibles cortes de mi boca. “No dejen que la tenga. Oh, Dios. Por favor, no”.

“No pasa nada. Papá está aquí”. Dice Caleb, haciendo rebotar a Sarai en la cuna de sus brazos, sus ojos tiernos.

“Oficiales, ¿saben quién soy?” pregunta Caleb, con su sonrisa ganadora que brilla en blanco.

Los tres oficiales intercambian miradas antes de asentir.

*Esto no puede estar pasando.*

La derrota hace caer mis hombros y me aflojo en los brazos del oficial.

“Caleb Bradley”, habla uno de ellos. “Siento lo del partido de esta noche, hombre. Una dura derrota”.

“Oye, a veces se gana y a veces se pierde”. Caleb se encoge de hombros. “Entonces sabes que es mi temporada de novato. Realmente quiero meternos en los playoffs”.

“Apenas los perdimos el año pasado”, dice un oficial, frunciendo el ceño. “Me alegré mucho cuando te reclutamos”.

“Ha sido una buena temporada hasta ahora”. Caleb se inclina para besar la nariz de Sarai y levanta la vista cuando mi gruñido maternal retumba en el silencio. “Pero ha sido duro para mí y mi prometida”.

“No soy tu prometida”, escupo. “Nunca llevaré tu anillo, Caleb”.

Sus ojos se estrechan hacia mí, y la rabia que ha mantenido cuidadosamente controlada se le escapa de la cadena por un segundo. Muestra los dientes, y sé que si me pone las manos encima, sufriré algo más que una bofetada en la boca.

“Como decía, ha sido duro para nosotros”, continúa Caleb, con un mínimo de civismo. “Nuevo bebé. Temporada de novatos. Ha sido una tensión, y creo que mi prometida acaba de tener una mala noche”. Suspende esa declaración en el estrecho círculo de nosotros y los policías, tomándose el tiempo para mirar a cada uno de ellos a los ojos. “Pero creo que ella y yo podemos solucionarlo en casa”.

Sus duros ojos penetran en los míos. “O pueden llevársela, y la bebé puede venir a casa conmigo”.

“No”. Me ahogo en las lágrimas. No puedo apartar los ojos de Sarai, cuya boquita está buscando mi pecho. Gime y sus brazos se levantan del envoltorio. Caleb le coge los dedos y se los lleva a la boca.

“¿Tienes hambre, cariño?”, pregunta, con una voz suave, pero que me pone de los nervios. “Vamos a sacarte de aquí para que mamá pueda alimentarte”.

“¿Está seguro, señor Bradley?”, pregunta el primer oficial. “Si necesitamos...”

“Tiene razón”, interrumpo, con las manos ardiendo por la necesidad de arrebatársela a mi hija, cueste lo que cueste. “Ha sido una mala noche. Yo no...” Me trago mi orgullo para dejar espacio a la mentira. “Me olvidé de tomar la medicación, como él dijo”.

Caleb me sonrío con indulgencia.

“Ya ven, oficiales”, dice. “Todo fue un malentendido”.

“Bueno, con algo así como una acusación de secuestro”, dice el primer oficial, la incomodidad se desliza en su voz y su expresión incluso mientras me quita las esposas, “todavía tenemos que documentar el incidente”.

“Por supuesto, documentarlo”. La mirada de Caleb se burla y me advierte. “Lo entiendo, pero no volveremos a tener este tipo de problemas, ¿verdad, cariño?”.

Me froto las muñecas, cruzando hacia Caleb inmediatamente. Alcanzo a Sarai, pero él no la suelta. Nos miramos fijamente, en una silenciosa guerra de voluntades que tendré que esperar al momento adecuado para ganar.

Caleb finalmente suelta a Sarai. La aprieto contra mí, respirando su dulce olor a bebé, enterrando mi nariz en su pelo para ocultar mis lágrimas.

“Yo conduciré”. Caleb abre la puerta del conductor.

“Pero, ¿qué pasa con tu auto?” Pregunto.

“Oh, él lo llevará a casa”. Caleb señala con la cabeza su Ferrari a unos metros de distancia.

Ramone sale del auto y da la vuelta al lado del conductor. Incluso en la oscuridad, su fría mirada penetra en mi ropa y me deja la piel húmeda.

“Nuestro guardaespaldas fue el primero en notar el comportamiento errático de Iris en el partido de esta noche”, dice Caleb a los agentes, pero sus ojos están fijos en mí. Se asegura de que

entienda que Ramone es su aliado en esta treta. “Estaba preocupado hace días, pero no estaba seguro de que debía decir nada. De hecho, llamó a los servicios sociales”.

Me paralizó en el proceso de abrochar a Sarai en su asiento del auto, mirando por encima de mi hombro para captar la mirada de Caleb.

“Por supuesto, le he dicho que no vuelva a interferir de esa manera”. La voz de Caleb es reprendiente. “Creía que estaba haciendo lo mejor para Sarai, pero le dejaré a mi prometida algunas explicaciones que dar”.

Esto empeora por momentos. Cada mentira que Caleb ha dicho es una camisa de fuerza, que me obstaculiza, que me hace parecer una loca.

*¿Cómo voy a salir de esto?*

Me subo al auto y observo a través del parabrisas cómo los agentes consiguen que Caleb les autografe sus cuadernos de citación.

Una vez que los policías se han ido, Ramone y Caleb se quedan fuera hablando. Probablemente están tramando la mejor manera de tenerme como rehén en esa casa mientras Caleb está en la carretera. Sabía que había un cambio entre nosotros, pero no tenía ni idea de cómo mi vida iba a dar un vuelco.

En medio del culebrón de esta noche, lo mundano se entromete. Me duelen mucho los pechos, apretados por la leche porque me he saltado una toma. Sarai me mira fijamente, hambrienta, alerta, impaciente. Me da una palmadita en el pecho, señal inequívoca de que tengo unos dos segundos antes de que empiece a gemir.

La cojo, su cara es una pequeña réplica de la mía: exigente e indefensa. Todo mi mundo envuelto en una manta. Está mamando felizmente, y esos sentimientos de resentimiento y confusión que tenía por ella, por la maternidad, al principio, son completamente extraños ahora. Apenas recuerdo mi mundo cuando ella no era el eje. El suave peso de ella en mis brazos se sentía antes como una carga. Ahora, ella se siente como un privilegio que no merezco. Estoy dispuesta a



atravesar el infierno sobre ruedas de gasolina por esta niña.

Miro hacia arriba y veo al diablo.

Caleb está de pie en el capó del auto, las líneas pétreas de su rostro iluminadas por los faros, sus ojos gritando obscenidades. Se me revuelve el estómago. Este monstruo ha estado dentro de mí.

Abre la puerta del conductor y, con la luz interior del auto, su cabello y su piel dorada parecen casi angelicales, pero sus ojos son demoníacos. Su mirada se vuelve hambrienta y posesiva al verme alimentar a Sarai. A mi mente le debe gustar torturarme, porque vuelve a pensar en el partido del All-Star, cuando la alimenté mientras hablaba con August. Tal vez, en algún universo paralelo, todavía estoy en esa habitación, empapándome de su amabilidad y sintiéndome sexy bajo el deseo de su mirada.

Miro el perfil implacable de Caleb, la cruel promesa de su boca y la tensión de sus manos en el volante, como si deseara que fuera mi cuello. No hablamos una palabra, pero esto no quedará impune.

# Capítulo 19

## IRIS

“No está aquí”, murmuro a la habitación vacía. Rebusco entre los objetos que hay en el cajón de la mesilla de noche, y ninguno de ellos es mi diario. En ese diario era completamente transparente, de forma vergonzosa, respecto a mis sentimientos conflictivos sobre la maternidad, el resentimiento de mi embarazo. Durante muchos días oscuros y solitarios recurrí a las páginas en blanco para verter mis emociones.

Y no está aquí.

¿Caleb se llevó mi diario? Sé que las turbulencias de esa temporada se ven en el papel. Me da vergüenza leerlo sola, y mucho menos exponerlo al juicio de otra persona. En manos de Caleb, mis momentos más vulnerables son otra arma en su arsenal.

“¿Buscas algo?” pregunta Caleb desde la puerta.

No respondo, sino que me pongo de cara a él y cierro el cajón con la rodilla. Lo observo y espero.

“No deberías haber hecho eso, Iris”. Su voz me produce escalofríos en las terminaciones nerviosas. “No deberías haber intentado abandonarme”.

“No me dejaste otra opción”, me siento en el borde de la cama, aliviada de tener a Sarai alimentada y dormida mientras me ocupo de esto, mientras me concentro en cómo desenredar todas estas mentiras para poder alejarnos de él. “Te dije lo que pasaría si me golpeabas”.

“Te golpeé porque me insultaste”. Ladea la cabeza, viniendo a colocarse directamente frente a mí. “Un juego sucio, ¿eh? Parece que tienes una debilidad por mi viejo amigo August”.

No respondo, sino que espero a que continúe.

“Te vi mirándolo”, susurra, con trozos de hielo en los ojos. “Y yo lo vi a él mirándote a ti”.

“No, lo habrás imaginado”. Dejo caer mi mirada hacia las manos cruzadas en mi regazo. “Apenas lo conozco de verdad, Caleb”.

“Sin embargo, no tienes que conocerlo para querer follar con él, ¿verdad?”.

Levanto la cabeza. La rabia que merodea en sus ojos tiene una correa endeble.

“Pero no puedes follártelo”, sisea Caleb. Me acerca de un tirón y me toca la nuca. Aprieta nuestras narices y frentes, y su aliento se abanica sobre mis labios. “Sólo puedes follarme a mí”.

Se mete la mano en el bolsillo y saca una pequeña pistola de plata. Nunca he visto este lado de él, y nunca he visto esta pistola. He sido inconsciente. Puede costarme la vida.

Me acerca la pistola a la sien. El miedo es la calamidad de los latidos de mi corazón detrás de mis costillas. Es el caos en mis venas, rugiendo en mis oídos y subiendo a mi cabeza. El miedo es una señal de fuego que pone a mi cuerpo sobre aviso.

Utiliza la pistola para acomodar el pelo detrás de mi oreja. “Quiero que te quites esa ropa”.

“Dios, Caleb, por favor, no”, susurro. “Así no”.

“¿Crees que tienes opciones? ¿Elecciones?” Su risa viciosa retumba en su pecho. “Tú y ese patético diario han hecho todo esto demasiado fácil”.

“¿Dónde está? Quiero mi diario”.

“Y yo quería que te quitaras esa ropa hace veinte segundos”. Señala con la cabeza los jeans y la camiseta que me puse para el partido de esta noche. “Ese diario es una página más de mi póliza de seguro contigo. He dicho que te quites la ropa”.

Con dedos temblorosos, me tiro la camiseta por encima de la cabeza y la arrojo al suelo. Levanto las piernas lo suficiente para bajar

los jeans. Los dedos de mis pies se enroscan en la alfombra que cubre el suelo de madera.

“La ropa interior también”, dice, su voz se convierte en un jadeo. El pulso le tiembla en la mandíbula. Me ha visto sin ropa más veces de las que puedo contar, pero cuando el sujetador se cae y los pantis caen al suelo, me siento violada por la mirada de un extraño.

“Tumbate”, me dice, con su mirada encapuchada lacerando mi desnudez.

Aprieto los dientes, decidida a resistirme, pero Sarai suspira en sueños por el monitor del bebé, un sonido de inocencia y satisfacción. Haría cualquier cosa para preservar eso, para protegerla del bastardo que es su padre.

Con las rodillas dobladas y las piernas colgando sobre el borde de la cama, me recuesto. Él se acerca a un lado y se eleva sobre mí, con una sonrisa hecha de maldad y regocijo.

“Vamos a negociar nuevas reglas, tú y yo”. Me pone la pistola en los labios. Gimoteo y empiezo a temblar. La violencia está a punto de llegar.

“Shhh”. Se inclina, me echa el pelo hacia atrás y, con cuidado, me mete la pistola en la boca, golpeando mis dientes.

Un grito atraviesa mi mente. Saboreo mi miedo, lo hago rodar por mi lengua como una menta ácida. Espero que se disuelva, pero nunca lo hace. Se desliza entero por mi garganta, se hunde en mi pecho y me roza las costillas. Se acumula en mi vientre, un lodo de miedo. No me atrevo a moverme. Mis ojos piden clemencia, pero no hay ninguna en los suyos. Son sólo espejos de su alma negra.

*Hay una sombra en su alma.*

Lo tenía razón, y es demasiado tarde. Si pudiera volver atrás y ver las cosas de otra manera. Hacer las cosas de otra manera. Elegir de manera diferente.

*Oh, Dios. Por favor, sácame de esto. Por favor, perdóname por mi bebé.*

“Nueva regla número uno”. Sus ojos se fijan en mis labios

envueltos en la boca de la pistola. “Tú no conduces. Ramone se quedará aquí contigo cuando yo esté de viaje, y te llevará a cualquier lugar que necesites. Se asegurará de que siempre vuelvas a casa conmigo”.

Me cuesta tragar con los labios abiertos alrededor de la pistola. La saliva se acumula en mi boca y corre por la comisura para mezclarse con las lágrimas que caen por mis mejillas.

“Te aconsejo que no molestes a Lotus con los detalles de nuestro acuerdo”, continúa Caleb. “Sé lo que hace. Dónde trabaja. Sobre su cuarto piso sin ascensor en Brooklyn. Ya viste lo que le hice a August esta noche. Eso no es nada comparado con lo que le haría a ella. Cualquiera que trate de interponerse entre nosotros, me desharé de él”.

Por primera vez, me alegro de que Lotus y yo estemos separadas. No la quiero cerca del desorden de mi vida. No puedo soportar que nadie más salga herido por mi culpa. Tengo que concentrarme en Sarai. Preocuparme por la seguridad de cualquier otra persona sólo me distraerá.

“¿Nos entendemos?”, pregunta.

Asiento con un mínimo movimiento de cabeza, sin querer sacudir el arma que descansa en mi lengua.

“Bien”. Se ríe con dureza. “Y no tengo que preocuparme por tu madre. Ambos sabemos que es una puta meretriz. Estoy pagando por su silencio”.

Mis ojos se abren de par en par con una pregunta no formulada.

“Sí, he estado pagando sus facturas en Atlanta”, confirma. “Ahora tiene un apartamento mucho mejor. Nada menos que en Buckhead. ¿Sabes a cuántos hombres habría tenido que follar para conseguirlo? Le estoy haciendo un favor, y está demasiado agradecida como para hacer preguntas sobre cómo te estoy tratando”.

Aprieto los ojos, la traición y la vergüenza por mi madre me hacen un agujero en el corazón. Se inclina para susurrarme al oído, deslizando la pistola de mi boca y pasándola por mi cuello.

“Espero que esta noche haya demostrado que tengo todas las cartas”. Me rodea los pezones con el cañón y se detiene para clavármelo en el ombligo. “Si intentas abandonarme, como mínimo obtendré la custodia parcial de Sarai. No tienes dinero, y cualquier abogado de oficio que consigas no será rival para lo que yo tengo: la mejor representación legal que el dinero puede comprar. Entre eso, las anotaciones de tu Querido Diario y el “comportamiento preocupante” que Ramone informó a los servicios sociales, creo que tendré un caso bastante sólido”.

Camina hasta el final de la cama, desliza la pistola hasta la confluencia de mis muslos, y mi sangre golpea en protesta contra la piel en cada punto del pulso.

“Añade tus hazañas con la policía esta noche y tendrás suerte de verla siquiera los fines de semana para cuando termine contigo”.

Desliza la pistola otro centímetro hacia abajo, empujándola contra mi coño, separando los labios. Mi pecho sube y baja con respiraciones ansiosas. Las lágrimas recorren mis mejillas y se acumulan alrededor de mi cuello como un lazo.

“Pero más allá de la custodia de Sarai, y más allá de tu madre y de Lotus y de cualquier otra cosa que pueda usar para mantenerte conmigo”, dice, cada palabra es un ladrillo en la fortaleza que está construyendo a mi alrededor, “lo único que realmente necesitas entender es esto”.

Levanta la vista de entre mis muslos, y si todo lo que me ha dicho antes eran subterfugios y mentiras, no tengo ninguna duda de que lo que va a decir es la verdad absoluta. Sus ojos son finalmente sinceros. “Si vuelves a intentar dejarme, Iris, te mataré”.

Un sollozo me sacude el pecho y me muerdo el labio para contenerlo.

“¿Has pensado alguna vez en las similitudes entre una pistola y una polla?”, pregunta, empujando mis rodillas para abrirlas más con su mano libre.

“Por favor, no lo hagas, Caleb”, ruego, apretando los labios para

evitar un gemido.

“Ahí está lo obvio”, continúa. “Apuntas un arma. Lo tienes. Polla. ¿Verga?” Su risa es baja y jadeante, excitada. Empuja la boca del cañón hacia mi abertura, ejerciendo una ligera presión.

“Oh, Dios, Caleb. Por favor, para”. Un sollozo rompe mis palabras. “Por-por-por favor. Oh, Dios, por favor, Caleb”.

Con una mano se desabrocha el cinturón, el tintineo de la hebilla y la dureza de la caída de la cremallera de un cuchillo me cortan los oídos.

“Con un arma, hay que tener en cuenta la seguridad”, dice. “Al igual que el sexo. No es que vaya a usar un condón esta noche. Otra nueva regla. A partir de ahora te voy a follar a lo bruto”.

Tengo los ojos cerrados y todo se dispara en mis sentidos. El olor fresco de su reciente ducha se mezcla con el de mi terror. El áspero cañón que muerde el sensible tejido de mi vagina. El sonido de sus pantalones deslizándose sobre sus piernas y cayendo al suelo.

“Qué alivio”. Se ríe. “Se acabaron los condones agujereados”.

La ira me atraviesa. Abro los ojos, esperando que continúe, porque sé que lo hará.

“Sí”. Sonríe descaradamente. “Puede que haya usado algunos condones con agujeros, pero tenemos a Sarai, así que todo salió bien”.

Lo tenía razón. Dios, he sido tan idiota, confiando en otra persona con mi cuerpo, con mi futuro. Y ahora estoy pagando por mi ingenuidad.

“Lo siento”, dice riendo. “Me he ido por las ramas. Volvamos a las similitudes. Una pistola se dispara, y mi polla también”.

Me aprieta tanto el muslo que me muerdo el labio para contener un grito y no despertar a Sarai.

“Entonces, te pregunto, Iris”. Alcanza a tomar mi barbilla, apretando sus dedos allí hasta que me encuentro con sus ojos. Son de obsidiana, duros y negros de lujuria. “Elige. ¿Quieres esta verga o la mía?”

Presiona el arma más profundamente, no del todo dentro de mí, pero lo suficientemente profundo, lo suficientemente duro como para dejar abrasiones en la parte más delicada de mí. Mi cabeza se inclina hacia un lado y aprieto los ojos en la oscuridad total mientras lloro. Lloro por mi niña, cuyo padre es tan malvado. Lloro por mi inocencia, dilapidada en un hombre peor que cualquiera de los que mi madre llevó a casa. Lloro por las oportunidades perdidas con un buen hombre como August West, que ahora nunca me tendrá. No puedo imaginar nada más allá de estas paredes. No puedo pensar en nada más que el arma entre mis piernas.

“Te he hecho una pregunta”. La voz de Caleb llega aguda y dura, un gato de nueve colas, un látigo que arrastra mi carne con sus garfios. “Elige qué verga quieres, Iris”.

Si no fuera por los pequeños suspiros, el débil y constante ronquido infantil que llega a través del monitor del bebé, le rogaría que me disparara. Que me dispare ahora mismo en lugar de lo que está a punto de suceder. Pero está Sarai.

Ella hace que la palabra que finalmente susurro no sea rendición, sino supervivencia. “Tuya”.

“No te he oído”, dice. Pero la pistola ya se ha ido, y se baja encima de mí, con su codo a un lado de mi cabeza y la pistola al otro. Su polla está dura contra mi entrada, un martillo preparado para golpear un clavo. “¿Esta polla o la mía?”

Abro los ojos y lo miro fijamente. La boca cruel, el alma sin ley, la belleza que Dios desperdició en este animal. Quiero que vea mi dolor y el rechazo que no puedo expresar mientras cuelga la violencia sobre mí. Quiero que vea el odio en mis ojos cuando me quite esto. En este horrible momento, es lo único valiente que puedo hacer.

“Tuya”.

Comienza como un dolor agudo que se embota con cada empuje. Estoy seca y sin preparación, y él está grueso y excitado. Entra y sale de mí en forma de túnel, un pasaje crudo para su lujuria. Es una bestia voraz que me muerde los pezones hasta que lloro. Me hiere hasta que



me mareo, se alimenta de mis gemidos. Se pone rígido, vaciando un chorro virulento en mi cuerpo.

Quiero esconderme detrás de mi vergüenza, detrás de mis párpados cerrados, pero él me da un tirón en la barbilla y mantiene mi mirada lo suficiente para asegurarse de que sé quién está dentro de mí. Está podrido, y la fachada dorada ha desaparecido. Me limpia la humedad de las mejillas y me mete el pulgar en la boca para que pruebe mis propias lágrimas.

Incluso después de que se retira y se marcha, sigo sintiéndolo. Me temo que siempre lo sentiré. Su semen se escapa, un hilillo de violencia que escuece la piel delgada de mis muslos. En la puerta del cuarto de baño, sus ojos merodean mi cuerpo, estudiando las mordeduras y los moratones. Me mira como si fuera el conquistador y yo su tierra arrasada.

# Capítulo 20

AUGUST

Es mi primera operación.

Llevo la mayor parte de mi vida jugando al baloncesto y esta no es mi primera lesión, pero es la primera vez que paso por el quirófano. El dolor se está controlando con medicación, pero no quiero hacerme demasiado dependiente. Tomo menos de lo que debería, y la pierna me duele muchísimo. Han pasado tres días y por fin estoy en casa. En mi verdadero hogar aquí en Maryland, no en el apartamento vacío de San Diego. Si tengo que rehabilitarme toda la temporada baja, quiero hacerlo rodeado de la gente que quiero y en el lugar que me es más familiar.

Faltan al menos seis semanas de fisioterapia. Este primer capítulo consiste en mantener el peso alejado de la pierna, dejando que el tiempo y el titanio hagan la curación. Eso significa ser más sedentario de lo que he sido desde que sólo podía gatear. Me está volviendo loco y me deja demasiado tiempo para pensar. Demasiado tiempo para soñar.

Anoche soñé con Iris. Estábamos junto al agua, rodeados de árboles, y el sol estaba alto. El cielo era una explosión de color, vívido, vibrante justo antes de la puesta de sol.

Éramos felices.

¿Cómo puedo soñar con Iris cuando, de manera indirecta, ella es la razón por la que estoy aquí? Estoy de espaldas, mirando el mismo techo de madera bajo el que me quedaba dormido cuando tenía diez años. Y al igual que entonces, mi madre está en la puerta, dispuesta a atenderme.

“¿Tienes hambre?”, pregunta, entrando para mullir las almohadas detrás de mi cabeza. “Puedo hacer esos pasteles de cangrejo que tanto te gustan”.

“No”. Desplazo mi pierna izquierda sobre la cama y la derecha sobre la pequeña plataforma que la eleva y estabiliza.

“Tienes que comer”, dice Jared desde la puerta. Fue un atleta en el instituto y todavía tiene rasgos de fanfarronería de jugador, aunque hoy en día suele ocultarse bajo el traje.

“Vale”, digo, más para sacar a mi madre de la habitación y poder hablar con Jared que porque tenga hambre. “Tus famosas tartas de cangrejo estarían muy bien, mamá”.

Su cara se ilumina. Se ha sentido impotente durante los últimos días, como si no estuviera haciendo lo suficiente. En las próximas semanas, apenas podré salir de esta maldita cama, y también me siento impotente. Ojalá volver a sentirme útil fuera tan fácil.

Estudio las paredes, que todavía están cubiertas de héroes de la infancia, los ídolos que dieron forma a mi juego: Jordan, Magic, Kareem, Kobe. Llevo evitando la depresión desde que salí a la cancha, y pensar en Kobe Bryant y los Lakers me hace pensar en la primera noche que conocí a Iris.

“¿Qué dice la liga sobre Caleb?” le pregunto a Jared, haciendo una bola con los puños sobre la cama para contener mi ira. “¿Lo declaran sucio?”

Jared hace una mueca, arrastra una silla junto a mi cama y la voltea para sentarse a horcajadas. Apoya los brazos cruzados en el respaldo. “Todo el mundo sabe que fue una jugada sucia”, dice Jared. “Pero su padre es un miembro del Salón de la Fama, copropietario de un equipo y ejecutivo de la oficina principal. Eso es mucho poder e influencia. Siempre será difícil que la mierda se le pegue a Caleb incluso en una tormenta de mierda”.

“¿Estás bromeando?” Me señalo la pierna. “Me estoy perdiendo el final de esta temporada y parte de la siguiente por lo que hizo. Sabía que no era el santo que todos creen que es, pero ni siquiera yo

sabía lo bajo que iba a caer”.

“De todas formas, ¿qué pasa entre Caleb y tú?”. Jared inclina la cabeza, su mirada indaga. “Quiero decir, sabía que nunca fueron fanáticos el uno del otro durante la universidad, pero parece haber empeorado desde que se hicieron profesionales”.

Jared es uno de los mejores agentes del deporte. Si no hubiéramos necesitado mantener nuestra conexión familiar en secreto, no hay manera de que hubiera elegido a Lloyd como mi agente en lugar de él. Parte de lo que hace que Jared sea tan bueno es su detector de mentiras. Él ve a través de las excusas de mierda y las mentiras a una milla de distancia, pero no hay manera de que le diga que puse en peligro mi carrera por una chica, mucho menos una que apenas conozco.

“La misma mierda de siempre, supongo. Sólo que hay más en juego”. Me encojo de hombros. “Llevamos años haciéndolo. Ya lo sabes”.

“¿Seguro que eso es todo?” pregunta Jared. “No vive muy lejos de aquí. Que te rehabilites en tu casa no tiene nada que ver con él, ¿no?”.

Tal vez inconscientemente me quedé aquí con la esperanza de encontrarme con Iris, pero no lo haré. Si nuestros caminos deben volver a cruzarse, lo harán. Tengo otras cosas que quiero lograr mientras estoy al margen.

“Tenemos que hablar de *Elevation*”. Espero que el abrupto cambio de tema aleje a mi hermanastro de hablar de Caleb. Pensar en ella con él hace que me duela más la cabeza que la pierna.

“¿Exactamente de qué tenemos que hablar?” pregunta Jared. “Estamos en el primer año de nuestro plan quinquenal. No nos adelantemos”.

“No quiero esperar cinco años”. Me paso los dedos por el pelo enmarañado que está más largo de lo que suelo llevar. “Yo tengo el capital. Tú tienes la experiencia. Vamos a ponerlo en marcha”.

“Teníamos pensado esperar a que tuvieras unas cuantas

temporadas a tus espaldas". Jared se frota la sombra de las cinco que cubre su mandíbula. "Un poco más de credibilidad y tiempo para concentrarse".

Hago un gesto hacia mi pierna rota. "No preveo tener más tiempo del que tengo ahora, y tú tienes suficiente credibilidad para los dos", digo. "Eres un gran agente con una reputación estelar. Y entiendes de marketing deportivo. Puedes empezar a firmar clientes ahora. Creo que tener mi nombre asociado a la empresa en esta etapa disminuye la credibilidad. Queremos que estos atletas se tomen Elevation en serio. Un jugador de baloncesto novato cerca del timón no me tranquilizaría. Seré un socio silencioso por ahora".

"Puede que tengas razón", admite Jared. "Si te rehabilitas aquí durante el verano, ¿dónde instalo la oficina?".

"Que yo sepa, sigo en San Diego, ¿no?".

"Sí, claro". La cara de Jared se cierra, su máscara de agente cae en su lugar.

"Hermano, ¿qué es lo que no me dices?" Pregunto.

"Ya están hablando de utilizar una excepción de jugador discapacitado", dice Jared. "Están echando el ojo a agentes libres de nivel medio que puedan ocupar su lugar hasta que termine su rehabilitación. Sobre todo si acaba siendo más bien un año que ocho meses".

Dejo caer la cabeza entre las manos. Es bastante normal encontrar un sustituto temporal cuando se lesiona un jugador con un contrato tan caro como el mío, pero apenas he salido de la operación y ¿ya están dudando de mi regreso? ¿Ya están trabajando en una contingencia?

Lo entiendo. Esa caída, esa lesión, me recordó mi propia mortalidad. Rompió la ilusión de invencibilidad que te da el volar por el aire. Podemos volar, pero aterrizamos. No siempre de pie, y a veces de forma tan torpe que nos rompemos los huesos.

"Bueno, parece que tengo algo que demostrar", digo finalmente, mostrando a Jared una sonrisa decidida. "El Doctor Clive proyectó al

menos ocho meses antes de que esté listo para el juego, ¿verdad?”

“Sí, al menos ocho meses”.

Asiento con decisión, sonriendo al hombre que ha sido un hermano para mí, a pesar de la sangre. “Entonces lo haré en siete”.

# Capítulo 21

## IRIS

“Niego inequívocamente haber hecho daño de ningún tipo a mi hija”. Mi voz se mantiene firme con la verdad, pero mi cuerpo tiembla de indignación. “Nunca lo haría”.

La trabajadora de los servicios sociales, la señora Darling, garabatea en su pequeña libreta, con las cejas fruncidas y los labios fruncidos. Prácticamente vibra de sospecha y desaprobación.

“¿Quién me ha acusado de esto?” Por supuesto, sé que fue Ramone, pero quiero oírla decir.

Me mira desde detrás del resplandor de sus gafas, con ojos afilados que lo observan todo, desde mi pelo hasta mis zapatillas de tenis, y vuelve a pasar por encima de mí como si quisiera asegurarse de que no se le ha escapado nada.

“Mantenemos el anonimato de quienes se presentan a denunciar sospechas de abuso”, dice.

“Eso no es justo”. Aprieto las palmas de las manos contra mis muslos.

“Lo es cuando se tiene en cuenta el interés superior del niño, que es lo que hacemos”.

“Yo también”. Respiro profundamente. “Estoy segura de que puedes imaginar que, como madre que nunca ha hecho daño a mi bebé y que haría cualquier cosa para protegerla, una acusación como esta es realmente frustrante. Insultante, en realidad”.

“Iris, vamos a cooperar”, dice Caleb desde el fondo de la escalera. Tiene a Sarai en sus brazos, y ella parpadea con sueño.

“La despertamos de la siesta para esto”, le digo a la señora Darling, con un tono que es un tercio de disculpa y dos tercios de acusación.

Me muevo en el sofá, intentando ponerme cómoda, buscando alivio. Todavía estoy en carne viva y me duele la invasión de Caleb de anoche. Pensé que me pegaría, pero al parecer, creyó que una pistola en la cabeza y metida entre las piernas era suficiente para mantenerme a raya.

No se equivocó.

Por ahora. Al menos hasta que pueda recuperar mi diario y empezar a derribar este muro de mentiras en el que me ha atrapado. Mi palabra contra la suya no es suficiente para salir de esto.

Se me aprieta el pecho al ver a Sarai en brazos de Caleb. Me acerco y la cojo.

“Hola, princesa”. Sonrío a sus ojos soñolientos. “¿Te hemos despertado?”

Gorjea felizmente, aunque sus ojos están aturdidos por el sueño. Es una bebé tan feliz, y estoy decidida a que siga así.

La cara de la señora Darling se ablanda y se convierte en esa expresión de dama en la que las mujeres siempre se derriten cuando están cerca de Caleb. Lo entiendo. La carcasa es bastante impresionante: metro noventa y ocho, tonificado, bronceado, rubio. El hombre está prácticamente dorado. Por no hablar de esos ojos azul violáceo que ha transmitido a nuestra hija. Sin embargo, cuando llegas al centro, cuando quitas la capa dorada, en el fondo no es más que un pedazo de carne podrida. Estropeado y lleno de gusanos. Y yo soy la afortunada que puede acurrucarse con eso cada noche.

“Señor Bradley, “ respira la señora Darling, con ojos de admiración. “Gracias por traerla”.

“Por favor, llámeme Caleb”. Añade la sonrisa de megavatios. “Queremos llegar al fondo de por qué alguien diría algo así de nosotros”.

Pongo los ojos en blanco. Si quiero llegar al fondo de algo, es de



las mentiras que él y Ramone dijeron para traer a esta mujer aquí en primer lugar.

“Bueno, técnicamente”, dice la señora Darling, lanzándome una rápida mirada, “la denuncia no se presentó contra usted. Sólo contra su prometida”.

“No soy su prometida”.

Las palabras salen disparadas antes de que las piense mejor. La mirada glacial de Caleb me hace desear haber mantenido la boca cerrada, pero mi barbilla sigue inclinándose en un ángulo desafiante.

“Lo siento”. Mira el anillo de MiMi en mi dedo. “Pensé que...”

“No hay problema”, interrumpe Caleb, suave como un cuchillo en la mantequilla. “Somos una familia, los tres. Un error natural. ¿Qué necesitas hacer? Queremos cooperar plenamente”.

Reprimo un suspiro frustrado. Su falsa solicitud me crispa los nervios.

“Con los niños mayores”, dice la Sra. Darling, “los entrevistamos por su cuenta, pero como Sarai es un bebé sólo tendré que examinarla”.

“Esto es ridículo”, murmuro, la furia burbujeando bajo mi piel. “No he hecho nada para herirla, y estas acusaciones son completamente infundadas”.

“Por supuesto que lo son, nena”, dice Caleb tranquilizador. “Así que acabemos con esto. La señora Darling simplemente está haciendo su trabajo”.

Me quita el pelo del hombro y me sobresalto. Sus ojos se entrecierran, pero la sonrisa que ofrece es una espesa pomada que cubre su ira, disimulando su disgusto.

“¿Puedo verla?” La señora Darling extiende los brazos y me cuesta mucho entregarle a Sarai. Sé que no encontrará marcas ni moratones, pero este proceso es humillante. Lo añado a la lista de cosas que nunca perdonaré a Caleb.

Caleb y yo vemos cómo la señora Darling tumba a Sarai en el

sofá y le quita la ropa, dejándola solo con el pañal. Las lágrimas me escuecen mientras revisa los brazos y las piernas de mi niña en busca de las marcas que supuestamente le he dejado. La dolorosa ironía es que el verdadero abusador está a mi lado. Hasta que encuentre ese diario, Caleb tiene razón. No confío en que nuestro sistema legal no conceda a Caleb la custodia compartida, si no completa, después de la torre de mentiras y pruebas circunstanciales que ha acumulado contra mí.

“Creo que todo está en orden aquí”. La señora Darling vuelve a ponerle a Sarai el body de pies. “No veo ninguna evidencia de abuso”.

“Por supuesto que no, porque yo nunca lo haría”, digo bruscamente.

Sus cejas se levantan ante mi tono cortante.

“Lo siento. Todo esto es horrible y repugnante. Pensar que alguien me acusa de algo así, y que estamos... siendo sometidos a esto, es simplemente un punto doloroso para mí, como puedes imaginar”.

“Siento las molestias”, dice la señora Darling. “Pero cuando recibimos una llamada así, tenemos que asegurarnos”.

“¿Tiene alguna idea de por qué alguien mentiría sobre esto?” exijo, al menos queriendo que considere que alguien va tras de mí, para mancharme. Me gustaría poder soltar el diabólico plan de Caleb, pero no tengo pruebas y solo parecería que intento desviar la atención. No lo miro, pero siento la mirada de Caleb clavándose en un lado de mi cara con la misma seguridad con que lo hizo el cañón de su pistola la noche anterior.

“Estaba a punto de preguntarte lo mismo”, dice la señora Darling, con el ceño fruncido. “En cualquier caso, seguiremos en contacto”.

“¿Seguir en contacto?” Mi voz sube unas cuantas octavas. “¿Por qué? Has visto que está bien. ¿Esto no ha terminado?”

“Sólo por precaución, programaremos una visita más para asegurarnos de que las condiciones siguen siendo las mismas”.

Maldita sea. Ya tengo suficientes preocupaciones como para tener que volver a sufrir esta farsa inútil.

Cuando Caleb la acompaña a la salida, ya estoy a mitad de camino en las escaleras y en la guardería cuando oigo que su auto se aleja. Sólo hace falta un poco de zumbido, varios botes de paseo y unos minutos para que los ojitos de Sarai se caigan y reanude su siesta. Cierro la puerta de la habitación de la bebé en silencio y me doy la vuelta para volver a bajar las escaleras, sólo para chocar con una pared de músculos.

“Oh.” La ansiedad de estar tan cerca de él me estrecha el torso, dificultando la respiración. “No te había visto allí”.

No responde, pero me agarra del codo con brusquedad y me lleva por el pasillo hacia nuestro dormitorio. Me tropiezo con los pies, tratando de mantener el ritmo. En cuanto entramos en la habitación, cierra la puerta.

“¿Así que esta visita te ha dolido, eh?” me pregunta. “Te voy a dar un punto de dolor”.

“Caleb, yo...”

El dorso de la enorme mano de Caleb me quita las palabras de la boca. Me toco los labios, la visión de la sangre en mis dedos me traspasa sólo un segundo antes de entrar en acción. Salgo corriendo hacia el baño, pero sólo doy unos pasos antes de que el brazo de Caleb, de huesos implacables, tendones tensos y músculos endurecidos, se enganche a mi cintura por detrás y me saque de mis pies. Me arroja a la cama con tanta fuerza que casi reboto. Me incorporo, decidida a ponerme a salvo, pero su puño me golpea la cara. Mis dientes traquetean y la agonía florece en mi mandíbula y mis pómulos.

Ahora entiendo por qué no me golpeó anoche. Sabía que la señora Darling iba a venir y se guardó toda esa rabia para cuando se fuera. Su violencia no es incontrolada. Es una cosa de cálculo frío, lo que en cierto modo la hace aún más peligrosa.

“Caleb, por favor”, logro decir, aunque apenas puedo hacer que

las palabras pasen por mis labios hinchados.

“No vuelvas a desafiarme delante de otras personas”, me dice con una expresión de piedra, con los ojos casi negros de rabia.

Su puño vuela hacia mí como un misil, pero me agacho y ruedo fuera de la cama, cayendo en un montón indigno. Me pongo en pie, pero él me empuja por detrás y me estrello contra la mesilla de noche. Se vuelca y la lámpara se rompe contra la pared. Desde el suelo, veo que se afloja el cinturón.

*Oh, Dios, no.*

Levanto las manos para protegerme la cara de la correa de cuero que sale disparada por el aire. Choca contra mi muñeca y mis dedos, cortando la piel. Antes de que pueda procesar el primer latigazo, llueven varios sobre mi brazo, un diluvio de terror que enrojece mi carne con ronchas lívidas. En rápida sucesión, el cinturón cae una y otra vez, una ola que nunca disminuye, sino que sigue llegando, sigue estrellándose sobre mí. El cuero me corta la espalda y las piernas. La hebilla me corta la rodilla y aúllo como un animal herido, pero no hay nadie que me rescate. Soy el cordero mudo que se alejó del redil, y he tropezado con los dientes afilados de la trampa de un cazador.

“Oh, Dios. Caleb, por favor”. El dolor me roba el aliento, y mis palabras apenas salen antes de que otro puñetazo estelle mi cabeza contra la pared. La habitación gira y se inclina, y los bordes se oscurecen.

Me desplomo contra la pared, demasiado desorientada para responder. El cinturón sigue cayendo, buscando cualquier carne tierna que haya pasado por alto, y dejo de luchar contra la oscuridad porque es el único lugar donde encontraré piedad.

## Capítulo 22

### IRIS

“¡Sarai!”

Su nombre sale disparado de mi boca y me sacudo en la cama. El dolor se extiende por debajo de mis pechos. Me agarro el vientre, desorientada por un momento. Sé que he estado inconsciente y que lo último que vi fue la cara de ese monstruo. Mi hija ha estado a solas con él durante todo el tiempo que he estado inconsciente.

Lanzo las piernas por el lateral de la cama, haciendo una mueca de dolor cuando mis músculos gritan en señal de protesta. Estoy desnuda y no tengo ni idea de cómo he llegado hasta aquí. Se me revuelve el estómago al pensar en lo que Caleb puede haberme hecho. Las ronchas, los cortes y los moratones me atraviesan las piernas y los brazos desnudos. La vergüenza se acumula en mi pecho y me quema los ojos. ¿Cómo dejé que esto sucediera? ¿Cómo me he convertido en esta mujer maltratada? Un sollozo me sacude el pecho y el dolor rebota en mi caja torácica.

“Cuidado”, dice una voz grave desde la esquina de la habitación. “Seguramente tienes las costillas magulladas. Hay analgésicos junto a la cama”.

La cara me resulta familiar, pero aún tengo la cabeza borrosa. Hago lo que puedo para reunir los rasgos de alguien que reconozco.

“¿Andrew?” Pregunto, con la voz ronca por mis gritos.

“Sí”. El primo de Caleb se levanta de una silla y aparta la mirada de mi cuerpo magullado y desnudo. “Quizá quieras taparte”.

Me arrebató la sábana sobre mis pechos. Todas mis respuestas se sienten retrasadas mientras arrastro las piezas de este espeluznante

rompecabezas en su lugar.

“¿Sarai?” Pregunto. “¿Dónde está?”

Contengo la respiración mientras espero.

“Está en la guardería. La revisé hace un rato. Estaba bien. Le he servido uno de los biberones de la nevera”.

Al alivio le siguen rápidamente la rabia, el miedo y la inquietud.

“¿Y Caleb? ¿Dónde está?” pregunto.

Las mejillas de Andrew se enrojecen y se aclara la garganta.

“Él, eh, tenía un partido”. Coge la botella y un vaso de agua de la mesita de noche. “Las necesitarás para las costillas quizá las próximas semanas”.

Miro fijamente las píldoras, con miedo a tomar cualquier cosa que me ofrezcan en esta casa.

“Es sólo naproxeno”, dice. “Un analgésico antiinflamatorio”.

“Eres médico”, digo tontamente, como si no lo supiera, pero en mi cabeza se alinean piezas de información para dar sentido a por qué está aquí y por qué está tan tranquilo cuando es obvio que Caleb me ha dado una paliza.

“Todavía estoy en la escuela de medicina”. Andrew sacude dos pastillas del frasco en la palma de su mano y me las ofrece. “¿Te acuerdas?”

“¿Esto forma parte del juramento hipocrático?” Hago palanca con las pastillas y trago agua, y se me saltan las lágrimas cuando los movimientos bruscos me hacen daño en la mandíbula. “¿‘No hacer daño’ en realidad significa ‘sólo ayudar e instigar’?”

“Lo siento, Iris”. Sacude la cabeza. “Le he dicho antes...”

“¿Ha hecho esto antes?” El horror ensancha mis ojos y deja caer mi boca abierta. “Oh, Dios mío”.

“Yo... bueno, le he ayudado antes, sí”.

“¿Quieres decir que cuando golpeaba a las mujeres, venías y las remendabas?” Pregunto sarcásticamente. “Habría sido bueno

saberlo”.

“Pensé que lo tenía controlado”. Se pasa las manos por el pelo sólo un tono más oscuro que el de Caleb. “Esto no ha pasado en mucho tiempo, y él te ama tanto”.

“No te atrevas a decir eso nunca más”. Las lágrimas me suben a la garganta como si fueran aguas de inundación. Espero a que se retiren antes de hablar. “Puede engañarse a sí mismo diciendo que esto es amor, pero yo no voy a jugar a ese juego. Está enfermo, y tú también si lo ayudas”.

Me sitúo en medio del dormitorio y me veo por primera vez en el espejo de la pared. La sábana anudada al estilo toga deja mis hombros y brazos al descubierto. La brutalidad de Caleb ha pintado mi piel en tonos negros y rojos, de desolación y rabia. Mi cara...

Un gemido, fuerte e involuntario, sale de mí y rebota en las paredes.

Mis mejillas están desiguales, una monstruosamente hinchada y la otra casi intacta. Un ojo está manchado con las sombras que dejó el puño de Caleb. Una línea de sangre seca me recorre desde la comisura de la boca hasta el cuello y desaparece bajo el pliegue de la sábana. Me toco suavemente la carne hinchada, magullada e hinchada.

Me vuelvo del espejo a Andrew. “Tienes que ayudarme”.

Da un paso atrás, su expresión se retrae con tanta seguridad como su cuerpo. “No puedo, Iris. Tengo analgésicos, y...”

“¿Analgésicos?” Sueno histérica, pero no puedo evitarlo. “Anoche me violó a punta de pistola, Andrew, y hoy me ha golpeado”.

Aprieta los ojos, sacudiendo la cabeza. “Lo siento mucho”.

“Me está chantajeando”, digo apresuradamente, rezando para que todo lo que revele lo convenza de alguna manera de que tiene que ayudarme. “Robó mi diario y tergiversará las cosas que escribí para conseguir la custodia de Sarai si intento irme. Hizo que Ramone, ese loco guardaespaldas, me denunciara a los servicios sociales. Ha cortado todo mi acceso al dinero. Dice que me matará si intento irme,

Andrew, y yo le creo". Las lágrimas fluyen libremente mientras repaso lo jodida que estoy, cómo he permitido que Caleb me atrape.

"¿Qué pasa con Lotus?" pregunta Andrew.

"Dice que le hará daño a ella también, si la involucro. Sabe dónde vive en Nueva York". Me paso las manos por las mejillas mojadas. "No, el hecho de alejarme de él no resolverá mi problema de custodia. Sus amenazas me alcanzarían. Necesito algo que se le pegue, para herirlo donde cuenta de la forma en que lo está haciendo conmigo".

"Caleb es bueno con las amenazas", dice con amargura. "Se dedica a la información".

"¿Por eso lo ayudas?" Pregunto. "¿Tiene algo sobre ti? ¿Por eso no puedes ayudarme?"

Los labios de Andrew se comprimen. "Puedo conseguirte más analgésicos".

"¡No quiero analgésicos!" Grito. "Quiero no necesitarlos. Quiero salir de aquí". Entierro la cara entre las manos, desplomándome contra la pared y permitiéndome un momento de debilidad. "Tengo que sacar a Sarai de aquí".

"Creo que las cosas mejorarán", dice Andrew. "Probablemente haya perdido la cabeza, con lo que August lo humilló de esa manera".

"No lo humilló", respondo. "Sólo jugó el juego. Caleb dejó que se metiera en su cabeza, como siempre hace".

"Sé que dices que no te ama". Andrew levanta una mano que se queda cuando abro la boca para discutir. "Pero nunca se ha sentido así por otra mujer".

"Oh, ¿quieres decir abusivo? ¿Violento? ¿Psicópata? Vaya. Me siento muy halagada".

"No, me refiero a que debes ser especial para él. Se va a casar contigo".

"No estamos comprometidos", me autocontesto.

Las cejas de Andrew se fruncen, e inclina la cabeza hacia mi mano izquierda. "Entonces, ¿qué llevas en el dedo?".



Miro hacia abajo y me doy cuenta por primera vez de que mi anillo gris-gris de MiMi ya no está.

En su lugar hay un diamante de diez quilates.

# Capítulo 23

AUGUST

Número treinta y tres.

Saco la vieja camiseta de baloncesto de mi padre de la caja de cartón, tosiendo un poco por el polvo. He visto fotos mías de pequeño con ella puesta. Me colgaba de los hombros y se arrastraba por el suelo. Ahora, cuando me la paso por la cabeza, me queda perfectamente. Mi padre medía dos metros de alto, una pulgada más que yo. Su envergadura superaba la mía y sus pies eran una talla más grande, pero ahí dejo de hacer comparaciones. Eso se lo dejo a los expertos y a los medios de comunicación que especulan sobre lo que él podría haber sido y lo que yo puedo llegar a ser. Fue eliminado muy joven, antes de que tuviera la oportunidad de cumplir siquiera una fracción de su promesa.

Me masajeo el dolor de la pierna y me pregunto si repetiré la historia. La parte fácil de esta recuperación ha terminado. Llevo ocho semanas sin moverme desde que me operaron. Hace poco empecé a trabajar la parte superior del cuerpo en un gimnasio cercano, a las afueras de Baltimore, y eso es sólo el principio. Me esperan meses de agotadora rehabilitación sin garantía de que vaya a estar al cien por cien al final. La velocidad y la agilidad, la capacidad de girar en una moneda de diez centavos, son características de mi juego y son cosas que esta lesión podría comprometer irremediablemente. Sólo el tiempo y el trabajo más duro de mi vida lo dirán.

El maldito Caleb y su juego sucio que no fue considerado como tal. Se ha escabullido de las consecuencias toda su vida. Lo ha hecho malcriado y cruel, pero también lo suficientemente inteligente como para ocultarlo. A mí me odia, así que hizo una mierda solapada que

me apartó, al menos temporalmente, del camino.

Pero nunca les haría daño a ellas, ¿verdad?

Cuanto más lo pienso, de espaldas y mirando al techo, menos confío en los límites de Caleb. Dios, si tuviera a Iris, la trataría como una reina.

*¿Puedes extrañar a alguien que nunca has tenido?*

Porque extraño a Iris. Ni siquiera puedo compartirlo con nadie porque pensarían que soy un lunático. Obsesionado. Fijado.

Me gusta pensar en ello como algo *seguro*. Como cuando estoy en la zona, el juego viene a mí fácilmente y estoy seguro de que voy a hacer todos los lanzamientos incluso antes de que la pelota salga de mis manos: así es como me siento con Iris. Es un lanzamiento que ni siquiera ha salido de mis manos, pero que sé que no será más que una red. Estoy seguro de que, si alguna vez se diera la oportunidad, sería así para nosotros. No es que las cosas fueran fáciles todo el tiempo, pero simplemente... haríamos clic. *Perteneceríamos*, algo que ambos hemos necesitado durante mucho tiempo. Sentí indicios de ello la primera noche que nos conocimos, y con cada encuentro, se ha vuelto más claro. Se cuantifica en momentos sin aliento y en latidos de corazón saltados. Nada que pueda señalar o probar, pero es real. Cada vez estoy más seguro de que juntos podemos pertenecer a algo.

“¿Qué haces aquí fuera?”, pregunta mi madre desde la puerta abierta del garaje. “Te estaba buscando por toda la casa. Tu teléfono no ha dejado de sonar en toda la mañana”.

“Probablemente Lloyd”. Hago una mueca al pensar en otra conversación con mi agente. “Cree que puede conseguirme un buen intercambio”.

“¿Intercambio?” Las cejas de mamá se desploman en un ceño fruncido. “¿Los Waves quieren deshacerse de ti por la lesión? ¿No saben que volverás más fuerte que nunca? ¿Qué les pasa?”

Ojalá todos tuvieran una madre como la mía que creyera en ellos incluso cuando ellos mismos no están seguros.

“Lloyd sólo está mirando las posibilidades”. Me encojo de

hombros y me paso la camiseta de mi padre por la cabeza y la vuelvo a dejar caer en la caja. “Los Waves son un equipo en expansión, y esta era su primera temporada. Decker invirtió mucho en mí. El hecho de que me lesionara en mi primer año probablemente les ha hecho considerar la posibilidad de cortar sus pérdidas en caso de que no vuelva con la misma fuerza.”

“Tu primera temporada terminó con el título de novato del año”. Sus ojos y su sonrisa son todo orgullo. “Serían tontos si te dejaran ir”.

“Tal vez sería un tonto si me quedara”. Suelto una bocanada de aire. “Podría terminar en un equipo que sea del calibre de un campeonato *ahora*. Tal vez en los playoffs de la próxima temporada, jugando por un anillo. Si Lloyd puede hacer que eso suceda, sería un tonto si lo rechazara”.

“Sabrás lo que tienes que hacer cuando llegues a ello. Sabrás qué es lo más importante. Estoy seguro de que Jared tendrá opiniones”.

“Oh, siempre”. Me río. “Y sobre todo”.

Me pasa el teléfono. “¿Siguen considerando la posibilidad de poner en marcha Elevation antes de tiempo?”, pregunta, hurgando en la caja de recuerdos.

“Yo quiero hacerlo. Él no está seguro, lo que significa que probablemente lo haremos”.

Se ríe, asintiendo y sacando un álbum de fotos del fondo de la caja. “Sueles salirte con la tuya, August”.

“Con el tiempo. A veces”. Me detengo en la mirada que pone mientras hojea el álbum. Es amor, dolor y arrepentimiento. “¿Qué es lo que estás mirando?”

Gira el álbum para mostrarme una foto. Es una foto que nunca he visto. Mi madre, mi padre y yo estamos de pie en una cancha de baloncesto con un estadio lleno de gente al fondo, y mi padre me sostiene, con su brazo rodeando a mi madre. Nunca he pensado que nos parezcamos, pero en esta foto veo ecos de mis rasgos en los suyos.

“Vaya”, digo en voz baja. “La verdad es que nos parecemos un poco”.

“Por supuesto que sí”. Ella pasa la punta de un dedo por la cara de mi padre. “Él es más oscuro y su pelo es más áspero, pero esa estructura ósea. El mismo rostro apuesto. La misma boca”.

Su sonrisa es melancólica, y tal vez un poco malvada. Estoy seguro de que tiene recuerdos de su boca de los que no quiero saber nada. Gran parte de lo que sé sobre mi padre ha sido a través de los medios de comunicación y de viejos amigos que cuentan historias. Hay cosas que nunca le pregunté a mi madre y que quizá sólo ella sepa.

“¿Era un buen hombre?” Pregunto, observando su rostro en busca de la verdad. No me extraña que la amarga inclinación de sus labios se asiente en el arrepentimiento.

“Fue un gran padre”. Levanta la vista de la foto. “Te quería más que a nada. Era muy bueno contigo”.

“¿Y contigo?” Pregunto en voz baja, preparado para lo que ella responda. “¿Qué clase de esposo era?”

Ella duda, considerando de nuevo la imagen antes de mirarme a los ojos. “¿Qué clase de esposo era?” Me devuelve la pregunta antes de torcer la boca en esa pequeña curva de arrepentimiento. “Uno joven y apuesto, con mucho dinero y tiempo en la carretera”.

“Como yo entonces”, bromeo a medias. “A veces veo muchos paralelismos entre nosotros”.

“No harás las elecciones que hizo tu padre cuando estés casado, August. Eso no me preocupa”.

“¿De verdad?” Pregunto, pensando en todas las burradas que hice en mi año de novato. “¿Por qué no?”

“Porque te crie mejor que eso”. Me guiña un ojo y me pasa las manos por el pelo. “Sólo tienes que encontrar a la chica adecuada”.

Por supuesto, mi mente se dirige a Iris, a la última vez que la vi riendo con Sarai y haciéndola rebotar en su rodilla. Recordatorio. La bebé de otro hombre rebotando en su rodilla.

“Quizá he encontrado a la chica adecuada”. Cierro las solapas de

la caja. “Tal vez es sólo una cuestión de tiempo”.

Me resulta difícil sorprender a mi madre. Normalmente lo ve todo venir a una milla de distancia, pero sus ojos se estiran y su boca se abre.

“¿La conozco?”, exige. “¿Está en San Diego? ¿Cómo la conociste? ¿Cuándo puedo conocerla?”

“Eh, mamá”. Levanto una mano para detener el tsunami de preguntas que salen de ella en oleadas. “No es así. Quiero decir, lo es. Para mí lo es. La llevaría a conocerte ahora mismo si pudiera”.

“¿Ella no quiere estar contigo?” Apoya los puños en las caderas, con la fiereza irlandesa a juego con ese cabello rojo brillando sobre sus ojos. “¿Tiene alguna idea de lo que se está perdiendo?”

“A ella no le importa mi contrato ni el dinero ni ninguna de esas cosas”. Aunque Iris esté con Caleb, sé que no es porque tenga ninguna de esas cosas. Y en cuanto descubra por qué está con él, la convenceré de que no es suficiente. No tanto como podría darle.

“Esas tampoco son las cosas a las que me refería”, dice mamá. “Eres amable, y generoso, e inteligente, y ambicioso. Te crie para que supieras cómo tratar a una mujer. Ella tendría suerte de tenerte”.

“Gracias, mamá, aunque puede que seas un poco parcial. Creo que te agradaría”. Mi sonrisa cae. “Quiero decir, si alguna vez deja a su novio”.

“¿August, qué?” Sus ojos se estiran. “Cuéntame”.

“Es una larga historia”.

Se cruza de brazos y se sienta en una de las papeleras cercanas del garaje. “¿Parezco ocupada?”

Le cuento la primera noche antes del torneo, cómo Iris y yo hablamos de todo; compartimos nuestros pasados, nuestras familias, nuestros sueños y esperanzas. Le cuento lo decepcionado que me sentí al darme cuenta de que Iris estaba saliendo con Caleb. Dejo de lado la parte en la que vi su pecho desnudo en el fin de semana del All-Star, pero le cuento otros momentos destacados, terminando con la última

vez que la vi, en el partido antes de la jugada sucia de Caleb.

“¿Así que sólo la has visto un par de veces?” pregunta mamá. La consternación en su rostro me hace reflexionar. Cree que estoy loco. Sé que lo estoy.

“Pero la primera vez hablamos durante horas”, digo, escuchando la actitud defensiva en mi voz. “Hablamos de todo. Nunca me había sentido tan conectado con alguien tan rápido. E incluso en el partido del All-Star, fue como si hubiéramos retomado la conversación”. Agito el teléfono entre mis manos y me encojo de hombros. “Sé lo que estás pensando: es un encaprichamiento. O tal vez pienses que sólo me gusta porque es la chica de Caleb, ¿no?”

“Supe que Matt era el elegido después de nuestra primera cita”. Se ríe ante la mirada de sorpresa que debe haber en mi cara. “Lo supe. Teníamos exactamente lo que dices. Esa facilidad. Esa chispa. Se siente como si fueran las únicas dos personas en el mundo”.

Esa primera noche en el bar, ni siquiera noté que los otros clientes se iban. No me di cuenta de que el barman estaba limpiando. Apenas me di cuenta de que el juego había terminado.

“Me absorbió”, digo, sacudiendo la cabeza. “Nunca había sentido eso por nadie más. Cuando me dijo que tenía novio, sentí que estaba leyendo el guion equivocado. Como si esto no fuera así. ¿Cómo puede ir así si ya me siento así?”.

Pongo los ojos en blanco, reproduciendo mis palabras en mis propios oídos. “Sueno como una chica”.

“¿Y qué hay de malo en sonar como una mujer?” Las palabras ofendidas de mamá me reprenden.

“Ya sabes lo que quiero decir. Como todo en mis sentimientos. Desesperado”. Capto su mirada aguda. “No digo que todas las mujeres estén desesperadas. Sólo quiero decir que parezco que haría cualquier cosa para estar con ella”.

“Basándome en lo que me has contado sobre su historia familiar, quizá necesite a alguien que esté dispuesto a arriesgarse con ella. Parece que no ha tenido la vida más fácil y ha visto mucho mal en los

hombres”.

“No entiendo por qué sigue con ese imbécil”. Me paso una mano agitada por el pelo que me cubre los ojos. “Si hubieras podido sentir lo que hubo entre nosotros aquella noche en el partido. Ninguno de los dos podía apartar la mirada. Todavía está ahí para mí, y sé que todavía está ahí para ella. Sé cómo suena, pero no me lo estoy inventando”.

“Ella tiene una hija con este hombre, August. Dijiste que estaba en descanso y que no podía trabajar. Probablemente tiene muy poco de lo suyo. Nunca se sabe lo que tiene que hacer una madre para hacer lo mejor para su hijo”.

Ella sonríe.

“Incluso sabiendo que amaba a Matt, pasó mucho tiempo antes de que lo dejara entrar plenamente en mi vida. Quería protegerte. No había pasado mucho tiempo desde la muerte de tu padre y eras muy impresionable. Tenía que tener cuidado con quién te acercaba. Tenía que tener cuidado con todo. Me parece que las circunstancias han hecho a tu Iris más vulnerable de lo que nunca quiso ser”.

*Mi Iris.*

Parece que todas las estrellas, los planetas y la propia luna tendrán que alinearse para que ella sea mi Iris.

“Sé que no te gustan las comparaciones con tu padre”, interrumpe mamá mis pensamientos. “Pero hay una cosa que has heredado de él con toda seguridad”.

“¿Qué es?”

“El tiempo”. Su sonrisa se vuelve cariñosa, sus ojos distantes. “Aguantaba el balón hasta el último segundo posible. Yo le gritaba desde la grada que lanzara el tiro, pero él se limitaba a driblar y a mirar el reloj, y en el momento justo, lanzaba el tiro”.

“Tienes razón”. Me río, porque recuerdo haber visto una grabación suya cuando era más joven y haber pensado lo mismo.

“Por muy inmaduro e impetuoso que fuera tu padre fuera de la



cancha", dice mamá, "en la cancha, era un estudio de paciencia y visión. Veía la oportunidad adecuada y ejecutaba el tiro cuando era el momento. Solía llamarlo *dejar que el juego viniera a él*. Prueba ese enfoque con Iris. Deja que el juego venga a ti, y en el momento adecuado, haz el lanzamiento".

Mi teléfono suena y nos sobresalta a los dos. Hago una mueca cuando veo el nombre de Lloyd en la pantalla. Soy un hombre adulto. Necesito cuidar mi carrera de la misma manera que estoy cuidando esta pierna, y eso significa hablar con Lloyd. "Necesito tomar esto. He estado esquivando a mi agente".

"De acuerdo." Se levanta y se quita el polvo de los jeans. Deja caer un beso sobre mis rizos rebeldes. "Y en algún momento, te cortarás el pelo, ¿verdad?"

"Pelo de rehabilitación. Por eso no me lo dejo crecer". Paso los dedos por los gruesos rizos que caen por todas partes y respondo a la llamada de Lloyd.

Lloyd tarda cuarenta y cinco minutos en contarme diez minutos de información, así que me muero de ganas de colgar el teléfono cuando termina la conversación.

"Te enviaré los contratos por correo electrónico para que los veas y los firmes", dice. "Tenemos que hacer ese anuncio. Sugerí que no lo hiciéramos con tu camiseta de San Diego, para estar seguros".

"¿Es así?" Pregunto, sin saber si me emociona o me insulta que San Diego pueda estar considerando seriamente la posibilidad de cambiarme. Al principio de la temporada habría sido lo que quería, pero acababa de empezar a sentir que estábamos construyendo algo especial.

"Ya veremos". La voz de Lloyd es diplomática y disimulada. "Me gusta tener imprevistos. No se sabe cuándo se emitirá ese anuncio ni dónde estarás para entonces. Ah, ¿y has hablado con esa señora Sylvia?"

"¿Qué señora Sylvia?" Sólo estoy escuchando a medias, volviendo a abrir la caja de mi padre y revisándola para asegurarme

de que no he pasado por alto nada importante.

“Me llamó esta mañana diciendo que te había dejado varios mensajes de voz. Algo sobre cosas de caridad de la NBA y que querías ser voluntario en Baltimore”.

“Oh, sí. Lo sé. Tengo un montón de llamadas perdidas. La volveré a llamar”.

“Empiezas la fisioterapia la semana que viene, ¿verdad?”

“Sí. Quiero decir, he estado haciendo algunas cosas de la parte superior del cuerpo, pero no estaba autorizado para el peso en la pierna antes. Ahora lo estoy, así que entraremos en modo bestia la semana que viene”.

“*Bleacher Report* se acercó a mí para documentar tu camino hacia la recuperación”. Oigo los labios de Lloyd chasqueando con anticipación a través del teléfono. “Como una serie web o un especial”.

“No. No quiero hacer el numerito del circo, la simpatía, las miradas”.

“Es una buena idea permanecer en el ojo público. Ese próximo contrato depende sobre todo de cómo lo hagas en la cancha, pero no está de más que sepan que puedes poner culos en los asientos. Y no olvidemos que fuiste el novato del año, a pesar de haberte perdido los últimos partidos de la temporada regular.”

“Eso fue probablemente un premio de consolación”, digo, con el resentimiento supurando en mis palabras. “Sabían que el juego de Caleb era sucio y no querían dárselo. Darme el premio fue su protesta silenciosa, ya que su papá siempre encuentra la manera de protegerlo”.

“Bueno, ciertamente ha aumentado el interés del público en ustedes dos. Se está convirtiendo en una rivalidad tipo Magic Johnson-Larry Bird. La suya también empezó en la universidad”.

“Sí, pero se hicieron amigos, y Caleb y yo nunca lo haremos”.

“Realmente se la jugaron. Hacían anuncios juntos y todo eso”.

Me ahogo con mi respuesta antes de que salga de mi boca. “Y una mierda voy a hacer un anuncio con ese hijo de puta”.

*Silencio total.*

“Así que... Supongo que eso es un no rotundo”, dice.

“Eso es ‘si vuelves a ponerme en la misma habitación que ese sujeto, te despido’. Realmente no nos agradamos, Lloyd. No es para las cámaras o para subir la audiencia. El tipo es un saco de mierda que puso en peligro mi carrera. No me pidas que sonría como un bufón y beba Pepsi con él”.

*Más silencio total.*

“Tomo nota”, dice finalmente Lloyd. “¿Podrías al menos llamar a Sylvia?”

“Sí. Lo haré ahora mismo”.

Estoy ansioso por colgar el teléfono con él. Hay muchas cosas en las que Lloyd y yo no coincidimos. Cuanto más lo pienso, más dispuesto estoy a dejarle las cosas a Jared. Ahora que estamos poniendo en marcha Elevation, es el momento perfecto y el escenario ideal: él gestionando mi carrera mientras convence a otros atletas de que puede gestionar la suya.

Escucho el mensaje que ha dejado Sylvia. Me invita a dar unas charlas durante una semana en el centro comunitario de las afueras de Baltimore donde jugué todo el tiempo mientras crecía. Es exactamente el tipo de cosas que esperaba hacer mientras me rehabilitaba en este lado del país.

“Gracias por devolverme la llamada, señor West”, dice Sylvia cuando le devuelvo la llamada.

“Por favor. Llámeme August. Siento que haya tardado tanto. Acabo de empezar a ir al gimnasio de nuevo y supongo que no había prestado atención a los mensajes durante unos días.”

“No hay problema. ¿Has oído la oportunidad que tengo en mente?”

“Es perfecta”, digo, pensando en todas las veces que me pusieron

el culo en ese centro comunitario. “Me corté los dientes jugando a la pelota allí. No está lejos de casa de mi madre, donde me estoy quedando mientras me rehabilito. Estamos justo en las afueras de la ciudad”.

“Oh, bien”. La cálida voz de Sylvia llega desde el otro extremo. “Te enviaré los detalles por correo electrónico, pero básicamente es un programa de verano, y traemos a alguien diferente cada semana para inspirar y animar a los niños. Hablarás durante unos treinta minutos”.

“Suenas muy bien”. Hago una pausa por un segundo, dudando en abordar mi incómoda pregunta. “Obviamente, yo juego para los Waves en San Diego, no para los Stingers, pero ésta es mi ciudad natal y también quiero contribuir aquí. ¿Participaré algún otro Stingers?”

“En realidad...”

“Me parece bien trabajar con cualquiera del equipo”, interrumpí. “Pero Caleb Bradley y yo no somos...”

“Estoy familiarizado con las, digamos, dificultades entre ustedes dos”.

“Bien.” Suelto un suspiro, aliviado de no tener que entrar en más detalles para exponer mi punto de vista.

“Sin embargo”, dice Sylvia, “su prometida, er, perdón... novia será una de las voluntarias. Varias de las parejas de los jugadores trabajan en el centro esa semana, pero ellas...”

“¿Iris?” Paso por encima de lo que iba a decir, agarrando el teléfono prácticamente hasta el punto de romperse. “¿Estás diciendo que Iris DuPree estará allí la misma semana?”

Grillos en la otra línea. ¿Demasiado ansioso?

“Es decir, si eso es lo que dices”, continúo, bajando el volumen deliberadamente, “no se lo mencionemos a Iris”.

“Um... ¿qué?” La confusión y la reticencia se amontonan en la pausa de Sylvia. “No voy a mentir...”

“¿Mentir?” Me río un poco para tranquilizarla. “¿Quién ha hablado de mentir, Sylvia? Estaba pensando en que no se sienta

incómoda o tal vez como si no debiera venir, teniendo en cuenta cómo han sido las cosas entre Caleb y yo. Creo que es genial que se ofrezca como voluntaria”.

“Si me lo pide, tendré que decírselo”, dice un poco rígida.

“Por supuesto. Y si no pregunta...” Me encojo de hombros como si me viera. “Se enterará cuando llegue y ayudaremos al centro comunitario, que es el objetivo final, ¿no?”.

“Claro, pero no quiero que haya problemas”.

“No los habrá. Lo prometo”.

Hay silencio al otro lado durante unos instantes, y espero haberla convencido.

“De acuerdo”, dice finalmente, con la voz todavía un poco insegura. “Supongo que podríamos dejarlo como una sorpresa para todos. Eso podría añadir algo de emoción”.

“Emoción. Exactamente. Buena idea. Estará bien. No tengo ningún problema con Iris”.

“De acuerdo, bueno, enviaré ese correo electrónico con los temas que sugerimos. Puedes modificarlo como creas conveniente”.

“Gracias, Sylvia. Me hace mucha ilusión”.

Una vez que me desconecto de Sylvia, me siento solo en el cubo de plástico. Por instinto, vuelvo a acercarme a la caja de las cosas de mi padre y saco el jersey, deslizándolo de nuevo sobre mi cabeza.

“Un momento perfecto, ¿eh?” le pregunto al garaje vacío. “Parece que el partido se me viene encima, papá. Ya veremos si me toca el lanzamiento”.

# Capítulo 24

## IRIS

Hemos encontrado una nueva normalidad, Caleb y yo.

He aprendido a negociar el terreno del infierno en el que estoy atrapada. Existe este extraño acto de equilibrio entre la conformidad y la resistencia estratégica. Caleb es un volcán dormido, siempre preparado para entrar en erupción. He aprendido sus ciclos. Es un péndulo que oscila entre Jekyll y Hyde. Trato de anticiparme a sus desencadenantes tanto como puedo, pero a veces no siguen el patrón que deberían.

No ataca todos los días. En cierto modo, su imprevisibilidad lo hace aún peor. Puede pasar semanas en las que se comporta perfectamente bien. Sigue siendo repulsivo porque sé de lo que es capaz, pero controla su comportamiento y yo consigo ignorarlo. Y entonces algo lo hace estallar, una paja que ni siquiera sabía que había caído sobre la espalda del camello. Su filete está demasiado crudo. Ha perdido un partido. Su programa favorito ha sido cancelado. No hay rima o razón para su maldad.

“Estamos deseando que llegue la próxima semana, Iris”.

Levanto la vista de mi plato de pollo, puré de papas y alubias verdes, hacia el origen de esa afirmación.

*Sylvia.*

Sylvia es una de las ocho personas de nuestra mesa. Los Stingers celebran con esta cena el final de una exitosa temporada. Llegaron a la segunda ronda de los playoffs.

*Yujuuu.*

“Lo siento”. Enfoco la cara de Sylvia. “¿Qué has dicho sobre la próxima semana?”

“Sí.” Caleb se desploma un poco en su asiento junto a mí, luego se inclina hacia atrás y apoya el codo en el respaldo de mi silla. “¿Qué pasa la semana que viene?”

Se desplaza para acariciarme el cuello por debajo del pelo. Me obligo a no estremecerme ante su contacto. Eso lo enfurece, verme retroceder.

Al menos, le enfurece cuando lo hago en público.

Cuando estamos a solas, lo alimenta. Le da poder al ver que el miedo que ha cultivado cuidadosamente durante las últimas semanas prospera y crece dentro de mí. Mi miedo es una planta que él alimenta en la oscuridad.

“Oh.” Las cejas rubias de Sylvia se juntan. “¿El centro comunitario? Iris está programada para ser voluntaria allí la próxima semana”.

*Gracias a Dios.*

Dame algo. Algo fuera de esa casa y de la prisión al aire libre de mi vida con Caleb.

“No sé si seguirá siendo capaz de hacerlo”, interrumpe Caleb con el ceño fruncido.

Su mano en la curva de mi cuello parece probablemente afectuosa desde fuera, como la mano de un hombre rico y poderoso acariciando a su mascota. Muestra una posesividad que podría provocar un estremecimiento en otra persona. La mayoría de las mujeres están un poco enamoradas de Caleb cuando lo conocen. No lo conocen como yo. Sólo yo siento sus dedos apretados. Sólo yo sé que su mano en mi cuello no es amor. Es una advertencia. Es un grillete.

Sólo yo conozco al verdadero Caleb, y es una intimidad violenta que no le desearía a nadie.

“¿De verdad? Es una pena”. Sylvia lanza una mirada entre los dos, como si no supiera hacia dónde dirigir su consternación.

Instintivamente, sabe que tengo poco que decir.

“Pero todo está arreglado”, continúa Sylvia... ¿nerviosamente? Sí, nerviosa. Ella no *sabe* que Caleb es un depredador, pero en algún nivel celular, tal vez atávicamente, su cuerpo lo sabe, y eso la pone nerviosa.

*El corazón habla en susurros.*

*Me enteré demasiado tarde.*

“Los niños están deseando ver a tu familia, aunque no puedas estar allí”, dice. “Tenemos camisetas firmadas y fotos autografiadas para que Iris las reparta, y hemos pensado que los niños podrían conocer a tu hija. Eres uno de los jugadores estrella de los Stingers. Eso les vendría muy bien”.

Sylvia me mira como si esperara que me defienda. No tiene ni idea de que su petición me valdrá una bofetada o algo peor cuando llegue a casa. Tal vez un duro pellizco bajo la mesa. Caleb suele tener cuidado con mi cara, con todas las partes que la gente ve. Sólo cuando sabe que puede mantenerme en casa el tiempo suficiente para curarme, me golpea la cara. Si tengo mi teléfono conmigo, se asegura de que no tenga pruebas reales que mostrar. Y cuando tengo pruebas reales de su brutalidad, mi teléfono estará “desaparecido” durante días. Él y Ramone tienen mi cautiverio en una ciencia.

“Me voy la semana que viene”, dice Caleb, cogiendo una copa de vino y dando un sorbo. Parece despreocupado, pero ahora estoy tan pendiente de él, de su estado de ánimo, que sé que no hay nada de despreocupado en él. Está tenso a mi lado, como un depredador que se siente amenazado, como si pudiera perder a su presa si se sale de la jaula. “En realidad estaré fuera las próximas dos semanas, en China”.

El baloncesto está explotando allí, y el mercado está tan maduro que Caleb y su agente están explorando oportunidades de patrocinio. Gracias a Dios, Sarai ha estado enferma y no ha podido ponerse las vacunas necesarias. El pediatra no la autorizó a viajar, así que tengo dos semanas sin Caleb. Ramone seguirá ahí, pero Ramone no me pega. No me viola. Sólo se asegura de que nunca me escape.



*Bastardo cómplice.*

“Pero sabíamos que no estarías allí”. Sylvia frunce el ceño. “Podríamos...”

“Iris es muy particular en cuanto a quién cuida a Sarai”, interrumpe Caleb, deslizando su pulgar sobre mi hombro desnudo.

“A Sarai le pareció bien que le cuidaran los niños para el evento de esta noche, ¿verdad?”. Sylvia dirige su pregunta a mí.

“Sí, por supuesto. Parecen increíbles”, digo. “Y a Sarai le encanta la gente. Le encanta estar fuera e interactuar con otros niños”.

Caleb no me mira, pero su disgusto hace mella en mi compostura.

“Y habrá guardería en el centro comunitario para los hijos de las esposas y novias de los jugadores”, dice Sylvia. “Eres bienvenida a inspeccionar la zona y conocer a los trabajadores, Iris. Eso es si todavía quieres hacerlo”.

*Mierda.*

Claro que sí, pero no vale la pena luchar. Yo elijo mis batallas, y ésta no es una batalla que elija. Sigo buscando la mejor respuesta cuando alguien se me adelanta.

“Me parece una gran idea”, dice Michael Cross.

No había hablado con el presidente de operaciones de baloncesto de los Stingers sentado en nuestra mesa en toda la noche, pero ahora me alegro de que esté aquí.

“Nos vendría bien un poco de buena voluntad después de todo lo que se habló de una jugada sucia con August West”, dice con severidad. “Esa nube aún se cierne sobre la organización”.

Se produce un silencio incómodo en la mesa, con carraspeos y cuerpos que se mueven en las sillas de respaldo recto. Yo no. Recuerdo lo que pasó cuando acusé a Caleb de herir a August a propósito. Me quedo callada. Me quedo quieta, pero el nombre de August aterriza con fuerza en mis oídos. Incluso más pesado en mi corazón.

“La liga no me multó”, dice Caleb, con su sonrisa de *soy apuesto e inofensivo* bien puesta. “No se demostró nada porque fue un accidente. La mierda pasa cuando estás en la cancha”.

“Sí, bueno, es malo para la imagen del equipo. Y que West consiguiera el premio al novato del año no ayudó”, dice Michael, con la mirada fija en Caleb.

Qué noche fue esa.

Cuando August fue nombrado Novato del Año, supe que tendríamos una mala noche. La verdad es que no me molesta mucho sexualmente, probablemente porque lo hace en todas partes. Si pudiera enviar a esas mujeres cestas de frutas, lo haría. Pero esa noche, nadie más lo haría. August no estaba allí para que él descargara su rabia, y yo fui la siguiente mejor opción.

“Vamos a decorar esa cara bonita que tanto parece gustarle a West”, había gruñido, eyaculando sobre mi cara. Su semen me había inundado la boca, me había nublado la vista, había invadido mi nariz y se había hundido en mis poros.

“Iris, ¿todavía quieres hacerlo?” La pregunta de Michael Cross me hace volver a la mesa, a la conversación. “¿Lo *harías*?”

*Todos los ojos están puestos en mí.*

Lanzo una mirada en dirección a Caleb, pero está estudiando el vino en su copa. ¿Qué se supone que debo decir aquí?

Quiero hacerlo. Lo necesito. Él y Ramone me tienen encerrada cada hora del día. ¿Para liberarme de ellos un par de veces? No tendré mejor excusa que el jefe de Caleb prácticamente ordenándole que me “deje” hacerlo.

“Claro”. Extiendo una sonrisa fácil alrededor de la mesa. “Me encantaría ayudar”.

“Genial”, dice Michael Cross, ofreciéndome una sonrisa amistosa. “Entonces está decidido”. Sus ojos son un poco más pétreos cuando pasan a Caleb. “Te parece bien, ¿verdad, Caleb?”.

“Por supuesto”. Caleb enlaza sus dedos con los míos sobre la

mesa, girando nuestras manos para que su anillo de adorno capte perfectamente la luz. “Iris representará bien a nuestra familia”.

“Oh, acabo de fijarme en tu anillo”, dice Sylvia, abriendo los ojos ante la piedra que pesa en mi dedo. “No me había dado cuenta... bueno... enhorabuena”.

Sus ojos se posan codiciosamente en el anillo de compromiso durante un coro de buenos deseos de todos los comensales,

*¡Puedes tenerlo!*

Quiero gritarlo para que Sylvia y todas las mujeres en un radio de cincuenta kilómetros sepan que no quiero a Caleb y que está en el mercado. Si te gusta que te abofeteen, te chantajeen, te atrapen y te hagan prisionera, él es tu hombre.

Porque ciertamente no es el mío.

Mantener las apariencias es importante para él. Al lado de Caleb, soy un candelabro, iluminado y brillando con luz artificial. Esta noche, él necesita que yo brille. Afortunadamente, Cross le ha quitado a Caleb la posibilidad de elegir.

*¿Qué se siente, Caleb? ¿Qué te quiten tus opciones?*

Unas horas más tarde, se burla de mí con su silencio en el auto de camino a casa. Si empezara a atacarme en cuanto estuviéramos solos, tendría sentido. Pero no, le gusta mantenerme alerta, así que soy un pequeño ratón inseguro de cuándo atacará la serpiente.

No es hasta que estoy en el baño preparándome para ir a la cama cuando vuelve a tocar el tema. Se acerca a mí por detrás. En el espejo, sus anchos hombros y su pecho desnudo salen a la luz, los planos esculpidos y el vientre musculoso no son una tentación para mí. Levanto los ojos para encontrarme con los suyos en el reflejo, la serenidad de mi expresión se ve desmentida por los latidos de mi corazón. Últimamente me ha dejado en paz, probablemente porque sabía que se acercaba la cena. Y ahora, la semana que viene está el centro comunitario. Mi cara en el espejo no está marcada, y seguirá así.

No ocurre lo mismo con mis brazos, llenos de círculos oscuros

donde sus dedos han agarrado, o con mi espalda, magullada por su zapato. Me ha marcado de tantas formas secretas, que temo que incluso cuando escape, nunca me libraré de él.

Pero escaparé.

No basta con correr, con alejarse de Caleb. Incluso si huyo, sus mentiras me perseguirán, y al final, tendrá acceso a Sarai. Para mí, eso no es ganar. Eso no es libertad. Y cuando Caleb dice que me matará si lo dejo, lo dice en serio. Hay un asesinato en sus ojos, un gatillo aún por apretar. Tengo que ser más inteligente que eso. Más inteligente que él. Él me atrapó, y yo tengo que tenderle una trampa. El momento tiene que ser perfecto. Puede que sólo tenga una oportunidad.

“No hagas nada de lo que te puedas arrepentir la semana que viene”, dice suavemente.

Me quito el maquillaje y miro mi reflejo en el espejo. No lo miro, una pequeña rebelión. La única que se me permite.

“¿Me has oído?” Me agarra del brazo exactamente en el lugar que ya está marcado, provocando una mueca de dolor y una respiración aguda de mi parte.

“Te he oído”. Lo miro por el espejo y asiento con la cabeza. “¿Qué haría yo, Caleb? ¿Correr? Ya lo intenté, ¿recuerdas?”

“Pero no te olvides la semana que viene cuando estés en el centro comunitario”. Su mano se pasea por mi brazo, se desliza alrededor de mi cintura y se arrastra hacia arriba para acariciar mi pecho. “Tengo tanto sobre ti que tendrás suerte de ver a Sarai los fines de semana”.

“Soy muy consciente, Caleb”. Me tenso bajo su mano, la amargura aromatizando las palabras en mi boca. “De lo que está en juego”.

La señora Darling llamó la semana pasada para asegurarse de que Sarai seguía “a salvo”. Dijo que estábamos bien por ahora y que no debería necesitar más visitas a domicilio, pero necesito encontrar ese diario y darle la vuelta a la tortilla a Caleb. Utilizó las cosas más importantes para mí en mi contra: mi familia y mi hija. Sabe que moriría antes de permitirle tener siquiera la custodia compartida de

Sarai, después de haber visto de lo que es capaz. Ha tramado estar muchos pasos por delante de mí antes de que me diera cuenta de que estaba en el juego.

“No puedo creer que Cross haya tenido el descaro de sacar a relucir a West”, dice Caleb con dureza, con sus dedos apretados sobre mí. “Ese hijo de puta me robó el Novato del Año”.

Me aprieta el pezón, y yo respiro profundamente, respirando a través del dolor.

“West siempre quiere lo que es mío”, continúa Caleb, sus ojos en el espejo, su mente en August. “Pero no puede tenerte a ti.

Asiento con la cabeza, contando hasta diez para distraerme de las agujas de la agonía que me atraviesan el pecho. Y entonces su mano desaparece.

Me apoyo débilmente en la encimera del baño, esperando que se vaya. Rezo para que me deje en paz, pero como tantas noches en las que he rezado en los últimos meses, nadie me escucha.

Me empuja el dobladillo del camisón por encima de las caderas hasta que el aire fresco me golpea los muslos y el trasero. Me baja los pantis de un empujón. Caen al suelo y me rodean los tobillos como si fueran esposas. Me aprieta la espalda, forzando mi pecho contra la encimera del baño. Mi mejilla se estrella contra el frío cuarzo.

“Caleb, por favor”. Miro al espejo, buscando en sus ojos cualquier signo de indulgencia. “No lo hagas”.

No contesta, sino que me mira fijamente el culo, con una mirada mezcla de hambre, posesividad y malicia. Me clava los dedos en la cadera y oigo cómo el pantalón del pijama se desliza por sus piernas; siento la primera presión de su invasión.

No soy religiosa. No soy una gran sacerdotisa. Ya no creo en casi nada. No puedo creer en las supersticiones de Lotus ni en el misticismo de MiMi, pero cada vez que Caleb me toca, las mismas palabras acuden a mis labios, una oración no susurrada que resuena en la cámara cavernosa de mi corazón.

*Dios, líbrame de esto.*

*Sálvame.*

# Capítulo 25

## IRIS

“Estaré bien aquí sola, Ramone”.

Él está en el asiento del conductor del todoterreno que yo conducía antes de que Caleb me quitara el carné, y yo en el asiento trasero. El centro comunitario, la dulce libertad -al menos durante dos horas- está al otro lado de la calle.

“Voy contigo”. Se desabrocha el cinturón de seguridad.

“No”. Nuestras miradas se fijan en el espejo retrovisor mientras desabrocho la silla de Sarai. “Es un centro comunitario para niños. Parecerá ridículo que entres allí con nosotros. Nos vemos aquí cuando termine”.

Me mira con desconfianza.

“No te preocupes. Sé que no puedo irme sin que me arresten por secuestro”, digo con amargura. “O que los servicios sociales aparezcan en mi puerta. Gracias por eso, por cierto”.

A Ramone no parece preocuparle que sepa que ha mentido a los servicios sociales. Cualquiera que se quede de forma cómplice mientras Caleb hace las cosas que me hace no puede tener ninguna vergüenza.

“Dos horas”. Echa un vistazo del centro comunitario a su reloj. “Estaré aquí”.

Salgo corriendo antes de que cambie de opinión. Coloco a Sarai en su cochecito, cojo su bolsa de pañales y apenas cierro la puerta antes de empujarla por la acera. Estoy decidida a tener algo de tiempo sin que Ramone me esté respirando en la nuca. Esta semana ha sido

aún peor con Caleb en China. El perro guardián está en alerta máxima, y estoy segura de que tiene instrucciones estrictas de informar de cualquier comportamiento inusual. Como la aparición de una columna vertebral o la voluntad.

Mi vida ha sido relativamente tranquila con Caleb fuera. Sólo tengo algunos moretones en lugares que nadie verá. Me siento aliviada, por una vez, de no tener heridas que tapar, además de las que están bajo mi piel, alrededor de mi corazón. Esas son las peores de todas.

Llego a la entrada del centro comunitario. No estamos del todo en el barrio, ni en los suburbios. Conozco el barrio, lo transité los primeros doce años de mi vida, y esto no es así. No hay ni un drogadicto ni una prostituta a la vista. El edificio ha visto días mejores, pero está limpio y en buen estado.

La joven de la recepción levanta la vista de su novela romántica para ofrecerme una agradable sonrisa.

“Hola”. Le devuelvo la sonrisa. “Estoy aquí para el campamento de baloncesto”.

Ella inspecciona todos mis detalles. Me vestí lo más discretamente posible, pero después de mi embarazo, Caleb me “sorprendió” con un vestuario totalmente nuevo. En su momento me reprimí por no sentirme más agradecida, pero ahora lo reconozco como un hilo más de la marioneta que tiró para ejercer su control. Mis jeans oscuros son sencillos, pero caros. Sólo he traído la bolsa de pañales de Sarai, pero es de diseño. Por no hablar de ese anillo que me acompaña en el dedo. Como Caleb le dio tanta importancia en la cena, no me atrevo a presentarme como voluntaria sin él. El anillo y Sarai son sus accesorios, presentándolo además como el hombre de familia ideal en lugar del monstruo que conozco y odio.

“¿Eres la esposa de un jugador, eh?”, pregunta, mirando a Sarai en el cochecito.

“Um, novia”.

Sé lo que la gente piensa cuando me ve: que lo tengo todo hecho



y que Sarai es el billete de comida que me establece para toda la vida, o al menos hasta que cumpla los dieciocho años. No tienen ni idea de que, bajo esta blusa de seda metida dentro de mis jeans de diseño, los moratones, negros y azules y amarillos, a menudo salpican mis costillas como manchas de tinta; que, regularmente, pruebo mi propia sangre. Me cambiaría con los más pobres, con los sin techo, con esta joven de aquí, sólo para liberarme del demonio sin cola con el que duermo cada noche.

“He oído que podría poner a mi bebé en la guardería mientras soy voluntaria”. Miro alrededor del pequeño vestíbulo con curiosidad. “¿Podría verla?”

Definitivamente necesito saber cómo es antes de dejar a Sarai allí.

Cuando doblamos la esquina, una mujer mayor, probablemente la abuela de alguien, se acerca a la media puerta, la inferior asegurada y la superior abierta.

“¿Quién es esta pequeña?”, pregunta, asomándose y sonriendo ampliamente a Sarai. Mi hija nunca se topa con un extraño e inmediatamente empieza a soplar burbujas y a agitar sus manitas de estrella de mar.

“Se llama Sarai”. La saco del cochecito. “¿Tienes sitio para ella?”

“Claro que sí”. Abre la mitad inferior de la puerta y me hace un gesto para que entre. “Soy Audrey”.

El espacio destinado a la guardería es pequeño, pero ordenado, con unos cuantos niños de la edad de Sarai gateando y dando vueltas. Los cambiadores se alinean en el perímetro de la sala y las paredes están repletas de libros y juguetes. Las otras cuatro trabajadoras de la guardería tienen desde mi edad hasta la de Audrey. Todas están cambiando a los bebés o jugando con ellos en el suelo o meciéndolos en el sillón de la esquina. La sensación es de calidez y seguridad. Puedo respirar tranquila durante dos horas.

Una vez que he registrado a Sarai y he cogido el pequeño localizador que me han dado por si me necesitaban, me dirijo a la recepción. Hay otras dos mujeres, también vestidas con jeans de

diseño, como yo, pero donde yo opté por zapatos planos, ellas llevan tacones de aguja. Su cociente de glamour está definitivamente varios niveles por encima del mío. No hay anillos a la vista.

“Los niños irán a esa habitación al final del pasillo a su izquierda”. La joven recepcionista señala en esa dirección. “Entrarán cuando terminen su actividad de la mañana. Puedes esperar si quieres”.

Ambas mujeres se dirigen hacia el pasillo sin saludarme, con las cabezas agachadas y susurrando mientras caminan. Cuando llegamos a la habitación y estamos las tres solas, me resulta incómodo quedarme aquí. Extiendo mi mano a uno de ellos. “Hola, soy Iris”.

Miran mi mano durante unos segundos antes de que una y luego la otra la estrechen.

La segunda me coge la mano izquierda cuando me estrecha la derecha.

“Oh, qué bonito”. Mira mi anillo tanto tiempo que me pregunto si sacaré una lupa. “Y me dijo que habías ido a la guardería. Tienes el bebé y la joya”.

Intercambian una mirada significativa y luego se vuelven hacia mí con un nuevo respeto en sus ojos.

“Eres #Metas, cariño. Inteligente para conseguir lo que puedas mientras puedas. ¿Crees que un jugador tiene una vida corta? Nuestra vida útil es aún menor”, dice una de ellas. Unas favorecedoras extensiones resaltadas le caen por encima de los hombros y tiene un cuerpo por el que los hombres deben babear. “Soy Sheila”.

“Encantada de conocerte, Sheila”, le respondo con una sonrisa que no es una puerta abierta, pero que no se le cierra en la cara. Está... entreabierta. Estoy entreabierta. Desde que Caleb mostró su verdadera cara, me encuentro cerrando filas en torno a Sarai y a mí. No puedo permitirme apegos o vulnerabilidades o amistades. Ya no sé en quién confiar. La última persona en la que confío es en mí misma porque no vi realmente a Caleb hasta que fue demasiado tarde. Confiar en la persona equivocada puede destruirte.

“Y yo soy Torrie”, la otra mujer, escultural, con la piel suave como el chocolate batido y un gorro de rizos oscuros, ofrece su mano, con la punta de una manicura metalizada.

“Creo que hoy somos sólo nosotras tres”, dice Sheila, acercando una silla de plástico roja y haciéndome un gesto para que haga lo mismo. “Bonnie está ‘enferma’ de nuevo”. Dice con comillas al aire que está enferma.

Torrie se acerca y dice sus siguientes palabras a media voz. “Su hombre también juega para los Stingers, y ella siempre está volando”.

“Pero le golpea el culo cada vez que puede”, termina Sheila, con la boca inclinada en una esquina. “Así que cuando ella está ‘enferma’, sabemos que eso es un código para ‘él la atrapó de nuevo’”.

Me paralizó en la silla, las náuseas comienzan en mi vientre y se arrastran lentamente por mi cuerpo, tocando cada centímetro de carne y hueso que Caleb ha aterrorizado. Mantengo mi rostro como una máscara de leve curiosidad, pero mis dedos se aprietan en la palma de la mano, las uñas cortando la piel. Han pasado varias semanas desde la última vez que Caleb me golpeó de verdad, así que, aparte de los ocasionales moratones o cortes fácilmente disimulables, no me mirarías y sabrías el infierno que he vivido. Ahora mismo, sin embargo, bien podría estar desnuda, me siento tan expuesta.

“No se irá nunca”, dice Torrie, sentándose en el asiento entre nosotros. “Ese dinero es demasiado bueno”.

*O tal vez tiene miedo de que la mate.*

“Chica, la primera vez que un hombre me pega”, dice Torrie, con los labios torcidos por el desdén, “él recibe un golpe de vuelta. Una bofetada en la cabeza”.

*¿Pero qué pasa si es un pie más alto? ¿Cien de kilos más? ¿Y si tiene una pistola?*

“No sé por qué se queda”, continúa Torrie. “Pero mis hijos y yo saldríamos por la puerta”.

*¿Pero podría traerlos de vuelta? ¿Podría llevarse a sus hijos?*

“¿Tiene hijos?” pregunto, sin querer mostrar demasiado interés.

“Chica, tienen cuatro hijos”, confirma Sheila. “Llevan juntos como siete años, desde la universidad”.

“Quizá tenga miedo de que él consiga la custodia o algo así”, ofrezco.

“¡No si él la golpea!” La voz de Torrie se indigna. “No le van a dar los niños si es maltratador”.

“Sí lo hacen”, respondo en voz baja. “Sucede todo el tiempo, especialmente si nunca ha abusado de los niños y no tiene antecedentes. Muchos maltratadores obtienen la custodia parcial. Algunos incluso reciben visitas en el centro de acogida para mujeres al que ella acudió. Nuestro sistema falla a las mujeres de muchas maneras”.

“Hmmmph. Se está fallando a sí misma”, dice Sheila. “Cuando alguien te está dando una paliza, ¿qué tan duro es el ‘adiós’?”

Sheila y Torrie se ríen a carcajadas y chocan los cinco por el chiste, pasando a otros jugosos chismes. Su conversación me pasa desapercibida. Estoy demasiado ocupada procesando lo que parece mi vida desde fuera. Sé que no soy lo que la gente podría suponer: no soy una instigadora, ni una mujer de voluntad débil que teme dejar a su hombre, ni siquiera estoy confundida porque crea que Caleb me ama. Aun así, la vergüenza arraiga en mi corazón. La misma vergüenza que siento cuando Andrew atiende mis cortes y rasguños la mañana siguiente. La misma vergüenza que siento cuando veo mi cara hinchada en el espejo, con un ojo hinchado. Hay una rebelde en mi interior, pero la chica que golpea y pateo y viola y desprecia, la que está esperando su momento y esforzándose por encontrar una salida, siente vergüenza.

“¿Alguna de ustedes sabe qué vamos a hacer hoy?” Torrie busca un chicle en su bolso y nos ofrece una barrita a las dos. “Mi hombre está en Alemania explorando, así que necesitaba algo que hacer de todos modos”.

“Hoy es el primer día”, dice Sheila, metiendo el chicle en la boca.

“Repartiremos algunas camisetas y fotos autografiadas. Querrán hacerse fotos, algunas con nosotras, pero sobre todo con el jugador de baloncesto”.

“¿El jugador de baloncesto?” Pregunto. “Creía que íbamos a sustituir a los jugadores de baloncesto”.

“Han encontrado a alguien que vendrá a cubrir esta semana”, dice Torrie. “No estoy segura de quién. Este primer día será bastante relajado. Trabajaré algunos fundamentos, algunos ejercicios sencillos, y luego algunas cosas de modelo.”

“Al menos así ha sido antes”, añade Sheila.

Sylvia entra en la habitación antes de que pueda seguir indagando. Reparte una sonrisa entre las tres y nos saluda cordialmente.

“Gracias, señoras, por estar aquí hoy”. Me mira con nerviosismo, quizá por lo mucho que Caleb se resistió a que viniera. “Los chicos están de enhorabuena. Uno de los jugadores más populares del partido de hoy estará aquí toda la semana”.

“¿Quién es?” Pregunto distraídamente, sin importarme mucho.

“Soy yo”, una voz familiar llega al otro lado de la habitación y capta toda mi atención.

Todo el aire abandona la habitación, abandona mis pulmones. Mi corazón retumba como un trueno y un rayo recorre mis venas. Al igual que en el partido de baloncesto, y como cada vez que lo he visto, no puedo ignorarlo; no puedo apartar los ojos de August West que está en la puerta.

Sólo me permito un segundo de sobresalto antes de que el peligro de esta situación se cristalice como una piedra en mi vientre. No tengo ni idea de lo que esto llevará a Caleb a hacer si se entera. Si Ramone lo ve, seguro que lo cuenta.

La autopreservación me tiene en pie. La sabiduría me hace pasar por delante de August sin mirarlo a los ojos. La desesperación me hace hacer lo que las mentiras y la brutalidad de Caleb me impiden hacer todos los días.

*Corro.*

## Capítulo 26

AUGUST

“¡Iris!” Llamo tras su espalda en retirada. No se detiene ni mira por encima del hombro.

Que me aspen si se va sin hablarme al menos. Mis piernas son mucho más largas que las tuyas, así que ignoro el dolor y doy dos pasos estirados para alcanzarla.

“Oye”. Le cojo el codo, con firmeza, pero con suavidad, y la giro para que me mire, con una mano en el brazo y otra en la cintura. “Iris, espera”.

Cuando inclino la cabeza para alinear nuestras miradas, no pienso en el pasador de titanio que mantiene unidos los tendones y los huesos de mi pierna. El dolor sordo de mi rodilla y las largas semanas que he estado inmovilizado y frustrado, todo se desvanece. No pienso en los meses de agotadora rehabilitación que me esperan. Me ha preocupado no estar a pleno rendimiento cuando vuelva la próxima temporada, o tal vez nunca más, pero ahora mismo no puedo pensar más allá de este momento hipnótico. Todas esas cosas palidecen y se secan, disminuidas por la mujer que tengo delante. Aunque sé que Caleb lo ha hecho por ella, ahora mismo no importa.

Como en el partido de los Stingers y en el fin de semana del All-Star, como la noche en que nos conocimos, no apartamos la mirada. Ese hilo que nos atrae y nos acerca cada vez que estamos juntos encoge el espacio que nos separa, aunque no nos movamos ni un centímetro. Pasan entre nosotros cien momentos perdidos y mil palabras nunca pronunciadas, y todo lo que se mantiene rígido y apretado en su cuerpo, en su rostro, se suaviza cuando ella se inclina más.

El chirrido de las zapatillas de tenis sobre el suelo del gimnasio en la distancia rompe el momento, y ambos parpadeamos. Absorbo el entorno, que había pasado a un segundo plano. Ella sacude la cabeza y se aparta.

“¿Por qué estás aquí, August?” pregunta Iris. Sus ojos marrones, salpicados de otoño, verde y oro, parecen más oscuros que la última vez que la vi. No es el color. Hay algo detrás de ellos. Algo en su interior es más oscuro. Más apagado.

“Me ofrecí como voluntario”, respondo.

“¿Y es una coincidencia? ¿Qué seamos voluntarios aquí la misma semana?”

“Sí, lo es”.

Sus ojos buscan los míos, aparentemente no satisfechos con mi respuesta.

“Vale, sí sabía que estarías aquí”, admito, pero hablo rápido antes de que saque conclusiones. “*Pero* no lo organicé. Le dije a la liga desde el principio que quería hacer un voluntariado local, aquí donde crecí, no sólo en la ciudad de mi equipo. La casa de mi madre no está lejos. Cuando era niño jugaba aquí todo el tiempo”.

Me estudia, con sus largas pestañas sin parpadear, antes de asentir. “Entonces me iré”.

Se aleja, pero la atrapo y la mantengo en su sitio. Con los ojos puestos en mis dedos alrededor de su muñeca, se estremece y respira bruscamente.

Mi mano parece enorme alrededor de los delicados huesos de su muñeca.

La suelto y doy un paso atrás.

“Lo siento, Iris. ¿Te he hecho daño, maldita sea?”

Me siento como un hijo de puta del Increíble Hulk que ni siquiera conoce mi propia fuerza, agarrándola así.

“No.” Ella estudia el suelo por un momento, sacudiendo la cabeza y frotándose la muñeca. “Yo... no. No me has hecho daño. Sólo



estoy cansada, supongo, y nerviosa”.

“Razón de más para hacer algo que te hacía ilusión, ¿no?”. Pregunto. “No te vayas. No estamos haciendo nada malo”.

Ella levanta la vista y se burla, su risa no tiene humor. “August, no puedo hacer esto”.

“¿Hacer qué?” Me acerco con cautela.

“Esto”. Nuestras miradas se cruzan. Su voz es ronca y baja. “Tengo que irme”.

Estoy lo suficientemente cerca como para captar su olor y su calor. Podría hacer esto todo el día. Sólo olerla. Tocarla. Aunque sólo nos hemos visto unas pocas veces, la he extrañado. No hay nadie más en quien caiga tan rápido, la conversación y las bromas y la conexión. La química. Lo anhelo de nuevo. Sí, quería ser voluntario donde crecí, pero ahora mismo, Iris es la razón por la que estoy aquí.

“Apuesto a que has estado esperando el voluntariado, ¿verdad?”. Pregunto. “La última vez que hablamos, querías algunas salidas”.

“La última vez que hablamos, estaba sufriendo una depresión posparto y no tenía ni idea”. Ella esboza una pequeña sonrisa. “Hasta que me sugeriste que hablara con mi doctor. Gracias, por cierto”.

“¿Así que te sientes mejor?”

“Sí, mucho mejor, pero tienes razón. Tenía ganas de ser voluntaria”. Sacude la cabeza, con determinación en el conjunto de su boca y barbilla. “Aunque habrá otras oportunidades de ayudar”.

“Pero ésta está aquí ahora”. Le doy un apretón de manos y me burlo de ella con una sonrisa. “Te prometo que no muerdo ni tengo piojos”.

Pone los ojos en blanco, su risa es suave y apenas se oye, pero es una señal alentadora. Su mirada se dirige a mi pierna y se tranquiliza. “¿Todavía te duele? ¿La pierna?”

Yo también miro hacia abajo. Llevo una férula debajo de los jeans. Puedo caminar con cuidado, pero hace poco que me han autorizado a poner peso sobre ella.

“No está mal”. Me encojo de hombros. “Todo forma parte del juego”.

Aprieta los ojos y aprieta los labios. Tan apretados que casi me pierdo lo que dice a continuación.

“Nos vio, August”.

No tengo que preguntar a qué se refiere. Lo sé. Le vi viéndonos en el partido. Y vi la rabia que causó antes de que se asegurara de que yo la sintiera. “Lo sé”.

Ella levanta unos ojos sorprendidos que se llenan de lágrimas. “Esto sucedió por mi culpa”. Hace un gesto hacia mi pierna herida. “Lo siento mucho. Dios, me siento tan culpable”.

“No hay nada de lo que sentirse culpable. No fuiste tú. Fue él”.

“Cierto, y no quiero que te vuelva a hacer daño por mi culpa”. Ella estabiliza los labios temblorosos en una línea firme. “No quiero que haga daño a nadie por mi culpa”.

“¿Por qué estás con él, Iris?” Pregunto, la confusión impulsando la pregunta fuera de mí.

Ese algo-esa cosa desconocida que acecha detrás de sus ojos desliza un velo sombrío sobre su expresión, y la verdad se esconde.

“Las cosas no son siempre como parecen. No son sencillas”. Retrocede hasta que mis manos se alejan completamente de ella. “Nada es sencillo”.

“Entonces explícamelo. No puedo pensar, sabiendo que haría algo así”, digo señalando mi pierna, “que te quedes con él”.

“¡Iris!” Sylvia llama desde el final del pasillo, sus ojos se mueven entre Iris y yo. “¿Está todo bien?”

Probablemente ya ha creado todo tipo de escenarios en su cabeza sobre la relación entre Iris y yo, especialmente desde que le pedí que no le dijera a Iris que estaría aquí. Al vernos juntos de esta manera, probablemente tenga más preguntas. A mí no me importa, pero sé que a Iris sí.

“Todo está bien”, responde Iris rápidamente, dando otro paso

atrás. “Pensé que la guardería me estaba llamando por mi hija, así que vine a comprobarlo. Pero está bien”.

Toca el localizador que no había visto en su cadera. Es entonces cuando veo algo más en lo que no había reparado. Un enorme anillo de compromiso.

Mierda. Me estoy engañando a mí mismo. Esto que he estado persiguiendo en mis sueños, esta conexión de la que incluso le hablé a mi madre, está todo en mi cabeza y todo de mi parte. Sus ojos siguen los míos hasta el anillo en su dedo.

“August”, susurra. “Puedo ex...”

“Supongo que será mejor que vuelva allí, ¿eh?” Corto por encima de ella con dureza, dirigiéndome a Sylvia.

“Estamos listos para empezar”, dice Sylvia con inseguridad. “Los niños están entrando en la sala de recreo ahora”.

“Bien.” Sin mirar de nuevo a Iris, me dirijo al pasillo y a la sala de recreo.

Soy un idiota. ¿Es complicado? No, es simple. Ella tuvo su bebé. Lleva su anillo. Se va a casar con él. Cuanto antes me lo meta en la cabeza, mejor. Ya he perdido bastante suspirando por una chica que pertenece a otro. He perdido el sueño y un tiempo precioso.

Hago una mueca por el dolor que me sube por la pierna por el exceso de uso de hoy. Puedo haber perdido mi carrera, mi futuro, por algo que no existe. Voy a apagar mi decepción y mi rabia, a tapar mi corazón lo suficiente como para terminar esta charla, y luego guardaré esta fantasía para siempre. Miro las paredes, cubiertas de frases motivadoras y fotos de personajes famosos. El centro comunitario apenas ha cambiado desde que yo jugaba aquí de niño. La pintura se desprende de la pared en algunos lugares, y los aros del gimnasio han visto días mejores. Lo mejor para deshacerse de una fantasía es una dosis de realidad, y esta comunidad siempre te recordará lo que es real.

Mi familia era de clase media. Mi madre era profesora y, una vez que mi padrastro se retiró del ejército, se dedicó a las ventas. Mi vida

familiar era estable, pero yo siempre intentaba encontrar mi lugar. Me sentía como un engranaje que no encajaba en ninguna rueda. Una pieza de rompecabezas extraviada.

Los mejores jugadores de la ciudad jugaban aquí. Yo quería ser desafiado y estirado, así que jugué aquí también. No esperaba encontrar piezas perdidas de mí mismo en estas canchas; de la cultura que mi padre habría compartido conmigo si hubiera vivido.

El baloncesto me ayudó a encontrar mi lugar. No soy el número treinta y tres, ni el base, ni el campeón de baloncesto, ni el jugador All-American. Esas cosas no son lo que soy. Soy más que eso. Este lugar me ayudó a ser más que eso.

Compartimento, me trago la emoción que me produce ver el anillo de Iris y miro alrededor de la sala, de pared a pared con rostros jóvenes, en su mayoría negros y morenos. Recuerdo cómo fue crecer aquí; la búsqueda que hice, buscando mi identidad; sintiéndome atrapada entre mundos y cómoda en ninguna parte. Muchos de estos chicos también están luchando. Tal vez no porque sean birraciales y se pregunten cómo clasificarse a sí mismos, sino porque luchan por conciliar las duras realidades de sus vidas con la inmensidad de sus sueños, con sus ambiciones imposibles. Comprendo que se sueñan sueños demasiado grandes y que se persiga una vida que la mayoría nunca alcanza. Contra todo pronóstico, yo tengo esa vida y estoy viviendo ese sueño.

“No estoy aquí para decirles cómo llegar a ser un jugador de baloncesto profesional”, empiezo sin preámbulos. “No hay garantías, y lo más probable es que ninguno de ustedes llegue nunca a la NBA”.

Unas cuantas caras se caen ante este pedazo de realidad, pero tengo su atención. Con los alumnos de secundaria, esa es la mayor parte de la batalla. Iris entra y ocupa un lugar en la parte de atrás con las otras dos mujeres que se ofrecen como voluntarias. Sus ojos tristes se encuentran con los míos, pero esta vez miro hacia otro lado. No pienso volver a caer en esa trampa.

“Incluso los chicos, y las chicas”, digo con una sonrisa a algunas de las jóvenes de la primera fila, “que tienen el talento no siempre

pasan el corte. El baloncesto no es lo importante. Lo importante es soñar”.

Me arriesgo a echar una breve mirada en dirección a Iris, e incluso con sus ojos ensombrecidos, es la cosa más brillante y hermosa que he visto nunca.

“Sé lo que es desear algo que probablemente nunca tendrás”. Nuestros ojos se sostienen durante un breve instante antes de que yo separe los míos. “Entiendo la decepción de que alguien diga que nunca podrás. Sueña con otra cosa. Hay demasiadas cosas que dicen que no puedes, así que estoy aquí para decir que puedes. ¿Poder qué?”.

Me encojo de hombros, bajando las comisuras de los labios. “Puedo lo que sea”. Señalo mi pierna. “¿Cuántos de ustedes vieron el partido cuando caí?”.

Las manos se levantan. Muecas de simpatía cruzan varios rostros.

“Sí, fue duro. Algo por lo que trabajé toda mi vida se sintió como si pudiera terminar en un instante. Desde que me operaron, he pasado el tiempo reconciliándome con esa posibilidad. ¿Y si el baloncesto se hubiera acabado para mí?”.

Escudriño los rostros embelesados, encontrando en muchos de ellos un hambre y una curiosidad que responden.

“Si eso ocurriera, no voy a hacer frente como si no estuviera hecho polvo, porque lo estaría”. Hago una pausa para que se rían, regalándoles también una sonrisa. “Pero encontré mi lugar aquí en este centro comunitario, en los partidos de recogida de los sábados, en la liga de verano y en los campamentos. Este lugar, más que ningún otro, me enseñó a buscar algo más. Sé que las cosas no siempre son buenas en casa. Sé que las cosas no siempre tienen sentido en la escuela. Incluso sé que a veces quieres dejarlo, porque yo lo he querido un millón de veces”.

Les lanzo una sonrisa irónica. “A veces todavía lo hago, pero no lo haré nunca. Este lugar me ha enseñado eso. Los consejeros de aquí

y los estudiantes, los otros soñadores”. Señalo a través de la puerta y entrecierro un ojo. “La casa de mi madre está a unos dieciséis kilómetros en esa dirección. Esta ciudad es mi hogar. Hace años me senté exactamente dónde están ustedes escuchando a alguien que me decía que podía hacer lo que quisiera, aunque mi sueño fuera improbable”.

Levanto un poco la pierna, me levanto los jeans, asegurándome de que todos puedan ver el aparato ortopédico. “He decidido que voy a volver más fuerte y más rápido que nunca. He decidido que volveré antes de lo que todos creen que puedo y mejor de lo que esperan que sea”, digo. “Mientras estaba tumbado de espaldas con estos clavos en la pierna y todo el mundo especulando sobre mi futuro, decidí que no iba a perder la esperanza. La esperanza es la brecha que existe entre el “qué pasaría si” y el “qué pasa”, pero hay que llenar esa brecha con mucho trabajo. Y de eso vamos a hablar esta semana. De la esperanza. Sueños. Trabajo”.

Miro mi reloj y luego las pizzas que Iris y las otras dos mujeres están preparando al fondo de la sala. “Creo que su almuerzo está aquí. Mi tiempo se ha acabado por hoy, pero si quieren hablar, estaré aquí unos minutos mientras se sirve la comida”.

Firmo autógrafos y hablo con los niños que se reúnen alrededor después de mi charla. Les presto toda mi atención, pero percibo los ojos de Iris sobre mí de vez en cuando. Es una sensación embriagadora estar en la misma habitación con ella durante tanto tiempo, algo que he querido para poder probar estas sensaciones y ver si aguantan el desgaste normal. Ahora, no importa. Una vez que sea la esposa de otro hombre, estas sensaciones no se sostendrán, sino que se pondrán. Y empezaré a hacerlo hoy tan despiadadamente como abordaría a un oponente en la cancha. Sólo que el oponente soy yo, porque la parte obstinada de mí que nunca me permitió renunciar a mi sueño de jugar en la NBA tampoco quiere que me rinda con ella.

Sylvia y yo caminamos hacia la salida, repasando los planes para la semana. Hablaré, compartiré algunos ejercicios con los que juegan al baloncesto, aunque estoy limitado en lo que puedo hacer

físicamente, y participaré en un proyecto de embellecimiento en una de las salas de recreo.

Estamos terminando cuando Iris me llama por mi nombre.

Viene hacia nosotros con su hija en la cadera. Esto no es justo. *¿Las dos?* Si quieres que un hombre siga soñando, dale una visión de lo que podría llegar a suceder.

*Podrían ser mías.*

Una ola de posesividad fuera de lugar me recorre. La idea de que vuelvan a la casa de Caleb me hace rechinar los dientes. La idea de Iris en su cama es físicamente dolorosa, me aprieta las tripas. Las dos son de Caleb y las codicio.

Pero un destello de ese diamante de tantos quilates en su dedo me recuerda lo inútil que es la esperanza.

Cuando llegan a nosotros, Iris me mira con incertidumbre a Sylvia y se aclara la garganta.

“August, ¿podría hablar contigo antes de que te vayas?”, pregunta, fijando sus ojos en mí y sin apartarse de Sylvia.

“Claro”, digo fácilmente, como si ella y yo habláramos todos los días. “Hasta mañana, Sylvia”.

Sylvia interpreta el comentario como el despido que es y nos considera especulativamente antes de sonreír, despedirse y alejarse.

“¿Necesitas algo?” Pregunto bruscamente. “Mi auto debe estar esperando”.

Se estremece ante la impaciencia de mi voz, y me siento como un imbécil. Sarai se contonea sobre su cadera y me parpadea con sus largas y rizadas pestañas. Me inclino hasta quedar a la altura de Sarai y sonrío a sus ojos azul violáceo. Me arrepentiré, pero la niña es tan irresistible como su madre.

“Ha crecido mucho”, le digo a Iris, pero no aparto la vista de la niña que me devuelve la mirada.

“Sí”. Iris se ríe. Los rizos oscuros de Sarai han crecido desde la última vez que la vi, e Iris se los aparta de la cara. “Ya va demasiado

rápido”.

Sarai estira el brazo y me agarra un puñado de pelo, acercando mi cara. También me acerca a Iris. Ignoro el campo eléctrico que crea nuestra cercanía y me concentro en Sarai. Ella arrastra su manita sobre mis ojos y mi nariz, dejando un rastro húmedo de exploración.

“Oh, Dios”. Iris señala la mancha húmeda que siento en mi mejilla. “Te ha manchado. Lo siento”.

Cuando me permito volver a mirar a Iris, la sombra ha desaparecido. El humor y el afecto iluminan sus ojos, por su hija, tal vez por mí. En todo caso, es más hermosa que la chica que conocí en el bar hace unos años. Hay una fuerza, una madurez, una determinación... No sé qué ha añadido dimensión a lo que era antes, pero despierta un hambre en mí. No sólo de probar su cuerpo, sino de conocer su corazón. De leer su mente y compartir sus pensamientos.

*Joder.* No puedo dejar de desear a esta mujer. Y mientras Sarai me dirige su pequeña sonrisa con hoyuelos, yo también la quiero en mi vida. Quiero demasiado. Quiero cosas que no puedo tener, cosas que no son mías, pero ese chico que aparecía todos los sábados antes de que se abrieran las puertas del centro comunitario, que siempre era el último en salir de la cancha, nunca aprendió a dejar de querer cosas imposibles.

El humor se desvanece de los ojos de Iris, la sonrisa se derrite de su boca ancha y dulce, y suelta un suspiro entrecortado. Ella también lo siente. No tengo que preguntar si lo siente. Sus ojos abiertos y su respiración entrecortada, la respuesta de su cuerpo al mío, me lo dicen. Pero hay demasiadas cosas que se interponen entre nosotros: otro hombre y el llamativo anillo en su dedo, circunstancias que no entiendo. Estamos separados por una distancia incalculable, pero ella se siente muy cerca.

“No estoy comprometida”, dice en voz baja, cogiéndome desprevenido.

“¿Qué has dicho?” Miro el anillo de su mano izquierda. “Entonces, ¿qué significa ese anillo?”.



“Caleb me ha pedido que me case con él, pero no he dicho que sí”. Su mandíbula se flexiona y sus ojos se congelan. “No pienso decir que sí, pero quiere que lo lleve por ahora; quiere que lo piense”.

“No lo entiendo”. Cuanto más revela, menos entiendo.

“Lo sé, y no puedo explicarlo del todo, pero algún día lo haré. Tengo que resolver esto por mi cuenta”. Deja caer un beso sobre la cabeza de Sarai que descansa sobre su hombro. “Sólo sé que ella es lo más importante: asegurar el futuro de Sarai es lo más importante”.

“¿Asegurar su futuro? ¿Te refieres a dinero? Necesitas dinero, porque yo puedo...”

“Por favor, no me insultes. No estoy con Caleb por el dinero”. Un rápido ceño frunce sus oscuras cejas. “Quiero decir, el dinero es un factor, pero no de la manera que tú crees”.

Si la esperanza es la brecha entre el “qué pasaría si” y el “qué pasa”, sus palabras, estos pocos momentos acortan esa distancia. Tentativamente, paso una mano por los suaves rizos de Sarai. Se ríe y entierra su cabeza en el hombro de Iris, asomándose tímidamente hacia mí. Dios, estas dos podrían hacerme un nudo con las manos a la espalda. Sin esfuerzo.

“Será mejor que me vaya”. Iris mira su reloj, con los ojos muy abiertos y llenos de pánico. “Probablemente mi auto también esté esperando”.

“¿No has conducido tú?” Camino a su lado, manteniendo la puerta abierta para que pueda pasar delante de mí.

Ella mira al otro lado de la calle y sube por la acera en dirección a un gran todoterreno negro. Sus ojos se abren de par en par y traga saliva, volviendo a mirar hacia mí.

“No camines con... No necesitas caminar con nosotras. Estaremos bien. Mi auto está aquí”.

Gira la cabeza hacia atrás para mirar el todoterreno una vez más antes de dedicarme una rápida sonrisa y saludar con la mano.

“Tengo que irme”, repite. “Nos vemos mañana”.

Antes de que pueda responder, sale corriendo hacia el otro lado de la calle. Un tipo enorme con aspecto de culturista sale y les ayuda a ella y a Sarai a subir al asiento trasero. Me mira fijamente una vez que están dentro, su presencia es como una amenaza, como una advertencia. Me dan ganas de arrebatárselo a Iris y a Sarai. Me quedo congelado, sintiéndome impotente por la protección hasta que las luces traseras rojas desaparecen al doblar la esquina.

“¡Gus!”

Me giro hacia la única persona que me llama así. Jared está aparcado a unos metros. Todavía no conduzco mucho, así que me ha dejado.

Golpeo el capó de su auto deportivo de baja estatura. “Colega, eres un fanfarrón”. Me río y me deslizo en el asiento delantero, con cuidado de mi pierna palpitante.

“Sólo estás celoso de mi látigo”, responde Jared.

“El hecho de que hayas utilizado la palabra ‘látigo’ en una conversación real me da la razón”.

Compartimos una sonrisa, pero la de Jared desaparece tan rápido como apareció. “¿Era quien yo creía que era?”, pregunta, nunca se anda con rodeos. “¿Saliendo contigo? ¿La chica con la niña?”

“¿Quién?” Convenientemente encuentro algo fuera de mi ventana fascinante. “¿Era quién?”

“Corta el rollo. Era la novia de Caleb, Iris DuPree, ¿no?”

Giro una mirada curiosa hacia él. “¿De qué conoces a Iris?”

“La entrevisté hace unos dos años para unas prácticas”, dice. “Es muy lista”.

“Sí, lo es. ¿Por qué no le diste trabajo entonces?”

“Porque al final de la entrevista me vomitó encima”. La sonrisa de Jared es de pena. “Descubrió que estaba embarazada. Le ofrecí un trabajo, pero para entonces estaba en reposo y no podía trabajar. Creo que estuvo en reposo casi todo el embarazo”.

Embarazada. Sin poder trabajar ni ganar dinero. Confinada a la

cama durante meses. No es de extrañar que dijera que tuvo que tomar decisiones difíciles. Parece que hizo lo único que podía hacer: quedarse con Caleb.

Me enfurece. Apenas me conocía. Por supuesto, ella no habría recurrido a mí, pero desearía que lo hubiera hecho. Habría hecho cualquier cosa para mantenerla libre de él.

“Por favor, dime que todo esto no ha sido por ella. Dime que no provocaste a Caleb y pusiste en peligro tu carrera, un contrato de treinta millones de dólares por alguna chica”.

“¿Una chica?” Levanto una ceja. “No debes recordarla si crees que es una chica cualquiera”.

“Sí la recuerdo. Sé cómo es”. Jared muestra su disgusto al fruncir las cejas. “Pareces azotado. Supuse que era sólo un coño”.

“Cuidado con lo que dices, Jared”, le digo bruscamente y le señalo con un dedo de advertencia.

“No pretendía faltar al respeto, pero maldita sea. Vive con Caleb. Tienen una hija juntos. Es un verdadero inconveniente si tienes algo con ella, Gus”.

“Somos amigos”. Le reprendo con una mirada. “Y no me llames Gus”.

Jared sabe que odio el apodo de la infancia y lo utiliza para ponerme de los nervios. Ya tengo bastante con mis nervios sin añadirle a él.

“¿Así que este juego sucio era sobre Iris?” Pregunta Jared. “La vi en el partido con su hija”.

“Sí, yo también la vi”.

“Haciendo rehabilitación aquí en Maryland, eso no tiene que ver con ella, ¿verdad?”. Jared sacude la cabeza, sin esperar mi respuesta. “Y ahora estás convenientemente de voluntario con ella”.

Inclino la cabeza hacia el suave cuero del reposacabezas y respondo sólo con un suspiro.

Jared golpea el volante con el puño. “Maldita sea, August. ¿Qué

parte de 'mantente alejado de mi chica' no entiendes? ¿Qué es lo siguiente que va a tener que romper Caleb para que entiendas el mensaje?"

Le dirijo los ojos entrecerrados. "Me gustaría ver a ese hijo de puta intentar romper algo más". Me acomodo en el asiento, recostado, agotado por las pocas horas en el centro comunitario. "Hay más de lo que parece. Ella lleva su anillo, pero me dice que no están comprometidos".

"Tal vez ella está jugando con los dos. Lo único mejor que tener un hombre rico colgado de ti es tener dos".

"Cierra la boca. Si has conocido a Iris, sabes que no es así".

"Parecía una buena chica. Impulsada. Brillante. Aguda. La quería en mi equipo", admite Jared. "Eso no significa que no sea problemática".

"Bueno, si ella es un problema, es un problema en el que quiero meterme", le digo, desafiante en la mirada que le dirijo desde el asiento del copiloto. "Se aseguró de que supiera que no estaba comprometida por una razón. No quiere que me rinda".

"Pero deberías hacerlo".

"Pero no lo haré". Sacudo la cabeza. "No lo entiendes".

"Lo que *entiendo* es que por culpa de tu preocupación por la madre del bebé de Caleb, tu pierna está rota, tu carrera está en el aire, tu equipo puede cambiar tu culo y todo por lo que has trabajado toda tu vida está en peligro. Por un coño".

"No es así. Ella..."

"Oh, ¿entonces no quieres follarla?"

*Por supuesto que quiero follarla. ¿Qué soy yo? ¿Un eunuco?*

"No sólo eso". Intento detenerlo, pero mis labios se crispan en las comisuras.

"No tiene gracia", dice Jared, pero cuando lo miro, sus labios también se mueven. Los dos cedemos y nos reímos.

Se hace el silencio mientras recorremos las calles familiares. A lo largo de los años, me ha llevado muchos sábados al centro comunitario en su destartalado Camry. Hablamos de mi descabellado sueño de jugar en la NBA. De que él dirigía a los más grandes del deporte. De cómo nos sentaríamos juntos en la cima del mundo.

Ahora, estamos en su Porsche. Soy un jugador, una marca con una de las camisetas más vendidas de la liga. Uno de los contratos más gordos que ha conseguido un novato. ¿Y lo arriesgaría todo por una chica? Sé lo que quiere decir, pero quiero más que el baloncesto. Quiero una vida más allá de eso. No digo que esa vida sea con Iris, pero sí digo que nunca he sentido con nadie más lo que siento con ella, y tengo que perseguir eso con la misma intensidad que perseguí el baloncesto. Lo que he sentido hoy, lo que he sentido cada vez que he estado con ella, es real y es especial.

Vale la pena perseguirlo. Si no lo intento, siempre me preguntaré. ¿Y si lo que parece un sueño imposible está a mi alcance?

# Capítulo 27

## IRIS

No debería haberle dicho que no estaba comprometida.

Es egoísta e imprudente animar a August. Al menos hasta que salga de Caleb. En algún momento, sé que tendré que pedir ayuda a alguien, pero será en el momento adecuado, cuando tenga las herramientas no sólo para escapar de Caleb, sino para mantenerlo fuera de nuestras vidas. Hasta que tenga eso, debería ser muy cuidadosa con cada paso que doy, y complacerme a mí misma, mi anhelo por lo que veo en los ojos de August y siento en su tacto... Es todo menos cuidadoso. Si Caleb es capaz de la mitad de las cosas que creo que es, la imprudencia podría hacer que August saliera aún más herido de lo que ya está.

Pero la expresión de August cuando vio el anillo de Caleb... ¿Devastación? ¿Traición? ¿Decepción? ¿Derrota? Fueron todas esas cosas en un rostro apuesto. Y tal vez era la derrota lo que más odiaba: la idea de que renunciara a lo que sea que florece entre nosotros como una flor, abriéndose un poco más cada vez que estamos juntos.

Puedo dar un paso atrás y decir objetivamente que no debería sentirse tan poderoso, sea lo que sea lo que hay entre nosotros. No hemos pasado tanto tiempo juntos, pero desde esa primera noche, August se sintió como un hito en mi vida. Como un punto de inflexión, como una bisagra sobre la que giraban partes de mi futuro. Y si se rinde, nunca sabremos lo que podríamos ser cuando todos los obstáculos desaparezcan. Cuando Caleb no se interponga entre nosotros.

“Dos horas”, dice Ramone desde el asiento delantero, su mirada pétrea es una advertencia en el espejo retrovisor. “Volveré en dos

horas”.

Es innecesario, el abrupto recordatorio de Ramone de que el tiempo en el centro comunitario no es más que un permiso de mi prisión. Estoy en la casa todas las noches sola, y es una bendición comparada con lo que es cuando Caleb está allí. Pero me siento sola, y lo sentí más crudamente anoche después de ver a August. El tiempo con él resucitó mis sentidos y convocó mariposas en mi estómago que creía muertas desde hace tiempo.

Sin responder a Ramone, salgo del asiento trasero y cargo a Sarai en su cochecito. No lo miro ni una sola vez antes de cruzar la calle y entrar en el centro comunitario.

La señora Audrey coge a Sarai con una suave sonrisa y, antes de perderme de vista, ya está gateando con los demás bebés. La socialización es buena para ella. Me gustaría que hubiera más oportunidades para ello, pero Caleb no quiere ni oír hablar de ello, y mucho menos pagar por ello. Eso dejaría demasiados factores fuera de su control.

Torrie y Sheila ya están en la sala de recreo cuando llego. Hoy me he esforzado un poco más, llevando unos pantalones negros de lino de pata ancha y un top sin mangas rosa y negro. Llevo el pelo en la espalda, recién lavado. Mi maquillaje es sencillo pero más intenso que el de ayer. En otras palabras, lo he intentado. Por mucho que no quiera admitirlo, sabiendo que August estaría aquí hoy, lo he intentado. Debe ser evidente porque Torrie y Sheila levantan las cejas cuando entro.

“Mmmm-mmm-mmmph”. Torrie me hace un gesto con el gran aro de oro en la oreja. “Oh, te apetece, ¿eh?”

Sheila levanta la vista de los juegos de mesa que está preparando para que los niños jueguen cuando vuelvan del gimnasio.

“Pequeña actualización, ya veo”, añade Sheila. “¿Esto es para nosotras o para el señor novato del año?”.

Fuerzo una risa desdeñosa. “August y yo apenas nos conocemos”. Me obligo a mirar directamente a sus ojos.

“Parecía que sabías algo”, dice Torrie, “la forma en que salió corriendo de aquí después de ti, y todos ustedes fueron abucheados”.

Imprudente. Descuidada. Tengo que hacerlo mejor hoy. “No. Nada de eso”. Considero la mesa llena de juegos. “¿Así que vamos a jugar después de que August hable con ellos?”

“Oh, está con ellos ahora en el gimnasio supervisando algunos ejercicios”, dice Sheila, mirándome con picardía. “Probablemente se vaya después de eso, así que parece que te has arreglado para nada”.

“Yo no llamaría a esto arreglarse...” Sus palabras se hunden, y la decepción sigue. Ni siquiera me molesto en terminar mi negación.

Así que no veré a August hoy. Es lo mejor.

Todavía me estoy convenciendo de ello cuando los niños llegan, sudorosos y riendo, desde el gimnasio. Pongo una sonrisa brillante y sirvo los almuerzos en bolsa que comerán antes de que empiecen los partidos.

Estoy repartiendo Gatorades cuando un profundo estruendo de risas me eriza los pelos de los brazos. Vuelvo a girar la cabeza, buscando el origen. August está sentado en una de las mesas, con un pie en el banco y la pierna lesionada estirada en su yeso. Se ríe de algo con los niños agrupados a su alrededor y echa la cabeza hacia atrás. Tiene el pelo más largo de lo que he visto nunca, y con esos rizos oscuros y acaramelados, su piel, bronceada y dorada, y sus dientes relampagueando blancos en los fuertes planos de su cara, literalmente no puedo apartar los ojos de él.

Me doy tres segundos para mirarlo.

*Uno.*

*Dos.*

Y entonces levanta la vista, y nuestros ojos se sostienen. Me gustaría fingir que esto es casual. Amigos con una pizca de atracción. Algo prohibido, pero sobre todo inofensivo. Sin embargo, hay una verdad innegable cuando mis ojos se conectan con los suyos. Cuando nuestros ojos se encuentran, no es casual. Él y yo juntos somos un caos. Cuando me mira, no puedo fingir lo contrario.



Me doy la vuelta antes de que Torrie y Sheila me presten aún más atención, y me acerco a la mesa de juegos y finjo organizar el UNO y el Monopoly y el Taboo.

“¿Te gustan los juegos de mesa?”

Salto ante su pregunta, dejando caer un mazo de cartas por el suelo y a los pies de August.

“Uf”. Me arrodillo para recogerlas. “Qué torpe”.

Se pone en cuclillas torpemente, recogiendo las cartas.

“¡August, no! Tu pierna”.

Lo agarro del brazo y lo enderezo con cuidado, lo que hace que nuestros cuerpos queden casi al ras. Cuando me mira, su mirada refleja los sentimientos, el deseo que late en mi cuerpo. Esa mirada es caliente, hambrienta y curiosa. Se pregunta a qué sé yo. Se pregunta cómo me sentiría aplastada contra él. Se imagina un primer beso que no estoy segura de que vayamos a dar nunca.

“Hoy estás muy bonita”. Sus palabras son bastante amables, pero el aire entre nosotros es espeso y carnal. Una palabra equivocada podría cortarlo.

“Gracias. Yo...” Me encuentro con los ojos inquisitivos de Sylvia más allá de su hombro. Giro la cabeza y choco las miradas con Torrie y Sheila. “¿Por qué nos mira todo el mundo?”

August lanza una discreta mirada por el rabillo del ojo, y la línea oscura de sus cejas cae.

“Creo que ven lo mismo que vio Caleb en el partido de aquella noche”. Enlaza subrepticamente nuestros dedos meñiques. “Ven que no puedo alejarme de ti. Que no quiero hacerlo”.

“August”. Desenredo nuestros dedos a regañadientes, barriendo la habitación para ver quién podría seguir mirando. Todos parecen haber encontrado otras cosas para ocupar su atención, pero debemos separarnos. “Voy a reponer las bebidas. Nos vemos luego”.

Me coge el codo y se inclina para susurrarme al oído: “Nos vemos en la cancha de baloncesto cuando empiecen los partidos”.

Sacudo la cabeza y me alejo lo más rápido posible porque es lo más inteligente, pero ya sé que encontraré la manera.

Estamos limpiando después de la comida mientras los niños juegan cuando Torrie aborda el tema del que no tengo ganas de hablar.

“Así que tú y August West”, dice, sacando una bolsa del cubo de la basura. “¿Se conocen?”

No levanto la vista del fregadero lleno de espuma y de los pocos platos que hay que lavar.

“La verdad es que no”. Le doy mi sonrisa más inocente. “Me refiero a que todo el mundo lo conoce. Que es un gran jugador”.

“Deberían ponerse de acuerdo”. Se ríe y sacude la cabeza. “Porque él ni siquiera intenta fingir, y tú no eres muy buena en eso”.

Mis manos se quedan inmóviles sobre el agua vaporosa.

“No sé a qué te refieres”. La miro, con los ojos claros, antes de coger un paño de cocina para secar los platos.

“Oh, no te sientas mal”, dice ella, “no con su buen culo. Tiene la nariz bien abierta para ti, chica. Stevie Wonder podría verlo”.

“Vaya. Eso no es precisamente políticamente correcto”. Me siento culpable por la risita que se me escapa a pesar de lo inapropiado de su humor.

“No se me da muy bien irme por las ramas”, dice, y su expresión pasa de insegura a desafiante y a que le importa un bledo. “Consigue el tuyo, Iris, porque Caleb definitivamente está consiguiendo lo suyo”.

La mera mención del nombre de Caleb me hiela la sangre. No volverá de China hasta la semana que viene, pero todavía siento su espectro como un fantasma malintencionado que me persigue, acechando cada uno de mis pasos.

“Mira, los chicos hablan”. Hace una mueca. “Al menos, el mío lo hace, conmigo lo hace. No es precisamente el mayor fan de tu prometido”.

*Yo tampoco lo soy.*

No ofrezco una palabra o incluso un aliento que pueda detenerla.

“Dice que la gente no tiene ni idea de quién es realmente Caleb”. Torrie pone una mano sobre la mía, y la sonrisa que me ofrece es amable. Sus dedos rozan la misma muñeca que hace sólo unas semanas Caleb fracturó. Últimamente he tenido tan poca amabilidad, tan pocas caricias suaves, que las tuyas me hacen saltar las lágrimas detrás de los ojos.

“No te sientas culpable si August West y tú tienen un... un momento esta semana”. Me mira directamente antes de continuar. “Al principio, pensé que estarías un poco alterada, pero estás bien. Si fuera yo, querría que alguien me lo dijera, así que te lo cuento. Te engaña a diestro y siniestro. Mete su polla en todo lo que se mueve”.

Sé que Caleb es infiel, pero que sea tan descarado que hasta las otras amigas lo sepan, es irritante. No es suficiente que me humille en privado. También tiene que convertirme en el hazmerreír en público. Me importa un bledo que me engañe, pero me da náuseas cómo me ha expuesto. Me viola a punta de pistola y ni siquiera usa un condón. Dios, ¿qué podría tener? ¿Una ETS? ¿O algo peor? El resentimiento y el odio hierven bajo mi piel.

“Disculpa.” Tiro el paño de cocina en el mostrador de linóleo y me doy la vuelta para salir. En la puerta, vuelvo a mirar por encima del hombro para encontrarme con la simpatía de sus ojos. “Gracias, Torrie”.

Asiente con la cabeza y se da la vuelta para terminar de tirar la basura. La rabia y la amargura descienden como una bruma sobre mí, y voy dando tumbos por el pasillo. Me digo a mí misma que no es mi intención entrar en el gimnasio, pero es mentira.

August lanza desde varios metros más allá de la línea de tres puntos. Suelta el balón y éste cae a través de la red.

“Presumido”, digo en voz baja desde la puerta del gimnasio, pero al estar sólo nosotros dos presentes, él lo oye.

Una sonrisa se extiende lentamente por sus labios carnosos y sus ojos tranquilos del color de las nubes de tormenta.

“Si soy tan presumido...”. Me hace rebotar la pelota y la cojo por reflejo. “...ven a demostrarme que puedes hacerlo mejor”.

Dirijo la pelota hacia el centro de la pista y le doy la espalda para soltarla. La pelota atraviesa la red y me pongo frente a él, con una sonrisa de presumida.

“Suerte”, dice, atrapando la pelota cuando se la devuelvo de rebote. “¿Has jugado alguna vez al caballo?”

Una respiración desdeñosa es mi única respuesta.

“De acuerdo entonces”. Se ríe y me devuelve la pelota. “Las damas primero”.

Durante los siguientes veinte minutos, me da una patada en el culo en Caballo tan fuerte que al final, estoy agitando mis brazos delante de él cuando es su turno de lanzar. Cualquier cosa para que no siga haciendo los tiros.

“En Caballo no se defiende”, me recuerda con una sonrisa de oreja a oreja que hace que el corazón me dé un vuelco en el pecho. “No hay defensa”.

“No hay defensa, ¿eh?” pregunto. “No me extraña que se te dé tan bien”.

“Ohhhh.” Se clava una daga imaginaria en el corazón. “Todavía me toca las bolas por jugar D. He mejorado. Al menos dame eso”.

“Siempre se puede mejorar”. Me río al ver su cara. Fue el novato del año. Su ego puede resistir un poco de golpeo de balón.

Va a tirar y le agarro del brazo, haciendo que el balón vuele salvajemente por el gimnasio. Me estoy riendo, sintiéndome más libre que en meses, quizá desde antes de que naciera Sarai, cuando sus manos se posan en mis caderas y me atrae hacia él.

Mi sonrisa desaparece. También la suya. Sus anchas palmas queman el fino material de mis pantalones. Siento los pulmones encogidos porque mis respiraciones son muy superficiales; tirones rápidos y urgentes que levantan mis pechos contra su amplio pecho. El aire que nos rodea se calienta y se carameliza hasta que es espeso,

rico, dulce y oscuro, hasta que casi puedo saborearlo.

“Llevo mucho tiempo con esta escayola”, susurra, subiendo los dedos por mi cuello y metiéndolos en el pelo. “Hay un punto que me pica mucho, pero está en un lugar al que nunca puedo llegar”.

Con sus ojos, sigue la línea que su pulgar traza por mi cuello, y cada respiración que hago sabe a él. Su olor, tan cercano, es ineludible, se infiltra. Su cuerpo, endurecido e imponente sobre mí, es todo lo que puedo ver. Se inclina para juntar nuestras frentes.

“¿Alguna vez te ha picado algo que no has podido rascar?”, me pregunta. La pregunta se cierne sobre mis labios y me estremece. Sus manos me aprietan y nuestras respiraciones chocan entre nuestras bocas abiertas.

Niego con la cabeza, con los ojos tan cargados de deseo que quiero cerrarlos, pero no puedo apartar la mirada.

“Me pica tanto que empieza a arder”. Sus dedos se extienden sobre mí, sus manos son tan grandes que cubren el espacio que va desde mis pechos hasta mis caderas.

“Ese picor se convierte en el centro de todo”, continúa August. “No puedes concentrarte en nada más que en la forma en que arde y en que no puedes alcanzarlo, no puedes tocarlo”.

Me inclino hacia él, sin fuerzas y seducida por sus palabras, por la intensidad abrasadora de este momento.

“Tú eres mi picor, Iris”, confiesa. Con la respiración entrecortada, me levanta la barbilla y veo la desesperación en sus ojos. “Y si no te apartas ahora mismo, tendré que rascarme”.

*Hazlo.*

El reto rebota dentro de mi cabeza como la pelota que se supone que debo perseguir. Lo deseo, deseo su beso fuerte contra mis labios, y sus manos suaves y persuasivas sobre mi cuerpo, pero tengo demasiado que perder.

*Sarai.*

*Mi vida.*

*Todo.*

Y por muy viva que me sienta, por lo que arda por lo que prometen sus ojos, no puedo arriesgarlo todo. No puedo arriesgar nada.

Sin palabras, doy un paso atrás, mirándolo fijamente durante unos segundos antes de girar para recuperar la pelota, rompiendo la corriente caliente que fluye de mí a él.

Cuando vuelvo, se está masajeando la rodilla. La culpa me apuñala. Como si no le hubiera costado ya bastante, he estado a punto de ponerlo en peligro aún más. Vuelvo a driblar hasta el centro de la pista, donde él está de pie, mirándome sin sonreír. Le lanzo la pelota, que él coge, palmea con una mano y se la mete bajo el brazo.

“Debería irme”, digo, pero no me dirijo a la salida del gimnasio.

Se acerca, dejando unos centímetros entre nosotros.

“Probablemente deberías”, asiente, tomando mi muñeca entre sus dedos y acercándose. “Pero no lo harás. Todavía no. Tienes otros veinte minutos antes de que tengas que recoger a Sarai”.

No hablo, pero permanezco en silencio mientras nos estudiamos mutuamente. Me roza el pelo detrás de la oreja, y me recuerda cómo le gusta a Caleb hacer eso con su pistola. Me estremezco al recordar la crueldad de Caleb. Me estremezco con el placer del toque de August.

“Entonces, ¿cómo está Lotus?”, pregunta finalmente, intentando una transición a algún tipo de conversación segura. “¿Tu prima?”

Levanto los ojos sorprendidos para encontrar los suyos. “¿Recuerdas que te hablé de ella?”

Sus ojos acarician mi rostro. No hay otra forma de describirlo, en realidad. Es una mirada que me besa las mejillas y me hace estremecer los labios.

“Iris, lo recuerdo todo de la noche en que nos conocimos”.

He tenido que atrincherar mi espíritu contra la dureza de Caleb. Mi único punto blando ha sido Sarai. He reservado la ternura sólo para ella, pero August sigue... ablandándose. Sigue llamando a las

puertas que quiero mantener cerradas. Sus palabras tintinean en un anillo de llaves que persisten en abrirme.

“Sí. Fue una noche genial”. Parpadeo y dejo caer los ojos hacia el piso de la cancha rayada. “Sentí como si te conociera desde hace años”.

Su dedo bajo mi barbilla inclina mi cara hacia atrás para que tenga que mirarlo. “Yo también.” Sonríe y baja su mano de mi cara, llevándose calor y consuelo. “Así que Lotus. ¿Cómo está ella?”

“Bueno, realmente no he...” Tropiezo para hablar de la persona que siempre ha estado más cerca de mí que ninguna otra. “Es decir, no hemos hablado en mucho tiempo”.

“¿De verdad?” Frunce el ceño y estudia mi rostro. “Me sorprende. Hablaste mucho de ella aquella noche. Parecía que eran inseparables”.

“Lo éramos”. Me aclaro la garganta. “Lo somos, o al menos espero que lo volvamos a ser. Tuvimos una discusión. Discrepamos sobre algo. Ya sabes cómo es”.

Espero que mi encogimiento de hombros parezca descuidado, pero me importa tanto que hay un enorme vacío en mi corazón, donde Lotus pertenece. No puedo esperar hasta que sea lo suficientemente seguro para traerla de vuelta a mi espacio. Ahora mismo, mi vida no es un lugar seguro.

“Volveremos”, digo. “No es la primera vez que nos separamos”.

“Sí, dijiste que vivía con tu bisabuela cuando te mudaste a Atlanta, ¿verdad?”

A pesar de que dijo que recuerda todo lo de esa noche, todavía me sorprende.

“Sí, se quedó con MiMi”.

Le quito la pelota y tiro, haciendo un pequeño baile de victoria cuando entra y se la devuelvo.

“¿Ahora quién presume?”, pregunta con una sonrisa. “Pues tu MiMi. ¿Cómo es ella?”

“Bueno, tiene más de noventa años”. Hago una pausa, considerando lo que sé, debatiendo qué compartir y decidiendo que quiero sorprenderlo. “Era una gran sacerdotisa vudú”.

Se queda paralizado, con el balón preparado para disparar sobre su cabeza, y me mira con incredulidad. “¿Una qué? ¿Has dicho vudú?”

Me río ante su expresión de estupefacción.

“No es como en las películas ni nada parecido. En su día eran las personas más respetadas de la comunidad. Los políticos y los poderosos de todo el estado acudían a ellos en busca de consejo y orientación”. Le lanzo una sonrisa irónica. “Cuando yo nací, ella sólo hacía pociones curativas y ceremonias de limpieza, hacía gris-gris”.

“¿Qué es un gris-gris? ¿O acaso quiero saberlo?”

“Es como un talismán de protección”. Hago girar el anillo de Caleb en mi dedo. “Nos dio a Lotus y a mí anillos hace años que se supone que nos protegen”.

Él estudia el anillo de compromiso. “¿Y dónde está el tuyo?”, pregunta suavemente.

“Perdido”. Me trago la emoción que me quema la garganta, las lágrimas que amenazan con caer ante la repentina sensación de pérdida que me invade. He perdido a Lotus. No he hablado con mi madre en meses. Mi autoestima, mi dignidad, mi independencia... todo me ha sido robado antes de que me diera cuenta de que Caleb era un ladrón. Si sigo aquí de pie pensando en todo lo que he perdido, lloraré, así que cambio de tema y espero que August me deje escapar.

“Mi nombre viene del pantano”, digo con una ligera sonrisa. “Bueno, mamá me lo dijo una vez. Quién sabe si es verdad. Dijo que la casa de MiMi está en el pantano, no muy lejos del agua, y que a lo largo de la orilla crecen unas flores llamadas lirios de Luisiana”.

“¿Ella te lo dijo?”, pregunta él. “¿Nunca lo has visto por ti misma?”.

Frunzo el ceño, sintiendo de nuevo la pérdida, pero por algo que nunca he tenido realmente. “No he estado. No que yo recuerde, al



menos". Hago una mueca. "Mamá me llevó cuando era una bebé para que MiMi pudiera verme, pero eso fue todo. MiMi nos visitó algunas veces en la ciudad. Lotus la conoce mucho mejor, ya que vivió con ella".

"Iris, Lotus", dice con una sonrisa. "Veo un tema de flores. ¿Se parecen mucho?"

Mi risa es autodespectiva, burlándome de mi propia debilidad en comparación con la intrepidez de Lotus. "Ojalá". Cojo el balón y me pongo detrás de la línea de tres puntos. "No soy ni de lejos tan fuerte como Lotus".

"Probablemente eres más fuerte de lo que crees". Levanta una ceja oscura al ver el balón en mis manos. "Pero no lo suficientemente fuerte como para hacer ese tres".

"¿Ah sí? ¿Crees que eres el único que puede hacer un tiro largo?"

Me vuelvo hacia la portería y entreno toda la fuerza y la concentración que tengo en el balón en mis manos y su trayectoria hacia la portería. Cuando lo suelto, cierro los ojos y no los abro hasta que oigo el "silbido" de la red.

"¿Lo he conseguido?" pregunto con una risa incrédula.

"¿Ni siquiera has mirado? Sí, lo has conseguido. ¿Cómo no vas a mirar?"

"¡Woohooo!" Levanto los brazos a lo Rocky y me pongo de cara a él. "¿Estoy preparada para los profesionales?"

La mirada que me dirige alterna entre el afecto y la indulgencia. "Puedes estar en mi equipo".

"Oh." Le lanzo una sonrisa, demasiado cercana al coqueteo. "¿Y en qué posición jugaré en tu equipo?"

Su sonrisa se derrite un poco en los bordes, y sus ojos pierden algo de su humor. "En el puesto de cinco", dice suavemente.

¿El puesto de cinco? Su posición es la de base, o la de uno. El escolta es el dos. El tres es el delantero pequeño, y el cuatro es el ala-pívot. El cinco es...

“Centro”, dice, enlazando nuestros dedos y jugando con el pelo que cuelga de mi hombro. “Si fueras mía, Iris, no habría duda de qué posición ocuparías en mi vida. Serías el centro. Jugaría contigo en el cinco”.

Quiero reír. Quiero llorar. Quiero cantar el aleluya de que exista un hombre así y de que lo conozca. Un anhelo profundamente arraigado brota dentro de mí, y no estoy segura de cuándo podré ceder a él. Deseo que me abrace. Dejarme abrazar por él, tenerlo. Dejo caer mi frente sobre su pecho y asimilo su aroma y su embriagadora cercanía. Me acaricia el pelo y siento que sus labios rozan mi cabeza.

La puerta que se abre nos separa de golpe. Sylvia está de pie en la entrada del gimnasio, mirando entre nosotros antes de fijarse en mí.

“Siento interrumpir”, dice. “Pero hay un hombre que te busca, Iris. Con bastante insistencia, de hecho. Él...”

Se detiene cuando Ramone aparece a su lado, tan inflexible e intimidante como una pared de ladrillos. El pánico me saca el aire del cuerpo y me golpea la sangre en los oídos.

“Tengo que irme”. Doy dos pasos hacia la puerta, pero la mano de August me retiene suavemente.

“¿Quién es ese tipo?”, exige.

Prácticamente puedo sentir la estrecha mirada de Ramone clavada en la mano de August tocándome. Información condenatoria para su informe a Caleb, sin duda. Esto sólo empeora las cosas. Qué idiota he sido, jugando aquí con August y olvidando que vivo en una zona de guerra. Que estoy luchando por mi vida, y la de Sarai.

“Es mi chofer, August”. Aparto el brazo de un tirón y camino rápidamente por el suelo del gimnasio, sin mirar atrás.

Cuando llego a la puerta, Ramone se queda mirando a August durante unos segundos antes de seguirme al pasillo. Corro a la guardería a buscar a Sarai.

Estoy empujando el cochecito hacia la salida cuando aparece August. Su confusión, su disgusto y su preocupación se funden en una sola mirada que me quema la espalda. No lo saludo, sino que

paso con mi bebé y mi perro guardián. Paso con indiferencia, como si no hubiéramos compartido la mejor tarde que he tenido desde que tengo uso de razón, como si no hubiera superado la barrera que he levantado alrededor de mi corazón para protegerme.

Ni siquiera digo adiós.

## Capítulo 28

AUGUST

No tiene sentido. Ayer fue como la primera noche en que Iris y yo nos conocimos, riendo, bromeando, abriéndonos. La atracción a veces acechando justo debajo de la piel de nuestra conversación, a veces temblando a través de su superficie. Y entonces apareció Cabeza de Músculo, y ella se apagó y salió corriendo del edificio sin decir nada.

¿Y hoy? Todavía no hay palabras. No me ha mirado. No ha hablado, ni siquiera ha reconocido que existo.

Con todo derecho, ni siquiera debería estar aquí para el proyecto de embellecimiento del centro comunitario. Sylvia me dijo que no me necesitaban. Los estudiantes están pintando la sala de recreo, y Torrie, Sheila e Iris están ayudando. Iris pinta una pared al otro lado de la sala y lleva un mono vaquero oscuro y unas Chuck Taylors. Lleva el pelo recogido en un moño desordenado y el trabajo da brillo a la suave curva de sus mejillas. Parece una niña pequeña.

Se inclina, estirando el vaquero sobre la plenitud de su culo.

*Tal vez no sea una niña.*

Soy un hombre. No se puede esperar que ignore lo bien que se ve su trasero en esos jeans. Pero no es lo más importante. Sólo nos quedan dos días, y después de pasar incluso el poco tiempo que he tenido con ella, sé que las cosas no pueden volver a ser como antes. Nosotros sin contacto. Ella viviendo con Caleb, durmiendo con Caleb. Que se quede con Caleb ya no es una opción, y necesito oírla decir eso, prometerlo. Necesito que me explique cuál es el problema, para poder arreglarlo.

¿Qué tan difícil puede ser dejarlo? ¿Cómo de complicado puede ser elegirme a mí antes que a él? ¿Tirarle el maldito anillo a la cara y marcharse?

Ella dijo que no estaba con él por el dinero. O no de la forma en que yo podría pensar, sea lo que sea que eso signifique.

Y yo lo creo. Puede que no lo sepa todo sobre ella, pero no es una cazafortunas.

Sé que ella lo ve claramente. Ella misma dijo que fue una jugada sucia.

Dice que no se va a casar con él, pero lleva su anillo.

*¿Qué carajo está pasando?*

No me voy a ir hoy sin respuestas. No las obtendré si ella me evita, así que me acerco a la pared que las tres mujeres están pintando.

“Iris, ¿puedo hablar contigo un minuto?” Le hablo en voz baja para no llamar más la atención de la que ya tengo aquí.

Ella salta como si una bala hubiera pasado zumbando por su oído en lugar de un susurro. Una mirada amplia y rápida es todo lo que ofrece antes de volver a dirigir sus ojos a la pared.

“Estoy tratando de terminar esta pared”, dice. “Yo... um, tal vez más tarde”.

Miro furtivamente a Torrie y Sheila. Pasan sus pinceles por la pared, pero nos observan.

“Sólo serán unos minutos”. Le cubro la mano para detener el movimiento de rodamiento, y ella me mira con el ceño fruncido. “Por favor”.

Sus ojos pasan de Sheila y Torrie a Sylvia, que está en la esquina, antes de suspirar y colocar el rodillo de pintura en la bandeja que tiene a sus pies. Sin palabras, se dirige a la puerta, sin comprobar si estoy detrás de ella. Por supuesto, lo estoy.

En el pasillo, se apoya en la pared y se cruza de brazos, sin mirarme. “¿De qué tienes que hablar?”

Sus palabras se desintegran cuando la agarro de la mano y la arrastro por el pasillo hasta la esquina.

“¿Qué estás haciendo?” Su voz sube una octava y trata de soltarse. “No puedo hacer esto. Tengo que volver a entrar”.

Llegamos a un armario utilitario. Afortunadamente, el pomo gira con facilidad y la puerta se abre. La empujo suavemente dentro y la sigo, encendiendo la luz. Apoyo la espalda en la puerta y cruzo los brazos sobre el pecho. No nos iremos hasta que obtenga algunas respuestas. No las crípticas que me ha dado, sino las que me digan qué demonios está pasando.

“Tengo que volver, August”. Se acerca a mí para coger el pomo, pero me muevo para cubrir con mi espalda. Sus ojos irritados se clavan en los míos. “Esto no es divertido. Tienes que dejarme salir”.

“No, tienes que hablar conmigo. Has estado evitándome desde que ese matón apareció ayer”. Tomo su brazo, extendido hacia el pomo, y la atraigo hacia mí. El susurro de nuestros cuerpos juntos, ese simple contacto, incluso a través de nuestras ropas, es una cerilla encendida en el aire empapado de gasolina. Es una dulce chamusquina, un rápido incendio que se extiende por todo mi cuerpo, consumiendo todo a su paso: mis reservas, mi sentido común y mi paciencia.

“Lo sientes, Iris”. Me inclino para hacer flotar mis palabras sobre su oído, agitando los finos mechones de pelo que se escapan alrededor de su cuello. “Por favor, dime que tú también lo sientes. Dime que no me estoy engañando al pensar que estaremos bien juntos”.

Un suspiro humedece sus labios carnosos. Las pestañas, gruesas y oscuras como la noche, me ocultan sus ojos. La derrota marca la línea de sus hombros.

“No te engañas a ti mismo”, admite, con la voz temblorosa.

“Sé que no lo hago”. Mi mano se desliza por su brazo y su piel se eriza con la piel de gallina. Le acaricio la palma de la mano con las yemas de los dedos y ella inhala con fuerza. Sus labios tiemblan. Lentamente, giro el anillo, se lo quito del dedo y lo meto en el bolsillo

delantero de su mono.

“¿Qué estás haciendo? Me pregunta con un suspiro, con los párpados pesados sobre la pasión nublada que empaña sus ojos.

Le enmarco la cara y le recorro el llamativo marco de sus altos y esculpidos pómulos.

“Que me aspen si llevas su anillo la primera vez que te bese”.

Le acaricio los labios con los pulgares hasta que su boca se abre en un jadeo de necesidad. Me sumerjo para que nuestras bocas queden a escasos centímetros de distancia, y nuestras respiraciones entrecortadas se entrecruzan en ese espacio reducido. Mis dedos se clavan en su pelo y la palma de la mano le toca la base del cráneo.

“Debería haber hecho esto la noche que nos conocimos”, susurro en su boca, con la cabeza dándome vueltas por respirar su aire. “Debería haber sido yo, Iris”.

Sus ojos se cierran y una lágrima se desliza por su mejilla. “Lo sé. Se muerde el labio y asiente. “Deberías haber sido tú”.

Delineo el arco de su labio con mi lengua y compartimos nuestro primer gemido. Mi mano se desliza bajo el mono, acariciando su espalda a través de la camiseta de algodón ajustada. Trazando la curva de su cadera y bajando hasta tocar la parte baja de su espalda, la aprieto contra mí. Debe sentir mi polla, hinchada contra ella. No puedo ocultarlo. La he deseado durante demasiado tiempo y con demasiada intensidad.

Atrapo la plenitud de su labio inferior entre los míos y chupo con fuerza y avidez. Dios, es tan dulce. Mis sueños, mis fantasías, todo lo que había imaginado se convierte en cenizas al lado de la dulzura de esta boca, de las curvas tensas y redondeadas de este cuerpo. Ella inclina la cabeza y me devuelve el favor, chupando mi labio inferior.

“Joder, Iris”. Doblo las rodillas y las dos manos se deslizan hacia su culo. “No he podido mirar a ningún otro sitio en todo el día. Sólo a ti”.

Sus manos mapean los músculos de mis brazos y mi pecho, sus ojos cerrados como si leyera mi cuerpo en braille. Se pone de puntillas

y sus dedos se hunden en mi pelo. Con mis brazos bajo sus nalgas, la levanto del suelo, cerrando la brecha entre nuestras alturas, y mordisqueo su boca.

“Abre para mí”, le digo con rudeza sobre sus labios. No voy a quitarle nada. Cada beso, cada caricia, tiene que ser libre para que sepa que está conmigo y que quiere esto. Necesito saber que, incluso con el anillo de Caleb en su bolsillo, me desea.

Se inclina hacia mí, con la boca abierta y ansiosa, pero me contengo un poco, frenando el ritmo, saboreando nuestro primer beso. Lamo suavemente su boca, haciendo patinar mi lengua sobre sus dientes, azotando las dulces y resbaladizas paredes de su mandíbula.

“August, oh Dios”. Sus brazos me rodean el cuello y me rodea la cintura con las piernas. “Maldita sea, bésame”.

Y pierdo el control. Toda la contención que me ha hecho falta para quedarme quieto y verla con él se evapora. Este beso se debió darse hace años, y estoy desesperado por conseguirlo. Tan desesperado que la pongo contra la pared del armario y me sumerjo en su boca, como un moribundo en su último suspiro. Mis manos se filtran entre la sedosa masa de pelo suelto que se desparrama por sus hombros. Nuestras lenguas se envuelven y luchan, enredadas en el calor húmedo de nuestras bocas. Chupo su lengua y lamo el paladar, mis dientes muerden, mis labios suplican.

“Oh, Dios. Oh, Dios”, susurra una y otra vez, una oración entre besos. “No te detengas. August, no pares”.

Recorro su cuello con la nariz y luego mis labios rozan la piel satinada. Con amplios movimientos de mi lengua y codiciosos tirones de mi boca, hago el amor con el delicado tendón de su garganta hasta que gime. Mis labios se pasean por el frágil corte de su clavícula. Tanteo los botones de su mono. Cada botón que desabrocho, me desabrocha a mí. La solapa delantera cae y sus pezones asoman a través de la ajustada camiseta, tensos y con brotes. Doy un paso atrás y sus piernas caen de mi cintura. Ella se levanta y, atento a mi pierna, me arrodillo frente a ella. Mis palmas se aplanan en su espalda, acercándola, atrayéndola hacia mí. Me mira, con la boca abierta,



jadeando su anticipación. Chupo un pezón apretado a través de su camiseta, a través de su sujetador, sin dejar de mirarla. La intimidad de nuestros ojos, que se mantienen unidos mientras hago rodar su pezón sobre mi lengua, es casi insoportable. Me endurece la polla, me penetra en los huesos y me detiene el corazón.

Su cabeza se echa hacia atrás y sus dedos se deslizan por mi pelo al ritmo que mi boca dibuja su pecho. Sus pequeños jadeos puntúan el aire que se ha vuelto sensual con nuestros besos.

“Iris”. Mis dedos esperan en el último botón de sus caderas que mantiene el vaquero en su sitio. “¿Puedo?”

“August, vas a tenerme...” Ella no termina ese pensamiento pero atrapa su labio inferior entre los dientes y asiente.

Cuando el mono se desliza hasta el suelo, me doy cuenta de que sólo he visto sus piernas una vez, con esa falda corta la noche del campeonato de la NCAA. Ahora está más gruesa, después de tener a Sarai. Dios, me encanta. Sus piernas son largas, tonificadas y bien formadas, y sus caderas y su culo se curvan de forma espectacular desde la estrechez de su cintura.

“Eres perfecta”. Le subo la camiseta con la nariz, le meto la lengua en el ombligo y le dejo besos por encima de la cintura de los pantalones.

Hay una marca, casi como una mancha en la piel, por lo demás inmaculada. La toco suavemente y la miro.

“¿Qué ha pasado aquí?” Pregunto, con preocupación, juntando las cejas.

“Nada”. Su mirada se desvía hacia un lado antes de encontrarse de nuevo con la mía, y debo haber imaginado el destello de pánico, porque se tranquiliza cuando vuelve a mirarme. “Sólo estaba moviendo unas cosas pesadas y me ha pinchado una. Fue hace más de una semana, así que está desapareciendo. No es gran cosa”.

Vuelvo a acariciar la marca y coloco mis labios allí, pasando mi lengua de un lado a otro sobre el tramo de piel sedosa de su cintura. Dios, ¿cuántas noches me he preguntado a qué sabría? ¿Cómo se

sentiría su piel bajo mis labios? Ahora sé que sabe a gloria y se siente como el satén.

“¿Qué estás haciendo?”, pregunta, con la respiración entrecortada.

Levanto la vista para captar su mirada de ojos pesados y sonrío. “Besarla mejor”.

Algo parpadea en su expresión. No puedo identificarlo, pero parece un anhelo. Como si la nostalgia que me atormenta ahora mismo también la desgarrara a ella.

Sus dedos se clavan en mi cuero cabelludo. Se inclina para besarme a lo largo de la línea del cabello, inclinando mi cabeza y recorriendo con sus labios mis pestañas, mi nariz, mis pómulos.

“Estoy cansada de resistirme a ti”, susurra.

“Entonces deja de hacerlo”. Introduzco mis pulgares en la cintura de sus pantis, tirando hasta que la curva de sus caderas y el arco de su culo son visibles. “No lo hagas”.

Le bajo los pantis. Se acumulan dentro del mono alrededor de sus tobillos. Su coño está desnudo, con los labios hinchados y húmedos. Huelo lo mucho que me desea. Estoy ebrio de este olor, tambaleándome con esta sensación, hipnotizado por la visión de ella. Paso la nariz por su pubis y desciendo. Separo los labios, la abro para revelar su clítoris, reluciente y regordete como una cereza. “Jesús, Iris”.

La meto entre mis labios y siento su respuesta como una onda expansiva que recorre su núcleo y sus extremidades. Mis dedos la abren más, toda mi boca se abre y cubre todo lo que puedo de su coño, y me consume el sabor y la textura de sus partes más íntimas. Se quita por completo el mono y los pantis, quedándose sólo con la camiseta, y yo le subo las piernas a los hombros, apoyando su espalda en la pared para poder deleitarme con el néctar que gotea de su cuerpo, humedeciendo mi barbilla, mis labios y mi nariz.

Con urgencia, le agarro el culo y aprieto sus piernas al máximo sobre mis hombros. Con minuciosidad, mi lengua barre de abajo a

arriba, sin perderse ni una gota. Le chupo los labios, le muerdo el clítoris, la devoro como un hombre que devora su primera comida. Y todo el tiempo, ella se mece en mi cara, sus caderas son un metrónomo de nuestra lujuria, sus manos aprisionan mi cráneo, sincronizando sus gruñidos con el movimiento de mi cabeza entre sus piernas.

“August”. Mi nombre se mueve en su aliento. “Oh, Dios. Tan bueno. Tan bueno”.

Sus piernas se tensan alrededor de mi cabeza y tiemblan sobre mis hombros. Levanto la vista para ver cómo se pone rígida, su espalda se arquea, su boca se abre en un grito silencioso, las lágrimas resbalan por su cara. Y si no vuelvo a ver venir a otra mujer, me parece bien. Si sólo pudiera ver a ésta en el ojo de su tormenta, en esta crisis de su placer, sería suficiente. Dios, para el resto de mi vida, sería suficiente. La mirada en su rostro es maravillosa, como si estuviera suspendida entre realidades, hubiera vagado en una fantasía y se estuviera ahogando en este éxtasis.

Está bajando, los empujes frenéticos se funden en un lánguido movimiento de sus caderas. Tiene los ojos pesados, los miembros flácidos, su sonrisa es lenta y saciada. Sus dedos me peinan los rizos desordenados y me roza los labios con la despreocupada posesividad de una amante, a pesar de que aún no he estado dentro de ella. El sexo es una formalidad. Una que deseo mucho, pero la verdadera intimidad ya la tenemos. Brilla en el aire que nos rodea, y nunca me he sentido más satisfecho.

Unos pasos pesados recorren el pasillo al otro lado de la puerta y una voz profunda, cargada de ira, retumba más allá del armario. Iris se sacude al oír el sonido y una pierna se desliza por mi hombro.

“¿Qué fue... quién...?” Sus ojos llenos de pánico se fijan en los míos. “Creo que he oído a Caleb”.

“No, todavía está en China, ¿verdad?”

Hago rodar la palma de la mano sobre la curva apretada de su muslo. Incluso escuchar su nombre después de lo que compartimos se

siente mal. No puede volver con él. Tiene que explicar todo el misterio y alejarse de él. Sé que tiene algo que ver con Sarai, pero ningún juez le otorgaría la custodia total. Es un imbécil, pero supongo que hasta él tiene derecho a ver a su hija. Podemos arreglar los detalles, pero Iris ya no puede ser parte de ese paquete.

“Iris, ¿podemos hablar de lo que acaba de pasar?”

“Tengo que irme”. Se levanta y se esfuerza por subirse los pantis y abrocharse el mono. Saca apresuradamente el anillo del bolsillo delantero y se lo vuelve a poner en el dedo.

Diablos, no.

“Espera”. Me levanto, haciendo una mueca de dolor en la rodilla, y la cojo con cuidado por los hombros. “¿Vas a volver con él? ¿Después de eso? Tu... no puedes”.

“August”. Aprieta los ojos y pasa una mano temblorosa por su pelo suelto. “Tengo que hacerlo. No lo entiendes”.

“No, no lo entiendo”. Me quejo, con la frente arrugada en un ceño fruncido. “Explícamelo”.

“No puedo. Ahora mismo no”. Mira hacia la puerta y vuelve a mirarme. “Creo que lo he oído, August. Tengo que irme”.

La ira y la frustración queman senderos gemelos de ácido en mi vientre.

“Lo que sea”, le digo a mordiscos. “Estoy seguro de que estás siendo paranoica, pero haz lo que creas que tienes que hacer”.

Me hago a un lado y abro de un tirón la puerta del armario. Y fuera, en el pasillo, de pie, como si acabara de ascender del infierno, está Caleb, con sus ojos de un azul asesino mientras se deslizan de mí a la mujer que ambos queremos.

# Capítulo 29

## IRIS

Si las miradas pudieran matar...

Así dice el refrán. Caleb no tiene que dejarlo en una mirada. He visto lo que puede hacer con sus manos. Conozco el aguijón de su cinturón, su zapato, o lo que sea que tenga a su disposición. Si estuviéramos solos ahora mismo creo que encontraría la manera de matarme con un hisopo.

Pero no estamos solos. August está detrás de mí y Sarai está delante, parpadeando somnolienta desde el hombro de su padre.

“Qué sorpresa”, dice Caleb, con los ojos helados. “No puedes mantenerte al margen, ¿verdad, West?”.

August no me toca, pero el aire se endurece. Estos dos hombres se odian. Yo sólo soy parte de su odio mutuo, pero soy la parte que se interpone entre ellos en este momento.

“¿Vuelves tan pronto?” Las palabras de August llegan con facilidad, pero hay un cable trampa bajo sus palabras, esperando que Caleb dé un paso en falso. “Es una pena”.

“Cuando el gato no está, ¿eh?” Una sonrisa distorsiona la línea firme de la boca de Caleb por un segundo, pero pronto se aplanan de nuevo en una línea dura. “Iris, vamos”.

No espera a ver si lo sigo cuando se aleja con mi niña. Sabe que lo haré. Me mira por encima de su hombro. Su boca rosada de algodón de azúcar se tambalea, y sus pequeños brazos regordetes se extienden hacia mí. Debe de haberse despertado de una siesta. Siempre me quiere de inmediato.

Casi los he alcanzado cuando me tira del brazo.

“Iris”. August me mira fijamente, con el ceño fruncido y desconcertado. “No te vayas con él”.

Me libero de su suave agarre. Es la última cosa suave que tendré durante un tiempo, pero no puedo demorarme. Caleb tiene a mi hija, y tendré suerte si los servicios sociales no reciben otra denuncia anónima después de esta debacle. Tendré suerte si no me ha tendido ya más trampas e insidias. Necesito estar un paso por delante de él, pero me he quedado atrás. Al rendirme a mis débiles deseos hoy, me he vuelto a quedar atrás.

“No voy a ir con él”. Le ruego con los ojos, con la mano extendida sobre su pecho, con el corazón... le ruego que lo entienda. Le ruego con todo menos con mis palabras. “Me voy con *ella*. Sarai es mi prioridad, August. Tiene que serlo”.

“Por supuesto, Sarai debería ser tu prioridad”, dice August. “Pero yo... tú dijiste que no me estaba engañando. Que no estaba imaginando...” Hace una mueca y se pasa unos largos dedos por el pelo, que hace unos instantes arrastré y despejé durante mi orgasmo. Hacía tanto tiempo que no me venía. Hace tanto tiempo que Caleb no se toma el tiempo de complacerme, de acariciarme. August me hizo sentir deseada, pero no de la forma en que Caleb me desea. No manchado con egoísmo. No retorcido por la crueldad o manchado por la obsesión. August me dio algo breve y glorioso, y no sé si volveré a tenerlo. Si salgo por esa puerta, puede que nunca lo vuelva a tener.

“No te estás engañando”, digo. “No es que no estemos bien juntos. Nuestro momento es malo”.

Sostengo la mano de August entre las dos mías, deseando poder confesarlo todo.

¿Qué diría?

¿Qué Caleb me chantajeó? ¿Qué me mintió?

¿Qué me golpea? ¿Me viola?

¿Me tiene como rehén a la vista de todos?

August no lo entendería. Me diría que huyera. Diría que me fuera, pero huir no es suficiente. Mientras Caleb tenga algún derecho sobre Sarai, huir no es ser verdaderamente libre.

Miro por encima del hombro, pero Caleb no está a la vista.

Me pongo de puntillas y beso la mejilla de August. Se acerca a mi cintura, pero doy un paso atrás, deseando un contacto que nunca debería haberme permitido. Sólo hace que esto sea más difícil.

“Tengo que irme”. Las lágrimas me queman los ojos. “Adiós, August”.

Me doy la vuelta y salgo corriendo del centro comunitario, rezando para que Caleb no se haya ido. Diviso a Ramone inmediatamente, de pie en la acera, el carcelero de mi prisionero, sus ojos insolentes. Paso junto a él con la cabeza alta y subo al asiento trasero.

No sé lo que esperaba -probablemente una bofetada en la cara en cuanto me siento junto a Caleb-, pero me encuentro con un silencio inquietante. Persiste, los minutos se alargan en un potro de tortura mientras dejamos la ciudad y nos dirigimos a mi prisión palaciega. Sarai se adormece en su asiento del auto hasta que el sueño se la lleva de nuevo.

“Caleb, puedo explicarlo”, aventuro en voz baja.

La mirada que me dirige es como una guillotina, que cae y corta cualquier excusa que pueda ofrecer, cualquier mentira. Sabe la verdad, y no hay forma de evitar que pague por ella. Desear a August West es un alto crimen para Caleb. Es una traición.

*Fuera de mi cabeza.*

Cuando llegamos a la puerta de la casa, desabrocho a Sarai y la conduzco rápidamente al interior y al cuarto de los niños. La acuesto en su cuna y me quedo allí. Mi mente se lanza a pensar en las posibles vías de escape, pero, como de costumbre, no hay ninguna. Ninguna que resuelva realmente mi problema.

“Reúnete conmigo en el dormitorio, Iris”, dice desde la puerta. “Deja de perder el tiempo. Tenemos que hablar”.

*Hablar.*

Lo sé bien.

Una vez en el dormitorio, mis ojos recorren los rincones y las superficies en busca de una posible arma. Ya me he resistido antes. Suele ser peor para mí, pero esta noche no puedo imaginarme que lo acepte sin más. Suele ser entonces cuando saca la pistola, contra la que no tengo defensa.

“Desnúdate”.

Esa única palabra es la bofetada que estaba esperando. Dudo, sin saber cómo actuar. Suspira con impaciencia y saca la pistola del bolsillo, levantándola.

“¿Por qué siempre tenemos que llegar a esto, Iris?”

“No me pidas que finja que esto es normal”, digo con dureza. “Que me violes a punta de pistola no es normal, y no voy a fingir que lo es”.

“Apuesto a que West no necesitaría una pistola, ¿verdad?”. Sus ojos se estrechan. “He dicho que te desnudes, puta de clase baja del pantano”.

Intenta rebajarme con sus palabras, pero ya no lo siento. Sus palabras son un perro sin mordida. No tienen dientes conmigo.

*¿Pero quién necesita dientes cuando tienes colmillos?*

Con movimientos pausados, se desabrocha el cinturón.

Con los ojos fijos en la pistola, me desabrocho el mono, dejándolo caer al suelo y tirando de la camiseta por encima de la cabeza. Me desabrocho el sujetador y me quito los pantis.

“Tráemelos”.

Me quedo paralizada, mirándolo con incredulidad.

“He dicho que me traigas los pantis, Iris”. La falsa calma es una aguja que enhebra sus palabras.

Me acerco a él y me las arrebató, apretándolas en su puño.

“Mojadas”, gruñe.



*Oh, Dios mío.*

“Tus pantis están empapados”. Esculpe una sonrisa bárbara en su rostro. “¿Estabas pensando en mí?”

Sacudo la cabeza, una negación brotando de mis labios. “Yo no... no estoy...”

“¡Peeerraaaa!”, ruge, expulsando saliva de su boca. “No me mientas”.

Las paredes parecen temblar, y yo también. El aire se vuelve bajo cero, helándome la sangre. Su furia emerge, completamente formada y peligrosa. En lugar de empujarme a la cama y tomarme rápida y bruscamente como suele hacer, se sienta en el borde, con una mano agarrando los pantis y la otra agarrando la pistola.

“Ven aquí”, dice en voz más baja, pero con la misma amenaza.

Me pongo delante de él, desnuda y decidida a no mostrar miedo. Un callo se ha formado sobre mi dignidad y mi autoestima. Apenas los siento ya. Son víctimas de mi supervivencia y de mi eventual huida.

“Hazme creer que me deseas, Iris. Móntame”.

Mis ojos vuelan hacia los suyos, aturdidos y estupefactos. No puedo. Ni siquiera recuerdo lo que se siente al desear a Caleb.

“Yo... bueno, yo...”

“Bésame”, dice suavemente, casi de forma persuasiva. Como si le importara, pero he jugado a este juego lo suficiente como para saber que su amabilidad es siempre una carta engañosa.

Me trago mi asco y me inclino tímidamente para colocar mi boca sobre la suya. Casi me dan arcadas cuando su lengua roza la mía, áspera y minuciosa, como si estuviera restregando el sabor de August por mi boca. Es una desagradable imitación de la pasión perfecta que sentí no hace ni una hora. Su mano serpentea para rodear mi garganta, apenas apretando, pero ejerciendo suficiente presión para recordarme que podría romperme la tráquea si quisiera.

“He dicho que me montes”.

Cada orden es más confusa que la anterior. Me tira del cuello hacia su regazo, separando mis muslos sobre los suyos. No espera a que me coloque en posición, sino que me arranca y me hunde en su polla. El aire se me escapa cuando se clava en mi estrechez. Me agarra la cadera dolorosamente, incitándome a un ritmo que no puedo encontrar. Me tira contra su cuerpo, aplastando mis pechos contra su pecho y clavándome la pistola en el costado.

“Todavía estás mojada. Te has venido por él, ¿verdad?”, gruñe. “¿Cuándo fue la última vez que estuviste tan mojada para mí?”

El miedo me recorre el cuerpo. Esta podría ser la noche en que me mate. Se acerca a mi garganta, apretando los dedos hasta que no hay aire.

Me agarro desesperadamente al grillete de mi cuello. Manchas negras manchan mi visión y el algodón me llena la cabeza. Justo cuando creo que me voy a desmayar, me suelta la garganta.

“¿Te ha tocado aquí?” La furia tensa su voz hasta el punto de romperse. “¿En tu coño, Iris? ¿Mi coño?”

“Para”. Me ahogo con la palabra y con las náuseas que llenan mi garganta cuanto más me llena. “Por favor, para”.

“Pararé”. Me levanta de su regazo y me empuja a la cama detrás de él. “Tú te lo has buscado”.

El alivio me inunda, mi cuerpo libera el miedo que mantenía mis músculos tensos. Lo único que quiero es una ducha. Estoy segura de que habrá repercusiones cuando menos lo espere, pero quizá no esta noche.

Apenas se ha formado ese pensamiento, Caleb se levanta sobre mí y me pone boca abajo. Un pinchazo de premonición me hace cosquillas en la conciencia. “Caleb, ¿qué estás...?”

“¿Crees que voy a seguir por donde lo dejó West?”, gruñe.

“No lo hagas”, digo, desesperada y luchando por aflojar su agarre. “No lo hicimos, Caleb”.

“¿Así que ahora soy un tonto?” Una carcajada, vacía de humor,

azota el aire. “Simplemente iré por un lugar en el que no ha estado”.

No puedo someterme a esto. Me suelto y salto de la cama, corriendo hacia el baño, pero no soy rival para los largos brazos y piernas de Caleb, para la velocidad del rayo de su cuerpo de atleta bien acondicionado. Está en la puerta delante de mí, bloqueando mi camino, riéndose en mi cara. Me giro para huir en la otra dirección.

Su brazo me rodea por la cintura y me levanta del suelo, arrojándome de nuevo a la cama. Su agarre parece biónico cuando me pone a cuatro patas y me agarro a su pecho para intentar zafarme de él. Mis brazos se agitan salvajemente. Le araño el muslo y noto cómo su piel se curva bajo mis uñas. Abofeteo cualquier parte de él que pueda alcanzar, hasta que el frío acero de esa pistola en la base de mi cráneo petrifica mi lucha.

“¿Cómo te atreves a dejar que toque lo que es mío?”, gruñe detrás de mí, tirando de mi pelo de forma dolorosa.

Las lágrimas se arrastran desde mis ojos y sobre mis mejillas. Su gran mano se mete entre mis omóplatos y me agarra la cadera, alineándose con mi culo.

“Por favor, no”, le ruego sin pudor, apretando con el puño la sábana. “Dios, Caleb, no lo hagas”.

No es como en las películas en las que la mujer forcejea durante minutos y tú sigues pensando que hay una posibilidad de que se escape, sin ser mancillada. Que alguien interviene justo a tiempo para salvarla.

No, para mí no es así.

De un golpe brutal, Caleb invade un lugar en el que nadie ha estado nunca. Lo ha insinuado, lo ha amenazado, pero nunca me ha tomado así.

No hay lubricación. No hay preparación. No hay advertencia.

*Sólo agonía seca.*

El dolor me roba el aliento. Me arrebató las palabras. Ni siquiera puedo gritar por un momento. Es ese dolor vertiginoso que te

amordaza, te silencia por completo. Cada parte de ti se concentra en sobrevivir a esa herida, y no te queda energía ni para hablar.

Siento que los tejidos se desgarran cuando me clava los cuchillos repetidamente, un arma afilada que se blande sin piedad. Las lágrimas ruedan sin control por mi boca. Mis palabras se disuelven en una letanía de súplicas, sílabas patéticas que se derraman de mí mientras él gruñe y gime y pistonea, una máquina incansable. Ni siquiera sé cuánto dura. Siento humedad entre mis piernas y sé que es sangre. Mis codos se deslizan por debajo de mí y mi pecho se desploma sobre la cama.

“Joder, quédate quieta”, ruge. “No está todo dentro”.

Oh, Dios. No puede haber más, pero él se mete más adentro, y yo raspo el fondo de mi alma por el grito que desgarrar el dormitorio. Rezo para que se adormezca, pero siento cada embestida, como un atizador ardiente que me asola.

“Por favor, para. Por favor. Por favor”, ruego, con la voz rasposa, el corazón acelerado y el cuerpo destrozado.

Pero Caleb se pierde en un paroxismo de placer perverso, eyaculando largo y tendido dentro de mi descarnada y estirada entrada.

Una vez que se ha vaciado, me da una palmada en el culo casi con cariño y se retira. El alivio es inmediato, pero el dolor persiste. Se deja caer en la cama a mi lado, soltando una larga exhalación.

Me quedo completamente quieta, como una mujer atacada y temerosa de que el depredador pueda volver. Me hago la muerta, pero no estoy segura de estar fingiendo. Una parte de mí se ha retirado, se ha acurrucado en una tumba pidiendo la muerte. Acogiendo el final con los brazos abiertos.

Caleb acaricia con un dedo el débil hematoma que August acarició y alivió. “Siempre haces cosas estúpidas que hacen que tenga que hacerte daño”, dice. “¿Por qué haces eso cuando te amo más que nada, Iris?”. Parece realmente perplejo y sinceramente irritado.

Estoy tratando con un loco.

Giro la cabeza en lentos centímetros hasta que mis ojos se posan en su apuesto rostro. “Vete a la mierda, Caleb”.

Su expresión se congela, los ojos se entrecierran y sus labios se aplanan. “Putastúpida. Eres una masoquista, ¿verdad?”

He tenido cuidado todos estos meses. Planeando. Buscando el momento justo, el momento justo. Pero la cautela se ha ido, y aunque provocarlo podría, en última instancia, hacerme más daño, busco la manera de herirlo. Después de lo que acaba de hacer, quiero devolverle el daño.

Me desplazo con cautela hacia la cabecera de la cama, haciendo una mueca de dolor por la incomodidad entre mis piernas y el dolor de su invasión. Observo desapasionadamente el reguero de sangre en las sábanas. Sé que es mía, pero no siento ningún miedo, ninguna conexión con ella.

“Nunca respondí a tu pregunta”, digo en voz baja.

“¿Qué pregunta?” Él dobla las cejas en un ceño perplejo.

“Ya sabes”. Lo miro deliberadamente y sonrío. “Me has preguntado si me vine por él”.

Un tornado se posa en su cara, en sus cejas. Un relámpago cae sobre los ojos tormentosos.

“Lo hice”. Mi voz es suave, pero mis ojos se encuentran con los suyos de forma inquebrantable. “Fue el mejor orgasmo de mi vida, Caleb. En un armario con August West. ¿Qué vas a hacer? ¿Romperle la otra pierna? ¿Romperme la pierna? ¿Seguir rompiendo todo lo que te rodea como un niño mimado que rompe sus juguetes?”

Se abalanza sobre mí, con los dientes desnudos, y su puño se retira para golpear. Pero yo también retrocedo. Agarro la lámpara de la mesita de noche y la sacudo para que el cable se desprenda de la pared.

La aplasto contra su cabeza. El dolor y la conmoción recorren su rostro, seguidos rápidamente por la furia. Se toca la línea de sangre que sale de la línea del cabello, frotando con desconcierto la humedad entre sus dedos. Conozco la conmoción que supone ver cómo te sacan

la sangre de un golpe que no has visto venir.

“Tienes ganas de morir”, brama, acercándose a mí. Tan rápido como mi dolor me lo permite, corro a toda prisa hacia la puerta. La abro, sin importarme que esté desnuda. Tengo que correr. Después de todas estas semanas de espera y observación, he elegido el peor momento para luchar. El peor momento para huir. Cuando no hay ruta de escape. Sin plan.

*Sin oportunidad.*

Su pie calzado golpea mi espalda, el impulso me hace avanzar y derrapar por el suelo de mármol, rozando la piel desnuda de mi estómago. Me levanto sólo hasta los codos. Trato de arrastrarme hacia arriba, pero la bota me golpea en las costillas y me expulsa el aire del cuerpo. Doblo el cuerpo y me sorprendo cuando una risa maníaca brota de mi vientre. Me tumbo de espaldas, enfrentándome a su furia de frente y con una sonrisa de locura.

“¿Y ahora qué? ¿La pistola?” Me burlo. “Es la única forma de mantenerme bajo tu control, ¿verdad? ¿El hombre grande con la pistola? Cobarde lamentable”.

“¿Una pistola?” Su propia sonrisa demente agrieta la superficie pulida de su rostro, y somos dos locos sin sentido en un combate a muerte. “Podría matarte con mis propias manos”.

Con la sangre embadurnada en mis muslos, los moratones floreciendo en mis costillas como violetas africanas, y un nuevo desafío hirviendo en mis huesos, miro a través de una cortina de pelo enmarañado y digo las palabras más temerarias de mi vida. “Entonces lucha conmigo como un hombre”.

Y lo hace.

Yo estaba allí cuando se rompieron los diques.

Aunque estaba a salvo en mi pabellón cuando el monstruo perdió toda contención y desató estragos acuáticos en Nueva Orleans, viví en la ciudad.

Más tarde vi la devastación que dejó la bestial tormenta. Recogimos frenéticamente nuestras cosas y huimos de nuestra casa

hacia tierras más altas. Mi familia se fue para sobrevivir.

Hubo quienes se quedaron demasiado tiempo. Se quedaron cuando deberían haber huido.

No vivieron para lamentarlo.

En este torrente, este caos de crueldad, me doy cuenta de que he cometido el mismo error. Me he quedado cuando debería haber huido. Ahora, soy testigo del momento exacto en que este monstruo pierde toda contención. Y su furia, su rabia se abalanza sobre mí como un muro de agua. Como un viento de fuerza descomunal, se abalanza sobre mí, y yo soy la devastación que deja a su paso. Su puño y su palma abierta son yunques incansables que magullan mi carne y rompen mis huesos. Su furia es rápida y eficaz, una brutalidad hipnótica de golpes simultáneos y perfectamente espaciados.

La mente es una maestra estratega, que sabe instintivamente cuándo avanzar y cuándo retirarse. Mi mente es un refugio cuando el dolor es insoportable. Sin escapatoria a la vista, busco la única libertad que me queda: mis pensamientos, mis sueños y mis recuerdos. Recuerdo una noche mágica bajo las estrellas, bajo una farola en la víspera de la grandeza. Una noche llena de risas y confidencias, cargada de promesas. Y lo veo muy claramente, mi príncipe, pidiéndome un beso.

A veces, nos encontramos en una encrucijada en la que puede girar nuestro camino, nuestra propia vida. Una bifurcación en el camino. A veces el corazón habla en susurros, y para cuando oímos, para cuando escuchamos, es demasiado tarde y no lo sabemos. No sabemos que deberíamos haber girado a la derecha en lugar de a la izquierda. Haber elegido una en lugar de la otra. Pero ahora, en el retiro de mi mente, lo sé.

Y lo beso.

En mis sueños lo elijo a él, mi príncipe, en lugar del fraude. En este universo paralelo, en esta coyuntura de segunda oportunidad, giro a la derecha en lugar de elegir el error... y allí, sólo allí, estamos juntos.

Pero ese no es mi universo, no es el que yo elegí. Entonces el mundo se vuelve negro, en una galaxia de dolor y brutalidad, y veo estrellas. Un destello de brillo. Una luz que debería haber reconocido hace tiempo.

A medida que las estrellas se atenúan y la oscuridad invade, comprendo que soy como aquellos de mi barrio que se quedaron demasiado tiempo, asumiendo su supervivencia. Temo que, como ellos, no viviré para lamentarlo.



# Capítulo 30

## IRIS

La luz se cuela por una tapa agrietada. Con mi conciencia no sólo llega la luz, sino el dolor. Es universal, por todas partes, y parece que no deja ninguna parte de mi cuerpo sin tocar. Me duelen hasta las uñas, pero tengo que seguir adelante. Caleb nunca ha hecho daño a Sarai, pero tampoco me había hecho nunca tanto daño.

Tengo que levantarme.

“Ramone, lo has hecho bien”. La voz de Caleb viene del pasillo. “Demostraste verdadera lealtad al alertarme tan rápido sobre West”.

Al oír su voz al otro lado de la puerta, mis músculos golpeados se tensan involuntariamente, entrenados para prepararse para un golpe.

“Gracias, señor”, responde Ramone estoicamente, con la voz baja y ruda.

“Encontrarás un bono ya transferido a tu cuenta”, dice Caleb. “Tengo que coger un vuelo. Salir de China antes de tiempo me ha hecho perder tiempo. Mi agente me necesita en Nueva York esta noche. Pero volveré mañana”.

La furia se filtra en mis poros. Extrañamente, no hay miedo. He terminado con el miedo, y he terminado de esperar.

Las estrellas y la luna se han alineado. Las circunstancias son las adecuadas y hoy atacaré.

La puerta se abre, y me quedo sin fuerzas, cierro los ojos y me hago el remolón por última vez para el cazador.

Reconocería las pisadas de Caleb en cualquier lugar. El sonido de

su aproximación me ha aterrorizado muchas veces. Sus pasos son pesados y deliberados. Quiere que sepas que viene, pero que te sientas impotente. Sus pasos te dicen que puedes correr, pero que no puedes esconderte.

*Siempre te atraparé.*

Su costosa colonia se extiende por mi cara. Incluso con los ojos cerrados, sé que está sobre mí, evaluando el valor de su premio.

“¿Por qué lo hiciste?”, me pregunta con voz torturada. “¿Por qué dejaste que te tocara? ¿Por qué hiciste que te hiciera daño?”

La curva endurecida de su nudillo me aparta el pelo de la cara, rozando un punto sensible. Reprimo el impulso de hacer una mueca de dolor, aun fingiendo el sueño.

“Andrew llegará pronto para...” Caleb hace una pausa en su conversación unilateral para aclararse la garganta. Por primera vez, me pregunto si siente verdadera culpa cuando me hace daño. Si en la cáscara donde solía estar el corazón de este psicópata, de vez en cuando hay un signo de Lázaro, un latido reflexivo.

“Andrew estará aquí para cuidar de ti”, termina. “Volveré mañana por la noche, cariño. Sé que estarás enfadada, pero lo superaremos. Hemos pasado por muchas cosas juntos”. Su risa áspera me pincha la piel con agujas de puercoespín. “Quizá tengas buenas noticias cuando vuelva. Sigo esperando otro bebé”.

Mi reflejo nauseoso casi me delata. La idea de su semilla plantada en mí de nuevo me revuelve el estómago, y el pensamiento de su hija en la habitación de al lado es lo único que me hace aguantar. El beso que me deja en la frente se desliza por mi carne.

El sonido más bienvenido es el de sus pasos en retirada. Mi alivio, el sonido de su auto alejándose.

Normalmente tardo horas en moverme después de una paliza tan brutal, pero no tengo horas. Sólo hay un momento. Esta golpiza, sincronizada con el viaje de Caleb, es la oportunidad perfecta. He tenido estas cosas antes, pero lo que me ha faltado es ayuda. Hoy, sin embargo, la pediré. Ignorando la protesta de mis costillas con cada

respiración, me obligo a incorporarme, a rodar fuera de la cama, envolviéndome en la sábana.

Los restos de nuestra pelea ensucian el suelo. Una lámpara destrozada y los cristales de los marcos de los cuadros rotos. Hay una grieta en la pared con la forma de mi derrota, la forma de mi cuerpo golpeado contra el yeso.

Me defendí.

Fue mi peor paliza a manos de Caleb, pero ruego que también sea la última.

Me dirijo con cautela hacia la bolsa de pañales de Sarai, que está en un rincón de la habitación. Busco en los pequeños bolsillos y casi lloro de alivio cuando encuentro el móvil, que sigue donde lo guardé ayer. Se acercan pasos en el pasillo. Aprieto la bolsa de pañales contra mi pecho justo cuando se abre la puerta.

Andrew y yo nos miramos fijamente. Por el horror de su cara, sólo puedo imaginar mi aspecto.

“Dios, Iris”. La lástima empaña sus ojos. “Lo siento. Vamos a ocuparnos de ti”.

“No”. Expulso la palabra con fuerza.

“¿Qué quieres decir con ‘no’?” Cambia su bolsa médica de una mano a la otra. “Tenemos que ponerte vendas”.

“¿Vendas?” El desdén satura el aire entre nosotros. “¿Es eso lo que crees que quiero? ¿Qué me curen para que pueda volver a golpearme? ¿Hasta que un día me mate? Porque un día lo hará, Andrew. Si me quedo, me matará. Casi lo hizo anoche”.

Su mirada recorre mi cara, mis rasgos maltrechos testifican a mi favor. Diciéndole que tengo razón.

Camino hacia él, con el dolor marcando cada paso. Agarro la bolsa de pañales de Sarai con una mano y la sábana con la otra. Una vez que estoy frente a él, donde no puede escapar de lo que estoy segura es la topografía magullada, cortada e hinchada de mi cara, hablo.

“Necesito tu ayuda”.

Las puertas se cierran sobre su expresión como lo hacen cada vez que le suplico.

“No puedo”. Sacude la cabeza y desvía la mirada. “Sabes que no puedo”.

“Todo lo que necesito es tu cooperación, no tu ayuda”, digo desesperadamente. “Simplemente no me detengas. No grites cuando corra”. Hago una pausa, dejando que mi simple petición se hunda antes de la mayor petición. “No me cures”.

Levanta la vista bruscamente, con los ojos entrecerrados y con curiosidad.

“Tienes amigos que podrían examinarme, ¿verdad?” pregunto.

“No, Iris. No tengo.

“Un médico que pueda documentar esto y todo lo que me han hecho. Necesito radiografías, y pruebas, y...” Me trago la vergüenza, el bochorno, la culpa... todas las cosas artificiales que me han impedido pedir ayuda en el pasado. “Un kit de violación”.

Aprieta los ojos y se pellizca el puente de la nariz.

“Puede que conozca a alguien”, admite finalmente. “Pero no puedo sacarte de aquí. Ramone está abajo de guardia, como siempre. No me extraña que te dispare por la espalda si intentas huir”.

“Tengo un plan”. Saco mi móvil de la bolsa de los pañales. “Deja que me preocupe por Ramone”.

“Sabes que Caleb vigila ese teléfono”, dice Andrew rápidamente. “Interceptará cualquier mensaje que envíes”.

“Lo sé.” Escribo una palabra y pulso enviar. “Si se molesta en mirar, este mensaje no tendrá ningún sentido para él”.

Miro fijamente la palabra en mayúsculas en mi pantalla, esperando que sea una señal de socorro suficiente para traer a mi caballería.

**RAYUELA.**



# Capítulo 31

## IRIS

A las pocas horas se oye un jaleo en el piso de abajo, y es el sonido más bendito que he oído nunca. La música proverbial para mis oídos.

“Quítate de en medio o llamaré a la policía y a todas las emisoras de noticias que pueda conseguir aquí. ¿Quieres mierda en la puerta de tu casa? Porque puedo llevar mierda a la puerta de tu casa”.

“Esto es una propiedad privada”, la profunda voz de Ramone retumba hacia mí.

“Sí, y mi prima vive en esta propiedad privada”, responde Lotus. “Si no la veo en los próximos treinta segundos, lo que sea que esté pasando aquí saldrá en todas las emisiones importantes de esta noche. Ponme a prueba”.

No le doy la oportunidad de ponerla a prueba. Ese tipo de exposición iría en contra de mi plan. Abro la puerta del dormitorio y salgo al rellano. Dos pares de ojos suben las escaleras hasta llegar a mí con Sarai en la cadera.

“Dios mío, Iris”. La indignación, la incredulidad y la furia se mezclan en la voz de Lotus y en su rostro.

A estas alturas ya me he mirado en el espejo y sé lo que ella ve. No soy tanto Iris como una Susan de ojos negros. Mi cara es el lienzo de un cuadro abstracto con ojos distorsionados y desiguales, uno más grande que el otro. Estoy salpicada de vetas salvajes de negro, magenta y escarlata. Tengo los labios partidos y de triple tamaño. Un moratón de muchos colores florece en mi frente y florece en la línea del cabello. A mis otras partes no les ha ido mucho mejor. Mi cuerpo

es un mosaico de violencia.

Y es toda la evidencia que necesito.

“Lotus “. Su nombre sale de mí como una respiración contenida. Todavía queda mucho por delante, y mi plan debe estar perfectamente ejecutado hasta el último detalle para que pueda escapar de verdad, no sólo hoy, sino para siempre.

Miro a Ramone, de pie junto a ella. El pánico ensancha sus ojos, e inmediatamente empieza a marcar.

“Llámallo, por favor”, digo, empezando a bajar los escalones, sosteniendo a Sarai cerca y llevando una pequeña bolsa con sólo nuestras cosas más esenciales. “Dile que me he ido”.

“No te vas a ir a ningún lado”, suelta Ramón, con las cejas fruncidas.

“Intenta detenernos”. Lotus sube los últimos escalones para reunirse conmigo a mitad de camino. Coge a Sarai y entierra su cara en los rizos perfumados del bebé durante un segundo antes de agarrar mi mano. Unidas por las manos, unidas de nuevo por el corazón, bajamos corriendo la escalera y cruzamos el vestíbulo.

Cuando llegamos a la puerta, la mano de Ramone serpentea para agarrarme del brazo, pero me obligo a mantenerme erguida.

“Quítame las manos de encima”. Lo miro a los ojos sin dudar. “O llamamos a la policía ahora mismo y les cuento todo. ¿Crees que eres el único que puede mentir a las autoridades? Diré que también me has estado golpeando y violando. ¿Quieres caer con Caleb? ¿Realmente tu lealtad llega tan lejos?”

Su mano cae, y su garganta se inclina con un trago.

Lotus y yo abrimos la puerta y pasamos rápidamente. Un Volkswagen Beetle verde se encuentra en el frente, estacionado al azar en la entrada circular.

“¿Tienes un auto nuevo?” pregunto. Esta pregunta banal es todo lo que puedo hacer. Hablemos de las cosas fáciles que nos hemos perdido, no del purgatorio en el que he estado atrapada.

“No, ni siquiera tengo auto. Tomé prestado el de un amigo en cuanto recibí tu mensaje”. Las lágrimas inundan los ojos de Lotus y resopla, pasándose la mano por debajo de la nariz que se le escapa, incluso mientras se sube. “¿Qué demonios, Bo? ¿Cómo ha ocurrido esto? ¿Qué está pasando?”

Ignoro sus preguntas, mi corazón golpeando mi cavidad torácica con la promesa de escapar tan cerca. Me subo en la parte trasera, porque ni siquiera tengo una silla de auto para Sarai. La dejo atrás con todas las demás cosas que Caleb ha comprado. Una pequeña parte de nuestras posesiones está en la bolsa de lona, junto con un pequeño puñado de dinero en efectivo que me dio Andrew y lo poco que he podido esconder y atesorar con el tiempo. Tiro del cinturón de seguridad para cruzarnos a las dos y paso unos segundos odiándome a mí misma por no haber confiado antes en Lo, por haber dejado que mi vergüenza y mi resentimiento y nuestro insignificante desacuerdo se interpusieran entre nosotras. Me odio por no arriesgarme y tender la mano. Por dejar que esas minucias se interpusieran entre ella y yo, y entre yo y la libertad, durante demasiado tiempo.

Ahora lo compensaré. Correré la cortina y le mostraré mis cicatrices. “Sólo conduce, Lo, y te lo contaré todo”.



## Capítulo 32

### IRIS

“¿Qué hace falta para que esto desaparezca?” pregunta el padre de Caleb, cerrando la carpeta que hay en la mesa de la sala de conferencias frente a él.

Caleb se revuelve en su asiento, el músculo de su mandíbula tintineando y la rabia apenas controlada rodando por los apretados músculos de su cuerpo. Lo miro hasta que levanta la vista y me devuelve la mirada sin pestañear, sin inmutarse y sin un ápice de remordimiento.

“Esto no desaparecerá”, respondo, sin apartar los ojos de la cara de Caleb. “Nunca”.

“Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí?”. Caleb se levanta bruscamente, la silla raspando el suelo de madera. He elegido un terreno neutral para la reunión que he convocado con Caleb, su padre y su agente en el hotel donde me denegaron la tarjeta de crédito aquella primera noche cuando intenté escapar. Espero que Caleb aprecie la ironía.

“Siéntate, Caleb”, dice el señor Bradley, con la voz quebrada. “Y cierra la puta boca. Tienes suerte de que siquiera nos ofrezca condiciones”.

Los fríos ojos del señor Bradley se dirigen de nuevo a mí, con el mismo tono de azul arrogante que los de Caleb.

“¿Supongo que hay condiciones?”, me pregunta, con una ceja levantada y la mano sacando ya un talonario de cheques del bolsillo.

*Ah, ha venido preparado.*

“Puedes guardar eso”. Señalo con la cabeza el talonario de cheques. “No quiero tu dinero. No quiero nada de ti ni de tu hijo, excepto mi libertad y mi hija”.

“No”, gruñe Caleb. “No te vas a ir y no me vas a quitar a mi hija”.

“Bastardo sádico, ya me he ido”. Me inclino hacia delante, fijando mis ojos en el pedazo de mierda que engendró a mi hija. “Es mi hija, e iremos donde yo diga”. Levanto mi copia de la carpeta que tienen. “A menos que quieras que la NBA, todos tus fans, patrocinadores y el mundo entero sepan que su chico de oro es un monstruo abusivo”.

Maury, el agente de Caleb, cierra la carpeta que contiene foto tras foto, desde todos los ángulos, de los moratones y los lugares hinchados que me duelen bajo la ropa incluso ahora, dos días después. Las fotos, el kit de violación, la documentación de las lesiones anteriores... todo ello cuenta la historia que he ocultado durante meses hasta tener tantas pruebas condenatorias sobre Caleb como las que él fabricó sobre mí. Maury aparta la carpeta sobre la mesa como si fuera un plato de carne podrida.

“Mierda, Caleb”, murmura. “¿Cómo has podido hacer esto?”

Maury me mira por primera vez, haciendo una mueca de dolor cuando se encuentra con la evidencia de la brutalidad de Caleb estampada en mi cara. La única simpatía que encuentro en esta habitación está en sus ojos.

“Siento que te haya pasado esto, Iris”, dice en voz baja, tragando profundamente. “¿Qué quieres? ¿Cómo va a ir esto?”

Tomo aire, ignorando el calor de la mirada de Caleb. “Como ves, las heridas que sufrí hace sólo dos días han sido documentadas por un médico”. Afianzo la voz aunque la humillación de exponer lo sucedido casi me ahoga. “Las radiografías y un examen completo también muestran evidencias de lesiones anteriores nunca atendidas adecuadamente”. Con una mirada, lanzo un disparo a través de la mesa hacia Caleb. “Las pruebas también han encontrado evidencias

de violación". Utilizo la palabra deliberadamente, no sea que Caleb o alguien más piense que hubo algo consentido en lo que me ocurrió.

"¿Violación?" pregunta Maury, con su indignación emergiendo de nuevo. "¿Qué demonios? Maldito seas, Caleb. Te entregaré yo mismo".

"Oh, no." Sacudo la cabeza con decisión. "Otros deportistas denunciados como maltratadores son multados y se pierden unos cuantos partidos, para volver a la cancha, a la cancha en unas semanas. No voy a confiar mi vida, la de mi hija, a un sistema que favorece a hombres como Caleb. He visto las llamadas consecuencias que tenemos para el abuso doméstico, y necesito más que eso".

Las grietas del sistema están hechas a medida y tienen el tamaño justo para que se cuelen hombres como Caleb. La fama y el dinero de Caleb no hacen más que inclinar aún más la ya inclinada balanza a su favor. Lo he visto demasiado a menudo como para dejar esto al azar.

"No", continúo. "Cumplirás con todo lo que te pida o todos los detalles sangrientos saldrán a la luz. Se acabaron los patrocinios, la carrera en la NBA y al menos unos años de tu vida entre rejas".

"Sólo ve al grano", dice el señor Bradley. "¿Qué quieres?"

*Mi hija. Recuperar mi inocencia. Mis ilusiones hechas jirones reparadas. Mis sueños restaurados.*

*Mi segunda oportunidad con August.*

Todo parece improbable, así que pido lo que sé que puedo conseguir con las pruebas que hay en la mesa de la sala de conferencias.

"Quiero mi libertad". Desplazo los ojos firmes hacia Caleb. "No nos seguirás. No intentas encontrarnos. Renuncias a los derechos de paternidad y nos dejas en paz".

Una risa incrédula brota de los labios de Caleb. "Perra estúpida", escupe. "¿Crees que te voy a entregar a mi hija?"

"¿Has traído el diario y mi anillo como te pedí?". Ignoro sus insultos y su arrogancia. "Porque yo también los quiero".

Se pone serio rápidamente, adelgazando sus labios y helando sus ojos de la manera que solía causar terror en mí, pero que ya no puede.

“Caleb”, dice Maury bruscamente. “Dáselos”.

Por un segundo parece que no lo hará, pero su padre chasquea los dedos y sé que he ganado al menos esta batalla. Caleb saca el diario y lo desliza por la mesa con tanta fuerza que resbala por el borde y cae al suelo. Antes de que pueda ponerme en cuclillas para cogerlo, Maury está allí, recogéndolo y ofreciéndomelo con una mirada de disculpa.

“Mi cliente es un imbécil”, murmura.

“Obviamente, no tienes que decirme eso”, digo, aceptando el diario. “¿Y el anillo de mi bisabuela?”

“No tengo ni idea de dónde están tus joyas de pueblo”, dice Caleb, con una sonrisa llena de desprecio. “¿Para qué me sirve esa mierda barata?”.

Sé que está mintiendo, pero el anillo es una pequeña baja en esta guerra, considerando todo lo que estoy ganando hoy. Considerando todo lo que he perdido.

“Bien. Mi diario y mi libertad serán suficientes”, digo, clavando los ojos en él.

“¿Eso es todo?” Caleb se encorva en su asiento. “¿Y no podré volver a ver a mi hija?”

Todo en mí grita que *infierno no*, pero al haberle quitado la patria potestad, hago la única concesión que puedo. “Cuando sea mayor, y si has completado la terapia de control de la ira a mi satisfacción, entonces consideraré las visitas supervisadas”.

“¿A *tu* gusto?” Pone los ojos en blanco y se chupa los dientes. “Ya lo veremos”.

“Caleb, cierra la puta boca”, le dice su padre. “Iris, lo entiendo. Haré que se redacte el papeleo que refleje tus... demandas”.

La vacilación en su rostro parece fuera de lugar. Siempre está seguro, pero la incertidumbre es tan clara como el orgullo que aparta

para hacer su siguiente pregunta.

“Tal vez podrías...” Se aclara la garganta, una pausa poco habitual en un hombre que siempre parece seguro. “... considerar la posibilidad de permitirnos a mi esposa y a mí ver a Sarai cuando llegue el momento. Es nuestra única nieta, después de todo”.

Endurezco las suaves parcelas de mi corazón, sin ceder terreno. Cualquier persona con la que tenga contacto es alguien que Caleb puede utilizar para encontrarme antes de que yo esté lista para ser encontrada. Las llamadas telefónicas, las cartas, los mensajes... son todas migas de pan que Caleb olfatearía y seguiría si su obsesión superara su sentido de la autoconservación.

“Lo consideraré más tarde”, respondo. “Pero ahora mismo, necesito poner distancia entre mí y todo lo que tenga que ver con tu hijo, incluido tú”.

“Esto es ridículo”, dice Caleb en voz baja.

“Es justo...” La expresión del señor Bradley se endurece hasta convertirse en granito, su cara de negociador. “Ahora, *nuestras* condiciones”.

Sabía que esto iba a pasar y estoy preparada. Me limito a asentir para que continúe.

“Firmas un acuerdo de confidencialidad por el que nunca hablarás de esto y nunca divulgarás el contenido de este archivo, siempre y cuando Caleb cumpla con tus peticiones”, dice. “Y me refiero a no hablar de ello *con nadie*. Jamás. La violación de eso anula todo lo demás y restablece la patria potestad de Caleb”.

Me encuentro con los ojos de Caleb y, por un segundo, creo que quiere que lo viole, para darle una excusa para romper la correa que le impongo y venir tras de mí, llevarse a Sarai. Hacerme daño de nuevo.

“Puedo hacerlo”, acepto.

“Y puedo extender un cheque por una cantidad generosa para que se instale”. El señor Bradley vuelve a sacar su temida chequera.

“No.” No voy a ceder en esto. “No quiero tu dinero. No quiero

tomar nada de tu familia en nuestra nueva vida. De hecho, tengo algo para ti, Caleb”.

Meto la mano en el bolsillo delantero de mis jeans, saco el anillo de compromiso que Caleb me impuso y lo deslizo por la mesa con tanta fuerza que salta por la dura superficie y cae al suelo, devolviendo su anterior falta de respeto.

Las mejillas de Caleb se encogen de emoción. Las esquinas de sus ojos se tensan.

“Tuyo, creo”. Me froto el dedo anular como si estuviera contaminado.

El señor Bradley vuelve a meter el talonario en el bolsillo interior de su chaqueta. “Redactaremos los papeles mañana, y...”

“Quiero los papeles hoy”. Recojo mis cosas y los pequeños restos de autoestima que he recuperado y me giro hacia la puerta. “Las instrucciones de entrega están en la carpeta. Me voy de la ciudad mañana”.

“¿Adónde vas?” exige Caleb. “¿A dónde llevas a Sarai?”

“Ya has oído las condiciones, Caleb”, interrumpe Maury. “Si no quieres perderlo todo y encontrarte en una celda de prisión bien merecida, no lo sabrás y no podrás seguirla. En cualquier caso, tendrás que buscarte un nuevo agente”.

Maury hace una mueca, asimilando las horribles imágenes de mi cara y mi cuerpo golpeados. “Iris, ¿estás segura de que no quieres presentar cargos? No debería salir impune”.

Una risa amarga precede a mi respuesta. “¿Presento cargos y qué? ¿Le dan un tirón de orejas? ¿Probación? ¿Un año por lo que ha hecho para cuando sus abogados lo reduzcan? ¿Y *todavía* podrá obtener la custodia compartida de mi hija?”

Miro fijamente a Caleb antes de continuar. Se queda sin expresión, parece deliberadamente aburrido, como si le hiciera perder el tiempo.

“¿Debo vivir mirando por encima del hombro, esperando a que

él decida que me quiere de vuelta?” Continúo. “¿O me quiere muerta? ¿Es esa la justicia que quieres que busque? No, gracias. Haré mi propia justicia. No es perfecta y puede que se agote algún día, pero es lo mejor que puedo hacer ahora mismo por Sarai y por mí”.

Sacudo la cabeza. “Le he quitado lo que más le importa: el acceso a mí y a mi hija. Perdóname por estar más preocupada por nuestra libertad que por el hecho de que esté o no ‘impune’. Lo único que quiere hacer más que hacerme daño es protegerse a sí mismo”.

“Bueno, entonces sigamos adelante”, dice Maury, poniéndose en pie y extendiendo el brazo para que le preceda por la puerta.

Estoy saliendo cuando Caleb me agarra por el brazo, su toque activa un sistema de alarma en mi cuerpo, luces rojas parpadeando, sirenas sonando y aspersores escupiendo agua. Atada a él de nuevo, la protesta ruge en mi interior.

“Quítame las manos de encima”, grito.

Maury empuja contra su pecho, pero Caleb no lo suelta, con sus dedos apretando dolorosamente sobre mis magulladuras.

“Iris, no me dejes”. La desesperación llena sus ojos y una especie de pena enfermiza, pero sin arrepentimiento. “Yo...” Su mirada se dirige a la cara de Maury y luego a su padre, que se queda parado, con una expresión de disgusto y decepción.

“Te necesito, cariño”, susurra. Y sé que es cierto. Necesita algo que controlar, que manipular, con lo que jugar cuando la presión es excesiva, pero yo no soy su saco de boxeo. Ya no soy nada suyo.

“Quita tus malditas manos de encima”. Me sacudo el brazo, pero se niega a soltarlo. “O el trato se cancela y tus preciosos avales y tu carrera... se acabarán”.

Por un momento, sólo un destello, tal vez un truco de la luz, pienso que se negará. Parece que aferrarse a mí significa más para él que todo lo que yo esperaba que fuera más valioso, pero entonces el frígido cálculo, el despiadado caníbal que se comió mi corazón y mordisqueó mi alma, apaga toda emoción. El monstruo ha vuelto.

“Putita estúpida”. Se ríe, soltando mi brazo y deslizando sus

puños en los bolsillos de sus pantalones. “Como si pudieras hacerlo mejor”.

Una sonrisa de satisfacción me hace cosquillas en la comisura de la boca, y no puedo resistirme a clavarle una espada en el único punto en el que sé que es débil.

“Oh, tú y yo sabemos que puedo hacerlo mucho mejor, Caleb”. La mantequilla no se derrite en mi boca cuando sonrío.

Ver cómo la sonrisa se deshace en su cara es un pequeño consuelo, pero cualquier consuelo es mejor que nada. No voy a buscar a August pronto. No puedo. No sintiéndome ensuciada y manchada y avergonzada de la forma en que lo hago. Racionalmente, sé que lo que me pasó no fue mi culpa, pero la vergüenza no razona.

A dónde iré, aún no lo sé. Caleb es un demonio constreñido al infierno con cadenas de gasa. Es un exilio frágil el que me estoy haciendo, pero lo aceptaré y correré para refugiarme mientras pueda. Y si se libera, volveré a correr, quizá por mi vida.

Me pongo unas gafas de sol de gran tamaño y un sombrero para cubrir mis moratones, con el aspecto de un cliché de película de Lifetime, estoy segura.

En el vestíbulo, Lo sostiene a Sarai en su regazo. Tiene un aspecto elegante, con sus largas trenzas recogidas en una redecilla. Lleva unos jeans ajustados, una chaqueta de cuero y zapatillas de ballet. Caleb pasa corriendo junto a mí, dirigiéndose a Sarai. Antes de que pueda interponerme entre ellos, Lo señala con un dedo delgado a Caleb y entrecierra un ojo, como si estuviera mirando por un telescopio. Me pregunto si todavía ve la sombra en su alma, porque puede que yo no la haya visto entonces, pero puedo dar fe de que está ahí. Hay un poder latente en sus ojos, en la fuerte y delgada flecha de su brazo dirigida a él.

“Tendrás que pagar”, dice Lo.

Caleb rompe el paso, como si de su voz brotaran tentáculos que se deslizan por el aire y se cierran alrededor de sus tobillos. Algo siniestro se cierne sobre Lo, y la piel se me pone de gallina.



“¿De qué demonios estás hablando?”, murmura, pero no se acerca.

Una sonrisa de complicidad florece en el bonito rostro de Lo, y abre el puño, revelando su anillo gris-gris.

“Estos son tus días”. Ella sopla sobre el anillo, con los ojos pegados a su cara. “Dispersos, y perdidos, y cayendo al suelo como el polvo”.

“¿Me estás amenazando?”, pregunta, sólo medio riendo. Apuesto a que si le quitara la manga, sus brazos también estarían cubiertos de carne de gallina.

“No. Una amenaza que se ve venir”. La sonrisa desaparece de la cara de Lo. “No es una amenaza. Es justicia real, y para cuando te llegue, será demasiado tarde”.

Caleb palidece bajo su bronceado, pero mientras se queda allí, sin duda considerando el críptico mensaje que Lo le ha entregado, me apresuro a pasar junto a él y recojo a Sarai en mis brazos. Se acerca, pero Lo se interpone.

“Camina mientras puedas, Caleb”, dice, sus palabras en un registro más bajo que suena con peligro.

Con una mirada frustrada hacia mí y hacia Sarai, él sigue adelante. El aliento atrapado en mis pulmones se libera de golpe. Su padre y Maury salen de la sala de conferencias, con las cabezas juntas. Me miran, y no sé si es lástima o respeto lo que se ve en los ojos de Maury, pero acepto cualquiera de las dos cosas siempre que signifique que ejecute los papeles y mantenga a Caleb alejado de mí.

“¿Y ahora qué?” Lo pregunta.

“¿Qué fue todo eso?” Ignoro su pregunta.

“¿De qué iba todo eso?”

“El acto de la poderosa sacerdotisa vudú”.

“Yo no actúo”, dice Lo con una curva sin humor en sus labios carnosos. “Lo soy.”

*Twilight Zone.*

“¿Dónde vas a ir?” Lotus pregunta, redirigiéndome, distrayéndome.

“Necesito ir a un lugar lejos de Caleb”, respondo apresuradamente. “Algún lugar que él no conozca y al que no pueda llegar. Necesito un tiempo sin él en mi vida. Tiempo para sanar, supongo, porque ahora mismo me siento tan...”

No puedo articular lo que siento. Dolida, pero adormecida. Perdida. ¿Qué hago ahora? ¿Qué sigue? ¿Adónde debo ir? Tengo que encontrar mi lugar.

*Centro.*

*Te pondría en el cinco. Si fueras mía, estarías en el centro de mi vida.*

Las palabras de August se filtran a través de pequeñas brechas en la valla de alambre de espino que rodea mi corazón. Ese podría ser mi lugar. Instintivamente, sé que August me pondría en el centro, pero se podría decir que yo también era el centro de Caleb. Un centro oscuro y retorcido, con los lados cerrándose y ahogándose, pero el centro al fin y al cabo. ¿Y si he juzgado mal a August tanto como a Caleb? Diablos, ¿tan mal como me juzgué a *mí misma*?

Necesito tiempo para encontrar mi lugar en este mundo sin nadie más al frente. Por mucho que sienta por August, necesito valerme por mí misma. Necesito hacer lo mejor para mi hija y saborear la vida y la libertad y todo lo que casi perdimos.

“Sé a dónde tienes que ir”, dice Lo cuando salimos del hotel y nos dirigimos a la acera.

“¿Dónde?”

Lo me pasa el brazo por el cuello como cuando éramos niños.

*Rayuela.*

La gratitud se apodera de mí y parpadeo para que se me escapen las lágrimas. Ha venido. He llamado y Lo ha venido. No me ha condenado ni me ha llamado tonta por no haber llamado antes. La cercanía entre nosotras no se desvaneció cuando se mudó al pantano. No se desvaneció cuando llegó el Katrina, y yo me mudé y Lo se

quedó. Y no se desvaneció cuando Caleb se interpuso entre nosotras. En realidad, no. La cercanía nunca se movió. Yo sí. Me escondí detrás de mi ira y vergüenza, y ahora todo está expuesto. La luz respira gracia en mí.

“Es tan obvio dónde deberías ir”, dice Lo.

“Si es tan obvio, ¿por qué no me iluminas?”

Lo besa la frente de Sarai y luego la mía. Juro que cuando levanta la vista, siento una brisa caliente y sensual que me acaricia el pelo, oigo el sonido lejano del jazz y pruebo una cosecha de ricos sabores en mi lengua.

“Donde debes estar, Iris”, insiste Lo en voz baja, “es en casa”.

## Capítulo 33

AUGUST

“¿Dijo ella algo más?” Pregunto, moldeando cuidadosamente mi boca en una sonrisa de aspecto normal, no soy un acosador. “Dime otra vez lo que ha dicho Iris”.

Sylvia me lanza una mirada de sufrimiento por encima del portapapeles que tiene pegado al pecho. La misma mirada que me ha dedicado los últimos días. Cuando Iris no apareció el día después de la llegada de Caleb, me preocupé pero no tenía forma de localizarla. Empecé a molestar a Sylvia entonces, y he estado molestándola desde entonces, pero sólo hoy tiene alguna respuesta.

“Llamó para disculparse por haberse perdido los dos últimos días de campamento, pero dijo que tenía que salir de la ciudad inesperadamente y que no volvería”.

“¿Fue ella?” Exijo. “¿O fue Caleb quien entregó el mensaje?”

“Como te dije las tres primeras veces que preguntaste, fue Iris”, dice impaciente.

Mi inofensiva sonrisa se escapa un milímetro. Esa no era la respuesta que quería oír.

“¿No es eso inusual?” Me apoyo en la pared del vestíbulo del centro comunitario, en mi intento de parecer informal. “Quiero decir, Iris aparece todos los días para ser voluntaria y luego sólo llama para decir que se va de la ciudad y que no volverá. ¿Te preocupa?”

“No”. Sylvia frunce las cejas. “¿Por qué habría de preocuparme? ¿Preocupada cómo?”

“Bueno, que esté bien”. Refreno mi frustración, recordando cómo

Caleb entró y lo arruinó todo. La ira en sus ojos.

“La mujer tenía un guardaespaldas”. La sonrisa irónica de Sylvia no hace nada para aliviar mi preocupación.

“Sí, bueno, el guardaespaldas es espeluznante de mierda”, digo sin rodeos, abandonando cualquier apariencia de calma. “Y Caleb parecía...”

*Desencajado. Enfurecido. Peligroso.*

La idea de que haya hecho daño a Iris de alguna manera me está volviendo loco. ¿Por qué no conseguí su maldito número... de nuevo?

“Mira, he visto dónde vive”, dice Sylvia, con una voz seca y sin compasión. “He visto el auto que conduce, su anillo, su ropa. La cuidan muy bien, déjame decirte”.

“¿Qué demonios tiene eso que ver con su seguridad?” Exijo, con los dientes apretados.

“¿Seguridad?” pregunta Sylvia con una sonrisa irónica. “¿De verdad, August? ¿Crees que Caleb hizo qué? ¿Golpearla? ¿Hacerle daño? Puede ser arrogante, prepotente, pero está loco por ella. En todo caso, lo siento por él si ella se ha ido. Probablemente esté devastado”.

Alguien llama a Sylvia por su nombre y ella se aparta brevemente de mí para responder antes de volver a prestarme atención. “Tengo que irme”, dice, suspirando con fuerza. “Gracias por ayudarnos. A los niños les ha encantado”.

“Sí, a mí también me encantó trabajar con ellos”. Es la verdad, pero ahora mismo no puedo concentrarme en ello.

“Se ha ido, pero está bien, August”. Sylvia me da unas palmaditas en el brazo como si fuera un gato que debe beberse la leche puesta delante de mí y se inclina para susurrar: “Hay muchas otras chicas ahí fuera”.

Después de soltar esa humillante perla de sabiduría, Sylvia se aleja por el pasillo sin mirar atrás.

Fuera, veo a Jared estacionado en la calle. Cuando me acomodo

en el asiento del copiloto, me observa con cautela... ¿con cansancio? Tal vez ambas cosas. Me trata con cautela y también está cansado de mi culo.

“¿No hay respuestas?” Golpea con los pulgares el volante forrado de cuero.

“Las respuestas equivocadas”. Sacudo la cabeza, aun tratando de encontrarle sentido. “Sylvia dice que Iris llamó para decir que se iba de la ciudad y que no volvería”.

“Bueno, entonces eso es todo”, dice Jared. “¿Hooters para comer?”

“Amigo, esto es serio”.

“Quizá haya dejado a Caleb. ¿No es eso lo que querías?”

Es sólo la mitad de lo que quería. También quería que ella viniera a mí. Y Sylvia puede estar satisfecha con esta imagen incompleta, pero yo no. No lo estaré hasta que lo escuche de alguien que sí sepa qué demonios está pasando.

Dejo caer la cabeza contra el asiento y miro de reojo a Jared. “Necesito un favor”.

“No”.

“Ni siquiera sabes lo que voy a pedir”.

“¿Ah, no? Me lanza una mirada que es a la vez de disgusto conmigo y de satisfacción consigo mismo. “Entonces, ¿por qué he llamado ya a las instalaciones de entrenamiento de los Stingers para ver si Caleb tiene previsto entrenar hoy?”.

Sonrío y me pongo el cinturón de seguridad. “Por eso te tengo cerca”.

“Y porque hago de chófer de tu culo a todas partes”. Se aparta del bordillo y me mira la pierna. “Al menos temporalmente. ¿Cómo está la pierna?”

“Bien”. La verdad es que hoy me duele como una hija de puta, pero no quiero que Jared me diga que me he pasado. Necesito a mi hermano ahora mismo, no a un agente.

“Te llevo porque sabía que no ibas a descansar hasta que tuvieras algunas respuestas”, dice Jared, apartando la mirada de la interestatal sólo el tiempo suficiente para captar mis ojos. “Pero no te metas en líos con él, Gus”.

“No lo voy a hacer”, digo a la defensiva. “Sólo voy a asegurarme de que Iris está bien”.

“Oh, sí. Eso no lo enfurecerá en absoluto”.

“Pregúntame cuántas jodidas tengo por eso”, digo bruscamente. “Sylvia hizo que Iris pareciera una buscadora de oro que debería estar feliz de tener un techo sobre su cabeza”.

“Bueno...” Jared se encoge de hombros. “Quiero decir que sí se ocupó de ella”.

Hiervo en un silencio abrasador. ¿Es Caleb una especie de hechicero? ¿Lanza un hechizo para que todo el mundo se pierda lo imbécil que es? Se pasea por la vida sin consecuencias. Lo vi mientras crecíamos una y otra vez. El hijo de puta me rompe la puta pierna delante de todo el mundo, y ni siquiera lo multan.

Y no lo digo sólo porque tenga a Iris y a Sarai.

*Tenía* a Iris y a Sarai. Tal vez.

“Entrar y salir”, dice Jared, irrumpiendo en mis hostiles pensamientos.

“¿Eh?” Le miro interrogativamente. “¿Qué has dicho?”

“Estamos aquí”. Señala por la ventana el edificio donde entrenan los Stingers. “Encuétralo, haz tus preguntas y sal. Nada de peleas. Sin escenas, hermano”.

“Realmente odio que me llames ‘hermano’”, digo, con toda naturalidad.

“Lo sé. ¿Por qué crees que lo hago?” Me estudia detenidamente, y el poco humor de su cara se desvanece. “¿Necesitas que te acompañe?”

“No, necesitaba un chófer, no un chaperón”, digo, bajando con cuidado del auto. “Vuelvo enseguida”.

No tardo en encontrar a Caleb. Está haciendo pesas, observado por un hombre alto y delgado que lleva una camiseta de los Stingers. El tipo levanta la vista, sus ojos se abren de par en par cuando sus ojos se fijan en mí. Todo el mundo en la liga sabe lo mal que está la sangre entre Caleb y yo.

“Oye, no puedes estar aquí porque...”

Me meto entre el entrenador y el banco donde Caleb está tumbado. Agarro la barra de las manos de Caleb y la coloco en su cuello lo suficiente como para causarle molestias, pero evitando que todo el peso presione hacia abajo.

Me agacho para que me vea boca abajo.

“Sólo te lo pregunto una vez, Caleb”, le digo con calma, mientras sus ojos se desorbitan y empieza a ponerse rojo. “¿Dónde está?”

“¡No puede respirar!”, dice el chico de la formación, balbuceando y señalando.

“De eso se trata”. Señalo con la cabeza la salida. “Salgan. Tenemos que arreglar las cosas. Prometo que seguirá de una pieza siempre que coopere”.

Caleb consigue sacudir la cabeza, con los ojos clavados en los del entrenador mientras resopla y araña la barra que sostengo sobre su garganta.

“¡He dicho que te vayas!” Le grito al indeciso entrenador. Sigue mirando por encima del hombro hasta que desaparece por la salida.

Levanto la barra lo justo para que Caleb pueda respirar y hablar, pero no lo suficiente como para no dejar caer todo el peso sobre su garganta si no me da lo que quiero: respuestas.

“Vete a la mierda”, sisea, los vasos sanguíneos brotando alrededor de sus ojos.

“Respuesta equivocada”. Dejo caer la barra un poco más, e inmediatamente empieza a jadear de nuevo. “Te voy a romper la puta tráquea, Caleb, así que te sugiero que respondas a la pregunta que ya te dije que *no haría dos veces*”.



Levanto la barra un centímetro, y sus brazos vuelan hacia arriba, tratando de desplazarme. Puedo escuchar a Jared ahora si realmente peleo con este tipo con mi pierna en su estado actual. Por no hablar del seguro que tienen los de San Diego Waves sobre mi cuerpo. Estoy bastante seguro de que no hay una cláusula de pelea en la póliza multimillonaria. Me alejo y le dejo respirar mientras me recompongo.

“Contesta a la pregunta”, le digo bruscamente.

“¿Qué te importa a ti?”, ronca, sentándose y cogiendo su botella de agua para engullirla.

“Es asunto mío. Iris no se presentó en el centro, pero Sylvia dice que llamó para decir que no volvería”.

Hace una pausa a mitad de sorbo, estrechando los ojos hacia mí. “Realmente preocupado por encontrar a la chica de otro hombre, ¿eh?”

“No estoy aquí para juegos, amigo. Dime qué pasa”.

Se levanta y se limpia el sudor de la cara con una toalla cercana. “Lo que está ‘pasando’ es que ella se ha ido”. La amargura corrompe la línea de su boca. “Iris se fue. No se llevó su teléfono, así que buena suerte llamándola”.

He visto a Caleb con Iris, la forma en que sus ojos siguen cada movimiento de ella como si pudiera perderse algo si mira hacia otro lado. No la dejaría ir sin más. Está tan obsesionado con ella como yo.

*Casi.*

“¿Se fue a dónde?” Insisto, la irritación pellizca los músculos de mi cara.

“Ni idea”, murmura, mirándome por la longitud de su botella de agua mientras engulle. “No me lo quiso decir”.

“¿Y Sarai? ¿No sabes dónde está tu propia hija? ¿Cómo llegar a ella? ¿A ellas?”

Caleb se aparta de mí, encogiéndose de hombros mientras ordena los objetos de su bolsa de viaje. Evita mirarme. Esto es una mierda, pero no puedo llegar a la verdad. Es como un rompecabezas

con todas las piezas sobre la mesa, pero no puedo ver cómo encajan. Sé que me falta algo. Hay una pregunta que debería hacer o algo que no sé, y de alguna manera, me está ocultando. Caleb se está cubriendo el culo, estoy seguro, pero, ¿por qué le ha seguido la corriente todo este tiempo? ¿Y le parece bien que lo deje?

*Dejarlo.*

“¿Han roto?” Pregunto, manteniendo mi voz firme.

Por primera vez desde que nos conocimos, el camino hacia Iris está claro. Me lanza una mirada penetrante por encima del hombro, su sonrisa es una elevación forzada de sus labios cuando sus ojos no sonríen en absoluto.

“Ya no estamos juntos”, responde. “Pero no quiere que la encuentre nadie”. Ahora se gira para mirarme y cruza el brazo sobre el pecho. “Y eso te incluye a ti, West. ¿Pensaste que porque te dio unos minutos en el armario significabas algo para ella? No lo haces”.

Una sonrisa practicada levanta una esquina de su boca.

“Tiene mi dinero y mi hija, así que supongo que ya no me necesita”. Sacude la cabeza. “¿Quién iba a pensar que dejaría que una puta del pantano de Luisiana me atrapara? Sospecho que esa zorra criolla incluso se lo entregó a mi guardaespaldas mientras yo no estaba”.

Me abalanzo sobre él, ignorando el temblor de mi rodilla y lo estampo contra la pared, para luego inmovilizarlo por el cuello.

“Eres un mentiroso”, grito, apretando los dedos alrededor de su cuello. “Vuelve a decirlo y te romperé más que una pierna, hijo de puta con derecho. No eres lo suficientemente bueno para tocarla”.

“Pero la he tocado”. Una sonrisa de demonio se burla de las comisuras de su boca. “Oh, la he tocado en todos los sitios a los que tú nunca has llegado. Me la he follado de todas las maneras que sólo has soñado, ¿y para rematar? Tuvo a mi bebé”.

Enarca una ceja, recuperando su arrogancia por momentos. Odio su rostro apuesto, su pelo rubio, sus ojos azules y su piel bronceada. Odio todo lo que tiene de atractivo por fuera porque por dentro está

lleno de gusanos.

“Olvídate de ella, West”, dice. “Se ha ido. Consiguió lo que necesitaba, y ahora se ha ido”.

Iris no es así. Sé que no lo es, pero ¿por qué no intentó ponerse en contacto conmigo? Si se ha ido... ¿después de lo que pasó en el armario? ¿Se iría sin siquiera despedirse? ¿Sin decirme cómo encontrarla? ¿Estaba yo tan equivocado sobre lo que teníamos? Tal vez he estado malinterpretando a esta mujer desde la noche en que nos conocimos. Sólo sabía que lo que yo sentía, ella también lo sentía.

*No te engañas a ti mismo.*

Ella me lo dijo. Sus palabras susurradas chispean de nuevo en mi memoria, y todos los sentimientos, las sensaciones, la perfección de aquellos momentos en el armario con ella inundan mi mente. No me estaba engañando a mí mismo. No sé todo lo que está pasando, pero hay una cosa a la que me aferro incluso cuando salgo del centro de entrenamiento y Jared y yo salimos del estacionamiento.

La volveré a ver.

Ese hilo que nos conecta, de neón brillante, sigue ahí. Puede que no sea capaz de verlo, pero lo siento. Todavía me envuelve.

Dondequiera que esté Iris, espero que también la envuelva.

# MEDIO TIEMPO

*“Ella recordó quién era y el juego cambió”*

-Lalah Delia

## Capítulo 34

IRIS

*Un año después.*

MiMi dice que fue educada por el bayou, por el propio Mississippi. Dice que ese río es la sangre que serpentea por las venas de Luisiana y que hechiza a todos los que lo aman.

No sé si alguna vez he amado Luisiana. Nunca conocí esta Luisiana. Viví en el Noveno. En el pantano, una espesa alfombra de hierba verde se aplasta entre mis dedos descalzos; en la ciudad había hormigón bajo mis pies, agrietado e implacable.

Un arco de cipreses cobija el camino que va desde la casita de MiMi hasta el río, pero en mi barrio, mientras crecía, las líneas eléctricas cruzaban el cielo como espaguetis eléctricos. No, no amaba el Noveno Distrito, pero creo que me estoy enamorando del pantano.

Hay tantas diferencias entre la ciudad y St. Martine. Estando aquí el último año, entiendo por qué Lo veía como una bendición vivir con nuestra bisabuela.

Cómo debió reírse cuando dije que conocía a MiMi tan bien como ella. Qué idea tan ridícula. Cuando nos presentamos en su modesta puerta, apenas la reconocí. No sé exactamente cuántos años tiene, pero en su rostro aún quedan vestigios de una gran belleza, incluso pasados los noventa años. Tiene menos arrugas de las que debería, su piel lleva la pátina de la edad, pulida hasta el extremo.

Y sus ojos: esos ojos pueden ver tu alma en la oscuridad.

Lo no le había contado mucho sobre mis circunstancias, excepto

que necesitaba volver a casa. Pero cuando me paré en el porche delantero y la puerta azul de la casa verde de MiMi se abrió, sus ojos sondearon los míos en la tenue luz del porche. Esa mirada omnisciente atravesó el aire húmedo y pesado, estrechándose y suavizándose con cada cosa nueva que leía en mi alma y sacaba de mi corazón.

Sus finos brazos me acercaron y me susurraron en francés. No entendí lo que dijo. No lo necesité. La fuerza de su voz, la vida de sus palabras, me llevó hasta el pozo sin fondo donde escondía mi dolor. Antes de que me diera cuenta, mi dolor y mi desilusión, mi decepción y mi arrepentimiento, salieron de mí hacia la trenza de plata que colgaba de su hombro.

“¿Mamá?”

La dulce voz de Sarai me sobresalta y me obliga a apartarme del pantano. Cada día aprende más palabras, la mitad de ellas en francés, porque aquí se habla más que nada, y el resto en inglés, porque es lo único que sé enseñarle.

“Hola, princesa”. Me agacho y la levanto. “¿Has venido sola hasta aquí?”

Asiente con la cabeza, moviendo las coletas en las que recogí sus rizos oscuros.

“Comer”. Junta las yemas de los dedos y se los lleva a los labios, haciendo la señal.

“¿Hora de comer?” Pregunto, esperando otro asentimiento. “¿Qué tiene MiMi para cenar? ¿Quieres averiguarlo?”

El trayecto desde casa de MiMi hasta la orilla del río es corto, seguro y muy transitado. Este arco de árboles proporciona el lugar más fresco en kilómetros, y me encuentro aquí abajo cada vez que puedo. En verano, la humedad es el bochornoso aliento del sur. He renunciado a domar mi pelo, ya que el aire húmedo lo hace caer en apretados bucles que cuelgan de mi espalda y alrededor de mis hombros. Hay una libertad en ello.

A Caleb le gustaba mi pelo liso. Quería todo de una manera

determinada. Me quería de cierta manera. Con la distancia y el tiempo, me doy cuenta de que probablemente al principio cedí a muchas de sus preferencias para compensar el hecho de que no lo amaba. No lo amaba. No podía. No estoy segura de haberlo hecho nunca. Si no me hubiera quedado embarazada, Caleb probablemente habría sido “ese chico” con el que salí en la universidad y que acabó en la NBA. Tal vez habríamos tenido una relación a distancia durante un tiempo que finalmente se acabó y siguió un camino hacia un final natural.

Pero me quedé embarazada y todo cambió.

Apenas reconozco a la mujer en la que me he convertido, tan diferente de aquella chica, recién salida de la universidad, impulsada a conseguir cualquier cosa que se propusiera.

“¿*Affame?* (¿Hambrienta?)” pregunta MiMi, levantando la tapa de una olla en la estufa y sonriendo a través de una nube de vapor.

“Sí, me muero de hambre”. Cojo tres platos de la alacena contra la pared, los cubiertos y tres de las servilletas de lino con las que MiMi sigue comiendo cada noche. A los dos años, Sarai apenas puede alcanzar la mesa, pero se esfuerza en levantarse sobre los dedos de los pies para dejar los tenedores junto a cada plato. Es madura para su edad. Brillante. Observadora. Y muy hermosa.

“*¡Etouffe!*<sup>14</sup>”, dice cuando nos sentamos a comer, con su sonrisa pegada a los dientes de leche.

“Sémola”, corrijo suavemente. Levanto la cuchara para probarlas y cierro los ojos para saborearlas. “Y gambas. Qué bueno, MiMi. Los míos nunca salen tan buenos”.

Se ha encargado de mi educación culinaria, algo que mi madre nunca se molestó en hacer.

Comemos en relativo silencio durante los primeros momentos, pero eso no durará. A la edad de MiMi, su mente todavía se llena de preguntas, y su curiosidad hace que la conversación sea muy animada.

“Te gusta Jerome, ¿eh?” Las cejas plateadas de MiMi se levantan

y caen sugestivamente sobre los ojos traviesos. “Le gustas tanto que quizá empiece a repartir el correo los domingos en breve”.

“Dios mío”. Mis mejillas se sonrojan de vergüenza, y no por el calor en la casa sin aire acondicionado. “Es nuestro cartero, MiMi, así que me cae bien en cuanto al correo, pero nada más”. Intento un tono severo, pero mis labios se mueven en las comisuras y los de ella también.

“Eres preciosa, joven”. MiMi me estrecha un ojo antes de dar un mordisco. “Tienes necesidades”.

“¿Tengo *necesidades*?” Levanto una ceja dudosa. “Entonces... ¿Jerome, el único hombre al que veo constantemente, está capacitado para satisfacer esas supuestas necesidades mías porque entrega nuestro correo a tiempo?”

No hay nada como la risa de MiMi. Empieza como una risa y luego se convierte en una carcajada, el sonido sale de su pequeño cuerpo y flota en el aire como burbujas que se asientan a tu alrededor y estallan con energía. Es el tipo de risa que te invita a participar.

“Además”, digo cuando nuestras risas se desvanecen y volvemos a centrar nuestra atención en la cena. “No sé si tengo esas necesidades. Me basta con una buena comida y mi princesa”. Me inclino para besar el sedoso mechón de rizos de Sarai.

“Enterraste tus necesidades con tu dolor”, dice MiMi, su voz sobria y sus ojos que indagan. “Pero todavía están ahí”.

“¿Lo están?” Mi dedo índice hace un circuito alrededor del borde de porcelana de mi cuenco. “Quizá una vez, pero...”.

Me encojo de hombros y espero que lo deje estar. Tengo dolores y cicatrices de mi vida con Caleb, algunas visibles y otras ocultas a simple vista. Este cuerpo guardaba todos mis secretos. Mi vergüenza se refugió en sus grietas y hendiduras. Ya no estoy segura de que este cuerpo sea capaz de sentir placer.

“Cuéntame”, insiste. “Tu novio, te hizo daño, ¿sí?”

El abrasador día de verano y la sopa hirviendo en la cocina hacen que el aire sea como una manta de lana alrededor de mis hombros,



caliente y pesada, pero sigo temblando. Caleb está lejos y nunca ha enviado ni siquiera un mensaje al teléfono prepago que sólo Lo conoce. No tiene mi número, y no creo que sepa que hay que buscar aquí, pero me encuentro en alerta.

Algunos temen que un caimán se arrastre fuera del pantano y surja como una amenaza. Mis pesadillas tienen como protagonista a un depredador diferente. Sueño que Caleb saldrá algún día del pantano y me comerá entera, y que la próxima vez no podré abrir sus fauces y escapar.

“Él tomó de ti”. MiMi lo dice como si estuviera segura. Probablemente lo sabe. “Te quitó y crees que nunca más desearás a un hombre”.

Miro cohibida a Sarai, pero es demasiado joven e inconsciente, masticando pan crujiente con sus pequeños dientes y comiendo las uvas que le pongo en el plato.

Hubo un hombre al que deseé una vez, pero si supiera todo lo que me ha pasado... Dios, la idea de que August se enterara de Caleb y de todo lo que hizo. Me toco el cuello. La idea de volver a desear a un hombre es difícil de digerir cuando todavía siento la mano de Caleb en mi garganta. Solo que no es su mano la que me corta la respiración, la que me ahoga. Es la vergüenza.

Se me cae la cuchara, que cae con estrépito en el cuenco. Me estremecen mis recuerdos, tan viscerales que, después de un año, todavía siento a Caleb empujando dentro de mí como un martillo. El escozor de la hebilla de su cinturón mordiéndome la cadera aún está fresco. Los remordimientos de ayer hacen las penas de hoy.

“Volverás a desear”. MiMi cubre mi mano con la suya curtida, los dedos anillados apretando la mía. “Necesitas limpiarte”.

Tiene razón. Estoy sucia. ¿Cómo podría no estarlo después de que ese animal estuviera dentro de mí? ¿Después de que me sometiera como a un conejo que sólo dejó vivo por deporte? Aun así, no le doy mucha importancia a los rituales que MiMi cree que harán la diferencia.

“Encuéntrame en la parte de atrás después de que su baño”. Ella asiente a Sarai, cuyos largos y somnolientos parpadeos envían sombras a sus mejillas.

Después del baño con burbujas en la bañera de patas de MiMi, Sarai insiste en un cuento. Le encantan los cuentos de hadas, y no tengo valor para decirle que a veces el príncipe azul resulta ser un imbécil abusivo como su padre, y que a veces sus besos te revientan los labios. Cuando sus pestañas parpadean y su respiración se ralentiza en el sueño, apago las luces del pequeño dormitorio que compartimos. Es curioso. Vivíamos en una mansión, y cada día me sentía enjaulada, claustrofóbica. Ahora vivimos en una casa de cuatro habitaciones en medio de la nada. Compartimos un dormitorio cuyas paredes prácticamente puedo tocar con cada mano cuando extendiendo los brazos, y sin embargo la sensación de libertad es como ninguna otra que haya conocido.

Aparto la cortina y estudio con interés la “trastienda” de MiMi. He visto a gente entrar angustiada y salir aferrada a su nueva paz y a un tarro o botella de algo de la estantería de soluciones de MiMi. No entiendo todo lo que hace MiMi: las pociones que la gente del pueblo viene a comprar, los rituales que realiza en la parte trasera de la casa detrás de una cortina. No sé todo lo que hace, pero creo cada palabra que dice.

Enciende la última vela de una fila en una mesa contra la pared y levanta la vista para verme detenida en el umbral.

“Ven”, dice. Incluso su voz es diferente. Brusca, pero no severa. Suave, pero impersonal. Suave y firme.

Tiene trabajo que hacer.

Un trabajo sobre mí para el que no estoy segura de estar preparada. Una vez que me pongo delante de la mesa, no sé lo que vendrá después. Con retraso, ojeo las botellas amontonadas en los estantes que bordean la pared, una inquieta exploración táctil con las yemas de los dedos. Dudo ante una botella con un símbolo desconocido.

“No toques esa”, dice MiMi dándome la espalda.

¿Cómo es que ella...?

He dejado de hacer preguntas. Mi bisabuela es omnisciente. Algunos días, cuando sus hombros se caen y sus pasos bulliciosos se vuelven más lentos, me pregunto si está cansada de saber todas las cosas que ha aprendido. Si tal vez pronto se cansará de vivir en un mundo que ya no encierra ningún misterio y partirá hacia una nueva aventura.

Está agachada, buscando algo debajo de la mesa. Todavía nerviosa, abro con facilidad un cajón y me sorprende encontrar una navaja de bolsillo. El mango es curvo y adornado. Es delicada, diseñada para manos pequeñas. La cojo, acariciando el botón enroscado que la abre. Presiono y, con un chasquido, despliega una hoja afilada y malvada.

“Si tocas un cuchillo de mujer”, dice MiMi, con cierto humor en sus palabras, “más vale que estés preparada para usarlo”.

Levanto la vista, capto la ligera sonrisa en sus labios y se la devuelvo. La simple conexión me transmite calidez con la misma eficacia que un abrazo físico. MiMi comunica más con menos palabras que nadie que haya conocido. Tengo la sensación de que aprendemos mucho la una de la otra a través de las miradas, las caricias y las sonrisas, tanto como con las cosas que decimos.

“Me sorprendió encontrarlo”, admito, volviendo a colocar el cuchillo y cerrando el cajón.

“Bueno, una mujer en este mundo tiene que mantener su ingenio y sus armas a mano”. MiMi me mide de pies a cabeza con una mirada. Me hace un gesto para que me suba a la mesa. Mis nervios se tensan tanto que estoy segura de que me partiré en dos.

“Debes respirar”, susurra MiMi. Sus palabras flotan sobre mí, envueltas en el humo aromático de las velas. Abajo, mi cuerpo está sostenido por una nube de almohadas. Debería sentirme a salvo, segura, asentada, pero me siento expuesta. Soy tan vulnerable que cierro los ojos y me cubro el corazón con las manos.

“Baja las manos”, ordena MiMi con suavidad.

Bajando las manos, cierro los ojos con mi bisabuela y respiro profundamente y con aroma.

“Exhala”. Sus ojos no se apartan de los míos mientras el aliento pasa por mis labios, y cuanto más tiempo mira en mi alma, más triste se vuelve su mirada, brillando con lágrimas. “Oh, *ma petite* (Mi pequeña)”.

¿Puede ella ver? ¿Ver más allá de la frágil fachada que he levantado para cubrir las ruinas? ¿Puede ver la última noche y todas las anteriores? ¿Cómo me devastó? ¿Sabe ella que me siento saqueada, como un campo de batalla cubierto de cadáveres? ¿Que algunos días estoy muerta y que Sarai, cuidar de ella, es lo único que me obliga a seguir viviendo? Cuando MiMi me mira a los ojos, ¿lo ve?

Sus manos atraviesan el aire por encima, cubriéndome de brisas perfumadas. Sus palabras migran desde España, desde Francia y África Occidental, todos los lugares que nos hicieron y se mezclan en nuestra sangre, en nuestra herencia. Las sílabas caen de sus labios, extrañas y familiares, tan mezcladas y variadas como el gumbo que me enseñó a preparar.

“Exhala las mentiras”, dice. “Que fue tu culpa. Que has fracasado. Que eres lo que él dijo que eras”.

Cuando sus palabras se hunden, cuando me perforan hasta el fondo, un sollozo estalla, detonando a través de mi vientre y mi pecho, y abriendo un muro de engaño que no sabía que estaba allí. Las lágrimas se filtran por las esquinas de mis ojos, y estoy muy condenada a saborear mis lágrimas. La imagen de Caleb presionando su pulgar en mi boca aquella primera noche, empapado con mis lágrimas, pasa por mi mente. La noche en que su perversa trampa me atrapó.

“Respira la verdad”. Sus manos se afanan en el aire sobre mí, cortando las mentiras. “Eres pura. Eres suficiente. Eres fuerte”. Se inclina más cerca, su susurro es tan afilado y feroz como el cuchillo en su cajón. “Él no puede hacerte daño”.

Mis hombros tiemblan y mi cabeza se inclina hacia atrás, la emoción me estira de par en par, arqueando mi espalda, alargando mi cuello y abriendo mi boca en un lamento, un grito de guerra. Y en una habitación llena de humo y sombras, esas partes de mí que Caleb dispersó, vuelvo a reunirme. Todas las piezas que él astilló, yo las reparo. Y todo lo que me robó como un ladrón insignificante, esas cosas, *cada una de ellas*, las recupero.

“Sí”. La afirmación de MiMi infunde el aire con fuerza. “Fuerza. Dignidad. Coraje. Todas estas cosas te pertenecen. Retómalas. Tu alma es tuya. Tu corazón es tuyo. Tu *cuerpo* es tuyo. Tuyo para guardar y tuyo para compartir”.

*Tuyo para guardar y tuyo para compartir.*

Las palabras evocan un recuerdo que no me he permitido en meses. Inspirando y espirando, me dejo llevar por los pensamientos de August. Su perfil tallado y sus labios suaves y carnosos. Sus ojos de trueno y sus manos suaves. Un cuerpo de granito cubierto de piel tensa y aterciopelada. El deseo urgente que arde entre nosotros. Su hambre tan palpable que sentía que me acariciaba por todas partes. Su lengua hurgando dentro, buscando, dando.

“Oh, Dios”. Un jadeo me transporta y mis ojos se cierran hasta que volvemos a estar solos, él y yo. Nuestras bocas se funden y nuestras respiraciones se entremezclan, y no puedo reunir suficiente de él en mi lengua, no puedo alcanzar suficiente de su cuerpo. Me aprieto contra él hasta que nuestros huesos se tocan, hasta que nuestras almas se besan, hasta que cada parte de mí, de dentro a fuera, la comparto con él.

*Y me rompo.*

Rompo como una tormenta en el río Mississippi, un alivio para el peso empalagoso del calor del verano. Soy un diluvio que ahoga mis dudas y lava mis miedos. Me agarro con una catarsis tan espiritual y sensual, tan pura y carnal, que por un momento no soy de este mundo. Estoy por encima de sus preocupaciones, fuera de sus confines, separada de mi cuerpo y sin ataduras de la tierra.

“Inspira”, dice MiMi suavemente. “Exhala”.

Sus palabras me devuelven lentamente a la pequeña habitación tras la cortina. Me hacen entrar en una esfera fresca con un cuerpo y un espíritu aligerados.

“¿Qué ha sido eso?” Mi respiración es entrecortada y mis manos tiemblan. “¿Qué has hecho?”

Al principio creo que sólo me responderá con una sonrisa y una luz de otro mundo en sus ojos, pero vuelve a responder a mi pregunta de antes.

“Estos”, dice, señalando con la mano los frascos de las estanterías, “no me dicen lo que necesitas. No me dicen lo que tengo que hacer. Eso lo haces tú. Tú, ma petite, necesitabas la verdad. Te la he dado”.

Todavía no estoy segura de lo que quiere decir realmente.

Me incorporo con cuidado, esperando que la cabeza me dé vueltas, pero la habitación está firme y no estoy débil.

“Unos momentos con la verdad no ahuyentan las mentiras para siempre”, dice, apartando el pelo humedecido por el sudor que se me pega a la cara. “Las mentiras no se rinden fácilmente. Tendrás que recordarte y curarte una y otra vez, cada vez que vengan”.

“¿Quieres decir que tengo que hablar con un terapeuta?” Pregunto. He pensado en eso y probablemente lo haré en algún momento.

“Sí”. Su sonrisa es la de una mujer más joven, cómplice, burlona. “Y duerme desnuda a veces. Pronto volverás a desear”.

Compartimos una risa ronca. Recordando el beso de August, me pregunto si tiene razón. Me deslizo fuera de la cama y toco el suelo con mis pies descalzos, acercándome a ella.

“Gracias, MiMi”. Parpadeo por mis lágrimas con la cabeza metida en su larga trenza plateada. “A veces me siento tan débil, y tú me haces sentir fuerte”.

“La lucha no te hace débil”, me susurra ella. “Luchar contra los

que nos retienen es lo que nos hace, con el tiempo, más fuertes que ellos. Lo suficientemente fuertes para luchar. Lo suficientemente fuertes para ganar”.

Esa noche, con los suaves sonidos de los grillos y las criaturas del pantano entrando por mi ventana, duermo mejor que en meses. Duermo tan profundamente que, cuando me despierto, el sol está más alto y brillante que de costumbre. Extiendo la mano y encuentro el espacio a mi lado vacío.

“¡Sarai!” Me levanto de golpe, con la respiración enjaulada y agitada en el pecho. Tanteo entre las sábanas, salgo a trompicones de la cama y entro en el estrecho pasillo.

La dulce voz de mi hija me llega desde la habitación de MiMi. Mi sonrisa es amplia y completa. Me alegro mucho de que hayamos pasado este tiempo con mi bisabuela; las experiencias que me perdí de niña, Sarai podrá atesorarlas.

“Despierta”, me engatusa con esa voz cantarina que utiliza para despertarme en las mañanas en las que me cuesta levantarme. MiMi suele adelantarse a la salida del sol y, a sus más de noventa años, está haciendo café y cocinando huevos y tocino antes de que me despierte. Anoche también debió de estar agotada. Apoyo el hombro en la jamba de la puerta, recorriendo con la mirada el pequeño dormitorio de MiMi, repleto de muebles demasiado grandes para el espacio y de fotos, muchas en blanco y negro, abarrotando las paredes. La habitación está a punto de estallar, una mujer más grande que la vida se aprieta entre las paredes.

Sarai se sienta junto a MiMi, frotando su pequeña palma sobre el pelo plateado suelto en la almohada. Sus ojos, las partes más oscuras del azul y el violeta, me consideran solemnemente. Mi mirada se desvía hacia MiMi, que me devuelve la mirada, con los ojos sin parpadear y vacíos de vida. Me apresuro a acercarme a la cama y le agarro la mano. Está fría y rígida. En su muñeca no hay ritmo.

“Shhhh”, susurra Sarai, con un dedo en su boca de capullo de rosa. “MiMi está durmiendo, mamá”.

“No, cariño”. Sacudo la cabeza y dejo caer la primera lágrima.  
“No está dormida”.

---

14 El étouffée o etouffee es una especialidad de la gastronomía criolla de Luisiana elaborado con marisco.



# Capítulo 35

## AUGUST

En el gran esquema de la vida, un año es una gota de agua. Cuando buscas a alguien, preguntándote si te llamará o cuándo volverá, un año parece una eternidad.

Sylvia lo dijo. Caleb me dijo que Iris se fue, pero sigo pensando que tal vez me llame o se ponga en contacto conmigo. A Caleb se le ha visto con otras chicas, haciendo su vida, así que supongo que ha dicho la verdad y que ya no están juntos. Su novia se ha ido, y soy yo el que no puede seguir adelante.

“Deberías follar”.

Levanto la vista del informe que estoy estudiando en el almuerzo con Jared. Nuestra camarera, que ha oído su comentario, se sonroja y estira los ojos.

“Um... ¿necesitan algo más?”, pregunta, deslizando una mirada entre Jared y yo.

“Estamos bien por ahora”, le digo, forzando una sonrisa. “Puedes traer la cuenta”.

“Lo siento”, dice Jared, pero no parece arrepentido mientras ella se aleja. “Que lo haya escuchado no lo hace menos cierto. Nunca te he visto tan... gruñón”.

“No soy gruñón. Me haces parecer un hombre de ochenta años”.

“Tienes la vida sexual de un hombre de ochenta años”. Bebe un sorbo de vino. “Diablos, yo estaría malhumorado si no tuviera ningún culo durante un año”.

“Yo no soy tú”. Ojeo el informe con la esperanza de desviar su

atención a los negocios. “Estas cifras del segundo trimestre parecen buenas. A Elevation le va mejor de lo que esperábamos”.

“Sí, se ven muy bien. No cambies de tema”.

“El tema no es de tu incumbencia. Hablando de negocios, hablemos de ellos”.

“De acuerdo”. Jared rompe una barra de pan en trocitos sobre su plato. “¿Hablaste con Pippa sobre el fichaje?”

“Lo hice. Está interesada”.

“En follar contigo”.

Inclino la cabeza y pongo la cara en blanco, exasperado.

“¿Estás diciendo que no quiere?” pregunta Jared. “Ya habría firmado si le dieras lo que quiere. Prácticamente lo dejó claro en la arena cuando visitó la oficina la semana pasada”.

Una de las ventajas de vivir y establecer nuestra agencia en San Diego es una oficina a un tiro de piedra de la playa. Nos ha funcionado, comer y cenar con los clientes junto al mar. Bueno, yo no voy a comer y beber. Sigo siendo un socio silencioso, pero recientemente he empezado a convencer a atletas de alto nivel de que, ya que confío en Elevation para mi representación, ellos también deberían hacerlo.

“¿Qué eres ahora?” Sonrío y sirvo agua de la jarra que hay en la mesa. “¿Mi proxeneta?”

La expresión de Jared pierde casi todo su humor. “Si necesitas que lo sea”. Suspira. “Puede que ella no se ponga nunca en contacto contigo, Gus. Deberías seguir adelante”.

¿Cree que no lo sé? ¿Qué quiero estar en este limbo donde pienso que Iris *podría* volver? No soy un hombre de ochenta años, y no hay nada malo con mi deseo sexual. Simplemente no tengo una salida. La única persona que deseo se ha ido. La solución obvia es buscar a otra persona, pero mi corazón y mi polla no lo ven así.

“Tengo algo que tenemos que discutir”. Jared estrecha los ojos, evaluando. “Necesito ponerme mi sombrero de agente por un

minuto”.

“¿Qué pasa?” Pregunto.

“Ha llamado Deck”. La mirada que me dirige Jared contiene emoción y especulación. “No te lo vas a creer, pero los Waves están abiertos a un intercambio”.

El vaso que tengo en la mano se detiene en el aire a medio camino de mi boca. Lo dejo con un golpe en la mesa.

Mi contrato no termina hasta dentro de dos años. Me había resignado a pasar los primeros cinco años de mi carrera en la NBA en un equipo perdedor y a distinguirme en la cancha para que otros equipos me miraran bien cuando llegara el momento de irme.

“¿Me estás jodiendo?” Pregunto.

“No.” Jared sonrío como un bucanero. Es un negociador duro y probablemente disfruta de la perspectiva. “Saben que podrían conseguir algunos jugadores de calidad de Houston por ti”.

“¿Houston?” Me quedo con la boca abierta. Houston está en los playoffs de nuevo este año, mientras hablamos. Puede que incluso se lo lleven todo. “¿Houston me quiere?”

“Mucho”. Se inclina hacia delante, con los codos sobre la mesa. “Ahora mismo están centrados en los playoffs, por supuesto, pero algunos de los ejecutivos del front-office se acercaron a escondidas. Están mirando al futuro”.

Se me ocurre un pensamiento inquietante. “¿Los Waves están abiertos a esto porque no creen que vaya a volver al cien por cien?”.

La rehabilitación fue larga y agotadora, y para cuando pude volver a la cancha, había perdido casi toda la segunda temporada. Jugar esos dos últimos meses fue más una prueba para la próxima temporada que otra cosa, para ver si todavía tenía mi fuerza y explosividad fuera del regate. Mi lanzamiento a distancia no se ha visto afectado. Jag me tenía lanzando desde cualquier parte de la cancha sentado en una silla de ruedas desde los primeros días de rehabilitación.

“No, no les preocupa que no vuelvas a tope”, asegura Jared. Sabe que eso me molestaría: que los jefes piensen que ya no puedo rendir. “En todo caso, es lo contrario. Todo el mundo vio lo bien que estabas al final de la temporada pasada. Si quieren construir, añadir algunas piezas clave a la plantilla, eres su activo más valioso para conseguirlas.”

“Huh”. Me recuesto en mi asiento y considero dejar a Deck y Jag. Incluso Glad y yo nos hemos hecho amigos.

Ganar siempre ha sido lo más importante en mi vida. Nunca me acostumbraré a perder, pero me estaba acostumbrando a esos tipos. Estábamos empezando a sentirnos como un verdadero equipo.

“¿Has dicho ‘Huh’?” pregunta Jared, con el ceño fruncido juntando las cejas. “Porque yo no hablo gruñido. ¿Quieres que avance o no? Y si dices ‘no’, eres un tonto”.

Tiene razón. Si estoy atascado en este lugar, enfrascado en los escasos recuerdos de Iris y el poco tiempo que tuvimos juntos, algo en mi vida debería estar avanzando. ¿Por qué no mi carrera?

“Sí”. Sonrío a la camarera de mejillas sonrosadas y acepto la cuenta. “Vamos a ver a dónde nos lleva”.

Y si me lleva a Houston, estoy más cerca de un campeonato de lo que pensé que estaría durante años. Eso debería hacerme feliz. Y lo hace. No puedo ser desagradecido. Un porcentaje de un porcentaje de gente vive como yo, tiene las cosas que tengo, pero todavía falta algo. No tengo que preguntar qué.

Sé lo que es. Sé *quién* es.

Sólo que no sé dónde encontrarla.

# Capítulo 36

## IRIS

La muerte tiene una forma de unir o dividir. Las familias se unen y se reconfortan mutuamente o se pelean por las voluntades y las cosas que las han separado. Puede ir en cualquier dirección.

Incluso cuando el funeral ha terminado y todo el mundo se ha ido a casa, y la pequeña nevera de MiMi está llena de Tupperware y sobras, no estoy segura de lo que su muerte hará a nuestra familia. Lo no ha visto a su madre ni ha hablado con ella en años. Evitó a la tía May incluso en el funeral y no muestra signos de romper el silencio. No puedo culparla. Lo que hizo la tía May fue inaceptable, más aún para mí ahora que tengo una hija propia. Nunca podría elegir a un hombre por encima de ella, y mucho menos aceptar su palabra como verdad cuando mi hija lo acusa de mal. Pero eso es lo que hizo la tía May, y me temo que Lo nunca la perdonará.

*Y luego está mi madre.*

Su belleza no se ha desvanecido. Me tuvo tan joven que apenas tiene cuarenta años. Las cabezas siguen girando cuando pasa. Su cuerpo es una estela de curvas sinuosas: pechos, caderas, trasero y muslos. Mi padre diluyó el color de mi piel, pero la de ella es una mezcla impecable de miel oscurecida y caramelo, y su pelo, ligeramente más grueso que el mío, es una caída de negro sin relieve hasta la cintura. Es la mujer más hermosa que he visto nunca.

Y nunca podría superarse a sí misma lo suficiente como para saber si tiene algo más que ofrecer.

“Ha pasado mucho tiempo desde que volví a casa”, dice, echando un vistazo a la pequeña cocina antes de que sus ojos se posen

en mí. “Deberías haberme dicho que estabas aquí. Si hubiera sabido que estabas tan cerca, habría...”

“¿Decirle a Caleb?” Interrumpo por encima de la mentira que estaba a punto de decir. “Lo sé. Por eso no te lo dije”.

“No tengo ni idea de lo que quieres decir”. Se toca la garganta. Por años de observación, sé que es lo que dice. Puede mirarte a los ojos, una imagen de inocencia, mientras trata de venderte una mina de oro en el pantano, pero no puede mantener esa mano fuera de su garganta.

“Lo que *quiero decir* es que sé lo del apartamento en Buckhead”. Limpio la encimera, porque no se me ocurre qué otra cosa hacer mientras navego por esta incómoda conversación con mi madre. “¿Todavía te paga, mamá? Caleb me dijo que te tenía bien controlada”.

“¿Control?” Ella levanta una ceja, desdén gentil perfeccionado. “No hay tal cosa”.

“¿Lo sabías?” Tiro el trapo, empapado, en el fregadero, renunciando a cualquier apariencia de limpieza. Teniendo en cuenta el acuerdo de confidencialidad, no le preguntaré explícitamente, pero puedo leerla. Necesito saber si me ha vendido. “Estabas tan entusiasmada con toda esa “seguridad” que traía consigo su bebé, que nunca consideraste lo que me estaba costando”.

Sus ojos parpadean, pero no con sorpresa. ¿Lo sabía? ¿O al menos lo sospecha? “Realmente no sé a qué te refieres”, dice ella.

Pero se lleva la mano a la garganta.

Las lágrimas me escuecen, pero no las dejo caer. A Lo y a mí nos tocó la lotería con MiMi, pero nuestras madres son un par de ojos de serpiente.

“¿Estás lista, Sil?” pregunta la tía May desde la puerta de la cocina. Me mira a los ojos con dificultad. “Gran servicio, Iris. Hiciste que MiMi se sintiera orgullosa”.

“Tu hija lo ha planeado casi todo”, le respondo, con una voz de acusación silenciosa y un millón de *cómo pudiste* que se agitan bajo la

superficie.

Se pone rígida, inclinando la barbilla, una imagen de desafío y gracia. Ella y mi madre son casi imágenes especulares de la otra, separadas por sólo un par de años. Siempre han estado cerca, se han cubierto la una a la otra, se han elegido incluso por encima de sus propias hijas.

“¿Dónde está Lo?”, pregunta ella. “Yo... no hemos podido hablar”.

“¿Es una novedad?” Pregunto, con sarcasmo en el aire y en mi voz. “Creo recordar que no te ha hablado en la última década”.

Sus labios carnosos se tensan, la mandíbula delicadamente cincelada se aprieta. Lanza la cabeza, la nube de pelo oscuro que le rodea los hombros.

“Dile que quería intentarlo”, dice.

“No le diré tal cosa, porque si realmente quisieras intentarlo, sabes que está en el río y que irías hasta allí hasta que te escuchara y te perdonara”. Suelto una risa cínica. “Pero no quieres hacer eso, ¿verdad?”. Me vuelvo a apoyar en el mostrador, con los brazos cruzados sobre el pecho. “O en algún momento, desde aquella noche en la que le elegiste a él antes que a ella, lo habrías intentado de verdad”.

“¿Qué te pasa, Iris?”, exige mi madre, indignada. “Antes no eras tan... Antes no eras así”.

“Claro”, digo con fría calma. “Nunca lo fui, gracias a ustedes dos. Gracias a Dios, Lo y yo tenemos la sangre de MiMi para compensar vuestros fallos”.

“Vámonos, Priscilla”, suelta la tía May. “No tenemos que quedarnos aquí para este tipo de tratamiento”.

“Eso sí lo entiendo”, digo sin palabras. “No aceptar el abuso ni aceptar la mierda de nadie. De nuevo, lecciones que no aprendí de ti”.

“Cuando estés preparada para ser razonable”, escupe mi madre con rara gracia, “llámame”.

“Si puedes hacerme un favor, mamá”, les digo a sus delgadas e indignadas espaldas mientras se dirigen a la puerta. “La próxima vez que Caleb llame, no le digas que estoy aquí”.

Ella mira por encima del hombro y, por una vez, no puede disimular la verdad en sus ojos. *Qué suerte.*

“Si no es por mí”, digo en voz baja, “entonces, por el bien de tu nieta, no le digas nada”.

Sin decir nada más, asiente con la cabeza y la puerta se cierra tras ellas.

Me desplomo contra el fregadero, con el alivio y la ansiedad luchando en mi interior. Si todo va según lo previsto, no tengo nada de qué preocuparme. Si he calculado bien, y creo que lo he hecho, a Caleb le importa demasiado la opinión de su padre, la aprobación de sus patrocinadores y su preciosa carrera en la NBA como para ponerlo todo en peligro persiguiéndome.

Pero, ¿y si me equivoco? ¿Y si un día, la obsesión enfermiza que lo llevó a urdir elaborados planes y a involucrarse en la manipulación para retenerme es más fuerte que su deseo de todas esas cosas?

Lo meto en el montón de mierda que no puedo controlar. Hay un montón mucho más grande de cosas que puedo controlar, empezando por lo que quiero hacer a continuación. Hay una parte de mí que quiere quedarse aquí, sólo Sarai y yo, escondiéndose del mundo, a salvo del peligro. Pero sé que no puede ser para siempre. Sarai es demasiado brillante para no estar pronto en el parvulario. Demasiado curiosa para tener sólo esta pequeña parte del mundo para explorar. Demasiado sociable para no tener amigos.

Sigo el sendero hacia el río, esa franja de sombra y hierba vigilada por un lienzo de ciprés. Cada paso hace que mi dolor, cuidadosamente guardado hoy en una iglesia llena de extraños, se acerque a la superficie. Hoy, la ligera brisa que susurra a través del musgo español que vigila el río es un lamento oscilante por MiMi.

Lo y Sarai están sentadas a varios metros de la orilla del río, y Sarai sostiene un lirio de Luisiana. Mi *homónimo*.



Me hace sonreír y recordar el día con August en el gimnasio cuando me preguntó por mi nombre. Un dolor, distinto de mi pena, se extiende por mí. Lo echo de menos. Lo deseo, pero no tengo idea de qué hacer al respecto.

“¿Se han ido?” Lo pregunta, sin girarse, de cara al río.

Es tan parecida a MiMi. Ahora que he pasado tiempo con nuestra bisabuela, su influencia en Lo es evidente. La envidio.

“Sí”. Me detengo junto a ella en la orilla. “Se han ido. Tu madre...”

“No lo hagas”. La voz de Lo es café helado. Oscura. Fría con un borde amargo. “Hoy he enterrado a mi madre”.

Asiento con la cabeza, sin negarlo.

“Ojalá hubiera conocido a MiMi más tiempo”, aventuro, manteniendo un ojo en Sarai y otro en el río. No es inconcebible que un caimán se arrastre por la orilla del río o que una serpiente se deslice desde la espesa vegetación. El bayou es un riesgo calculado, beneficios y peligros constantemente en una escala.

“La conociste cuando la necesitabas”, dice Lo, su voz no muestra ninguna emoción pero su rostro es un lienzo devastado, pintado con lágrimas. “Yo también”.

Deslizo mi mano en la suya y, en silencio, nos apretamos. Unidas de nuevo. No puedo imaginarme que dejé que Caleb se interpusiera entre nosotras. Es mentira. Dejé que mi vergüenza, mi pudor, y tal vez incluso mis celos se interpusieran entre nosotras.

“Lo siento, Lo”, confieso. “Creo que estaba celosa de ti”.

“¿Qué?” Lo vuelve los ojos sorprendidos hacia mí. “¿Cuándo? ¿Cómo podrías estar celosa de mí?”.

Me encojo de hombros, con los hombros cargados de timidez y el calor de finales de verano. “Cuando te enfrentaste a mí por dejar que Caleb me controlara, me sentí frustrada. Quizá me arrepentí de mis decisiones”. Hago una pausa, ordenando mis palabras. “Me molestaba mi vida, lo pequeña que se había vuelto. Tú te ibas a Nueva York a

trabajar para un famoso diseñador de moda en un atelier, sea lo que sea eso. Mientras tanto, yo trituraba comida para bebés y llevaba pantalones de yoga todos los días”.

La risa ronca de Lo hace salir el sol de detrás de una nube, y el último destello de luz solar ilumina los regios huesos de su rostro.

“¿Tú? ¿Celosa de mí?” Ella sacude la cabeza, las largas trenzas acariciando la curva de su cuello. “Es irónico, ya que he estado celosa de ti la mayor parte de mi vida”.

“¿Qué?” Giro la cabeza para estudiarla por completo, pero no suelto su mano. “De ninguna manera”.

“Oh, sí, de alguna manera”. Me lanza una mirada burlona, incluso a través de las pestañas húmedas. “No te preocupes. Desde entonces me he dado cuenta de la plenitud de mi propia fabulosidad”.

Me río, con la boca cerrada, y el humor llega en forma de breves bocanadas nasales de aire divertido.

“Al crecer, te quería, pero deseaba tanto lo que tú tenías”, dice. “Odio lo que me pasó, pero fue bueno que me alejara de ti y de nuestras madres”.

Siento curiosidad pero también dolor al escuchar esto.

“Se me ocurren una docena de razones por las que vivir aquí era mejor que vivir con ellas, pero ¿por qué necesitabas alejarte de mí?”.

“Pensarás que es una tontería de esa manera que las chicas que nunca tienen que pensar en estas cosas piensan que es una tontería”, dice, su sonrisa auto despreciativa, sus ojos conocedores.

“Cuéntame de todos modos”.

“Era oscura”. Se levanta las trenzas. “Mi pelo era áspero. Yo era el huevo raro en nuestro pequeño nido, y todo el mundo lo sabía”.

“¿Qué demonios quieres decir?” Exijo.

“No lo piensas, pero nuestras madres son exactamente iguales. Tu padre era blanco”. Con su mano libre, lanza unas briznas de hierba al río. “Ellas eran claras y tú aún más, pero mi padre era negro y yo me veo diferente”.

Me recuerda a August diciéndome lo desplazado que se sentía a veces. La ironía de que yo sintiera que no pertenecía porque era “demasiado blanca” y que Lo estuviera celosa porque era “demasiado oscura” me hace gracia, y suelto una risita.

“¿Te hace gracia?” Me pregunta Lo, con un lado de su boca llena de lágrimas.

“Es que... Nunca sentí que encajara en nuestro barrio porque tenía un aspecto muy diferente, y las chicas siempre decían que era engreída y que me creía mejor que ellas. En realidad, sólo quería encajar. Sólo quería verme como los demás”.

“Y yo sólo quería parecerme a ti”. Lo tuerce la boca hacia un lado. “Cuando llegué aquí, MiMi olfateó esa mierda enseguida”.

Un movimiento en mi visión periférica me llama la atención. “No, Sarai”.

Saco mi mano de la de Lo y camino hasta la orilla del agua, recuperando a mi pequeña aventurera. Me tumbo en la hierba, sin preocuparme del vestido negro que llevé al funeral, y siento a mi hija entre mis piernas. Lo se acomoda en un charco de lino negro a mi lado, estirando las piernas sobre la hierba.

“MiMi sabía que incluso más allá del dolor de lo que mamá había hecho, eligiendo a ese hijo de puta en vez de a mí”, dice Lo con desapasionamiento, “había otro dolor debajo de todo eso. El hecho de que mamá lo eligiera a él sólo reforzaba que yo no era lo suficientemente buena. Quizá no me quería tanto como lo habría hecho si yo hubiera sido... diferente”.

Me vienen a la mente recuerdos de la tía May quejándose del pelo de Lo. Decía que no sabía qué hacer “con un pelo así”. Cuando Lo aprendió a plancharse el pelo, la tía May y mi madre se quejaban del “olor a pelo quemado” que había en la casa. Cientos de pequeños pensamientos vienen a mí como alfileres, perforando mi ignorante felicidad.

“Lo siento mucho”, susurro. “Espero no haberte hecho sentir así, Lo”.

“No, tú no”. Me coge la mano de nuevo y sonrío. “Tú eras mi rayuela, Bo. Sabía que no te sentías así”.

“¿MiMi hizo una de sus ceremonias de limpieza para arreglarte, también?” Sólo me río a medias porque aún no estoy segura de qué fue o qué hizo, pero sé que he cambiado de alguna manera.

“No fue tan sencillo”, dice Lo. “Nunca lo es. No, me habló de un chico al que amaba cuando era joven. Cuando vino a casa, su madre dijo que no pasó la prueba de la bolsa de papel”.

“¿Qué es la prueba de la bolsa de papel?”

“Tienes que recordar que era Nueva Orleans, hace años”, ofrece Lo. “Nuestra familia estaba llena de cuarterones y octogenarios y un montón de palabras para decir casi blanco. Así que cuando llegó a casa con un hermano moreno, su madre sacó la bolsa de papel. Sostenían una bolsa de papel contra tu piel, y si eras más oscuro que la bolsa de papel, no pasabas la prueba”.

“Eso es horrible. Oh, Dios mío”.

“Sí, y MiMi se arrepintió de haberlo dejado ir. Terminó casándose con una amiga de ella. La trató como una reina, y vivieron una vida feliz a menos de una cuadra de donde le pidió a MiMi que se casara con él”. Lo parpadea con lágrimas, sus labios se tensan. “Ella me dijo que lo perdió por una estúpida bolsa de papel”, dice Lo. “Y que cualquiera que se pierda de mí sería tan tonto como ella y que viviría para lamentarlo”.

Miro a mi hija, con su piel más clara que la mía y sus ojos de color azul-violáceo, y me juro a mí misma que nadie la hará sentir fuera de lugar ni cuestionará su identidad. Puede que no sea una promesa que pueda cumplir del todo, pero lo intentaré.

“En fin, basta de rememorar”. Lo me mira, con los ojos claros y sondeando. “Es el futuro lo que tenemos que discutir”.

Observo cómo el sol se sumerge en la larga y acuosa línea del horizonte, como una galleta que se sumerge en la leche. “Está oscureciendo”. Me pongo de pie, me quito el vestido y me inclino para recoger a Sarai.

“Escúchame”. Lo me agarra de la muñeca, levantando la vista de su parcela en la orilla del río. “No puedes quedarte aquí, Bo”.

Me trago una rápida réplica, una defensa. Aunque estos eran mis propios pensamientos antes de venir al río, me resisto a la idea de irme. “¿Y si no es...?” Trago una repentina inquietud, “...es seguro marcharse? ¿Y si Caleb viene tras nosotras?”.

“Has hecho todo lo posible para que no lo haga”. Lo me aprieta suavemente la muñeca hasta que me encuentro con sus ojos. “La correa está apretada alrededor de su cuello, pero también está apretada alrededor del tuyo. Piensa en todo lo que has dejado. Recupéralo”.

*Recupéralo. Tu alma es tuya. Tu corazón es tuyo. Tu cuerpo es tuyo. Tuyo para guardar y tuyo para compartir.*

El encantamiento de MiMi rodea mis pensamientos.

“Los sueños que tenías. Tus ambiciones”, continúa Lo, a coro sin saberlo con la voz de MiMi en mi cabeza. “Reclámalos”.

“Pero Sarai necesita...”

“Sarai necesita ver lo que nosotras nunca vimos”, dice Lo secamente. “Que vea a su madre persiguiendo sus sueños. Que te vea de pie sobre tus propios pies”.

“Necesitaré el dinero”, murmuro. El poco dinero que Andrew me pasó de contrabando cuando me fui se acabará, aunque nuestros gastos han sido casi nulos aquí.

“Necesitas algo más que dinero. Chica, necesitas una vida”. Lo se levanta también y me quita a Sarai.

“¿Recuerdas algo de tu geografía de Luisiana?” Lo pregunta.

“Um, eso sería un no”. Me río. “Quiero decir, lo básico, sí”.

“¿Aprendiste alguna vez el cambio deltaico?”.

“Ni idea”, le digo, frunciendo el ceño y buscando en mi memoria.

“No recuerdo todos los detalles, pero el resumen es que el río Misisipi busca una ruta más corta hacia el mar. Hace estos depósitos

de sedimentos y arena a lo largo del tiempo para llegar más rápido". Lo se encoge de hombros. "Piensa en ello como en la evolución geográfica. Bueno, el bayou era uno de los puntos de cambio deltaico, y con el tiempo, cada mil años más o menos, cambia literalmente su curso."

"Vaya." No sé qué más decir. "¿Pero qué significa eso?"

"Significa que este mismo lugar donde estamos paradas ahora mismo fue lo suficientemente poderoso como para ser parte de eso, para ayudar a establecer el nuevo curso del maldito río Mississippi". Empieza a subir por el camino sombreado hacia la casa, pero mira por encima del hombro, fijando nuestros ojos.

"Tómate unos minutos y piensa en eso", dice. "No dejes que Caleb defina el resto de tu vida. Cambia tu rumbo".

Me tomo más que unos minutos después de que se aleje. Permanezco allí hasta que el sol desaparece, y la noche extiende el cielo con terciopelo negro y lo tachona de estrellas. Sé que debo entrar. Nunca estoy tan cerca del río cuando está oscuro, pero esta noche no hay miedo a los caimanes o a las serpientes o a lo que sea que el pantano pueda usar contra mí. Esta noche, los grillos me susurran las palabras de Lo.

*Cambia tu rumbo.*

Y en el agua que chapotea, escucho la voz de MiMi, también.

*Inhala. Exhala.*

Respiro profundamente, con fuerza en los pulmones y en la sangre. Exhalo mis miedos, liberando mis reservas y todo lo que podría retenerme. Y entonces lo siento. La fuerza que cambió el curso de un río inunda mis venas, y me elevo por dentro, tan alto que asumo una nueva forma, una nueva figura. Un nuevo curso.

Me precipito por el camino de vuelta a la casa, tropezando de vez en cuando en la oscuridad. Y así será a veces, corriendo este curso, tropezando. Todo lo que he pasado, todo lo que está por venir, nada es fácil. No hay una solución rápida, pero esta noche, me siento lo suficientemente poderosa para seguir adelante.

Antes de perder el valor, rebusco en mi bolso hasta encontrarlo. Una pequeña tarjeta blanca, doblada, manchada y casi olvidada, que puede conducir a grandes planes. Puede conducir a mi futuro. A mi nuevo rumbo.

Con dedos temblorosos, marco el número.

# Capítulo 37

AUGUST

“Tenemos que hablar”.

Las cosas buenas rara vez llegan cuando Jared me dice eso.

Me recuesto en el sofá de su oficina, con las piernas cruzadas por los tobillos y los pies apoyados en el reposabrazos.

“¿De qué hay que hablar?” Lanzo una pelota de baloncesto en el aire y la atrapo con una mano. “Pippa va a firmar, ¿verdad?”

“Sí, creo que sí”. Jared camina alrededor de su escritorio, sentándose en el borde para estar frente a mí. “Todavía no ha firmado los contratos, pero estamos cerca”.

“Y ni siquiera he tenido que follármela”. Le lanzo una sonrisa. “¿No te alegra saber que mi virtud sigue intacta? Se llama integridad”.

“Se llama oportunidad desperdiciada, si me preguntas a mí”, dice.

“Por eso no te pregunto por nada que no sean contratos y dinero”. Vuelvo a lanzar la pelota al aire, observando su descenso giratorio antes de atraparla. “Hablando de dinero y contratos, ¿tenemos todo listo para el intercambio de Houston?”.

Todavía no puedo creerlo. Voy a salir de la tierra de nadie del baloncesto y me van a enviar a la tierra santa. Houston llegó lejos en los playoffs esta temporada, quedándose a pocos partidos del campeonato. El año que viene llegarán aún más lejos con la incorporación de algunas piezas clave, y yo soy la clave.

“Sí. Tengo los contratos”. Jared vacila, deslizando sus manos en los bolsillos de sus caros pantalones de vestir. “Estás seguro de que



quieres hacer esto, ¿verdad?”

“¿De verdad?” Expulso una risa incrédula. “Quiero decir, extrañaré a Decker y a Jag y a Kenan y a todos los chicos, pero es un negocio, y todos vamos a sacar algo de él”.

Los Waves obtendrán tres grandes jugadores con los que podrán seguir construyendo su equipo, a cambio de mí. Y yo tendré la oportunidad de jugar en un equipo realmente competitivo, en línea con un campeonato.

Junto con cuarenta y cinco millones de dólares.

*¿Me olvidé de mencionar eso?*

No quería pedir tanto, pero Jared es un duro y creía que podíamos conseguirlo. Nunca me quejaré de más ceros.

Jared se aclara la garganta, suspira y luego me mira.

“¿Qué? ¿Ahora están apostando por el dinero?”. Lanzo la pelota de baloncesto una vez más, la cojo y la dejo caer al suelo, sentándome, dejándome caer en los cojines de cuero.

“No, nada de eso”. La reticencia se extiende por toda la cara de Jared. “Estamos de acuerdo en que esta es la mejor decisión, ¿verdad?”

“Por supuesto”. Frunzo el ceño, cruzando un tobillo sobre la rodilla. “¿Por qué me sigues preguntando eso?”.

“Recibí una llamada la semana pasada”. Levanta la vista del suelo y me preparo para la bomba que está a punto de soltar. “De Iris”.

*Hiro jodido Shima.*

Esa es la bomba de nivel que acaba de soltarme.

“¿Mi Iris?” Mi pregunta sale disparada como una bala.

“Bueno...” Jared inclina la cabeza de un lado a otro. “Eso se puede debatir”.

“No es el momento de jugar conmigo”. Me pongo en pie, con la anticipación zumbando en mi sangre, insuflando vida a partes que no

sabía que estaban dormidas. “¿Dijo dónde está? ¿Dónde ha estado?”

Jared lanza un enorme suspiro, como si fuera a arrepentirse de esto. “No, y tengo la clara impresión de que no quería hacerlo”, dice. “Estaba más preocupada por el futuro”. Fija sus ojos en mí y luego los pone en blanco. “Llamó por un trabajo”.

“¿Un trabajo?” Le respondo. “¿Contigo?”

“Sí.”

“¿Aquí?”

“Sí.”

“Y le diste uno, ¿verdad? Dijiste: ‘Sí, te encontraré un trabajo si tengo que hacerlo porque mi hermano me despellejará si no lo hago’. ¿La conversación fue algo así?”

“Todavía no creo que se dé cuenta de que somos parientes, así que no salió el tema, pero sí, le ofrecí un trabajo. Un trabajo de nivel principiante”.

“¿Nivel principiante?” Levanto los brazos y los dejo caer a los lados. “¿Se supone que eso la atrae?”

“No trataba de atraerla”, responde. “Es una chica lista, inteligente y ambiciosa, pero eso no cambia el hecho de que nunca ha trabajado en la industria más allá de la universidad. Le dije que ya no estaba con Richter, pero que tenía mi propia agencia ahora en San Diego”.

“Tenemos nuestra propia agencia”, corrijo. “¿Y? Este puesto de principiante, ¿lo aceptó?”

Lanza los ojos hacia el techo, baja la cabeza y se pasa la mano por el grueso cabello. “Sí, ella aceptó”.

“Mierda”. Empiezo a pasearme, mis brazos y piernas conducen toda la energía nerviosa que me recorre. “Después de más de un año, vuelve a mi vida. Estará aquí en...”

Mis palabras mueren rápida y dolorosamente. Iris estará en San Diego, y yo en Houston con mi anillo de campeón y mis cuarenta y cinco millones de dólares.

“Acabamos de acordar que Houston es la decisión correcta en materia de baloncesto, Gus”, me recuerda Jared. “No hagas nada precipitado”.

“Sí, es la decisión correcta en materia de baloncesto, pero me retiraré del baloncesto con ¿cuánto? ¿Treinta y cinco? ¿Treinta y seis años? Y el resto de mi vida estará por delante. Pasaré más tiempo de mi futuro fuera de la cancha que dentro. El baloncesto no es toda mi vida”.

“¿No lo es?” Jared hace un gesto alrededor de la lujosa oficina. “¿No estamos construyendo Elevation en torno a tu credibilidad como atleta profesional?”.

“Si el último año me ha demostrado algo”, digo suavemente, “es que necesito algo más que el balón para ser feliz”. Respiro profundamente, luchando por ralentizar los latidos de mi corazón. Ella ni siquiera está en la habitación, ni siquiera en el estado todavía, y me tiene retorcido.

“¿Cuándo empieza?” Pregunto.

“En tres semanas”.

“¿Y los Waves estarían abiertos a que me quedara?”. Contengo la respiración mientras espero. Si los Waves prefieren aprovecharme para conseguir otros jugadores antes que retenerme, no tengo muchas opciones.

“La oficina principal probablemente estaría encantada de seguir construyendo a tu alrededor. Sé que Deck lo haría”. Jared sacude la cabeza y se frota la nuca. “Pero te ruego que no tomes una decisión precipitada de la que te arrepientas”.

Sé lo que es arrepentirse. Me arrepiento de no haber conseguido su número de teléfono la primera noche que nos conocimos. Me arrepiento de no haberme esforzado más en hacerle ver lo imbécil que era Caleb. Me arrepiento de no haberla besado antes, de no haber encontrado la manera de hacerla mía. Me arrepiento de no haber sido el padre de su primer hijo.

Pero con el mismo instinto que tuve aquella noche en el bar, el

que me dijo que ella sería importante para mí, que estaríamos bien juntos, sé que no me arrepentiré.

“Cancela el trato”.

“Gus”. Jared baja la cara a sus manos y habla a través de sus dedos. “No hagas esto. Ni siquiera sabes si ella querrá una relación contigo”.

¿Tiene razón? No. No puede tenerla, no cuando recuerdo la facilidad con la que Iris y yo compartíamos cada vez que estábamos juntos. Confesiones, esperanzas, sueños, miedos, inseguridades saliendo de nosotros. Nunca me he sentido tan conectado con nadie más. Y la forma en que aquel beso en el armario todavía me abrasa la memoria y me pone duro. Dios, nunca olvidaré su sabor, dulce y picante.

Una rica fantasía se derrama sobre mis sentidos, el olor de ella cuando mi cara estuvo enterrada entre sus piernas. La piel sedosa del interior de sus muslos besando mis mejillas. Mi boca, hambrienta y descuidada, dándose un festín en sus adentros. Mi cara mojada por su excitación. Sus dedos clavándose en mi pelo. Esa franja de piel dorada por encima de sus pantis. Joder, sus pezones de perlas a través de esa camiseta.

“Acaba con el trato”, digo con voz ronca, dirigiéndome a la puerta del despacho de Jared. Voy a tener que frotar esto en el baño. Ni siquiera llegaré a casa.

“August, sabes que es una posibilidad remota, ¿verdad?”, razona por última vez, aunque la resignación en sus ojos me dice que entiende que es inútil intentar disuadirme de este camino.

“¿Una *posibilidad remota*<sup>15</sup>?” pregunto, deteniéndome en la puerta para dedicarle una sonrisa arrogante. “Lo último que he oído es que soy bastante bueno con esas”.

---

<sup>15</sup> *Posibilidad Remota* es la traducción del título del libro *Long Shot*.

# Capítulo 38

## IRIS

Tengo nervios de primer día. O tal vez son nervios de la nueva vida. Nervios de un nuevo curso.

Cuando saqué la tarjeta de visita de Jared Foster, ¿quién iba a pensar que estaría aquí un mes después, en las oficinas de su nueva agencia, Elevation? Sí, soy una principiante, pero es una pequeña empresa que busca gente motivada que quiera hacer que las cosas sucedan.

Esa soy yo, me recuerdo.

“Aquí está”, dice Jared cuando entra a grandes zancadas en la pequeña sala de conferencias donde la recepcionista me indicó que esperara. “La nueva empleada de Elevation”.

“Hola”. Le tiendo la mano, estrechándola con firmeza, aunque tengo que contenerme para no echarle los brazos al cuello por darme esta oportunidad. “Me alegro de volver a verte”.

¿Cuáles son las probabilidades?

Yo viviendo en San Diego.

Y que August se mude a Texas, si los informes de su intercambio son correctos.

Nunca conseguí su número, pero si quiero encontrarlo, podría ser capaz de hacerlo. Jared puede incluso tener conexiones con su agente.

Me obligo a concentrarme y a no pensar en August, lo cual es difícil desde que aterricé la semana pasada. Estamos en el mismo estado, en la misma ciudad, aunque ambos son más grandes que

cualquiera en la que haya vivido antes.

“¿Te has instalado en tu nueva casa?” pregunta Jared, sentado en el borde de la mesa de la sala de conferencias con los brazos cruzados.

“Sí, tendré que dar las gracias a tu asistente por ayudarme a encontrarlo”. Ensancho los ojos y sonrío. “Había oído que San Diego era muy caro, pero he encontrado un lugar estupendo que realmente me puedo permitir y una guardería para Sarai”.

“Sí, ¿qué te parece?” Jared se rasca detrás de la oreja como un perro buscando una pulga antes de aclararse la garganta. “Nosotros... acabamos de poner en marcha la guardería para nuestro personal”.

“Me sorprendió mucho que una organización tan joven como Elevation ya tenga una guardería en sus instalaciones”.

“Sí”. Levanta las cejas, un giro sardónico a su boca móvil. “Nadie estaba más sorprendido que yo. Mi... socio insistió en ello para los... padres”.

“He dejado a Sarai hace unos minutos”. Presiono la palma de mi mano contra mi corazón a través de mi vestido de seda. “Es la primera vez que me separo de ella, así que la guardería en las instalaciones es perfecta. Y tan asequible. Me han dicho que lo descontarán de mi cheque y que ni siquiera lo veré”.

“Sí”, dice con una sonrisa irónica. “Será como si no lo sacaran”.

Me obligo a dejar de hablar de lo bien que han ido las cosas. Él no quiere oír todo esto. Estoy segura de que está aquí para exponer mis responsabilidades. No puedo esperar a volver a sumergirme en esta industria, a hacer lo que he querido hacer desde el instituto.

“Hablaremos del trabajo y de todos los detalles dentro de un rato”, dice Jared, como si estuviera leyendo mi mente. “Pero hay alguien de, um, recursos humanos... más o menos, que necesita reunirse contigo primero”.

“Oh, claro”. Eso tiene sentido. Probablemente para revisar los beneficios y firmar el papeleo.

“Me reuniré contigo más tarde”. Jared se pone de pie,

incitándome a ponerme de pie también. “Ya vienen”.

“De acuerdo”. Me siento una vez que se va y me aliso las palmas de las manos sobre el vestido entallado que me hizo poner Lo.

Justo a tiempo, mi teléfono zumba con su cara en la pantalla. Miro por encima del hombro hacia la puerta, arriesgándome a hacer esto rápido antes de que llegue recursos humanos.

“Hazlo rápido, Lo”, digo. “Recursos Humanos llegará en cualquier momento con el papeleo y demás”.

“Lo haré. Lo siento. Ni siquiera estaba segura de la hora que era allí”. Se ríe por encima del sonido de una máquina de coser de fondo. “Hoy estoy de servicio de botones. Cosiendo diez mil millones de botones en este vestido para el desfile de la próxima semana”.

“¿París?” Le lanzo una mirada disimulada a la puerta.

“Milán”. Hace saltar una burbuja con su chicle por el teléfono. “Lo siento. Es todo lo que tengo para comer aquí. Estos modelos son como robots. En serio. No necesitan comida para funcionar”.

Me río, olvidando mi nerviosismo por un momento.

“¿Me preguntaba si puedo ir de visita cuando vuelva?” pregunta Lo, todavía haciendo estallar su chicle.

“Oh, Dios, sí, Lo”. Libero una respiración contenida. “Todavía estoy instalándome, conociendo la ciudad. Ven a explorarla con nosotras”.

“No podré quedarme mucho tiempo”, dice, “pero me he dado cuenta de lo mucho que te extrañé cuando...”. Su voz se interrumpe. No hablamos de mi tiempo con Caleb. No se ha puesto en contacto conmigo, y me niego a dejar mi vida en suspenso un segundo más por miedo a que lo haga.

Los pasos se acercan y prácticamente dejo caer el teléfono. “Tengo que irme, Lo”.

“Vale, pero ¿qué le parece a Sarai su nueva guardería?”, pregunta apurada. “Extraño a mi bebé. Sé que me extraña a mí”.

“Sí, muchísimo. Nos pondremos en contacto por FaceTime esta

noche. Me tengo que ir”.

Desconecto justo cuando la puerta de la sala de conferencias se abre detrás de mí. Estoy a punto de darme la vuelta cuando una flor es colocada en la mesa a mi altura.

No es una flor cualquiera. Un precioso iris de Luisiana en plena floración.

Mi corazón galopa en mi pecho como una manada de purasangres salvajes. Una premonición me eriza la piel y se me eriza el fino vello de la nuca. Mi cuerpo lo sabe antes que yo, pero todavía me quedo sin palabras cuando lanzo una mirada por encima del hombro.

Me encuentro con esos ojos de trueno bajo unas pestañas tan espesas y rizadas como las que recuerdo. Cada detalle de su cara, su pelo, su cuerpo, es el mismo, sólo que mejor. Hay tantas cosas que querrá que le explique, tantas cosas que quiero contarle, pero ahora mismo su nombre es todo lo que consigo.

“¿August?”



# Capítulo 39

AUGUST

He dejado pasar cuarenta y cinco millones de dólares y probablemente un título de campeón.

Uno pensaría que eso sería lo primero en lo que pensaría al despertarme esta mañana, ya que todavía puedo oír la maldita voz de Jared chillando en mi cabeza.

*Nop.*

Este momento. Este momento es lo primero en lo que he pensado cada mañana durante las últimas tres semanas. Tenía tantas ideas sobre la forma en que podría ir, pero pensé que la flor era mi mejor apuesta. Le recordaría que, aunque no hayamos sido nunca pareja, tenemos una historia y una conexión innegable. Que cada vez que hemos estado juntos, hemos profundizado y nos hemos conocido mejor. Hay un August e Iris, y estoy dispuesto a ir con todo. Estoy seguro de que al final de mi vida, yo, como la mayoría de la gente, tendré una pila de arrepentimientos y “desearía haber tenido”, pero Iris DuPree no será una de ellos. Aunque al final las cosas no salgan como me gustaría, no me arrepentiré de haberlo intentado.

Ella vale demasiado la pena.

“¿August?”

La sorpresa, el placer y la confusión recorren su expresivo rostro en rápida sucesión. Se pone de pie, con el lirio de Luisiana sostenido entre los dedos, y tengo mi primera visión completa de ella en más de un año.

*Dulce Jesús.*

Mis ojos la recorren de la cabeza a los pies, observando cada detalle. Salvo la noche en que nos conocimos, su pelo siempre ha estado liso, pero hoy no lo está. Es más largo, con ondas indómitas que le caen por la espalda y casi le llegan a los codos. Los gruesos mechones oscuros se aferran posesivamente a la sedosa curva de su garganta y a sus brazos, tocando todos los lugares que espero reclamar. Esos ojos, salpicados de color otoñal -ámbar, dorado y verde-, me sorprenden por su claridad bajo un denso barrido de pestañas y cejas cubiertas de tinte. Su piel tiene ese brillo. Siempre ha sido hermosa, pero hay una nueva dimensión en ella. No puedo precisarlo, pero añade una capa de irresistibilidad, y aprieto los puños para no tocarla.

Mis ojos se dirigen a su boca. Es demasiado pronto para besarla. Hay explicaciones y preguntas y detalles. Hay toda esa mierda, pero en realidad, quiero dejarlo todo a un lado y simplemente devorar su boca. Quiero chupar esos labios entre los míos, hundir mi lengua en su garganta y lamerla hasta que haya probado cada centímetro caliente y resbaladizo de ella.

Echo un vistazo por debajo de su cuello.

*Santaaaaaaa mierda.*

Iris tiene uno de esos cuerpos. Es una de esas mujeres que los hombres recuerdan con perfecto detalle años después de haberla visto. Incluso un vistazo grabaría una impresión en su memoria. Pero detenerse ahí es literalmente rozar la superficie, porque bajo la finura de su piel y su forma sin defectos vive una opulencia de espíritu, una riqueza de fuerza que podrías pasar por alto si te dejas distraer por su belleza.

“¿August?”, pregunta por segunda vez.

No lo sé. Quizá haya dicho mi nombre cinco o seis veces. Tal vez ha chasqueado sus dedos en mi cara. Estoy tan abierto a esta mujer que he perdido la noción del tiempo y del espacio al aceptarla después de tanto tiempo.

“Sí”. Le sonrío. “Ey”.

“¿Ey?”. Ella sacude la cabeza y se lleva una mano a la frente como si eso ayudara a que las cosas tengan sentido. “No eres de recursos humanos”.

“Eh, no. No exactamente”.

“En absoluto”. Ella traga, con las cejas oscuras fruncidas. “Me alegro de verte, pero...”

“Yo también me alegro de verte”, me abalanzo sobre lo positivo. “Estás... increíble, Iris”.

Parpadea como una lechuza. Si es una lechuza como una diosa, claro. “Me alegro de verte, pero estoy muy confundida”, termina. “¿Qué pasa?”

“Bueno, Jared y yo somos hermanos”, digo. “Hermanastros, en realidad”.

“No lo entiendo”. Ella respira superficialmente. “Continúa.”

“No me di cuenta de que se conocían hasta el día anterior a tu desaparición”. Dejo mi última palabra colgando en el aire. Ya sabes. Por si quiere explicarme dónde ha estado durante el último maldito año o algo así y decirme por qué no volvió a aparecer.

Ella inclina su barbilla hacia arriba, diciéndome en silencio que ella es la que exige explicaciones en este momento.

“Sí, el día antes de que desaparecieras”, reanudo, “Jared me recogió en el centro comunitario y te vio. Fue entonces cuando reconstruimos cómo te conocimos los dos”.

Sonrío, sabiendo que hay más cosas que decir, pero perdiendo el hilo de mis pensamientos. Por fin estamos en la misma habitación cuando no sabía si volvería a verla.

“¿Y ahora trabajo aquí?”, pregunta, con las cejas levantadas. “¿No hay muchas cosas que te dejas en el tintero?”

“¿No hay muchas cosas que *tú* estás dejando de lado?” Yo le respondo. “¿Como por qué usaste el anillo de Caleb, pero dijiste que no estabas comprometida? ¿O cómo nos besamos y te comí y entraste en el armario, pero luego nunca supe de ti? ¿No pude encontrarte en

ningún sitio? ¿Hay algún detalle que quieras compartir?”

Sólo en el silencio que nos rodea me doy cuenta de que bajo mi deseo desenfrenado de follar con Iris, de abrazarla posiblemente durante el resto de mi vida y no dejarla marchar nunca, también estoy un poco enfadado. Bueno, ahora los dos lo sabemos.

“Tú primero”. Un músculo se flexiona a lo largo de la delicada línea de su mandíbula. “¿Por qué estoy aquí, August?” Junta las manos frente a ella, con los ojos fijos en el iris de Luisiana que tiene en las palmas.

“¿Hay siquiera un trabajo?”, pregunta.

“Por supuesto que hay trabajo. Soy un socio silencioso en Elevation. Jared y yo nunca anunciamos nuestra conexión y decidimos que él no sería mi agente cuando llegué a la liga, pero soñamos con esta empresa durante mucho tiempo.” Me encojo de hombros y continúo. “Íbamos a esperar, pero mi lesión lo puso todo en perspectiva y me hizo ver lo corta que puede ser esta carrera. Así que la empezamos el año pasado”.

“¿Eres el dueño de Elevation?”

“Copropietario, sí. Jared se encarga de todo el asunto de los negocios. Yo sólo soy una especie de niño del cartel para hacer que otros atletas de alto perfil quieran trabajar con nosotros”.

“Pero Elevation es tuyo”. Sus pestañas oscuras se agitan en rápidos parpadeos y se muerde la comisura de los labios. “¿Es eso lo que quieres que sea? ¿Tuya? ¿Sólo estoy aquí... para ti?”

Mi primer instinto es golpearme el pecho y decir que por supuesto que es mía, pero luego me doy cuenta de que no lo dice en el sentido de que *creo que los hombres de las cavernas son sexys*.

“Así no”. Suelto una risa incómoda.

Cuando vuelve a levantar la vista, odio el dolor y la decepción que oscurecen sus ojos, restándole el brillo que tenía cuando la vi por primera vez. Y ahora lo entiendo. Ese brillo era el orgullo de sí misma.

Cuando me gradué en la universidad, me fui a la NBA apenas

unos meses después, recibí una cantidad ridícula de dinero, me instalé aquí en San Diego, me convertí en una marca, acumulé avales y ahora tengo una de las camisetas más vendidas de la liga.

Ella nunca tuvo eso.

Ni el dinero ni la fama de ninguna de esas cosas. La mayoría de la gente nunca consigue eso, la independencia.

Después de la universidad, Iris estuvo embarazada y en reposo, sin poder ganar dinero, entonces responsable de un bebé, dependiente de Caleb, y viviendo en su casa, vigilada y mantenida. Así es como ella probablemente pensaba. La noche que nos conocimos dijo que nunca quiso ser como su madre, una mujer mantenida por los hombres. En algún nivel, ella probablemente piensa que eso es lo que era.

La idea de que estaba por su cuenta, haciendo su propio camino, la hizo brillar.

Y cree que se lo he quitado.

“Ahora todo tiene sentido”. Resopla con desprecio. “Soy una idiota. Sabía que no debería haber podido permitirme una casa en ese barrio”.

*Oh, diablos.*

“Sabes que llamé a la casa de alquiler de al lado. Sólo por joder, para ver qué ganga conseguía”. Su risa se vuelve agria y cínica. “Era el triple de lo que pago. ¿También fuiste tú? ¿Hiciste eso?”

“Iris, déjame explicarte”.

“Y la guardaría. Puedes explicar eso también, ¿verdad? ¿Cómo es que Elevation empezó a tener una guardería para sus empleados cuando Jared me contrató?”

Me quedé en silencio. Pensé que estaba siendo increíble. Pensé que la haría feliz al no tener que dejar a Sarai a kilómetros de distancia. Quería hacer esto fácil para ella, pero de alguna manera lo he estropeado todo.

Tengo que arreglar esto, explicarle y expulsar la decepción que

nubla sus ojos.

Rompo el muro invisible de tensión que nos separa cogiendo su barbilla e inclinando su cara hacia arriba para que pueda ver la verdad cuando se lo diga. Haría cualquier cosa por devolverle ese brillo, ese orgullo por sí misma que la hacía aún más hermosa de lo que nunca la había visto. “Iris, no”. Mi pulgar acaricia un pómulos alto. “Puedo explicar lo de la casa y la guardería. Puedo explicarlo todo”.

“Debería sentirme halagada de que te hayas inventado un trabajo para mí, ¿eh?” Sus ojos brillan con lágrimas no derramadas. “Los hombres siempre parecen encontrar un buen uso para mí, ¿no? ¿Cuáles son mis responsabilidades exactamente? ¿Mamadas debajo de los escritorios, rapiditos en la sala de fotocopias? ¿Cuándo empiezo?” Se arrodilla frente a mí y me toca el cinturón. “¿Ahora?” La amargura hace que la exuberancia de su boca se convierta en una línea dura. “¿O tal vez te gustaría ver la mercancía primero?”

Me quedo atónito cuando tantea los botones que sujetan su vestido, sus dedos tiemblan al desabrochar el de arriba y luego otro. La curva de sus pechos se hincha sobre una copa de satén negro. Odio que se me acelere la respiración y se me ponga la polla dura al ver incluso eso de ella.

“Pensé que te gustaría”, susurra, con una lágrima salpicando su mano.

“Para, Iris”, le digo. “No se supone que sea así”.

“¿Así cómo?” Sus dedos siguen sacando los botones de los agujeros, revelando la línea tensa de su cintura, la curva exagerada de la cintura a la cadera. Está tan bien hecha, pero odiaría que pensara que eso es todo lo que quiero de ella.

Me arrodillo, sigo siendo mucho más alto que ella, pero al menos ahora estamos al mismo nivel. Vuelvo a abrocharle el vestido con rapidez, ignorando la sedosa piel que rozan mis nudillos por el camino. Aprieto su mandíbula y presiono nuestras frentes. Suavizo mi agarre sobre ella, y mi disgusto y frustración se suavizan cuando la siento bajo mis manos.

“Tú has hecho esto. Te lo prometo”, le digo. “Jared ya te había dado el trabajo antes de decirme que lo habías llamado”.

Ella abre la boca para hablar, pero apoyo mi dedo índice sobre sus labios. Tengo que sacar esto.

“Cuando me habló del trabajo que ya te había ofrecido...” Hago una pausa, asegurándome de que escuche que ya era un trato hecho antes de que yo me involucrara. “Admito que me emocioné”.

*Me quedo corto.*

“Quería que las cosas te fueran bien”, continúo, soltando a regañadientes el dedo de su boca. “San Diego es una de las ciudades más caras del país. Con un puesto de principiante, no habrías podido permitirte el barrio en el que estás. Quería que tú y Sarai estuvieran a salvo y en un buen lugar. No espero ni quiero nada a cambio. No te he puesto como una amante o algo así”.

“Se siente así”, dice ella, pero algo de la tensión se alivia de su cuello y hombros.

“Ni siquiera soy dueño de esa casa. Uno de los chicos del equipo se dedica a los bienes raíces. Es una de sus propiedades. Cuando se enteró de que una empleada de Elevation, una madre soltera, necesitaba un lugar, rebajó el alquiler”.

El aire comienza a aflojarse entre nosotros, y me arriesgo a tomar su mano.

“Y la guardaría”. Me encojo de hombros. “No tengo una buena excusa para eso, excepto... Quería que tuvieras a Sarai cerca, pero en la última encuesta a los empleados de Jared, varias madres indicaron que la guardaría en las instalaciones sería útil. No es sólo para ti. Había otros niños allí cuando dejaste a Sarai, ¿verdad?”.

Iris asiente, buscando en mis ojos durante varios segundos. “Entonces, ¿hay un trabajo?”, pregunta finalmente. “¿Un trabajo de verdad? ¿Esa entrevista telefónica que me hizo Jared no era sólo un trámite para la novia de su hermano?”

*¿Novia?*

Cálmate.

Ella no quiere decir eso.

No está diciendo... una mierda. ¿A quién quiero engañar?

“¿Novia?” No puedo resistirme a preguntar. “¿Vas a ser mi chica, Iris?”

Sigo cogiendo su cara, y su grueso pelo cae sobre mis dedos. Huele a paraíso y no estoy seguro de poder hacerlo, de poder salir de esta habitación sin besarla. Sin subirla a la mesa de la sala de conferencias, ponerle el vestido sobre las piernas y comerle el coño. Porque eso es lo único en lo que puedo pensar ahora que estamos tan cerca. Es como si no hubiera comido nada desde la última vez que la tuve, y se me hace la boca agua imaginando ese clítoris, esos labios, sus jugos. Su venida por mí, viniéndose en mi boca, goteando por mi barbilla.

“Tengo que ir despacio, August”, susurra.

*Despacio.*

Eso estaría en contraste directo con mi fantasía de ahora mismo. Me cuesta dominar mi cuerpo. No he tenido sexo en mucho tiempo. Jared tenía razón. Necesito follar, pero la única chica que deseo me dice que tiene que ir despacio. Y aunque mi cuerpo está furioso y ardiente y anhelando enterrar cada centímetro que tengo dentro de ella, despacio iremos.

“Podemos hacerlo”, le digo. “El tiempo que sea necesario”.

Mi voz suena uniforme. Nunca se diría que hay un cohete en mis pantalones listo para despegar. Rehabilitar mi pierna, volver a la cancha en menos de un año, regresar más fuerte... eso requirió un esfuerzo hercúleo. Si puedo ser así de disciplinado para un partido, puedo controlarme para Iris. La he esperado, y esperaré un poco más hasta que ella diga que hemos esperado lo suficiente.

“No estaba preparada para esto”, dice, su voz es casi una disculpa. “Para nada de esto. Pensé que... Sé que he estado fuera de onda, pero lo último que supe es que te iban a trasladar a Houston. Ni siquiera sabía que ibas a vivir en la misma ciudad”.



Es entonces cuando se me ocurre un pensamiento horrible. ¿Tan mal he hecho las cosas?

“¿Así que aceptaste el trabajo porque pensabas que me iría?” La decepción y la vergüenza me ponen en pie. Echo de menos su calidez de inmediato, pero quizá tenga que hacerme a la idea de que se ha mudado aquí porque pensaba que me iba a ir.

“Vaya. Ahora me siento como un tonto”. Mi risa es un billete de tres dólares. Falso. Falsificado. “Ni siquiera pensé... sí, supongo que no lo pensé del todo. Supuse que te sentías...”

Me trago la emoción que me quema la garganta. La voz de Jared vuelve a perseguirme: su advertencia de que me arrepentiría de quedarme con los Waves si las cosas con Iris no salían bien. La flor que le traje yace en el suelo junto a sus rodillas, y así es como me siento. Cortado en el tallo. Descartado.

“Lo hice”. Ella se levanta, su cabeza sólo llega a la mitad de mi pecho. “Sí... lo siento, quiero decir”.

Me coge la mano, entrelaza sus dedos con los míos y me mira como yo imaginaba que lo haría, con una mezcla de posibilidad, deseo y esperanza en sus ojos. “Yo también lo siento, August. Siempre lo he sentido”, dice suavemente, metiendo su labio inferior en la boca por un segundo antes de continuar. “Es que... he pasado por muchas cosas, supongo, y todavía estoy resolviendo algunas cosas”.

¿Han pasado muchas cosas? ¿Qué carajo significa eso? ¿Qué ha pasado? ¿Quién la hirió? ¿Caleb? Ese sujeto está muerto si descubro que la lastimó.

“¿Qué significa eso?” Pregunto, esperando que mi voz suene más civilizada de lo que me siento. “¿Qué has pasado, Iris?”

Lo siento inmediatamente, el muro levantado entre nosotros. Sus ojos se vuelven distantes, buscando en su interior. “No puedo... Quiero decir...” Sus ojos suplican, y yo estoy dispuesto a hacer lo que ella quiera. A darle lo que necesite. “¿Podemos no hablar de eso ahora mismo?”

La frustración me estrangula por un segundo, pero me obligo a

calmarme. Al final me dirá a quién tengo que mutilar.

*¿Qué le ha pasado?*

Asiento con la cabeza, apretando más nuestros dedos, haciéndole saber que no voy a ninguna parte.

“Oh.” Sacude la cabeza, la confusión vuelve a aparecer en su rostro. “Espera. ¿Qué pasó con el acuerdo de Houston? Lo último que supe es que estaba prácticamente cerrado”.

¿Le digo la verdad? Si le digo lo que hice, todo lo que renuncié por la posibilidad de que estuviera conmigo, eso es mucha presión. Sobre ella. Sobre mí. En esta relación, una vez que se convierta en una relación real con citas y conversaciones diarias como las parejas normales, y sexo...

Mierda. Probablemente me rompa la polla de tanto pajearme antes de salir de este edificio.

“¿August?”, pregunta de nuevo. “¿Qué pasó con el trato de Houston?”

El hecho de tratar de ayudarla a escondidas, sin ser completamente sincero, nos llevó a un comienzo difícil. No me arriesgaré de nuevo a ser algo menos que honesto.

“Cuando Jared me dijo que te mudabas aquí, pasé del trato”. Mis palabras caen en este abismo de silencio aturdido. Ella se echa hacia atrás como si la hubiera golpeado. Sus dedos empiezan a soltarse de los míos, pero no la suelto.

“No”. Le aprieto la mano con suavidad y levanto la otra para acariciar su cara. “Escúchame”.

“August, ese contrato era de cuarenta...” Respira profundamente antes de continuar. “Como cuarenta millones de dólares”.

“Cuarenta y cinco, pero ¿qué son unos cuantos millones aquí y allá?” bromeo.

“Pero ¿qué pasa con el equipo?” Pregunta, ignorando mi intento de humor. “Houston llegó a la final este año”.

“Sí.” Me estampo el miedo a no ganar nunca un campeonato, a

no tener nunca un anillo, el santo grial que he perseguido la mayor parte de mi vida.

“Ese equipo está preparado para un campeonato”, me recuerda innecesariamente. “Quizá incluso la próxima temporada”.

“Iris, soy muy consciente”.

“Pero no tiene sentido. No lo entiendo”.

Esta es mi oportunidad de hacerlo bien. Mi oportunidad de asegurarme de que ella sepa que, aunque he estado persiguiendo una pelota en una cancha toda mi vida, con esto no estoy jugando.

Toma el lanzamiento.

“Tus sueños y tus ambiciones fueron engullidos cuando tuviste que seguir a Caleb”, digo, sosteniendo sus ojos con los míos. “Quiero que sepas que hay alguien que te seguirá a ti”.

Parpadea varias veces, y sólo puedo esperar que mis palabras calen.

“Pero no puedes... No soy...” Titubea y vuelve a intentarlo. “August, Houston es tu mejor oportunidad para ganar un anillo”.

“Tienes razón”. Suelto mis dedos de los suyos para poder sostener su cara entre ambas manos. “Ir a Houston es mi mejor oportunidad de ganar un anillo”.

“Entonces, ¿por qué...?”

“Pero quedarme aquí”, interrumpo, acariciando la plenitud de su labio inferior con mi pulgar. “Quedarme es mi mejor oportunidad para ganarte a ti”.

# Capítulo 40

## IRIS

“¿Qué demonios te pasa?”

No es la primera vez que Lo me hace esta pregunta, y desde luego no será la última.

“No empieces, Lo”, murmuro, estirada boca abajo en el suelo del salón, coloreando con Sarai.

“¿Ahora dime otra vez lo que dijo?”, pregunta ella, sabiendo bien lo que dijo August. Se lo he dicho las últimas cuatro veces que me ha preguntado.

“Dijo que Houston es su mejor oportunidad para ganar un campeonato”, repito, despojando toda la emoción de mi voz pero desmayándome de nuevo por dentro, “pero quedarse aquí es su mejor oportunidad para ganarme a mí”.

“Maldita sea, es bueno”. Lo recoge un puñado de palomitas. “Lo último que le diría a ese hombre es que quiero ir despacio”.

No respondo, sino que agacho la cabeza y me concentro en colorear las líneas.

“Más bien, vamos ahora mismo”. Ella entorna los ojos hacia el televisor montado en la pared. “Ahora, ¿qué número es?”

Levanto la vista del libro para colorear de Frozen hacia la televisión que retransmite el partido de las Waves. Los jugadores están de espaldas en el grupo para un tiempo muerto.

“Es el número treinta y tres. También era el número de su padre”.

“¿Ahora su padre era un hermano o qué?”

“Sí, su padre era negro. Su madre es blanca. Su padre también jugó en la NBA. Murió en un accidente de auto en su segunda temporada”.

“Oh, hombre. Eso es duro”.

Ambos miramos la televisión cuando el público aplaude. August acaba de hacer un triple. Choca los cinco con sus compañeros de equipo.

Yo podría estar allí. En el mes que llevamos en San Diego, August nos ha ofrecido a Sarai y a mí entradas, pero nunca hemos ido. Todavía están en pretemporada, sin embargo, y este es un partido de exhibición. La temporada regular no empieza hasta finales de este mes, y me prometo a mí misma que iré a algunos de esos partidos a pesar del escrutinio público que inevitablemente se producirá si se me relaciona con el mayor rival de Caleb.

“Me alegro de que esté haciendo un buen partido”. Sonrío, porque sé que me enviará un mensaje después y me preguntará si lo he visto, y qué me ha parecido, y cómo le ha ido.

“Hmmmmmmmm. Mira todo ese pelo rizado”. Lo desliza una mirada astuta desde el televisor hacia mí, esperando una respuesta.

Vuelvo a mirar hacia arriba, y mi corazón se triplica. August está en la línea de tiro libre. Por supuesto, lanza el tiro. Es un lanzador de tiros libres del noventa por ciento.

“Tiene un pelo estupendo”, admito con neutralidad. Es más corto que cuando lo vi en Baltimore, cuando se me pegó a los dedos como seda hambrienta, pero entonces estaba rehabilitándose.

“Ese hombre está bueno”, dice Lo. “Podría atraparlo”.

Mi cabeza se levanta y mis ojos disparan veneno.

“¡Ya está!” Lo me señala la cara y se ríe. “Ya era hora. Sólo estoy tratando de medir si lo estás sintiendo o no”.

Oh, lo estoy sintiendo. Estoy sintiendo... todo, y me asusta mucho.

“Entonces, ¿le parece bien que te tomes las cosas con calma?” Lo

indaga más.

“Sí”. Una sonrisa involuntaria se me dibuja en los labios y suelto el lápiz. “¿Sabes que pone un iris de Luisiana en mi escritorio cada mañana cuando llego al trabajo?”.

“Bueno, es rico. Puede permitirse que se lo entreguen”.

“No.” Sacudo la cabeza y sospecho que puedo parecer soñadora. “De camino a sus entrenamientos matutinos, lo entrega él mismo. Incluso deja notas escritas a mano”.

“¿Qué dicen las notas?”

Me encojo de hombros, mordiéndome el labio inferior y acariciando el crayón azul-grisáceo que coincide casi exactamente con sus ojos.

“Cosas sencillas como *‘espero que tengas un buen día’*”. Suelto una risita y siento cómo se me calientan las mejillas. “O *‘eres la chica más bonita que he visto nunca’*”.

*¿Seguimos yendo despacio?*

*Me la jugaría en el cinco.*

*No puedo esperar a nuestro próximo beso. ¿Recuerdas nuestro primero?*

Nuestro primer beso terminó con su cabeza entre mis piernas y mi mejor orgasmo hasta la fecha. Nada menos que en un armario. ¿Qué podría lograr August con una cama?

“Hablamos de todo”, continúo con una sonrisa. “Del trabajo, de la vida, del balón. Es tan fácil, tan natural para nosotros”.

Lotus se sienta en el sofá, inclinándose hacia delante y apoyando los codos en las rodillas.

“Parece un gran tipo. Está muy bien”.

“Adora a Sarai”, añado con una sonrisa. “Cada vez que está en el edificio Elevation se pasa a verla, aunque sea unos minutos. No puede decir su nombre completo, así que lo llama Gus. Él lo odia, pero no la hace parar”.

“Ya te has enamorado de él”, dice Lo en voz baja.

Gimiendo, me pongo de espaldas, con el libro de colorear abandonado. Claro que me he enamorado de él. No soy idiota. Empecé a enamorarme de él el día que nos conocimos, y no he dejado de enamorarme desde entonces.

“Eso no cambia la forma en que tengo que manejar esto”, le digo a Lo, con los ojos fijos en el techo de vigas de nuestra pequeña casa. Está en un gran vecindario, pero nuestra casa es pequeña, del tamaño adecuado para Sarai y para mí. Tenemos un limonero que perfuma el aire cuando nos sentamos fuera. Hay un auto de segunda mano... bueno, de tercera o cuarta mano en la entrada, comprado con un poco del dinero que MiMi dejó para que Lo y yo nos dividiéramos. No es mucho, pero es todo mío.

“Cuando te dije que cambiaras de rumbo”, dice Lo, haciéndome volver, con sus ojos y su voz emparejados por la seriedad, “no me refería sólo a encontrar un trabajo. Hay una vida ahí fuera, chica. No eres sólo la mamá de alguien”.

“Y tampoco soy sólo la mujer de alguien”, digo secamente. “Créeme. Ya lo he sido”.

“No dejes que Caleb gane, Bo”.

Desde que Lo me ayudó a escapar y ya sabe lo que pasó, ella es realmente mi única salida para hablar libremente de ello. Ese acuerdo de confidencialidad me mantiene encerrada, pero también es el acuerdo que me dio la libertad.

“No voy a dejar que gane”. Me siento, encontrando sus ojos y mirándola directamente. “Sólo tengo reservas”.

“¿Sobre August?”

Me encojo de hombros, sin saber de dónde provienen mis reservas, pero segura de que las tengo.

“Es difícil volver a confiar”, admito. “Me perdí todas las señales con Caleb. Los celos y la posesividad. Presionando por un compromiso más profundo del que estaba preparada. Aislándome de la gente que me importa. Cuando te equivocas tanto con alguien, te

hace ser precavida”.

“¿Y eso es todo?” Lotus presiona.

“También me preocupa lo que Caleb pensará, lo que hará”.

“¿Perdón?” La cara de Lo se viste de indignación total. “¿Qué tiene que ver ese hijo de perra con todo esto?”

“Él odia a August. Diablos, August también odia a Caleb”. Me paso una mano nerviosa por el pelo. “Sabes que fue el juego sucio de Caleb lo que rompió la pierna de August hace dos temporadas, ¿verdad? Lo hizo a propósito, Lo. Y me dijo que lo haría peor si me involucraba con August”.

“Él no puede hacer nada a ninguno de ustedes ahora.”

“Eso es fácil de decir cuando no eres tú”, digo con amargura. “No tienes ni idea”.

“¿Así que ahora vamos a comparar historias de violaciones?” Lo pregunta en voz baja. “¿Es eso?”

“Oh, Dios. No.” Me apresuro a sentarme en el sofá y le agarro la mano. “No quise decir eso. Sé que sabes lo que se siente al ser violada. Sólo quería decir...” ¿Cómo le hago entender las profundidades a las que Caleb se hundió para controlarme?

“Caleb está loco. Como un verdadero loco”. Cierro los ojos contra un torrente de recuerdos de pesadilla. “Las cosas que tengo sobre él sólo funcionan si se preocupa por su carrera y sus avals y todo lo demás más de lo que se preocupa por...” No quiero hacer más reales mis temores al expresarlos.

“¿Más de lo que se preocupa por ti?” Lo termina por mí.

“Sí”. Dudo antes de continuar. “Estaba obsesionado conmigo. Sé que suena ensimismado o engreído o algo así, pero es verdad”.

“He visto su locura, Bo. No tienes que convencerme”.

“Amenazó con volver a herir a August si no me alejaba de él. Amenazó con hacerte daño a ti también”.

“¿A mí?” Lo se toca el pecho. “Al diablo. Me gustaría ver cómo lo



intenta”.

“Ya te dije antes que se sabía tu dirección de memoria. Sabía tu horario y dónde trabajabas en Nueva York. Ni siquiera sabía eso”.

“Lo sé”. Las gruesas cejas de Lo convergen sobre la indignación de sus ojos. “Sólo odio que me haya utilizado contra ti.

Siento que los muros se cierran sobre mí, incluso discutiendo las cadenas invisibles pero muy reales que Caleb utilizó para aferrarse a mí.

“A todos los que significaban algo para mí, los utilizó en mi contra, y lo volvería a hacer y peor si tuviera la oportunidad”. Sacudo la cabeza. “Vernos a mí y a August juntos... sólo espero que no lo lleve al límite. Eso es parte de mi duda, también”.

“Sin embargo, no puedes vivir tu vida con miedo a él”.

“A veces es el miedo lo que te mantiene viva, Lo. Aprendí mucho de esta experiencia. Aprendí que la gente es realmente arrogante con la vida de los demás”.

“¿Qué significa eso?”

“Les dicen a las mujeres que se vayan y les dicen que son muy débiles para quedarse”. Mis palabras salen de mí más rápido de lo que puedo procesar. “Sí, hay mujeres que se quedan demasiado tiempo. Sí, hay mujeres que aceptan el abuso, confundiendo que de alguna manera sigue siendo amor. Yo no era así, pero sabía que si intentaba irme y fracasaba, me mataría”.

Lo me mira en silencio durante unos instantes. Me doy cuenta de que cree que estoy siendo melodramática, y tengo que hacerle entender.

“El setenta por ciento de los homicidios por maltrato doméstico se producen cuando la mujer intenta marcharse. Eso significa que cuando muchos de estos hijos de puta dicen ‘te mataré si me dejas’, lo dicen en serio”. Un sollozo se me atasca en la garganta, pero lo vuelvo a empujar hacia abajo, decidida a dar mi opinión con una voz fuerte e inquebrantable. “Imagínate que me hubiera ido y él tuviera la custodia parcial de Sarai. ¿Que ese monstruo tuviera a mi hija los fines

de semana? Jamás”.

“Eso no habría pasado”, dice Lo, pero suena menos segura que cuando empezamos.

“Oh, sí, habría pasado. Es rico, famoso, tiene los mejores abogados que el dinero puede comprar y no tiene delitos anteriores. El deporte, especialmente a su nivel, es muy insular, y protegen a los suyos. Lo he visto por mí misma. Detrás de cada mujer que sale contando su historia, hay una fila de oficiales, personal, entrenadores y personas que deberían haber ayudado, que lo sabían y no hicieron nada.”

El dolor, la indignación y la furia hacen un berrinche en mi interior. Hago una pausa para respirar tranquilamente antes de continuar. “No habría recibido más que un tirón de orejas, y eso *si* alguien me hubiera creído”.

Me recojo el pelo de la cara y enlazo las manos detrás de la nuca. Es una justicia poco práctica, una mujer que tiene que compartir la custodia con el hombre que intentó matarla porque sus derechos parentales deben ser protegidos.

“La gente no tiene ni idea de lo que pasan algunas mujeres a puerta cerrada ni de lo que las mantiene allí”. Sacudo la cabeza. “Así era yo, viviendo una mentira y siendo golpeada por la verdad hasta que encontré la salida. Y no sé si alguna vez lo superaré de verdad”.

“Lo harás”. Lo me acomoda un mechón de pelo detrás de la oreja y me estremece.

“¿Ves?” Mi risa sale ligeramente histérica. “Él solía hacer eso. Me empujaba el pelo detrás de la oreja muy suavemente, pero con su pistola”.

“Mierda, Bo”, dice Lo, con la ira y el horror tomando armas en su expresión.

“Sabes que todavía duermo acurrucada en el borde de la cama porque es la única forma en que puedo hacerlo. No quería que nuestros cuerpos se tocaran mientras dormíamos”. Las lágrimas se me atascan en la garganta y unas pocas se me escapan de los ojos por

mucho que me obligue a no llorar. “No lo quería tan cerca mientras dormía, pero no me dejaba dormir en otro sitio”.

“Necesitas hablar con alguien, cariño”, dice Lo.

“En realidad, sí. Lo necesito. He estado hablando con un consejero en un refugio para mujeres aquí en la ciudad, pero ¿puede un terapeuta despojar mi mente de los recuerdos? ¿De las pesadillas? A veces me despierto pensando que hay una pistola entre mis piernas”.

“¿Qué demonios?”

“Sí, le gustaba ponerme una pistola en la vagina y hacerme elegir entre eso y su polla”.

“Ese bastardo”. Los ojos de Lo se endurecen y sus labios carnosos se afinan. “No te preocupes. Lo suyo está por llegar. Tiene los días contados”.

Lo se ha quitado las trenzas y lleva la textura natural de su pelo en un gorro de rizos teñido de platino que contrasta fuertemente con su complexión. Parece muy diferente, pero la misma luz que ardía en sus ojos cuando se enfrentó a Caleb se enciende ahora.

“Lo, ¿qué hace ese...?”

“Mami, baño”, dice Sarai. Se levanta y cruza un pie pequeño sobre el otro.

*Dios, es adorable. No soy parcial.*

“Entrenamiento para ir al baño”, murmuro, poniéndome en pie y cogiendo a Sarai de la mano para dirigirme al baño. “Volveremos”.

Sarai ya ha terminado y se está lavando las manos cuando Lo grita desde la habitación delantera. “Bo, dijiste que el número treinta y tres es el de August, ¿verdad?”

La preocupación en su voz impulsa los latidos de mi corazón, y me apresuro a volver a la sala de estar justo a tiempo para ver una repetición en cámara lenta.

August y su compañero Kenan, al que llaman Glad, suben a por el rebote al mismo tiempo. Kenan es enorme, un poco más alto que

August. Es varios centímetros más ancho y grueso.

Su codo golpea la frente de August con toda su fuerza. Con el miedo creciendo en mi vientre, veo a August caer sobre la madera dura y permanecer allí inconsciente durante varios segundos.

“Dios mío, levántate”. Se me anudan las entrañas. “Por favor, nene, levántate”.

Ni siquiera cuestiono el cariño cuando se desliza con naturalidad desde mi corazón y pasa por mis labios. Me he estado engañando a mí misma, protegiendo mi corazón con un escudo poroso, y August se ha colado directamente.

Sus ojos se abren lentamente y trata de incorporarse, pero su mano empieza a temblar violentamente y se desploma de nuevo en el suelo.

Me tapo la boca y cierro el puño sobre el corazón.

“Se va a poner bien”, me asegura Lo. “Mira. Se está levantando”.

Corrección. Kenan lo está levantando y alguien lo está sacando del suelo. Da un pequeño saludo a la multitud y entra a trompicones en el túnel.

Muestran la jugada una y otra vez, y cada vez me duele un poco más. Pienso en todo lo que le dije a Lo, y todo es cierto. Tengo miedo de cómo responderá Caleb cuando se entere de lo de August y yo. Los miedos que esperaba dejar atrás todavía me despiertan por la noche empapada en un sudor frío. Sin embargo, ver a August caer así, y no saber lo malo que es, lo pone todo en perspectiva. Cada día que estamos viviendo, respirando y con buena salud es una bendición, no una promesa. Entender eso, ver cómo se lastima, me hace dar cuenta de que no quiero ir despacio después de todo.

Ya no.

# Capítulo 41

AUGUST

Maldita sea, me duele la cabeza.

Eso es lo que pasa cuando Jolly el Gigante Culo Grande te da un codazo en la cabeza.

Mi propio compañero de equipo me dejó fuera. No es que haya sido culpa de Kenan. Ambos íbamos tras el rebote y chocamos. Se siente como una mierda y probablemente vendrá en cuanto termine el partido. Me encantaría irme antes de eso, pero no va a suceder. “Conmoción cerebral” nunca es la palabra favorita de nadie. No necesito estar en el hospital, pero lo entiendo. Cuando todo tu cuerpo está asegurado y un equipo te paga millones, tienden a tomar precauciones. Eso no significa que no esté listo para volver a casa.

Compruebo mi teléfono. No hay llamadas de Iris. Tal vez ella no lo sabe. Tal vez ella no estaba viendo el juego. O tal vez ella y Lotus, que está de visita desde Nueva York, llevaron a Sarai a ese parque de la calle. Mi dedo está sobre su contacto cuando la enfermera asoma la cabeza.

“Siento molestarlo, señor West”.

“No hay problema”. Obligo a sonreír. “¿Qué pasa?”

“Tiene una visita”, dice con una sonrisa. “Una bonita morena”.

Se me aceleran los latidos del corazón, pero trato de no parecer exagerado y de mierda. “Por favor, hazla pasar”.

Me acomodo en la cama para sentarme mientras la puerta se abre y una cabeza oscura se asoma. Pero el pelo no es largo y cuelga en gruesos rollos. Es un corte recto como un poste, y su piel dorada brilla

por su entrenamiento de tenis vespertino.

“Pippa”, digo, mi tono es plano y decepcionado incluso para mis propios oídos. “Entra”.

“No suenes tan feliz de verme”. Pippa entra y se sienta en la cama a mi lado.

“Lo siento”. Reorganizo mis rasgos en una expresión de satisfacción, aunque mi cara se siente como cera. “Sólo la conmoción cerebral, probablemente”.

“Lo sé”. Me coge la mano y se acerca un poco más a la cama del hospital. “Lo he visto”.

“No sabía que estabas aquí en San Diego”. Quiero retirar mi mano, pero le doy unos minutos. Somos amigos.

“Estaba reunida con el equipo de Elevation”. Ella sonrío alegremente. “Voy a firmar”.

“Eso es genial”. Le aprieto la mano. “Jared y la compañía se ocuparán de ti”.

“¿Y qué hay de ti?” Su voz baja, adquiriendo un tono ronco. “¿También cuidarás de mí?”

“Eh...” *¿Hay una forma diplomática de decir que no?*

“Estoy aquí por el resto de la semana. Tal vez podamos reunirnos antes de que me vaya”.

“Eh...” *Debo tener una conmoción cerebral porque no he dicho más que “eh” en los últimos dos minutos.* “Claro. ¿Por qué no?” En mi cabeza, oigo a Jared chuleándome al menos para las bebidas hasta que tengamos su firma en la línea de puntos.

Se inclina más para que su blusa se caiga y veo la curva de sus pechos. No me malinterpretes: Philippa tiene un cuerpo estupendo. Es una de las mejores tenistas del mundo. Y el sexo fue bueno, pero su ligero aroma floral es todo un error. Su pelo es negro como el azabache, y le faltan las mechas bruñidas. Sus labios son finos, no están llenos y son rosados. Es hermosa y adecuada para alguien, pero no es Iris. Así que no es adecuada para mí.

La puerta se abre de nuevo y otra cabeza oscura se asoma por la esquina. Esta es la que yo esperaba.

“Iris”. Todo se ilumina: la habitación, mi voz, mi sonrisa, y siento que la mirada de Pippa se agudiza en mi cara. “Entra”.

“Oh, yo...” Nos mira a Pippa y a mí, y se fija en nuestras manos unidas en la cama del hospital. “No quería interrumpir”.

Le quito la mano a Pippa y ella me mira, con la cara dolida. No le he dado a Pippa ninguna razón para pensar que volveremos a ser algo. Tengo que ser amable, pero claro que no estamos pasando.

“No interrumpes”. Hago un gesto hacia el otro lado de la cama. “Ven y siéntate”.

Se acerca a la cama con pasos arrastrados, mirando la ropa cara de Pippa y los brillantes pendientes de diamantes en sus orejas. Pippa es preciosa. De ascendencia asiática, su pelo oscuro cae liso para enmarcar la alta inclinación de sus pómulos. Es hermosa, pero no es mi Iris.

Sí, la considero mía. No tendré ningún problema en decírselo una vez que pasemos de la “lentitud”. Diablos, yo también soy de ella, cuando quiera reclamarme. En las últimas semanas, aunque ni siquiera nos hemos besado, hemos estado construyendo algo.

*¿Supongo? ¿Creo? ¿Espero?*

“Lo siento. Culpa de mi rudeza a la conmoción cerebral”. Hago un gesto a la curiosa chica que está a mi lado. “Pippa Kim, esta es Iris DuPree. Pippa ha firmado con Elevation, e Iris trabaja con nuestro equipo”.

“Oh, eso es maravilloso, señorita Kim”, dice Iris, su entusiasmo es genuino. Realmente ama su trabajo. “Si ustedes dos estaban discutiendo...”

“No”, interrumpo porque si conozco a Iris, y me alegra decir que ahora sí, está a punto de irse. Y no puedo dejar que eso ocurra. “Habíamos terminado, ¿verdad, Pip?”.

El disgusto pasa por su cara como una nube, rápidamente oculta.

“Supongo que sí”, murmura, levantándose y cogiendo su bolso. “Todavía estaré en la ciudad esta semana. Te llamaré para quedar”.

*Tenías que decir eso, ¿eh?*

“Claro”. Mi sonrisa es rígida y mi voz cortante. “Hasta luego”.

Tan pronto como la puerta se cierra detrás de Pippa, alcanzo a Iris.

“Oye, tú”. Me llevo el dorso de su mano a los labios. “¿Qué tal los trucos?”

Ella me estudia durante largos segundos, su inspección es minuciosa. “Olvídate de los trucos”, dice, con la voz apagada. “¿Cómo estás tú?”

“¿Estabas preocupada por mí?” Me burlo, frotando mi nariz sobre la palma de su mano y sonriendo cuando se estremece.

“Por supuesto que estaba preocupada...” Respira profundamente y exhala el aire, pasando la mano libre por el pelo salvaje que se ha convertido en ondas y rizos. “Dios, August”.

Una lágrima se desliza por su mejilla y me siento como un auténtico imbécil. Puede que me duela la cabeza, pero aún puedo levantar a alguien tan pequeña como Iris, así que lo hago, arrastrándola para que se siente contra las almohadas de la cama a mi lado. La meto bajo mi brazo y bajo mi frente a la suya. Hemos recorrido mucho terreno desde que se mudó aquí hace un mes. Ella ha dicho lento, y yo he añadido consistente. Los lirios de Luisiana cada mañana. Mensajes de texto diarios. Almorzar juntos siempre que mi horario lo permita. Hemos estado viendo cómo encajamos en la vida del otro. Después de años de vernos tan esporádicamente, es bueno establecer un patrón normal.

Si alguna vez me pregunté si simplemente estaba encaprichado con la idea de Iris y la realidad no estaba a la altura de mis expectativas, ahora sé que ella no sólo se ajusta a mis fantasías. Ella es mucho mejor. Aunque ha sido difícil, no he intentado besarla. No quiero apresurarla. He respetado su petición de lentitud, y ahora cuando veo cómo me mira, creo que está dando sus frutos.



“Oye, estoy bien”. Trabajo mis dedos en el grueso cabello que se derrama alrededor de su cuello.

“¿Estás segura?” Su aliento es fresco y mentolado, pero mis labios arden. “Te vi caer y... Me alegro de que estés bien”. Otra lágrima recorre su mejilla. Se la quito con un nudillo y le quito la maraña de pelo de la cara.

“Me alegro de que estés aquí”. Dejo unos besos a lo largo de su cabello. “Gracias por venir”.

“Tenía que hacerlo”. Me mira por debajo de las pestañas plegadas durante unos segundos antes de aclararse la garganta. “También ha sido muy amable Pippa al venir”.

“Realmente lo fue”, estoy de acuerdo.

“Es aún más bonita en la vida real”.

“Realmente lo es”.

“Y muy talentosa”. Se aparta un mechón de pelo por detrás del hombro. “Supongo que tienen mucho en común”.

Me llama la atención la ironía de que Iris esté celosa de Pippa cuando Pippa se ha largado hace unos momentos, claramente consciente de que Iris es la que yo quiero.

“Iris”. Levanto su barbilla hasta que se encuentra con mis ojos. “¿Hay algo que quieras preguntarme sobre Pippa?”

“No, yo... no, yo...”

“¿Quieres saber si me la follé? Porque lo hice, pero eso fue hace mucho tiempo”.

Sus ojos se abren de par en par y luego caen sobre los dedos que se retuercen en su regazo.

“Estuve con mucha gente entonces”, confieso. “Porque me esforzaba por olvidar que estabas con él”.

Ella levanta la cabeza y nos miramos.

“Puedes preguntarme lo que quieras, Iris, sobre cualquiera”. Recorro su mejilla con la nariz, escuchando el jadeo de su respiración

al contacto cargado de mi piel con la suya.

Ella gira la cabeza y un centímetro, ni siquiera un aliento completo, separa nuestras bocas. Me hunde los dientes en el labio inferior y se acerca a tocarme la cara, con las yemas de los dedos recorriendo mis mejillas y pintando una franja por mi nariz. La uña de su pulgar delinea mis labios y ansío que me toque en todas partes. Me inclino hacia ella, rozando nuestras narices una, dos y otra vez.

“¿Qué estás haciendo?”, me pregunta con una carcajada.

“Besos de esquimal”, susurro, extendiendo mis dedos para abarcar su cintura. “Tengo miedo de hacerlo de verdad. De besarte”.

Me frota la nariz, sus ojos no se apartan de los míos, sus labios están a punto de besarme.

“¿Por qué tienes miedo de besarme?”, pregunta.

“Porque la última vez que te besé”, digo, mordiéndome el labio, queriendo morder el suyo, “desapareciste”.

Se echa un poco hacia atrás, pero no dejo que dure. La traigo de nuevo a mi lado hasta que nuestros muslos se presionan y la curva de su pecho me tortura.

“Por favor, no te alejes de mí”. Trazo una ceja oscura, estudiando el llamativo marco de su rostro. “¿Adónde has ido, Iris?”

Sus labios se separan, se cierran de golpe y se vuelven a separar antes de hablar. “A Luisiana”. Cierra los ojos. “Fui a casa de mi bisabuela, pero no quería que nadie lo supiera”.

¿Por qué el secretismo? ¿Estaba en algún tipo de problema? “Cuéntame lo que pasó. ¿Qué está pasando? ¿Caleb...?”

“No puedo hablarte de él”, interrumpe bruscamente, abriendo los ojos para sostener los míos. “No me preguntes por mi vida con él, August”.

“¿Nada?” Aprieto la espalda contra la almohada para verla mejor. “Pero necesito saber si...”

“Firmé un acuerdo de confidencialidad”. Un duro trago flexiona su delgada garganta. “¿De acuerdo? Así que cuando digo que no

puedo hablar de cosas con él, quiero decir que no puedo. Romper eso pone en peligro la custodia exclusiva de Sarai. Por favor, no me preguntes”.

¿Puedo seguir adelante sin entender lo que pasó en el pasado?

Tengo un millón de preguntas sobre ella y Caleb, pero dudo que sus respuestas me satisfagan. Quiero saber si alguna vez lo amó. Quiero saber si él fue realmente su primer, su único amante. La idea de que ella le concediera ese honor cuando él es tan imbécil me araña el interior del cerebro.

“Si no puedes”, dice tras unos instantes de silencio, “entonces lo entiendo”. Busca en mi cara, sus ojos ansiosos, y aprieta su camiseta en el puño.

“Solía pensar en ti con él”, admito. Mi risa es amarga entre nosotros. “En ti...”

*F follando con él.*

Incluso ahora, la idea de que él estuviera dentro de ella, de que la dejara embarazada, de que la viera crecer con Sarai, de que la reclamara como algo que nunca podré borrar o usurpar, es un asilo en mi mente. Mis pensamientos se vuelven locos y respiro profundamente para contener la locura.

“No puedo cambiar el pasado, August”. Lentamente, dedo a dedo, se desprende de la camisa que lleva en la cintura y busca mi mano. “Pero podemos hablar del futuro, si quieres”.

¿Si quiero?

*¿Si jodidamente quiero?*

Nunca he querido nada más.

“Iris, una vez que empezamos esto, no puedo volver atrás”. Soy un tonto por darle tiempo para que lo reconsidere, pero ya tenemos suficientes arrepentimientos. “¿Estás segura?”

“Sí, pero yo...” Ella baja las pestañas, esconde los ojos. “Las cosas con Caleb fueron... No he estado con nadie desde...”

Realmente no quiero hablar de él, pero sea lo que sea esta mierda

de ego machista que tengo, necesito dejarlo de lado para que ella sienta que puede hablar conmigo de cualquier cosa.

“Oye, mírame”. Le inclino la barbilla y le miro a los ojos. “Dijimos lento. Eso es en todo. Físicamente. Emocionalmente. Lo que necesites. Tú marcas el ritmo, ¿vale?” Dejo caer mis manos a los lados.

“De acuerdo”. La picardía levanta algo de la seriedad de sus ojos. “Entonces, si digo que estoy lista para nuestro próximo beso, ¿estaría bien?”

“¿Es una pregunta real?”

Nos reímos y el corazón me late mientras espero que haga un movimiento. Dije que ella podía marcar el ritmo. Ahora a mantener mis manos para mí hasta que ella me haga saber cómo debe ir esto.

Sus manos son suaves en mi cara, y durante unos instantes se limita a mirarme, y luego, con los ojos todavía fijos en los míos, me toma el labio inferior entre los suyos. Hay algo incierto en su mirada cuando inclina la cabeza y profundiza el beso con la primera pasada de su lengua sobre mis dientes. Es una exploración, un toque tentativo que chamusca mis labios y ondula desde el punto de contacto hasta la punta de mis dedos.

*Puede que sea el momento más dulce de mi vida.*

Me agarro a las sábanas y aprieto más la espalda contra las almohadas, luchando contra el impulso de acercarla, de apretarla más. Luchando contra el impulso de hacer lo que estoy condicionado a hacer. Tomar el control. Soy el capitán del equipo. Dirijo el equipo. Esto es extraño, poner el balón en manos de otra persona. Va en contra de todo lo que hay en mí para dejar que alguien más dirija las jugadas, pero lo haré. Dios, creo que por Iris haría cualquier cosa.

Me mira fijamente mientras nuestras bocas se funden, se pegan, se abren, y la intimidad aumenta entre nosotros cuanto más nos miramos. Cuanto más nos saboreamos. A cada segundo, más tengo, más deseo. Se aparta el tiempo suficiente para mirar la sábana anudada en mis puños. Con una sonrisa, me mete los dedos en el pelo.

“August”, susurra, “puedes tocarme”.

He estado esperando a que me diera permiso, pero ahora soy yo el que se muestra tímido. Es una locura. Nos hemos besado antes. Diablos, en ese armario, hicimos mucho más que eso. Pero esta vez hay algo más frágil en ella. Soy un tipo grande. A veces soy torpe y no siempre cuidadoso. Lo que sea frágil en ella, prefiero morir antes que romperlo.

“Está bien”, dice suavemente. “Tócame como quieras”.

Mis manos se deslizan por su cintura, deslizándose por debajo de su camiseta y aprendiendo la exquisita artesanía de su caja torácica, el ensanchamiento de su cadera. Mis labios bajan por su mejilla y le besan la barbilla, la mandíbula, el cuello, cada centímetro de piel fina que puedo alcanzar. Es el champán más embriagador. Bebo a sorbos. Bebo. Sorbo. La engullo hasta que no puedo recordar el sabor de otra mujer: sólo existe su olor, su pelo y su forma. Ella es única, borrando todos los besos que la precedieron, eliminando la posibilidad de que cualquier otra persona sepa tan bien.

Agacha la cabeza para atrapar mis labios, inclinando su boca, tan hambrienta como yo. Sus labios son codiciosos. Su lengua coincide con la mía, golpe aterciopelado por golpe aterciopelado. Estoy jadeando, casi ahogado por la necesidad. Saber que ella desea esto tanto como yo me lleva a un nivel superior. Es húmedo, caliente y urgente. Cada beso aviva el deseo que se ha estado gestando entre nosotros desde nuestro primer momento en aquel bar.

Se acerca más, gime bajo mis manos y se sube a mi regazo, a horcajadas sobre mí. El más mínimo movimiento de sus caderas sobre mí nos aquieta a los dos. Sólo llevo una fina bata de hospital, así que ella tiene que sentir lo duro que estoy. Empujo hacia arriba, y ella deja caer su cabeza en la curva de mi cuello y hombro, su aliento es una ola de calor en mi piel. Nuestras caderas se mueven al unísono, cada una buscando tracción, alivio. Se sienta, me mira a los ojos y se balancea dentro de mí, con un ritmo de cuerpo firme y profundo. Sus párpados caen y su boca se abre en un gemido silencioso.

“Oh, Dios, August”. Sus cejas se juntan y se muerde el labio, rodando sobre mí, dejando caer la cabeza hacia atrás hasta que su

cuello se alarga. Lamo el tramo de satén que va desde la mandíbula hasta la clavícula. Aparto el cuello de su camiseta, lamiendo la parte superior de sus pechos. Introduzco la lengua y me sumerjo para saborear su escote.

Un golpe en la puerta nos sobresalta. Ella aún se escurre de mi regazo y yo busco una manta para cubrir mi erección cuando la puerta se abre.

Puto Kenan.

Primero me da un codazo en la cabeza.

Ahora, me bloquea la verga.

Con sus cejas negras levantadas, Kenan inclina la boca con una media sonrisa de complicidad.

“Estoy bastante seguro de que eso no forma parte del protocolo de conmoción cerebral”, dice. “Si es así, puedes darme un codazo en la cabeza”.

“Imbécil”. Sonrío, todavía jadeante, y me paso los dedos por el pelo. “¿Vienes a acabar conmigo?”

Su sonrisa se evapora y se aleja en la habitación. Por algo le llaman Gladiador. Con sus casi dos metros de altura, sus anchos hombros y su pecho, y casi sin grasa corporal, me alegro de que estemos en el mismo equipo.

“Hermano, lo siento. “ Se acerca a la cama, mirando especulativamente a Iris.

“Kenan, esta es Iris”. Le agarro la muñeca para que no se levante de la cama sólo porque él está aquí. “Iris, este es el hombre responsable de mi conmoción cerebral”.

“Lo sé”, dice sonriendo débilmente, con las mejillas aún rosadas por la vergüenza. “Ya lo he visto. Encantada de conocerte”.

“Igualmente”, dice él, sin tratar de ocultar su curiosidad. “Me resultas muy familiar”.

Iris se pone rígida a mi lado y tira con más fuerza hasta liberar su muñeca. “Quizá tenga una de esas caras”, murmura, con una sonrisa

rígida y plástica.

Suena su alerta de texto y frunce el ceño ante su teléfono.

“¿Va todo bien?” Le pregunto.

“Sí, es Lo pidiéndome que traduzca algo que dice Sarai. A veces soy la única que la entiende”.

“¿Está en casa?”

“No, en realidad han venido conmigo. Están en la sala de espera”. Pone los ojos en blanco. “Lo pensaba que estaba demasiado alterada para conducir”.

“¿Lo estabas?” Tiro de una espiral que descansa en su hombro. Ella mira de mí a Kenan, su sonrisa apretada en las esquinas.

“Me encantaría ver a Sarai y conocer por fin a Lo”, digo, evitándole tener que responder delante de Kenan. “Dale el número de la habitación”.

“Te encantará Lo, y ella está deseando conocerte”. Escribo el texto, hundiendo los dientes en una sonrisa. “Te lo advierto de antemano. Nunca se sabe lo que saldrá de su boca”.

“¿Lo?” pregunta Kenan, con una ceja enarcada.

“Mi prima”. Iris se levanta y ya la extraño.

La puerta se abre y Sarai cruza la habitación hacia su madre, rodeando con sus brazos las rodillas de Iris como si hubieran estado separadas quince años en lugar de quince minutos. Al estar las dos solas durante el último año, probablemente se ha encariñado mucho.

Sarai se asoma por detrás de las rodillas de Iris para mirarme, y sus labios se curvan para coincidir con la enorme sonrisa que le estoy dedicando.

“Hola, Sarai”, digo, deseando que se sienta lo suficientemente cómoda como para darme un abrazo también.

“Gus”, susurra.

Iris resopla, riéndose del apodo que le dije que odiaba. Todavía hay tiempo para reeducar a Sarai, pero ahora mismo podría llamarme

Atila el Huno y no me importaría.

La prima de Iris entra en la habitación a un ritmo más comedido.

Lo primero que noto de Lotus DuPree es lo mucho que se parecen ella e Iris. *Hay* marcadas diferencias. Su piel es unos tonos más oscura, pero no menos suave. Su pelo es más áspero pero también rizado, cortado al ras y teñido de rubio platino. Es más delgada que Iris, un poco más baja, pero parece una modelo. No por su estatura, sino por su gracia sin esfuerzo. Sobre un jersey de mujer, lleva una chaqueta de kimono de seda multicolor ajustada. Unos jeans oscuros moldean la delgada línea de sus piernas. Un diminuto aro adorna la afilada curva de su fosa nasal izquierda.

Más allá de su evidente atractivo, hay algo en ella que llama la atención. Incluso sin expresión, el rostro de Lo parece animado. Sus expresivas cejas y su boca ancha y móvil hablan por ella sin que pronuncie una sola palabra. Es tan difícil apartar la vista de ella como de Iris, pero por razones diferentes.

Iris dice que vienen de una larga línea de sacerdotisas vudú. Lo veo en Lotus. Un misterio y un aura, como si conociera tus pensamientos antes de que los pienses y fuera totalmente capaz de hacerte cambiar de opinión.

Kenan no puede apartar la mirada. Sus ojos siguen su camino desde la puerta hasta la cabecera.

“Encantada de conocerte, August”, dice ella, extendiendo la mano.

Mientras que la voz de Iris es dulce y ronca, la de Lotus emerge baja, dominante y con una sensualidad inherente que tendría a muchos hombres bajo su hechizo inmediatamente.

*¿Es eso lo que le ha pasado a Kenan?*

Todavía no ha dicho una palabra y, por lo que veo, no ha mirado a ningún otro sitio desde que Lotus entró en la habitación.

“Me alegro de que por fin nos conozcamos”, le digo, sonriendo. “Iris lleva hablando de ti desde la noche en que nos conocimos”.



“Bueno, estamos a mano porque tu nombre puede haber surgido una o dos veces hoy”, dice, sonriendo e ignorando la mirada que Iris le lanza. “O quizás doce veces. He dejado de contar”.

Una risa retumba en mi pecho y agarro la mano de Iris para apretarla.

“Y este es Kenan, el compañero que me puso aquí en primer lugar”. Hago un gesto hacia el gigante que está a mi lado, que empequeñece considerablemente a las dos mujeres. De pie en lados opuestos de mi cama, Lotus y Kenan intercambian miradas, sin sonreír. Lotus estrecha los ojos hacia él, como si viera más allá de los tendones, los músculos y los huesos, las partes que Kenan oculta a todo el mundo, quizá incluso a sí mismo.

“Encantado de conocerte”, dice Kenan, aclarándose la garganta y rompiendo el silencio entre ellos.

“Sí”. Lotus desliza su mirada lejos de él. Se vuelve hacia Iris. “Se está poniendo quejosa. Creo que tiene hambre”.

“Sí.” Iris mira su reloj y hace una mueca. “Ya es la hora. No ha comido desde el almuerzo”. Se acerca un poco más a la cama, aun sosteniendo mi mano. “Será mejor que me vaya”.

“Por supuesto”. Estoy de acuerdo, aunque lo que realmente quiero decir es que todavía no.

“¿Cuándo vas a salir de aquí?”, pregunta suavemente.

“Debería ser mañana. Te llamaré cuando me vaya”.

“¿Necesitas que te lleven o algo?”, pregunta.

“Lo tengo”, dice Kenan. “Es lo menos que puedo hacer”.

Le lanzo una mirada de disgusto. Primero el bloqueo de la verga. ¿Ahora esto?

Iris intercepta mi mirada y se ríe suavemente. Compartimos una mirada tan íntima como una caricia. Sé que quiere tener cuidado con cómo la ve Sarai, con lo que la ve hacer.

“De acuerdo”, dice Iris, levantando a Sarai y caminando hacia la puerta. “Llámame”.

Con una última mirada furtiva a Kenan, Lotus se despide también.

Hay un espeso silencio cuando se van. Sus olores mezclados aún persisten. Su presencia era tan fuerte que prácticamente puedo ver una impresión de ellos en el aire.

Vuelvo mi atención hacia Kenan, preparada para disparar la mierda durante unos minutos, tal vez para burlarse un poco más de que me haya hospitalizado, cuando me doy cuenta de que sigue mirando la puerta que Lotus acaba de atravesar.

Se vuelve hacia mí y expresa la pregunta en sus ojos. “¿Quién demonios era esa?”

# Capítulo 42

## IRIS

**August:** ¿Estás despierta?

El mensaje de texto enciende el teléfono sobre mi almohada y me despierto. Los Waves han vuelto esta noche de un largo viaje por carretera. August no ha estado en casa desde hace más de una semana. Le dije que me llamara en cuanto aterrizara, y me alegro de que lo haga. Perdieron tres de los cuatro partidos fuera de casa, y la cobertura de los medios de comunicación ha sido brutal, centrándose en gran parte en August, su lucrativo contrato, y en si cumplirá la promesa de su temporada de novato. Incluso se ha especulado con que no es el mismo desde su lesión.

**Yo:** Estoy despierta. ¿Quieres hablar?

**August:** Estoy en la puerta de tu casa. ¿Te parece bien?

Mi corazón da un vuelco, aeróbico, acelerando mi respiración. La esquina superior de mi teléfono muestra que es medianoche.

Quiero verlo. Miro mis pechos, mis pezones erizados bajo las sábanas de algodón.

MiMi me sugirió que durmiera desnuda, y tenía razón. Hay una sensualidad en tener mi cuerpo desnudo acariciado por el suave algodón.

No estaba segura de cómo me sentiría al intimar con alguien por primera vez desde aquella horrible noche con Caleb. Durante mucho tiempo, no sentí ningún deseo, pero aquel beso en la habitación del hospital demostró que el deseo estaba simplemente latente y no se había ido para siempre, si se trata de la persona adecuada.

August es la persona adecuada.

**Yo:** ¡Sí! Me pongo en camino.

Cojo una bata que me ha enviado Lo de la colección de su diseñador. La seda se desliza por mis brazos y besa las sensibles puntas de mis pechos. August y yo nos hemos besado un poco desde aquella vez en la habitación del hospital, pero casi siempre de forma casual. Supongo que estamos saliendo, aunque con su horario tan loco y yo sin nadie que cuide a Sarai, en realidad no hemos ido a ninguna parte. Parece extraño, pero finalmente es así.

Me aseguro de que la puerta de la habitación de Sarai esté cerrada y me apresuro a dejar entrar a August. La luz del porche proyecta un color ámbar a través de sus rizos oscuros y rebeldes. El cansancio dibuja líneas en su boca y pinta sombras bajo sus ojos. Me emociona que, por derecho, debería querer irse directamente a casa, pero después de una semana fuera y un largo vuelo, ha venido a verme.

“Oye “. Mi sonrisa hacia él es amplia y no retiene nada.

“Hola”. Pasa junto a mí cuando me hago a un lado, pero en lugar de continuar hacia el salón, me gira hacia la puerta y se inclina para alinear nuestros labios. Me mete el labio inferior en la boca, chupando ligeramente y luego intensificando la presión hasta que mis rodillas se vuelven masilla. Su mano en mi cintura se tensa y se endereza lentamente hasta alcanzar su máxima altura, arrastrándome con él hasta que sólo las puntas de mis pies rozan el suelo. Le rodeo el cuello con los brazos, inclino la cabeza y ensancho la boca para acoger el agresivo empuje de su lengua. Cuando sus manos se alejan de mi cintura para acariciar mi culo, gimo en el beso.

“August”, jadeo, apoyando la frente en su barbilla. Su respiración entrecortada jadea en mi pelo, y está duro y enorme contra mi vientre. Si no vamos más despacio, no habrá vuelta atrás.

¿Sería eso tan malo?

Creo que estoy preparada. No tengo ninguna duda de que lo deseo, pero a veces mi cuerpo se descontrola y se congela. No quiero

que eso ocurra, no quiero explicarle cuando ya hay tanto que quiere saber que no puedo decirle.

“¿Tienes hambre?” susurro.

Me aprieta el culo con una mano y explora mi espalda con largas caricias con la otra. “Me muero de hambre”. Sus ojos recorren mi cara, bajan por mi cuerpo, sugiriendo otro apetito. “¿Qué hay en el menú?”

¿Yo?

“¿Gumbo?” Ofrezco como una media pregunta. “La receta de MiMi”.

La forma en que me mira, como si ya estuviera dentro de mí si pudiera, se convierte en afecto. Me pone de pie y me acomoda el pelo detrás de la oreja, depositando un beso entre mis cejas.

*¡No me he estremecido!*

Me acomodó el pelo detrás de la oreja y no me inmuté.

Me siento desmesuradamente satisfecha conmigo misma mientras él se desmaya en el salón y yo le caliento un bol de sopa gumbo. Apoyo un hombro en el arco que sale de la cocina y me quedo un momento observándolo.

Está en el suelo, de espaldas al sofá y con sus largas piernas estiradas. Su cabeza se echa hacia atrás, con los ojos cerrados y las manos enlazadas sobre el plano tenso y musculoso de sus abdominales.

“¿Quieres comer ahí mismo?” Pregunto, dudando de molestarlo.

Sus ojos se abren y se sienta recto, apoyando el brazo en la mesita. “¿Seguro que está bien?”

“Qué bien que te preocupes por estropear mi mesa de mercadillo”. Me río. “Pero sí. Como allí todo el tiempo para ver la televisión o lo que sea”.

“De acuerdo.” Sonríe y se pasa una mano por el pelo desordenado. “Gracias.”

Me dirijo a la cocina para coger su comida, luego vuelvo y pongo

un vaso de agua y su cuenco en la mesa de café. “¿A menos que quieras vino?”

“No. No bebo mucho durante la temporada”.

Se lleva el primer bocado humeante a la boca, gimiendo con aprecio y mirándome.

“Esto está delicioso”. Da otro bocado, sacudiendo la cabeza. “Ten cuidado o te exigiré esto todo el tiempo”.

“No eres muy exigente”. Una sonrisa triste toca mis labios. Sé cómo es un hombre exigente, y August es todo lo contrario. Si acaso, busca constantemente formas de ayudar, de facilitarme las cosas.

“¿Viste el partido?”, pregunta, con los labios carnosos apretados y los ojos en su cuenco.

“Por supuesto”. Me acomodo en el sofá y meto las piernas debajo de mí, con cuidado de mantener la bata cerrada. “Lo he visto”.

Cierra los ojos y frunce el ceño. “Odio que me veas perder”, admite suavemente. “Y estamos perdiendo mucho”.

“No deberías haber perdido esta noche”, le digo, con la indignación ramificando mi columna vertebral. “Ese árbitro necesita gafas y una lobotomía. Todas esas faltas de mierda en los últimos cinco minutos”. Gruño, golpeando un puño contra mi pierna. “¿Y la falta que te pitó en el tercer cuarto? ¿Me estás *jodidamente* tomando el pelo con esa mierda? Quería atravesar la televisión y estrangularlo con su silbato. Quiero decir, ¿en serio? Apenas tocaste a ese tipo”.

Estoy echando tanto humo que al principio no me doy cuenta de que me observa con una amplia sonrisa. “¿Qué?” Frunzo el ceño y cruzo los brazos bajo los pechos.

“Tú”.

“¿Qué pasa conmigo?”

“Uno, que maldices como un marinero cuando ves baloncesto”, dice. “Dos, me encanta cómo te indignas por mí. Creía que te guardabas todo eso para tus preciados Lakers”.

Compartimos una sonrisa, y vuelvo a aquella primera noche en

que nos conocimos en el bar.

“Bueno, ahora tienen que compartirme con los Waves”. Me pongo sobrio. “Pero lo siento. Sé que odias perder”.

“Joder”. La dura línea de su mandíbula se afila. “Y claro, todo el mundo dice que es culpa mía”.

“¡Lo cual es ridículo! Es un deporte de equipo”.

“Sí, pero yo soy el jugador franquicia. Cuando un equipo paga tanto como me pagan los Waves, cuando construyen su equipo en torno a ti, las expectativas son mayores”. Se encoge de hombros y hace una mueca. “Este tipo de escrutinio viene con el territorio”, dice. “Gracias a Dios por Kenan. Es mucho más maduro que el resto de nosotros. Lleva mucho tiempo en esto y sabe lo que hay que hacer para ganar. Es el verdadero líder de nuestro vestuario”.

“Siento la racha de derrotas”. Paso los dedos por los sedosos rizos junto a mi rodilla mientras él se sienta en el suelo. Apoya su cabeza en mi tacto, una respiración profunda levanta sus hombros e hincha su amplio pecho.

“Se siente muy bien”, dice roncamente. “No pares”.

A mí también me parece estupendo: tocarlo, respirar el aroma único de su pelo y su piel y de todas las moléculas que se combinan para formar a August. Quiero que todas ellas me envuelvan. Me muevo en el sofá, sintiendo que me mojo en la unión de mis muslos cuanto más lo toco.

Me aclaro la garganta con la esperanza de decir algo que haga que mi calentura se sienta menos incómoda. “Tienes el pelo muy largo”.

*¿De qué estoy hablando ahora? ¿Deberíamos hablar también del tiempo?*

Gira la cabeza para mirarme. “Dijiste que te gustaba más largo, ¿no?”, pregunta, casi inseguro, lo que August rara vez es.

Ahora sí que no sé de qué estamos hablando.

“¿Yo dije eso?” Mis dedos recorren su espeso cabello, desde su

cuello, donde es más corto y recto, hasta la coronilla, donde se alarga en rizos ambarinos de cibelina.

“Sí. Esa semana en Baltimore”, me recuerda, con voz suave.

Mis manos se quedan quietas en su pelo cuando su significado se hace evidente.

“¿Estás diciendo...?” Trago saliva y lo vuelvo a intentar, desplegando las piernas debajo de mí y poniendo los pies en el suelo. “¿Te dejas crecer el pelo porque dije que me gustaba más largo? ¿Por mí?”

Voltea su cuerpo para quedar de cara al sofá, aún sentado en el suelo, y me sonrío.

“A ver si lo entiendo”, dice. “No te impresionó en absoluto que rechazara cuarenta y cinco millones de dólares para vivir en la misma ciudad que tú, ¿pero te sorprende que me deje crecer el pelo?”

Cuando lo dice así, me siento como una idiota. Los dos nos reímos, nuestros ojos se enredan en el afecto y algo más, algo que ninguno de los dos reconoce, pero que llena el aire que nos rodea.

“No me ha dejado indiferente”, digo, burlándome de él con una mirada. “Pero sí me dejas boquiabierta”.

Me observa, fijándose en todos mis detalles, empezando por el pelo anudado despreocupadamente en mi cabeza y la sedosa bata, y luego mis pies descalzos. Me coge un pie y me besa el arco.

“¡August!” Le devuelvo el pie, riendo y tratando de ignorar el sentimiento que se está gestando en mi vientre. “No me beses el pie”.

“Te besaré el pie si quiero”. Me coge el otro pie y me besa el arco, esta vez de forma prolongada, y luego me recorre la pierna con la nariz. Me cuesta tragar y me cuesta respirar. Con los ojos cerrados, me besa por el muslo desnudo. Me levanta la pierna lo suficiente para chupar suavemente la carne detrás de la rodilla.

“Ah, August”. El placer me atraviesa y aprieto la espalda contra el sofá.

“Eres sensible ahí”, dice, con la voz ronca. “¿Y aquí?”



Besos con la boca abierta suben por el interior de un muslo mientras sus manos se dirigen a mi otra pierna, acariciando, amasando mi pantorrilla. Contemplo su boca dibujando un músculo de mi muslo, una succión erótica que me provoca ondas de choque hasta el fondo. Su sonido, sus labios, sus dientes y su lengua trabajando en tándem para marcarme, me deja hecha un lío tembloroso.

August levanta la cabeza y atrapa mis ojos aturridos con los suyos. “¿Estás desnuda bajo esta bata, Iris?” Su voz es una esperanza y una oración, y me hace sentir divina. Adorada.

Asiento con la cabeza, tragando mi anticipación, los nervios por lo que sucede a continuación.

August gime y deja caer su frente sobre mi muslo, todavía punzante y húmedo por su boca. “Me estás matando, nena”.

“Estaba durmiendo cuando me enviaste el mensaje, y...”

“¿Duermes desnuda?” Sus palmas se deslizan por la parte exterior de mis muslos a través de la seda, calentándome aún más. “Mierda, Iris”.

Me pasa los pliegues de la bata por encima de las piernas, ocultándome de la vista, y deja caer un casto beso sobre mi muslo antes de ponerse de pie. “Debería irme”. Mira a su alrededor. “¿Qué he hecho con mis llaves?”

“¿Por qué estás...?” Yo también me pongo de pie. Descalza, no llego más alto que la mitad de su pecho. “¿Te vas?”

Me estudia y se aprieta la nuca. “Manteniendo los cien aquí, Iris. Dijiste que necesitabas tomarte esto con calma, y no quiero hacerte sentir... No sé. Presionada”. Su amplia palma de la mano me toma la barbilla y me acaricia los labios con los dedos. “Lo deseo tanto”. Sacude la cabeza. “Pero he esperado mucho tiempo por ti, y mi libido descontrolada no lo va a estropear”.

Empieza a apartarse, pero pongo mi mano sobre la suya en mi cara.

“¿Y si me gusta tu libido descontrolada?” Un paso adelante

estrecha el espacio entre nosotros.

“Iris, no...” Se muerde el labio inferior y me da un codazo en el pómulo. “Me voy a ir”.

Cuando pensé en este momento, el momento en el que volvería a tener sexo, pensé que habría inquietud. Terror. Que el recuerdo de lo que Caleb me hizo esa última noche, y todas las anteriores, ensombrecería mi intimidad con otra persona.

Pero no es el dolor de esa noche lo que está en mi mente. No estoy recordando su toma hostil de mi cuerpo en absoluto. Estoy navegando por estos mares por primera vez, olas de deseo que nunca he montado. Mi cuerpo es un extraño para mí, un impostor que lleva mi piel, pero que se disfraza con nuevos impulsos.

“¿Quieres verme, August?” Froto los lazos de seda del cinturón entre mis dedos.

“¿Qué?” El asombro y el hambre compiten en su rostro. “¿Qué quieres decir?”

En lugar de hablar, ya que eso parece no llevarme a ninguna parte, desato lentamente el cinturón y dejo que la seda se deslice por mis hombros y se encharque a mis pies.

Su aguda respiración entrecortada y la forma voraz en que sus ojos me devoran, me hacen arder bajo la piel. Llevo la mano al pelo anudado en mi cabeza y lo suelto para que caiga en pesados rollos alrededor de mis hombros y por mi espalda.

El poder surge a través de mí. El poder de dejar sin palabras a un hombre tan enorme y hermoso con la gravedad de mi bata cayendo al suelo. Con su primera visión de mí, desnuda y lista y fuerte. Tengo el poder de determinar cuándo me comparto y cuándo me retengo.

*Tu cuerpo es tuyo. Tuyo para guardar y tuyo para compartir.*

“Quiero estar contigo, August”. Me acerco tanto que mis pezones rozan su camiseta. No se ha movido, no me ha tocado ni ha dicho una palabra. Su nuez de Adán se balancea en su garganta al tragar profundamente. “Te elijo a ti”.

“¿Estás segura?” Su voz raspa, rasposa y apenas audible. “Porque una vez que empecemos...”

“No quiero parar”. Paso junto a él, con el cuerpo zumbando por el calor de sus ojos en mi espalda, mis piernas y mi culo. Me dirijo al dormitorio y me giro para ver si me sigue. “Estoy segura”.

Esperaba alguna otra respuesta. No pensé que tendría que persuadirlo. Tal vez calculé mal. Considero volver corriendo, coger mi bata y gritar “Día de los Inocentes en octubre”, cualquier cosa para retractarme de mi oferta. Pero entonces unas manos grandes y cálidas me tocan la cintura por detrás, y el algodón de su pantalón de deporte me roza las piernas al igual que mis pasos. En mi habitación, me vuelvo hacia él y me acerco para cerrar la puerta. Esto hace que mi cuerpo desnudo entre en contacto con el suyo completamente vestido.

“Sarai se mete a veces en mi dormitorio”, susurro, tragando saliva ante los repentinos nervios que me asaltan.

Hace sólo unos minutos, me sentía como una criatura sensual y aventurera. Ahora, empiezo a sentirme expuesta y relativamente inexperta en comparación con todas las mujeres con las que ha estado.

No responde a mi afirmación, pero se inclina para capturar mis labios, haciendo girar su lengua dentro de mi boca. Llevando una mano a mi pelo, envía su otra mano a mi cintura y baja para acariciar el globo de mi culo.

“Estoy luchando aquí, Iris”, dice contra mis labios, con su aliento acelerado. “Quiero darte tiempo para que cambies de opinión, pero contigo así...”. Cataloga cada matiz de mi cuerpo, empezando por los dedos de los pies y subiendo hasta encontrar mis ojos.

“Eres lo más bonito que he visto nunca”. Hay pasión, deseo en sus ojos, pero también una emoción desenfrenada. Y me doy cuenta de que no sólo me estoy compartiendo con él. Él también quiere compartirse conmigo, y mi mente se tranquiliza. Las dudas y los miedos residuales se desvanecen.

Me arrodillo frente a él, deslizo mis manos dentro de sus pantalones de deporte y las deslizo por las estrechas caderas y los

poderosos muslos. Me relamo los labios al ver su erección en los calzoncillos.

“Cariño, no tienes que...”. Arrastra las cejas. “¿Qué estás haciendo?”

Sé que no lo dice literalmente. Probablemente ha perdido la cuenta de cuántas mamadas ha recibido a lo largo de su vida. Diablos, incluso sólo en el curso de su carrera.

No perderá la cuenta de esta. Esta, nunca la olvidará. No porque sea mejor que esas otras mujeres, sino porque lo deseo más. No hay manera de que tengan esto con él, lo que comenzó entre nosotros esa noche y sólo ha crecido desde entonces.

“¿Qué estoy haciendo? Haciendo que te sientas ganador”, digo, atrapando sus ojos con los míos y llevándome la punta a la boca.

“Santa...” Su respiración se entrecorta y se desploma contra la puerta de mi habitación. “Nena”.

Le lamo la longitud rígida, mi lengua envuelve el acero caliente. Me mete la mano en el pelo, ordenando a mi boca que lo acoja más profundamente. Por un segundo, me paralizó, pensando en todas las veces que Caleb me obligó a hacerlo a punta de pistola. Cómo le gustaba hacerme ahogar y babear, cómo inventaba formas de degradarme. Antes de que el miedo pueda arraigar, levanto la vista, y todavía es August. La mirada en su rostro no es de placer enfermizo, sino de asombro.

“Me haces sentir muy bien”, dice roncamente. “Nunca ha habido nadie como tú, Iris. Nunca lo habrá”.

Con cada palabra alentadora, tomo otro centímetro. Hago rodar sus bolas entre mis manos, envalentonada por los sonidos de su placer. Incluso cuando él se convierte en el agresor, manteniendo mi cabeza quieta, bombeando entre mis labios, gruñendo y tirando de mi cabeza hacia atrás, no olvido quién me está follando la boca. No pierdo de vista este momento, su alcance. Su amplitud. Es uno de los momentos más grandes de mi vida, y sólo hay espacio para nosotros dos. No hay espacio para nadie más. Ni para Caleb. Ni siquiera para

los detractores que me acusan de ser una buscadora de oro que salta de jugador en jugador. Nadie más se entromete.

Sólo yo y el hombre que amo.

## Capítulo 43

AUGUST

Me vengo de forma espectacular. Iris lo traga todo, aplastando su pequeña mano alrededor de mi culo, agarrándome tan cerca como puede. Sus ojos están fundidos, las pupilas doradas y nebulosas. He visto cómo sus ojos cambian de color, oscilando entre todas las tonalidades de marrón y verde, pero ahora son casi dorados. Brilla con la satisfacción de complacerme, se lame los labios hinchados, los frota de un lado a otro sobre mi punta aún húmeda.

El deseo resurge y me invade como un huracán. La pongo en pie y la levanto. Me rodea la cintura con las piernas y su frente se apoya en la mía mientras nos dirijo a la cama. Nuestras respiraciones se encuentran, un sensual encuentro entre nuestras bocas. La tumbo como si fuera a romperse, pero ya sé que voy a follarla como si fuera indestructible.

*¿Cómo no voy a hacerlo?*

El pelo oscuro cae detrás de ella y la estudio durante largos minutos, decidido a no precipitarme. Es pequeña. Sus hombros son delgados, sus pechos llenos, su cintura estrecha y sus caderas acampanadas. Un maestro artesano se tomó su tiempo con las curvas y líneas de su cuerpo, asegurando la simetría. Exageró sus curvas, equilibrándolas a la perfección.

Con una rodilla, empujo su pierna hacia un lado. Siguiendo mi señal, ella abre silenciosamente las dos de par en par.

“Quiero mirarte”. Miro entre sus piernas, esperando su sutil asentimiento. Le subo las piernas hasta que sus rodillas se doblan y queda completamente expuesta a mí. Una risa cohibida se escapa de

sus labios.

“August”. Se cubre la cara, ocultando los ojos. “¿Vas a quedarte mirando toda la noche?”

“Definitivamente no”. Con mi mano bajo su culo, la guío hacia mí y paso mi lengua por sus húmedos pliegues. Su sabor, su olor, su sedoso calor saturan mis sentidos. Presiono las palmas de mis manos en el interior de sus muslos, ensanchándolos aún más hasta que ese capullo enterrado entre sus labios se engorda y se eleva, suplicando ser chupado, mordido, consumido. Obedezco, dándole a su clítoris la atención completa e indivisible que merece, mientras una mano se desliza por su torso para retorcer y pinchar su pezón.

“Oh, Dios mío”. Sus caderas se agitan contra mi cara. Su espalda se arquea. Pulgada a pulgada, su cuerpo pierde el control, pierde la inhibición. Cuando sondeo su entrada, pasando mi lengua lo suficientemente fuerte como para deslizarse en la pequeña abertura, sus manos se aferran a mi pelo y se deslizan por mis hombros. Dios, es salvaje. Presiona el arco de su pie sobre mi hombro, empujando mi cara hacia lo más profundo de sus piernas. Se restriega contra mis labios y me encanta cada segundo caliente y jugoso que pasa.

Su orgasmo es un estribillo infinito de gemidos y quejidos, un sonido agudo que se desata en su garganta. Se deshace ante mis ojos, licuándose en mis manos, sus labios se mueven en una oración sensual y sin sonido.

Está flácida y saciada. Ha conseguido lo suyo. Lo ha tomado, y eso me encanta. La colmo de besos en los hombros y los pechos como si fuera la única chica del mundo, porque para mí lo es. Deslizo mis dedos sobre su clítoris, introduciendo uno, dos, tres dedos hasta que se folla mi mano con tanta fuerza que el cabecero golpea la pared. Ella lucha con su pasión, inmovilizándola y luego sacudiéndose salvajemente cuando la hace girar y recupera el control. Me encanta su carácter licencioso y desordenado.

Chupo un pecho y sigo trabajando entre sus muslos. Los ojos se le ponen vidriosos. Su boca se afloja por el placer implacable. Lamo la parte inferior de su pecho, mi boca abierta besa la curva.

“Oh, Dios, August”, dice con voz ronca. “Ahora. Por favor, ahora”.

Me levanto para coger mis pantalones de deporte y saco un condón de mi billetera. Me lo pongo antes de llegar a la cama. Sus ojos se fijan hambrientos en mi verga. La bombeo ligeramente, tanto para mí como para ella.

“Es toda tuya, Iris”. Me acomodo entre sus caderas y muslos, saboreando este último momento de misterio en el que no he conocido esta parte de ella. El momento previo al milagro de la intimidad, cuando nos fundimos y por esos momentos, nos convertimos en uno.

Planeo entrar con calma, tomarme mi tiempo, pero tan pronto como mi verga recibe el primer contacto, me rindo a una fuerza casi centrípeta que me atrae más profundamente. Me sumerjo en el apretado abrazo de su cuerpo. Ella se pliega a mi alrededor mientras entro. Cuando me retiro, me suelta a regañadientes. Con cada empuje, ella toma más de mí. Su cuerpo es la llamada, y el mío es la respuesta.

“Mierda, Iris”, gimo en su cuello.

Nunca he tenido algo así. No sólo su coño, aunque el apretado y húmedo agarre de ella es lo mejor que he tenido. No, nunca he sentido algo así. Como si mi alma se volviera del revés. ¿Ella también siente esto? Me levanto sobre los codos para ver la pasión que se refleja en su cara. Me inclino para besarla, y el contacto provoca un abrasador intercambio de labios y dientes. Las bocas chocan, las caderas chocan y los corazones laten en tándem, sincronizados. Esta sensación es una brujería. Su toque es un hechizo, e Iris... Ella es mi bruja.

Ella va primero, sus manos tiemblan mientras toma mi cara, su cabeza se inclina hacia atrás en la almohada, la elegante línea de su cuello tensa y expuesta. Yo me desboco sin descanso, golpeando entre sus piernas, agarrando su muslo con fuerza, aferrándome a ella para salvar mi vida porque me estoy deshaciendo. Me parto en pedazos. Partes de mí se desprenden, cayendo a sus pies.

“No pares”, susurra. “Más, August. No sabía que podía ser... No tenía ni idea. Oh, Dios, no tenía ni idea”.



El asombro en sus palabras y en sus ojos me deshace. Me agarro a su cuello, mordiendo sus labios y murmurando palabras de adoración en el indómito derrame de su pelo.

Me despojo de todo lo que era antes y tomo todo lo que ella tiene para dar. Hay una novedad cuando nuestras miradas se cruzan, una maravilla en la risa que compartimos mientras la abrazo. No hablamos, pero hay elocuencia en las yemas de nuestros dedos, en nuestras manos cuando nos tocamos y exploramos. Nuestros cuerpos se comunican, se confiesan.

No tengo que decir las palabras.

Ella sabe que soy suyo.

# Capítulo 44

## IRIS

“Vale, si muevo ese aquí”, digo, desplazando un número en mi hoja de cálculo, “entonces podría ponerlo aquí”.

Muevo cincuenta dólares de la columna marcada como factura de la luz y entrecierro los ojos en la línea inferior como si hubiera crecido al mirar atrás.

No. Sigue siendo una cantidad ínfima de dinero para vivir después de pagar todas las facturas.

*Más o menos pagadas.*

Llamaré a la factura del agua para ver si puedo conseguir una prórroga.

Todavía estoy barajando los dólares en mi escritorio improvisado, también conocido como la mesa del comedor, cuando un par de manos enormes se deslizan por debajo de mis brazos para coger mis pechos a través de la camiseta. Mis pezones se agitan al instante bajo el algodón y mi respiración se entrecorta. Los pulgares de August me acarician las puntas de los pechos y me chupa la curva del cuello.

“Vuelve a la cama, Iris”, dice con voz ronca. “Sabes que tengo que irme pronto y que *enseriooooo* necesito volver a follarte”.

Las palabras acarician un dedo a lo largo de mi clítoris.

*Este hombre.*

No tenía ni idea de que el sexo pudiera ser tan adictivo, satisfactorio y transformador. Cada vez que August está dentro de mí, me siento diferente después. Es como si intercambiáramos átomos:

tomo algo de él y doy mucho de mí.

Solía pensar que Lo era una tonta cuando decía que me conformaba con el sexo con Caleb porque no tenía nada con qué compararlo. Vaya, me equivoqué. Quiero escribir cartas a Cosmo sobre mi experiencia. Diario de la previamente decepcionada.

Tal vez eso podría hacerme un poco de dinero en el lado...

“Vale”, susurra August. “No me hagas sacar todas las paradas”.

“¿Es una metáfora de tu polla?” Me río cuando me retuerce los pezones.

*Además, se me escapa un poco.*

“Mi polla no necesita una metáfora para saber lo increíble que es. Es una polla literal, y la sacaré literalmente cuando quieras. Está a tu servicio”. Se ríe de su propia broma en mi hombro. “No, me refería al oral. Eso parece que siempre te atrapa”.

August tiene una lengua talentosa, y se alía con sus dientes y labios para volverme loca cada vez que hacemos el amor.

#Cumplidor.

Algunas cosas, como los orgasmos que hacen estallar el cerebro, nunca pasan de moda.

A pesar de la tentación, lo ignoro y sigo moviendo mis pequeños -y digo pequeños- números. Tengo que resolver esto antes de que empiece el día.

“¿En serio estás dejando de lado el sexo por esta hoja de cálculo?” August gime en mi pelo. “Sabes que tengo que irme pronto”.

Nunca se queda toda la noche. La primera noche que hicimos el amor, ¿fue hace sólo dos semanas? Esa noche acordamos que por ahora, él se iría antes de que Sarai se despertara. Ver a los hombres entrar y salir de la vida de mi madre me hacía sentir insegura. Odiaba encariñarme con un hombre que sólo sabía que quería ser mi papá y que se fuera. Entonces, llegaba el siguiente y el ciclo volvía a empezar.

No es que prevea que August vaya a ir a ninguna parte en breve,

pero es una parte de mi cableado que no estoy dispuesta a soltar.

“¿Vienes por voluntad propia?”, susurra, provocando una batalla de mariposas en mi vientre. “¿O tengo que echarte por encima del hombro?”

“No te atreverías”. Levanto la vista de mi portátil, distraída momentáneamente por los peldaños de los músculos de sus abdominales y el tajo nervudo de su cadera, donde su pantalón de deporte cuelga bajo sobre su forma ya semierecta.

“¿Ves algo que te guste?” Sonríe y flexiona sus pectorales. “Porque yo sí”.

Antes de que pueda responder, me tira del dobladillo de la camiseta por encima de la cabeza, sumiéndome en la penumbra. Estoy chillando en silencio para no despertar a Sarai, cuando siento el primer tirón duro y húmedo en mi pezón. Ni que decir tiene que mis brazos caen sin fuerzas a los lados y me inclino hacia atrás. August separa mis muslos y, de rodillas, supongo, ya que no puedo ver, se instala entre ellos, sin que sus labios abandonen mi pezón derecho. Emplea su otra mano en el izquierdo. Mi cabeza se echa hacia atrás, mi respiración entra rápidamente, caliente y húmeda en la camiseta que me cubre la cara. Por fin abandona mi pezón y el aire refresca mi pecho húmedo. Estoy tirando de la camiseta por encima de mi cabeza, dispuesta a volver a concentrarme, cuando siento que me está besando a través de mis pantis.

“Señor, por favor”, ruego, metiendo los dedos a ciegas en sus rizos desordenados.

“Respondiendo a tus oraciones aquí abajo”, murmura August en mi muslo, su barba de caballo es una abrasión bienvenida. Me aparta los pantis para lamer, chupar y gemir en mi coño. “Podría hacer esto todo el día”.

*No hace falta todo el día.*

Me meto el puño en la boca para amortiguar los sonidos que luchan por salir. El éxtasis sale en espiral de mi núcleo y explota sobre mis miembros, mis extremidades, mis recovecos. Mi cabeza se vuelve

galáctica, un cielo negro inundado de estrellas. Por un momento, parece que floto fuera del tiempo y del espacio. Vuelvo a mi cuerpo en centímetros y segundos, sorprendida de encontrar mis talones clavados en la espalda de August, mis dedos enterrados en su pelo y mis muslos rodeando su hermoso rostro.

“Hola”. Me sonrío descaradamente, con la boca brillante y húmeda. “Bienvenida de nuevo”.

Le respondo con una risa ronca y un movimiento de cabeza.

“Me has distraído”, le digo, ebria de sexo. “Ahora tardaré una eternidad en terminar”.

“Yo diría que has ‘terminado’ en tiempo récord”. Se agacha cuando le doy un ligero golpe con la mano en la cabeza. “Ahora, sobre lo de terminar”.

Mis ojos se dirigen al cursor parpadeante, esperando mi decisión ejecutiva sobre la factura de la luz.

“Nena, vamos”. Me lame el interior del muslo. “Cuando me vaya de viaje la semana que viene, vas a extrañar mi cariño”.

“¿Crees que no sé qué eso es una vieja canción de Lou Rawls?” pregunto, bajando con cuidado mis piernas de sus hombros y volviéndome hacia el portátil para poder mover más dinero.

“¿Qué sabes tú de Lou Rawls?”, pregunta escéptico.

“Amigo, crecí en el Distrito Nueve”, digo con un toque de orgullo de NOLA. “Tomamos clases de R&B”.

Por un momento, parece inseguro. Como si se preguntara si realmente era ese barrio. Quiero decir... lo era, pero en realidad no tomábamos las clases. Era una educación mucho más informal de los OGs que ponían los clásicos mientras jugábamos fuera en las calles.

“En serio. Vuelve a la cama”. Me levanta, ignorando mi grito, y se sienta conmigo en su regazo. “Ni siquiera necesito descargarme. Nos acurrucaremos antes de que tenga que irme”.

“Cada vez que dices que sólo nos abrazaremos, acabamos follando de todas formas”.

“¿Y eso es un problema?”, pregunta, levantando mi pelo y chupando a lo largo de la curva que va desde mi cuello hasta mi hombro. Me estremezco pero me niego a levantarme, volviendo a concentrarme en las facturas, algunas de las cuales ya están vencidas. Si no resuelvo esto, Sarai y yo podríamos llegar a casa con el agua cortada.

“De acuerdo. Sé así”. Suelta un suspiro de sufrimiento, se sienta hacia delante y presiona su pecho contra mi espalda, dando palmaditas en mis piernas desnudas. “¿Qué estás haciendo de todos modos?”

“Robar a Pedro para pagar a Pablo”. Inclino la cabeza para calcular si ya estoy en equilibrio.

“¿Es otra broma?” Sus manos se quedan quietas a medio golpear contra un muslo.

“Si me preguntas si mi compañía de servicios se llama realmente Pedro, entonces no”.

“Pero estás bromeando, ¿verdad?” Se desplaza hacia delante para poder ver mi perfil. “No necesitas dinero, ¿verdad?”

“No”. Me encojo de hombros, queriendo que lo deje. “Las cosas están un poco apretadas este mes”.

“El dinero nunca debería ser escaso para ti”. Con los ojos fijos en la pantalla, no veo su ceño fruncido, pero lo siento.

“Soy una madre soltera que vive al día en una de las ciudades más caras de Estados Unidos. Viviendo el sueño. Claro que las cosas se ponen difíciles a veces”.

“Iris, si necesitas dinero, puedes decírmelo”.

Mis dedos se detienen sobre las teclas y el pavor se extiende por el revestimiento de mi estómago como un derrame de petróleo. Realmente no quiero ir allí con él. “Lo tendré en cuenta”. Me golpeo accidentalmente con mi montoncito de billetes y me agacho para recuperarlos del suelo. Cuando me vuelvo a sentar, August está inclinado hacia delante, entrecerrando los ojos en la pantalla.

“¿En serio?” Me mira con ojos agravados. “¿Eso es lo que ganas cada mes? ¿Como todo?”

Su tono y la insinuación de que lo que gano no es suficiente me ponen los pelos de punta. “Es un buen dinero, August”.

“No, es una mierda de dinero, Iris”. Mueve la cabeza, con una expresión decidida. “Hablaré con Jared para que lo aumente”.

“No harás tal cosa, August West”. Me pongo en pie de un salto, con la indignación zumbando en mi interior. “No quiero más que cualquier otro empleado de nivel principiante”.

“Eres mi chica, Iris”.

“Sí, lo soy, así que con más razón debes respetar mis deseos”. Doblo mi labio superior contra el inferior. “Las cosas están un poco apretadas porque quiero hacer esa certificación de marketing deportivo online que me recomendó Jared”.

“Bueno, sí Jared lo recomienda, Jared tiene que pagarlo”.

“¿Para todos?” Pongo los ojos en blanco. “Deja de estar...”

“¿Qué? ¿Preocupado?”, interrumpe. “Soy tu novio. Por supuesto, estoy preocupado”.

La palabra “novio” flota en el aire como una pluma, y trazo su curso. Hemos sido muy felices las últimas semanas. Las cosas han sido increíbles, pero estamos al borde de nuestra primera pelea, y ambos lo sabemos.

“Novio, sí”. Me apoyo en el borde de la mesa del comedor. “Sugar Daddy, no. Necesito valerme por mí misma, August. Por favor, no hagas de esto un gran problema”.

“Creo que es un gran problema si necesitas algo y no sientes que puedes pedirme ayuda”. Se acerca al borde del asiento para que esté a mi alcance y apoya sus manos en mis caderas. “Cariño, no sé si te has enterado, pero gano mucho dinero”.

“Bien por ti”, digo. “Tú haces el tuyo. Yo haré el mío”.

“¿No tenemos una relación?” Sus ojos, del color de una tormenta pendiente, buscan en mi cara. “¿He entendido mal lo que estamos

haciendo aquí?”

“Por supuesto que tenemos una relación, August”. Me paso una mano por la tensión del cuello y le retiro una franja oscura de pelo de la cama de la cara.

“¿Y no estás ahí para mí? ¿Cuándo pierdo un partido? ¿Cuándo cocinas para mí? ¿Cuándo necesito *tu* ayuda?”

“Recoger el correo cuando estás en un viaje por carretera no es nada.”

“Sí. Nada. Como esta pequeña lista de facturas no es nada para mí”. Hace un gesto hacia mi portátil. “Iris, ¿tienes idea de cuánto dinero gano? No el contrato. Eso es una gota en el cubo. Los zapatos. Los videojuegos. Los patrocinios. Nena, puedo encargarme de tus facturas”.

Alguna herida que creía curada, con costras, vuelve a aparecer. Todo en mí se resiste a tomar el dinero de él.

“Ya es bastante malo que conduzcas ese auto de mierda”, continúa.

“Mi auto no es una mierda”, respondo, mi voz se vuelve quebradiza. “Funciona perfectamente bien y me lleva a donde tengo que ir”.

“Pero podría comprarte algo muy bonito, fiable, y ni siquiera extrañar el dinero”.

“Sí, Caleb me compró un precioso Mercedes”, digo con amargura, alejándome unos pasos. “Pero descubrí rápidamente que todos sus regalos tenían condiciones”.

“¿Qué carajo, Iris?” Su voz retumba en el espacio que he puesto entre nosotros. “¿Me estás comparando con él? ¿Lo que tenemos con lo que tuviste con él?”

“No, yo...”

“¿Sólo vamos a hablar de él cuando te convenga sacarlo a colación y utilizarlo contra mí en una discusión?”, exige, enfriando su voz. “Eso es un poco injusto, ya que no tengo ningún contexto de lo



que hizo, cómo se comportó o qué pasó. Ya que no me cuentas una mierda, nunca”.

“Ya hemos hablado de esto”. Tomo aire para calmarme, queriendo evitar que esto se adentre en territorio peligroso. “Firmé un acuerdo de confidencialidad”.

“Lo que sea. O tal vez no quieres que sepa lo que pasó”.

Tiene parte de razón en eso. ¿Por qué querría que supiera cómo Caleb me hizo polvo? ¿Que yo lo permití? No importa las razones o las circunstancias, me enjauló como un animal, y ahora que estoy fuera, no quiero volver a visitar mi cautiverio.

“Sólo necesito hacer esto por mí”, digo más suavemente. “No quiero estar en deuda con nadie”.

“¿Deuda?” Se pasa las manos por la cara y suelta un suspiro frustrado. “Si alguna vez te doy un auto... corrección *cuando* te dé un auto, porque cuando esa cosa que estás manejando se muera, *te* daré un auto...”. Cierra el espacio entre nosotros y junta mis dos manos con las suyas contra su pecho. “Cuando te dé algo, será tuyo. Será tuyo y nadie podrá quitártelo. Ni siquiera yo”. Se inclina para susurrarme al oído: “De la misma manera que eres dueña de mi corazón, Iris. Directamente”.

Es lo más cerca que hemos estado de decir las palabras, pero algo me retiene. Nunca olvidaré la noche en que intenté dejar a Caleb por primera vez: la humillación en el hotel. Las tarjetas de crédito denegadas. Ver esas luces azules parpadeantes, ser detenida por la policía y acusada de robar el auto, de secuestrar a mi propia hija. Había pensado que Caleb y yo habíamos construido algo juntos, pero resultó que él trabajaba solo y me tendió una trampa. Confié mi bienestar a otra persona, y la utilizó en mi contra de las formas más inimaginables. No sé si podré volver a confiar mi seguridad y la de Sarai a otra persona, incluso a alguien a quien amo y que me ame.

El silencio que se extiende después de la sutil declaración de August se vuelve frío e incómodo. No sé qué decir. Si presiono más allá de mis miedos y le digo lo que siento por él, lo que realmente

siento, ¿lo usará en mi contra? En el fondo sé que August no es Caleb, pero algunos dolores son más profundos de lo que conocemos. Cambia fundamentalmente quiénes somos y cómo vivimos, y está más allá del alcance de la razón.

“Mami “.

August y yo nos giramos para ver a Sarai, con el pelo oscuro revuelto y los puñitos retorciéndose en los ojos. Me acerco y la levanto.

“Buenos días, bebé”. Respiro su frescura de niña pequeña.

“Gus”, dice con firmeza, estirando sus bracitos hacia él. Me mira, preguntando en silencio si está bien. No me gusta que se despierte con un hombre en mi casa. No quiero confundirla, pero sé que se está formando un vínculo entre ellos. No quiero quitarlo. Le ofrezco un terso movimiento de cabeza.

“Hola, princesa”, dice suavemente, levantándola y presionando su frente contra la de ella. “¿Qué haces levantada?”

Ella no contesta, sino que hunde la cabeza en su cuello, parpadeando somnolienta y medio dormida. Ver su alto cuerpo subiendo por el pasillo con la cabeza de ella apoyada en su hombro me retuerce el corazón. Quiero creerlo, pero todo parece demasiado bueno para ser verdad. August se siente demasiado bien para ser verdad, como Caleb lo hizo una vez. Ese chico que me trajo café todos los días durante semanas, cortejándome, escuchándome y tratándome con amabilidad, parecía demasiado bueno para ser verdad. Pero lo bueno de Caleb no era cierto. Era un fraude cruel, un error que cometí y que puede perseguirme el resto de mi vida.

Termino con las facturas, anotando las llamadas que tengo que hacer para las prórrogas hasta mi próxima paga. Cierro el portátil y compruebo la hora para ver si puedo echar unas cabezadas antes de tener que levantarme a trabajar. Si August todavía está dispuesto a abrazarme, estoy aquí para eso.

Pero cuando vuelve a entrar en el salón, está vestido con su sudadera de los San Diego Waves, una gorra de béisbol y sus

zapatillas deportivas. Las llaves tintinean en sus manos.

“Me voy a ir”. Sus ojos recorren la habitación como si buscara cualquier cosa que pueda haber dejado, pero su mirada se desliza sobre mí. “Tengo que encontrarme con mi entrenador pronto”.

Conozco su horario. Tiene mucho tiempo.

“August, yo...”

“Sólo... está bien, Iris”. Se dirige hacia la puerta, deteniéndose sólo para dejar caer un beso en la parte superior de mi cabeza. “Hablemos más tarde, cuando los dos estemos...” Sacude la cabeza y se baja la gorra sobre el pelo. “Hablemos más tarde”.

La puerta se cierra tras él.

# Capítulo 45

## IRIS

El cliente con el que Jared me pidió que hiciera un seguimiento decidió no firmar. Recibí un correo electrónico recordándome que el dinero para la certificación deportiva en línea vence hoy, y no lo tengo. La guardería me sacó de una reunión porque Sarai mordió a un niño. Tuve que revisar un contrato de cincuenta páginas que Jared necesitaba “como ayer” ... en cinco minutos.

Es un día infernal, y aún no es mediodía.

La alerta de mi correo electrónico suena, distrayéndome de la estrategia de marca que Jared me pidió que ajustara para un jugador de fútbol que acaba de fichar. Abro el correo de recursos humanos y se me dispara la tensión. Me levanto y salgo corriendo por el pasillo, llamando a la puerta del despacho de Jared antes de que me dé tiempo a calmarme.

“Iris, hola”, dice, levantando la vista de su portátil. “Entra”.

“¿Puedo preguntarte...?..” Mis palabras vacilan. “¿August...?” Mierda. Sé que lo hizo, pero suena ridículo decirlo en voz alta, y si me equivoco, hará que las cosas sean incómodas entre mi jefe y yo.

“El correo electrónico de recursos humanos”, empiezo de nuevo. “Decía que todos los empleados de nivel inicial van a recibir un aumento, con efecto inmediato. Que nuestro próximo cheque reflejará el aumento”.

“Sí”. Jared se retira de su escritorio y enlaza las manos sobre su cabeza. “¿Qué pasa con eso?”

“¿Lo hizo August?” Apuro la pregunta antes de cambiar de opinión. “¿Por mí, quiero decir?”

“No tengo la costumbre de discutir decisiones financieras y de recursos humanos de alto nivel con nuestros empleados de nivel inicial”.

“Por supuesto”. La vergüenza me calienta las mejillas y me retuerce las entrañas. “Siento haberte molestado”.

Retrocedo hacia la puerta, pero su voz me detiene.

“Iris”, dice. “Espera un momento”.

Me obligo a mirarlo a los ojos.

“Nunca he visto a mi hermano así con nadie”. Apoya los codos en el escritorio. “No sólo desde que has venido aquí, sino incluso antes, cuando aún estabas con Caleb”.

“Oh, bueno, yo...”

“No le hagas daño”.

Busco la expresión severa en su rostro. “¿Yo?” Me toco el pecho. “¿Hacerle daño?”

“Cuando me preguntó sobre el aumento de la paga de la categoría inicial a las cinco de la mañana”, dice, haciendo una pausa para lanzarme una mirada mordaz, “gracias a los dos por eso, por cierto. Porque ¿quién necesita más de cinco horas de sueño?”.

“Lo siento mucho”.

“Cuando llamó”, continúa Jared, pasando por encima de mis disculpas, “parecía pensar que te iba a enfadar, pero dijo que era la única manera de ayudarte, y que no se quedaría mirando cómo luchas”.

Se me saltan las lágrimas. ¿Cuánto le costó eso? ¿O esta empresa? ¿Dije que no quería nada que no tuvieran los demás empleados de nivel inicial y él les dio a todos un aumento de sueldo para que me sintiera mejor aceptando su ayuda? ¿Haría eso un hombre que secretamente quisiera hacerme daño?

No. Y no es un secreto que August me ama.

Hay muchas cosas que siempre deben permanecer en secreto

entre nosotros, pero lo que siento por él no debería ser una de ellas.

## Capítulo 46

AUGUST

“Buena carrera”, dice Kenan, cerrando de golpe su casillero. “Estás mejorando, Novato”.

“Estoy bastante seguro de que un jugador en su tercera temporada”, digo, cerrando también mi casillero, “ya no se considera un novato”.

“Sin embargo, me suena mucho”. La profunda risa de Kenan que retumba en su enorme pecho me hace sonreír.

“¿Por qué estabas de mal humor hoy, West?” pregunta Valdez, el base suplente. Sospecho que está un poco resentido conmigo. Lleva una década en la liga y probablemente no le guste jugar detrás de mí.

*Oh, bueno. A veces es así.*

“Es una chica, ¿eh?” pregunta Valdez con una sonrisa burlona. “¿Esa tenista? ¿Pippa Lee?”

“Dudo que Iris lo aprecie”. Kenan se ríe y se echa la bolsa de lona al hombro.

“¿Iris?” Las cejas de Valdez se levantan dramáticamente. “He oído que la madre del bebé de Caleb Bradley, Iris DuPree, vive aquí ahora. ¿No te referirás a *esa* Iris?”

Aprieto los dientes. Ya sé que esta conversación se va a ir a la mierda si empieza con Caleb. Lo miro y paso de largo, decidiendo que es mejor no responder. Iris no me va a contar ni la mitad de lo que pasó con Caleb. Desde luego, no voy a hablar de su relación con este hijo de puta, y menos aún quiero hablar de nuestra relación con él.

“No pretendía empezar nada, Novato”, dice Valdez detrás de mí.

Ignoro el nombre. Que Kenan se burle de mí de esa manera es una cosa. Él y yo tenemos un acuerdo. Yo soy la cara del equipo, pero él es el corazón del mismo. Su madurez y sus logros se han ganado mi respeto, y dirige muy bien desde atrás. Este tipo... no tanto.

“Yo tendría cuidado si fuera tú, es todo lo que digo”, insiste Valdez. “Ella ya atrapó a un jugador. Ahora te está follando a ti. Más vale que envuelvas esto o estarás pagando por un coño el resto de tu vida. No vale la pena, por muy bueno que sea”.

Su voz, sus palabras detrás de mí se detienen significativamente.

“Y la he visto”, continúa. “Parece un buen coño”.

Me giro antes de darme cuenta. Su camiseta está aprisionada en mi puño. Su cara está a escasos centímetros de la mía.

“Te has pasado de la raya, hijo de puta”, le digo. “Si vuelves a hablar así de ella, estarás fuera”.

“¿Qué...?”

“No actúes como si no pudiera pasar”. Lo suelto pero no doy un paso atrás. “Estás aquí a mi disposición, Valdez. Una palabra a Deck y serás cambiado, cortado, lo que yo diga, y lo sabes”.

“Tú, hijo de...”

“Tu juego es adecuado, en el mejor de los casos, en una buena noche”, le digo. “Tienes suerte de cobrar el sueldo base, pero si vuelves a hablar de Iris, ni siquiera tendrás eso. Aquí no”.

El resentimiento y la amargura tuercen sus rasgos. “Glad, dile a este niño que será mejor que retroceda”.

Kenan se encoge de hombros, ajustando la correa de su mochila mientras se sitúa junto a la salida de los vestuarios.

“Si no cumple la amenaza”, dice Kenan, “lo haré yo. No se habla así de la chica de un compañero de equipo. Así es como se estropea la mierda”. Enarca una ceja oscura. “Y es la forma más rápida de arruinar la química de un equipo. Eso no lo puedo tener. No en este vestidor”.

Kenan lo sabría. Todavía le atormenta la aventura de su ex con



un compañero de su último equipo. Valdez nos mira a los dos, murmurando y frunciendo el ceño, antes de salir del vestuario.

“Gracias por cubrirme la espalda”, murmuro, con las manos escocidas por la necesidad de atravesar de un puñetazo a ese hijo de puta.

“De nada”. Kenan hace una pausa. “Pero puede que tenga razón. Las chicas pueden hacerte creer cualquier cosa cuando tienen la polla en la boca”.

Me giro sobre él, con las palabras furiosas preparadas y listas para cortar.

“Será mejor que aprendas a manejar tu mierda mejor que eso, Novato”, dice Kenan con calma. Camina por el pasillo hacia la salida, y yo lo sigo. “Si ni siquiera puedes aguantarlo conmigo, no me gustaría verte cuando juguemos contra Caleb y los Stingers el día de Acción de Gracias”.

Mi ira disminuye cuando me doy cuenta de que me está poniendo a prueba, y que estoy fallando.

“¿Crees que no habrá especulaciones cuando la gente se entere de que estás saliendo con la chica de Caleb?”

“No es su chica”. *Es la mía.*

“Ella tuvo a su hija. Supongo que todavía está en sus vidas y las apoya económicamente”.

“No lo está”. En realidad, todo lo contrario, cosa que todavía no entiendo e Iris sigue sin decírmelo. Llegamos a la salida y nos dirigimos hacia el estacionamiento del centro de entrenamiento.

“¿De verdad?” Vuelve los labios hacia abajo en las esquinas. “¿A qué viene eso?”

“No lo sé. Ella...”

El auto de mierda de Iris, por el que discutimos esta mañana, está estacionado junto a mi camioneta. Está apoyada en el capó, observando cómo nos acercamos.

“Hablando del diablo”, dice Kenan en voz baja, y luego habla lo

suficientemente alto como para que ella lo oiga. “Hola, Iris. Me alegro de verte de nuevo”.

“Hola, Kenan”. Ella mira entre los dos rápidamente, mordiéndose el labio cuando se encuentra con mis ojos. “Hola, August”.

“¿Cuándo vuelve tu prima a la ciudad?” pregunta Kenan antes de que pueda hablar.

Iris y yo le dirigimos una mirada de sorpresa. Desde que su esposa mostró su culo engañándolo y le está haciendo pasar un infierno en el tribunal de custodia, Kenan es notoriamente tímido cuando se trata de mujeres. Quiero decir, estoy seguro de que está consiguiendo un culo en alguna parte. Un jugador que va de ciudad en ciudad, no es difícil de hacerlo. ¿Pero qué pregunte por una chica? ¿Una chica de verdad? Inusual.

“¿Te refieres a Lotus?” Iris pregunta, sólo para asegurarse.

“Sí, creo que ese era su nombre”. Se encoge de hombros como si no estuviera seguro, excepto que Kenan siempre está seguro de todo.

“Supongo que... Probablemente la veré en Acción de Gracias”.

“Genial”, dice con un movimiento de cabeza.

“¿Debería, no sé,” dice Iris, “decirle que le mandas saludos?”

“No”. Él la mira con extrañeza. “¿Por qué harías eso?”

Iris y yo intercambiamos una mirada, y doy un sutil movimiento de cabeza, diciéndole que no intente descifrar a Kenan.

“Te veré en el avión mañana, Novato”, dice Kenan, caminando hacia su camioneta. “No llegues tarde”.

Una vez que se ha ido, Iris y yo nos quedamos mirando el mismo trozo de hormigón. Supongo que se ha enterado del aumento de sueldo y ha venido a echarme la bronca. Qué demonios. No voy a quedarme de brazos cruzados y ver cómo se esfuerza por criar a Sarai ella sola con ese mísero sueldo.

“Hoy me han subido el sueldo”, dice finalmente en voz baja.

“¿Ah, sí?” Dejo caer el bolso al suelo y cruzo los brazos sobre el pecho. “Qué bien”.

“Fue más que agradable”. Ella levanta la vista, con una leve sonrisa en el rostro. “Fue gentil. Fue más de lo que merecía después de haber sido tan descortés”.

*Espero que no espere que la detenga.*

“Gracias, August”. Me coge la mano y sostiene mis ojos con los suyos. “Siento haber sido tan difícil de ayudar”.

“También lo es Jared”. Me río, pero realmente estaba dispuesto a destriparme cuando llamé exigiendo un aumento para todos los de nivel inicial.

La risa se desvanece y volvemos a estar incómodos. Hacía años que quería a Iris y pensaba que, si alguna vez tenía la oportunidad, nunca se nos acabarían las cosas que decir. No quiero decir algo incorrecto, algo que pueda abrir una brecha entre nosotros. Tuvimos nuestra primera pelea, pero nunca he sido más feliz que con ella.

“August, Caleb fue...” Se detiene y mira hacia un lado, evitando mis ojos.

Estoy en alerta máxima. Nunca hablamos de él. Eso es una bendición y una maldición, porque incluso oírlo decir su nombre me vuelve un poco loco.

“¿Qué pasó con él?” Mi voz es tan agradable como el veneno para ratas. Debería arreglar eso, pero no puedo. Cuando no habla de él, tengo preguntas. Cuando lo hace, soy un imbécil celoso.

“Nada de lo que Caleb me dio fue realmente mío”, dice, mordiéndose el labio inferior. Quiero estrecharla entre mis brazos, pero está rígida y presiento que no continuará si la toco.

“Utilizó todo en mí contra para controlarme”. Cuando levanta la vista hacia mí, sus ojos guardan un millón de secretos, y quiero conocer cada uno de ellos.

“Sé que firmaste un acuerdo de confidencialidad”, empiezo.

“Lo firmé”.

“Pero”, continuó, “parece que Caleb y tú tienen esos secretos de los que yo no sé nada. Todas estas cosas de las que no estoy al tanto, y lo odio”.

Ella tuerce la línea de su boca en una curva dura. “Lo único que Caleb y yo tenemos juntos es Sarai”, dice. “Y hago todo lo que puedo para mantenerlo alejado de ella”. Me aprieta la mano y se acerca un paso más. “No quiero nada de él, August, excepto que me deje en paz. Te lo prometo”. Estudia mi rostro durante unos segundos. “¿Me crees?”

“Sí, te creo”. Froto los extremos de la trenza que cuelga sobre su hombro entre mis dedos. “No me encontrarás quejándome de que Caleb no esté en nuestras vidas”.

Debería tener cuidado. No quiero asustar a Iris haciéndole creer que espero que comparta su vida conmigo. Que comparta a su hija conmigo. Que se mude pronto conmigo. Que se case conmigo algún día.

*Aunque estas son todas las cosas que espero.*

Sólo tengo que darle tiempo para que se acostumbre a ellas. Tengo que aprender a moderar mis respuestas. Creo que la asusto con la intensidad de mis sentimientos. Quiero decir, una vez me acerqué a ella mientras estaba amamantando.

*Eso no es para nada intenso.*

“Dijiste algo esta mañana”. Vuelve a estudiar el hormigón.

“Hemos dicho muchas cosas esta mañana”. Tomo y suelto una rápida respiración. “¿De qué cosas estamos hablando?”

“Dijiste que tu corazón me pertenecía por completo”.

En el pequeño fragmento de silencio que sigue a sus palabras, no sé si quiero retractarme o repetirlo de cien maneras diferentes.

“Siento que no...” Ella traga y me mira, con una disculpa en los ojos. “Bueno, que no haya respondido o dicho algo de vuelta”.

“No tienes que decir nada. Lo entiendo”.

“No, no lo entiendes”. Ella sacude la cabeza, una sonrisa pícar

curvando sus labios. “Debería haber dicho que jugaría contigo a las cinco”.

La sangre me hierve, como si alguien hubiera dejado caer un Alka Seltzer en mis venas. Pequeños estallidos y diminutas explosiones se producen bajo mi piel mientras espero que continúe. Iris y yo hemos tenido muy pocos momentos a solas a lo largo de los años, y aquel día en el gimnasio jugando a Caballo fue uno de mis favoritos. En segundo lugar, por supuesto, a ese beso en el armario. Sé lo que quise decir cuando dije eso. El corazón se me acelera como un bombo en el pecho al pensar que ella podría querer decir lo mismo.

“Nunca me había dado cuenta de lo críptico que era eso”, digo, acomodando unos mechones de pelo que se escapan detrás de su oreja. “Hasta ahora, cuando estoy tratando de averiguar si quieres decir lo que creo que quieres”.

Alza la mano, enmarcando mi rostro entre las suyas, y nunca la he visto más seria. “No quiero ser críptica”, dice. “Simplemente lo diré para que no haya dudas”.

Ella dobla los labios y cierra los ojos, respirando profundamente como si se preparara para saltar de un avión. “Te amo, August”.

Dudo que el mundo se detenga realmente, porque según las leyes de la física o lo que sea que gobierne el eje de la Tierra, eso no es posible. Sin embargo, así es como se siente cuando ella dice esas palabras. Como si toda la creación hubiera sintonizado para escuchar esto: una pausa universal para reconocer posiblemente el mejor momento de mi vida. No ganar el campeonato de la NCAA o ser reclutado por los Waves. No ser el novato del año. Y cuando finalmente gane mi anillo, ni siquiera se comparará. Ninguna de esas cosas es tan monumental como las palabras que salieron de este pequeño y hermoso ángel-bruja que me hechizó la primera vez que la vi, un hechizo que nunca ha desaparecido.

“No te he oído bien”, le digo, mirándola por encima de la cabeza.

Sus ojos se abren y se entrecierran. Me da un golpe en el pecho, con una amplia sonrisa en la boca. “Sólo por eso, lo retiro”.

“¿Ah, sí? ¿Es así?” Pregunto riendo. “¿Cómo vas a retirarlo sin más?”

La levanto, ignorando sus chillidos de risa, y la deposito sobre el capó de su auto, de pie entre sus piernas abiertas. Nuestras respiraciones se entrecortan, en parte por el esfuerzo y en parte por la pasión. Mis pulgares recorren discretamente la parte inferior de sus pechos y sus pestañas caen sobre el deseo que crece en sus ojos. Mirando el estacionamiento vacío, desliza lentamente su mano hasta la parte delantera de mis pantalones de deporte y me agarra la polla a través del grueso algodón. Cierro los ojos con fuerza para evitar una oleada de placer carnal. Me sumerjo para tomar su boca con la mía, enredando nuestras lenguas. Refugiamos los toques urgentes entre nuestros cuerpos.

Una puerta se cierra de golpe en el estacionamiento, y levantamos la vista para encontrar a uno de los entrenadores saliendo de su auto, tratando de fingir que no nos ve a punto de follar sobre el capó del auto de Iris.

Me aclaro la garganta, levantando la vista para encontrar los ojos de Iris riéndose de mí. Nos ponemos sobrios simultáneamente. Nunca olvidaré este momento en el que comprendí, comprendí de verdad, que el baloncesto, el dinero y la fama, son todos magníficos. Sin embargo, esas palabras que me acaba de decir eclipsan todo lo demás.

“No recuerdo si he dicho que te amo, también”. Miro al cielo, como si intentara hacer memoria.

“En realidad no lo hiciste”, dice ella.

Acaricio su barbilla, la acerco y la beso lentamente, saboreando su amor, esas palabras que aún reposan en su lengua.

“Te amo”, digo contra sus labios, besando su barbilla y detrás de su oreja y cualquier lugar al que pueda llegar sin que nos arresten por exposición indecente.

“Hicimos un recuerdo en el capó de mi auto”, dice, con los ojos muy abiertos y complacidos. “¿Ves? No es tan malo”.

Se me borra la sonrisa y sacudo la cabeza.

“No, cariño. Este auto sigue siendo una mierda”.

# Capítulo 47

## IRIS

Tengo un mal presentimiento sobre el día de hoy, aunque sea Acción de Gracias y quiera que todo sea perfecto.

La última vez que vi un partido Waves-Stingers, August acabó con una pierna rota, y en veinticuatro horas me habían violado y golpeado hasta dejarme inconsciente.

*¿Pero de qué hay que preocuparse?*

No puedo evitar sentir que estoy tentado a la suerte sentado aquí al aire libre, como un árbol en medio de una tormenta eléctrica. En este escenario, yo soy el árbol. Lo que finalmente se siente sólido, ha echado raíces y está floreciendo. Caleb es el relámpago, siempre violento y listo para atacar.

Un pozo se ha estado profundizando en mi estómago desde que la madre de August me invitó a la cena de Acción de Gracias. El partido es de los Waves contra los Stingers en la ciudad natal de August, así que por supuesto estamos aquí viendo el partido, menos Jared que está esquiando en Vail. Matt, el padrastro de August fue llamado a la oficina por una emergencia, pero debería estar en casa a tiempo para comer. Definitivamente quería aceptar la invitación de su madre a cenar, y no quería tener que explicar mis dudas sobre la asistencia al partido. No puedo sin divulgar más de lo que debería. Y tal vez... sólo tal vez me estoy cansando de vivir mi vida entre las sombras proyectadas por Caleb.

“¿Estás bien, Iris?”

Susan Foster, la madre de August, me estudia con cierta preocupación. Probablemente ha llamado mi nombre varias veces sin



obtener respuesta.

Vuelvo a sintonizar con nuestro entorno. Es el prepartido, y estamos unos cuantos asientos detrás del banquillo de los Waves. Por lo visto, Susan siempre se sienta en las gradas, y habría sido doblemente incómodo explicarle que la primera vez que nos encontramos, yo quería sentarme aparte de ella en un palco.

La última vez que estuve en este edificio me senté detrás del banquillo de los Stingers. Sarai se sentó en mi regazo, igual que ahora, pero sólo tenía unos meses. Tengo que seguir recordándome a mí misma que Ramone no me está vigilando, que no me iré a casa con Caleb esta noche y me despertaré mañana con moratones.

“Lo siento”. Le doy una sonrisa que espero que la tranquilice. “Sólo pensaba en Lo y esperaba que llegara bien”.

Lo viene desde Nueva York para cenar con nosotros en casa de la señora Foster. Habría llegado antes si el trabajo no la hubiera retenido en Praga.

“Llegará bien”. La señora Foster me palmea la mano y sonrío amablemente. “Tendremos la cena preparada y lo único que tendrá que hacer es sentarse a comer”.

“Gracias por invitarla. Por invitarnos a Sarai y a mí también”.

“Llevo mucho tiempo queriendo conocerte, Iris”.

“¿De verdad?” Me vuelvo hacia ella, con la sorpresa eclipsando temporalmente mi ansiedad.

“August me habló de ti hace mucho tiempo”.

“¿Hace *mucho tiempo*?” Sacudo la cabeza y me río tan ligeramente como puedo con un canto rodado sentado en mi pecho. “No lo entiendo”.

“Bueno, no me dio todos los detalles”, dice apresuradamente, con sus ojos azules burlones. “Pero dijo que creía haber encontrado a la chica indicada. Esto fue cuando se quedó en casa por la rehabilitación”.

Habría sido más o menos cuando nos vimos esa semana en el

centro comunitario.

August y yo no nos vimos mucho hasta que me mudé a San Diego. ¿Qué fue lo que le impactó tanto de mí? ¿Qué le hizo pensar que yo podría ser la indicada después de sólo unos pocos encuentros? Probablemente lo mismo que impulsó mis pensamientos hacia aquella primera noche en que nos conocimos una y otra vez: pensar en aquella noche como la bifurcación del camino, y en él como el camino que debería haber elegido.

“No sé qué decir”, respondo finalmente, con las mejillas calientes.

“Sólo me alegro de que haya funcionado. Me alegro de conocer a la chica que robó el corazón de mi hijo”. Dice la señora Foster. “Y no podría estar más feliz”.

*Yo tampoco podría.*

El momento que he estado temiendo llega a mí con una fuerza aplastante. Cuando el equipo de Caleb sale a la cancha para el rodaje previo al juego, cada nervio de mi cuerpo me grita que corra. Mi sistema de alarma interno me advierte del peligro. Mis músculos se tensan hasta el punto del dolor. Estoy preparada para un enfrentamiento de voluntades, pero cuando Caleb mira hacia las gradas y me ve, sonrío. Está en el extremo opuesto de la pista. Hay tanta distancia entre nosotros que debería sentirme segura. Pero nunca podría sentirme segura con él en el mismo edificio. Algunos días no me siento segura sabiendo que está en el mismo planeta.

Todos sus compañeros de equipo hacen el calentamiento previo al partido, pero él se limita a quedarse mirando. Su sonrisa aumenta cuanto más tiempo le devuelvo la mirada. Desplaza su mirada hacia Sarai en mi regazo, y la sonrisa desaparece. Sus ojos, cuando vuelven a mirarme, prometen retribución. Que un día me hará pagar.

“¡Iris!” August llama desde un poco más allá del banco, en el suelo.

En cuanto le veo, mi cuerpo se relaja. La tensión se disipa. Al otro lado de la cancha está mi oscuro pasado, una pesadilla a la que apenas

sobreviví. Mi futuro está frente a mí. Y es muy luminoso. *August* es muy luminoso. Compartimos una sonrisa antes de que comience el rodaje previo al partido y se una a su equipo.

Me preguntó si estaba segura de que quería venir hoy. No sabe todo lo que pasó con Caleb. En el gran esquema de las cosas, no sabe casi nada, pero sabía que hoy sería difícil para mí. Pero estoy muy cansada de huir. Durante mucho tiempo, fui la marioneta de Caleb, pero él ya no maneja los hilos. La madre de mi novio quería conocerme; quería conocer a mi hija; quería sentarse junto a la novia de su hijo y verlo jugar en Acción de Gracias. Quizá me arrepienta, pero ahora mismo me alegro de haberlo intentado.

En el descanso, el partido está empatado. Si los Waves no ganan ningún otro partido esta temporada, rezo para que ganen este. La especulación ha sido desenfrenada antes de esta revancha entre los dos equipos, específicamente entre August y Caleb. Se ha vuelto a hablar del juego sucio de Caleb.

Todo el mundo sabe que Caleb y yo tenemos una hija juntos, que viví con él durante su temporada de novato. Y cualquiera que no supiera que yo estaba con August se dará cuenta ahora. Estoy sentada con su madre. Sé que algunos de sus compañeros de equipo se lo han preguntado, y estoy segura de que algunos han hablado. Ya hay algunas especulaciones desagradables. La gente dirá que estoy fuera para atrapar a August de la forma en que “atrapé” a Caleb.

Dios, si supieran la trampa que me tendió Caleb.

“¿Habrías preferido que nos sentáramos en un palco?” La señora Foster pregunta, sus ojos astutos.

“Es que...” Me río, un sonido falso si alguna vez escuché uno. “Esto puede alimentar más habladurías sobre que yo esté con August después de Caleb. Algunos han dicho que es la venganza de August por el juego sucio de Caleb. Dicen que soy una...”

Ni siquiera quiero expresar las cosas que la gente dice de mí.

*Put. Oportunista. Buscadora de oro. Embaucadora. Aficionada. Codiciosa. Chica infiel.*

No busques en Google si no quieres saber lo que realmente piensa la gente. Lo expresan libremente desde el anonimato de sus ordenadores portátiles y tras la máscara de sus avatares.

“Tú sabes la verdad”, dice la señora Foster, dándome una palmadita en la mano. “Y también lo sabe August. A él no le importa lo que digan, y a ti tampoco debería importarte”.

Me obligo a relajarme, pasando mis manos por los brazos de Sarai. Está tocando el piano en su iPad y usando sus auriculares. Ha crecido mucho y probablemente ni siquiera reconocería a su padre si lo viera.

“¡Gus!” Sarai grita, haciéndome volver a la acción.

August está en la línea de tiro libre, y tengo tanto miedo de que el grito de Sarai pueda romper su concentración, que le tapo la boca.

“Shhhh”, le digo al oído. “August necesita concentrarse, cariño”.

Se lleva el dedo índice a la boca, con los ojos muy abiertos, y me mira.

“Con-cen-trar-se”, susurra.

Me río y le toco la nariz. Cuando levanto la vista, August se asoma por encima del grupo de tiempo muerto para observarnos. Sonríe y, por supuesto, Sarai elige ese momento para volver a gritar “Gus”. Le lanza un beso y él le dedica una sonrisa rápida y se lleva la palma de la mano a los labios para devolverle el beso. Sus ojos, sin embargo, se fijan en mí, y la satisfacción, el placer y lo más parecido a la alegría que puedo imaginar fluyen a través de mí como el Mississippi, amplio y poderoso. Me lloran los ojos y me arde la nariz. La emoción se hace muy densa entre nosotros, incluso separados por media arena.

“Te amo”, dice, con una mirada cálida y segura.

Asiento con la cabeza, me llevo una mano a los labios y le devuelvo discretamente el beso soplado. Él esboza una sonrisa y vuelve a prestar atención al grupo.

Experimento una sensación aguda, como una aguja que me

pincha la carne. Cuando miro hacia el banquillo de los Stingers, me encuentro con la mirada mordaz de Caleb. La malevolencia se agolpa en sus ojos, y sus manos se cierran en puños a su lado. La amenaza lo rodea, un compañero tan constante como lo fue Ramone.

Es un oscuro déjà vu de la última vez que nos encontramos en este lugar, pero las tornas han cambiado. Siempre ha habido una conciencia ineludible entre August y yo. Caleb lo vio entonces, y lo ve ahora. El día que conocí a August, entré en un campo de fuerza, poniendo en marcha algo que, en cierto modo, fue culpa mía, y en otros, fuera de mi control. Ese desafío surge en mí, y no me importa que Caleb lo vea. Ahora no puede hacerme nada sin hundirse él también. En una burla al momento especial que acabo de compartir con August, me lanza un beso.

“¿Va a ser un problema, Iris?” La señora Foster pregunta a mi lado.

Sobresaltada, le presto toda mi atención. Sigue mirando en dirección a Caleb, pero espera mi respuesta.

“No. Yo...” Sólo he hablado abiertamente con Lo sobre los detalles de lo que me pasó, pero me gustaría poder compartirlo todo con la madre de August y sus amables ojos. “Fue un problema, pero ya se ha solucionado”.

“August te ama mucho”, dice, mirándome y sonriendo a Sarai. “Y a tu hija también. Ahora habla de las dos todo el tiempo”.

“¿Lo hace?”

“Estoy segura de que sabes que eres lo más importante en su vida”.

*Te jugaría en el cinco.*

No respondo, sino que espero a que continúe, porque sé que hay más.

“Ese hombre le rompió la pierna a mi hijo por ti”, dice, levantando la mano cuando empiezo a disculparme. “No es tu culpa. Es sólo su culpa, pero incluso sabiendo lo complicada que era tu situación, August aún te quería. Odiaría que me entrometiera, pero él

es lo más importante para mí, y quiero conocer tus intenciones”.

“¿Mis intenciones?” Una carcajada, rica y plena, escapa de mis labios. “¿Quieres saber mis intenciones hacia August?”.

Ella cede una pequeña sonrisa y acaricia el pelo de Sarai.

“No me hago ilusiones con mi hijo. Sé que ha sido un jugador, dentro y fuera de la cancha”. Mueve las cejas de forma sugerente. “Pero sé que está profundamente enamorado de ti y que lo está desde hace tiempo”. Nuestro humor se desvanece, pero la amabilidad en sus ojos permanece. “Así que sí, te estoy preguntando, no si lo amas, porque es obvio que lo haces. Te pregunto si serás capaz de casarte con él cuando te lo pida”.

*Casarme.*

Para la mayoría de las chicas, significa bodas y flores en junio: esperanzas y sueños cumplidos.

Para mí ya no significa eso. Significa una trampa. Significa que un hombre tiene acceso a mi vida, a mi hija, de la que podría, a su discreción, abusar.

“No le he preguntado a August al respecto”, dice suavemente. “Y sé que probablemente está tan contento de tenerte por fin que no está presionando, pero tengo que preguntarme: un hombre tan cruel como para romperle la pierna a alguien por la mujer que quiere, bueno... podría ser así de cruel con la *mujer* que quiere, también. ¿Estoy en lo cierto?”

Irrracionalmente, miro la pantalla gigante. Más de una vez me ha sorprendido encontrarme, desprevenida, en la pantalla. Si mi rostro apareciera ahora en la pantalla, me temo que todo el mundo sabría lo que nos ha pasado a Caleb y a mí, una viñeta que se reproduce en vívido technicolor azul y negro para que todo el mundo la vea. Sabrían a qué he sobrevivido. Y aunque sé que no fue mi culpa, la vergüenza se extiende y no deja ninguna parte de mí limpia. Estoy manchada por el toque de Caleb, mi corazón y mi alma cubiertos de manchas invisibles.

“Legalmente, no puedo hablar de la mayoría de las cosas que viví

con el padre de Sarai", le digo, con la voz baja y consciente de los oídos aguzados a mi alrededor. "Pero diré que alejarnos de él es lo mejor que nos ha podido pasar".

"¿Y August lo sabe?"

"August sabe que lo amo a él y sólo a él". Esto debería ser incómodo, pero después de tantas cosas que no he podido decir, decirle algo a alguien se siente bien.

"¿Puedo decirte algo?"

Cuando asiento con la cabeza, continúa con una sonrisa.

"Mi hijo es la persona más competitiva que he conocido, sólo superada por su padre. No sabe rendirse. Con el tiempo, los Waves, si se queda con ellos, ganarán un campeonato porque August tendrá que hacerlo. No sabe conformarse, y no se conformará contigo".

Sus palabras deberían hacer flotar mi corazón, pero en cambio se hunde como una piedra porque por mucho que ame a August, y Dios, lo amo, no sé qué voy a decir si alguna vez me pide que me case con él. Compartir mi vida, mi dinero, mi casa y mi seguridad con cualquier hombre me da mucho miedo. He visto a un hombre que creía que me amaba y que nunca haría nada para herirme retirar la máscara y mostrarme su verdadera naturaleza después de haber caído en su trampa. No sé si puedo arriesgarme a eso por mí o por Sarai nunca más.

Atravieso el resto del partido aturdida, sin apenas registrar la acción en la cancha, excepto para notar que, como de costumbre, Caleb y August se provocan mutuamente para rendir aún más de lo que suelen hacerlo. Ambos tienen un juego excepcional, pero August siempre parece conseguir una victoria contra Caleb. Gracias a Dios, porque es una pérdida que no me gustaría que tuviera que procesar durante la cena de Acción de Gracias.

Susan y yo estamos entrando en el estacionamiento subterráneo privado para esperar a August, cuando presiento el peligro.

Levanto la vista y Caleb está justo ahí, a unos metros de distancia. Su jersey oscuro y sus pantalones de vestir resaltan su

cabello dorado. Parece algo enviado por el sol.

Sólo yo sé que es algo enviado por el infierno.

Con una sonrisa arrogante, se acerca a matar. Probablemente puede oler mi miedo, así que aliso mi cara para que sea neutral. Levanto la barbilla y lo miro directamente a los ojos. No puede atacarme a cara descubierta, y me niego a mostrar el terror que se me mete en el corazón, llevado por mi sangre.

Mira desde Sarai en mi cadera hasta la madre de August. “Me alegro de verla de nuevo, señora Foster. Han pasado años, pero está usted tan hermosa como siempre”.

Me olvido de la historia que Caleb y August tienen antes de que yo saliera. Se conocen desde hace más tiempo que a mí.

A la señora Foster no le gustan los farsantes. No le responde, sino que mira fijamente con ojos duros a Caleb hasta que éste se encoge de hombros.

Sarai mira a Caleb, fascinada. Alarga la mano para tocarle la nariz y los labios. Quiero correr con ella en la otra dirección, para alejarla lo más posible de él. Sé lo que es dejarse engañar por la cáscara angelical. Nunca sospechas que debajo de ella late el corazón de un demonio hasta que es demasiado tarde.

Caleb intenta atrapar sus deditos, pero yo inclino mi cadera para que su mano caiga fuera de su alcance.

“Eres muy bonita, Sarai”, le dice, pero me mira a mí. “Tienes los ojos de tu padre. ¿Te acuerdas de mí?”

Con el pulgar en la boca y tirando de la oreja, Sarai niega la cabeza.

Caleb me mira fijamente y agarra un mechón de su pelo, frotándolo entre sus dedos. “Soy tu papá”.

Retrocedo varios pasos, poniendo más distancia entre ellos.

“Papá”, susurra Sarai, con los ojos azul-violeta fijos en el azul-violeta.

“Señora Foster, ¿podría llevar a Sarai al auto?” pregunto



bruscamente, observando con temor la interacción entre padre e hija. Sarai es brillante y curiosa y tiene la memoria de un elefante.

“¿Estás segura, Iris?” pregunta la señora Foster.

Le paso a Sarai y fabrico una sonrisa. “Estaré bien”, le aseguro. “Caleb y yo tenemos que hablar”.

“Pero Iris, quizá deberías esperar a...”.

“No, ahora está bien”. Señalo con la cabeza el todoterreno negro que está a unos metros. “Iré dentro de un rato”.

Reparte una mirada de preocupación entre Caleb y yo, pero se gira con Sarai y se dirige al auto.

“Por fin solos”. Caleb me toca el pelo, pasándolo por sus dedos. “Prefiero tu pelo liso, pero estás preciosa”.

Me alejo, recogiendo mi pelo con una mano y colocándolo detrás de mi espalda y fuera de su alcance. “¿Qué quieres, Caleb?”

Su sonrisa, sus ojos... todo en él es lascivo mientras me estudia, mi cara, mis pechos, deteniéndose en la unión de mis muslos y bajando por mis piernas.

“Quiero lo que es mío”. Se inclina hacia delante para susurrarme al oído: “¿De verdad crees que puedes dejarme, Iris, y no volver nunca más? ¿Crees que puedes quitarme a mi hija y no pagar por ello?”

Los finos pelos de mi cuerpo se levantan. Mi corazón late y mis músculos se tensan. Mi cuerpo se levanta, preparado para todo.

En un instante, su mano me encadena la muñeca, agarrándola hasta el punto del dolor. “¿Cómo te atreves a follártelo?”, sisea. “¿Y exhibirlo delante de mí en mi cancha? ¿Dejar que él vea crecer a mi hija cuando yo no puedo?”.

Su lengua sale y me lame detrás de la oreja, y la saliva se congela y se seca en mi piel, repugnándome.

“Ojalá pudiera follarte ahora mismo delante de todo el mundo”. Se ríe. “¿No le gustaría a August ver cómo lo hacemos?” Se acerca tanto que su polla me pincha el vientre. “Sólo tú me haces esto, Iris”. Traga, la dureza de sus ojos se desvanece en esa desesperación

enfermiza que cubre con arrogancia. “Vuelve a casa. Te extraño. Esta vez seré mejor. Te lo prometo. Yo...”

Su respiración se detiene en su pecho. Mira hacia abajo entre nosotros, donde el cuchillo enjoyado de MiMi brilla en la penumbra del estacionamiento. La malvada punta está pegada a la polla de Caleb.

*Una mujer en este mundo tiene que mantener su ingenio y sus armas a mano.*

“Nunca me diste muchas satisfacciones”. Sonríe con serenidad. “Así que no me sirve esta polla. Si la tienes, te sugiero que me sueltes ahora mismo, o te la cortaré y te dejaré desangrándote como el animal enfermo que eres”.

“Iris, vamos a ser...” Se detiene cuando la aprieta más dentro de él. “Joder, nena.”

“No soy tu nena. No soy tu chica. Ni siquiera soy la mamá de tu bebé porque, en lo que a mí respecta, Sarai no es tuya”. Miro hacia abajo, hacia mi muñeca aún esposada por su enorme mano. “Suéltame, Caleb, o te quito una de esas bolas peludas”.

Su mano se retira, pero sus ojos me asaltan.

“Solía estar resentida contigo por obligarme a hacer todas esas cosas a punta de pistola”, digo. “Pero ahora me doy cuenta de que así es como se juega cuando sabes que alguien no te quiere, y tú siempre lo supiste, ¿verdad, Caleb? Sabías que no te quería antes de que yo misma lo supiera. Por eso te aferraste tanto”.

“Uno de estos días, Iris...” Su sonrisa es poseída, loca, y me hace temblar.

Pongo más distancia entre nosotros y vuelvo a meter discretamente la navaja en mi bolso.

“Más vale que sea pronto porque, según Lo”, digo, soplando sobre la palma de mi mano como lo hizo aquel día, “tus días están contados”.

Lo más parecido al miedo que he visto nunca entra en sus ojos. Si

no lo sabía antes, lo sé ahora. Definitivamente, Lo es más ruda que yo. Le pongo un cuchillo en la polla a Caleb y apenas parece nervioso. Le recuerdo las palabras de Lotus y se asusta.

“Iris, ¿estás lista?”

Viene de detrás de nosotros. August se acerca, vestido de forma similar a Caleb con un jersey oscuro y pantalones. Ahí acaban las similitudes. Caleb es brillante como el oro de dieciocho quilates, pero deslucido y falso. August es oscuro, se eleva sobre mí como un muro que me da cobijo. Se coloca a mi lado y me coge la mano. Sin apartar los ojos de la cara de Caleb, se inclina para dejar caer un beso en mi pelo.

“¿Necesitas algo, Caleb?”, pregunta sin ton ni son.

“No tienes ni idea”, responde Caleb, con los ojos fríos y brillantes, centrados en mí.

“Voy a decir esto una vez”. August no suelta mi mano, sino que se mete en el espacio de Caleb hasta que sus zapatos prácticamente se tocan. “Iris y Sarai están bajo mi protección, y si las molestas, me estarás molestando a mí”.

Las palabras se asientan entre los tres.

“Y haré algo más que romperte la pierna, Caleb”, dice suavemente. “No puedes verlas a menos que Iris lo diga”.

“Estás tan envuelto en su dedo meñique”. Caleb se ríe cruelmente. “Te tiene azotado el coño”.

“Lo hace”, responde August agradablemente, permitiendo una sonrisa. “¿Celoso?”

La sonrisa de Caleb cae. “Sólo recuerda que yo tuve ese coño primero”.

“Entonces sabes que soy un hombre afortunado por tener a Iris para el resto de mi vida”. August se ríe. “Este es un caso en el que prefiero ser el último que el primero. Tuviste tu oportunidad. La has fastidiado. Soy lo que llaman en el baloncesto... un cerrador. Un rematador”.

La falsa facilidad se evapora, y la cara de August se congela. “Esta es la única advertencia que tienes, Caleb. La próxima vez que te encuentre tratando de intimidar a mi chica, no jugarás a la pelota durante mucho tiempo”. Inclina la cabeza, sus ojos entrecerrados atraviesan el aire cargado de tensión. “Y no me molestaré en disfrazarlo de juego sucio”.

Se miran fijamente el uno al otro durante largos segundos estirados y diluidos por su mutua malicia. Sé lo inteligente e insidioso que es Caleb. Incluso ver a August cerca de él durante unos minutos me pone nerviosa. Caleb arrastra un miasma de maldad, y yo me ahogo en él. Quiero que todos los que me importan estén lo más lejos posible de él.

“August”. Tiro de su mano. “Nene, vámonos”.

Los ojos de Caleb se dirigen a mí. No era mi intención provocarlo al usar el apelativo, pero no me importa que sepa que lo que le oculté, se lo doy libremente a August. Finalmente mete las manos en los bolsillos y se aleja, silbando.

Expulso una respiración contenida tanto tiempo que me mareo. Mientras me enfrentaba a Caleb, mi valentía era máxima y mi cuchillo estaba desenvainado, pero cuando él se ha ido, me tiemblan las rodillas y me inclino sin fuerzas hacia August. Me frota los brazos, enlazando nuestros dedos con una mano y ahuecando mi cara con la otra.

“¿Qué ha sido eso?”, pregunta, con el ceño fruncido. “Estás temblando. Iris, ¿qué demonios está pasando?”.

Algún día tendré que decírselo. Esperaba no tener que hacerlo nunca y poder utilizar el acuerdo de confidencialidad como excusa. En realidad, lo que no quiero compartir con él es la vergüenza, el bochorno y el horror. No quiero que sepa que esas cosas me sucedieron y que la mujer que ama es una mercancía tan dañada. Tendré que jurarle que guardará el secreto y él tendrá que prometerme que no irá tras Caleb, cosa que no sé si será capaz de hacer. Mis pensamientos se arremolinan y se enredan.

“Te lo contaré todo pronto, ¿vale?”. Apoyo mi frente contra su pecho. “Sólo que hoy no. ¿Podemos ir a casa de tu madre y disfrutar de la cena de Acción de Gracias?” Levanto la cabeza y esbozo una sonrisa. “¿Y celebrar tu victoria? ¿Podemos hacerlo?”

Su expresión no cambia ni se suaviza cuando me mofa de él, pero finalmente exhala un suspiro de cansancio, pasándose las manos por el pelo. “¿Me lo contarás todo pronto?”, pregunta. “Porque voy a perder la cabeza si vuelvo a aparecer así contigo. ¿Qué carajo? Se está arrastrando con fuerza, y...”

“Sí. Te lo diré pronto, pero aún no”. Cierro los ojos y aprieto los labios contra las lágrimas, la emoción que si deshago no podré parar. “Lo prometo”.

Se inclina hasta que nuestros labios están a la altura y toma los míos entre los suyos, y el día, el escrutinio, el miedo, la ansiedad... todo queda eclipsado por esto. Por sus labios, dulces y urgentes y hambrientos sobre los míos. Por su devoción.

“Sólo necesito...” Dejo que las palabras se posen en sus labios. ¿Tiempo? ¿Espacio? ¿Gracia? ¿Comprensión? ¿Paciencia? “A ti”, respiro en nuestro beso, inclinando mi boca para tomar más de él, para tomar todo lo que mis labios puedan contener. “Sólo te necesito”.

“Me tienes a mí”. Se endereza y mira hacia el auto donde su madre nos mira por la ventana. “Vaya, mi madre nos está viendo besarnos”.

“Me da mucha vergüenza”, gimo entre las manos. Tampoco sé cuánto de la interacción pudo ver con Caleb, pero después de nuestra conversación en las gradas, creo que eso me importa menos.

“Probablemente sospechó que nos enrollamos cuando le dije que nos alojábamos en un hotel esta noche”.

“¿Que íbamos a qué?” Había asumido que nos quedaríamos en casa de su madre.

“Lotus se va a quedar con Sarai”, dijo. “Y tú y yo vamos a pasar toda la noche juntos”.

La madre que hay en mí inmediatamente quiere protestar. Nadie

más debería cuidar a mi hija. Yo debería poder hacerlo, pero August ha tenido que irse antes de que saliera el sol cada vez que estábamos juntos.

Voy a darme esto a mí misma. Darnos esto a nosotros.

Apoyo mi cabeza en su hombro mientras nos acercamos al auto y a la sonrisa cómplice de su madre. “Eso suena maravilloso, cariño”.

# Capítulo 48

## IRIS

¿En qué estaba pensando?

Mi reflejo en el espejo se burla de mí. August y yo tenemos una noche a solas en un hotel de mil estrellas. Una noche en la que él no tiene que salir. En lugar de lencería para tentarlo, me pongo una camiseta de baloncesto. Quiero decir, es su camiseta, pero aun así. No es tan sexy en mí como en él.

Me despeino alrededor de los hombros y sobre los brazos, y cruzo un pie sobre el otro como hace Sarai cuando tiene que orinar.

“Bueno, toda tu mierda está en la otra habitación”, le digo a la chica del espejo. “Así que tienes que salir ahí en algún momento”.

Necesito esto. El partido de hoy fue estresante. Ver a Caleb fue una pesadilla. La cena con la familia de August fue genial, pero la anticipación de esta noche me sobrevino todo el tiempo. El prelude de los toques encubiertos bajo la mesa, los besos robados en el pasillo, las miradas largas cargadas de promesas... me han puesto los nervios a flor de piel y me tienen en vilo. El partido de los Stingers fue el final de un viaje por carretera, así que August no ha estado en casa, y no hemos estado juntos en días.

Lo es la única persona a la que le confío a Sarai la noche, y con ellas a salvo en el pasillo, puedo relajarme por completo.

Cuando entro en el dormitorio, ni siquiera me fijo en el mobiliario blanco y dorado, la alfombra de pelo grueso, la impresionante vista de la ciudad. Lo único que me llama la atención de la enorme cama es el hombre sentado a sus pies.

August se ha duchado poco antes que yo y no se ha molestado en

vestirse. Siempre es un lujo para los sentidos. ¿August desnudo, con los músculos del abdomen amontonados, la piel perlada de humedad y el pelo convertido en un caos de rizos desordenados? Es una cuestión de irresistibilidad.

Me dedico a conocer las estadísticas deportivas, así que sé la envergadura de August, pero eso no es lo mismo que ver sus hombros estirados, un horizonte de músculos y huesos y carne bronceada. Conozco su vertical, lo alto que puede saltar de pie, pero es un número plano. No te dice nada sobre las piernas de un hombre que mide quince centímetros más que el metro ochenta, largas y delgadas, con flancos y muslos cincelados, o las pantorrillas talladas en arcilla, endurecidas y bruñidas al sol. Es un lanzador. Es uno de los mejores que ha visto la liga y mortal desde detrás del arco. Pero conozco esos brazos, tallados y esculpidos, como un refugio, y esas “asas”, sus manos, el lugar seguro donde dejo mi corazón.

Sus ojos se ensanchan en mí, un escaneo acalorado de mi cuerpo. “Maldita sea, Iris”.

Me acerco a él y me empuja para que me coloque entre sus piernas. Su verga, dura, rígida y caliente, me roza la piel. Los dedos de mis pies se enroscan en la alfombra y mis dedos se enroscan en la seda oscura de su pelo. Me toca los hombros y me acaricia los brazos. Hay reverencia en las manos que trazan la forma de mis caderas a través de su jersey.

“Debería haberme puesto algo sexy”, digo apresuradamente. “Como un picardías o...”

“Ya basta”. Su risa sale, una brizna de humo. “Verte usar mi número es como un sueño húmedo envuelto en una paja”.

Delinea su número, el treinta y tres, estampado sobre mi pecho con un dedo. Cuando me pellizca y me hace rodar los pezones, el cartílago de mis rodillas se vuelve viscoso. Me agarro a sus hombros, suaves y aterciopelados, para mantenerme en pie. Sus manos se pasean por mis piernas, deslizándose por debajo del dobladillo del camisón para acariciar mis nalgas desnudas, apretando hasta que sus dedos se encuentran en la raja de mi culo. Con sus ojos clavados en los



míos, separa mis mejillas y pasa un grueso dedo por esa cresta secreta y sensible. Como si hubiera tirado de una palanca, la humedad se escapa de mi cuerpo, humedeciendo mis muslos.

Sigilosamente, una mano se desliza entre mis piernas, y durante unos instantes se limita a acariciar mis labios. Mi respiración se vuelve entrecortada. Soy una chica gimiente y desvergonzada que abre las piernas, suplicándole en silencio que me toque ahí. Que me abra, que me invada y que sea dueño de este coño.

August se burla de mí hasta que sus dedos se empapan con la ofrenda húmeda y suplicante de mi cuerpo, con la súplica goteando por mis muslos. Mis uñas se hunden en su carne, exigiendo más.

No aparta la mirada y yo tampoco, cuando su boca, vaporosa e insistente, posee un pecho a través del jersey. Finalmente me separa y me toca el clítoris.

“Oh”. Me inclino contra él, débil y jadeante, apoyando mi frente en la suya. “August”.

Su pulgar me acaricia, repitiendo la caricia y robando más aliento con cada pasada. Tira de una pierna a cada lado para enmarcar sus musculosos muslos hasta que estoy extendida sobre él, el aire fresco susurrando sobre el húmedo y caliente pliegue de mí.

“Quiero follarte con mi camiseta, usando mi número”. Me acaricia el cuello con la lengua. “Móntame, Iris”.

Sólo con esas palabras dichas de esa manera, me quedo congelada en el momento. Preservada en un bloque de hielo. Por un segundo, mi cuerpo se apaga. Se enfría. Se detiene. Esas palabras me persiguen.

Otro hombre me ordenó que lo montara. Me dijo que le hiciera creer que lo deseaba, pero no pude. No lo hice. Su crueldad me robó la pasión y me dejó fría.

“¿Iris?” El ceño de August, la preocupación en su cara, en su voz, me recuerdan dónde estoy. “Cariño, ¿estás bien?”

Parpadeo hacia abajo, tragándome las lágrimas, devorando mis recuerdos y digiriendo una pesadilla de hace mucho tiempo.

“Bésame”, susurra, sus ojos muy tiernos, muy atentos.

Recuerdo una noche mágica bajo las estrellas, bajo una farola en la víspera de la grandeza. Una noche llena de risas y confidencias, cargada de promesas. Y lo veo muy claramente, mi príncipe, pidiéndome un beso.

Y lo hago.

Lo beso como si el mundo pudiera acabarse esta noche, porque nunca daré esto por sentado. No su bondad, cuando he conocido la crueldad demasiado bien. No su ternura, cuando he sido tratada con rudeza en el pasado. No su amor, cuando he sido poseída, tenida y maltratada.

Me descongela con su beso, mi príncipe, y me derrito en él. Estamos pecho con pecho, con el número de August aplastado entre nosotros. Tomo su verga en mi mano, alineando nuestros cuerpos, y dos se convierten en uno en un deslizamiento carnal de carne. Me sujeto con los codos enganchados a su cuello y nos besamos hasta que me mareo y nuestras respiraciones se enredan en una nube de felicidad. Bajo la camiseta, la palma de su mano se extiende por mi espalda, clavándose en la carne desnuda mientras nuestras caderas se cierran, ruedan y se mueven. Mi cuerpo se aprieta en torno a él, y rezamos, maldecimos, gemimos, nos acoplamos como si nuestros cuerpos estuvieran hechos para este momento.

El nuestro es un amor que reimagina, que descorre el cielo en pleno mediodía en busca de las estrellas, recogéndolas como conchas en un cubo. Nos bañamos en polvo de estrellas, bebemos de la Vía Láctea y bailamos sobre la luna. Atravesamos el firmamento, miramos al infinito y pisamos el tiempo y el espacio. No hay un antes. No hay un después. El ahora da a luz al siempre. Este momento puede morir, pero este amor nunca lo hará. El tiempo no es una línea. Es un círculo, y nosotros, August e Iris, estamos en el centro.

“¿Has visto *Sliding Doors*?” pregunto, apretando mi espalda contra la pared rígida del torso de August.

Está oscuro y sólo han pasado unos minutos de un orgasmo que

ha dejado mi cerebro como un viejo disquete arrasado.

“¿La película?” Sus manos se mueven en mi pelo.

“Sí, *Sliding Doors*”.

“¿Kate Winslet?”

“No, Gwyneth Paltrow”.

“¿Es la película en la que su suegra intenta matarla?”

“No, esa es *Hush*”.

“¿Por qué sabes tanto de Gwyneth Paltrow?”, se burla, pellizcando mis costados y haciéndome chillar. “Es raro”.

“No es R... vale. Así que en *Sliding Doors*, esta dama...”

“Gwyneth Paltrow”.

“Oh, Dios mío. Sí”, asiento, riendo en la almohada sobre la que descansan nuestras cabezas. “Gwyneth Paltrow”.

“Sólo estoy aclarando”.

“Así que se le cae este pendiente en el elevador”.

“¿Un qué? ¿Un elevador?”

“Es Londres. Elevador. Ascensor. Lo mismo.”

“Así que se le cae un pendiente en el elevador”.

Oigo su sonrisa en la oscuridad y espero un tiempo para que mi silencio le avise.

“Vale, vale”. Se ríe en mi pelo. “Voy a parar”.

Le doy un codazo en el estómago. Él hace un “omph” y yo continúo.

“Bueno, a ella se le cae el pendiente y la historia se ramifica en estos dos escenarios diferentes”. Mi buen humor se disuelve como el azúcar en el vinagre. “Con estos dos hombres diferentes”.

August tampoco se ríe, pero encuentra mi mano y enlaza nuestros dedos bajo el peso excesivo del edredón. Espera mis siguientes palabras.

“Solía pensar en la noche en que nos conocimos todo el tiempo”. Me muerdo el labio y parpadeo para contener las lágrimas inesperadas. “Quisiste besarme a la salida del bar”.

“Y me dijiste que tenías novio”. Su voz también se ha vuelto sobria.

“Cuando estuve...”

*Golpeada. Magullada. Amenazada. Violada.*

“.. infeliz, me imagino que te besé esa noche”. Aprieto los ojos, deseando poder borrar los años perdidos entre entonces y ahora. “Imagino que te elegí a ti, y que esa elección lo cambió todo”.

Se queda callado. No le contaré todo. No le diré mucho, pero será la verdad.

“Fue como si hubiera un universo paralelo en el que tomé la decisión correcta y fuimos felices”. Me cuesta soltar las palabras que reconocen mi error. “Pero siempre me despertaba, y tú no estabas allí. Estaba Caleb”.

“En este universo alternativo”, dice suavemente, acariciando la telaraña entre mis dedos, “¿era Sarai mía?”.

Dudo, no estoy segura de lo que quiere que diga, así que de nuevo elijo la verdad. Asiento con la cabeza. Él deja caer su cabeza sobre mi nuca y deja un largo aliento allí.

“Entonces estábamos juntos, porque eso era lo que me hacía seguir adelante cuando estabas con él”. Me hace rodar sobre mi espalda, presionando su antebrazo junto a mi cabeza contra la almohada. “No es que ya haya sucedido, sino que aún podría hacerlo”. Me aparta el pelo de la cara, mirándome en la oscuridad como si fuera la luz del día y pudiera verme claramente. “Ha sucedido, Iris”. Se lleva las manos entrelazadas a los labios. “Eso no es un universo alternativo. Es nuestra vida, cariño”.

Casi no quiero sonreír, como si mi felicidad pudiera romper esta ilusión y me despertara acurrucada en el borde de la cama, mirando el cañón de la pistola de Caleb. Pero no lo haré. Mañana me despertaré en los brazos de August, y mi pasado, mis recuerdos, Caleb... no

pueden robarme eso.

“¿Puedo decirte algo?” La voz de August me ancla en este sueño, lo prolonga un poco más.

“Por supuesto”.

“Quiero despertarme así todas las mañanas”, dice, la esperanza elevando sus palabras. “Y quiero que nuestros hijos atraviesen la puerta y salten a la cama a nuestro lado”.

Las lágrimas se juntan en las esquinas de mis ojos y en silencio me manchan las mejillas. Hubo una vez una chica lo suficientemente valiente como para querer esas cosas, pero fue aplastada y convertida en polvo. No sé si podría volver a encontrarla aunque lo intentara.

“Y yo haré panqueques”, continúa, su entusiasmo crece. “Y puedo enseñarles a lanzar, o no. No tienen que jugar baloncesto. No me importa. Sólo quiero que sean nuestros. Tuyos y míos”.

Acaricia con su pulgar ese dedo de mi mano izquierda, que alguna vez tuvo un anillo de protección y alguna vez tuvo un anillo de esclavitud. Las lágrimas no cesan porque no estoy preparada para poner un anillo en ese dedo. Por mucho que ame a August, es un paso, un riesgo que no estoy dispuesta a dar. Ni siquiera por él. Todavía no.

Me preparo para la pregunta, intentando averiguar cómo decirle al hombre que amo que no.

“Si te lo pidiera esta noche, Iris, ¿dirías que sí?”

Él ya lo sabe. Oigo la resignación, la decepción en su voz, y me gustaría poder sorprenderlo. Todavía no puedo.

Pero lo haré.

He vivido en el infierno, y mi camino de vuelta es un viaje. Sobreviví a una pesadilla, escapé de un monstruo y hoy me enfrenté a él. Puede que no sea capaz de decirle a August que sí esta noche, pero un día lo haré.

“Lo siento, August”. Sacudo la cabeza con impotencia y me rozo las lágrimas. “No puedo decir que sí todavía”.

“Lo sé, nena”. Aprieta su brazo alrededor de mi cintura y mete su barbilla en la curva de mi cuello. “Por eso no te lo pido”.

## Capítulo 49

AUGUST

“Buen juego, Novato”, dice Kenan cuando bajamos del autobús.

“Tú también”. Le sonrío, bajando mi mochila al suelo mientras hablamos. “Últimamente hemos montado una pequeña racha de victorias aquí”.

“Un poco”. El rostro severo de Kenan esboza una sonrisa. “El año que viene seremos un equipo de más quinientos”.

“¿Tú crees?” Él y yo nos dirigimos hacia la entrada del hotel.

“Si Deck y el front office juegan bien sus cartas en el reclutamiento este verano y nos consiguen algunas piezas clave más, diablos, sí. Lo estamos haciendo bien para ser un equipo de expansión”.

“Sí, estamos comenzando a consolidarnos. Esta noche ha sido genial”. Hago una mueca. “Menos la nieve. El último lugar donde quiero estar es varado en Denver una noche más por el clima”.

“¿Llamaste a Iris para avisarle?”

“Estoy a punto de hacerlo. Una vez que nos instalemos en la habitación, lo haré”.

“¿Cómo está su prima?”

Me detengo en el vestíbulo del hotel y lo miro fijamente. “¿Quieres que Iris hable bien de ti con Lo o algo así?”

“¿Qué?” Me mira como si tuviera dos cabezas y una nariz de más. “¿Por qué piensas eso?”

“Obviamente porque sigues preguntando por ella”.

“¿Ha... preguntado alguna vez por mí?”

Nunca he visto a Kenan “Gladiador “ Ross tentativo, pero la expresión de su cara es probablemente lo más cercano que puede llegar a ser.

“Nunca”, respondo sin vacilar, mis labios se estiran en una sonrisa.

Kenan pone los ojos en blanco y me saluda con el dedo corazón.

“August, hola”. Decker se acerca a nosotros desde la recepción, con un expediente en la mano. “¿Podemos hablar un momento?”

“Claro”. Le doy un puñetazo a Kenan antes de que se dirija al ascensor. “¿Qué pasa, Deck?”

“Ven a sentarte”. Me señala un rincón al lado de los ascensores.

Es tarde y no tengo ni idea de qué va esto, pero espero que lo haga rápido. Quiero llamar a Iris en cuanto terminemos, ya que me espera esta noche.

“Um, acabo de colgar el teléfono con Avery”, dice, observándome atentamente.

“Genial”. Ahora sí que no sé a dónde va esto. “¿Cómo está ella?”

“Bien”. Decker vacila y luego continúa. “¿Cuánto sabes de la relación de Iris con Caleb?”

Como era de esperar, mis nervios se levantan. Los pelos de punta de mis pelos se levantan.

“Sé que se ha acabado”. Incluso yo oigo la tensión en mi voz.

“Tranquilízate, West”. Los labios de Deck se tensan en torno a las palabras. “Sólo estoy tratando de averiguar si sabes...” Un suspiro agita sus hombros fuertemente musculados.

“¿Saber qué, Deck?” Pregunto con impaciencia. “Amigo, escúpelo”.

“Hubo un archivo entregado anónimamente a Avery hoy en la estación”, dice Deck, las palabras arrastrándose sobre sus labios.

“De acuerdo. ¿Qué tipo de archivo?”



“Este”. Lo desliza por la mesa hacia mí, pero coloca su mano encima para que no pueda abrirlo. “Es un archivo de fotos. Fotos de Iris”.

Mi mano se cierra en un puño sobre mi pierna. “¿Mi Iris?”

“Sí”. La simpatía llena sus ojos. “Tu Iris”.

“Como... ¿fotos desnudas?” Intento mantener mi cerebro contenido en mi cráneo. “Dame el archivo, Deck”.

“Desnuda no”. Mantiene la mano sobre el archivo y exhala un suspiro prolongado. “Fotos de ella muy golpeada. Y algunos registros médicos que detallan... un patrón de abuso”.

“¿Abuso?” La palabra, fea y dura, no debería estar en la misma frase que su nombre. “¿Como cuando era joven? Como cuando alguien la tocó o...”

“No, no cuando era joven. Es más bien reciente”. Su mirada ofrece simpatía. “¿No lo sabías?”

Decker y yo nos miramos fijamente. Sé lo que hay en ese archivo. Tal vez lo he sabido todo el tiempo y no quería aceptar que podía haberle pasado a ella. Demasiadas cosas que no cuadraban de repente se colocan en columnas perfectamente rectas e igualan una suma espantosa.

“¿Caleb?” El nombre se estrangula en mi garganta. “¿Estás diciendo que Caleb la lastimó? ¿Qué le puso las manos encima?” Apuñalo el archivo sobre la mesa con el dedo índice, la rabia me recorre el cuerpo. “¿Es eso lo que hay aquí?” Lo digo en voz alta. “¿Ese hijo de puta le hizo daño a mi chica?”

“Sí”. Levanta la mano del archivo. “Antes de que mires esto, considera algo. Iris probablemente tenía sus razones para no decírtelo”.

“Ella dijo que firmó un acuerdo de confidencialidad. Esa era la única forma en que podía garantizar la custodia exclusiva de Sarai”.

“Sí, eso tiene sentido”. Respira profundamente y lo expulsa. “Teniendo en cuenta lo que contiene, probablemente no quería que

saliera a la luz de todos modos. Necesito decirte algo más”.

“¿Qué más?” Me pongo de pie y camino en círculos cerrados, llevándome las manos al pelo. “¿Qué es, Deck?”

“August, él... la violó brutalmente”.

*Dios, no.*

Me detengo, inmóvil, girando sólo la cabeza en cuidadosos centímetros para asegurarme de que le he oído bien.

“¿Él... la violó?” Mi voz no pasa de un susurro. “¿Caleb?”

Sinceramente, no recuerdo la última vez que lloré, que lloré de verdad, pero las lágrimas me queman los ojos y me nublan la vista. Siento el pecho cóncavo, como si se derrumbara sobre sí mismo y me aplastara el corazón. Mis manos tiemblan cuando las enlazo detrás de mi cuello. Me aferro -a mi cordura, a mi compostura- pero todo se me escapa de las manos.

“¡Joder!” Lo grito tan fuerte que las conversaciones en el vestíbulo se detienen y todas las miradas se vuelven hacia mí. No me importa. Estoy en espiral, pensando en ese hijo de puta violando a Iris. En él abusando de ella. Golpeándola. Doy una patada a la mesa y ésta gira unos metros hacia el camino de una pareja que se dirige a los ascensores. Me vuelvo hacia la pared y le doy un puñetazo, abollando el papel pintado del vestíbulo. Me abolla la mano. Mis nudillos se hinchan y enrojecen inmediatamente.

“August, para”. Deck me agarra del brazo, con el ceño fruncido. “No tenemos tiempo para rabietas”.

“¿Rabietas?” Grazno, con la voz como papel de lija. “Si alguien violara a Avery, si alguien la golpeara, ¿qué harías?”.

Se queda callado, con un destello de violencia en los ojos. “Querría matarlos”.

“Bien. Entonces déjame ir a buscar a Caleb”.

“Pero espero tener al menos un amigo que me detenga”, dice. “Mira, Caleb va a recibir lo suyo. Ese archivo no sólo fue a la estación de Avery. Fue a todas las estaciones importantes”.

“Mierda”. Me paso las manos por la cara. “Esto será un circo mediático”.

“Sí. Puede que quieras ordenar todos tus sentimientos más tarde y preocuparte por Iris ahora mismo. Creo que Avery fue una de las primeras en conseguirlo, pero habrá reporteros y cámaras de televisión en la puerta de Iris muy pronto, si no lo ha hecho ya.”

“No puedo...” Saco mi teléfono para comprobar la hora. “¿Cuánto tiempo crees que tenemos?”

“Es tarde en la costa este”, dice. “Eso ayuda, pero es posible que queramos sacarla de allí y conseguir algo de relaciones públicas en esto. Puedes creer que Donald Bradley ya tiene un abogado y su máquina de publicidad está trabajando duro”.

“Que se joda”, escupí. “¿Cuáles son las probabilidades de que no sepa ya esto? Caleb no mea sin que él lo firme”.

“Ya tengo a nuestro equipo de relaciones públicas trabajando en ello”. Deck mira su teléfono cuando suena una alerta de correo electrónico. “De hecho, esto es de ellos. Envié el archivo tan pronto como Avery me lo dijo para que lo examinaran y pensarán en una declaración, ya que el público sabe de ustedes ahora”.

Si hubiera ido a Houston, tendría cuarenta y cinco millones de dólares, y tal vez incluso estaría en camino a un anillo, pero no tendría a Deck, alguien que es realmente un amigo y que cuida de mí.

“Gracias, Deck. Yo...” La emoción me obstruye la garganta. “Yo sólo... ¿Iris? Dios, es la cosa más dulce del mundo. Y es... es tan pequeña. ¿Cómo pudo...?”

Deck me pasa el codo por el cuello y me acerca.

“Oye”, dice bruscamente, apartándose y poniendo sus manos sobre mis hombros. “Vamos a trabajar en todo eso. Te prometo que tendrá lo suyo, August”.

“¿Estás seguro de eso, Deck?” Pregunto con amargura. “¿Consiguió lo suyo cuando me rompió la pierna? No, su papá y los poderosos lo protegieron. Y tú y yo sabemos cómo es, cómo hay un conjunto diferente de reglas para los atletas. Cómo cerramos filas y

protegemos a los nuestros. Las consecuencias nunca están garantizadas. No lo voy a tener esta vez. Te digo que si se sale de esto, lo mataré yo mismo”.

“Baja la voz”, dice Decker entre dientes apretados. “No puedes ser un impulsivo. ¿Me oyes? Tienes un futuro brillante que la mayoría de los chicos darían cualquier cosa por tener. Y tienes una chica que la mayoría de los chicos darían cualquier cosa por tener. ¿Sentarte tras las rejas haría que esto desapareciera? ¿Alejaría lo que le pasó a ella? ¿La ayudaría a criar a su hija?”

Me callo porque conozco las respuestas correctas y no puedo obligarme a decirlas. Mi rabia necesita una salida, y no conozco a nadie que se lo merezca más que Caleb.

*Necesito a mi padre.*

El pensamiento sale de la nada y ni siquiera tiene sentido. Quién sabe siquiera si tendría las palabras adecuadas para decirlo. A pesar de tener tan poco tiempo con él, siempre me viene a la mente en los problemas o en los triunfos. Me llama la atención lo importante que es un padre, y Caleb, ese lamentable y degenerado imbécil, es el de Sarai.

No puede tener ninguna parte de ella. No puede estar en su vida. No puede tocarla.

“De acuerdo.” Asiento a Deck para hacerle saber que mi cabeza está en el juego. “Lo tengo. Habla con el equipo. Yo llamaré a Iris. Necesito sacarla de ahí”.

“El auto está en camino”, dice Deck.

“¿Qué?” Hago una doble toma. “¿Qué auto?”

“Ya hay un auto en camino a su casa listo para llevarla al aeropuerto. El avión del equipo la llevará a ella y a Sarai donde tú digas”.

Mis hombros se desploman con gratitud y una pequeña medida de alivio. No tengo a mi padre, pero tengo a Deck.

“Gracias”, le digo. “Dios, gracias, Deck, pero redirige el auto. Ella y Sarai están en mi casa. Ella estaba preparando la cena para nosotros

allí”.

Hago una pausa, temiendo la llamada que tengo que hacer.

“Ella ha sido tan feliz, Deck”, digo. “Hemos sido tan felices, y ahora esta mierda...”

“Esta mierda pasará”. Empieza a dirigirse al ascensor y dice por encima del hombro: “Llama a tu chica para que nos ocupemos de ella”.

*Ocuparse de ella.*

Yo no hice eso. La defraudé. ¿Cómo me perdí esto?

¿La estaba golpeando cuando la vi en el juego All-Star? Sé que no la veía a menudo entonces, pero desde la primera noche que nos conocimos, siempre me sentí muy conectado a ella. ¿Cómo pude no saberlo? ¿Por qué no me lo dijo?

No importa. Ahora lo sé, y ella me necesita más que nunca.

# Capítulo 50

## IRIS

“¿Retraso meteorológico?” Miro la comida en varias etapas de preparación en la cocina de August, un verdadero festín de Luisiana. Etouffe, camarones, frijoles y arroz, y budín de pan. MiMi estaría orgullosa.

“No pasa nada”, le digo a August, con el teléfono apretado entre el hombro y la oreja mientras mido la salsa de whisky para el budín de pan. “La comida se mantendrá. Estará aquí mañana. Estarás en casa mañana, ¿verdad?” Olvida la comida. Sólo lo extraño.

“Me has puesto en plan Lou Rawls”, bromeo, esperando que me devuelva la risa.

Sólo hay silencio al otro lado.

“‘You’re Gonna Miss My Loving’?” Canto una pequeña parte... mal. “¿Te acuerdas?”

“Sí, yo... Me acuerdo”, dice finalmente August, su voz suena como si pasara por un rallador de queso. “Nena, hay algo que tengo que decirte. No tenemos mucho tiempo”.

Inclino la cabeza para sostener bien el teléfono. “¿No tenemos mucho tiempo? ¿Por qué?” Pregunto. “August, suenas raro. ¿Qué está pasando?”

“Decker vino a mí hace unos minutos y me dijo...” Se aclara la garganta. “Me dijo que Avery recibió un archivo en el trabajo hoy”.

“¿Avery, su novia? ¿La presentadora de deportes?”

“Sí. Era un expediente sobre... cariño, era un expediente sobre ti”.

Dejo caer el vaso medidor, y los fragmentos de vidrio ensucian el suelo.

“¿Un expediente?” Mi respiración es entrecortada. La sangre corre por mis venas como si el Mississippi estuviera a punto de desbordarse. “¿Qué tipo de expediente?”

La pregunta es superflua. Ya lo sé. Estoy tan destrozada por dentro como el cristal a mis pies al darme cuenta de que el mundo sabrá lo que me pasó. Lo que me hicieron.

Que August lo sabe.

“Son fotos tuyas”, dice, tragando tan fuerte que lo oigo por el teléfono. Oigo la angustia en su voz antes de que diga las palabras. “Golpeada, Iris. ¿Él te golpeó?”

¿Él me golpeó? No, le gané en su propio juego. Me escapé. Me escapé.

*¡Sobreviví!*

Pero todo el mundo verá una víctima. No a Iris, sino a la Susan de ojos negros de esas fotos con los labios abiertos y la mandíbula hinchada al doble de su tamaño normal. *¿Todo lo que dirán es que él te golpeó? ¿Dejaste que te golpeará? ¿Te quedaste?*

*Débil.*

*Tonta.*

Y no tendrán ni idea de quién soy.

“August, quería decírtelo”. Digo, presionando mi vergüenza. “Firmé un acuerdo de confidencialidad”.

“Sin embargo, podrías habérmelo dicho. Iris, deberías haber...”

“Perdona, pero no necesito que nadie me dé un sermón sobre lo que debería haber hecho”. Lucho contra las lágrimas de dolor y rabia. No contra él. Con Caleb, y con quienquiera que haya filtrado esto, y con el mundo entero. “Mi situación era complicada más allá de lo que puedas imaginar. Si hubiera dejado a Caleb, él habría obtenido la custodia compartida de Sarai, y eso nunca iba a suceder. Moriría para evitar que eso sucediera”.

*Casi lo hice.*

“Hablaemos de eso más tarde”, dice. “No estoy enfadado contigo. Dios, ¿crees que estoy enfadado contigo? ¿Por no decírmelo? No, nena. Estoy enfadado conmigo mismo por no haberlo visto. Por no... Estoy furioso con él por...” Respira con fuerza y continúa con más calma. “Ahora mismo, tenemos que sacarte de ahí. Avery no es la única persona que tiene este expediente. Todas las estaciones de noticias importantes lo tienen”.

Mis rodillas se doblan al ver el alcance de mi humillación. Me agarro al mostrador y me llevo una mano temblorosa a la boca. “¿Qué? Oh, Dios”.

“Un auto está en camino a mi casa”, dice August, y escucho la calma deliberada de su voz tratando de calmarme. “Coge unas cuantas cosas para ti y Sarai, y el auto las llevará al aeropuerto. A donde quieras ir”.

*Musgo español. El río Mississippi fluyendo por mis venas.*

MiMi nos dejó a Lo y a mí su pequeña casa en el pantano. No hemos decidido qué queremos con ella, así que está ahí vacía, esperando.

“Quiero ir a Luisiana”, digo. “No muchos saben de la casa de MiMi, que estoy conectada a ella”.

“De acuerdo. Los Waves tienen un avión que te llevará allí”.

“¿Y tú?” No quiero sonar lamentable, pero lo necesito tanto. No quería volver a depender de un hombre, pero es demasiado tarde. Nuestros corazones son interdependientes, y cuando el mío está dolorido, lo necesita. Lo quiere. *Lo quiero.*

“Voy contigo, por supuesto”. Gruñe por el teléfono. “Dios, ya estaría allí si no fuera por esta maldita nieve en Denver. Tan pronto como pueda conseguir un vuelo fuera de aquí, iré. Sólo mándame un mensaje con la dirección”.

“De acuerdo.” Los latidos de mi corazón se ralentizan un poco.

“Un conductor te llevará al aeropuerto, y un tipo del equipo de



seguridad te acompañará a la casa”.

Mi sangre se congela. “No”, grazno. “No. No quiero eso. No quiero un guardaespaldas, ni seguridad, ni... no. Sólo a ti, August”.

“Iris, de ninguna manera voy a dejar que tú y Sarai se vayan solas al medio de la nada durante esta tormenta de mierda”, suelta.

“Así es. No me vas a *dejar* hacer nada”, le respondo. “Te estoy *diciendo* que no voy a dejar que un extraño se quede conmigo y con mi hija. Fin de la historia”.

“Pero Iris...”

“¿Has leído el expediente?” Pregunto bruscamente.

Nos separan kilómetros y un océano de silencio que flota entre nosotros.

“No”, responde finalmente. “Querías contármelo tú misma, y sé que odias tu historia, que tu vida esté fuera de tu control. Que los demás te juzguen e interpreten. Al menos conmigo, quiero que seas capaz de contar tu historia tú misma. Así es como quiero escucharla”.

*Mi príncipe.*

Él me ve. Me conoce. Me ama, y doy gracias a Dios por una segunda oportunidad.

“Gracias por eso, August”, digo, conteniendo las lágrimas. “El guardaespaldas de Caleb me mantuvo en esa casa. Se aseguró de que nunca pudiera salir. Se mantuvo al margen mientras Caleb me golpeaba y violaba”.

La palabra surge del infierno y sube por mi garganta, ardiente y sulfurosa en mis pulmones.

“Fui... Fui violada por Caleb de forma regular a punta de pistola”. Hago una pausa para escuchar el impropio pronunciado en voz baja desde el otro lado. Todo se repite tan vívidamente que me pica el cuero cabelludo cuando pienso en Caleb tirándome del pelo.

“Iris, Dios”. Consigo contener las lágrimas, pero las oigo en su voz: la agonía por mí. “Cariño, quiero estar contigo ahora mismo”.

“Lo sé. Yo también quiero eso. ¿Esta noche?” Pregunto con esperanza. “¿Crees que llegarás esta noche?”

“Si tengo que conducir un autobús hasta la ciudad más cercana que pueda conseguirme un vuelo, lo haré. Lo prometo”.

“Pero sin guardaespaldas. Por favor”, susurro. “Sé que es una tontería para ti, pero...”

“Nada de guardaespaldas”, acepta, aún a regañadientes. “El conductor las dejará en la casa. Sólo estarán allí unas horas sin mí, y las veré esta noche”.

Apago toda la comida y abandono todo. Conozco esta sensación. Recuerdo a mi familia corriendo, perseguida por una tormenta pendiente. El pánico, la histeria. El terror. Lo siento todo al ir al aeropuerto y volar a Luisiana. Gracias a Dios por Sarai. Ocuparla, calmarla en el avión, alimentarla cuando tiene hambre: el negocio de la maternidad me ayuda a apartar la mente de la tormenta que zumba a mi alrededor, cogiendo fuerzas con cada persona que ve ese archivo. No busco en Google ni navego por la web. No quiero saber qué está pasando. Cuando llegue el momento, hablaré.

Sólo cuando estamos dentro y el conductor vuelve a la carretera principal, me paro a pensar de verdad. Para dejar de usar el piloto automático y procesar las implicaciones de la salida del archivo. ¿Había alguien que quería atrapar a Caleb? No me sorprendería, por supuesto. Seguramente, no soy la única con la que ha sido cruel. August sabía que era un imbécil. Andrew lo sabía. Andrew me ayudó con los informes médicos.

*¿Andrew?*

Caleb tenía algo con Andrew para mantenerlo bajo su control. ¿Esta fue la venganza de Andrew?

*Si es así, muchas gracias, amigo.*

Sarai está bañada y con su camión preferido, una camiseta de los San Diego Waves, y yo llevo una de las camisetas de August que cogí de su casa cuando suena mi teléfono.

“Cuento, Mami”, dice Sarai lastimeramente, sosteniendo su copia

de *Buenas noches, Luna*.

“Mamá va a leer. Espera”. Corro a la cocina donde dejé mi teléfono, asegurándome de comprobar el identificador de llamadas antes de contestar.

“Lo, hola. Gracias por llamar tan rápido”.

“Por supuesto, chica”. La simpatía y la ira se mezclan en su voz. “Ojalá pudiera estar allí. Estoy atrapada aquí en Nueva York hasta el fin de semana. ¿Cómo ha pasado esto?”

“No tengo ni idea. Una copia del archivo fue entregada a Avery Hughes. Ella está saliendo con Mack Decker, uno de los ejecutivos del front-office de los Waves, y lo puso al tanto”.

“¿Estás bien?” La preocupación suaviza el habitual descaro de Lo. “Sabes que no tienes nada de qué avergonzarte”.

“Sí, lo sé”. Mi risa suena hueca. “Pero todo el mundo va a juzgarme de todos modos. Hacer suposiciones. Presumir de saber. Nunca quise que esto saliera a la luz. Era una mera amenaza para mantener a Caleb fuera de nuestras vidas”. Me tumbo en el sofá con estampado de flores de MiMi. “Hombre, este es un sofá feo.”

“¿Qué?” Lo se ríe. “¿El de la sala de estar?”

“Sí. Es como si uno de esos caimanes del pantano hubiera vomitado un jardín”.

“Sí, es malo”, dice ella, y compartimos una risa que muere al mismo tiempo. “Extraño tanto a MiMi”.

“Ella era increíble”. Me froto las comisuras de los ojos, sorprendida por las lágrimas. “Ojalá hubiera tenido más tiempo con ella”.

“Tuviste el tiempo que debías tener. Creo que vamos a donde se supone que debemos ir cuando se supone que debemos ir y que las personas están en nuestras vidas cuando se supone que deben estar.”

“¿Y si nunca debieron estar en tu vida?” Me muerdo el labio. “Ojalá no hubiera conocido a Caleb”.

“Es un imbécil, pero tu experiencia con él te enseñó mucho sobre

ti misma y te hizo más fuerte que a nadie que conozca”.

“Sí, claro”, me burlo, picoteando una flor descolorida en la tapicería.

“Escúchame, Bo”. La voz firme de Lo llama mi atención. “La lucha te hizo más fuerte. Lección aprendida. Sigue adelante y muestra al mundo cómo es una superviviente”.

“Sólo me siento perseguida por mis errores”, susurro, apretando los ojos cerrados. “Y como si todos me vieran débil”.

“¿Débil?” Lo se burla. “Que se jodan. Si no han caminado en tus zapatos, no han tenido que luchar por su vida y por la de su hija, no han tenido que sobrevivir a lo que tú has sobrevivido y han vivido para contarlo, no tienen margen para juzgar.”

“Lo.” No puedo hacer nada más.

“Tienes a Sarai. Tienes a August. Me tienes a mí. Tienes a MiMi”, dice con vehemencia. “Una persona en tu vida era un imbécil, y lo desalojaste tan pronto como pudiste. Estoy orgullosa de ti”.

Las palabras se extienden sobre mí como un bálsamo, y no puedo hablar por la emoción que me ahoga, por lo mucho que significa.

“Supongo que August está perdiendo la cabeza”, dice Lo tras unos segundos de silencio, cambiando de tema.

“Más o menos”. Me paso los dedos por el pelo enmarañado y resoplo. “Se esforzaba mucho por mantener la calma por mi bien, pero ‘perdiendo la cabeza’ estaba todo en su voz”.

“Te ama”.

“Sí, me ama”. Sonrío más ampliamente. “Yo también lo amo”.

“Suenas mucho mejor de lo que pensaba”.

“Me siento mejor”. Me encojo de hombros. “Es como, sí, odio que la gente lo sepa, y no sé lo que esto significará para Caleb: su carrera, los patrocinios y todas esas cosas. Está tan aislado por su dinero y el poder de su padre. No creo que esto por sí solo lo haga caer. Me preocupa más que busque la custodia de Sarai en algún momento”.

Mi teléfono señala una llamada entrante.

“Hola, soy August”, digo apresuradamente. “Ya te llamaré”.

Hago clic y me acomodo de nuevo en el feo sofá. “August, hola”.

“Hola”. Suena cansado. “Estoy en camino.”

“¿Estás en el avión?” Pregunto, mi voz y mi corazón se elevan.

“Mejor aún. El vuelo acaba de aterrizar y estoy en el auto. Según el sistema de navegación, debería llegar en unas dos horas”.

“Gracias, August”. Algo de la opresión en mi pecho se afloja al saber que está llegando.

“Nena, no me des las gracias. No hay ningún otro lugar donde quiera estar”.

“Espera”. Me siento, frunciendo el ceño, cotejando mentalmente fechas e información. “¿No tienes un partido en San Diego mañana por la noche? ¿A qué hora sale tu vuelo de vuelta?”

“No voy a volar de vuelta mañana”. Suelta un suspiro de cansancio. “Le dije a Deck que necesitaba tomarme un día, y estuvo de acuerdo. Me voy a saltar el partido”.

“¿Para estar... para estar aquí conmigo?”

“Te dije que si alguna vez eras mía, te jugaría al cinco”. El sonido de una sonrisa irrumpe en su voz. “Tú eres el centro, Iris”.

No respondo, pero absorbo su promesa hacia mí. Su devoción por mí.

“Y tenemos que hablar”, continúa antes de dudar. “¿Tal vez necesites hablar con alguien pronto? Un consejero o algo así”.

“Tengo un consejero”, respondo en voz baja.

“¿Lo tienes? ¿Cuándo ves a un consejero? ¿Cómo no lo sabía?”

“Me conecté con un servicio de asesoramiento para sobrevivientes en un refugio local para mujeres en San Diego”. Me aclaro la garganta. “Tengo mucho equipaje que ordenar”.

“¿Puedo ir?”, pregunta. “¿Como hablar con ellos y preguntarles cómo debo manejar las cosas? ¿O cómo puedo apoyarte? Es que...”

Quiero matarlo, Iris”.

“Sabía que lo harías y que tendrías que verlo todo el tiempo para juegos, eventos, lo que sea. Por eso yo...”

“¡Mamá!” Sarai grita desde la otra habitación.

“Déjame ir a ver qué busca”.

“Dile que... que Gus la quiere”, dice él, renegando del apodo.

“Ya se le pasará”. Sonrío, porque él lo odia legítimamente. “Tal vez”.

“Jared no lo ha hecho”.

“Lo sé, pero Jared...”

“¡Mamá!” Sarai llama de nuevo.

“Ve. Te están llamando”, dice. “Te amo. Te veré pronto”.

Sarai está sentada en la cama cuando entro en la habitación que solíamos compartir. Tiene los ojos muy abiertos, las pestañas húmedas, los brazos redondeados con sus codos con hoyuelos estirados hacia mí.

Me siento en la cama y me acerco a ella, peinándole el pelo, que ahora le llega a la mitad de la espalda. Está creciendo muy rápido. Apenas recuerdo la época en que me molestaba haberla tenido, en que no la quería. Ahora lo es todo para mí, y quiero que el tiempo se ralentice para poder pasar el mayor tiempo posible con ella.

“¿Qué pasa, princesa?”

“Yo... He visto un monstruo”, susurra, con la voz temblorosa. Está temblando en mis brazos.

Me alejo y estudio su rostro. El miedo real oscurece el azul de sus ojos.

“¿Un mal sueño?” Le beso la frente y le froto la espalda. “¿Quieres contármelo? ¿Cómo era el monstruo?”

Sus ojos se fijan por encima de mi hombro y me mira fijamente sin pestañear durante unos segundos antes de responder: “Papá”.

El pánico me saca el aliento del pecho y, antes de que pueda

preguntar a qué se refiere, un sonido detrás de mí me convierte en hielo.

“Hola, princesa”.

Me doy la vuelta. Caleb se apoya en la jamba de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho.

Nunca lo había visto tan desaliñado. Sus jeans y su camisa están arrugados. Sombras y bolsas le acechan bajo los ojos. Por una vez, el oro está empañado.

Me pongo de pie y coloco mi cuerpo frente a Sarai.

“Caleb”. Suavizo mi voz, amasando los grumos de miedo y ansiedad. “¿Qué estás haciendo aquí?”

Su sonrisa es diabólica, burlándose de mi intento de proteger a nuestra hija. “¿Quieres decir que no me esperabas?”, pregunta, una oscura carcajada recorre su voz.

Tal vez sí. En algún nivel, sabía que sin las restricciones que le impuse, Caleb vendría tras de mí, pero no pensé que me encontraría aquí.

Me demostró que estaba equivocado.

“¿Creías que no sabía siempre dónde estaban mis chicas?”, pregunta, con su voz como una amenaza encubierta. “Te vigilé desde que saliste del hotel hasta que llegaste aquí esa primera noche”.

Se adentra en la habitación, y a cada paso que da más cerca de la cama de Sarai, un tornillo gira en mi columna vertebral hasta que soy un cable tenso a punto de romperse. No quiero hacer movimientos bruscos ni pelear aquí. Si puedo sacarlo de esta habitación...

“Sarai, ¿te acuerdas de mí?” Se acerca a mí para tocar su pelo.

Sarai asiente y dice: “Papá”.

“Así es”, dice Caleb, con cara de satisfacción. “Soy tu papá. ¿Qué te parecería si tú y mamá pudieran venir a vivir conmigo?”.

Mi garganta implosiona, atrapando un grito en su interior. Me clavo las uñas dolorosamente en las palmas de las manos, pero eso es

bueno. El dolor me mantiene aguda y consciente.

“Quiero vivir con Gus”, dice Sarai, clara como el agua.

Cierro los ojos, mi cabeza cae hacia adelante, porque creo que mi hija puede haberme sentenciado a morir.

“¿Gus?” pregunta Caleb, con el ceño fruncido y las cejas doradas. Y entonces sus ojos se fijan en la camiseta de los San Diego Waves que lleva puesta en la cama. “¿Es eso cierto?”

Las palabras son piedras lanzadas a la cama, pero ella no se da cuenta y responde con sinceridad, asintiendo.

“Vamos a hablar en el salón, Caleb”, le insto, obligándome a tocar su brazo y a tirar de él. “Sarai estaba teniendo un mal sueño pero necesita dormir”.

Sus ojos azul violáceo oscuro se sostienen durante largos segundos. Sarai, perversamente, parece más alerta que en todo el día, no parece que sea hora de dormir en absoluto.

Finalmente, Caleb entra en el vestíbulo. Giro la cerradura de la puerta de Sarai y rezo para que no descubra cómo salir. Pase lo que pase en los próximos momentos, no quiero que lo vea. Tengo que saber que está a salvo, o no podré concentrarme completamente en salir de esto con vida.

Mi mente entra en un ciclo de giro, en el que se agitan las posibles armas, las rutas de escape, las distracciones, cualquier cosa que lo retenga hasta que llegue August. Me decido por la redirección, por distraerlo fingiendo que no ha venido a matarme.

“Yo no liberé ese archivo, Caleb”. Le hago un gesto para que se siente en el sofá mientras yo tomo asiento a unos metros de distancia. Enarca una ceja, preguntando si realmente vamos a jugar a este juego, pero se encoge de hombros como si tuviera todo el tiempo del mundo para recordarme lo mucho que le gusta hacerme daño.

“Ya lo sé”. Se sienta de nuevo en el feo sofá, extendiendo sus largos brazos sobre el respaldo. “Andrew lo hizo. Bastardo”.

“¿Qué tenías contra él?”



Parece sorprendido por un momento antes de encogerse de hombros. “Accidentalmente le dio a su novia en la universidad demasiada cantidad de alguna droga con la que estaba experimentando, y ella murió”.

“¿Qué? Oh, Dios mío”.

“Yo lo manejé por él”, dice Caleb. “Pero, por supuesto, me lo debía. El idiota confesó y me delató”.

“Lo siento”. Ensamblo mis rasgos en preocupación. “¿Ha habido mucha reacción?”

Tal vez fue una pregunta equivocada. La adrenalina que me recorre está enturbiando mis pensamientos y tiene mi instinto de lucha o huida a toda marcha. No existe el instinto de “sentarse a charlar banalmente con su depredador”, pero es el camino que tomo porque en una pelea física con Caleb, no tendría ninguna posibilidad.

Huyendo de él, no tendría ninguna oportunidad.

Cuanto más demoro un enfrentamiento físico, más se acerca August.

“¿Reacción?” Ladra una risa como el perro rabioso que es. “Me han echado de los Stingers, he perdido todos mis patrocinios en cuestión de horas, y mi padre básicamente me ha repudiado”.

“¿Tu padre?” Pregunto, sorprendido porque el señor Bradley siempre ha navegado por las aguas turbulentas para Caleb.

“Demasiado condenatorio, supongo”. Caleb sacude la cabeza. “La liga está tomando una línea muy dura en esto, y mi padre no puede ser visto en el lado equivocado. Probablemente, me está convirtiendo en un ejemplo”.

“Lo siento mucho”, miento.

“¿Lo sientes?”, escupe, sentándose de repente hacia delante y reduciendo el espacio que nos separa. “Esto es culpa tuya”.

“No. He cumplido mi parte del trato”.

Mi mente zumba como una máquina, pensando a toda velocidad en un plan para escapar mientras veo cómo se le pone la piel de

gallina, sus ojos se entrecierran y sus puños se abren y se cierran, como si estuviera buscando algo para golpear.

“Así que lo hiciste”, admite. “Pero, desgraciadamente para ti, todos mis... incentivos, digamos, por dejarte ir y dejarte en paz...”. Su hermoso rostro se arruga con una media sonrisa. “Han desaparecido”.

No sé si él se mueve primero o si lo hago yo. No sé si el depredador y la presa están de algún modo vinculados psíquicamente y nos movemos en armonía, pero se convierte en una partida de caza. Él es el sabueso y yo el conejo. Me precipito junto a él hacia la cocina. Unos pasos pesados y rápidos se comen el suelo detrás de mí.

*Si puedo llegar a mi bolso en la encimera.*

Lo tengo a la vista cuando me rodea la cintura por detrás y me levanta del suelo. Mis brazos dan vueltas y me agito, pateando sus piernas, un derviche de miembros que vuelan y luchan. Me lanza al suelo. Derrapo por el linóleo y aterrizo frente al lavabo. Me pongo de rodillas cuando me agarra de un puñado de pelo y me golpea la cabeza contra el mueble.

Hacía mucho tiempo que no sentía este tipo de dolor, pero nunca lo olvidas: el dolor que brota de un solo punto y te infecta todo el cuerpo. La habitación se inclina y la sangre me entra en los ojos.

“Caleb, por favor”. Obligo a mi lengua a moverse. “Puedo explicarlo”.

“¡Explícate!”, grita, poniéndose en cuclillas para que su aliento sople sobre mi cara. “¿Puedes explicar por qué te lo has follado, Iris?”

*Oh, Dios.*

Me limpia la sangre de la cara con ternura, pero luego me agarra la mandíbula con una gran mano hasta que temo que se rompa.

“Y tú le entregaste a mi hija”, sisea.

“No, yo...”

El dorso de su mano hace que mi cabeza gire sobre mi cuello, una flor sobre un frágil tallo. La hinchazón ya ha comenzado. Mi frente y mi mejilla palpitan al ritmo familiar de mi pulso acelerado. Me toca el

muslo, justo debajo de la camiseta de August. Me alejo de su contacto, pero él me arrastra por el tobillo, me inmoviliza rápidamente en el suelo y se planta entre mis muslos. Me coge las muñecas con una gran mano.

“Te he extrañado, Iris”. Me insufla las palabras en el cuello, con su polla presionando a través de mis pantis. Retuerzo mis caderas, tratando de apartarlo.

“No. Caleb”. Mi respiración se agita con un esfuerzo infructuoso. “No lo hagas”.

“¿Es eso lo que le dices a West?”, me grita al oído. “¿Le dices que no a West, Iris?”

“¡Mami!” La voz de Sarai nos llega desde detrás de la puerta cerrada del dormitorio.

“Está bien, cariño”, le devuelvo la llamada, luchando contra las lágrimas que la pondrían más nerviosa. “Estamos jugando a un juego, ¿vale? Mamá volverá pronto”.

“¿Es eso lo que piensas?”, pregunta. “¿Que volveremos a lo de siempre? ¿Después de esto?”

“Si consigues ayuda”, digo en el tono más razonable que puedo manejar con un hombre decidido a tomarme por la fuerza, “puedes verla. Puedes formar parte de su vida. Puedes volver a los Stingers. Tu padre entrará en razón. No se sabe lo que tu padre puede lograr”.

“¿Y volverías a casa?”, pregunta, sus ojos casi tristes, su boca una línea melancólica dibujada en medio de su locura.

*¿Qué digo?*

“Tal vez”, miento. “Si consigues la ayuda que necesitas, podríamos ver, Caleb”.

Su agarre en mi muñeca se relaja un poco, lo suficiente. Me abalanzo. Lo empujo con todas mis fuerzas. Su bulto se desplaza. Me pongo en pie y me lanzo a por mí bolso en la encimera. Apenas está fuera de su alcance cuando me atrapa, presionando dolorosamente mi estómago contra el borde afilado del mostrador.

“No voy a hablar más”, me dice en el pelo. Se suelta el cinturón con una mano y me rodea con su brazo grueso y musculoso, inmovilizándome los brazos a los lados. Su mano tantea bajo mi camisa y oigo cómo se rompen mis pantis.

“¡No!” Grito, lucho y me resisto con todas mis fuerzas.

Los sollozos me sacuden los hombros y mi cabeza se inclina hacia delante sin poder evitarlo. Me da un empujón, duro y excitado, cuando se desplaza y trata de entrar. Muevo un brazo para soltarme lo suficiente como para girar, y el borde del mostrador se clava en mi espalda. Le doy una palmada en la cabeza y golpeo con fuerza. Sus dedos, gruesos, largos y fuertes, me aprisionan el cuello, apretando sin piedad, sin ceder ni siquiera cuando los araño, desesperada por respirar. Mi visión se oscurece y las estrellas salen, brillantes alfileres de luz que penetran en la manta de terciopelo que cae sobre mis ojos. Con lo último de mi conciencia, me estiro hacia mi bolso y lo arrastro hacia mí. Saco el cuchillo enjoyado de MiMi. Inclinándome hacia abajo, empujo a ciegas, hundiendo la hoja en la carne.

Él aúlla, saltando hacia atrás para agarrar su pierna que chorrea sangre. Salgo de la cocina a trompicones, jadeando, masajeándome la garganta y tropezando con el suelo. Si puedo sacarlo fuera, lejos de Sarai.

Estoy casi en la puerta principal cuando un sonido se dispara detrás de mí. El dolor estalla en mi hombro con fuerza atómica, haciéndome caer de rodillas. Me agarro el hombro, la sangre corre por mis dedos.

*Me ha disparado.*

En todos los meses que me retuvo contra mi voluntad con esa pistola, nunca me ha disparado.

*Quiere matarme.*

“Es inútil correr, Iris”. Arrastra su pierna herida detrás de él y se acerca a la pared donde me desplomo, tan desorientada por el dolor que apenas puedo moverme.

“Nunca quise hacerte daño, nena”. Me empuja el pelo hacia atrás

con el cañón del arma, haciéndome estremecer. “Sólo quería amarte, pero tú lo estropeaste”.

Una carcajada amarga hace saltar mis labios. “Pedazo de mierda mentirosa”, susurro. “Ni siquiera puedo contar todas las formas en que me has hecho daño”.

No espero a que responda, sino que continúo, ignorando el cráter hirviente en mi hombro.

“Tengo una muela rota”. Le doy un golpecito a una muela en el costado. “Justo aquí. Perdí el veinte por ciento de la audición en mi oído derecho cuando me rompiste el tímpano. Me fracturaste la muñeca y nunca se curó bien. Me duele todo el tiempo”.

*Me duele todo el tiempo.*

“No has hecho más que hacerme daño”. Las lágrimas y la sangre de mi herida en la cabeza se mezclan en mi cara.

*August.*

Su nombre susurra en mis pensamientos. Rezo en silencio para que Sarai salga adelante, para que August la cuide. Que él y Lo se aseguren de que no me olvide. El dolor, amplio y profundo, me traga, por todos los momentos perdidos con ella y August que nunca tendré. Mi segunda oportunidad robada.

“Nuevas reglas”, dice Caleb, empujando la pistola en mi costado. “O vivimos juntos, o no vivimos. Esas son las reglas. Sin embargo, tengo un regalo para ti”.

Saca algo pequeño del bolsillo de sus jeans y abre la mano para mostrar el anillo gris-gris de MiMi. Brilla contra la palma de su mano, tan discreto, tan poderoso.

Sé que no puedo oír su voz, pero la visión del anillo que MiMi creó para protegerme me hace recordar sus palabras, pronunciadas en esta misma casa.

*Eres pura. Eres suficiente. Eres fuerte.*

*No puede hacerte daño.*

*Eres lo suficientemente fuerte para luchar. Lo suficientemente fuerte*

*para ganar.*

*Fuerza. Dignidad. Valor. Todas estas cosas te pertenecen. Recupéralas.*

“Sólo quería que estuviéramos juntos”, dice Caleb, con su dolor, su locura y su despiadado retorcimiento en su voz. “Y de una forma u otra, lo estaremos. Todo termina esta noche”.

*Al diablo con eso.*

Sus reglas. Su dictadura. Su chica. Durante mucho tiempo, ha actuado como si fuera mi dueño, pero no soy suya. Él no tiene la última palabra. Es mi vida. Mi cuerpo. Mi espíritu.

*Tuyo para guardar y tuyo para compartir.*

Hay una reserva en mi alma. Una piscina de fuerza, al acecho. Como el Mississippi de MiMi, surge a través de mis venas, limpiándome, renovándome, impregnándome del poder de mil sacerdotisas. Prestándome un valor ancestral nacido mil años antes.

Golpeo con mi puño su pierna herida, apartándome cuando se agarra a la herida. Empujo contra él, desplazando nuestros cuerpos hasta que el arma vuela de su mano. Los dos nos lanzamos a por ella, con la sangre goteando de mi hombro y brotando de su pierna. Nuestras manos rodean el cañón y la empuñadura. Me presiona contra el suelo, y luchamos y tanteamos hasta que nuestros dedos se superponen en el gatillo, el arma encajada entre nuestros vientres. Es él o yo.

O tal vez los dos, porque juntos apretamos el gatillo.

# Capítulo 51

AUGUST

Todas las películas de terror en el pantano que he visto me vienen a la mente mientras conduzco por el largo camino hasta la casa de MiMi. “Aislada” fue la palabra que usó Iris. Esa es una palabra diurna. De noche, “aterrador como el infierno” parece más apropiado.

Cuando finalmente llego a la entrada, lo primero que veo es el auto alquilado. Iris se empeñó en que la seguridad no se quedara. No puedo ni pensar en sus razones sin que casi se me rompa un vaso sanguíneo. Caleb tiene mucho que responder, y pienso encargarme personalmente de que lo haga. Ni su dinero, ni el poder de su familia, ni la alfombra bajo la que nos gusta esconder la mierda lo salvarán esta vez.

El auto no tiene sentido, y cuanto más me acerco a la casa, con mi bolsa de viaje a cuestas, más cauteloso me vuelvo. La puerta está abierta de par en par, una inquietante invitación a entrar.

La casa es muy pequeña, por lo que la escena de la habitación delantera es inevitable. Es lo primero que veo, y estoy seguro de que me perseguirá hasta que muera.

“Iris”. Digo su nombre en voz alta, pero no la oigo. No oigo nada. Las palabras son amortiguadas. Estoy bajo el agua y ahogándome, con los pulmones ardiendo, los miembros lastrados, luchando por llegar a la cima, luchando por el aire.

*Mi Iris.*

Tumbada en un charco de sangre, todavía. Y ese monstruo encima de ella, todavía. Hay mucha sangre, y no puedo decir dónde termina él y dónde empieza ella, y de quién viene la sangre. Por un

segundo, estoy inmóvil en la puerta, atrapado en una trágica instantánea, pero entonces todos los sonidos se precipitan y me pongo en movimiento, desesperado y frenético. Empujo el peso muerto del cuerpo de Caleb a un lado.

“Mierda. Mierda. Mierda”.

Iris yace en el suelo, con una de mis camisas. Está metida por encima de la parte superior de sus muslos. La sangre florece a lo largo de su torso, empapando la camisa desde el vientre hasta el hombro.

“¿Iris?” Le toco el brazo, con suavidad y vacilación y desesperación. “¿Nena?”

Busco señales de vida. No respiro mientras mi corazón espera para saber si está irremediablemente roto.

Cuando sus ojos se abren lentamente, amanece. Es el amanecer. Este momento pone todo en perspectiva porque a pesar de todas las cosas que tengo, si Iris no está, no tengo nada.

“¡August!” Intenta sentarse y yo paso mi cuerpo por debajo de ella para que su cabeza pueda descansar sobre mi rodilla. “Sarai. ¿Dónde está?”

Mi corazón se paraliza al no ver a Sarai. ¿Le ha hecho algo? Pero entonces un sonido procedente de la parte trasera de la casa se filtra en mi conciencia, insistente, pero débil.

“La oigo en la parte de atrás. Te está llamando”.

Iris suelta una larga exhalación y asiente. “He cerrado su habitación. Todavía debe estar allí”, dice con voz ronca. Entrecierra los ojos y se concentra en el hombre tendido a unos metros de distancia. “¿Está muerto?”

Sus labios tiemblan. Está temblando en mis brazos. Tiene el pómulo hinchado y la sangre le recorre la cara. Marcas negras en su garganta.

*Dios, espero que esté muerto.*

“Yo... cariño, no lo sé”, digo. “Tengo que llamar al nueve-uno-uno. Hay mucha sangre”.



“No es mi sangre”. Hace una mueca y levanta la mano, lentamente, para tocarse el hombro. “Una parte sí lo es. Me disparó en el hombro”.

*Hijo de puta.*

Me aprieto la frente y me arañó el pelo para mantenerme concentrado en ella y no arrancarle los brazos de sus cavidades. El deseo de matarlo es un dolor en mis huesos. Hace que mi corazón se contraiga.

“Pero está herido”, dice débilmente. “Nos peleamos y le disparé”. El orgullo chispea en sus ojos, apagados hasta el marrón.

“Lo hiciste bien, Iris”. Le paso una palma temblorosa por el pelo, y mis dedos salen rojos y pegajosos de sangre. “Jesús, cariño. ¿Estás segura de que...?”

“¿Está muerto?”, interrumpe, agarrando con fuerza mi brazo. Tiene los ojos muy abiertos, urgentes. “Necesito saberlo, August. Nunca me dejará en paz. ¿Me oyes? Me matará. Y Sarai...”

Presiono mi dedo en sus labios, conteniendo el pánico que sube en su voz. “Lo comprobaré”.

“Ahora”. Las lágrimas se filtran por las comisuras de sus ojos y resbalan por su pómulos hinchado. “Compruébalo ahora”.

Las marcas de sus dedos manchan su mandíbula. Se me revuelve el estómago al ver lo que le ha hecho. Al pensar que no es la primera vez. Ella vivió con él. Durmió a su lado. Durante meses. Sola.

*Joder.*

La desplazo suavemente y me desplazo por el suelo cubierto de sangre hasta la alimaña que se está escabullendo. La rabia me domina cuanto más me acerco. Quiero pisotearle la cara y ponerle la bota en la garganta. Tiene la mano metida debajo de la camisa y, cuando tiro de ella hacia atrás, se está tapando un agujero en el vientre que mana sangre.

“West”. Sus ojos se abren de golpe. Su voz es delgada, marchita, agonizante. Hace una mueca, inclinando la cabeza hacia atrás. La vida

se escapa de sus ojos con la misma seguridad que se escapa de su herida. “Supongo que tú ganas”.

Vuelvo a mirar a Iris, que se ha puesto en posición sentada y se apoya en la pared. Incluso ahora, con él aferrándose a los últimos hilos de su vida, se muestra cautelosa y vigilante, observándolo como si, herido de bala y desangrándose, aún pudiera atacar.

Ella levanta su mano, revelando un pequeño anillo en su palma.

“Lo dije que tus días estaban contados”, dice, con la voz temblorosa.

Con los ojos entrecerrados, se lleva la mano a la boca y sopla sobre ella.

“Jódete, Iris”, dice, con voz áspera y enfadada.

Con una mano cubriendo el agujero de bala en su hombro, Iris se arrastra por el suelo hasta estar a mi lado. Una línea escarlata de sangre la recorre.

“Iris”. Saco mi teléfono y señalo su hombro sangrante. “Necesito llamar al nueve-uno-uno”.

“No.” Ella dispara la palabra como una bala, la última en su barril mientras se cierne sobre Caleb. “No llames todavía”.

“Pero tu hombro...”

“Está bien”. Su suave boca se inclina en una sonrisa amarga. “Tengo una gran tolerancia al dolor. ¿No es así, Caleb?”

Su mirada se fija en la de él, en los últimos vestigios de vida que se agotan en sus ojos, en su cuerpo.

“Mientras él esté vivo, yo no estaré a salvo y mi hija tampoco. Intentó matarme”. Inspira largamente, con los ojos entrecerrados. “Así que esperamos”.

Es mi Iris, pero nunca la había visto así. Pensé que había visto todos sus lados, amado todos sus lados, pero nunca he visto esto. Despiadada, hermosa y ensangrentada, emana toda la fuerza y la determinación que le debe haber costado sobrevivir.

Y nunca la he amado más.

Permanecemos en vela silenciosa durante los pocos minutos de vida que le quedan a Caleb. Sus gemidos y su dolor no me conmueven; tampoco me producen satisfacción. Es simplemente un final necesario. Se merece algo mucho peor, pero al menos Iris puede verlo morir.

La absoluta quietud de la muerte se apodera de él. Su mirada está vacía y fija en Iris. Le paso una mano por los ojos, cerrándolos; negándole, incluso en la muerte, una última mirada a mi chica.

Llamo al nueve-uno-uno y vuelvo a centrar mi atención en ella. Tomo su cara entre mis manos, alineando nuestros ojos.

“Se ha ido”. Aprieto mi frente contra la suya, y la sangre de su cara se mancha contra la mía. No me importa. Ojalá pudiera compartir su dolor tan fácilmente. Ojalá pudiera borrarlo como si nunca hubiera ocurrido.

“Sí. Sí”. Sus dedos se clavan en mi pelo y su cabeza cae sobre mi hombro. Me besa el cuello. “Te amo”.

Me retiro, inclinando su barbilla y borrando sus lágrimas con el dorso de la mano. La beso con cuidado, saboreando su sangre, sus lágrimas y su dolor.

Aquella noche en que nos conocimos, no podíamos saber lo que nos esperaba. Si sólo me hubiera besado, si sólo hubiera presionado para conseguir más. Si la noche en que gané el campeonato hubiera conseguido convencerla de que, aunque acabáramos de conocernos, aunque tuviera novio, aunque no tuviera sentido, debíamos arriesgarnos. Si hubiera mirado más de cerca y no hubiera pasado por alto las señales. La vida no es un camino que se bifurca ni una línea de puertas correderas numeradas. No hay un universo alternativo lleno de opciones correctas. Sólo existe ésta, sólo esta vida, y vamos hacia donde nos llevan nuestras decisiones y nos hacemos más sabios con nuestros errores.

De pie en el porche, esperando a los paramédicos, miro la franja ennegrecida del cielo de Luisiana. La vida es una constelación de

decisiones, conectadas por coincidencias y deliberaciones, que pintan cuadros en el cielo. Durante el día, cuando las cosas son más brillantes, no vemos las estrellas, pero están ahí. Sólo en el contraste de la noche, cuando las cosas están más oscuras, las estrellas brillan.

Iris es mi constelación. Ella tomó la oscuridad como su señal para brillar. Sólo la hizo más brillante, más fuerte, y esta noche, su brillo ganado con esfuerzo ilumina el cielo.

# TIEMPO EXTRA

*“He sido doblado y roto, pero -espero-  
en una mejor forma”.*

- Charles Dickens, *Grandes esperanzas*

# Epílogo

IRIS

“¡Mierda!”

Literalmente me tiro del pelo y me rechinan los dientes.

“Hijo de puta, ¿me estás tomando el pelo con esto?”

Camino por el suelo y aprieto los puños a mi lado.

“Sólo...” Doy un puñetazo al aire. “Ugggghhh”.

Mis Lakers están jugando. Y como siempre, estoy en guerra con los árbitros.

“Grrrrr.” Otra mala llamada.

Estoy tratando de mantener mi voz baja. August está en su habitación de invitados leyendo a Sarai. De vez en cuando tenemos estas pequeñas “pijamadas” en su casa, mi concesión ya que aún no he decidido mudarme a su apartamento. Me gustan especialmente estos eventos semi-regulares en momentos como éste, cuando él viene de un largo viaje por carretera y no lo hemos visto.

Los Lakers anotan.

¡Sí!

Aunque he sido fan de los Lakers desde que era una niña, y aunque August lo sabe, todavía me siento un poco desleal. Mis Lakers ganaron a los Waves hace dos días. Conduje hasta Los Ángeles para ver el partido y me senté en las gradas. Estaba destrozada, pero me las arreglé para sentarme cada vez que nosotros -nosotros, siendo los Lakers- anotábamos. Con lo competitivo que es August, me miró con cara de “no me hables” cuando perdieron el partido.

Llevaba con orgullo su camiseta de los Waves, el número treinta

y tres.

Pero mis pantis eran de color púrpura y dorado.

El timbre suena cuando el partido va a un anuncio, y apago la televisión por si August termina antes de que yo vuelva al dormitorio.

Me quedo mirando al repartidor de pizza que está en la puerta.

“¿Pizza para DuPree?”, me pregunta el adolescente con cara de granos.

“Um, no he pedido pizza”. Aunque habría estado bien.

Mira el número que hay sobre la puerta y vuelve a mirar la caja de pizza, que huele deliciosamente, y luego entrecierra los ojos ante un papelito.

“¿Pizza de piña y pepperoni y cerveza de raíz?”, pregunta. “¿No eres tú?”

*August.*

“Oh, sí. Esa soy yo”. Me río y me vuelvo hacia el salón. “Déjame tomar mi bolso”.

“Ya está pagado”. Me la entrega, hace un pequeño saludo y se va.

Me apoyo en la puerta, sosteniendo la pizza en la palma de una mano y agarrando la cerveza de raíz en la otra. August me conoce tan bien que recuerda que me gusta la pizza y la cerveza de raíz cuando juegan los Lakers.

Me conoce bien y ya no tenemos secretos. Ya no hay sombras ni vergüenza. Hay desventajas obvias de que Andrew filtre ese archivo, pero no puedo negar el bien que hizo. Sí, las partes más oscuras y duras de mi vida se expusieron para que todo el mundo las diseccionara y juzgara, pero ahora no tengo nada que ocultar.

Y nadie a quien ocultar mis secretos.

Caleb está muerto. Me he aferrado a mi humanidad lo suficiente como para no alegrarme por ello, pero no puedo decir que lo haya llorado. Nunca ha sido más cierta la “supervivencia del más fuerte”.

No me cabe duda de que si Caleb hubiera vivido, yo habría muerto. Casi lo hice. Sus ojos fueron crueles hasta su último aliento, y trató de disminuirme hasta el final. Y con él fuera, es como si toda mi existencia se exhalara.

No hubo ninguna duda de que fue en defensa propia. Si el archivo liberado no era lo suficientemente condenatorio, la herida de la cabeza, las marcas en mi cuello y la bala en mi hombro testificaron contra Caleb. Respondí a todas las preguntas de la policía, pero realmente quería dejarlo así y seguir con nuestras vidas.

Pero no es tan sencillo.

Tengo una relación con una de las estrellas emergentes de la NBA, que lleva una vida muy pública. Dos de los jugadores más populares de la liga se vieron envueltos en un “triángulo amoroso” que se volvió violento y trágico. Uno de ellos acaba muerto, y la mujer atrapada en medio tenía la pistola humeante. Fue la historia más jugosa del baloncesto en décadas. En los vestidores, después de los partidos, en las entrevistas, los periodistas siempre encontraban la manera de sacar a relucir “el escándalo”. Era incómodo.

August era evasivo, impaciente, malhumorado. Y yo no estaba segura. No estaba segura de estar preparada para hablar de las cosas que casi me destruyeron, para hablar de mi vida como si fuera una telenovela. Como una telenovela sensacionalista con un comienzo de cuento de hadas, un príncipe villano y un final espeluznante. Y lo último que quería era ser la niña del póster del abuso doméstico, no con la forma en que nuestra cultura encuentra maneras de culpar a las víctimas.

Pero nada de eso fue el factor decisivo para que finalmente hablara. Hablé porque quizá haya alguna chica como yo. Joven. Vulnerable. Ingenua. Halagada por su atención. Tal vez ella piensa que sus celos significan que la ama más o que es lindo. ¿Se da cuenta de que poco a poco, con seguridad, se está alejando de sus amigos? ¿Aislada de su familia? ¿Se está convirtiendo en algo que no es? ¿En lo que él quiere que sea?

El corazón habla en susurros, pero a veces, cuando escuchamos,



es demasiado tarde. Lo aprendí de la manera más difícil. Y quizás esa chica pueda cambiar su rumbo antes de que sea demasiado tarde.

Por eso hablé.

Me senté con Avery Hughes una a una. Ella fue reflexiva y compasiva, pero no me dejó salirme con la suya contando sólo una parte de la historia. Y yo no quería contarla con medias tintas. Cuando me decidí a hablar, quise rugir. No sólo por todas las mujeres que podrían acabar en una relación tóxica, sino por las que están en una ahora mismo.

Lo entiendo. Sé lo real que es el miedo. Que dejarlo no siempre significa alejarse definitivamente. Que te puede costar tus hijos. Que irse puede costarte la vida. Sé que el sistema nos falla demasiadas veces, protegiendo derechos que el maltratador no debería tener y ofreciéndonos poco refugio. No estoy recomendando a las mujeres que maten a sus maltratadores. Sólo odio que nuestro sistema nos deje con tantas opciones de mierda -opciones difíciles que muchas supervivientes deben negociar incluso después de salir. Nuestras opciones son a veces veintidós que nos agarran por el cuello, que nos ahogan y hacen que las situaciones difíciles y peligrosas sean más difíciles y peligrosas. Nuestras leyes no tienen sentido común y no ofrecen ninguna protección real hasta que el agresor haya hecho algo que demuestre que te va a hacer daño.

Y a veces para entonces es demasiado tarde.

La pizza me quema la mano a través de la caja de cartón.

“¡Lanza!”

Desplazo la caja, la apoyo contra mi pecho y la agarro por el borde. Dejo la pizza y la cerveza de raíz en la cocina y avanzo por el pasillo. Cuanto más me acerco a la habitación de invitados, más suave piso. Me encanta ver a August y a Sarai juntos. Mi hija es una de esas niñas que te parecen adorablemente precoces cuando las conoces. Después de la quincuagésima pregunta y de algunas de sus “sabias” reflexiones, la mayoría busca frenéticamente una salida. Nunca August. Responde a su quincuagésima pregunta con la misma

paciente minuciosidad que a la primera.

Cuando llego a la puerta, ya está dormida. Mi corazón se contrae al ver lo hermosa que es, lo tranquila que está. He luchado mucho por esa paz, para protegerla de la violencia que vivió bajo el mismo techo que nosotros el primer año de su vida. ¿Cuántas veces me golpeó Caleb, me violó con ella a una pared de distancia? Y, sin embargo, no la tocó. Si hay algo en lo que acerté, espero que fuera en preservar su inocencia mientras él me despojaba de la mía.

August se levanta y deja el libro en su mesilla de noche. No se mueve, pero la mira fijamente durante largos momentos antes de inclinarse para dejarle un beso en el pelo. Mi corazón se contrae de nuevo, con más fuerza, durante más tiempo, viendo cómo la observa. La quiere como si fuera suya. Lo sé. También sé que nos quiere aquí todas las noches, todo el tiempo.

Mi hermoso príncipe en chándal.

Su cuerpo ha cambiado desde que lo conocí aquella noche en un bar. Entonces era más delgado, más larguirucho. Jugando en la NBA ha añadido, por necesidad, más músculo, reduciendo su grasa corporal a casi cero. Las crestas de sus abdominales, la línea cincelada de sus piernas y el corte del bíceps donde la manga de su camisa se engancha y tensa lo demuestran. En todo, está más duro y definido.

Yo también lo estoy. Más dura. Definida por todas las cosas que he vivido y por lo que me ha costado sobrevivir. He pasado por muchas cosas desde que era una universitaria a punto de graduarme. No soy esa chica de ojos brillantes en un bar cuya mayor preocupación eran las malas llamadas de los árbitros. He tenido una hija. He vivido un infierno. He matado a un hombre.

Nunca seré la misma.

Algunas cosas nos marcan tan profundamente que nunca podremos volver a ser lo que éramos antes. ¿Pero querría hacerlo? Seguro que soy más precavida, pero me gusta pensar que tengo más compasión porque he conocido el verdadero sufrimiento, y me duele cuando lo veo en otros. Puede que sea más cínica, pero me gusta

pensar que también soy más sabia.

Cuando conté mi historia, algunos dijeron que era una heroína. No lo soy. Sólo soy una mujer que acabó en una mala relación con un mal hombre y tuvo que luchar para salir de ella. Hice lo que tenía que hacer para proteger a mi hija y para protegerme a mí misma. Eso no me hace especial, pero sí me convierte en una superviviente. A las mujeres como yo y a las que no se parecen a mí les pasa todo el tiempo. A nuestras vecinas, a nuestras mejores amigas, a nuestras hermanas. Ocurre a puertas cerradas, o incluso al aire libre, documentado en informes policiales redactados o en un millón de visitas a vídeos virales que juzgamos, criticamos y debatimos.

Incluso cuando compartí mi historia, todo el mundo opinó. Debería haberme ido antes. Debería haber presentado cargos. ¿Por qué no confié en el sistema para “castigarlo”? ¿Por qué no se lo conté a todo el mundo? ¿Fue realmente en defensa propia, o fue una venganza?

Si nunca has tenido que luchar por tu vida en tu propia casa, si nunca te ha hecho daño alguien que creías que te quería, entonces no lo sabes. Pero yo sí. Sé lo que se siente al despertarse cada día viviendo en una pesadilla y durmiendo con un monstruo, y se lo dije al mundo con mis propias palabras y en mis propios términos.

Tal vez para las mujeres como yo, después de lo que hemos vivido, de lo que casi morimos, el amor es más difícil de conseguir. Pero puede llegar. August es la prueba viviente de que puede llegar. De verdad. Ricamente. Después de todo lo que he pasado, August es mi recompensa.

Cuando me ve en la puerta, se sobresalta un poco, luego sonrío y se lleva un dedo a los labios, haciéndome callar. Se dirige al pasillo y cierra la puerta del dormitorio.

“No me hagas callar”, susurro con una sonrisa.

“No quiero que la despiertes”. Me hace girar por el hombro y me da una palmada en el trasero, haciéndome chillar y saltar un poco. Me empuja delante de él por el pasillo. “Tengo planes para ti”.

Camina detrás de mí hacia su dormitorio, y reconocería sus pisadas en cualquier lugar.

Dicen *te seguiría hasta el fin del mundo*. Cuando él se detiene, dicen *te esperaré hasta que estés lista*. Y lo ha hecho. August me ha pedido que me case con él tres veces en el último año, y cada vez he dicho que no. No tiene nada que ver con no confiar en él, y sí con no confiar en mí misma. Sé que suena raro y no puedo explicarlo, pero estos son los temas que trabajo en la terapia.

“¿Planes?” Pregunto burlonamente, volviéndome hacia él y caminando hacia atrás. “¿Qué clase de planes, señor West?”

Me empuja suavemente hacia su dormitorio, cerrando y bloqueando la puerta tras nosotros. Inmediatamente me veo apretada contra la puerta, apiñada de la forma más deliciosa por su gran cuerpo. Me aprieta su afecto y me presiona su amor. Sus manos, dominantes y suaves, rozan mis costados y se amoldan a mi cintura. Me levanta los pechos con los pulgares. Se me corta la respiración mientras espero una caricia en los pezones que nunca llega. Él lo sabe, maldita sea, sonriendo, sus manos se funden. Sus dedos se juntan cuando los extiende por mi espalda. Es mucho más grande. Alguien de pie detrás de él ni siquiera me vería al otro lado de sus anchos hombros. Es un muro y una fortaleza. Es el doble de grande que yo, pero no siento miedo. Sólo confianza. Sólo refugio.

“Los viajes por carretera apestan”. Su barbilla, un sexy pelambre de cerdas, roza la curva de mi cuello y mi hombro cuando me besa allí. “Te he extrañado”.

Acunando mi cabeza, hunde sus dedos en mi pelo y baja la cabeza para posarse sobre mis labios. Durante unos segundos, nuestras respiraciones se mezclan. Compartimos el mismo aire que nos mantiene vivos, y entonces nuestras lenguas se tocan, se burlan y se enredan. Nos torturamos mutuamente con pequeños lametones y besos a medias hasta que necesito más, necesito abrazarlo y agarrarlo. Recorro la dureza de su pecho, acaricio sus bíceps, trazo el fuerte tendón de su antebrazo y busco sus manos. Enlazo nuestros dedos, nuestras palmas fusionadas por una conexión tan eléctrica hoy como

la noche en que nos conocimos. Me quita por completo la sudadera de los hombros, de modo que mi pecho desnudo queda a la vista.

“Hmmmmmm”. El monosílabo hambriento retumba en su pecho, traquetea detrás de sus labios. Libera sus manos para pasar por debajo de mis brazos y levantarme hasta que mis pies abandonan el suelo. El calor húmedo y aterciopelado de su boca rodeando mi pecho, el tentador mordisco de los dientes y la succión en mi pezón, me dejan sin huesos. Estoy inerte y suspendida en el aire mientras él bebe de mí como un hombre que se muere de sed.

“August”. Mis caderas se mueven por reflejo, buscando la fricción, la satisfacción. “Nene, vamos”.

“¿Qué?”, murmura alrededor de mi pecho, la vibración de la palabra me aprieta los pezones y hace que mi núcleo se apriete.

Levanto y enrosco las piernas alrededor de su cintura, empujando lenta y deliberadamente. Introduzco la nariz entre los gruesos rizos para susurrarle al oído: “Fóllame”.

Su boca se desplaza hacia el otro pecho, recorriendo la areola cariñosamente con su lengua. Con sus manos bajando para acariciar mi culo, nos lleva a la cama y me tumba suavemente. Se queda allí, observándome con la misma reverencia protectora con la que observaba a mi hija, pero también hay lujuria en sus ojos. Pasión. Hambre.

Sin dejar de mirarlo, me saco la sudadera por encima de la cabeza y libero los brazos de las mangas. Mis pezones se agudizan en el aire más fresco y él fija sus ojos en ellos, con un duro trago moviendo su manzana de Adán.

Levanto las caderas unos centímetros, lo suficiente para enganchar los pulgares en los pantalones de yoga y empujarlos más allá de las rodillas y sobre los dedos de los pies. Los arrojo al otro lado de la habitación y espero su sonrisa. Me pasa un dedo por encima de mis pantis morados y dorados.

“Pequeña traidora”, dice con humor ronco.

Mi respuesta es una risa gutural.

Los dos dejamos de reír cuando me agarra los pantis por las caderas y me los quita de un tirón, tirándolos para que se unan a mis pantalones de yoga desechados en algún rincón. Su rostro se ensombrece y hay brasas en sus ojos. Quiero avivarlas, soplar sobre ellas. Encenderlo como él arde en mí, como gasolina en mis venas. Un fuego en mi corazón.

Lentamente, subo las rodillas y clavo los talones en el colchón, abriendo bien las piernas. Él se muerde el labio y me presiona para que me abra más.

“Dios, Iris. Sí, cariño. Muéstrame”.

Me toca el coño. Su enorme mano lo cubre, lo posee. Un dedo largo me acaricia en la división entre los labios, donde estoy hinchada y palpitante. El grosor de dos dedos invade, presiona y se engancha dentro de mí. Mi espalda se arquea sobre la cama, esforzándose contra el placer. Mis caderas se agitan al ritmo de sus dedos que me follan. Es un director de orquesta, y mi cuerpo canta para él, mi grito de liberación es una nota sostenida, retenida.

Cierro los ojos y agarro las manos a los lados, aferrándome a esta sensación perfecta todo el tiempo que puedo. Cuando abro los ojos, August me mira fijamente, y su mirada me hace llorar. Que alguien me mire así y que alguien sienta lo que él siente, es lo más humilde que he tenido nunca. Cada vez que me toca, me devuelve la fe y me recuerda cómo se siente el amor puro.

“Me encanta ver cómo te vienes”, dice, con un dedo recorriendo la sensible piel del interior de mi muslo.

“¿Por qué? Le cojo la mano y tiro de él hacia mí hasta que se coloca en la cama, entre mis piernas, y me pongo de rodillas, frente a él.

“Eres tan vulnerable”. Me tira de un mechón de pelo que me rodea los brazos y los hombros. “Me encanta que confíes en mí, que estés tan desprevenida”.

“Eso es porque cuando estoy contigo, no estoy desprevenida”. Beso el dorso de su mano, parpadeando las lágrimas. “Tú me

proteges. Sé que siempre me protegerás”.

“Pero no lo hice. Me perdí lo que estaba pasando, lo que él estaba haciendo”. Hay un brillo de lágrimas sobre sus ojos tormentosos, cielos grises y lluvia. “Has pasado por mucho, Iris. Puedes protegerte a ti misma”.

“Pero cuando estoy contigo, sé que no tengo que hacerlo”. Me lamo los labios y pruebo mis propias lágrimas, pero ahora saben a alegría.

Me traza una pequeña cicatriz en la cadera que probablemente nunca había notado antes de conocer a Caleb. La primera vez que hicimos el amor después de que se enterara, me preguntó por cada pequeña cicatriz y mella en la que nunca había pensado. Pero cada cicatriz contaba una historia, y él quería conocerlas todas. Besó todos los lugares en los que Caleb me había hecho daño, y nuestra forma de hacer el amor fue mi venganza perfecta. Cada cosa suave y tierna que Caleb intentó negarme, la tuve con August.

“Ojalá...” August traga, tragando la emoción viva en su rostro. “Desearía poder quitarlo todo”.

Le tomo la barbilla y le miro a los ojos en la penumbra. “No podemos quitar las cosas malas, pero está bien”. Mi sonrisa es una obra de triunfo, un grito de victoria. “He sobrevivido a ellas”.

Me meto entre nosotros y lo envuelvo con la mano, disfrutando de sus gruñidos y jadeos, de sus gemidos de placer mientras lo acaricio largo y tendido, arriba y abajo. “¿Podemos hacer el amor ahora?”

August clava sus dedos en mi pelo, apoyando su frente contra la mía, su respiración se agita más con cada tirón. “Te amo, Iris. Te amo, Iris.

Asiento con la cabeza, le lamo el cuello y le chupo la clavícula, con una mano bombeando constantemente entre nosotros, y con la otra, rozando su pezón con las yemas de los dedos. Todo su aire se expulsa en una larga respiración. Con un gruñido, me agarra por el culo y tira de mis piernas sobre sus rodillas. Encierro mis tobillos en la

parte baja de su espalda mientras él aparta mi mano entre nosotros. Me hundo sobre él y gimo. Con nuestros pechos al ras, su gemido de respuesta vibra entre mis pechos. Me penetra sin descanso.

“August, más fuerte”, le ruego, mareada de placer.

Con su labio entre los dientes, sus oscuras cejas fruncidas, penetra más y más profundamente. Lo hace tan profundamente que encuentra los restos de mi dolor y los calma. Va tan fuerte que su amor es una fuerza innegable que me toma por asalto. No hay espacio para nada más. Ocupa todo el espacio, consume mis pensamientos y, por un momento, rehace nuestros recuerdos para que sólo haya sido él para mí y sólo haya sido yo para él.

Es sublime.

“Deberíamos haber comido esto mientras estaba caliente”, digo alrededor de un bocado de pizza no muy caliente, seguido de un sorbo de cerveza de raíz tibia.

“Quería comerte mientras estabas caliente”, dice August, con una sonrisa arrogante.

Mi risa rebota en las paredes de la cocina. “Menudo gañán”. Me giro hacia él en los altos taburetes de la barra hasta que nuestras rodillas se tocan.

“Y sin embargo, aquí estás”. Se ríe y se inclina para rozar nuestras narices en un beso esquimal.

“Y sin embargo, aquí estoy”. Pongo los ojos en blanco y cojo el trozo de pizza sin tocar que hay en su plato. “¿Te vas a comer eso?”

Niega con la cabeza y ofrece una sonrisa irónica. Sólo lo cogió para hacerme sentir que no estaba comiendo sola. Está metido de lleno en la temporada y come como un soldado espartano.

“Gracias por esto, por cierto”. Me meto una piña en la boca. “Te has acordado”.

Me pasa una amplia palma de la mano por la espalda, su tacto es cálido a través de mi bata de seda. “Los Lakers significan pizza y cerveza de raíz. Te dije que me acordaba de todo sobre ti”. Me levanta



el pelo y luego lo mira caer, un pequeño ceño fruncido pellizcando sus cejas. “Así que, um, cuando estaba leyendo a Sarai, ella tenía una pregunta esta noche”.

“¿Qué novedad hay?” Me río y doy un sorbo a mi cerveza de raíz, mirándolo por encima de mi botella.

“Sí, lo sé, ¿verdad?” Una pequeña sonrisa dibuja sus labios carnosos, pero sus ojos son serios antes de dejar caer su mirada hacia el mostrador. “Sin embargo, este me ha despistado un poco”.

“¿Qué ha pedido?” Aparto mi pizza y le presto toda mi atención.

“Me preguntó si iba a ser su nuevo papá”. Me mira por debajo de unas largas pestañas, midiendo mi reacción.

Toso un poco, no tanto por el trozo de pizza alojado en mi garganta, sino por el inesperado giro de la conversación. Sarai tenía algunas preguntas sobre Caleb en las semanas siguientes a su muerte. Apenas lo conocía, pero la palabra “papá” tiene un significado. Sólo sabe que el hombre que le dijo que era su papá se ha ido. Un día, tendré el duro trabajo de la verdad, pero por ahora, ella está satisfecha. O yo creía que lo estaba. Doy un sorbo a la cerveza de raíz para dar paso a la respuesta.

“Vaya”. Lo miro con cautela. “¿Y qué has dicho?”

Se aclara la garganta y se pasa una mano por el pelo. “Le dije que la quiero más de lo que cualquier papá quiere a una niña”, dice lentamente, sin mirarme un segundo antes de mirarme muy a propósito a los ojos. “Y que la quiero más de lo que cualquier papá quiere a cualquier otra mamá”.

Puede que la pizza no esté caliente, pero sus palabras me calientan el corazón.

“Y que ya somos una familia”. Toma mis dos manos entre las suyas. “Y que un día, cuando llegue el momento, seré su papá y seré el esposo de mamá”.

No sé qué decir por un momento, así que dejo que el silencio absorba su perfecta respuesta, y entonces hablo.

“Esa fue... ejem... una buena respuesta”, digo, estudiando nuestras manos unidas. “No me sorprende que lo haya preguntado, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado. Bueno, y ahora que estamos tanto en tu casa, inevitablemente surgen más preguntas”.

“Nuestra casa”.

“¿Qué?” Levanto la vista con el ceño fruncido.

“Has dicho que es mi casa, pero es nuestra casa”.

“Sí”. Agito una mano. “Ya sabes lo que quiero decir”.

“Pero tú no sabes lo que quiero decir”. Sonríe y me rodea los hombros con las palmas de las manos. “Voy a añadir tu nombre al título del apartamento, y cuando nos mudemos a una casa, tu nombre también estará en ella”.

La sorpresa me inmoviliza, me congela en el sitio. Sólo que no tengo frío. El calor invade cada célula de mi cuerpo hasta que ardo bajo sus manos.

“No tienes que hacer eso sólo para demostrar un punto, August”, logro decir finalmente.

“No es para demostrar un punto. Si hay algo que entiendo, es el equipo, y tú y yo” -traza una línea en el aire entre nosotros- “somos un equipo, lo hacemos todo juntos. Y cuando nos casemos, quiero adoptar a Sarai”. Levanta una mano de apoyo. “Sé que me costará acostumbrarme, pero siempre la he sentido como mía y la quiero. Quiero que las cosas sean tan legales con ella y conmigo como lo serán para nosotros dos”.

Esto -lo que estoy sintiendo, lo que está lavando mis reservas y temores- debe ser lo que siente el Mississippi en ese preciso momento cada mil años cuando su curso se reinicia: ese interruptor deltaico. Esa crisálida monumental. Mi corazón se reinicia en un instante. O tal vez haya sucedido en una serie de pivotes pacientes y minuciosos durante semanas, meses. Tal vez comenzó en el momento en que August se alejó de la mayor oportunidad de su vida... por mí. Cuando se arriesgó con nosotros. Tal vez comenzó entonces, pero sus palabras me muestran ahora.

“Sé que te he pedido que te cases conmigo muchas veces, pero...”

“Tres”, digo, casi distraídamente. Estoy tan involucrada en examinar este nuevo espacio en el que acabo de entrar. “Me has pedido matrimonio tres veces”.

“Sí.” Hace una mueca. “Gracias por el recordatorio. No quiero presionarte. Ya lo sabes. Entiendo tus dudas. Después de saber por lo que has pasado con Caleb, claro que lo entiendo”.

Lo observo, con el rostro sereno, pero el corazón marcando un ritmo vertiginoso.

“Es así”, dice. “Mi madre cuenta una historia sobre mi padre. Que ella lo veía jugar y que él retenía el balón para el último lanzamiento. Ella le gritaba ‘haz el tiro’, pero él miraba el reloj y retenía el balón hasta el último segundo. Entonces, en el momento justo, hacía el lanzamiento. Tenía una sincronización perfecta”.

August me mira a la cara, con ojos intensos y tiernos.

“Eso es lo que quiero. Quiero leer el reloj y saber cuándo será el momento adecuado para nosotros. No quiero seguir preguntándote. Es...”

*¿Duro? ¿Decepcionante? ¿Avergonzante?*

¿Quién sabe qué palabra usaría? Nunca me mostró ninguna de esas cosas cuando me lo pidió antes y yo no estaba preparada, pero tal vez las ocultó. Tal vez las sintió.

Me deslizo del taburete y me meto en la V de sus poderosos muslos, poniendo mis brazos contra su pecho y enlazando mis manos detrás de su cuello.

“August, te amo”, digo, enredando mis dedos en su pelo.

“Lo sé. Él cierra los ojos, rindiéndose a mis manos. “Yo también te amo. Más que a nada. Más que a todo”.

Dijo que me pondría en el cinco, en el centro, y ha cumplido esa promesa cada día que hemos estado juntos.

“Te confío mi vida, mi futuro”. La emoción me escama la

garganta, así que hago una pausa para estabilizar mi voz. “Con mi hija”.

Él abre lentamente los ojos para mirarme. “Yo también lo sé”.

“Y quiero despertarme contigo cada mañana”.

“¿Túúúúú... quieres?” Acomoda sus manos en mis caderas, extendidas sobre mi trasero, y estrecha sus ojos en mi rostro, evaluando.

“Sí, pero...” Busco lo que debo decir, para hacerle saber que estoy lista. “Quiero los panqueques. ¿Vale? Quiero los panqueques, August”.

“Nena, te haré panqueques. Cuando quieras”.

“No me estás escuchando. Lo que estoy diciendo es... ¡los niños! ¿Ya sabes, irrumpiendo en nuestra habitación cada mañana? Tus hijos, August. Quiero tener tus hijos. Nuestros hijos”.

Frunce el ceño y me mira como si me hubieran arrebatado el cuerpo y me hubieran sustituido por una extraña agradable.

“Eso me hace... feliz”. Parece más inseguro que feliz, aunque cautelosamente extasiado también podría ser correcto. “¿Pero qué quieres decir? ¿Estás diciendo...?”

Observa mi cara con la misma atención que su padre probablemente observaba la cuenta atrás del reloj del partido. He tenido reservas y temores basados en el pasado, en mis errores y en las malas decisiones que tomé. Pero August no es un error. Él no es una mala llamada, y todo lo que él quiere, estoy dispuesta a ofrecerlo. Todo lo que tiene, estoy lista para recibirlo. Un paso adelante me llevará al futuro, y estoy lista.

“Lo que estoy diciendo es esto, August”. Me pongo de puntillas y sonrío contra su oído. “Haz el lanzamiento”.

**Fin...**

Gracias por hacer este viaje con Iris y August. A veces es difícil, pero también esperanzador. Sobre todo, es único para ellos. Sé que la tentación es decirnos a nosotros mismos que esto es ficción, y que no sucede así en la vida real. Quizá yo también lo creía, hasta que entrevisté a una mujer tras otra cuyas historias se parecían tanto a ésta. De hecho, sus historias, en muchos aspectos, son ésta. No escribí este libro hasta que entrevisté a las supervivientes, y sus experiencias, sus triunfos y su espíritu se han insinuado en el viaje de Iris. Si a veces esto se siente real es porque muchas de las cosas que Iris experimentó, las escuché de mujeres que sobrevivieron a los mismos desafíos.

Mi más profundo agradecimiento a las supervivientes, a las trabajadoras sociales y al personal del refugio para mujeres que respondieron a mis preguntas y me ayudaron a entender.

DOBLE TIEMPO Extra

# Epílogo Extra

AUGUST

“Ay”.

Algo me pincha en las costillas. Costillas todavía magulladas por un duro golpe en el último partido de la temporada regular hace unos días.

“Ooff”. El aire se me escapa inesperadamente cuando siento otro pinchazo en el mismo punto doloroso. Tanteo bajo las sábanas y encuentro el diminuto pie de Sarai apretado contra mi abdomen.

“August”, susurra Iris desde su lado de la cama. “Tiene que irse”.

“Pero, nena, si nosotros...”

“Estará en nuestra cama durante los próximos tres años si no ponemos el pie abajo”.

“*Pies en el suelo*”, digo, sonriendo en la oscuridad aunque ella no pueda verme. “Quieres decir que pongamos los *pies* en el suelo”.

Su silencio me dice lo poco gracioso que soy a las dos de la mañana o la hora que sea. Oigo el parpadeo de la lámpara y una suave luz se desliza sobre nuestra cama, iluminando a mis dos chicas. Una es un pequeño bulto bajo las sábanas, con el trasero al aire.

*Y mi Iris.*

Incluso irritada en mitad de la noche es la chica más bonita que he visto nunca. Sus cejas oscuras se tejen sobre unos ojos que me cautivaron desde el momento en que nos conocimos en aquel bar hace unos años. Una cuerda de pelo trenzado cuelga sobre un hombro liso. Se acerca a Sarai, que se acurruca entre nosotras bajo el edredón. Agarro la mano de Iris y entrelazo nuestros dedos, llevándolos a mis

labios y besando las puntas. Su expresión se relaja y una sonrisa curva sus labios.

“Yo la llevaré”. Me inclino hasta que nuestras bocas están a escasos centímetros. “Si me besas”.

“Iba a llevármela de todos modos, así que...”. Iris levanta las dos cejas. “¿Qué hay para mí?”

Mirando fijamente a sus ojos somnolientos, busco en mi cerebro aturdido por el sueño alguna respuesta inteligente.

*A la mierda lo inteligente.*

Cierro el espacio entre nuestros labios y aprieto su mandíbula, acercando su boca a la mía. Aunque esté casi catatónico por el cansancio, mi cuerpo se agita al sentirla. Ella se abre a mí y, mientras nuestras lenguas se retuercen en un hambre medio dormida, su gemido vibra, sacudiendo este beso. Sus dedos se introducen en mi pelo y las uñas me rozan ligeramente el cuero cabelludo. El beso se hace más profundo, se intensifica hasta que me pierdo en el aroma del baño que tomó antes de acostarse y en el sabor de que me desea tanto como yo a ella.

“Mami”.

Al oír la suave voz debajo de nosotros, nuestras bocas se quedan quietas y nuestros ojos se abren. Parpadeamos durante unos segundos antes de que Iris suelte una risita al final de nuestro beso y se separe para mirar a Sarai.

“Ya hemos hablado de esto, pequeña”. Iris disciplina sus labios en una línea recta y aparta el mechón de rizos oscuros que caen sobre los ojos azul violáceo adormecidos. “Duerme en tu cama”.

Sarai gira la cabeza y me mira en busca de ayuda, con el labio inferior asomado. Ella lo sabe. Ya sabe que estoy envuelto en su dedo meñique y comiendo de la palma de su manita. Me aclaro la garganta y trato de fruncir el ceño. No debe impresionar a Iris porque pone los ojos en blanco, agarra suavemente la barbilla de Sarai y recupera su atención.

“¿Has tenido un mal sueño?” Iris busca los ojos de Sarai.



“Recuerda. Puedes contarles a mamá y a Gus cualquier cosa”.

Tras una breve vacilación y otra mirada por encima de un pequeño y redondo hombro, Sarai niega con la cabeza.

“No”.

Esa dulce voz. ¿Cómo lo soporta Iris? Me derrito aquí, totalmente preparado para dormir en el suelo si es necesario. O ella puede patearme toda la noche. Quiero decir, ella casi no ocupa espacio. Seguro que podemos...

“Vamos.” Iris retira el edredón para mostrar a Sarai con una de las camisetas de los San Diego Waves con las que duerme todas las noches. “Vuelve a tu habitación, jovencita”.

Iris lleva una de mis camisetas, así que mis dos chicas lucen mi equipo. Me encanta.

“La tengo”. Me levanto de la cama de lado y extendiendo mis manos hacia Sarai. “Vamos, princesa”.

Sarai camina de rodillas hasta el borde de la cama. La subo, con un brazo bajo el trasero. Ella hunde su cabeza en mi hombro y desliza sus brazos alrededor de mi cuello. Estoy casi en la puerta de nuestro dormitorio y miro hacia atrás para encontrar los ojos de Iris recorriendo la línea desnuda de mi espalda y posándose, si no me equivoco, con cierta lujuria, en mi culo en pantalón de pijama.

“Aguanta ese pensamiento”, le digo, esbozando una sonrisa arrogante. “Puedo ocuparme de eso cuando vuelva”.

Ella bosteza... deliberadamente... y se acuesta de nuevo, acurrucándose en su almohada.

“De verdad, Iris”. Se me cae la sonrisa porque verla en mi camiseta me pone bastante caliente. “No me importa despertarte”

Su anillo de compromiso me guiña el ojo cuando me saluda desde debajo de las sábanas.

*Ya lo veremos.*

Camino rápidamente por el pasillo llevando a Sarai a su dormitorio. Iris y yo aún no estamos casados, pero la convencí para

que se mudara cuando terminara su contrato de alquiler. No tenía sentido firmar un nuevo contrato de alquiler tan cerca de la boda.

*Toma el lanzamiento, August.*

Aunque ella lo dijo, y aunque yo sabía lo que estaba diciendo, la pregunta se me atascó en la garganta durante unos segundos antes de sacarla.

*Iris, ¿quieres casarte conmigo?*

No era la primera vez que se lo pedía. En realidad era la cuarta, pero ¿quién llevaba la cuenta?

Bien. Definitivamente estaba contando.

Era la cuarta vez que se lo pedía, pero era la primera vez que decía que sí. No fue uno de esos síes chillones como los que se ven en *The Bachelor* o lo que sea, donde la chica tiene ojos de corazón y se tapa la boca y las lágrimas de felicidad corren por su cara. No fue así como Iris me dijo que sí.

Fue tranquilo, pero seguro. Fue sobrio, como si la palabra pesara en su boca y me la entregara, pidiéndome que cuidara de ella. Después de todo lo que Iris vivió, sé lo que significa: que me confía su vida, su hija, su futuro. Si ese “sí” le resultaba pesado, mis rodillas casi se doblaban bajo su peso. Lo sé. Soy un hombre de metro noventa y ocho, así que probablemente suene como una mierda débil, pero sé lo valiosa que es su confianza. Que confíe en mí lo suficiente como para compartir su vida conmigo significa más que cualquier otra cosa. Estaría dispuesto a escuchar un “no” mil veces con tal de saber que al final me espera ese inestimable “sí”.

Estoy metiendo la colcha de Sarai bajo su barbilla cuando me agarra la mano.

“¿Puedes quedarte?”, me pregunta, parpadeando a la luz de su lámpara de noche. “¿Un rato?”

Conozco este procedimiento. Se dormirá en dos minutos. Asiento con la cabeza y me arrodillo, apoyando la barbilla en los brazos cruzados sobre su cama. Ella rodea con su mano tres de mis dedos y suspira, cerrando los ojos enseguida. El corazón se me estruja en el

pecho al ver cómo confía ciegamente en mí. Su confianza, que no he merecido en absoluto, me parece tan valiosa como la de su madre, que he hecho todo lo posible por ganarme. Las largas pestañas se dibujan en sus mejillas y su respiración se hace más profunda, la boca de capullo de rosa se afloja en el sueño. Su mano se suelta lentamente de mis dedos.

Aun siendo tan pequeña, se parece tanto a Iris que no puedo evitar preguntarme si algún día nuestra pequeña también se parecerá a ellas. Tres de ellas bajo el mismo techo y yo estaría perdido. Demonios, estoy perdido con dos. Le doy un ligero beso en el pelo y salgo de la habitación, cerrando la puerta en silencio.

Cuando llego a nuestro dormitorio, Iris está enterrada bajo las sábanas. No sé si está fingiendo o realmente dormida, pero estoy a punto de averiguarlo. Retiro el edredón hasta que lo único que se ve es su pelo revuelto por el sueño, sus delgados hombros y el “West” en la espalda de mi camiseta.

Todavía estoy un poco somnoliento, pero mi polla está lo suficientemente despierta para los dos.

Retiro las sábanas un poco más, viendo cómo se le pone la piel de gallina en los brazos por el aire más fresco. Sin embargo, no se mueve. Lentamente, arrastro las mantas hacia atrás hasta que tengo toda su longitud a mi disposición. A la suave luz de la lámpara, mis ojos recorren su cuerpo, empezando por los altos arcos de sus pies, pasando por los tobillos de huesos finos y las pantorrillas y los muslos elegantemente musculados. Su culo surge de la parte baja de la espalda, redondo y exuberante bajo mi camiseta. Le rozo con los nudillos la parte posterior de las piernas.

Se estremece, pero intenta disimularlo moviéndose en el sueño.

*De acuerdo. Así es como quieres jugar.*

Le amaso los muslos, mis dedos se arrastran hasta el dobladillo de mi camiseta que apenas le cubre el culo, y empujo el material hacia arriba para revelar nada más que las mejillas.

*No hay pantis. Ya no hay vuelta atrás.*

Tomo una mejilla firme y redonda en cada mano y aprieto, separando, pasando un dedo por la franja fruncida de piel y músculo. Su respiración entrecortada, un gemido, es el único sonido en la habitación, pero es todo lo que necesito.

“No estás dormida”. Bajo mi boca para abrirla sobre su trasero, dibujando con fuerza la piel cálida y la curva firme con mi lengua y mis dientes.

“Ahhhh”. El sonido se amortigua en la almohada. Su puño aprieta las sábanas mientras su otra mano se extiende, con los dedos extendidos sobre la cama.

Le doy la vuelta suavemente y me pongo de rodillas, abriendo sus piernas a ambos lados.

“¿Qué hora es?”, me pregunta en voz baja y ronca, con los labios humedecidos.

No le importa la hora más que a mí.

“Las doce y media en punto”. Nuestras sonrisas se encuentran en la penumbra. Le subo la camiseta hasta la cintura, dejándola al descubierto. Incluso su coño es bonito. Un capullo de color ciruela enmarcado por unos labios resbaladizos y gruesos. Un misterio apretado y oscuro justo debajo en el que me hundiré, me perderé. Un portal al paraíso.

Deslizo mi mano entre sus piernas, acariciando con la yema de un dedo los pliegues húmedos. Ella tensa las piernas a mi lado, disfrutando de lo que estoy haciendo ahora y preparándose para lo que haré después. Deslizo el pulgar en su interior. Se le corta la respiración y aprisiona el labio inferior entre los dientes, cerrando los ojos. Arqueando la espalda, abre más las piernas para mí, sus caderas se levantan, empujando para encontrar el ritmo insistente de mi mano.

Sus gemidos, el sonido de su placer, la evidencia de éste, resbalando en mis dedos, me complacen. Me ponen más duro. Me hacen desear complacerla más.

“Iris, nena, mírame”. Acaricio la plenitud de su labio inferior. “Quiero verte”.

Sus largas pestañas se levantan y mil tonos de otoño me miran, variaciones de verde, dorado y marrón. Sus ojos fueron una de las primeras cosas que noté en ella. Una de las primeras cosas que amé. Y su boca.

*Amplia. Llena. Follable.*

Introduzco un pulgar en su boca, observando cómo sus labios se cierran a su alrededor, y continúo bombeando el otro en su coño. El empuje de un pulgar refleja deliberada y metódicamente el del otro. La perfecta presión de sus dientes, su lengua y sus labios mientras chupa incluso esa parte de mí me hace casi explotar. El ritmo entre sus piernas aumenta, mi pulgar se desliza dentro de ella una y otra vez. Áspero, grueso y ansioso.

“August”. Su cabeza cae hacia atrás, la boca se abre en un jadeo. Aprieta los ojos y aprieta mi mano, el ritmo de sus caderas persiguiendo la liberación. Se estira detrás de ella y se agarra al cabecero de la cama cuando el orgasmo la sacude. Se contrae en torno a mi pulgar, jadeando, retorciéndose y gruñendo, sin sentido y desinhibida de una forma que sólo yo veo.

*Mi privilegio.*

Hambriento incluso de sus respiraciones entrecortadas, me inclino, colocando mis labios cuidadosamente sobre los suyos. Ni siquiera un beso. Sólo recoger su aliento en mi boca. Saboreando su pasión. Me inclino hacia ella, llenando las palmas de las manos con su culo. Me enderezo lentamente, me siento sobre mis rodillas y la subo conmigo. Con los pechos aún agitados, pasa los brazos por detrás de mi cuello y me besa la mandíbula. Abriendo su boca sobre mi garganta, una succión caliente y húmeda que sacude mi polla, se mete entre nosotros, introduciendo una mano en mi pantalón de pijama, agarrando lo que es suyo. El agarre y el tirón, al principio suave y perezoso, se vuelve vigoroso, agresivo. Su pulgar me rodea, probando la punta húmeda. Con la otra mano, me agarra y me aprieta los huevos. Es la tortura más fantástica y, si sobrevivo, me la voy a follar tan fuerte que ambos nos desmayaremos.

Me mira sin pestañear, viendo cómo se me contorsiona la cara

mientras el placer se vuelve casi insoportable. Dejo caer mi frente sobre la suya, cerrando los ojos, sacudiéndome involuntariamente al ritmo que ella marca; la respuesta que saca de mí, dominando todo mi cuerpo con una pequeña mano.

“August, mírame”. Sus palabras besan mis labios, haciéndose eco de las palabras que le dije antes. Me levanta la barbilla con la cabeza hasta que nuestros ojos se reúnen en la pálida luz. “Quiero verte”.

Sin apartar sus ojos de los míos, empuja la cintura de mi pijama, empujándola hacia abajo hasta que siento el aire fresco. Me desplazo hasta que me lo quita del todo. Ella traga, se lame los labios, con sus ojos ávidos de mi verga y vidriosos de lujuria.

“Ni se te ocurra”, le digo, con la voz áspera por la contención que supone no venirme ahora mismo. “Si siquiera soplas en mi polla, me voy a venir”.

“¿Sería tan malo?”, pregunta ella, con una sonrisa tentadora que se dibuja en sus labios. Me empuja el hombro, presionando mi espalda contra la cama. Como el agua, fluimos hacia una nueva posición. Estoy estirado debajo de ella, a horcajadas sobre unas caderas delgadas y unas piernas fuertes.

La oscura cuerda de pelo se enrosca sobre su hombro. Los rasgos uniformes, salpicados por una boca casi demasiado ancha y una dramática inclinación de cejas oscuras. Mi camiseta cubre sus pechos y se apoya en sus muslos desnudos. Trago saliva contra la emoción que de repente me quema la garganta. Incluso en esta posición de control, es muy pequeña comparada conmigo. Tan vulnerable, incluso encima. En las manos equivocadas, podría romperse.

*En las manos equivocadas, casi lo hace.*

“Sea lo que sea en lo que estés pensando”, dice, sus ojos claros y fijos en los míos. “Detente. Quédate aquí. Ahora mismo. Conmigo”.

Reanuda su abrazo, pero sólo el tiempo suficiente para colocarse encima de mí y absorber mi cuerpo en el suyo por centímetros insoportablemente placenteros, sus paredes apretándose a mi alrededor y resbalando.

“Hijo de puta”. Gruño, mis manos se dirigen por reflejo a sus caderas, listas para tomar el control. Para que se deslice sobre mí al ritmo y la profundidad que deseo, pero su sonrisa perversa y sus manos empujando las mías hacia abajo me dicen que tiene otros planes. Mueve sus caderas hacia delante una vez y se detiene.

“Iris”, exclamo. “Deja de jugar”.

*Y fóllame.*

“¿Quién juega?” Una risita de suficiencia retumba en su garganta, y agarra el dobladillo de la camiseta, tirando de ella por encima de su cabeza y arrojándola al suelo. “Esto es un asunto serio”.

La primera vez que vi los pechos de Iris, había estado alimentando a Sarai. Debería haber sido incómodo, pero no lo fue. En lugar de eso, ambos nos vimos arrastrados a una intimidad hipnótica que debería haberse sentido extraña, pero que ocurría siempre que estábamos juntos. Era fresco y familiar cada vez. La visión de sus pechos en aquella pequeña habitación, prohibida para mí, me robó el aliento. Todavía lo hace. Están llenos y altos y con pezones maduros como bayas. Me pregunté entonces cómo sabría. Si esos pezones serían dulces en mi boca.

Ahora lo sé.

Me acerco a sus pechos y le pellizco los pezones. Los acaricio. Su respiración se detiene y se suspende. Su cabeza cae hacia atrás, extendiendo la larga columna de su cuello. La punta de su trenza roza mis piernas.

“Suéltate el pelo para mí”. Mi voz suena estrangulada. Desesperada, como si nunca la hubiera tenido antes. Cada vez se siente como la primera vez. Amamos con la urgencia del nunca más, aunque tengamos el resto de nuestras vidas. Los años desperdiciados, los que nos perdimos, nos han hecho apreciar el regalo de una vida juntos.

Con los ojos encendidos, inclina la cabeza hacia la izquierda y desenreda la trenza. Unas gruesas hebras de pelo caen libres, casi hasta la cintura. Nuestros ojos se mantienen en una mirada vaporosa.

Vuelvo a pasar las palmas de las manos por sus pezones y ella se balancea sobre mí. El ángulo, el movimiento, nos sobresalta a los dos por la intensidad de la sensación. En armonía, se nos corta la respiración. Enrollo mis manos alrededor de su frágil caja torácica, trazo la suave piel de su cintura, flecha abajo hasta la intersección de nuestros cuerpos, y deslizo mi dedo para frotar entre sus piernas.

“August”. Sus cejas se juntan y su mandíbula cae, y su respiración es rápida y pesada. “Oh, Dios.”

Empuja contra mi dedo, una vez, dos veces, otra vez, hasta que encuentra un ritmo; una ondulación constante de las caderas y la flexión de los músculos de su abdomen y sus muslos mientras su cuerpo se tensa a mi alrededor. Sus pechos se balancean y se mecen con cada movimiento, una tentación irresistible. Me siento, acunando su espalda con una mano y acercando sus pechos para besarlos, chuparlos y lamerlos, alternando entre uno y otro, dándoles a ambos lo que merecen.

“August, yo...” Enrosca sus dedos en mi pelo, y la suave cadencia de su cuerpo al chocar con el mío se vuelve espasmódica, desigual, frenética. La cama se sacude con ella. Los resortes añaden sus gemidos a los nuestros.

“Mierda, nena”. Empujo hacia arriba y más profundamente, con mi dedo acariciando su clítoris. “Eso es”.

Los labios de Iris se pliegan. El color sube por su cuello y por la inclinación de sus pómulos. El sudor le marca la línea del cabello y las lágrimas brotan de las esquinas de sus ojos.

“Me vengo “, jadea. Aprieta nuestras frentes, húmedas y febriles. Su pelo cuelga alrededor de nosotros, rozando mis hombros y cubriéndonos de satén negro. “August, te amo”.

“Dios, sí, nena”. Mi amor estalla; brota de mí, chocando con sus gritos. Los olores de nuestros cuerpos unidos, se enredan en el aire. Nos aferramos, nos aferramos el uno al otro. Sólo estamos nosotros dos, y es más que suficiente.

Dios, es casi demasiado, demasiado bueno para ser verdad, pero



es verdad. Estamos ante el precipicio de nuestro futuro; del resto de nuestras vidas. Es más de lo que merezco. Es más de lo que merezco, pero nunca la dejaré ir.

Nos quedamos dormidos los dos, sudorosos y desnudos bajo la sábana, el edredón desechado en el suelo. Iris, la pobre, debe estar ardiendo porque la envuelvo como un horno. Está rodeada por mis brazos y mis piernas. Tiene la espalda apretada contra mi pecho, pero no se queja, así que me limito a apretarla y a enterrar mi nariz en su pelo, pasando la palma de la mano por el plano tenso de su vientre.

“Haces eso cada vez que hacemos el amor”, susurra, colocando su mano sobre la mía y enlazando nuestros dedos.

“¿Hacer qué?” pregunto, luchando contra un bostezo. No hay nada como el sexo fantástico para apagar los ánimos. Apenas puedo mantener los ojos abiertos.

“Frotar mi vientre como la lámpara de un genio”. Ella se ríe, pero es un sonido sordo. Está tan borracha de sueño y sexo como yo. “¿Qué deseas?”

*Bebés. Muchos bebés.*

Simplemente sonrío en la curva de su cuello y le acaricio el pecho. Esta es mi forma favorita de dormirme. Una risa retumba en mi interior a través de su esbelta espalda. Ella lo sabe. La pequeña mocosa sabe que quiero mucho tener bebés, pero no quiero apresurarla. Por mucho que quiera a Sarai, su primer embarazo no fue planificado. Fue difícil, y sacrificó mucho para traer a Sarai al mundo. Iris está empezando a dar sus primeros pasos en Elevation. Jared le está confiando más responsabilidades y ella está aprendiendo lo que debería haber aprendido cuando se graduó en la universidad. Toda su vida es una segunda oportunidad, y no se la quitaría ni la interrumpiría por nada. Ella es suficiente para mí. Ella y Sarai son todo mi mundo.

Acaricio su dedo y el anillo que le puse. Ella lleva el anillo gris-gris de MiMi en la mano derecha. Me hace sentir que hay un vínculo, un acuerdo entre su bisabuela y yo. Como si, incluso desde el otro

lado, MiMi me encargara proteger a sus niñas ahora que ella no está. Moriría por ellas. Mataría por ellas. No hay nada que no haría o dejaría para mantener a Iris y Sarai a salvo. Para hacerlas felices.

Un pensamiento me hace reflexionar.

“¿Se sabe algo de los papeles?” Pregunto, sintiéndome de repente más alerta.

“¿Hmmm?” Iris se acurruca más en mi pecho. “¿Qué papeles?”

“Los papeles de la adopción. ¿No se supone que ya deberían estar aquí?”

El día que Iris aceptó mi propuesta, comencé el proceso de adopción legal de Sarai. Iris sabe lo importante que es para mí. Creo que también es importante para Sarai. Le explicamos que cuando nos casemos, significará que mamá y yo estaremos juntos para siempre, y que yo también quiero estar con ella para siempre. Que quiero ser su papá. Cualquier recuerdo que asocie con “papá”, su padre biológico, aunque sea tan joven, no puede ser bueno. Caleb era un virus. Espero que un día el recuerdo de él se desvanezca por completo. Si pudiera chasquear los dedos y ninguna persona recordara que él existió, lo haría. La mayor frustración de mi vida es que no puedo borrar las cosas que le hizo a mi chica. Cómo la lastimó. Cómo podría haber herido a Sarai.

“¿Los papeles, Iris?” Le doy una suave sacudida en el hombro.

“¿Eh?” Ella respira sorprendida, como si la hubiera despertado. “Sí, sólo un pequeño retraso”.

“¿Retraso?”

*¿Qué demonios?*

“¿Qué tipo de retraso?” Exijo, sintiéndome más despierto a cada segundo. “Lo hemos hecho todo bien. La abogada prometió que estaría hecho antes de la boda”.

Un hombro delgado y desnudo se levanta y cae de la sábana.

“No lo sé”. Iris menea su trasero en la cuna de mis caderas. Como era de esperar, mi polla se pone dura. “No vamos a tener sexo

otra vez, August”.

“Es un reflejo, nena. Concéntrate. Los papeles. La abogada lo prometió”.

“No lo prometió”. Ella bosteza y mete la almohada entre la cabeza y el hombro. “Esperaba. Ella *Esperaba* que todo estuviera hecho antes de la boda, pero la boda es...”

“La semana que viene”, interrumpí. “La boda es la semana que viene”.

Quería que Sarai fuera una West antes de la boda, quería que fuera tan oficialmente mía como lo será Iris cuando nos casemos, pero no puedo quejarme. No cuando me voy a casar con la chica de mis sueños; literalmente, con la que solía soñar y pensaba que nunca sería mía. Me casaré con Iris la próxima semana. Con ese último pensamiento en mi cabeza mientras me duermo, todo se siente bien en el mundo.

¿Cómo podría no estarlo?

## IRIS

*He sido víctima.*

*Estuve en una pelea que no fue justa*

*No pedí la pelea. Perdí.*

*No hay vergüenza en perder esas peleas, sólo en ganarlas.*

*He llegado a la etapa de Superviviente y ya no soy esclava de la condición de víctima.*

*Miro hacia atrás con tristeza, en lugar de con odio.*

*Miro hacia delante con esperanza, en lugar de con desesperación*

*Puede que nunca olvide, pero no necesito recordar constantemente*

*Fui una víctima.*  
*Soy una superviviente.*

La mayoría de los días no necesito las palabras del salmo de la supervivencia. No tengo que recordarme a mí misma lo digna que soy, lo orgullosa que debería estar de haber ganado. Porque cuando estás atrapado en una trampa de mentiras, en la trampa del abuso, cualquier forma de sobrevivir es una victoria. Vivir es ganar. Perder... Bueno, yo soy una de las afortunadas que perdió un tiempo, pero vivió para contar mi historia. Hay días en los que no lucho con el arrepentimiento ni me castigo por los errores y las equivocaciones. Por los que me quedé demasiado tiempo, por los “hubiera”, “debería” y “qué hubiera”. Días en los que no repito los momentos en los que podría haber hecho las cosas de otra manera.

Hoy es uno de esos días. Estoy llena de esperanza y abrumada por la promesa. Así que hoy no digo el salmo para recordarme a mí misma cualquier verdad que mi pasado pueda tentarme a olvidar.

No, hoy esas palabras son una declaración sobre el resto de mi vida. Una oración, no por una vida perfecta, sino por sabiduría para cuidar mi segunda oportunidad. Para aprender de mis errores, pero no ser prisionera de ellos. Para perdonar a quien me hizo daño, no porque lo merezca, sino porque no tiene parte de mi corazón. Lo perdono a él y me perdono a mí misma. Cuando te aferras a la amargura, ésta infecta esa parte de tu corazón, y mi corazón está reservado para aquellos que me devuelven el amor y que me quieren más. Para Lo y Sarai.

Y hoy, el día de mi boda, sobre todo, para mi príncipe.

Miro fijamente mi reflejo en el espejo, y es casi surrealista. El maquillaje está ahí para resaltar mis pómulos, no para ocultar un moratón. El corrector sólo camufla las imperfecciones. ¿Cuántas mañanas me miré con horror y me pregunté si alguna vez habría una salida; me pregunté quién era esa mujer maltratada que me miraba? Un día como hoy era un espejismo, que brillaba en el desierto. Algo

que se podía imaginar, pero que nunca se podía alcanzar. Pero hoy es real. El anillo de August en mi dedo - real. La gente que espera en esta pequeña iglesia en la costa del Pacífico - real.

“De acuerdo, de acuerdo, todo el mundo sabe que eres hermosa”, dice Lo desde detrás de mí, sus ojos divertidos cuando se encuentran con los míos en el espejo. “Si puedes dejar de mirarte durante cinco minutos, podemos casarte”.

Una risita sale de mi boca como una burbuja, ligera, flotante e iridiscente. Me giro para mirar a mi prima y mejor amiga. Ella también está preciosa. Es mi única asistente, mi dama de honor. Su vestido sin tirantes es una paleta de pavorreal, un conjunto de ricos azules y verdes, salpicados de oro. El lustroso tejido, de seda shantung, confiere a su piel color canela un brillo aún mayor que el habitual. Las trenzas vuelven a ser rubio platino y se apilan con elegancia bohemia en la coronilla. Su sombra de ojos se inspira en la misma paleta de azules y verdes, y contrasta con una mancha dorada sobre el amplio arco de su boca.

“Tú tampoco tienes mal aspecto”, subestimo. “¿Tratando de atrapar a un hombre hoy?”

“Pfff”. Lo me acomoda el pelo, que queda en ondas sueltas alrededor de los hombros y por la espalda. “Los ligues de boda están sobrevalorados”.

“Parece que hablas por experiencia propia”, me burlo.

Alcanzando la diadema que insistió en que me pusiera, enarca una ceja perfectamente arqueada. “Suficiente experiencia para saber que pasaré”.

“No hables tan pronto”. Reprimo una sonrisa. “Todos los compañeros de August están aquí, incluido Kenan”.

Los brazos de Lo bajan del todo y pone los ojos en blanco.

“¿Por qué debería importarme que él esté aquí?”, pregunta, con las manos en sus delgadas caderas.

“Apuesto a que le importará que estés. Pregunta por ti cada vez que lo veo”.

“Pues que deje de preguntar”. Lo respira profundamente. “Ni siquiera me conoce”.

“Pero le gustaría”, ofrezco tímidamente. “Es un gran tipo. Atractivo e inteligente y...”

“Vale, dejemos de lado esta mierda de buscar pareja”, dice Lo, reapareciendo su sonrisa. “Sólo porque tú hayas encontrado al Señor Ideal no significa que yo tenga que hacerlo. Estoy buscando al Señor Ideal ahora”.

“Tal vez Kenan es el Señor Ideal Ahora”.

“No lo es”. La sonrisa de Lo se escapa un poco. Su expresión se apaga y luego se aclara. “Basta de hablar de mí. Es *tu* día. Déjame ver con qué estamos trabajando aquí”.

Da un paso atrás y me mira con ojos críticos de la cabeza a los pies. Mi vestido es de la colección de novias de su jefe. En cuanto lo vi, supe que era el adecuado. Sencillo y dramático a la vez, es un vestido de gala sin tirantes en color champán con un lazo en la cintura, y la impecable construcción de la falda campanillea sin agobiar. El dobladillo no llega al suelo y lo he modificado para que no tenga cola. La expresión de Lo se suaviza.

“Maldita sea. Ese Jean Pierre sabe hacer un vestido, ¿verdad?”. Su voz está llena de emoción y un poco de humor. “Pareces una princesa, Bo. Quién lo iba a decir. Dos chicas del Noveno Distrito, ¿eh? Ojalá MiMi pudiera verte. Estaría tan...”

Se muerde el labio y una sola lágrima atraviesa el bronceador que cubre su mejilla. Conteniendo mis propias lágrimas, me agarro a sus dedos y nuestros anillos gris-gris se entrelazan, brillando. Casi puedo sentir la presencia de MiMi. Está en la luz del sol que entra por las ventanas del humilde tocador de la iglesia. Susurra a través de la seda de nuestras faldas. Las palabras que compartió y que me dieron fuerza cuando la necesitaba, las escucho de nuevo.

*“Eres pura. Eres suficiente. Eres fuerte”.*

La letanía me baña en una corriente pura. MiMi nos guio a Lo y a mí cuando estábamos perdidas; cuando estábamos abandonadas. Su

espíritu nos une con tanta seguridad como los anillos que rodean nuestros dedos. Agarro con fuerza las manos de Lo y algo surge en mi vientre, se hincha en mi pecho y me hace respirar con sobresalto. Miro a Lo y me pregunto si ella también lo ha sentido. Su mirada, aunque llena de lágrimas, es firme y consciente, más parecida a la de MiMi de lo que jamás he visto.

“Eres más poderosa de lo que crees”, dice enigmáticamente, con una sonrisa en la comisura de los labios. Antes de que pueda responder o preguntar a qué se refiere, redirige la conversación.

“Chica, tenemos que dejar de llorar”. Me suelta la mano, parpadea rápidamente y se abanica los ojos. “Estas son mis pestañas buenas”.

Nos reímos, ahuyentando las últimas lágrimas y nuestros recuerdos y todas mis preguntas sobre el misticismo que a veces envuelve a mi prima. Los vestigios de la pena y la tristeza, los guardamos. Sólo queda la alegría de hoy frente a nosotras.

La *marcha nupcial* llega a través de las pesadas puertas de madera mientras espero en el diminuto vestíbulo de la iglesia. La anticipación envuelve mi mano como un tornillo de banco alrededor del pequeño ramo de lirios de Luisiana que August había entregado hace unas horas. Cierro los ojos y absorbo estos últimos momentos como mujer soltera.

*A veces, nos encontramos en una coyuntura en la que nuestro camino, nuestra propia vida, puede girar. Una bifurcación en el camino.*

A menudo he pensado en la primera noche que August y yo nos conocimos como una oportunidad perdida, y me he preguntado si alguna vez podría arreglar las cosas. Ahora creo que no importa cuántos desvíos y giros equivocados tomara, siempre acabaría aquí con él. Yo siempre acabaría siendo suya y él siempre acabaría siendo mío. Nuestro viaje juntos comenzó aquella noche en un bar de mala muerte, una noche que terminó de forma agri dulce, pero nuestro final, hoy, era inevitable. Nuestro final siempre será este.

Cuando se abren las puertas, fijo los ojos en el suelo, casi con

miedo a levantar la vista, como si de alguna manera esto fuera un sueño que ya he tenido antes. Un sueño del que me despierto y en el que August no está.

*Pero él está.*

Después de unos cuantos pasos tímidos, levanto la vista y August está allí esperándome, imponente y atractivo. Lleva el corazón en la manga, le brillan los ojos y le salen por los poros. Está cubierto de su amor por mí. Está por todas partes. Llena esta habitación y es ineludible y de gran alcance. Me encontró cuando me perdí en la oscuridad, y no tengo ninguna duda de que podría volver a encontrarme.

Hay otras personas presentes, una sala llena de rostros que se desdibujan en los pasillos, pero mis ojos están puestos en él, y sus ojos están puestos en mí. Todo lo demás, todos los demás, son débiles y se desvanecen. Una vez me dijo que había un hilo que nos conectaba, y ahora lo siento, tirando de mí hacia él y atándonos con tanta fuerza que casi puedo sentir los latidos de su corazón desde aquí.

Cuando llego al altar, tiemblo tanto que las flores tiemblan en mi mano. Quiero ser esa novia princesa elegante y genial, pero no hay nada genial en mí. Por dentro estoy en llamas. Un volcán de emociones en erupción, desbordándose. La lava corre por mis venas. La emoción arde en mi cuerpo porque estoy a pocos centímetros de mi “felicidad para siempre” con el príncipe de mis sueños. Estoy en medio de mi espejismo, pero se está materializando; haciéndose más real a cada segundo. Tan real como la mano de August, mucho más grande que la mía, que me atrae hacia delante. Nadie me acompaña por el pasillo. Nadie me entrega.

Yo me entrego a él.

*Tu cuerpo es tuyo. Tuyo para guardar y tuyo para compartir.*

Lo elijo a él.

Cuanto más tiempo estoy aquí, más detalles se filtran. El predicador está leyendo la Biblia, diciendo que el amor es paciente. El amor es bondadoso. El amor siempre protege, confía, espera,



persevera. August me enseñó esas cosas; demostró esas cosas cuando me persiguió. Me cortejó. Cuando me dio espacio y cuando se lo tomó con calma.

*“Y ahora los votos”.*

*Oh, Dios. ¿Realmente estoy haciendo esto?*

Los votos son una promesa para siempre en este lado de la eternidad. Hubo un tiempo en que juré que nunca lo haría; nunca confiar a un hombre mi vida, mi dinero, mi futuro. Nunca confiarle mi hija.

Mis ojos se desvían hacia Sarai, la niña de las flores más hermosa de la historia, de pie frente a Lo. Está radiante. Creo que nunca la he visto sonreír tanto como hoy. La miro, pero ella no me mira a mí. Sus ojos están tan fijos en August como los míos. Su Gus.

*Su padre.*

No me he permitido pensar en August de esa manera antes porque es demasiado abrumador. En un momento dado, fue demasiado doloroso; un recordatorio del dolor que podría haber evitado si me hubiera alejado antes. Un recordatorio de que debería haber sido August todo el tiempo. Sin embargo, ahora lo permito, la idea de que es el padre que mi niña merece, y las lágrimas me pinchan los ojos, un dulce ardor que se derrama y corre por mis mejillas como el Mississippi desborda sus orillas.

August me sonríe con ternura, apartando algunas de las lágrimas antes de comenzar sus votos. Hemos prometido ser breves y sinceros. Espero que lo cumpla, porque las palabras me fallan y estoy a punto de perder la cabeza delante de todos.

*“Iris, me dijiste que fuera breve y dulce”, dice August, con su profunda voz que me envuelve en ondas. “Lo intentaré, pero hay mucho que decir. Nunca he creído en el amor a primera vista, y no estoy seguro de que lo llamemos así, pero supe en el momento en que te conocí que no quería dejarte ir”.*

Hay “awwwws” de la multitud, pero no los noto. No me vuelvo hacia el público y sonrío por lo dulce que es, y él tampoco lo hace. Es

como si no estuvieran allí. Sólo estamos nosotros, sus ojos y los míos. Sólo nuestras manos, con los dedos entrelazados. Nuestros corazones laten lo suficientemente fuerte como para que sólo nosotros dos los oigamos. Podrían ser también mirones que presencian este tipo de intimidad al aire libre.

“No puedo decirte cuántas veces he soñado con el día de hoy”, continúa, con sus ojos solemnes, cariñosos y atentos. “Con decirle al mundo entero que soy tuyo y que tú eres mía. Prometo pasar el resto de mi vida amándote más que a todo lo demás, poniéndote a ti y a Sarai en primer lugar, protegiéndote hasta mi último aliento y haciendo todo lo que esté en mi mano para que seas feliz”.

Entonces sonrío, sólo un gesto irónico de su hermosa boca, pero lo suficiente como para decirme que lo que va a decir me gustará tanto como lo que ya ha dicho.

“Una vez te dije que si fueras mía, no habría duda del lugar que ocuparías en mi vida. Serías el centro”, dice, colocando nuestras manos unidas sobre su corazón. “Y juro demostrarte que lo dije en serio cuando dije que te jugaría en el cinco”.

Somos los únicos en todo este lugar que realmente sabemos lo que eso significa. Éramos los únicos en el gimnasio ese día, robando momentos juntos. Fui temeraria. Desesperada por cualquier luz que pudiera encontrar, y August era el sol. Arriesgué más de lo que él se daba cuenta para tener cualquier parte de él que pudiera; arriesgué más de lo que incluso entendía, pero no me arrepiento. Cada momento que he tenido con él lo atesoraré. Incluso los que me costaron.

Es mi turno, pero ¿qué puedo decir para hacerle saber lo que este día significa para mí? No lo tengo en frases bonitas ni en líneas bien ensayadas. Mi mente está demasiado dispersa para eso; mi corazón, demasiado lleno. Durante mucho tiempo he vivido bajo una nube de mentiras, y esta es mi oportunidad de decir la verdad que August se merece.

“Siento haberte rechazado las tres primeras veces que me pediste que me casara contigo”, digo, con una sonrisa un poco triste en medio

de toda esta alegría. El público se ríe nerviosamente, pero me importa un bledo lo que piensen. Ya me he contenido lo suficiente. Ahora August lo entiende todo.

“Tenía miedo de repetir mis errores”, digo, mi voz no pasa de un susurro porque estas no son las cosas que se dicen delante de un público. No son las cosas que se dicen en los votos, pero August no aparta la mirada. “Tenía miedo...”

Tomo aire para estabilizar mis nervios y calmar el galope de mi corazón.

“Tenía miedo de que me volvieran a hacer daño”, continúo, tragándome la emoción que sube por mi garganta. “La gente no piensa realmente en lo que arriesgas cuando te enamoras; en lo que está en juego cuando compartes tu vida con alguien. Antes estaba tan... herida”.

Todos conocen mi historia. Nunca quise eso, pero mi dolor fue expuesto contra mi voluntad; una confesión pública bajo coacción.

“Volver a amar era una posibilidad remota”, digo, desplazando mi mano sobre su pecho hasta que su corazón late en mi palma, un ritmo tranquilizador que regula lentamente el mío. “Y no estaba segura de que debiera aceptarlo, pero fuiste tan paciente”.

Se me quiebra la voz y no puedo contener las lágrimas. Se filtran por las esquinas de mis ojos; por los rincones de mi alma. Cuando miro a August, las lágrimas se asoman a esos hermosos ojos que siempre me han visto tal y como soy.

“Algunas personas no creen en las almas gemelas”, digo. “¿Cómo podría haber sólo una persona en todo el mundo para ti? Pero sé que eres el único, August, que podría haber caminado conmigo durante esos años. Haber sido todo lo que necesité que fueras; todo lo que te dejé ser. Acercándote tanto como te dejara, pero siempre asegurándote de que supieras que querías más. Que debíamos ser más”.

Mi sonrisa se extiende a través de mis lágrimas.

“Y ahora lo somos”. Aprieto los dedos alrededor de los suyos y

resoplo para secarme las lágrimas, con la alegría desplegada en mi pecho por lo que voy a hacer a continuación. “Y hoy no se trata sólo de mis votos hacia ti. Como sabes, soy un paquete”.

August asiente, con una sonrisa en su apuesto rostro, pero con las cejas ligeramente fruncidas, preguntándose a dónde voy. Miro hacia donde está Sarai, frente a Lo, y le hago un gesto para que se acerque a mí. Se acerca, con sus iris claros que contrastan con su pelo oscuro, y me coge la mano, interponiéndose entre mi príncipe y yo.

“Sé que la amas como si fuera tuya”, le digo en voz baja, viendo cómo la garganta de August trabaja para tragarse las lágrimas. Él asiente, pasando la mano por el pelo de Sarai y sonriéndole. “Y tú querías que fuera oficial antes de la boda, pero he pensado que deberíamos sellar todos nuestros votos hoy”.

Asiento con la cabeza a Jared, que se adelanta con los papeles de adopción doblados por los que August me ha estado molestando y que guardé para este momento. Su expresión es de sorpresa, luego de asombro y después, cuando se da cuenta de lo que está pasando, de completa alegría. Su risa retumba en la iglesia y es el sonido más feliz que he oído nunca.

Nuestra ceremonia no es sencilla ni está perfectamente orquestada. Cuando hacemos los trámites y firmamos todas las líneas de puntos, hay demasiado silencio en la iglesia. Las gargantas se aclaran mientras todos esperan. No nos importa. Este es nuestro día. Luchamos por él. Lo arriesgamos todo por él, y nos tomamos nuestro tiempo. Una vez firmados los papeles, todos aplauden, y August me rodea la cintura con un brazo y coge a Sarai con el otro. Apoya su frente en la de ella, y las lágrimas fluyen, sin pudor, por su rostro.

“Princesa”, le susurra con una sonrisa.

“Papi”, le susurra ella.

Me limpio inútilmente el flujo constante de lágrimas. Mi maquillaje debe estar estropeado. Mi diadema está un poco torcida. Empiezo a sudar bajo los brazos. No me importa. Nuestro viaje ha sido así, desordenado, duro y poco convencional. Rompimos las

reglas para estar juntos, y ahora hacemos nuestro propio camino.

El predicador se aclara la garganta, indicándonos que avancemos. August, con reticencia en su rostro, deja a Sarai en el suelo, y Lotus la recupera. En cuanto volvemos a estar los dos solos, August me enmarca la cara con sus grandes manos y me besa; lamidas profundas y hambrientas en mi boca, lo que desencadena una bomba que empieza en mi pecho y explota en todo mi cuerpo. Me estiro para recibir cada empuje de su lengua y ambos gemimos, apretando nuestros cuerpos. Es un beso indecente. Está fuera de lugar y no es el momento adecuado, pero teniendo en cuenta nuestro viaje, es justo lo que necesitamos. Enrosco mis dedos en su pelo, vagamente consciente de que el predicador nos ha declarado apresuradamente marido y mujer, y de que la multitud nos aclama. El beso continúa, haciéndose más tierno hasta que saboreo nuestras lágrimas.

Cuando August se separa, nos reímos y quiero conservar este momento para siempre. La mirada de sus ojos. Los vítores de nuestra familia y amigos. La alegría en la cara de mi hija. Quiero saborearlo todo como si nunca fuera a tener otro momento como éste, pero sé que lo tendré.

Con August, tendré suficientes momentos como estos para llenar toda la vida.

# AGRADECIMIENTOS

Estoy agradecida a muchos, pero debo empezar por Paula y Natalie. Las dos se convirtieron en la cara y el espíritu de la supervivencia para mí. Escuchar sus historias me inspiró y me animó a escribir este libro. Sus corazones están en cada página, y estuvieron conmigo en cada paso del viaje de Iris.

¡¡Ustedes son #CambioDeRumbo!!

Mi tribu es amplia y profunda. Estoy segura de que estoy pasando por alto a muchos, pero los que se me ocurren ahora mismo en mi aturdimiento por el lanzamiento son Dylan (#Bestie), Nana, Emma (#TeamHeavy), Kate, Stephanie (#PaperBag), Adriana (#GripzQueen), Ginger, Corinne, Leigh (cover BOSS!), Mandi, Chele (#MyHeart), Imani (My MEGAPHONE), Brittany, Margie (#DayOne), Melissa, Sara. A mis beta boos - Jx PinkLady, Terilyn, Shelley & Christy. Gracias por leer este libro antes de que fuera lo mejor posible y ayudarme a conseguirlo. A Melissa, mi asistente personal, por aguantar mi idiosincrasia y mi lista de exigencias cada vez mayores. Jenn y el equipo de Social Butterfly. Sé que estoy de más, pero nunca me hacen sentirme rara por los mensajes a las 3 de la mañana o las ideas de última hora. Los quiero por eso. Un agradecimiento especial a Lucy Score y Kathryn Nolan por haber leído súper temprano y por haberme dado unos comentarios tan increíbles, perspicaces y constructivos. Me han ayudado mucho a navegar por este terreno tan delicado, y nunca lo olvidaré. Gracias a Lauren por sus superpoderes de edición AH-MAZING, y a Tricia por la mirada de águila y todos los chillidos en los márgenes.

Gracias a los lectores de Kennedy Ryan Books. Ustedes son mi lugar favorito en Internet, ¡y los acecho! Gracias por todo el apoyo incondicional y el cariño que me dan.

A cada persona que me ha enviado un mensaje, un correo electrónico o me ha etiquetado en una publicación de Instagram o

Twitter durante el último año hablando a gritos de mis libros, gracias. A veces siento que las cosas que escribo son un gusto adquirido. Cada libro se siente como un nuevo conjunto de riesgos. Ustedes son mi gente. Me “entienden” y siguen dando estos paseos conmigo fuera del camino trillado de los libros.

Los quiero por eso.

Por último, pero ciertamente no menos importante.

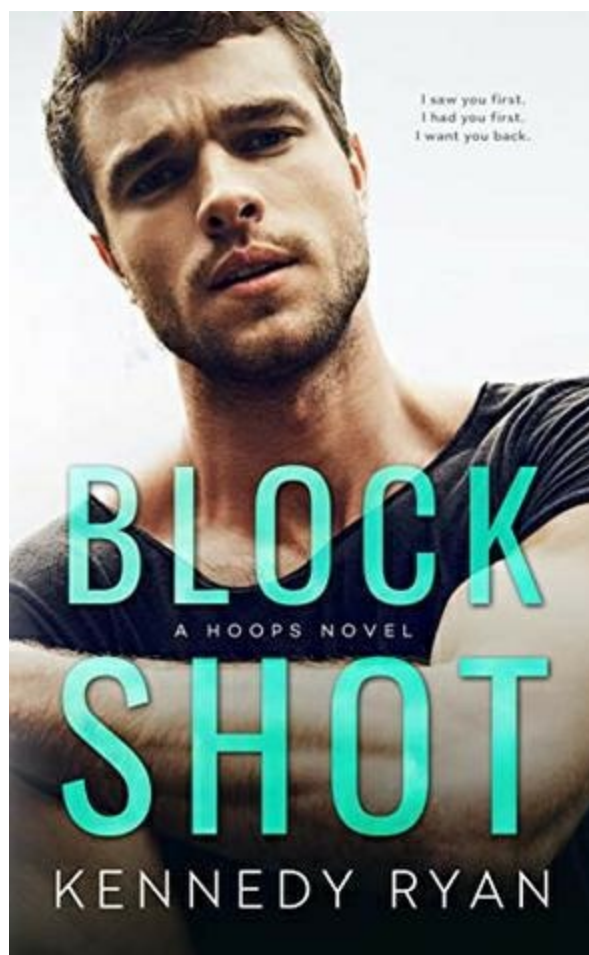
A MI jugador.

Mi esposo, que compartió conmigo su amor por el juego. Que respondió a todas mis preguntas sobre baloncesto con paciencia y tanto entusiasmo que tuve que callarlo. ¡AJAJA! Que aguanta mis chillidos y tirones de pelo cuando Golden State va perdiendo. Y mi dramatismo cuando mis Tar Heels ganan.

Eres mi mejor amigo,

y me gustaría “jugar contigo en el cinco”.

## Próximo Libro



### **2 Block Shot**

*UN ROMANCE ENTRE ENEMIGOS Y AMANTES CON UNA PIZCA DE SEGUNDA OPORTUNIDAD EN EL DESPIADADO MUNDO DE LA GESTIÓN DEPORTIVA PROFESIONAL.*

*ELLOS SON DOS TIBURONES EN UN ACUARIO DE PECES...*

### **JARED**

Si tuviera un dólar por cada vez que Banner Morales hizo que mi



corazón se saltara un latido...

El corazón que todos asumen está congelado.

Su ira es... estimulante.

Cada mirada de esos ojos que escupen fuego, cada vez que aprieta los dientes, me atrapa... bueno, ya sabes.

Si tuviera un dólar por cada vez que me ha puesto en mi lugar, sería un hombre aún más rico.

Soy un exitoso agente deportivo porque asumo que "no" significa que lo pensarás.

Estoy seguro de que lo que querías decir es "Enseguida".

Dicen que incluso los hombres ricos no siempre consiguen lo que quieren, pero esos hombres no saben cómo jugar el juego. El truco es mantenerles suponiendo.

Toma a Banner. Ella asume que está ganando, pero este juego...

Ni siquiera ella sabe cómo jugar.

## **BANNER**

Si tuviera un dólar por cada vez que Jared Foster me rompió el corazón, tendría exactamente un dólar.

Una noche. Un fracaso épico. Un dólar... y estoy fuera.

He seguido adelante.

He encontrado el éxito en un campo gobernado por hombres.

Cualquier cosa que puedan hacer, yo lo he hecho mejor.

Ellos pueden quedarse en el campo mientras yo tomo las decisiones, bloqueándolos cuando tengo que hacerlo.

¿Y Jared tiene el descaro de pensar que tiene una segunda oportunidad?

Chico, por favor. Ve a sentarte. Toma varios asientos.

Estaré aquí ignorando al hombre tallado de mis fantasías con un cincel de punta de lujuria.

No dije que la lucha no fuera real.

Pero tengo ese dólar, y Jared no me tendrá.

## SOBRE LA AUTORA



Escribo romance contemporáneo y ficción femenina. Siempre doy a mis personajes su “felices para siempre”, ¡pero me encanta hacerlos trabajar por ello! Es un largo camino hacia el amor, así que siéntate y disfruta del viaje.

Soy la esposa del amor de mi vida, la madre de un hijo especial y hermoso, y una amiga de los que viven con autismo a través de mi fundación benéfica.

# Créditos



Epub



Epub by Conmar